Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
«Alfonso Vélez Pliego»

De lides poéticas, sus protagonistas y un combate al Modernismo

Tesis de Doctorado en Historia
que presenta el
Mtro. José Carlos Blázquez Espinosa

Director
Dr. Carlos Illades Aguiar

Julio de 2022

Cuantas palabras, cuántas
nomenclaturas para un mismo desconcierto.
Julio Cortázar

Y dispongan de mi según mis culpas. Por el momento nada me ampara sino la lealtad a mi confusión. Y todo lo que digo será empleado en mi contra. Ya no tengo respuestas pero asedio todas mis certidumbres; les pongo como si se tratara de murallas dos grandes signos de interrogación en el lomo.
José Emilio Pacheco

El pasado es un país desconocido:
en él se procede de manera distinta.
Leslie P. Hartley

El hecho es que cada escritor crea a sus precursores.
Su labor modifica nuestra concepción del pasado,
como ha de modificar el futuro.
Jorge Luis Borges

Habrá ciudades grandes como un país
Gigantescas ciudades del porvenir
En donde el hombre-hormiga será una cifra
Un número que se mueve y sufre y baila.
Vicente Huidobro

La 'modernidad' reside en los tiempos cambiantes y no en las artes que tratan de expresarlos
Eric Hobsbawm

El historiador, en cambio, pretende ubicar e interpretar temporalmente el producto cultural en un campo en el que se produce la intersección de dos rectas. Una es vertical o diacrónica, y con ella se establece la relación de un texto o un sistema de pensamiento con expresiones anteriores de la misma rama cultural (pintura, polírica, etc.). La otra es horizontal o sincrónica, y permite analizar la relación del objeto intelectual estudiado con lo que surge en otras ramas u otros aspectos de la cultura en la misma época. La línea diacrónica es la urdimbre de la tela de a historia cultural, y la línea sincrónica, la trama. El historiador es el tejedor, pero la calidad de la tela depende de la resistencia y el color del hilo.
Carl E. Schorske

Agradezco al Dr. Carlos Illades Aguiar por su disposición para acompañarme en este trabajo y sus valiosas observaciones; a la Dra.María del Carmen Aguirre Anaya, coordinadora del Posgrado en Historia del ICSyH; a la Dra. Adela Pineda Franco, a la Dra. Ana Lorena Carrillo, y a la Dra. Alicia Tecuanhuey Sandoval por la lectura de este texto y sus comentarios que serán siempre apreciados; a la Dra. Belém Clark de Lara, por sus palabras de aliento; al Dr. Alejandro Palma Castro, por sus comentarios; al Dr. Ángel Xolocotzy Yáñez, director de la Facultad de Filosofía y Letras, por su apoyo incondicional; a la Dra. María del Pilar Pacheco Zamudio, directora del Archivo Histórico Universitario de la BUAP por las facilidades prestadas; a la antropóloga Martha Silvia Reyna Pacheco, por sus preguntas, los diálogos que tuvimos y los materiales que me facilitó generosa y desinteresadamente; al Lic. Félix Arenas Fuentes, de la Biblioteca «Ernesto de la Torre Villar, por el apoyo prestado; al Lic. Marcos Erasto Cruz Pérez, y al Lic. Fermín Campos Pérez, de la Biblioteca y Hemereoteca Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, por su atencion siempre amable.

A Elsa, por su paciencia y apoyo;
a Aranzazú y Osvaldo, ramas florecientes de este árbol.

De lides poéticas, sus protagonistas, y un combate al Modernismo

Introducción 5

Capítulo I.
Los Juegos Florales en la triada Modernidad, Moderno, y Modernismo
El estado del arte 9
Un breve repaso a la triada Moderno, Modernidad, y Modernismo 19
La Bohemia, vivir la modernidad 29
La vorágine decimonónica 33
El cenáculo decadentista. El escándalo 37

Capítulo II
Los juegos florales de la colonia española
de la ciudad de México. La Tradición
Noche de fiesta 43
Araus, el premiado ausente 47
Caballero: la lección moral 50
Peón del Valle: ¡Álzate, Iberia! 54
De Zayas Enríquez, «¡Perezca el musulmán, que Dios lo quiere!» 57
Barrios de los Ríos: «En Anáhuac, la fe resplandece» 60
Juan N. Cordero: «cantar tus glorias inmortales» 62
Pensar hondo, elocuencia deslumbradora 65

Capítulo III
Los estudiantes solidarios. El Modernismo
Un temblor 75
Los estudiantes de Jurisprudencia se solidarizan 76
Los temas 79

El Jurado. Balbino Dávalos 79
El jurado. Luis G. Urbina 85
El jurado. Justo Sierra 90
La fiesta de la palabra I. «Lírica» 96
La fiesta de la palaba II. «Amor Labor» 101
Un castizo entre modernos 106
La fiesta de la palabra III. «Papel de la poesía en el periodo industrial» 108
La fiesta de la palabra IV. «Causas de la escasa producción literaria y maneras de evitarla» 110
Agustín Aragón. Las determinantes condiciones materiales 117
«El divino» Urueta y su discurso 119

Capítulo IV
Los estudiantes poblanos. La preceptiva y el rechazo al Modernismo
El escenario que no fue 127
Los primeros juegos florales de Puebla 128
La ciudad de los Ángeles. La heroica de Zaragoza 129
La fiesta del 31 de octubre 133
El Jurado 136
Las razones que dieron el triunfo 138
Las obras ganadoras 142
Ernesto Solís, el mantenedor 143

Capítulo V
Los laureados. Un trazo necesario
Lírica. La poesía, termómetro de la moral
Bolaños Cacho. El gobernador poeta 149
Fenochio, el científico poeta 152
Alfonso Cravioto, un moderno entre preceptistas 155
Esther Fuentes Couturier, poetisa que se resiste al olvido 158
Rafael Cabrera, la promesa. Poeta y futuro diplomático 161
Alejandro Quijano. Poeta y académico 165
Federico Escobedo. Presbítero y poeta 167
El tema desierto 170
Influencia moral y social de la lectura de novelas en la juventud
La novela. Victoriano Salado Álvarez. La prosa combativa 171

Rafael de Zayas. «La humanidad como las serpientes…» 178
Manuel H. San Juan. «El contacto sería fatal» 181
Octavio Guzmán. «Mens sana in corpore sano» 184

Importancia del feminismo en México
Viramontes: [La mujer el] Faro del mundo. Templo de la vida 187
Julio Poulat: Agitador laboral, «bolchevique» 191
Enrique Juan Palacios, el feminismo emancipador 197
Manuel M. Herrero. La mujer: con derechos, pero subordinada 201

Valor estético de las obras de la escuela decadentista
Atenedoro Monroy: positivista y preceptista 205
Una trayectoria que se devela 212
La obra, desconocida 216
El ensayo premiado 222
El porvenir: la resonancia de su obra 228
Victoriano Salado Álvarez: un combate añejo 232
Manuel Romero Ibáñez: «La obra de la decadencia es efímera» 236

Capítulo VI
La lectura, ese arte
El colegio Carolino 243
Fidelidad a la tradición 246
El arte de la lectura 249

Conclusiones
Sí, el pasado es un país extraño 253

Epílogo
Lectores irredentos 257
Pese a todo 257

Bibliografia 259

Anexo 1 275
Anexo 2 311
Anexo 3 381

Introducción

La búsqueda: prensa de la época a la que accede gracias a la ubicua red, a las hemerotecas, al archivo, a los libros testimoniales. El camino se bifurca a tramos debido a los hallazgos, a las lecturas que deparan algunas pocas certezas y otras interrogantes, posibles gracias a nuevas perspectivas. A ratos uno se extravía. Reencuentra sus pasos. El afán de conocer, dilucidar, comprender, explicar, compartir sostiene. Al final, como casi siempre, más preguntas.

Este trabajo empezó con la indagación de la obra de un poeta sacralizado por sus contemporáneos: Rafael Cabrera. Un poeta que escribió un solo libro, *Presagios*, y que nos legó la traducción de *Mimos*, *La cruzada de los niños*, y *Vidas imaginarias,* de Marcel Schwob. Libros que dejaron su impronta en autores como Alfonso Reyes («Vidas reales e imaginarias») y Jorge Luis Borges (*Historia universal de la infamia*). Cabrera tradujo, en 1922, once vidas imaginarias publicadas por la editorial Cvltura. José Emilio Pacheco completaría la obra en 1991, esta vez en la colección «Sepan cuantos…» de Porrúa. En el curso de la investigación el trabajo tomó otro camino, más amplio.

Rafael Cabrera estudió medicina en el Colegio del Estado en Puebla en la primera década de 1900. Hizo su aparición como poeta en 1902, en octubre, en los juegos florales organizados por los alumnos del Colegio. En 1907 se embarcó con otros más en la aventura que significó la aparición de la segunda época de la *Revista Azul*, dirigida por Manuel Caballero. Combatir al Decadentismo era la bandera esgrimida y una convicción que el joven Cabrera compartía. En la capital, otra promoción literaria se encarga de dar respuesta al tiempo que gana la plaza en esa República de las letras: es la generación que dará origen a la Sociedad de Conferencias y el posterior Ateneo de la Juventud. De ese breve y definitorio combate da cuenta Fernando Curiel en su *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda* Revista Azul. En Puebla, confinado y cobijado por los suyos, Rafael Cabrera publica, en compañía de otros dos compañeros, estudiantes de medicina como él, una revista cuyo nombre es

una reivindicación de hispanismo: *Don Quijote*. De lo que fue su trayectoria y desenlace se hablará en su oportunidad. No deja de llamar la atención que fuesen estudiantes medicina los que impulsaran una revista de literatura.

A esa primera aparición pública, consagratoria –la de los Juegos florales de 1902–, Cabrera no asistía solo. Otros 17 poetas y escritores compartían los laureles de la victoria, si bien algunos premiados con los tres primeros lugares y otros con menciones honoríficas. Rafael Cabrera era su tiempo y su circunstancia. La circunstancia se mostraba interesante. Reconstruir el evento y sus alcances a partir de los testimonios era un primer paso. Problematizar, el segundo. ¿Por qué la celebración del nonagésimo segundo aniversario del inicio de la independencia con esa pompa?, ¿Por qué el Colegio del Estado y no el Estado mismo?, ¿Por qué esos temas y no otros?, ¿Qué es lo que se perseguía con la realización de un evento que se quiso de alcances nacionales?, ¿Quiénes habían participado?, ¿Por qué –como se verá– la premura en su realización?

Circunscribirse al estudio de ese acontecimiento, hacer una exégesis de sus temas y participantes, no parecía ser suficiente para entender su sentido. Algo más debería haber. El azar vino en mi ayuda. Fustigando la hemeroteca saltó un evento de meses antes. En mayo, los estudiantes de la Escuela de Jurisprudencia, en la ciudad de México –una escuela que contaba con 100 estudiantes y 15 maestros, nos recuerda el Dr. Piccato siguiendo a Roderic Ai Camp–, habían realizado, también, sus juegos florales. En enero de ese año un sismo sacudió el estado de Guerrero. Los estudiantes, solidarios, se organizaron con la intención de reunir fondos y enviarlos como ayuda a los afectados. Con meses de diferencia los estudiantes de la capital y los de Puebla organizaban justas poéticas. Independientemente de los motivos declarados ¿habría alguna relación entre ambos eventos? Y si la había ¿de qué se trataba?

Como en la justa poética de Puebla, me di a la tarea de recopilar los pormenores del evento, sus temas, sus participantes, sus jueces, los premios obtenidos, las notas periodísticas y las reseñas entonces elaboradas, así como los poemas o reflexiones publicadas. «Algo» me jalonaba hacia atrás. No porque buscara causas primeras sino porque intuía que «había» más razones que podrían ayudarme a comprender mejor lo que allí ocurría y lo que vendría después.

La frase «la gota contiene el universo» me pareció una imagen afortunada cuando intentaba acercarme al primer evento. El reto, me decía, era ser un observador atento y poseer las herramientas teóricas necesarias para ver el universo que ese acontecimiento implicaba. Ahora eran, metafóricamente hablando, dos las gotas que caían en el espejo de agua y las ondas generadas se expandían. Debía encontrar los

vasos comunicantes. Resumía: Cabrera, su circunstancia, los juegos de Puebla, los de los estudiantes de Jurisprudencia. Por si fuera poco, en ese tirón hacia atrás, el azar me mostró lo que acaso fueran los primeros juegos florales del siglo XX en el país. La colonia española de la ciudad de México había celebrado, en 1901, sus propios juegos florales. Imaginé el caer de las tres gotas, una tras otra, y las ondas que generaban. Al tiempo que las piezas *parecían* acomodarse surgían otras preguntas. O, al menos, así lo intuía. Tres justas poéticas en los primeros dos años del siglo. ¿Qué podrían tener en común, además de la lid misma y su promoción en la prensa? Una de las claves podría encontrarse en los temas allí tratados. Los juegos de la colonia española se celebraban tres años después de que Cuba y Puerto Rico alcanzaran su independencia y con ello se selló lo que fue el imperio español en América. ¿Algo de ello se reflejaría en los escritos presentados en la justa poética?

Si bien es cierto que los eventos mencionados se realizan en el amanecer del siglo XX, no lo es menos que ocurren en el periodo de la llamada *Belle Époque*; es decir, ese tiempo que va de 1870 hacia 1914 y que se caracterizará por la modernización, la expansión del capitalismo, la aparición del imperialismo, además de, literalmente, una fe ilimitada en la ciencia y el progreso. En México, el periodo coincidía con el Porfiriato, el crecimiento económico, la paz (sin democracia) y el progreso (para unos cuantos). Los cambios culturales que entonces ocurren son profundos. La moda y su constante cambio serán su sino. En el ámbito hispanoamericano surgirá la corriente literaria denominada Modernismo. Las figuras de Manuel Gutiérrez Nájera, José Martí, Rubén Darío, José Asunción Silva, Julián del Casal, Leopoldo Lugones, entre otros, destacarán en el ámbito de la poesía, el relato y la novela. Una nueva forma de escribir que arranca desde la periferia de Hispanoamérica. España había dejado de ser el centro. El Modernismo será una apropiación y una respuesta. Una apropiación de la cultura universal expresada en el exotismo de la literatura, y una respuesta ante el pragmatismo de las naciones dominantes en el mundo, particularmente los Estados Unidos de Norteamérica.

La tesis, cuyo nombre inicial era «Los juegos florales, un combate al decadentismo», cambió al ensancharse sus alcances. Por lo tratado decidí titularla «De lides poéticas, sus protagonistas, y un combate al Modernismo». Se compone de seis capítulos. En el primero se hace habla del estado del arte y se hace referencia a los términos Moderno, Modernidad, Modernismo. Se hacen explícitas las categorías que permiten comprender y explicar mejor la problemática planteada. Se aborda lo que significó la bohemia y la aparición del decadentismo. El segundo refiere los juegos florales de la colonia española afincada en la ciudad de México. Se analizan

las obras presentadas, sus protagonistas, y lo que implicaron. El tercer capítulo analiza los juegos que realizaron los estudiantes de la escuela de Jurisprudencia de la ciudad de México. Se ven lo temas, los participantes y se analizan sus implicaciones. El cuarto capítulo se dedica a los juegos realizados por los estudiantes del Colegio del Estado de Puebla. Se trata de hacer una composición del momento, se refieren los temas tratados –«Lírica», «Canto al trabajo», «Influencia moral y social de la lectura de novelas en la juventud», e «Importancia del feminismo en México»– así como las razones que dieron el triunfo a los ganadores. Allí la preceptiva se despliega contra el Modernismo.

El quinto capítulo complementa al anterior. Se destacan los trazos biográficos de los laureados para intentar comprender lo escrito a partir de este asomo a una parte de sus vidas. Los argumentos esgrimidos se desarrollan y ello nos permite advertir las diferentes concepciones que en torno a los diferentes temas se tenían. El tema «Valor estético de las obras de la escuela decadentista» es, sostengo, el fundamental en la mencionada lid porque, como se verá en su momento, polemiza en el orden de los simbólico con los representantes del Modernismo asentados en la capital. El sexto refiere lo que los profesores consideraban el arte de la lectura y su práctica cotidiana entre los alumnos del Colegio. Los textos entonces estudiados modularían su sensibilidad y determinarían su postura estética. Hay tres anexos que acompañan a la presente tesis. El primero de ellos reúne los poemas premiados en los Juegos florales de la colonia española de la ciudad de México. El segundo, los poemas ganadores en la justa de los estudiantes de Jurisprudencia. El tercero incorpora completo el ensayo de Atenedoro Monroy. Al final están las conclusiones. Todo lo aquí escrito es, por supuesto, responsabilidad mía.

Capítulo I

Los Juegos Florales en la triada Modernidad, Moderno, y Modernismo

El estado del arte

No son pocas las ciudades de América Latina y España que realizan Juegos florales. Es una celebración prestigiada que convoca trabajos de escritores y poetas destacados o en ciernes. Se realiza lo mismo en San Juan del Río, Querétaro que en el Jerez, Zacatecas, de Ramón López Velarde, o en la Barcelona de Gaudí o en Valencia, España; lo mismo en Argentina o Chile que en Guatemala o el Perú. Tienen tras de sí una tradición que arranca siglos atrás. Instaurados en el siglo XIV en Tolosa, y con no pocas vicisitudes a lo largo de su historia, se han mantenido fundamentalmente como eventos literarios.

Pese a ser una celebración literaria y eventualmente con alcances políticos no parecen haber despertado, al menos en México, mucho interés en los estudios académicos o históricos. Es posible encontrar memorias o evocaciones de ellos felizmente recobradas en la web. Así, podríamos citar los realizados en Córdoba, España, en 1866. Una referencia hemerográfica a los Juegos Florales organizados por la exclusiva sociedad de mujeres «La siempreviva», de Mérida, Yucatán, de 1871. Los realizados por el Liceo de Granada en 1900.

Las «Memorias» de Los juegos Florales de Puebla organizados por los alumnos del Colegio del Estado, de 1902, y que alberga la Secretaría de Cultura en su página Web titulada *Mexicana*. En una revista de Costa Rica, titulada *Páginas ilustradas* y publicada en septiembre de 1909, se hace referencia a la reina de los Juegos Florales realizados, infiero, un mes antes. La web alberga, completo, *El libro de Los Juegos Florales* verificados en Chile en 1914 y en los que, inesperadamente para el jurado masculino, resultó triunfadora una mujer: Gabriela Mistral. Lo que, de alguna manera, no era tan «natural» en una sociedad donde las mujeres, a pesar de también escribirla, eran objeto de la poesía. Algo similar ocurrió en los de Puebla. El jurado tuvo que hacer una carta de rectificación al advertir que una poesía merecedora de accésit había sido escrita por una mujer.

Los ejemplos podrían multiplicarse en cuanto a documentos y testimonios. Hay, además, menciones tangenciales a ellos en la obra de Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera,* por el prestigio que sus participantes alcanzaban (aunque el protagonista, Fermín Araiza, nunca participe en pos de la anhelada flor natural, pero asista a ellos por el simple hecho de que su amor imposible –hasta ese momento– siempre estaba presente). Sergio Pitol publicó, en 1982, una novela titulada *Juegos florales,* en la que la escritura (o los problemas que entraña el escribir) es el personaje principal y el evento literario, los Juegos Florales de Papantla, Veracruz, un lugar clave en el desenlace de la narración.

No obstante, es posible referir trabajos académicos escritos en otros países de habla castellana. Es el caso del realizado por Carlos Ferrera Cuesta titulado «Los juegos florales como forma de integración social en España y Argentina (1859-1910)»,[1] y en el que analiza el papel que las justas poéticas jugaron en los países mencionados. Ferrera Cuesta señala que los certámenes literarios del «Gay saber» comenzaron en Barcelona en 1859 y que después se extendieron al resto del país. A la Argentina llegarían en 1880 gracias a la presencia de españoles allí asentados. Eventos realizados por la elite para la elite, se especializaban en la realización de certámenes literarios en los que el ensayo también tenía cabida. Los temas que allí se convocaban estaban encaminados a la construcción de un discurso reforzador de la sociedad liberal, una «retórica epidíctica junto a una serie de prácticas de representación». Estos juegos se llegaron a celebrar en diversas localidades, en provincias y capitales. Su estructura solía, y suele, ser la propia de los concursos literarios: premios y accésits a las composiciones de temática libre o las que los promotores propusieran. Inicialmente predominaron las de carácter poético, pero con el transcurso del tiempo la prosa ganó un sitio y las reflexiones a través del centauro de los géneros, como le llamó Alfonso Reyes al ensayo, se hicieron presentes.

Ferrera Cuesta evoca el discurso que Emilia Pardo Bazán hiciera como Mantenedora en los Juegos Florales de la provincia gallega de Orense la noche del 7 de junio de 1901 como ejemplo de la significación política que podían alcanzar. El papel de Mantenedor suele estar reservado a una personalidad relevante en las letras del país. Un discurso que cierra el evento, que reflexiona sobre éste, o que, como en

[1] Ferrera Cuesta, Carlos, «Los juegos florales como forma de integración social y nacional en España y Argentina», en *Ayer*, número 86, 2012, pp. 143-167. *Ayer* es la Revista de la Asociación de Historia Contemporánea (AHC), coeditada por la AHC y Marcial Pons-Ediciones de Historia. José Carlos Ferrera Cuesta es profesor asociado en la Universidad Autónoma de Madrid y ha sido profesor visitante de la Universidad de Buenos Aires y de la Madison University. Es asiduo colaborador de la revista *Ayer*.

el caso de Pardo Bazán, pone sobre la mesa la entonces crítica situación de España. No es menor la mención dado que, tres años antes, España era forzada a dejar su predominio en la escena internacional cediendo su paso a un nuevo imperio. Pardo Bazán, a juicio de Juan Valera, quien glosaría su discurso, convirtió la celebración en un «*meeting* político» en el que propuso reformas al Estado para «regeneración de la patria». Valera reconocía: «Hemos sido vencidos, hemos perdido los espléndidos restos de nuestro gran poder colonial antiguo, porque teníamos que perderlo; porque así estaba prescrito.»[2]

Requisito para la «consagración literaria», los Juegos Florales fueron, además, una recuperación mítica del pasado feudal en el que se representaba la «lucha secular contra la tiranía», lo que permitía establecer paralelismos en los conflictos que la instauración de un régimen liberal enfrentaba. La literatura cumplía, de acuerdo con diversas manifestaciones de idealismo filosófico, «el poder de transformar la realidad». El poeta acompañaba a los pueblos al «cantar el pasado, interpretar el presente y marcar el camino del porvenir».

El que los juegos florales se realizasen en escenarios teatrales tenía, también, una finalidad: establecer la jerarquía. Así, los mejores lugares eran reservados a los integrantes de la élite política y económica. Dedicados a la mujer, fortalecían la imagen de la fragilidad femenina, de quien se dedica al hogar, mantiene su estabilidad y es ejemplo de virtud y sentimiento. Ella hacía posible que el hombre «mostrase su talento al cantar su belleza». La reina de los juegos, elegida por el triunfador, era acompañada por su corte de damas, quienes pertenecían a familias cuya posición social era relevante.

Para José Carlos Ferrera el lema de los Juegos, «Patria, Fides, Amor», representa el carácter integrador de una sociedad en torno a su elite, de allí los diferentes temas que, además de la poesía, se fueron sumando: la patria, la independencia, Covadonga (en el caso de España y, como se verá más adelante, en los de la colonia Española en México), etcétera. Emilia Pardo Bazán en su discurso como mantenedora señaló que los Juegos Florales habían entrado en una segunda etapa a la que llamó «social», y que se consagraba de manera preferente a la sociología y la historia. Así, en ese espacio, los Juegos Florales se convertían en tribuna «desde la cual se dice a

[2] Valera, Juan, «Discurso pronunciado por doña Emilia Pardo Bazán en los Juegos florales de Orense, la noche del 7 de julio de 1901», en *El superhombre y otras novedades*, Librería de Fernando Fé, Madrid, 1903, p. 337. En http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080022011/1080022011_22.pdf, consultado el 20 de abril de 2022.Valera había prologado el libro de Rubén Darío, *Azul*, en 1888, con lo cual se iniciaba la consagración del nicaragüense.

veces lo que en las Cortes no se ha podido o no se ha querido decir».[3] Y para refrendar su dicho a propósito de la crisis de España preguntaba:

> ¿Somos corcho, somos piedra para no estremecernos ante el desarrollo que la política de expansión de naciones absorbentes y dominadoras, buitres del mapa, que crecen y crecen y adquieren, en las estadísticas demográficas, talla de gigantes, mientras nosotros nos reducimos, nos convertimos en el enanito cabezudo, que no se atreve a mirar al coloso? [4]

En la Argentina –que es el otro caso que estudia Ferrera–, los Juegos Florales de 1881 habían tenido como presidente del jurado a Nicolás Avellaneda, quien había presidido a la nación entre 1874 y 1880. Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento también serían, el algún momento, mantenedores, además de encabezar a su nación, lo que da cuenta de la trascendencia que alcanzaron estas lides poéticas.

Ferrera Cuesta destaca que para 1880 «la visión del pasado se modificó y se produjo una revalorización de lo español» debido a la creciente influencia de los Estados Unidos y al temor de una posible disolución de la nacionalidad argentina. En el sur habían visto lo ocurrido en México en 1847 y sus temores no eran vanos. Por ello fue necesario, un discurso de unidad basado en un organicismo como origen del sistema político que hizo «retomar el pasado con un prisma más favorable». Citando a Rama, Ferrera señala: se tomó «a la literatura como un discurso de definición de la nación mediante la selección de materiales y la integración del pasado colonial y de lo popular, aunque fuese para constatar su desaparición como resultado de un proceso de orden y progreso». Así, se fortaleció la idea de una «unión espiritual basada en un concepto racial y en la pertenencia a un organismo 'familiar' y lingüístico común». La lengua de Cervantes unía a los hablantes de ambos lados del océano. A la vista de esa patria común que era la lengua, la independencia de los países de América parecía encontrar uno de sus orígenes en las Cortes gaditanas. Un siglo después, señala Ferrera, «la situación se invertía porque la nacionalidad española requería del apoyo americano para conservar su independencia tras el Desastre de 1898». En ese tenor, los Juegos florales contribuyeron a conformar una «cultura política de confluencia de sectores políticos liberales, monárquicos y republicanos».

---

[3] Pardo Bazán, Emilia, *Modernidad, feminismo y crisis entre siglos. Una conferencia y cuatro discursos (1899-1905)*, edición de Adolfo Sotelo Vázquez, editorial Renacimiento, Sevilla, España, 2021, p. 125.

[4] *Ídem*, p. 145.

Otro estudio que reflexiona sobre la significación de los Juegos florales es el que realiza María de la Luz Hurtado[5]. En 1914 Lucila de María Godoy Alcayaga envió «Los sonetos de la muerte» a los Juegos Florales que se celebraban en Chile. El pseudónimo que utilizó fue Gabriela Mistral. Inesperadamente para el jurado, como ya se mencionó, resultó triunfadora, pero la noche del 22 de diciembre, la noche de la premiación, no subiría al estrado, no elegiría a la reina, no recitaría sus sonetos, no recibiría la Flor natural que María Letelier del Campo, la soberana de los Juegos y sobrina del expresidente Pedro Montt, tenía que entregarle en mano propia.

La triunfadora asistió al evento y, desde el anfiteatro o la galería (imposible saberlo), los lugares más baratos, observaba en silencio, desconocida e inadvertida para los asistentes. El poeta Víctor Domingo Silva, mantenedor, señaló que

> Lucila Godoi, maestra de enseñanza pública como la gran italiana Ada Negri, con cuya vida i cuyo jenio tiene extraordinarias similitudes: precisamente la excesiva actividad de las labores escolares al final del año, pero más que todo la excesiva modestia de su carácter, la han impedido acudir a estar con nosotros en esta noche de los poetas de Chile i ocupar en ella el sitio de honor que debiera junto a Su Beldad la Reina de la Fiesta i entre la pléyade esplendorosa de su Corte de Amor.[6]

Gabriela Mistral le escribiría a María Letelier del Campo el poema «Con su retrato». Un poema de ambigua significación que María de la Luz Hurtado develaría. La ausencia de la Mistral al evento, que generó diversas especulaciones, sirve a De la Luz Hurtado para reflexionar sobre el significado de ese evento performativo. Una puesta en escena que, en el ámbito de lo simbólico, al tiempo que muestra, oculta.

Para De la Luz Hurtado los Juegos Florales son una performace en la que todo tiene un significado. Inscritos en la sensibilidad de la *Belle Epoque*, la belleza femenina será virginal y delicada. Las jóvenes participantes en la Corte de Amor pertenecen a la alta sociedad chilena, al círculo de familias gobernantes, son blancas, caucásicas, esbeltas. El espacio en el que habrá de producirse el encuentro entre la belleza del cuerpo femenino y el atributo masculino –la palabra vuelta poesía que le canta– será el modernizado Teatro Santiago. Un teatro en el que el acceso a los espacios estará determinado por la capacidad económica de los asistentes.

---

[5] Hurtado María de la Luz, «La performance de los Juegos Florales de 1914 y la inadecuada presencia de Gabriela Mistral en ellos», en *Revista Chilena de Literatura*, número 72, abril de 2008, pp. 163-191.

[6] En *El libro de los Juegos Florales*, edición facsimilar, LOM ediciones, Santiago de Chile, 2000, pp. 28-29.

Organizados por la Sociedad de Escritores y Artistas de Chile, dan cuenta de la conformación del campo cultural. Muestran la tensión entre miembros de la oligarquía y los integrantes de la clase media que busca el reconocimiento social a partir de su oficio especializado: la escritura. Allí se despliega la opulencia, la espectacularidad, lo digno de ser visto. Se fragua la alianza entre las elites política, económica, intelectual y artística chilena.

En ese magno concurso de arte, lujo y belleza, la Mistral representa –sostiene De la Luz Hurtado– un género «incongruente y anómalo». Además de que su persona revela «marcas de etnia», no parece concebible que una mujer (que además no cumple con los estándares de belleza femenina de las clases dominantes) corone a otra mujer. El poeta hombre es quien nimba a la mujer-flor.[7]

Luego de conocerse al ganador, el semicírculo de la Corte de Amor es presa del nerviosismo. El clímax está por llegar: la elección de la reina de los Juegos florales. Conocido el Trovador, falta la Dama. En la performance, heterosexual por excelencia, no puede admitir el que una mujer corone a otra mujer. De ahí la anomalía de la que habla De la Luz Hurtado. A la Mistral ese derecho le estaba vedado, no obstante, aún en ausencia, su triunfo dislocó la espectacularidad del certamen. Y ello porque la simbología del acto de coronación es todavía más profunda. Lo que en la performance se escenifica es que al ganador del primer premio se le pone a disposición la Corte de Amor para que él elija a la mujer a la que cantará sus versos y esta le entregue la pureza de su verdadera *flor natural*. Belleza femenina y triunfo masculino. Una representante de la raza blanca y uno cuyo saber se expresa en las palabas se conjugan. Concluye De la Luz Hurtado que en «los Juegos Florales […] se celebra implícitamente el progreso de la raza y de la civilización de la Nación».[8]

Para ambos autores *La ciudad letrada*, de Ángel Rama, es fundamental para entender el entrelazamiento entre los detentadores del poder político y económico y

---

[7] De la Luz Hurtado destaca que la palabra «flor», utilizada para referirse a las mujeres fue una figura manida: «'flores vendiendo flores´ para referirse a las floristas», «un bouquet de flores 'para nombrar un grupo de niñas'», «flor en medio de las flores para evocar a una mujer en un campo florido», y que este tropos poético fue el elegido para los Juegos Florales de 1914. Frente a este se encuentra el opuesto: «el del Baudelaire de *Las flores del mal*, siendo esas flores las mujeres puestas en el abismo de una sexualidad enrarecida y sensualista, trágica y envolvente, decadente y desesperanzada. La mujer lesbiana, la prostituta, la amante ocasional, la compañera nocturna de la bohemia y del bar. Flor de un día, bellezas y placeres efímeros, carnalidad condenada a la corrupción. A la par, el símbolo del *Art Nouveau*, arte dominante en la *Belle Epoque*, era la mujer-flor, mujer sensual que mira de frente. Ecotada, su cuerpo es como un tallo de flor, el que ciñe con velos, envolvente como serpiente.» Hurtado, *Op. Cit*., p. 176,

[8] *Ídem*, p. 181.

los letrados que le otorgan legitimidad. De igual forma, el concepto de Campo literario que Bourdieu utiliza para el análisis de *La educación sentimental*, de Flaubert, resulta esclarecedor en De la Luz Hurtado, quien también recurre a Erik Hobsbawm para ubicar el periodo histórico en el que se efectúan estos eventos: la modernidad del capitalismo.

A los trabajos anteriormente citados habría que añadir la valoración que Amado Nervo hace de los Juegos Florales organizados por las Escuela de Jurisprudencia en mayo de 1902. En su texto, concebido para ser publicado en la *Revista Moderna* del mes siguiente, hace observaciones que parecen ajustarse lo señalado por los dos autores antes citados. Amado Nervo, participante de la justa, advierte con claridad algunos de sus alcances.

Nervo señala que se asiste a un renacimiento literario luego del predominio positivista. La juventud leía a Spencer y a Gabino Barreda, se le inculcaba que era más importante leer Economía Política que perder el tiempo en veleidades. El país, sí, se había puesto «serio». El «renacimiento literario» que se iniciaba con los Juegos Florales era apoyado, «siquiera discretamente por el Poder, estimulado por él». Le daba al poeta un reconocimiento que no tenía, puesto que antes se le veía como un «bufón» que debía agradecer las invitaciones de las familias de «alta sociedad» escribiendo y dedicando poemas a las muchachas casaderas. En «los países civilizados» se considera, añade, de modo distinto a los poetas; éstos, no obstante caracterizarse por su Inspiración, ese estado de supersensibilidad intermitente y pasajera, «son capaces de cualquier otra energía humana». Para ello hace un periplo en el que evoca a diferentes artistas y su capacidad de trabajo: de Moliere, Alfredo de Vigny, Lamartine y Rimbaud a Juan Ruiz de Alarcón, Manuel Carpio, Joaquín García Icazbalceta, Ignacio Mariscal, Altamirano y Urueta, a quien reconoce por su alocución como mantenedor y su defensa del poeta. El autor de la «Amada inmóvil», destacaba:

> ¡Sobre todo, porque el Poder, el poder que se hubiera dicho esquivo o indiferente hasta entonces, apoyaba directamente la justa y concedía premios para temas por el señalados! […] Estos juegos florales han sido […] *la consagración oficial de muchos jóvenes númenes inéditos que bajo tales auspicios inician su carrera*… […] El poeta premiado con la flor natural […] eligió como reina a la Srta. María Teresa Limantour […] presidió ella, pues, rodeada de una esplendorosa corte, integrada por las mujeres más guapas de México. […] El Teatro del Renacimiento […] a pesar de sus exiguas dimensiones y de la incontinencia de sus dorados y churrigeras, tenía una fisonomía agradable y hasta elegante… […'y el paseo con

> que Don Justo Sierra, al frente, dando el brazo a la reina, y toda la corte enseguida, iniciaron la velada… […] La fiesta fue de todas suertes eminentemente significativa.[9]

En este apretado extracto de frases de Nervo se resume lo que De la Luz Hurtado llamaría la performance de los Juegos Florales. Los objetivos políticos que estas lides poéticas persiguen son variados y se manifiestan de múltiples maneras. Es, sí, la puesta en escena, la asistencia de los convocantes y la participación de los convocados; el lugar en el que se escenifican, pero sobre todo los discursos mismos, una retórica encaminada a persuadir en el ánimo de los asistentes. Pero no sólo eso.

Estas lecturas preceden a la presentación de las tres lides poéticas convocadas en este trabajo. Sin duda alguna la colonia española asentada en la ciudad de México estaba al tanto de lo que ocurría en la península. Los juegos de Orense, municipio gallego, se celebraron en junio de 1901, los realizados en la ciudad de México por la colonia española tres meses después. De entre los temas, como se verá más adelante, destacaban el hecho más mítico que histórico de Covadonga, la amistad entre los pueblos hispanoamericanos, y un canto a los ideales de la raza latina. Formas poéticas, temas políticos.

En la capital el modernismo se había incubado no sin despertar suspicacias y aún animadversiones. Desde la provincia llegaban opiniones hostiles, a veces escandalizadas. No era que los poemas acusasen sólo el cruzamiento de la literatura a la que se refería el Duque Job, era que el café, el bar, la vida bohemia, las vivencias de los paraísos artificiales y la libertad en el ejercicio de la sexualidad eran posibilitadas por la ciudad moderna. A las que había que añadir el temor que generaba la movilidad social. Formas de socializar e intercambiar bienes simbólicos que atentaban contra la tradición. Una manera de vivir de los jóvenes escritores, poetas y artistas que cuestionaba las normas establecidas. La justa poética convocada por los estudiantes de Jurisprudencia, los integrantes del Jurado, así como las personalidades de la vida política del país asistentes, daban al evento una significación especial. De la mencionada escuela egresaban no pocos profesionales que se incorporaban a la política.

En la Puebla decimonónica el Colegio del Estado destacaba como referente en la educación a nivel regional. Lo hacían también el Seminario Palafoxiano y la Escuela Normal de Maestros. A sus aulas asistían jóvenes provenientes de Oaxaca. Guerrero, y Chiapas, entre otros que, por alguna razón, no llegaban a estudiar a la

[9] Nervo, Amado, *Obras completas*, tomo II, ed. Aguilar, México, 1991, pp. 346-350. Las cursivas son mías.

ciudad de México. Más apacible que la capital y, en tanto provincia, menos proclive a las tentaciones capitalinas (o al menos eso creían). Los Juegos Florales de los Estudiantes del Colegio del Estado fueron convocados con premura. Los de Jurisprudencia se celebraron en mayo de 1902. En agosto, los jóvenes estudiantes de Medicina en Puebla convocaban a su propia lid poética para premiar en octubre. Las autoridades convocadas a la premiación fueron las del gobierno del Estado, el Ayuntamiento, y de tres colonias extranjeras avecindadas en Puebla: españoles, franceses, y alemanes. Sostengo que la organización de estos juegos florales fue una respuesta inmediata a la de los estudiantes de Jurisprudencia. Una respuesta de quienes, no obstante profesar el credo positivista, reivindicaban la preceptiva castellana del siglo XIX, como se advertirá con claridad más adelante.

Para abordar los tres eventos me fueron fundamentales las categorías de Capital cultural y Campo literario, de Pierre Bourdieu. Al abordar la obra con la que tal o cual autor participan en la lid poética, he intentado, a través de la realización de una suerte de trazo de vida y de la narración de experiencias vitales halladas en diferentes obras, advertir cuál era ese capital cultural y de qué manera se insertaba en ese campo relativamente autónomo que es el literario.

¿Es posible que tras los juegos florales estuviese inscrito un lenguaje político? Y si es así ¿de qué manera se manifiesta? «El enfoque centrado en los lenguajes políticos» del que habla Elías José Palti me permitió ver la cuestión de otra manera.[10] ¿Qué es lo que estaba tratando de comprender?, ¿Podría retomar ese enfoque de Elías José Palti y «aplicarlo» al estudio de las mencionadas lides? Entre los juegos de los estudiantes de Jurisprudencia y los del Colegio del Estado me parecía encontrar una tensión en el campo literario. Los unos promocionando a quienes en ese momento estaban en los cuernos de la luna: los modernistas; los otros defendiendo la tradición cuestionada. El que al finalizar los juegos no fueran recordados los motivos por los cuales habían sido convocados resultaba significativo. ¿Un lenguaje poético con

[10] Escribe: Elías José Palti: «El enfoque centrado en los lenguajes políticos abre las puertas para un replanteamiento global del sentido y objeto de la disciplina, quebrando así todo el esquema de «modelos» y «desviaciones». Dicho enfoque se orienta, básicamente, a tratar de comprender cómo las condiciones de enunciación de los discursos vienen a inscribirse en los propios textos y pasan a formar parte integral de su sentido; reconstruir a partir del juego de los usos públicos del lenguaje, el vocabulario de base que delimita, en cada caso, el rango de lo decible y pensable (los modos por los que los propios actores y acontecimientos e ideas puede tornarse inteligibles para los propios actores). Palti, Elías José, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, FCE, México, 2005, pp. 37-38.

intenciones políticas respecto de la hegemonía en el campo literario? Para seguir a Elías José Palti: ¿esas condiciones de enunciación inscritas en los propios textos formaban parte de su sentido? Quizá el caso más significativo pueda advertirse en el personaje de Atenedoro Monroy. El texto por él escrito, su *sentido,* estaría determinado por la «situación comunicativa específica en que se produjo tal acto», en este caso los Juegos Florales y el tema por él tratado.

Otro de los textos fundamentales fue el de *La Ciudad letrada*, de Ángel Rama. Cuando define a ésta como: «[…] el anillo protector del poder y ejecutor de sus órdenes: Una pléyade de religiosos, administradores, *educadores*, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder…»[11] es inevitable pensar en la estrecha relación que existía entre el Colegio del Estado y los poderes estatales. Miembros del jurado calificador o poetas y escritores premiados participaban de funciones gubernamentales al tiempo de ejercer la docencia. Refiero el caso del ganador del primer premio de los juegos florales de los estudiantes del Colegio del Estado, Miguel Bolaños Cacho, quien además de ser gobernador interino del estado de Oaxaca había realizado sus estudios en el Colegio del Estado. Se premiaba al exalumno y al gobernador. Entre los premiados se advertirán abogados y médicos, no era casual.

Rama nos recuerda, también, que «No eran sin embargo los únicos (los abogados) para quienes el aprendizaje de la retórica y la oratoria eran indispensables instrumentos de acción. Lo mismo pasaba con los médicos, *frecuentemente más entrenados en las artes literarias* que en la anatomía o fisiología humana.»[12] Añadirá que:

> […] la *ciudad letrada* no sólo defiende la *norma* metropolitana de la lengua que utiliza (español o portugués) sino también la *norma* cultural de las metrópolis que producen las literaturas admiradas en las zonas marginales... […] Podría decirse que la escritura concluye absorbiendo toda libertad humana, porque sólo en su campo se tiende la batalla de nuevos sectores que disputan posiciones el poder.[13]

La defensa del lenguaje castizo frente al innovador modernismo era también una postura política. No será casual que luego del fracaso de la segunda *Revista Azul* los estudiantes poblanos, revestidos con el aura de participantes de los juegos flora-

[11] Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Ediciones del norte, Hanover, E.U., p. 25. La cursiva es mía.
[12] *Ídem*., p. 43. Las cursivas son mías.
[13] *Ídem*., p. 52. Las cursivas son de Rama.

les, inicien la publicación de la revista *Don Quijote*, en la que seguirán, aunque ya disminuidos y moderados, los ataques contra el Decadentismo.

Un breve repaso a la triada Moderno, Modernidad, y Modernismo

Si algo caracteriza a la vida moderna, es su velocidad, su continua fuga hacia adelante. Una vorágine de cambios a la que el hombre es arrastrado sin que pueda hacer algo por evitarlo. En *El pintor de la vida moderna*, Charles Baudelaire acuña, en 1863, el término *Modernidad*:

> Así va, corriendo, buscando. ¿Qué busca? Con toda seguridad, ese hombre, tal y como lo he retratado, eso solitario dotado de una imaginación despierta, que siempre está de viaje a través del gran desierto humano, tiene un objetivo más elevado que el de un simple *fláneur*, un objetivo general, que no es el placer fugaz del momento. Busca ese algo que se nos permitirá llamar *modernidad*, pues no se presenta ninguna palabra mejor para expresar la idea en cuestión. Lo que él hace es extraer de la moda lo que la misma puede contener de poético en lo histórico, sacar lo eterno de lo transitorio. […] La modernidad es lo transitorio, lo fugaz, lo contingente, la mitad del arte, y la otra mitad es lo eterno, lo inmutable.[14]

La definición despierta más interrogantes. Basta la expresión de un par de preguntas: ¿Extraer lo «poético en lo histórico, sacar lo eterno de lo transitorio»? ¿Cómo es eso posible? Aquello que se sublima en el momento de su aprehhensión; ese momento fugaz, pero imperecedero. Contradicción y ambiguedad de la modernidad misma. El cambio incesante es lo que caracteriza a esa nueva realidad. Trazos, elaborados con maestría, pueden *detener* el tiempo, como lo advirtió Baudelaire a propósito de la pintura de Constantine Guys. Una modernidad estética estrechamente ligada a la modernización política, social, y económica.

En 1899 Rubén Darío acuñará el término *Modernismo*. Escribe que en España estaban arraigados un formalismo tradicional, una concepción de la moral y una estética especiales que, citando a Juan Valera, «no puede arrancarse 'ni a veinticinco tirones'. Esto impide la influencia de todo soplo cosmopolita, como asimismo la expansión individual, la libertad, digámoslo con la palabra consagrada, el anarquismo en el arte, base de lo que constituye la evolución moderna o modernista.»[15]

[14] Baudelaire, Charles, *El pintor de la vida moderna*, Ed. Langre, España, 2008, p. 93. Cursivas en el original.

[15] Darío, Rubén, «El modernismo», en *España contemporánea*, Garnier hermanos, París, 1901, p. 309. El texto está fechado el 28 de noviembre de 1899.

De ahí que el modernismo –a contrapelo de las críticas y ataques que aparecen de continuo en la prensa madrileña de la época, en las se les acusa de «decadentes», «estetas», «prerrafaelistas»–, tenga su origen en tierras americanas. Escribe Darío:

> En América hemos tenido ese movimiento antes que en la España castellana, por razones clarísimas: desde luego por nuestro inmediato comercio material y espiritual con las distintas naciones del mundo, y principalmente porque existe en la nueva generación americana un inmenso deseo de progreso y un vivo entusiasmo que constituye su potencialidad mayor, con lo cual poco a poco va triunfando de obstáculos tradicionales, murallas de indiferencia y océanos de mediocracia. […] Nuestro modernismo, si es que así puede llamarse, nos va dando un puesto aparte, independiente de la literatura castellana.[16]

Francia había dado origen al Romanticismo, al Parnacionismo, al Simbolismo, y al Decadentismo. México no había sido ajeno a estos movimientos. La lengua francesa, en la que se escribían una buena parte de las obras leídas en las instituciones de educación superior del México del último cuarto de siglo XIX, era cultivada con vehemencia por los escritores modernistas mexicanos. En 1896 Justo Sierra escribe en el prólogo a las *Poesías* de Manuel Gutiérrez Nájera a propósito de la acusación de galicismo que se hacía a los escritores mexicanos:

> Como aprendemos el francés al mismo tiempo que el castellano; como en francés podíamos informarnos y todos nos hemos informado, acá y allá, de las literaturas exóticas; como en francés, en suma, nos poníamos en contacto con el movimiento de la civilización humana y no española, al francés fuimos más derechamente.[17]

En 1934, Federico de Onís publica su *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*. En su Introducción se referie al Modernismo como:

> […] *la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo*

[16] *Ídem*, p. 315.
[17] Gutiérrez Nájera, Manuel, *Poesías completas*, Vol. I, ed. Porrúa, México, 1953, p.7.

> *proceso continúa hasta hoy*. Ésta ha sido la gran influencia extranjera, de la que Francia fue para muchos impulso y vehículo, pero cuyo resultado fue tanto en América como en España el descubrimiento de la propia originalidad, de tal modo que el extranjerismo propio de esta época se convirtió en conciencia profunda de la casta y la tradición propias, que vinieron a ser temas dominantes del modernismo.[18]

Definición que será retomada más de una vez por diferentes autores y en diferentes momentos.

Jorge Luis Borges señala que José Martí, Julián del Casal, José Asunción Silva y Manuel Gutiérrez Nájera preludian el advenimiento de Rubén Darío. Apunta, con esa concisión que le caracteriza, lo que implicó el modernismo:

> A finales del siglo XIX y a principio del XX, el modernismo renovó las literaturas de la lengua española. Esta renovación era necesaria; después del siglo de oro y del barroco, la literatura hispánica decae y los siglos XVIII y XIX son igualmente pobres. […] La circunstancia de que algunos críticos españoles ignoraran esta indigencia contribuía a hacerla más irreparable […] Con esta decadencia contrastan la complejidad y el vigor de otras literaturas de Europa; en la poesía de Francia, cuyo influjo en el modernismo será decisivo, el Parnaso sucede al romanticismo y el simbolismo al Parnaso. De estas escuelas excluyentes en Francia, las dos últimas son recibidas con igual devoción por las jóvenes generaciones americanas y se difunden con facilidad. […] Por aquellos años, en Buenos Aires o en México no se concibe una persona culta que no sepa francés y es prestigioso ir a París para perfeccionar los estudios.[19]

En la década de los 80 el Modernismo han despertado nuevos estudios. Otras perspectivas se abren. Para Evelyn Picon Garfield e Ivan A. Schulman «Modernismo, moderno, modernidad, [son] tres términos de referencia para designar una revolución estética que se patentiza de modo heterogéneo e inestable, en una pléyade de

---

[18] De Onís, Federico, *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, Ed. Renacimiento, Sevilla, España, 2012, p. XV. De Onís añadirá más adelante que «El modernismo no sólo removió profunda y radicalmente el suelo literario, sino que echó los gérmenes de muchas posibilidades futuras, p. XVIII.» Las cursivas son mías.

[19] En el prólogo a *Lugones, Leopoldo, El payador y antología de poesía y prosa*, Ed. Ayacucho, Venezuela, 1979, p. XI.

escritores –los raros– a partir de 1875, primero en la prosa y luego en el verso».[20] Ambos siguen a Federico de Onís en la afirmación de que el modernismo es la búsqueda de la modernidad. Y los escritores que participan de ella se caracterizan porque van en pos «[…] de lo desconocido y lo nuevo; en ella se descubre una partida perenne hacia el vacío […] la necesidad de molestar y trastornar al lector por medio del cuestionamiento de pre-conceptos históricos, culturales y sociopolíticos, y la consiguiente creación de un estado de insurrección entre el lector y el texto.»[21]

José Emilio Pacheco, escribe que no hay «Modernismo sino Modernismos: los de cada poeta importante que comienza a escribir en lengua española entre 1880 y 1910.»[22], se referirá, con Walter Benjamin, al movimiento moderno como la «[…] experiencia hostil, enceguecedora de la época de la gran industria.»[23] En la que la poesía moderna:

> […] responde al deseo de resolver la oposición entre la unidad y la pluralidad mediante el ritmo y la armonía. Desamparados ante la muerte, frente al abismo hueco de la nada y la erosión de los tradicionales conceptos religiosos, los poetas del siglo XIX buscan otras creencias y otra espiritualidad. El interés por las doctrinas esotéricas y por las religiones orientales –sobre todo el budismo que como el arte romántico es la negación misma del dogma– domina el movimiento moderno en sus primeras etapas.[24]

El Modernismo en literatura ha sido objeto de numerosas investigaciones, reflexiones, y debates. José Emilio Pacheco apunta que «El debate no ha terminado ni acabará jamás. En la complejidad del modernismo hay muchas cosas irreductibles a

---

[20] Picon Garfield, Evelyn e Iván A. Schulman, *«Las entrañas del vacío», ensayos sobre la modernidad hispanoamericana*, Cuadernos Americanos, México, 1984. La afirmación «los raros» hace, sin duda, referencia al libro con ese título que Rubén Darío publicara en 1896. Cuando publican el libro a cuatro manos, Ivan A. Schulman tiene 53 años y Evelyn Picon Garfield 44. Latinoamérica ejerció un influjo fuerte en ambos. Evelyn publicó, en 1978, en los Cuadernos críticos de la Universidad Veracruzana, dirigido en ese momento por Jorge Ruffinelli, una larga entrevista titulada *Cortázar por Cortázar* realizada cinco años antes. Hay, en el libro, varias fotografías. En una de ellas Cortázar y Evelyn miran con atención a la cámara. La belleza de Evelyn es contundente. Se aprecia la sensible dedicatoria que Ivan A. Schulman escribiera en 1981 en el prólogo al libro de Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés*, que la editorial Ayacucho imprimió: «A Evelyn y el despertar de la dicha».

[21] *Ídem.*, p. 13.

[22] Pacheco, José Emilio, *Antología del Modernismo (1884-1921)*, UNAM, México,1991, p. XI.

[23] *Ídem*., p. XXI.

[24] Ídem., p. XXIII.

la simplificación generalizadora.»[25] Una de ellas es la actitud vital que despertó en un sector de la juventud.

Ángel Rama, por su parte, señala que más que una crisis debe hablarse de una «vigorosa maduración de las letras latinoamericanas al integrarse a la literatura occidental mediante sistemas expresivos comunes que, sin embargo, fueron capaces de resguardar la cultura regional y los problemas específicos de sus sociedades.»[26]

Octavio Paz nos recuerda que en el siglo XVII España se encerró en sí misma hasta «petrificarse». Añade que ni los movimientos revolucionarios que sacudieron a Europa, ni la elite que se había nutrido de la cultura francesa podrían haberla hecho cambiar. La invasión napoleónica la hizo fortalecer el absolutismo y el catolicismo ultramontano. España se comió «a sí misma». Más aún: «Durante el siglo XVII los españoles no podían ni cambiar los supuestos intelectuales, morales y artísticos en que se fundaba su sociedad ni tampoco participar en el movimiento general europeo: en uno y otro caso el peligro era mortal para los disidentes. De ahí que la segunda mitad del siglo XVII sea un periodo de recomposición de elementos, formas e ideas, *un continuo volver a lo mismo para decir lo mismo*».[27]

Los temas eligen a sus portavoces. A «*Las entrañas del vacío»* –libro de Evelyn Picon Garfield e Ivan A. Schulman y que debe su título a un verso de Vicente

---

[25] Pacheco, José Emilio, *Poesía modernistas. Antología general*, Ed. SEP-UNAM, México, 1982, p.2.Si en la *Antología del modernismo (1884-1921)*, publicada en 1970, Pacheco nos da una mirada de esta corriente literaria en el país, en esta segunda, publicada 12 años después, nos ofrece el panorama del modernismo en Hispanoamérica. Poesía y tiempo, sociedad y cultura, el universo modernista ha sido objeto de estudios y reflexiones. Es, por decirlo metafóricamente, un universo en el que en las diversas galaxias habitan constelaciones en busca de un sentido. De las obras dedicadas al modernismo habrá que destacar, entre otras, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña (1947); la *Breve historia del modernismo*, de Max Henríquez Ureña (1954); *El Modernismo. Su filosofía, su estética, su técnica*, de Arqueles Vela (1949); *Algunos epígonos del modernismo y otras notas*, de Porfirio Martínez Peñaloza, (1966); *Literatura y sociedad*, de Françoise Perus (1976); *Desencuentro de la modernidad en América Latina*, Julio Ramos (1989); *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, de Rafael Gutiérrez Girardot (1983); *El modernismo mexicano a través de cinco revistas*, de Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defoseé (2000); *El cuento mexicano en el modernismo*, de Ignacio Díaz Ruiz (2006); *La construcción del modernismo. Antología*, de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (2011).

[26] Rama, Ángel, «La modernización literaria latinoamericana (1870-1910», en *La crítica de la cultura en América Latina*, editorial Ayacucho, España, 1985, p. 92.

[27] Paz, Octavio, *Los hijos del limo*, Ed. Seix Barral, México, 1991, p.122. De ahí el empobrecimiento en su escritura. Las cursivas son mías. En la medida en que España no era una sociedad moderna, y el modernismo una crítica a la modernidad, no se podía criticar lo que no se tenía. En Hispanoamérica, añade Paz, el modernismo fue la respuesta de la «sensibilidad y el corazón» al positivismo que había «provocado el desmantelamiento de la metafísica y la religión en las conciencias».

Huidobro–, le seguirá, 17 años después, *El proyecto inconcluso*. En solitario, Schulman volverá sobre el Modernismo. Allí lo considera como un concepto en movimiento al que hay que despojar de miradas esencialistas. «Discurso proteico de liberación» se trata de:

> […] una búsqueda angustiada, persistente y prolongada de regiones desconocidas de la experiencia, de la pugna dilatada por rechazar moldes prehechos impuestos por religiones organizadas o por prácticas sociales jerárquicas, de la lucha por crear narraciones contrahegemónicas que marcarán la producción humana en el camino sinuoso que va desde el esencialismo hacia el existencialismo, que desemboca en la cultura fragmentada y caótica de la (post) modernidad.[28]

En el Modernismo –sigue Schulman a Martí– los escritores experimentaron «una agonía espiritual y una duda filosófica, cuya finalidad fue la reconstrucción de su universo individual y nacional».[29] No obstante esa búsqueda angustiada y sus narraciones contrahegemónicas:

> […] el contradiscurso cultural modernista, afiliado con otra larga tradición de búsqueda cultural americana y de «otredad expresiva», no logró abrogar en forma absoluta los registros materialistas del discurso dominante; su objeto de borrar la voz del nuevo poder burgués resultó un proyecto fallido en los textos de la mayoría de los artistas modernistas, muchos de los cuales no captaron de modo consciente la naturaleza conflictiva de sus propios discursos literarios.[30]

Sin embargo, en la arena de la República de las Letras, la subversión que tal discurso implicaba tendría respuesta, como veremos más adelante.

En su introducción a *Cinco caras de la modernidad*, Matei Calinescu, quien fuera profesor de literatura comparada en la Universidad de Indiana, nos recuerda que el término «modernismo» fue utilizado por Rubén Darío a principios de la década de 1890 y representaba un rechazo a la «autoridad cultural de España». Añade que en los términos «Moderno», «Modernidad» y «Modernismo» expresan «un claro sen-

---

[28] Schulman, Ivan A., *Vigencia del modernismo hispanoamericano*, Ed. UNAM-Siglo XXI editores, México, 2002, p. 10.

[29] *Ídem.*, p. 11.

[30] *Ibídem*.

tido de relativismo histórico». Y aunque no queda claro cuándo se puede hablar de dos modernidades distintas, lo cierto es que:

> En algún momento durante la primera mitad del siglo XIX una separación irreversible tuvo lugar entre *la modernidad como una etapa en la historia de la civilización occidental* –producto del progreso científico y tecnológico, de la revolución industrial, de los arrolladores cambios económicos y sociales ocasionados por el capitalismo– *y la modernidad como concepto estético*. Desde entonces, la relaciones entre las dos modernidades han sido irreductiblemente hostiles, pero no sin permitir e incluso estimular una variedad de influencias mutuas en su afán por destruirse entre sí.[31]

Peter Gay, autor de *Modernidad. La atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*, señala que:

> *La modernidad resulta mucho más fácil de ejemplificar que de definir*. Esta curiosa situación se debe a la rica diversidad que la caracteriza. Sus ejemplos abarcan un terreno tan amplio y diverso –pintura y escultura, prosa y poesía, música y danza, arquitectura diseño, teatro y cine- que parece improbable hallar una ascendencia o terreno común. […] A semejanza de un acorde, la modernidad era algo más que un conjunto casual de protestas vanguardistas; era algo más que la suma de las partes. Generó un nuevo modo de entender la sociedad y el papel del artista, un nuevo modo de valorar las obras culturales y a sus artífices. En suma, lo que denomino estilo moderno *era un clima de pensamiento, sentimiento y opinión*.[32]

Añadirá que uno de sus rasgos definitorios, además de la exploración del yo, es, como apunta en el subtítulo del libro:

> […] *la atracción de la herejía* […] El poeta moderno que vierte contenidos obscenos en los metros tradicionales; el arquitecto moderno que elimina de su diseño todo ornato; el compositor moderno que deliberadamente infringe las reglas tradi-

---

[31] Calinescu, Matei, *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia,* kitsch*, postmodernismo*, Ed. Tecnos/Alianza Editorial, Madrid, 2003, P. 55. Las cursivas son mías.

[32] Gay, Peter, *Modernidad. La atracción de la heregía de Baudelaire a Beckett,* Paidós, Barcelona, 2007, pp. 23-24. Las cursivas son mías.

> cionales de la armonía y el contrapunto el pintor moderno que exhibe un rápido bosquejo como una obra acabada, todos ellos y sus aliados obtienen satisfacción no sólo en tomar un nuevo camino revolucionario –el suyo propio–, sino también en el mero acto de triunfal insubordinación contra la autoridad dominante.»[33]

Así, una de las características del artista moderno será su rebeldía, su rechazo al orden establecido. Marshall Berman, habitante del Bronx y autor de *Aventuras marxistas*, escribe:

> Hay una forma de experiencia vital –la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida— que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo de hoy. *Llamaré a ese conjunto de experiencias la «modernidad».* Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, dijo Marx, «todo lo sólido se desvanece en el aire».[34]

Si el mundo moderno inicia con el despojo de las riquezas de ese continente ignoto para Europa que será América, lo cierto es que la modernidad propiamente dicha corresponde «a las sociedades transformadas por las revoluciones social, industrial, científica y tecnológica».[35] Y esta transformación empezará a profundizarse plenamente en el siglo XIX adquiriendo otros mátices en el XX y planteando nuevas interrogantes en el XXI.

* * *

[33] *Ídem.*, p. 28. Las cursivas son mías.

[34] Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI editores, 2011, México, p. 1. Las cursivas son mías.

[35] Pacheco, José Emilio, *Antología del Modernismo (1884-1921)*, UNAM, México,1991, p. XX.

Una anotación más. Perry Anderson apunta que «el término y la idea de lo 'posmoderno' suponen la familiaridad con lo 'moderno'». y para abordarlo nos remite a la *Antología* de Federico de Onís; cuando éste se refirió al movimiento literario posterior al Modernismo lo denominó *Posmodernismo*. Fue, a su juicio, una «reacción conservadora» a la innovación que significó el movimiento iniciado por Rubén Darío, José Martí, y Manuel Gutiérrez Nájera, entre otros. Escribe De Onís:

> El postmodernismo (1905-1914) es una reacción conservadora, en primer lugar, del modernismo mismo, que se hace habitual y retórico como toda revolución literaria triunfante, y restauradora de todo lo que en el ardor de la lucha la naciente revolución negó. Esta actitud deja poco margen a la originalidad individual creadora; el poeta que la tiene se refugia en el goce del bien logrado, en la perfección de los pormenores, la delicadez de los matices, en el recogimiento interior, en la difícil sencillez, en la desnudez prosaica, en la ironía y el humorismo. Son modos diversos de huir sin lucha y sin esperanza de la imponente obra lírica de la generación anterior en busca de la única originalidad posible dentro de la inevitable dependencia. Sólo las mujeres alcanzan en este momento la afirmación plena de individualidad lírica, que se resuelve en la aceptación o liberación de la sumisión y la dependencia. Pero la poesía sumisa de los hombres de este tiempo produjo una variedad de tendencias y una riqueza de modos de sensibilidad que en vano buscaríamos en la poesía más fuerte del modernismo. Por eso se agrupan naturalmente los muchos poetas menores que entonces surgieron, a veces de insustituible valor individual, en torno a la tendencia que prefirieron seguir.[36]

Alfonso Reyes se encuentra entre los poetas que De Onís desataca en este periodo, al igual que Ramón López Velarde. Reyes sería reconocido más como prosista que como poeta; el poeta del periodo sería López Velarde. José Emilio Pacheco dedica un texto a esa enemistad no confesada entre ambos.[37] De las mujeres señala a María Enriqueta, María Eugenia Vaz Ferreira, Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, y María Villar Buceta. María Enriqueta, por

---

[36] De Onís, *Op. Cit*., De Onís señalará al menos seis tendencias que caracterizarán al Posmodernismo.

[37] Véase «Notas sobre una enemistad literaria: Reyes y López Velarde», en Pacheco, Ramón López Velarde. José Emilio, *La lumbre inmóvil*, Instituto Zacatecano de Cultura Ramón López Velarde, Zacatecas, México, 2003, pp. 25-36. Una versión anterior apareció publicada en *Texto Crítico*, dirigida por Jorge Ruffinelli, en 1975.

cierto, será una poeta que publicará con cierta regularidad en la revista poblana *Don Quijote*, dirigida por Rafael Cabrera.

Perry Anderson, en el prólogo a *El giro cultural*, de Fredric Jameson, publicado en 1998, recordará que los estudios que éste realiza sobre el posmodernismo encontrarán su origen en el libro de Ernest Mandel, *Late Capitalism*.[38] Señala, recurriendo a imágenes poéticas que: «Al explotar como otras tantas bengalas de magnesio en un cielo nocturno, los escritos de Fredric Jameson han iluminado el amortajado paisaje de lo posmoderno, para transformar súbitamente sus sombras y sus oscuridades en un cuadro misterioso y refulgente.»[39] Jameson señalará que «´posmodernismo' no es un término exclusivamente estético o estilístico» y añade que su enfoque, «totalizador», sus reflexiones «deben entenderse […] como un intento de teorizar la lógica específica de la producción cultural de esa tercera fase [del capitalismo], y no como otra crítica o diagnóstico cultural incorpóreo del espíritu de la época.»[40]

Las cuatro páginas que Anderson escribe en el prólogo se desarrollarán ampliamente en el libro *Los orígenes de la posmodernidad*. Los términos *Modernismo* y *Posmodernismo* no provienen de Europa ni de los Estados Unidos, señala, sino de la periferia. Fue Rubén Darío quien inspirado «en las sucesivas escuelas francesas de los románticos, parnasianos y simbolistas» desencadenó «la emancipación del pasado de las propias letras hispánicas». Si Darío acuñó el término *Modernismo*, Federico de Onís haría lo propio con el de *Posmodernismo*. Ya hemos visto la definición que hizo de éste. Pero el término, nacido en la literatura, tendría un posterior desarrollo en términos históricos. En 1954 Arnold Toynbee publicaba su octavo volumen de *Estudio de la Historia*, obra iniciada veinte años antes. Allí se refería como «'edad post-moderna' (*post-modern age*) a la época que se inició con la guerra franco-prusiana; pero su definición seguía siendo esencialmente negativa».[41] Una concepción afirmativa sobre lo posmoderno, destaca Anderson, aparecería en el poeta Charles Olson, quien compondría un *Anti-Wasteland*, una respuesta a *The Waste Land*, la

[38] Escribe Jameson: «El libro de Ernest Mandel, *Late Capitalism*, cambió todo eso, y por primera vez teorizó una tercera fase del capitalismo desde una perspectiva marxista viable. Esto es lo que hizo posible mis propias reflexiones sobre el 'posmodernismo'». En Jameson, Fredric, *El Giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo*, 1983-1998, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2006, p. 57. La versión en inglés apareció en 1998. El libro de Ernest Mandel fue publicado por ediciones ERA en el año de 1979 con el título de *El capitalismo tardío*, la traducción fue hecha por Manuel Aguilar Mora.

[39] *Ídem*., p. 11.

[40] *Ídem*., pp. 56-57.

[41] Anderson, Perry, *Los orígenes de la posmodernidad*, Ed. Akal, España, 2000, p. 9.

obra maestra de Eliot. «La noción de lo posmoderno, apunta el propio Anderson, no alcanzó difusión más amplia hasta los años setenta. El tema es, sin duda, más que interesante. Basta ver los vasos comunicantes que arrancan en la enunciación hecha por De Onís, el tránsito a lo que será el giro cultural con Jameson, además del libro de Perry Anderson. Su estudio merece atención aparte y rebasa los límites de este trabajo.

Así, Modernismo, Moderno, Modernidad y Posmodernidad son palabras que expresan un a realidad cambiante en lo estético, lo económico, lo político, y lo social. A lo largo del siglo XX y lo que va del presente han sufrido cambios siempre encaminados a explicarnos esta realidad marcada por la incertidumbre.

La bohemia, vivir la modernidad

Henry Murger (1822-1861) ya era secretario de Tolstoi cuando publicó, en 1849, el libro *Boheme. Escenas de la vida bohemia*. París es el escenario en donde transcurre la vida disipada y pobre, a ratos cómica, romántica y trágica de cuatro jóvenes que cultivan el ocio, la pintura, la música, la filosofía, y el amor. La novela, que apareció primero por entregas en el periódico *Le Corsaire*, tendrá un éxito inesperado para el autor que frisaba los 27 años. Quienes participan de la bohemia, sostiene su autor, tienen frente a sí un futuro que se resumía en tres palabras: el éxito, la academia, o la muerte.[42] Tres décadas después del fallecimiento de Murger, en 1896, Giacomo Puccini la convertirá en una ópera igualmente exitosa. Destacará, sobre todo, la relación amorosa y trágica entre los personajes Rodolfo y Mimí. Ambas obras cruzarán el Atlántico y encontrarán, en México, su público entre los jóvenes de fin de siglo XIX. Rubén M. Campos dará cuenta de ello en *El Bar. La vida literaria en México en 1900*. En más de uno de los poemas del poblano Rafael Cabrera Murger estará presente.

En 1857, Charles Baudelaire (1821-1867) publicó *Las flores del mal*. Libro que marcó el nacimiento de la moderna poesía francesa. Allí el milagro, la belleza, lo sublime, se encontraban tanto en lo ínfimo y trivial[43] como en los barrios miserables

---

[42] De la influencia del libro de Murger: «Llegamos a París cuando la *Vie de Bohème* de Murger era una especie de Biblia para los jóvenes. La consigna al entrar se condensaba en dos mandamientos; primero, tener una Mimí, segundo cambiar de Mimí los más frecuentemente posible. Desde el primer día obedecí alegremente, con el deslumbramiento de los veinte años». En Ugarte, Manuel, *Escritores Iberoamericanos de 1900*, Editorial Vértice, México, 1947, p. 27. Peter Gay menciona que «las leyendas que conformaron la vida de los modernos contribuyeron a oscurecer aún más las realidades sociales: la miseria bohemia romántica y despreocupada [...] era más imaginaria que real», en *Modernidad...*, p.31.

[43] «Lo que es inesperado, lo repentinamente angélico o monstruoso, la insólita relación escondida, latente

y los personajes olvidados de un París que, paradójicamente, se encaminaba a la modernidad. Una nueva estética estaba surgiendo y su influencia rebasaría las fronteras de Francia. A sus 26 años veía como su libro compartía la suerte de *Madame Bovary*, la obra del también joven Gustave Flaubert (1821-1880) publicada ese mismo año. Los cargos eran ofensas a la moral pública y a la religión. Ambos fueron llevados a juicio. Flaubert fue absuelto, y Baudelaire obligado a expurgar seis poemas de su obra. En su correspondencia, Flaubert reconocerá que el arte predomina en la obra del poeta, escribe: «[…] usted *canta la carne sin amarla, de una forma triste desapegada* […] Usted es resistente como el mármol y penetrante como una niebla en Inglaterra».[44]

Más allá de los resultados del proceso, el juicio mostró las tensiones entre la literatura y la sociedad. De los paraísos artificiales, de los amores prohibidos, Baudelaire iluminaba lo sombrío, aquello que la sociedad burguesa consideraba reprobable. En la novela realista de Flaubert «una estética nueva puede acarrear consecuencias de orden moral».[45] El ejemplo de Emma Bovary se consideraba pernicioso. Había en la novela, además, una crítica a la sociedad burguesa. En 1869 Flaubert publicaría *La educación sentimental*. Allí, la revolución de 1848 y el Segundo Imperio serán el escenario en que se desarrollará la vida de Frédéric, el protagonista. Un joven que llega a un París esplendente, que conoce el amor, la intensidad del placer, la vida bohemia, las revueltas políticas, las barricadas, y en no pocas ocasiones el tedio. Ese *spleen* que la novela y la poesía harán patente y que dará lugar, entre otras tendencias literarias, al decadentismo.

Enzo Traverso resume con claridad las características de la vida bohemia y el porqué de su componente subversivo en la moderna sociedad burguesa:

> […] la idea de bohemia remite, en su acepción corriente, a un estilo de vida y una actitud estética. *El rechazo de las convenciones burguesas*, la falta de (o la renuncia voluntaria) a un domicilio fijo y un trabajo regular, la frecuentación de los cafés, los cabarets y los bares populares, el gusto por la vida nocturna, una liber-

---

hasta en los objetos más humildes, se manifiesta con la Embriaguez», escribe Luis Cardoza y Aragón en 1931 en su «Elogio a la Embriaguez», luego de hacer de las palabras de Baudelaire («Para no ser esclavos del tiempo y del tedio, Embriagaos.») un epígrafe; el poema está en *El Splenn de París*. En Cardoza y Aragón, Luis, *Poesías completas*, FCE, 1977, p.228.

[44] *El origen del narrador. Actas completas de los juicios a Flaubert y Baudelaire*, Ed. Mardulce, Argentina, 2011, p. 189. Las cursivas son mías.

[45] *Ídem*., p 9.

> tad sexual ostentosa, una inclinación bastante pronunciada por el alcohol y las drogas, la repartición comunitaria de los escasos recursos disponibles e incluso a veces un cierto «sectarismo», marcado por el uso de códigos secretos, reservados a una cofradía de iniciados: estos son los rasgos clásicos de una vida bohemia. *Una actitud estética que se manifiesta en las aparencias –cabellos largos, vestimentas extrañas y descuidadas– y que se acompaña por la costumbre de un ideal artístico buscado como una vocación marginal, cultivado en detrimento de las normas*, fuera de las instancias de legitimación dominantes (la Academia) e *inspirada por su tendencia transgresiva: la libertad contra las prohibiciones, el conformismo y el poder*; *el exceso contra una moral represiva*. Desde 1849, en su crítica de la novela de Murger, el crítico Théophile Gautier caracterizaba a la bohemia como «el amor del arte y el horror del burgués».[46]

Este «horror al burgués» no puede entenderse sin la experiencia que los escritores y artistas vivieron y padecieron durante la expansión industrial del Segundo Imperio en Francia. «La emergencia […] de industriales y comerciantes de fortunas colosales […] nuevos ricos sin cultura dispuestos a hacer triunfar en toda la sociedad los poderes del dinero y su visión del mundo profundamente hostil a los asuntos del intelecto».[47]

Ante la expansión de un mercado de bienes culturales, incluida la prensa, un flujo importante de jóvenes sin fortuna acudirán a París a probar fortuna en las carreras de escritor o de artista. Jóvenes que han «mamado humanidades y retórica» pero no tienen los recursos financieros ni protecciones que les permitan cumplir sus propósitos. Estos nutrirán a la bohemia. Para Bourdieu la bohemia:

> […] suscita sentimientos ambivalentes incluso entre sus más encarnizados defensores. En primer lugar porque se opone a la clasificación: próxima al «pueblo», cuya miseria comparte a menudo, está separada de él por el arte de vivir que la define socialmente y que, aún cuando se enfrenta ostensiblemente a las convenciones y las conveniencias burguesas, la sitúa más cerca de la aristocracia y de la alta burguesía que de la pequeña burguesía formal, especialmente en el orden de las relaciones entre los sexos donde experimenta a gran escala todas las formas de

[46] Traverso, Enzo, *Cosmópolis*. *Figuras del exilio judeo-alemán*, UNAM, México, 2004, pp. 53-54.

[47] Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1997, p. 80.

> transgresión, amor libre, amor venal, amor puro, erotismo, que en sus escritos convierte en modelos. Y ello no resulta menos cierto en lo que atañe a sus miembros más desvalidos, que, asentados en su capital cultural y en su naciente autoridad como *taste makers*, consiguen garantizarse a muy bajo costo los audaces atuendos, las fantasías culinarias, los amores mercenarios y los placeres refinados que los «burgueses» tienen que pagar a alto precio.[48]

En una realidad donde el orden y el progreso eran la norma, cualquier manifestación que la cuestionara, por mínima que fuera, era objeto de reprobación y condena. Así lo constataría el joven José Juan Tablada luego de que su transgresor poema, «Misa negra» (1893), de evidentes connotaciones eróticas, causara escándalo entre altas camarillas políticas, incluida la esposa del presidente Díaz, Carmen Romero Rubio, de acendrada moral católica. Por esa razón, Tablada, de apenas 22 años, sería despedido de *El país*.

De entre las novelas mexicanas que recogen esa experiencia, la de la vida bohemia, destacan *Claudio Oronoz*, de Rubén M. Campos, publicada en 1906; y la de Heriberto Frías, *El amor de las sirenas*, que salió de la imprenta dos años después en Mazatlán; ésta, a juicio del Dr. Pablo Piccato, es más realista que aquella, ya que Campos romantiza a la bohemia, lo que también había hecho Murger..

El Dr. Piccato encuentra que la vida bohemia de los estudiantes –en la que se construyen identidades de género gracias a la amistad y la aventura–, se caracterizará por su comportamiento libertino, el consumo de alcohol y su relación con las mujeres. Percibida por los adultos como una «moral transgresora juvenil», para ellos era la «ampliación de su experiencia interior de la vida social urbana»; un «diálogo con la cultura popular» más allá de un «estereotipo sentimental». Además, tanto el sexo como el amor «eran herramientas de adquisición de capital social y de preservación de la vida pública».

> El [Heriberto Frías] y otros autores describieron la decadencia mortal y física de estudiantes bellos, jóvenes, que terminaban enfermos, prematuramente avejentados, solitarios y deprimidos. Las drogas, en especial la morfina, pero también, para quienes pasaron tiempo en prisión, la marihuana, estaban a un paso del declive iniciado por el alcoholismo, y que podía llevar al suicidio. [49]

---

[48] *Ídem*, pp. 92-93.

[49] Piccato, Pablo, *La tiranía de la opinión. El honor en la construcción de la esfera pública en México*, El Colegio de Michoacán e Instituto Mora, México, 2015, p. 223.

Heriberto Frías dedica *El amor de las sirenas* a los estudiantes mexicanos, a los jóvenes de la clase media, y al pueblo obrero, objeto de su preocupación, aquellos que podrían sucumbir a su embriagador canto. Escribe lo siguiente:

> Historias son de bohemios que parecen vencer demasiado pronto y que demasiado pronto se estrellan o se «varan» por escuchar la eterna canción de las sirenas… El Alcohol, el Juego, la Carne, la Morfina, y tantas otras, cantan primero el placer y luego la condenación; y sus dramas tienen como ambiente varios aspectos de nuestro panorama social: la podredumbre del dinero no ganado por el propio esfuerzo –las rapiñas, las concupiscencias, los crímenes impunes y las hipocresías aristocráticas, – arriba; y abajo, el fango de la ignorancia, la miseria y el pulque. [...] Los vicios en ese híbrido París-Tenochtitlán ofrecen su amor a los estudiantes y obreros que de «Provincia» allí caen y se hundes destripados, casi siempre perdidos, si no se aferran, antes de agotar en la vorágine toda su vergüenza y toda su razón, como única redención posible, al trabajo y al amor.[50]

La novela como enseñanza, como obra ejemplar, como suma de actitudes en las que el comportamiento libertino e irresponsable tiene consecuencias las más de las veces negativas. No es casual que Frías recurra a la mayúscula inicial en las palabras alcohol, juego, carne, morfina, lo contrario a la sobriedad, la seriedad del trabajo, la castidad, la virtud.

La vorágine decimonónica

El XIX es, de principio a fin, un siglo convulso.[51] Francia, como buena parte de Europa, había sido y era el escenario de conflictos y transformaciones sociales, allí estaban 1789 y 1848. No era sólo el lugar donde se habían proclamado la libertad, la igualdad y la fraternidad, lo era también de un cambio político, económico y social incesante. Todo lo sólido, como escribieron Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* ese año, se desvanecía en el aire. Lo secular cede ante la vorágine de la producción capitalista que lo transforma todo. «Un inmenso arsenal de mercancías» carac-

[50] Frías, Heriberto, *El amor de las sirenas [LOS DESTRIPADOS]*, Mazatlán, México, 1908, p. 1.

[51] Escribe el Dr. Carlos Illades: «El siglo XIX fue de transición en Europa y América Latina (del antiguo régimen a la modernidad, de colonias a naciones independientes, del campo a la ciudad, de economías agrarias a sociedades industriales), así como de travesías (reales y ficticias) en ambas direcciones atlánticas.» En Illades, Carlos, *Nación, sociedad y utopía*, Conaculta, México, 2005, p. 27.

terizará a la economía capitalista, a la sociedad burguesa. Y ello tendrá fuertes repercusiones en la vida toda.

De ello da cuenta, también, Walter Benjamin en *París, la capital del siglo XIX*. En su obra, en los breves apartados que lo componen, se muestra el avance de la modernidad: las arcadas con sus estructuras de hierro y sus techos de cristal al servicio del comercio de objetos de lujo; los dioramas, esa relación entre el arte y la tecnología; el daguerrotipo antecediendo a la nueva realidad de la fotografía; las exposiciones mundiales y su nuevo fetiche: la mercancía; el *art nouveau* de fin de siglo; la melancolía nutriendo el genio de Baudelaire, el *fláneur* en busca de asilo entre la muchedumbre, las calles como su escenario. Lo que ya había visto Edgar Allan Poe en «El hombre de la multitud» publicado en 1840. Benjamin señala que: «Los intelectuales entraron en el mercado como *fláneurs*. Ellos pensaban que iban para observarlo –en realidad fue ya para buscarse un comprador.»[52] Lo que significaba un nuevo papel para los habitantes de la ciudad letrada. Los bulevares de Haussmann como la apoteosis de la burguesía en la irrefrenable especulación inmobiliaria. Los parisinos perdían su vieja ciudad. Otra nacía.

París era una fiesta para algunos y una pesadilla para otros. Las corrientes literarias (románticos, naturalistas, realistas, simbolistas, parnasianos, decadentistas) coexistían; se disputaban la plaza y, ante el empuje vigoroso de una nueva forma de representar y fabular la realidad, algunas desaparecían dejando el eco de sus obras. Era también una Babel de ideologías: anarquistas, socialistas, comunistas, espiritistas, positivistas. A ese París llegó el joven Gabino Barreda luego de combatir y atestiguar la pérdida de la mitad del territorio de México a manos de los calibanes del norte, como les llamó Rubén Darío. La nueva religión propagada por Auguste Comte seduciría al joven médico. Paz, Orden y Progreso eran necesarios en una nación que, apenas lograda su independencia, se desgarraba entre la guerra civil que conservadores y liberales librarían sin descanso, amén de las intervenciones extranjeras. La doctrina Monroe había sido enunciada en 1823 y 24 años después la cicatriz de una nueva frontera dividía el territorio. En el periodo de Santa Anna el despojo se consumaba. La bandera de las barras y las estrellas se perfilaba amenazante sobre el resto de Hispanoamérica. No tardaría en cumplir esa amenaza. Vendría luego la intervención francesa de 1862, la derrota del ejército napoleónico que volvería por sus fue-

[52] Benjamin, Walter, *París capital del siglo XIX*, nota introductoria y traducción de José Emilio Pacheco, Imprenta Madero, México, 1971, p.40.

ros. Puebla, la ciudad en la que Zaragoza le propinó la afrenta, pagaría su atrevimiento al año siguiente. La ciudad quedaría en ruinas.

El segundo Imperio, el de Maximiliano de Habsburgo, un liberal malquerido por uno y otro bando, duraría poco menos de un lustro, pero dejó profunda huella. El civil que resistió con la república a cuestas, y el militar que triunfó disputarían el poder más adelante. Pero 1867, y particularmente el 16 de septiembre, era de fiesta. Gabino Barreda traía la buena nueva. En su «Oración Cívica» la esperanza parecía brillar en el horizonte de los triunfadores: «[…] que en lo de adelante sea nuestra divisa Libertad, Orden y Progreso; la libertad como medio; el orden como base y el progreso como fin».[53] Los «Científicos» que acompañarían a Porfirio Díaz en su largo periodo de gobierno pondrían énfasis en las dos últimas palabras. La libertad podría esperar. Lo primero era la reconstrucción del país y la generación de una identidad y una literatura nacionales en la que los escritores jugarían un papel determinante.

En Hispanoamérica, en el continente, las revoluciones asíncronas de independencia que se habían iniciado en el Caribe habían culminado con la derrota del ejército español en Ayacucho, Perú, en 1924. Fracasado el sueño bolivariano, los diferentes países se empeñaron en construir sus naciones. La historia patriótica se desarrollaba «mano a mano» con las novelas románticas.[54] Señala el Dr. Carlos Illades:

> Al primer movimiento literario de las naciones hispanoamericanas independientes la poesía le sirvió de punta de lanza, después vendrían el drama y la poesía. Aquella tomó como motivos principales la patria, la historia, la naturaleza, los sentimientos, la religión y la sociedad. De ésta eligió el indianismo, más volcado hacia el indio histórico que en dirección del contemporáneo. El drama no fue significativo cuantitativa ni cualitativamente; predominó el de contenido histórico, ya fuera sobre la Europa medieval o el pasado colonial americano. *La novela posibilitó una apropiación pragmática de la realidad*, además de introducir personajes históricos auténticos y documentos oficiales referidos

[53] Barreda, Gabino, *Estudios* [Prólogo de selección de José Fuentes Mares], Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario, Núm. 26, México D.F., 3ª ed., 1992, pp. 65-104.

[54] Escribe Doris Sommer: «Juntas [historia y novelas] despertaron un ferviente deseo de felicidad doméstica que se desbordó en sueños de prosperidad nacional materializados en proyectos de construcción de naciones que invistieron a las pasiones privadas con objetos públicos», en Sommer, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, FCE, Bogotá, 2004, p. 23.

> a la vida pública. El romanticismo cobró mayor fuerza en los países latinoamericanos donde existió una literatura colonial poco significativa, siendo además esos lugares, el Río de la Plata por ejemplo, más receptivo a la adopción de modelos europeos no españoles. Colombia, Perú y México.[55]

El primer romanticismo mexicano, siguiendo al Dr. Illades, se había fraguado en la Academia de Letrán (1836-1838); la siguiente generación se albergaría en el Liceo Hidalgo (1849-1893). Personajes destacados de la Academia fueron, entre otros, Guillermo Prieto, Andrés Quintana Roo, Manuel Payno. No bastaba independizarse de España en términos políticos, había que hacerlo en el ámbito de la literatura. Así que fijaron su vista en la literatura francesa, inglesa e italiana. En el Liceo destacaron Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Zarco, Manuel María Flores, José Tomás de Cuéllar, Fernando Orozco y Berra. Añade el Dr. Illades:

> La generación del Liceo Hidalgo se sirvió mayormente de la novela (¡larga!), aunque sin abandonar los otros recursos expresivos. La época colonial, las guerras con Estados Unidos y Francia y el caótico santanismo, fueron el marco de acontecimientos animadores de su épica literaria, su didáctica moral y los dramas pasionales, que reforzaron la línea nacionalista, intentaron sentar bases de la literatura mexicana, volvieron protagonista al pueblo llano, convirtiendo en tema la «segunda independencia». Este desplazamiento en el tiempo histórico, el énfasis en la situación política, la presentación de la problemática social y la irrupción popular en la narrativa son los rasgos más sobresalientes de este segundo momento. *Decayó en la década de 1870, cuando en el plano literario arraigaron el realismo y el naturalismo, marcados por el pesimismo, la ironía y el escepticismo* en el terreno filosófico e historiográfico cobró fuerza el positivismo.[56]

La *Revista Azul* hará su aparición en 1894 y su vida será breve. En 1896, fecha en la que muere su fundador, Manuel Gutiérrez Nájera, desaparece. La literatura ya había iniciado su camino por el Modernismo. Dos años serán suficientes para cambiar el rostro de las letras mexicanas. En la *Revista Azul* (1894-1896), primero, y en

[55] Illades, Carlos, *Nación, Op. Cit*, p. 21.
[56] *Ídem*, p. 22. Las cursivas son mías.

la *Revista Moderna* (1898-1903, 1903-1911), después, los *enfants terrible* harán su aparición. Aunque para la segunda época de la revista[57] las cosas habrán cambiado.

El cenáculo decadentista. El escándalo

Tanto los poemas como los ensayos presentados en los juegos florales son producciones textuales, emitidos por determinados sujetos desde un lugar específico.[58] Éstas, difundidas en la prensa o en las revistas dedicadas a la literatura, ejercían, de alguna manera, influencia en sus lectores, en su sensibilidad o en su comportamiento. El entorno en el cual se producen es de grandes cambios y resistencias, la transición de un siglo al otro. Ángel Rama destaca la importancia que la ampliación de la oferta educativa y la prensa tuvieron en el periodo de modernización (que ubica de 1870 a 1910). La primera con el aumento de los «cuadros profesionales y magisteriales»; la segunda, «el crecimiento del público alfabeto». Además de la aparición de una prensa culta que concedió atención a las artes y las letras.[59]

Quienes participan en los juegos florales forman parte de la élite cultural. Manejan la palabra no sólo con soltura sino con maestría. Lo que escriben, no lo ignoran

[57] Señala la Dra. Adela Pineda: «A lo largo de sus dos épocas, la *RM* sostuvo un elitismo literario frente al público pero, a la vez, *participó en la (re)producción de sujetos ciudadanos pertinentes a la cultura del orden y el progreso, a partir del incremento en la demanda lectora que la modernización de la prensa y del estado había acarreado*. Para su segunda época, la revista se había convertido en un foro donde se concatenaron diversos grupos letrados, diversos discursos, saberes e intenciones: del modernismo al ateneísmo, del discurso cívico a la crónica social, de la gráfica decadentista a la fotografía cotidiana, de la literatura a la educación y a la historia». En *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXII, Núm. 214, Enero-Marzo 2006, pp. 155-16. Añade la Dra. Pineda que «la estrategia de legitimación de la *RM* se basaba en la automarginación de sus productores». Las cursivas son mías.

[58] En el prólogo a *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, Carlos Illades y Rodolfo Suárez señalan: «Tal como la entendemos [a la historia intelectual] es un nuevo campo historiográfico donde confluyen distintas disciplinas (filosofía, lingüística, historia de la ciencia, crítica literaria, etcétera) que estudian las producciones textuales y el entorno donde se realizan, instancias antes separadas: una, objeto de la semiología, materia de la historia la otra.» Y más adelante: «[…] la historia intelectual trata de discursos sistemáticos (a veces teóricos) que se socializan, que compiten con otros para dar razón del mundo, que a veces constituyen el trasfondo […] de normas jurídicas y políticas públicas. […] no siempre es fácil ni tampoco trivial establecer en qué momento se está haciendo historia intelectual y cuándo.» Illades, Carlos y Rodolfo Suárez. *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, UAM, México, 2012, P. 11. Este trabajo de tesis ¿se inscribe en la historia intelectual? Lo intenta. En los discursos de los juegos florales de los estudiantes del Colegio del Estado se advierte un afán normativo que se estableció en el siglo XIX y que los lleva a un combate contra el Modernismo como corriente literaria.

[59] En Rama. Ángel, *La crítica de la cultura en américa Latina*, Edición de la Biblioteca Ayacucho, España, 1985, p. 84.

sus autores, antes aún lo esperan, tiene repercusiones. La escritura les otorga, además, una identidad, una pertenencia a una corriente u otra. La polémica que se genera en la construcción del modernismo –siguiendo a Belem Clark de Lara y a Ana Laura Zavala Días– arranca con la publicación de «El arte y el materialismo», de Manuel Gutiérrez Nájera en 1876 y culminaría en 1907, con la desaparición de la segunda *Revista azul*. «La polémica –escriben Carlos Illades y Georg Leidemberger– representa una entrada significativa a la historia intelectual, puesto que representa de alguna manera una 'situación crítica' del proceso de debate de ideas».[60]

Un puñado de jóvenes representarán el cenáculo decadentista. Ellos atraerán la mirada y las palabras de reprobación de los partidarios de una literatura castiza. José Juan Tablada, de 22 años, da cuenta de esa nómina inicial el 15 de enero de 1893 en carta pública dirigida a Balbino Dávalos, de 27 años; Jesús Urueta, de 26; José Peón del Valle, de 27; Alberto Leduc, de 26; y Francisco Olaguibel, de 19, quien era, además, sobrino de Tablada.

Juan Pascual Gay fecha a esta promoción literaria entre 1890 y 1898, señala que hay que añadir a José Bustillos, de 27, y Ciro B. Ceballos, de 20 años. A estos nombres se sumarán los de Amado Nervo y Julio Ruelas, ambos de 23 años y, más adelante, al jovencísimo Bernardo Couto Castillo, que en ese año apenas cumplía los 13 y que cinco más tarde sería uno de los animadores de la *Revista Moderna*. José Mariano Leyva añade el nombre de Efrén Rebolledo quien, en ese 1893 tenía 16 años y en 1901publicaría su novela corta *El enemigo,* en la que el deseo ardiente quema a su protagonista. En aquella carta a los seis integrantes de la nómina, Tablada les recuerda que han resuelto:

> […] de común acuerdo, ligarnos y obrar en igual sentido para apoyar en México la escuela del decadentismo, la única en que hoy puede obrar libremente el artista que haya recibido el más ligero hálito de la educación moderna. […] A nuestros cerebros han penetrado como a un claustro la *negra procesión de las verdades modernas* […] *Nuestro pecho es el nido de la negación* […] *La eterna gota de la duda ha cavado la blanca lápida de nuestras creencias*. […] Ése es nuestro estado de ánimo, ésa la fisonomía de nuestras almas, y ese estado y esa fisonomía es lo que se llama decadentismo moral, porque *el decadentismo únicamente literario, consiste en el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes y*

[60] Illades, Carlos y Georg Leidemberger (coordinadores) *Polémicas intelectuales del México moderno*, ed. Conaculta-UAM, México, 2008, p. 9.

erige Dios de sus altares a un ideal estético, que la multitud no percibe, pero que él distingue con una videncia moral, con un poder para sentir, lo suprasensible, que no por ser raro deja de ser un hecho casi fisiológico en ciertas idiosincrasias nerviosas, en ciertos temperamentos hiperestesiados. […] desde hoy nuestras obras literarias quedan excluidas de los periódicos que tiene por principal objeto mediar en el ánimo del público. Estamos excluidos por profanadores del templo de todos los fieles […] plantaremos nuestras tiendas bohemias en cualquier sitio, transportaremos a nuestro ideal arrojado del paraíso burgués, a nuestra solitaria Pagoda, y ahí seguiremos vertiendo en su arca venerable el incienso reverente de nuestras ideas.»[61]

En la modernidad, la negación, y las dudas alimentan su espíritu, determinan su estado de ánimo. No es la «experiencia hostil, enceguecedora de la época de la gran industria» que anima el movimiento literario de la literatura simbolista en Francia; es sí, la experiencia que lo escritores viven en la urbe de un país sometido, neocolonial, pero cuya elite ansía, y financia, ese espejismo de modernidad. Su temperamento hiperestesiado en busca de lo «suprasensible», conseguido gracias a los paraísos artificiales, les harán apostar por ese refinamiento espiritual. Seguían, sí, a los poetas y escritores franceses del fin de siglo.[62]

Siete años antes, en 1886, Anatole Baju había publicado *Le Décadent Littéraire et Artistique*,[63] una publicación que reclama a Baudelaire como fuente de inspiración. Entre sus colaboradores se encontraban Paul Verlaine, Arthur Rimbaud, Sthépane Mallarmé. Antes de ésta, en 1884, Joris-Karl Huysmans publicó su novela *À Rebours*, la que –para recordar lo que se ha convertido en un lugar común–, sería la «Biblia

[61] «Cuestión literaria. Decadentismo», en Clark de Lara, Belem, y Ana Laura, *La construcción del Modernismo*, UNAM, México, 2002, p. 107. Las cursivas son mías.

[62] Entre los textos de escritores franceses que la *Revista Azul* incluyó destacan Barbey D'Aurevilly, Théodore Banville, Charles Baudelaire («El haschich», «Embriagaos»), Paul Borget, Julián del Casal, Alphonse Daudet, Théophile Gautier, los Goncourt, José María de Heredia, Jules Laforgue, Leconte de Lisle, Jules Lemaitre, Maupasssant, Catule Mendès, inclusive a Max Nordeau. Ángel de Campo escribe sobre los Goncourt y se lo dedica a Balbino Dávalos. Bernardo Couto Castillo publica «La canción del ajenjo» y la dedica a José Juan Tablada.

[63] *Le Décadent* destacaba las características de la nueva sensibilidad: «L'homme moderne est un blasé / Affinement d'appetits, de sensations, de gout, de luxe, de jouissances; névrose, hysterie, hypnotisme, morphinomanie, charlatanisme scientifique, schopenhauérisme à outrance, tels sont les prodromes de l'evolution sociale.» En Source gallica.bnf.fr. Lo que podría traducirse como «El hombre es una broma / Refinamiento de apetitos, sensaciones, gusto, lujo, placeres; neurosis, histeria, hipnotismo, morfinomanía, charlatanería científica, schopenhauerismo excesivo, tales son los patrones de la evolución social.»

decadentista».[64] Su personaje, el aristocrático duque Jean Floressas des Esseintes, se caracteriza por oponerse y rechazar, de manera radical, el medio en el cual vive. Se retira a Fontenay (tiene los recursos para ello) en donde habrá dedicarse a cultivar el encanto del arte y la literatura, a la búsqueda de un perfeccionamiento estético. Una actividad totalmente opuesta a los intereses de una sociedad materialista que busca el enriquecimiento y el lucro como fuente de goce. La vida y convencionalismos burgueses generan en las almas sensibles un malestar, una angustia interior, un desequilibrio, una falta de armonía entre el anhelo de plenitud y lo que la vida le ofrece. *Mal de siglo* que orillará a una búsqueda irrefrenable y desmedida de nuevas sensaciones y placeres que en, algunos casos, podrá llegar a ser mortal.

El 7 de octubre de 1894, Carlos Días Dufóo anticipaba en la *Revista Azul*:

> La locura en germen, lo que podría llamarse el principio universal de desequilibrio está latente, se palpa: es una neurosis que invade a los hijos de este último tercio de siglo XIX y que amenaza transformar el criterio del espíritu humano. […] La locura nos estrecha […] flota en nuestro ambiente, se inicia en ráfagas que nos sofocan, penetra en nuestros cerebros, se anida allí, provoca tensiones en nuestro sistema nervioso, trastornos en nuestro organismo; y un día, un hermoso día, se descubre en manifestaciones múltiples. ¡Pobre generación ésta, herida de la *enfermedad de la época*, que se hunde sin sentir el su frente, el «viento de la imbecilidad», de que nos habla Baudelaire, en grandes crisis dolorosas y espasmos tetánicos![65]

La siguiente semana insistiría en su artículo «Los tristes» en la primera página de la *Revista Azul*:

> Nuestra generación es una generación de tristes… arrastramos dolores de muchos siglos… padecemos por todo; llevamos dentro de nosotros esperanzas sin ideal, sufrimientos sin causa; nos sentimos infinitamente fatigados… somos «un alma enferma que soporta un cadáver»… El hombre del siglo XIX, educado en el cristianismo, ha sustituido la creencia en Dios por la creencia en la Libertad, en la

[64] «El breviario de la decadencia», le llaman Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez a la obra de Huysmans, en *Índice de la* Revista Azul, UNAM, México, 1968, p. 40.

[65] Díaz Dufóo, Carlos, «Un problema fin de siglo», en *Revista Azul*, edición facsimilar, UNAM, México, 1988, p. 356. Cursiva en el original.

> Ciencia, en la Democracia… Todo es doloroso en la vida moderna. Nuestras lecturas, nuestras impresiones, nuestras mismas alegrías se «*padecen*»… Reina en esta nuestra extrema civilización un sentimiento de pavor infinito; es una humanidad que tiene miedo. Nuestra literatura contemporánea está herida de esa dolencia extraña que invade nuestros espíritus como una onda amarga.[66]

La *Revista Azul*, en el abrevar de otras fuentes, en su cruzamiento de la literatura que proponía Manuel Gutiérrez Nájera, abría camino a los decadentistas.

A las sensibilidades decadentistas les caracterizará, en lo literario, una atracción por la herejía, el erotismo, la perversión, el suicidio, la muerte, los temas mórbidos tratados con desenfado y capaces de provocar escándalo, una idealización de la mujer –que invariablemente se caracterizará por la turgencia de sus formas, los rubios cabellos, y los seductores ojos azules capaces tanto de miradas lánguidas como ardientes de deseo–, también se la caracterizará como vampiresa, capaz de actos infames y perversiones sexuales. Un ser capaz de perder a los hombres con sus encantos y sus caprichos. En sus escritos se anidará una nostalgia por un pasado igualmente ideal. Los modelos clásicos y lo exótico alimentan sus obras. En lo vital la algarabía, el desenfado, el escándalo, las actitudes provocativas tanto en su forma de vestir como en el consumo de alcohol, hachís y otras drogas. Un comportamiento libertino en su relación con las mujeres, la sexualidad ejercida con hermosas prostitutas. Una sensibilidad, en suma, cultivada en el exceso.

Emigrados algunos de ellos a la capital, otros originarios de ésta, harían de la ciudad de México –y de cantinas y salas de redacción de los periódicos–, su centro de operaciones. Como su maestro, Manuel Gutiérrez Nájera, algunos habrán de dedicarse por necesidad y de manera profesional, al periodismo, una actividad agotadora. Una noche, luego de un homenaje en su honor, el Duque Job le confesó a Tablada que para poder «soportar» las jornadas extenuantes que el escribir para diferentes periódicos le causaban, debía recurrir al alcohol.[67] Lo que en Gutiérrez Nájera era una necesidad, los decadentes lo hicieron una «virtud». Una virtud que era, en reali-

---

[66] Díaz Dufóo, Carlos, «Los tristes», en *Revista Azul*, edición facsimilar, UNAM, México, 1988, p. 385. Cursiva en el original

[67] «Nos habló de su formidable trabajo, de los dos o tres artículos diarios que tenía que escribir para mantener su mezquino bienestar y el de su familia y luego como pidiendo excusas, él que era víctima, nos confió que para estimularse y poder continuar rindiendo aquella labor de Sísifo, tenía que hace uso del único multiplicador de energías posible, del alcohol…», en Tablada, José Juan, *La feria de la vida*, Lecturas Mexicanas, Conaculta, México, p. 134.

dad, un desafío a las convenciones. Una transgresión a los límites que la sociedad burguesa imponía. Transgresión que se expresada también en su escritura. Transgresión era «el santo y seña de su actividad literaria». Una vida en la que, a los placeres, el erotismo y la alegría de vivir, se unían, irónicamente, el pesimismo, la tristeza, la melancolía. La moderna ciudad de México, convertida en, como señala Juan Pascual Gay, una quimera.[68]

Los ecos de estos escándalos llegaban, con toda seguridad, a la provincia. Y los encargados de la formación profesional de los jóvenes la miraban con preocupación. Al final, la capital, el centro del país, era Sodoma y Gomorra; la tranquila provincia era, y lo sería por mucho tiempo más, la guardiana de las buenas costumbres.

[68] Para abordar la historia del decadentismo en México es necesario consultar *El beso de la quimera. Una historia del decadentismo en México (1893-1898)*, de Juan Pascual Gay, publicado en 2012; *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, de José Mariano Leyva, publicado en 2013; *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernistas de tendencia decadente (1893-1903)*, de Ana Laura Zavala Díaz, publicado en 2012; *La canción del hada verde. El ajenjo en la literatura mexicana (1887-1902)*, de María Emilia Chávez Lara, publicado en 2012. Otros textos igualmente imprescindibles son los siguientes: el que Cátedra publicó en el 2003 *Cuentos fantásticos modernistas de Hispanoamérica*, en una edición de Dolores Phillips-López; la misma Dolores Phillips-López, pero ahora en compañía de Cristina Mondragón publicó, en 2017 en Editius Orbis Tertius, España, *Francisco Zárate Ruiz. Cuentos de horror y locura en el decadentismo mexicano*. Una *Antología del Decadentismo. Perversión, neurastenia y anarquía en Francia (1880-1900)* fue publicado por Caja negra en Argentina el año de 2007, la selección de los textos, su traducción y el prólogo estuvieron a cargo de Claudio Iglesias; en España ediciones Atalanta publicó *El lector decadente*, una selección de textos a cargo de Jaime Rosal y Jacobo Siruela. Ello sin contar las recientes reediciones de las obras de Ciro B. Ceballos, *En Turania. Retratos literarios (1902)*, en una edición crítica de Luz América Viveros Anaya, esta de 2010; también de Ciro B. Ceballos *Croquis y sepias*, en 2013, con una selección, edición y prólogo de Ana Laura Zavala Días. Claudio Oronoz, de Rubén M. Campos, con un prólogo de Serge I. Zaïtzeff, de 2013. Otro libro más es el de Xorge del Campo, *Los poetas malditos en México (la epidemia baudeleriana)*, publicado en México en 1983 por ediciones Luzbel.

Capítulo II

Los Juegos Florales de la Colonia Española en la Ciudad de México. La tradición

Noche de fiesta

En su edición del sábado 7 de septiembre de 1901, *El País*, propiedad de la Compañía Editorial Católica, dirigido por Trinidad Sánchez Santos, daba cuenta en su página dos de que todo estaba listo para las fiestas de Covadonga. La colonia española de la ciudad de México se aprestaba a celebrar ese día; aunque, en realidad, el día de la Virgen de Asturias fuese el siguiente, el 8. Fecha en la que se conmemoraba el hecho de armas ocurrido en el lejano año de 722. Ese año, de acuerdo con la leyenda más que con la historia, Pelayo, rey de los astures, había derrotado en el monte Auseva a los musulmanes encabezados por su comandante Al Ándaluz. Aquella victoria tenía un valor simbólico y mítico: mostraba la voluntad de resistir al invasor y una férrea determinación de mantener una identidad. Para mediados del siglo XVIII empezaría a hablarse de «Reconquista». Los árabes, no obstante, marcarían culturalmente a la península ibérica pese a que fueran vencidos y expulsados siete siglos más tarde, en 1492. La fecha, además de celebrar a la Virgen de Asturias, auxiliadora de Pelayo en la batalla de Covadonga,[69] devenía en un festejo patrio, significaba en la determinación de un pueblo por afirmar su ser occidental y cristiano frente al poder musulmán.

---

[69] La Batalla de Covadonga –nos recuerda Gutiérrez Domínguez–, empezó a celebrarse en la capital mexicana alrededor de los años 90 del siglo XIX. A los integrantes de la colonia española, así como a los peninsulares, los unía el cristianismo como fe universal y el deseo de hacer frente al poder de los Estados Unidos de Norteamérica. En ese sentido, La conmemoración tenía también un uso político. El año de 1898 marcaba el fin de un imperio que se había mantenido a lo largo de tres siglos. Ello significaba una profunda crisis para España. Su derrota frente a Cuba y la preponderancia estadunidense –sobre la que José Martí había advertido–, tenía, más allá de las implicaciones políticas, un alcance en lo identitario y lo retórico. Gutiérrez Domínguez señala la ideología conservadora de aquellos que convocaban a la conmemoración de la batalla. Véase «La Batalla de Covadonga en México. Imaginarios en torno a la Reconquista (1899-1900)», de María del Mar Gutiérrez Domínguez, en *Estudios de Historia Moderna y contemporánea de México*, Nº 51, pp. 37-52, México, 2016.

La fiesta de la Covadonga iniciaría a las tres y media de la tarde con una novillada. Continuaría cinco horas más tarde en el Teatro Principal de la ciudad de México con la celebración de los Juegos Florales, los primeros del siglo, aunque en el pasado ya se habían celebrado otros. Éstos eran una iniciativa del español Domingo Blanco, periodista de *El Correo Español*. La convocatoria se había realizado un mes antes y sus bases publicadas en *El País*. El evento esteba reservado a los españoles y mexicanos residentes México. Para los trabajos en prosa se pedía que no excedieran las 15 cuartillas y, en el caso de los poemas, se dejaba al criterio del poeta, aunque se les solicitaba que no se extendieran.

Además de lo ya señalado, al día siguiente habría una celebración religiosa en el templo de Santo Domingo a la que habrían de asistir el presidente Díaz y su esposa, Carmelita Romero Rubio. Los asistentes recordarían la elegancia del Presidente, pero sobre todo el elegantísimo traje de brocado de seda color plomo con aplicaciones blancas que vestía su esposa; destacaba el collar de brillantes y perlas que pendía de su cuello. La prensa de ese día destacó que la pareja fue recibida por el sacerdote González, quien los esperó en las puertas del templo a cruz alzada con ambas manos. Una concesión más del estado laico y su representante a la Iglesia católica. Horas más tarde se celebraría la romería en el parque «Porfirio Díaz» donde se instalaron kioscos para escuchar música, además de puestos en los que se ofrecía comida y bebida. Iniciada la noche, los fuegos artificiales animarían el festejo, lo que daría tema para los días siguientes.

En el programa de los Juegos Florales siete eran las actividades anotadas: la orquesta dirigida por don Rafael Gascón daría inicio al festejo con una Obertura; le seguiría la lectura de los temas de las composiciones premiadas y la proclamación de los nombres de los autores.

La reina de los festejos, doña Amada Díaz de la Torre tendría su lugar en el centro del semicírculo que conformarían la corte de honor. Iniciado el acto, el director de *El Correo Español*, José Porrúa, daría su discurso como mantenedor de los juegos para dar paso a la ejecución de un himno-marcha compuesto por el maestro Gascón y dedicado a la Junta de Covadonga. Se leerían las composiciones premiadas y se entregarían los galardones a sus autores.

El evento debería culminar con el discurso del presidente del Jurado, Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones Exteriores del presidente Porfirio Díaz, ambos ausentes, ambos al pendiente de la evolución de la salud del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, el republicano William McKinley, quien fuera baleado dos días antes por un militante anarquista. Pese a los esfuerzos médicos, McKinley falle-

cería ocho días después, el 14 de septiembre.[70] Mariscal se había trasladado a los Estados Unidos y para el presidente Díaz no resultaba adecuado asistir a un festejo en tanto la vida del mandatario de la nación vecina pendiese de un hilo. Además, ambas naciones, Estados Unidos y España, habían estado en guerra tres años antes, en 1898, cuando ésta perdía a Cuba en un conflicto iniciado por la explosión del acorazado «Maine». En representación del ministro Ignacio Mariscal se encontraba el robusto Justo Sierra, subsecretario de Instrucción Pública.[71]

El lugar del festejo lucía memorable. Los muros de la fachada del Teatro Principal –profusamente iluminados con grandes «focos de arco» y un sinnúmero de pequeños focos colocados artísticamente–, estaban tapizados de flores. Destacaban las dalias y los crisantemos. Los arcos de medio punto fueron adornados con guías pletóricas de flores; en los balcones se habían colocado jarrones adornados con dalias de los colores que, convenientemente colocados, hacían presente el pabellón español.

En el vestíbulo, también generosamente iluminado, la decoración era «más delicada»: los medios puntos de las puertas se cubrieron con pinturas que imitaban un tupido follaje. En las chambranas había más guías acompañadas de flores. Los muros al lado de las escalinatas, que conducían a las plateas y a los palcos, estaban

---

[70] Los cables provenientes de Estados Unidos y publicados por la prensa mexicana mostraban no sólo la preocupación ante la evolución de la salud del presidente, sino la preparación del 65° regimiento de Guardias Nacionales de Nueva York para actuar en caso necesario. El criminal, de nombre León Czolgosz, tenía 29 años, había nacido en Detroit, de padres «polacos y rusos», se escribió. Dijo ser un socialista convencido y que después de escuchar a la anarquista Emma Goldman pronunciar un discurso en Cleveland, había perpetrado el asesinato. Supo que McKinley asistiría a la Exposición Panamericana a celebrarse en Buffalo, Nueva York. En el Templo de la Música, el presidente saludó de mano a varios de los asistentes, hecho que aprovechó Czolg osz para acercarse y dispararle dos tiros de frente. Una bala dio en el hombro; la segunda atravesó el estómago, el colon y uno de los riñones, para finalmente quedar alojada en la espalda. Los médicos no alcanzaban a localizarla. En esa Exposición se había presentado la máquina de Rayos X. Pese a las dudas de los galenos por los efectos a que la exposición de los rayos podría generar, aceptaron que dicha máquina fuese utilizada para tratar de localizar la bala. La noche del 7 de septiembre, Tomás A. Edison abordaba el tren en Delaware, donde se encontraba, rumbo a Buffalo con su reciente invento para llegar a la mañana siguiente. Las placas fueron tomadas pero la suerte ya estaba echada.

[71] Rubén Darío dedicaría, en abril de 1901 y desde París, un poema de título «Toast» a Justo Sierra: «Ser feliz campeón de los ilustres juegos / en que son semidioses y poetas hermanos, / ver en sueños temblar la gran lira en las manos / del viejo rey de musas, príncipe de los ciegos, // prender su antorcha humana con los divinos juegos / y mantener en nuestros bosques americanos / al par que la frescura de los mitos romanos / el verdor armonioso de los laureles griegos, // y, alma tan transparente y sonora que admira / por el puro cristal en que su esencia encierra / y en que como el oriente de una perla te mira, // honrar al continente y enaltecer tu tierra / t todo ante la gracia celeste de la lira: / son los más graves cargos contra don Justo Sierra.» En Darío, Rubén, *Poesía*, ed. Ayacucho, p. 446, Venezuela, http://www.bibliotecayacucho.gob.ve

adornados con pinturas que semejaban gobelinos. Lo mismo ocurría con los pasillos que daban entrada a la sala. Era un derroche de flores y de luz. En los claros de la arquería del vestíbulo se colocaron escudos con los nombres de personajes entrañables para la colonia española que representaban, a un tiempo, el carácter literario del evento y la conquistada identidad peninsular: Clemencia Isaura,[72] Juan de Aragón,[73] Arnaldo Vidal, Ausàis March,[74] Teodoro Llorente,[75] Víctor Balaguer[76] y Juan Fastenrath.[77]

Por todas partes, escribió el *reporter* de *El País*, se colocaron banderas españolas y mexicanas. En el escenario estaba el trono de raso carmesí cubierto de flores. Al centro, la leyenda de los Juegos Florales: «Patria, Fides, Amor». La sillería dispuesta en semicírculo para la corte de amor. A la derecha del trono de la reina se colocaría el mantenedor, José Porrúa. A la izquierda, el jurado acompañado de los principales de la Junta Organizadora de las Fiestas de Covadonga. Justo Sierra –el «positivista romántico», como le llamó Álvaro Matute–, presidía la mesa.

Los organizadores del certamen habían solicitado que los trabajos fuesen presentados al amparo de un lema. Junto al trabajo irían, en sobre cerrado, los datos que identificarían al autor. La noche del 7 de septiembre, conocidos ya los lemas triunfadores, se develaría la identidad de los vencedores. Más de cincuenta trabajos fueron recibidos.

El orden de la premiación y el lema vencedor en cada uno de los temas de la justa fueron los siguientes:

a) «Tema libre», lema premiado: «*Quod natura non dat*».

b) «Composición en honor de Don Juan Ruiz de Alarcón», el premio a cargo de S. M. la Reina Regente, María Cristina de Habsburgo, fue declarado desierto.

c) «Asunto militar de carácter anecdótico», premio del Sr. presidente de la Re-

[72] A Clemencia Isaura, quien habría nacido en Toulouse, Francia, en 1450, se le atribuye el ser la iniciadora de los Juegos Florales en el siglo XV.

[73] Juan de Aragón (1478-1497), príncipe de Asturias, hijo de Fernando II e Isabel I; heredero de las coronas de Aragón y Castilla, falleció a los 19 años.

[74] Ausàis March (1397-1459), poeta valenciano medieval. Ejercerá influencia en autores como Boscán, Garcilaso, Fernando de Herrera, y Gutierre de Cetina. El reportero cambió el nombre: escribió «Ansios March».

[75] Teodoro Llorente Olivares (1836-1911), abogado, escritor y poeta español.

[76] Víctor Balaguer y Cirera (1824-1901) uno de los principales representantes del surgimiento de la literatura catalana conocido como la Reinaxença. Poeta, cultivó la triada decimonónica: periodismo, política y literatura.

[77] Juan Fastenrath (1839-1908) fue un jurista alemán seducido por la lengua de Cervantes y por la poesía catalana y provenzal, llegó a ser miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, de la Real Academia de la Historia, de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y de la Academia Mexicana de la Lengua. Autor, entre otras, de una obra dedicada a Pedro Calderón de la Barca.

pública, Gral. Porfirio Díaz, declarado desierto.

d) «Composición en prosa o en verso sobre asunto de interés para la infancia desvalida», premio a cargo del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, cuyo titular era Joaquín Baranda, lema premiado: «Nemo».

e) «Composición en prosa o verso sobre asunto de fraternidad entre los pueblos hispano-americanos», premio a cargo del ministro de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, presidente del Jurado, lema premiado: «*Sursum*».

f) «Oda al hecho histórico de Covadonga», premio a cargo del Casino Español, lema premiado: «*Dum spiro puguo et spero*».

g) «Leyenda sobre asunto netamente mexicano», premio a cargo de la Junta Patriótica Española, lema premiado: «Aquesta cuitas. D. Juan, en gayos y versos saldrán».

h) «Canto a los ideales de la raza latina», premio de D. Telésforo García, lema ganador: «Honrar padre y madre».

Araus, el premiado ausente

Alberto Araus[78] firmó su composición para el Tema libre con el lema *Quod natura non dat* (*Lo que natura no da*) y lo había titulado «Lo malo por conocido» y era, por tanto, ganador de la flor natural y a quien le tocaba el privilegio de elegir a la reina de los festejos; pero no pudo asistir debido a que se encontraba preso en la cárcel de Belén, acusado por el subsecretario de Comunicaciones de difamación y calumnia. La nota del 9 de septiembre de *El Correo Español* disculpaba su ausencia señalando que estaba ausente por «la causa que todos conocían», frase concluyente que no admitía pregunta alguna.

Su poema, cadencioso, en versos de cuatro a once sílabas, contaba la historia de Juan, un enamorado al que su amada había abandonado y que, al imaginarla en brazos de otro, no encontraba sentido a su vida. Ya en la línea inicial se anunciaba el drama:

> Juan resolvió por fin: se suicidaba.
> Dando vueltas y vueltas en el lecho,
> así monologaba

[78] Alberto Araus publicará, en 1902, un libro de «articulajos», como él les llama, de título *Cuadros, notas y apuntes de Méjico*, en el que pasará revista a los personajes de la capital y sus costumbres; desde el pulque, el sombrero, los santos, la mujer, los españoles, el yanqui, la «yanca» (como le llama a la mujer del yanqui), pasando por los franceses y los «lagartijos» hasta los decadentistas. Lo imprimió Into Gil, Editor, Librería Española, Méjico, en 1902. De Araus no tenemos mayor información.

entre suspiros y opresión del pecho:
«¿Cómo voy a poder vivir sin ella?
Si no me quiere ya, si ya no hay huella
en ese corazón de mi recuerdo
si otro la ha de estrechar entre sus brazos.
¡si la he perdido a ella! ¿Pues qué pierdo,
ya que se han roto de mi amor los lazos?
¿Voy a andar por la tierra
llevando a cuestas mi dolor sombrío
como carga pesada y fastidiosa?
¡Tan sólo el figurármelo me aterra
y en el alma comienzo a sentir frío!...
La muerte hace olvidar... ¡Es más hermosa!»

En los versos siguientes el protagonista encontrará en la filosofía actual –sin que se diga a cuál se refiere ni qué filósofos la representan, pero de la que dirá que es una filosofía del «no ser», una filosofía helada, brumosa, inventada en los países igualmente brumosos; una filosofía de «fin de siglo»–, la justificación del suicidio. El amor, de acuerdo con esta filosofía de la que no se dice el nombre pero que eventualmente podría referirse a Schopenhauer, se resume apenas a la perpetuación de la especie, al cruce biológico para mantenerla y, eventualmente, mejorarla. Una vez que Juan ha tomado la fatal resolución se encamina, abatido, arma en mano, en busca del lugar que le resulte más adecuado a sus propósitos. Irónicamente encuentra a una ciudad que se despierta y vibra con el nuevo amanecer. Los ruidos de la ciudad y los transeúntes bullen de felicidad, ajenos a su fatal determinación.

Hizo el alto en el sitio que consideró apropiado sólo para darse cuenta, no sin ironía, que allí, justo en ese lugar, habían iniciado los escarceos de amor con la mujer que recién lo había abandonado. Decidido a terminar con todo, preparó el arma, levantó su brazo mirando a lo alto, «y se quedó en actitud contemplativa». El cielo aparecía entre el ropaje de los árboles, la luz se filtraba con delicadeza, las motas de polvo refulgían como si fuesen oro, y las gotas del rocío sobre las hojas de los árboles semejaban diamantes por donde la luz se irisaba proveyendo al campo de una vida renovada. Los trinos de las aves y la algarabía que a lo lejos se escuchaba semejaban un reclamo de vida. Juan no pudo más, vencido por la belleza que lo rodeaba, dejó caer los brazos y un disparo triste y seco se escuchó entre la hierba. La vida triunfaba sobre la muerte. Araus termina el poema:

Y Juan, desde aquel día,
ya no quiso estudiar filosofía.
Hizo un auto de fe con los autores
que tanto le encantaron,
olvidó sus amores
por los que otras mujeres le brindaron
y vio con extrañeza
que donde el sol abrasa
y el cielo es siempre azul, donde convida
la creación, radiante de belleza,
a vivir, donde estallan las pasiones,
donde se piensa menos que se siente
y hay luz y amor y vida
y luchas y emociones
no hay más filosofía conveniente,
mal que le pese al sabio más profundo,
que gozar y vivir con este mundo
y dejarse llevar por la corriente.[79]

Pensar la realidad, extrañarse frente a ella, puede ser doloroso; lo mejor es vivir sin complicaciones, concluye. La mujer puede ser una presencia fatal.

El segundo tema, «Composición en honor de Don Juan Ruiz de Alarcón», cuyo premio corría a cargo de la Reina Regente (y que seguramente sería entregado por interpósita persona), fue declarado desierto. Acaso la obra y figura de Ruiz de Alarcón resultase complicada para quienes concursasen en ese tema. Si había un escritor que mejor pudiese hermanar a España y México en lo literario, ese era Juan Ruiz de Alarcón, quien había nacido en Taxco hacia 1580. En 1600, joven, muy joven, marchó a la península. Estudió en Salamanca y Sevilla, pero se graduó en la Universidad de México para luego volver a España, donde moriría en 1639; había compartido el teatro español de los siglos de oro y se había diferenciado –frente a la abundancia y derroche en el lenguaje de Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina– por su discreción y sobriedad. Ninguna obra de las presentadas a la justa poética había tenido los méritos necesarios para ser considerada ganadora.

Lo mismo había ocurrido con el tercer tema referente al «Asunto militar de

[79] *El Correo Español*, lunes 9 de septiembre de 1901, p.1

carácter anecdótico», cuyo premio corría a cargo del presidente de la República, Porfirio Díaz. ¿Qué podría decirse en lo militar que valiese la pena cuando España había perdido las Filipinas, Puerto Rico y Cuba, las últimas posesiones en ultramar? Cuando, merced a la intervención estadunidense había sido derrotada tres años atrás y esa derrota tenía el sabor de la humillación, del haber sido echada de lo que consideraba sus dominios. De ahí, acaso, que ningún trabajo hubiese sido considerado digno de reconocimiento y se optase por declararlo desierto.

Caballero: la lección moral

En el cuarto tema, «Asunto de interés para la infancia desvalida», el premio, fue otorgado por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. Correspondió a Manuel Caballero, de 52 años, nacido en Tequila, Jalisco en 1849 y quien, a decir de Victoriano Salado Álvarez, ennoblecería al periodismo.[80] Su composición, «Paquito», que había firmado con el lema «Nemo» –y que le hizo acreedor a un cuadro representando un asunto militar–, contaba la historia de unos padres que, en España, vivían en la miseria. Para salir de ella embarcaban a su hijo en la costa cantábrica para que fuese a esa tierra grande y pródiga que era la América. Desgarradora, y no obstante llena de esperanza, era la despedida:

Llegaron al buque, soplaba la brisa,
la gente de a bordo, tomando la carga,
sonaba silbatos, urgaba calderas,
y aceitando máquinas,
alista cordajes, prorrumpe en adioses
y al niño que marcha
solito, solito
metido en la cala,
su padre le dice, como adiós postrero
que sofoca en lágrimas:
— «Ve con Dios, Paquito,
hijo de mi alma...

[80] «Si ahora no se niega lugar en un banquete a un reportero, si los personajes lo cortejan, si el público lo lee con interés, se debe a Caballero, que fue quien hizo respetar la profesión y admitir esa especial literatura. Si el periodista pasó de sacerdote, de juez inapelable, sochantre que engolaba la voz para decir oráculos, y es un hombre que escribe clara, modesta y llanamente, se debe a Caballero, que ennobleció la profesión». Salado Álvarez, Victoriano, en *Memorias, Tiempo Viejo I*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1946, p. 399.

¡Ve a buscar la fortuna y el oro
que no hay en tu casa!
En América hay minas y campos
y tiendas y fábricas
donde suben á dicha y riquezas
los mozos honrados que llegan de España.
En tu hatillo de póbre viajero
no pongo ni sedas, ni paños ni alhajas;
pero va, con tus tres camisolas
y tu boina y tus dos alpargatas
un precepto: que nunca te encuentren
las luces del alba
perezoso tendido en el lecho...
¡trabaja!... ¡trabaja!
Piensa en Dios que bendice a los buenos,
guarda siempre en tu memoria, á tu casa,
y escribe á tus padres que quedan llorando
tu ausencia penosa, que será muy larga.
En aquellos climas
y en aquellas playas
acuérdate siempre cuando estés a solas
del paisaje hermosos de tus costas cántabras.
¡Vive para todos
muere por España!»

Llegado a las costas de América, Paquito busca cumplir la encomienda de su padre, pero a pesar de ser un mozo honrado y nunca dejar que el amanecer le encuentre en el lecho, la suerte le resulta adversa. Los versos cuentan sus anhelos nunca cumplidos, las desventuras que a raudales le acompañan en su malhadada aventura. Su padre es reclamado por una guerra que España enfrenta y allí muere, dejando a su esposa desvalida. Paquito no corre mejor suerte. La fortuna en América no es para todos, unos cuantos están llamados a resolver su vida y ascender en la escala social. Al borde de la muerte, Paquito dictará, a un anciano que le habría prestado ayuda, una carta para su madre:

Una noche, metido en la choza

en que asilo un anciano le daba,
tiritando de fiebre, sediente,
las pupilas sin luz dilatadas,
el pobre Paquito, sin llanto en los ojos,
al viejo piadoso le dictó esta carta:
«— Madre de mi vida,
«se me acaba el habla...
«deja que te cuente, por la vez primera,
«todos mis dolores, toda mi desgracia!
«vine en pos de trabajo y fortuna,
«soñando en mis ansias
«arribar á las cumbres que tocan
«los mozos honrados que vienen de España.
«Proseguí con tesón, escuchando
«la voz de mi padre que dijo: «¡trabaja!»
«y nunca me hallaron tendido en el lecho,
«perezoso, las luces del alba...
«Mas ¡ay! madre mía
«la suerte es ingrata:
«me enfermo, me agoto, no tengo un recurso,
«y voy á morirme sin llegar á nada...
«Mi difunto padre
«quiera Dios tenerlo en su gloria santa
«pensó, como muchos,
«que aquí las riquezas se cogen con palas...
«Diles a las madres
«de mi costa cántabra,
«que es una mentira,
«que es una patraña,
«lo que cuentan las voces arteras
«de aquellos que quitan su sangre á la patria.
«¡No es cierto, no es cierto!
«de cada mesnada
«de colonos que emigran en pos de riquezas
«hay uno que arriba por mil que naufragan.
«Que conserven al hijo los padres,

«que conserve á sus hijos España,
«y no mueran en tierra extranjera,
«los niños sin padres, ni amigos, ni nada.
«¡Adiós, madre mía,
«se me acaba el habla...
«mando un beso á mis costas queridas
«y á ti mi recuerdo, dando á Dios el alma»[81]

«Hacer las Américas», como rezaba la frase, no era para todos. No cuando España ha dejado de ser el imperio que fue. En prevención de la tragedia que pueda originar un viaje a la ventura quizá sea mejor soportar la miseria en tierra propia y no en una ajena y desconocida. Es la lección que desde un México a punto de celebrar su primer centenario de vida independiente daba Manuel Caballero a los españoles peninsulares.

En su infancia, aunque en su natal provincia, Caballero había vivido la intervención francesa, el segundo imperio, la guerra de Reforma, la restauración de la República. Su juventud, como la de su generación, estaría marcada por el conflicto entre liberales y conservadores.

En 1867, cuando Gabino Barreda pronuncia su *Oración Cívica*, Manuel Caballero es un joven de 18 años que ha terminado su formación preparatoria y se decide por el estudio de la abogacía, carrera que no terminará para dedicarse a trabajar en la prensa. Pese a sus creencias religiosas, el positivismo y las ideas liberales serán parte del entorno de su formación. Su trabajo en diferentes diarios (*El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano*, *La Época*, y *El Federalista*, entre otros) no pasará desapercibido y lo ejercerá de 1876 a 1880.

Cultivó el género de opinión a través de la crónica, el artículo y el boletín, pero no se ciñó a ellos; la nota roja, la entrevista y el gusto por el detalle caracterizaron sus escritos, lo que resultaba innovador. Apoyó inicialmente a Porfirio Díaz, pero luego de que Manuel González llegase a la presidencia por la designación del héroe del 2 de abril, pasará a una crítica acérrima, pues ya advertía las intenciones reeleccionistas de Díaz. Para 1901, Caballero es un periodista con una larga trayectoria que ha dejado la política. Entre sus trabajos destacaron *La Joya del viajero-Guía universal de la ciudad de México*, de 1880; *Álbum Queretano*, de 1882; el *Primer Almanaque histórico, Artístico y monumental de*

[81] En *El Correo Español*, 9 de septiembre de 1901, p.1.

la República Mexicana, de 1883. Publicará el *Primer Almanaque Mexicano de Artes y Letras* en 1895; y un años después dará a la imprenta el *Segundo Almanaque Mexicano de Artes y Letras*.[82] También había acudido al llamado de Manuel Gutiérrez Nájera colaborando en la *Revista Azul*.

Peón del Valle: ¡Álzate, Iberia!

El quinto tema, «Fraternidad entre los pueblos Hispano-Americanos», cuyo premio fue otorgado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, fue para José Peón del Valle, licenciado, de 35 años, hijo del dramaturgo José Peón y Contreras, quien

> […] nos reservó una hermosa sorpresa: la lectura de sus estrofas «Covadonga» de una gallardía sonora y triunfal, un consolador canto de fe, repleto de imágenes tersas y límpidas que el público saboreó gota a gota como un licor delicioso. Y luego *¡lee tan hermosamente el joven poeta!* ¡Dice con tal convicción artística sus bellas arrogancias! La concurrencia lo interrumpió en más de una ocasión y al finalizar fue objeto de una de esas ovaciones que no se olvidan nunca. Fue el héroe de la velada.»[83]

Su poema, con el lema *«Sursum»*, dedicado a Gaspar Núñez de Arce, es un canto a un tiempo nostálgico y esperanzador; recuerda una España que hoy luce

[82] El *Primer Almanaque Mexicano de Artes y Letras* se encuentra en la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León, la que ha puesto al acceso del público su versión digital. Allí, en el mes correspondiente a febrero de 1895, Manuel Caballero dedica unas líneas a la *Revista Azul*, que había salido a la luz el 6 de mayo de 1894. Escribe lo siguiente: «[…] elegante semanario del que son redactores y propietarios los Sres. D. Manuel Gutiérrez Nájera y D. Carlos Díaz Dufoó, y secretario de redacción, el Sr. D. Luis G. Urbina. La entusiasta acogida que ha encontrado esta […] publicación en nuestra culta sociedad, patentiza de manera satisfactoria el refinamiento de su buen gusto». En *Primer Almanaque*…, México, 1895, p. 22. Cuando Manuel Caballero pretenda revivir, en 1907, la Revista Azul, recibirá por parte de los futuros integrantes del Ateneo de la Juventud el calificativo de «anciano reportero. Carente de toda autoridad y de todo prestigio, quien dice venir a continuar la obra de aquel gran poeta y a redimir a literatura nacional de quién sabe qué males que sólo existen en su imaginación caduca». «Protesta literaria», en Hernández Luna, Juan, *Conferencias del Ateneo de la Juventud* , UNAM, México, 2000, p. 335. Las cursivas son mías, en adelante se explicará el porqué. Laura Edith Bonilla de León tituló su tesis doctoral –que presentó en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la División de Estudios de Posgrado–, «El periodismo, un espacio público moderno en la pluma de Manuel Caballero». Un artículo suyo que se puede obtener en la Internet se titula «Manuel Caballero: un periodista moderno en el siglo XIX; la lectura de este último texto nos permite una mirada diferente de Caballero. El archivo de puede consultar en la siguiente dirección: https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/5/2289/9.pdf. Consultado el 14 de agosto de 2018.

[83] «Los Juegos Florales en el Teatro Principal», en *El Imparcial*, ídem. Las cursivas son mías.

abatida, reducida a la sola península, asediada por el águila del norte:

Entre las sombras que el dolor condensa
de pie, suelto el cabello y con las juntas
manos caídas, mientras racha intensa
mantiene de su diablo altas las puntas,
una mujer, señora de dos mundos
en tiempos idos, cuando Dios quería,
desde la ibera playa al viento entrega
el ¡ay! desgarrador de sus profundos
gemidos de inmortal melancolía.

Esa es España *Atónita y herida*
bajo el peso brutal de su infortunio,
mientras la ola que á sus pies desmaya,
imagen fiel de la inconstante suerte,
su espuma abate en bullidora raya,
hacia la azteca playa
los tristes ojos con afán convierte.

El XIX, el siglo de las independencias latinoamericanas, de una redefinición de los centros del poder tanto en Europa como en América, vio a España como la gran perdedora; ese imperio donde alguna vez (y largo fue ese «alguna vez») no se puso el sol. El poeta la mira postrada ante los nuevos tiempos, nostálgica de esa época de gloria; advierte el poderoso empuje de la nación del norte. Pregunta para disipar dudas, para alentar:

¿Te acongoja la duda? ¿Acaso temes
que desbordado río,
tal como sacudió tu poderío
el mal que te atribula y que te abate
y origen es de tus amargas penas,
abata y atribule al que en sus venas
lleve la sangre que en tus venas late?

Temes que al recio y formidable embate

de gentes nuevas y de extraño idioma
muera el idioma que se habló en Castilla?
¿Por qué? No temas el adverso empuje;
que todo mar que se alborota y ruje
su impetuoso furor rompe en la orilla.

El embate del mar habrá de romperse en la orilla. El idioma, patria que no conoce las fronteras de las naciones que han surgido en el XIX y que se habla de la Patagonia hasta el Bravo, habrá de permanecer a condición de reconocerse hermanos, pese a los tres siglos de Colonia y al Atlántico de por medio. Esa unidad entre iberos y americanos podrá, al final, recobrar la grandeza del otrora imperio; para ello es condición que los americanos despierten y así lo reclama el poeta:

¿Grandeza muerta? ¡No! Dormida solo.
¡Latinos: despertad! erguid las frentes
de lauros inmortales coronadas,
volved a las pasadas
edades las pupilas y de nuevo
tornad al campo de la lid como antes;
que otra vez las gigantes
trompetas de la fama, entre los hombres
y en otros climas poderosas suenen,
y que en robustos himnos vuestros nombres
den al espacio y el espacio atruenen!

Para, entonces clamar:
¡Hossana hermoso amanecer de un siglo!
toda una raza te saluda. ¡Hossana!
¡Bendito tú que derramando vienes
entre el leve carmín de la mañana
cuanto de grandes esperanzas tienes.
En tí esperamos, sí; caiga el olvido
sobre el pasado sufrimiento y surja
la entereza viril. ¡Alzate Iberia!
Latinos ¡Despertad! Marchemos juntos
que nos cobije siempre un solo espacio,

que nos impulse siempre un solo aliento,
que nos guíe á la luz sólo una idea
y que ella al difundirse con el viento
asombro y pasmo para el mundo sea.[84]

José Peón del Valle, hijo del dramaturgo José Peón Contreras,[85] nació en Orizaba, Veracruz, en 1866. A diferencia de su padre, que era médico, él optó por la carrera de leyes. En 1906 sería diputado por la circunscripción de Veracruz. Antes, a sus 20 años, en 1886 había publicado un libro de poemas titulado *Vibraciones y cadencias* que le permitiría ingresar al mundo de las letras. Participó en una publicación titulada *La juventud literaria* en cuya nómina de colaboradores aparecían Juan de Dios Peza (1852-1910), Vicente Riva Palacio (1832-1896), Ireneo Paz (1836-1924), entre otros, amén de Jesús E. Valenzuela (1856-1911), Luis G. Urbina (1864-1934) y Manuel Puga y Acal (1860-1930), los tres últimos más cercanos a su edad. Pasarán 17 años antes de que publique *Poemas y versos*, en 1903; *Cuba Victrix* verá la luz en 1918. Colaboró en la *Revista Azul*. Cuando se presentó a los Juegos Florales tenía 35 años. Falleció en Nueva York en 1924. Tenía 68 años.[86]

De Zayas Enríquez, «¡Perezca el musulmán, que Dios lo quiere!»

El sexto premio, acompañado de un artístico reloj para bufete, fue para Gonzalo de Muerga, quien por formar parte del jurado debió cederlo al licenciado Rafael de Zayas Enríquez, de voz vigorosa y reposada. De Zayas Enríquez había nacido en el puerto de Veracruz en 1848 y su vida, como la de su padre, no había estado exenta de sobresaltos. Su padre fue un liberal que, a causa de enemistarse con Santa Anna, debió salir del país. Volvió a México y –con el triunfo de los conservadores y a la instauración del efímero imperio de Maximiliano de Habsburgo, al que combatió–, se exilió de nueva cuenta. De Zayas Enríquez vivió las vicisitudes de su familia. Su

[84] En *El Correo Español*, lunes 9 de septiembre de 1901, p.1

[85] Peón Contreras escribió un par de novelas prologadas por Manuel Gutiérrez Nájera: *Taide, contornos de la vida ideal*, de 1885; y *Veleidosa*, de 1891. La primera de ellas, a decir de Emmanuel Carballo, romántica y «conscientemente anacrónica» en un tiempo en que el realismo y naturalismo despuntaban. Carballo, Emmanuel, *Ensayos selectos*, UNAM, México, 2004, p.54.

[86] Juan Pascual Gay y Antonio Cajero Vázquez han publicado, en el Colegio de San Luis, en el 2014, la obra *José Peón del Valle (1866-1924). Una incierta voz de fin de siglo*, un estudio muy interesante que nos permite conocer con amplitud a un poeta que recibe la influencia de las corrientes literarias que coexisten en el fin de siglo y que, de alguna manera, hacen que se debata en la incertidumbre.

padre lo envió a Europa para que aprendiera el alemán, idioma que llegó a dominar.

A su vuelta a México no sin antes hacer una estadía en los Estados Unidos, ya con 20 años, se incorporó primero, en 1868, a la revista *La Guirnalda*; el año siguiente a otra de título *Violetas*; ambas fundadas y dirigidas por Manuel Díaz Mirón, el padre de Salvador. Participó en el Liceo Hidalgo. Ignacio Manuel Altamirano, su fundador, le recomendó la traducción de autores alemanes, entre los que se contaban Goethe, Heine, Schiller. De Zayas Enríquez publicó su primera novela en 1881, *Remordimiento, Memorias de Agustín S.* dedicada a Santiago Sierra Méndez. Seis años más tarde, en 1887, *Oceánida*, considerada por algunos como la más lograda. Escribió, también, en la *Revista Azul*. Participará en política, primero como jefe del cantón político de Veracruz durante el gobierno de Terán y Mier, después como diputado, y luego como juez de distrito. En 1901, al momento de los juegos florales tenía 53 años. Tenía tras de sí, además, experiencia como dramaturgo. Suya fue la obra *El esclavo, drama original en tres actos y un verso*, que publicó y estrenó.[87]

El poema de De Zayas «Oda al hecho histórico de Covadonga», amparado en el lema *Dum spiro pugno et spero*, *(Mientras respiro, espero*) evoca esa España invadida que habría encontrado refugio en Asturias y desde allí organizado la resistencia.

¡Ay!... ¿Por qué dejas á la noble España
Madre sin hijos; como esposa, viuda;
Huésped de gente extraña.
Dentro su propio hogar. Mísera, muda,
Cierra los ojos, que el dolor empaña,
Porque no miren la heredad desierta,
La honra perdida, ni la prole muerta.
¡Todo concluyó para ella!... ¡Todo!...
Sólo queda un recuerdo en la memoria
Del reino hispano-godo,
Que con gloria nació y murió sin gloria,
Y corta grey cristiana, que en su éxodo,

[87] Esther Hernández Palacios publicó un artículo titulado «Rafael de Zayas Enríquez», en *ULÚA. Revista de Historia, Sociedad y Cultura*, número 17, correspondiente a enero-junio de 2011, Universidad Veracruzana, pp.85-89. Además de las novelas mencionadas, publicará en 1902 *El teniente de los gavilanes*, obra que Hernández Palacios considera escrita antes que *Oceánida*, bajo los cánones de Altamirano. Escribiría, también, una biografía de Benito Juárez en 1906. Informaría al presidente Díaz de la idea de revolución que se estaba gestando en Río Blanco y Cananea en «Apuntes confidenciales», informe que fue desestimado por Díaz.

Del musulmán huyendo y de su furia,
Halla refugio entre la abrupta Asturia.

De Zayas pone en escena a los astures enfrentados a los musulmanes en Covadonga, lugar de la batalla. En las estrofas del canto, *in crescendo*, los acontecimientos se precipitan; los musulmanes «sedientos de sangre cristiana» entran confiados, imprudentemente, en una cañada en el monte Auseva sólo para advertir que están acorralados, que son enfrentados valerosamente por Pelayo y su gente, menor en número, pero con un valor que sólo Dios, al estar de su lado, les puede dar. Corre la sangre, las escenas son de espanto, inenarrables, los versos del poeta dan cuenta de ello. Pelayo y sus huestes luchan sin desmayo hasta que:

Hombres y piedras, cascos y broqueles,
Bridones sin jinetes, deslocados,
Los blancos alquiceles
Y los rojos pendones execrados,
Revueltos van, llevando á los infieles
De la fatal derrota al vaticinio,
El espanto, la muerte, el exterminio.
Ya desciende el astur, airado hiere;
Taja y machuca, y con furor desagarra,
Y desarma al que muere,
Para esgrimir su curva cimitarra.
¡Perezca el musulmán, que Dios lo quiere!
Los que si fueron ciento contra uno,
La lucha al concluir no habrá ninguno.
¡Ninguno!... Solcimán herido rueda
Junto á Alkamah, quien yace agonizante...
Ya ni un caudillo queda...
Y el soldado, el terror en el semblante,
Huye en vano, revuélvese y se enreda;
Que el gladio del astur cierra á la huída.
La senda por do va despavorida.
«¡Victoria!»... El Deva en su corriente canta;
«¡Victoria!» repercuten monte y llano.
Sobre el pavés levanta

Por Rey á Don Belay el pueblo hispano;
Y Europa, al ver que de ignominia tanta
Resurge España, con heroico empeño,
Exclama absorta: «¡El mundo tiene dueño!»[88]

La derrota, voluntad de un Dios que se torna vengativo, se consuma: ¡»Perezca el musulmán, que Dios lo quiere!». En los siglos por venir, Europa verá, no sin recelo, a una España intolerante adueñada del mundo.

Barrios de los Ríos: «En Anáhuac, la fe resplandece»

En el séptimo tema, el premio fue para José M. Barrios de los Ríos, de Zacatecas. La Junta Patriótica Española propuso como tema una «Leyenda sobre asunto netamente mexicano» El poeta puso por lema «Aquestas cuitas, Don Juan, / en gayos versos saldrán», lo escribió en rimas antiguas castellanas y lo fechó el 21 de agosto, apenas unos días antes de la realización de los Juegos Florales. Su poema, de título «La virgen de Guadalupe y los Españoles», recuerda el milagro de la aparición en el cerro del Tepeyac. Al tiempo que refrenda la conquista como una empresa evangelizadora, civilizadora, hace dialogar a la Virgen con su hijo Jesucristo para solicitarle que éste le permita atender a estos otros los indios que rumian su desgracia, pero que también son sus hijos. Jesús accede, por supuesto:

«¡Oh, dulce Rey mío! pues vedes allí
«la fuerte mesnada con duelo é fatiga,
«por ásperas sendas acosa et hostiga,
«é face los pueblos que credan en tí,
«agora te pido me dejes á mí
«bajar á monstrarme su buena patrona,
«é, puesta que sea la nuda tizona,
«del indio entorpido ser madre otrosí;
«Ca mucho meresce tan claro valor,
«é tanta bravura tal premio meresce,
«ca pura en Anáhuac la fe resplandece
«é á España tan sólo se debe el favor. «
«Oh Madre la dijo D. Christo Sennor,

[88] En *El Correo Español*, 11 de septiembre de 1901, p.1.

«tuyos son tus fijos, é antaño et agora,
«mis bienes é gracia tu mano atesora,
«é más me falaga tú déslas mejor.
«Armiren las gentes tu gracia é bomdad,
«déte el sol vestido, la luna peana,
«los astros corona, candor la mañana,
«é manto los cielos, é yo tu beldad,
«Adoren por siempre tu pura deidad,
«é vayan de lejos punidas é sanctas,
«é llévente flores, é bese tus plantas,
«é mírense libres de necesidad.»
E rauda viniendo la niña gentil,
del hórrido hibierno magüer las tristuras,
brotaron las rosas lozanas é puras,
trocándose el yermo galano pensil.
Juan Diego las trujo: su clámide vil
monstró á Don Obispo sentado en su silla,
que en viendo tal pasmo, finco la rodilla
pues daba el decembe las flores de arbil.

Consumado el milagro, la imagen de la Virgen de Guadalupe no será la empuñada por Miguel Hidalgo en aquel septiembre de 1810 sino la primigenia, otra y la misma, la que unirá, por la religión, a americanos y españoles. Bajo su égida el poeta pide protección para ambas naciones:

¡Oh! lenguas de justos que abundan en Sión
te den alabanza, divina Mara!
ca tanto non puede la pendola mía,
en trovas homildes é ruda canción.
Roba á nos tus fijos el fiel corazón
en fuego amoroso las ánimas prende,
é faz que roguemos, mas oyenos dende,
é á España protege, é á aquesta Nación.[89]

[89] *Ibidem*.

José María Barrios de los Ríos había nacido en Zacatecas el 11 de febrero de 1864. Al presentar su trabajo en los juegos florales tenía 37 años. Estudió en el Seminario Conciliar de la Purísima en Zacatecas y se tituló de abogado en 1886. Tres años después se radicó en la ciudad de México y fue redactor de *El Partido Liberal*, al lado de Manuel Gutiérrez Nájera, pero sin ceder a los influjos modernistas. No obstante, también colaboró en la *Revista Azul*. En 1900 se trasladó a Guadalajara y al año siguiente presentó la composición que le valdría el primer lugar en el «Asunto netamente mexicano». Entre sus obras destacan *Monóstrofes*, *Oratorios o delicias de mi madre*, *Selectas*, *Microapólogos* (1906), *Pompillas*, *Océano* (1907), *El país de las perlas y cuentos californios* (1908), los primeros tres publicados sin pie de imprenta y los restantes de manera póstuma. Publicó, también, una obra de derecho titulada *Resumen de penalidad positivista y de su refutación*. José María Barrios de los Ríos falleció en noviembre de 1903 en Sonora. Había presentado a los juegos florales de Guaymas de ese año una «Oda al siglo XIX», composición que sería premiada por el Ayuntamiento.[90]

Juan N. Cordero: «Cantar tus glorias inmortales»

El premio del octavo tema –«Canto a los ideales de la raza latina», propuesto por D. Telésforo García– fue para el licenciado Juan N. Cordero, quien inscribió su trabajo bajo el lema «Honrar padre y madre». En sus versos iniciales, Cordero reconoce a la raza latina amamantada por el ardor guerrero, dispuesta para la batalla, capaz de enfrentar las adversidades que la vida le presente y que no serán pocas. La raza latina fundará un imperio, Roma, la ciudad eterna, sede de la cristiandad, de la que España será valedora. Pero al final del XIX otra lengua y otra raza estarán llamadas a dominar el mundo. Por ello el poeta señala:

> Dicen que estás caduca, Madre augusta;
> que amenazas ruina,
> y del olvido á la profunda fosa
> tu paso vacilante se encamina;
> mas yo te admiro, en tu vejez, lozana;
> sin cesar, como el fénix renaciendo
> de tus cenizas, joven y galana

[90] Barrios de los Ríos, José María, *Océano*, Sombrerete, Zacatecas, Biblioteca Estarsiana, 1907, pp. I-III.

y es que eres como el sol, que hasta muriendo
deja en el seno de la noche umbría
el luminoso embrión de un nuevo día.
Deja, oh madre, que canten tus derrotas
los que en la masa buscan la belleza...
deja que en vigor y en el empuje
busquen y encuentren al león que ruge
con todo el esplendor de la fiereza
que cuando busquen el sentido acento,
el melodioso canto,
la estatua en que palpita
del puro mármol bajo el terso manto,
lo eterno, lo inmortal, el alma ignota...
tú serás la que cante
de la materia inerte la derrota.
Envejeció tu físico; es el tronco
de tosca escara y de torcidas ramas
que el tiempo deformó; pero en las hojas
que ostentan su vigor, siempre lozanas,
circula oculta como sangre joven
tu indestructible y abundante sabia.
¿Qué fuera de las hojas sin el tronco?
secos y mustios los endebles tallos
fueran montón de mísera hojarasca
que dispersan los vientos al acaso.

Secos, mustios y endebles tallos las nuevas naciones; hojarasca al viento sus habitantes si aquella maternidad no se reconoce. Orientados hacia dioses de nuevo cuño, los que la modernidad erige, los hombres están perdidos si no reclaman para sí la heredad latina.[91] El poeta, no obstante reconocer cuánto han cambiado los tiempos, se erige en la memoria que no olvida.

[91] En ello coincidirá con José Enrique Rodó en su *Ariel*, publicado en 1900. Si bien para Rodó Caliban representará lo salvaje y Ariel el «espíritu alado», para Darío Caliban estará representado por los Estados Unidos de Norteamérica.

Si anémica te muestras, es que diste
tu sangre toda, tu vigor, tu vida,
por esa ingrata humanidad, que olvida
cuanto por ella generosa hiciste,
y por nuevos exóticos manjares
trueca el puro alimento de tus senos,
y nuevos Dioses á su altar trayendo
reniega de sus Dioses tutelares.

¡Oh, Madre, yo, el postrero de tus hijos,
de tu nombre orgulloso y de mi cuna,
tengo erigida en mi alma una tribuna
para cantar tus glorias inmortales,
altar en que amoroso
te rinda culto santo y fervoroso,
y un nido que caliente
de prueba en horas tu vigor aliente.[92]

Juan N. Cordero nació en la ciudad de México en 1851, así que a los juegos florales llegó festejando su medio siglo de vida. Estudio en San Idelfonso y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, el positivismo no le fue ajeno; se graduó en 1872, a los 21 años. Si su profesión era la jurisprudencia, su pasión era la música, a tal grado que se convirtió en tratadista. En 1896 publicará *Origen del sistema diatónico. Breves consideraciones filosóficas*, por la Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento y que dedicará al director y a los catedráticos del Conservatorio Nacional de Música. Un año más tarde, en 1897, publicará *La música razonada. Estética teórica y aplicada*, obra que será impresa por La Europea, en México.[93] En 1898 publicará *INRI. Novela de costumbres. 1ª. Parte. La triple alianza*, publicada por la

[92] En *El Correo Español*, 11 de septiembre de 1901, p.1

[93] En el ejemplar que se conserva en la Biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León (y que forma parte del acervo digital), el autor dedica su obra, de puño y letra, a la Señora Doña Carmen Romero Rubio de Díaz con las siguientes palabras: «Respetable Señora: Desde tiempo inmemorial, no por desinteresada opinión mía, sino por el universal consentimiento de los hombres, hase considerado a la mujer como depositaria de la belleza física representada por la hermosura, no menor que de la belleza moral representada por la virtud. Tratándose de una obra de Estética, consagrada al estudio de lo bello, ¿á quién mejor que a la mujer pudiera yo dedicar mi

imprenta El tiempo.[94] En 1900 su obra *La música razonada*. *Suscinta exposición y demostración de las leyes fundamentales que rijen todas las manifestaciones del arte de la Música*, publicada por Tipografía Económica, verá luz. Fue, también, un divulgador de temas sociológicos y psicológicos.

El poema resume: si España languidece, es porque ha dado su savia a las nuevas naciones, no porque otros imperios le disputen los mercados; la grandeza entonces alcanzada será siempre, para el poeta, digno de recordar. Pero la humanidad es siempre ingrata y «nuevos Dioses» la atraen, lo que hace que reniegue de los tutelares. La fecha del fallecimiento de Juan N. Cordero es desconocida.

Pensar hondo, deslumbradora elocuencia

Leídos que fueron los lemas triunfadores, y declarados desiertos aquellos que no alcanzaron el grado de exigencia, el mantenedor procedió al nombramiento de la reina de la fiesta, doña Amada Díaz de la Torre. Ataviada con un elegante vestido blanco y con joyas que no pasaron desapercibidas, procedió a ocupar el trono rodeada de su corte de amor integrada por las damas Matilde Olavarría y Ferrari, Luz García, Elena Ballescá, Victoria Corona, Luisa Sáenz, Dolores Noriega, Gertrudis Diego, y las señoritas Maebers.

José Porrúa, el mantenedor, dominando el escenario comenzó su discurso excusando sus propias palabras, apelando a la comprensión de su público:

> Si mi alma fuera capaz de dar abrigo á la ruin pasión que nos hace sentir tristeza por el bien ajeno, envidiaría a esos hombres dotados de rica fantasía y de brillante

---

humilde libro, y que imagen pudiera yo escoger entre todas, mejor que Ud.?, á quien toda una sociedad honrada y culta tiene señalada y escogida con su espontáneo y con tanto homenaje? Sírvase Ud., Señora, recibir y aceptar en benevolencia la dedicatoria que respetuosamente le hago de este mi libro, y prestarle su valioso prestigio á su entrada en el mundo del Arte. Si algún día la caprichosa Fama quisiera conceder a mi humilde engendro un mérito cualquiera, más será al valioso patronato de Ud., que al escaso valor del afortunado libro. Besa los pies de Usted. Juan N. Cordero. [rúbrica] México, Diciembre de 1897", en Cordero, Juan N., *La música razonada. Estética teórica y aplicada*, Tip. Y Lit. «La Europea» de J. Aguilar Vera y Ca (S. en C.), México, 1897, pp. I-II.

[94] Escribe Emmanuel Carballo a propósito de la novela *INRI*: «Dedicada a Pérez Galdós, con quien Cordero se identifica, *INRI* es una obra de crítica social. En sus páginas censura la fe y el sentimiento del honor, el juego, la usura, la prensa venal, la política sin principios, la intolerancia religiosa, la injusticia económica, el mal trato que reciben los hijos ilegítimos, la torpeza con que se enseña el arte en las escuelas y la miopía del público que confunde el arte adocenado con el arte verdadero […] *INRI* está mal estructurada y mal contada, y sus personajes carecen de vida propia: son marionetas que el autor maneja a su antojo. Cordero es más liberal que Rabasa, pero menos artista.» En Carballo, Emmanuel, *Ensayos selectos*, UNAM, México, 2004, p. 74.

> palabra, que saben pensar hondo y expresar con deslumbradora elocuencia las sublimes concepciones de su cerebro; porque sólo así podría mostrarme digno del señalado honor que se me ha concedido designándome como mantenedor de estos juegos florales, que por ser los primeros celebrados en Méjico, y por la expectación que han despertado, están llamados á dejar profunda huella en la historia literaria de este hermoso país.[95]

Iniciado el discurso, homenajeó a la reina de los juegos florales evocando el «precepto imperioso de las leyes del amor» estatuido en 1355 por Guillermo de Molinier.[96] Al mirarla no como hombre sino como el mantenedor, y no obstante sus palabras iniciales, cedió a la vena poética: «Es el mantenedor quien compara vues-

[95] En *El Correo Español*, 10 de septiembre de 1901. p.1.

[96] En el tomo I de su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, publicado con licencia en Madrid en 1779, Thomas Antonio Sánchez, bibliotecario de su Majestad, señala a propósito del origen de los juegos florales: «7 Gaya Sciencia. En los tiempos del Marqués y aun mucho antes, el arte de versificar se llamaba Gaya Sciencia. La voz gaya viene del francés gai ò del italiano gaio que significa cosa alegre […] Y así la Gaya Sciencia es una ciencia alegre, graciosa y divertida: tal es la poesía. Los Proenzales la llamaron también el Gay saber. […] 8 En Tolosa de Francia se estableció un Consistorio ò Academia de la Gaya Sciencia por los años de 1323. El fundador de este Consistorio no está bien averiguado, y los que hablan de él no convienen todos en un mismo fundador. […] 9 El Abad Joseph Mervesin natural de Apt en Proenza, Prior de Baret dice que el año de 1324. Dama Clemencia Isaura, de la casa de los Condes de Tolosa, convocó allí à todos los poetas y trovadores comarcanos, y prometió una violeta de oro al que hiciese mejores composiciones : y que dio un fondo para dotar estos premios, con muchas otras particularidades que aquí se omiten. 10 Aunque este escritor poco acreditado entre los suyos no dudó de la verdadera existencia de dicha dama y de todo lo que de ella se cuenta ; sin embargo los de mas sana critica creen que esta Dama es hija de una fabula forjada hacia la mitad del siglo 16. À la qual àcaso dio motivo una Clementa Isau , de Tolosa, que poetizó , dice el Jesuita Quadrio por los años de 1570 : à no ser que sea otra equivocacion originada de la fabula susodicha. 11 Antonio Bastero en su Crusca Proenzal habla de siete mantenedores de la Gaya Sciecnia que el año de 1323. se juntaron en Tolosa para fundar el consistorio del Gay Saber, è inserta à la letra una carta en dialecto proenzal, parte en prosa, parte en verso, en forma de edicto o convocatoria, en que los mantenedores convidaban à los Poetas, prometiendo una violeta de oro al que compusiese mejor. Expresanse en ella los nombres de los dichos mantenedores, pero no el de de Ramon Vidal de Besalu, ni el de Dama Clemencia Isaura […] 12 Ya establecido este Consistorio ò Academia, el año 1355. acordó la Ciudad que para su gobierno y acrecentamiento se formasen las leyes y reglas que se debían observar: para lo cual se dió comisión à Guillermo Molinier Secretario del Consistorio, que las formó con este título: Ordenanzas dels VII Senhors Mantenedors del Gai Saber. Hicieronse parte en prosa y parte en verso, como se puede ver en Bastero: establecieronse otros dos premios que fueron dos flores de plata à demás de la violeta de oro establecida anteriormente: fechas año 1356. 13 Las obras que componian los Trovadores y se examinaban en el Consitorio, tenian varios objetos. Por lo regular eran Tezones, voz Proenzal que quiere decir disputas, originadas de varias preguntas que se proponian à los Trovadores […] Las obras que sobre semejantes materias se componian, se entregaban à una junta de Damas llamada Corte de Amor, para que examinadas, las sentenciasen: y las sentencias que se pronunciaban se llamaban Arrestos ò Decretos de Amor.» Pp. 5-8. *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*.

tros ojos al sol, porque despiden rayos; vuestros labios al coral, porque son rojos; vuestros talles a la palmera, porque son esbeltos; vuestras almas al mar, porque son insondables; y vuestros amores al cielo, porque merecerlo es el ideal supremo».[97]

El director de *El Correo Español* evocó los juegos en la antigüedad, el lema que los amparaba («Por mi Dios, por mi Rey y por mi Dama»); pidió a los asistentes cerrar los ojos y rendirse a sus palabras para imaginar cómo eran esos torneos: caballeros, jinetes, cabalgaduras, yelmos, yunques, espadas que se cruzan arrancando centellas al hierro. Vendrían los trovadores como una consecuencia más de ese encuentro de Occidente con el Oriente, de Europa que las Cruzadas («la más altruista de todas las empresas») hicieron posible. Aquellos bardos eran los precursores de los poetas. Así, en el siglo XIV, siete trovadores provenzales, en Tolosa, habrían organizados los primeros juegos florales:

> Tuvieron por primer escenario las frescas enramadas de un jardín maravilloso y bello, según frase feliz de uno de sus historiadores; masas de verde ramaje por telón de fondo; aromáticas flores por bastidores; el armonioso canto de las aves por orquesta; y por alumbrado el sol, inmenso foco de luz y de calor encendido por la mano inmortal del Todopoderoso. No se disputaban en esos combates de la inteligencia reinos, provincias y señoríos; se disputaban violetas, zarza-rosas y caléndulas; no se oían en el jardín del barrio de las Agustinas los bélicos sones del clarín guerrero […] se oían los dulces ecos del laúd, las sonoras estrofas de los cantos […] Por eso no tardó la mujer en unir su nombre á los juegos florales y surgió la gentil Clemencia Isaura, la hermosura más celebrada por poetas y oradores, la que todavía preside en efigie los juegos que se celebran en el Capitolio de Tolosa, la que ha dado origen al cargo de reina y á la corte de amor, aumentando los encantos de esta sin par solemnidad y completando su hermoso lema: *Patria, Fide, Amor*.[98]

Lo que a continuación desarrollaría, y daría pie a mostrar cuáles eran las lecturas que tenía en su haber, era el amor:

> ¡Amor! Es el contenido de la poesía. Sin él no existiría el leguaje rítmico y no podríamos refrescar nuestras almas con la lectura de esas sublimes manifestaciones del ingenio humano que se llaman la Eneida y la Iliada, las obras de Goehte y

[97] En *El Correo Español*, 10 de septiembre de 1901, p.1.
[98] *Idem*.

> de Hugo, los cantos de Espronceda y de Zorrilla, los versos de Bernardo López y las doloras de Ramón Campoamor, los poemas del Dante, de Milton y de Camoens, las tragedias de Shakespeare, de Corneille y de Racine, las comedias de Tirso, Alarcón, Moreto, Lope y Calderón. ¡Amor! ¡Cuántas nobles acciones tienes en tu activo![99]

Y luego la fe («¡Palanca poderosa de la vida y eficaz consuelo en la muerte, si no existieras habría que inventarte!») para culminar en el concepto de patria («la tierra en que nacimos y el sepulcro que guarda las sagradas cenizas de nuestros padres»). Eran los dones de la fiesta literaria que los había congregado y esos eran móviles nobles. Reconoció en Domingo Blanco, quien recién había desembarcado en Veracruz proveniente de Santander, al artífice de los juegos florales, esa semilla que ahora anidaba en la fecunda tierra de la República Mejicana [sic]. La epopeya de Covadonga quedaba reservada para la alocución final. Si en el norte de la península ibérica, en Asturias, había ocurrido la historia (convertida ya en leyenda) de Pelayo enfrentando a los árabes en angosto desfiladero hasta propinarles la derrota, en Granada había culminado la Reconquista. Los hijos del profeta Mahoma habían tropezado con un «pueblo de creyentes, con un pueblo de fanáticos si queréis». Inmenso era el servicio que España había prestado a la humanidad. Si España no hubiese «levantado con los robustos pechos de sus hijos dique incontrastable»:

> […] no se hablarían estos idiomas derivados del sánscrito, tan útiles para la difusión de la verdad; se hablarían las lenguas derivadas del árabe, aptas para la poesía, pero inhábiles para el progreso científico! ¡No habría sajones ni germanos, ni latinos, aryos todos en suma, sino zenetes, abencerrajes y segríes, semitas todos, en una palabra! ¡No serían las metrópolis del mundo París y New York, sino Bagdad y Damasco! ¡No existiría la familia cristiana, basada en el amor, *que es el fundamento de la superioridad de nuestra raza*, sino el harem, torpe y brutal consagración del vicio y verdadera causa de la decadencia de las civilizaciones orientales! No elevaríamos nuestras preces al Altísimo en esas severas catedrales […] ¡Adoraríamos a Alá en esas aljamas árabes […] de paredes de chillones colores que recrean la vista y dejan frío el corazón![100]

[99] *Idem*.
[100] *Idem*. Las cursivas son mías.

Pero más allá de los conflictos –concluía José Porrúa–, los Juegos Florales no hacían sino poner de manifiesto ese ideal de armonía que la humanidad siempre se había empeñado en encontrar y que ahora, gracias a los avances de la ciencia, estaba más cerca de lograr. Dinamita, sí, pero para abrir nuevas comunicaciones. El crujido homicida de las armas sería sustituido por la estridencia creadora del acero de las máquinas. En esa tierra fraterna de trabajo, progreso y buena voluntad que ya amanecía, habrían de escucharse las palabras de Cristo, que son las que pronunció José Porrúa, el Mantenedor y director de *El Correo Español*: *«Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad»*. [101]

Del discurso de José Porrúa, el reportero de *El imparcial,* atento y crítico, se expresó así:

> Fue un discurso lleno de vigor y colorido. El señor Porrúa es un orador y un poeta; un poeta colorista que sabe poner notas brillantes en cada cuadro evocado al influjo de su verbo, arranca destellos de lo que toca, ondea flámulas multicolores, al hacer vibrar su estro categórico y contundente. Periodos rotundos, categóricos, incisivos, conceptos siempre claros, precisos, amplio léxico y frase vibrante: es el orador. Lástima que atropelle un tanto su dicción, que la desborde en corrientes demasiado rápidas. Su discurso es una pieza de suprema expresión y de suprema fuerza, ricamente ataviada. Lo felicitamos.[102]

Una vez entregados los premios correspondientes, Justo Sierra, subsecretario de Instrucción Pública, se dirigió al público en representación de Ignacio Mariscal quien, agradecía, por voz de Sierra, el honor de haberle nombrado presidente de los juegos florales. A Justo Sierra le pareció necesario señalar que el nombramiento para que Mariscal presidiera la justa poética no era sólo por su rango en el gobierno de Díaz, sino ante todo por «su posición prominente en la cultura nacional». Reconocía la idea feliz «de rehacer con flores cadenas que antes pudieran ser de hierro y que ahora serán eternas». Evocó la gesta de Covadonga, el valor de haber contenido el avance del corcel árabe; evocó a Dante y a Beatriz, a Petrarca y a Cervantes, «[quien] apagó la edad de oro y firmó con inmortal ironía la fe de bautismo de la edad del interés y del hierro». Ponderaba Sierra el evento:

---

[101] Cursivas en el original.

[102] «Los Juegos Florales en el Teatro Principal», en *El Imparcial*, 8 de septiembre de 1901, p. 1.

> A la sombra de la encina latina nos congregamos aquí; la antorcha que aquí encendéis y á cuya luz han venido las mariposas de oro del verso, es la antorcha de la vida, y como los cursores de la vida la transmitís á las jóvenes mano anhelantes que se tienden, pero envuelta en flores y perfumada de miel y poesía; que la lleven a otros, que crezcan, que triunfen; nuestras flores no esconden espadas como las de los héroes atenienses, son un beso de verdadero amor, un beso de almas que transmiten almas, el beso de una generación a otra, el de los que han sufrido y pensado á los que sufrirán y pensarán. Que sufran, que piensen, ese es el precio, es el valor de la vida.[103]

Un discurso «bellamente escrito» en el que saludó al arte y a la fe, con esa sinceridad grave y serena que, de acuerdo con sus coetáneos, le caracterizaba. Su alocución fue premiada con largos y cariñosos aplausos.

El Mundo del martes 10 de septiembre de ese 1901 publicaría en interiores la «Oda a Covadonga», el «Canto a los ideales de la raza latina»; «Paquito»; y «La Virgen de Guadalupe y los españoles». *El Correo Español* publicará, íntegros, los discursos del Mantenedor y el de Justo Sierra, además de los poemas ganadores. Andando el tiempo, algunos de los participantes en estos juegos florales reaparecerían en distintos espacios de la arena pública, ya en la política o en publicaciones periódicas destinadas –por lo menos una de ellas–,[104] a abrir un debate para la literatura de México que ya estaba definido.

La importancia de los juegos florales no estribaba sólo en la justa misma, ni en el poder de convocatoria que la colonia española de la ciudad de México tenía; era, sobre todo, en el ámbito de los simbólico. Manuel Milá y Fontanals escribió: «El destino de la poesía entre pueblos […] fue el de celebrar fiestas cívicas y religiosas, nupcias y funerales; alimentar bélicos impulsos en los ánimos varoniles, cantar habidas victorias, y referir antiguos acontecimientos de amor y desventura.»[105]

Quizá estas palabras de Milá estuviesen presentes en los organizadores de los juegos florales. Eso era lo que se buscaba fuese cantado. Y para ello los concursantes habían recurrido, en la forma, a versos endecasílabos combinados con versos de seis o siete sílabas con el objetivo de romper la monotonía rítmica y proponer un ritmo

[103] En *El Correo Español*, 9 de septiembre de 1901, p.2.

[104] Es el caso de Manuel Caballero y la *Revista Azul* en su segunda etapa.

[105] «De la poesía en general», en Balmes, Jaime, *Elocuencia y poesía castellanas*, Antonio J. Bastinos, Editor, Barcelona, 1904, p. 36. Manuel Milá y Fontanals nació en Villafranca del Panadés, en 1818, y falleció en Barcelona en 1884. Uno de sus discípulos fue Marcelino Meléndez y Pelayo.

narrativo, asunto fundamental en los poemas. Resulta curioso el que recurriesen a esta forma de versificar dado que el endecasílabo fue importado de Italia hacia el siglo XVI, siendo criticado entonces por «extranjerizante»; no obstante, se asentaría y se convertiría en el metro predilecto del Siglo de Oro y de movimientos posteriores a través del soneto.

Los poetas ganadores se encuentran a sus anchas en el movimiento literario denominado Realismo. Las formas que usan buscan una expresión «natural», casi narrativa de los temas. La elocuencia, rasgo romántico, se destaca en un tono más superficial y exagerado, lo que hace al canto, para esta sensibilidad nuestra, grandilocuente. La forma pretende ser castiza porque recurre a endecasílabos, octosílabos, y pies quebrados (heptasílabos y hexasílabos).

Pese a la inasistencia tanto de la Reina regente (el evento quizá no ameritaba cruzar los mares para hacerse presente, pero el hecho de que fuese una de las que otorgaban un premio daba cuenta de que no le era ajeno), como del presidente Díaz, por lo ya señalado, que fuera Justo Sierra, el subsecretario, quien presidiera los juegos, así como el nombre de los participantes –Alberto Araus, Manuel Caballero, José Peón del Valle, Rafael de Zayas Enríquez, José María Barrios de los Ríos, Juan N. Cordero–con una prestigiada trayectoria que apresuradamente se ha trazado, daban cuenta de la importancia y el éxito de los primeros juegos florales del siglo XX.

Los temas no eran casuales, indicaban, de seguro, preocupaciones o preguntas que la colonia española en México se hacía y situaciones que acaso no alcanzaban a manifestar, pero que en los versos podrían ser planteados; si no una explicación, sí un consuelo o la necesaria resignación ante los avasalladores tiempos que la modernización capitalista implicaban. La deteriorada imagen de España al perder el que consideraban su último bastión, Cuba, fue de tal impacto que la llamada «Generación del 98» –así nombrada por Azorín hacia 1913–, dedicó no poca de su escritura a revivir la gloria perdida. La necesaria evocación del «Siglo de Oro» –el periodo de la literatura española que va de Garcilaso de la Vega a Calderón de la Barca–, estaba encaminado a generar la esperanza en una España asolada por guerras y crisis políticas.

Si en la composición libre, Alberto Araus alertaba contra el signo de los tiempos, la decadencia y la pérdida de valores, dejaba abierta la esperanza fundada en el rechazo a los tiempos que corrían y la «influencias nefastas». El desencanto, el desamor, el abandono, de modo alguno debían conducir a la muerte, como no pocas de las novelas románticas del mediados del siglo XIX lo mostraban, en particular las francesas. Juan, el protagonista, tendrá una segunda oportunidad en su vida a condi-

ción de no complicarse la vida pensando y al dejarse llevar por la corriente. En el largo poema podría advertirse, también, un tono burlesco respecto al romanticismo vivido en México hacia la segunda mitad el siglo XIX. Manuel Acuña con su efluvio sentimental habría contribuido no poco con su célebre «Nocturno a Rosario» a la leyenda de poetas románticos. Alejado de esta tendencia, la composición de Araus manifestaría una preferencia por el realismo, así fuese prosaico.

Dado que la «Composición en honor de Juan Ruiz de Alarcón», así como el «Asunto militar de carácter anecdótico» habían sido declarados desiertos, podría argumentarse que no se tuvieron los elementos necesarios para explicarse la figura del primero. Acaso les resultase inconcebible que un criollo nacido en México –amigado con el virrey Luis de Velasco y Castilla, enemistado con Lope de Vega y Luis de Góngora, conocido de Miguel de Cervantes y relegado en su tiempo precisamente por su condición de criollo–, hubiese triunfado en España en pleno Siglo de Oro. Acaso fuese el intento de enlazar a España e Hispanoamérica

No podrían, tampoco, rememorar un asunto militar en el pasado reciente del cual pudiesen sentirse orgullosos. No había anécdota digna de recordarse. Así que los otros temas, como el de la infancia desvalida, destacarían la caridad como preocupación. Pero, además de ello, el reconocimiento de que la posibilidad de hacer fortuna era ya cosa del pasado. «Paquito» resulta una alegoría de España, resulta simbólico que muera de fiebre y miserable; España ha perdido Cuba y las riquezas y fortuna que de allí podría extraer.

Debido a que España había perdido sus dominios, habría que apelar, entonces, a la amistad hispanoamericana, al ideal latino (que paradójicamente era de origen francés) como el lazo que les unía para enfrentar (o frenar) a los estadunidenses. El enemigo no estaba más en Europa, ahora estaba en América, al norte, y su pragmatismo amenazaba los valores creados por la cultura latina e hispánica. Ese ideal latino se remontaría tanto a Dante como, a Quevedo; es decir, al Renacimiento y al Siglo de Oro. Quevedo es un poeta que, así como tiene poemas metafísicos y de sumo dolor, ríe, celebra la vida, tiene un ánimo de liberación, de optimismo; lo que no sucede con Dante Alighieri, quien padece y se lamenta atrapado en la barbarie de un siglo que la modernidad de principios de siglo XX todavía considera, injustamente, oscuro.

Pero también había que reconocer lo que identificaba a cada una de las naciones: en el caso de España, la fiesta de Covadonga. En el de México, la virgen de Guadalupe. El poema «Oda a Covadonga» alude a un periodo en el que la historiografía cristiana, primero leonesa y luego castellana, hicieron glorioso sin el recurso de las fuentes históricas; una leyenda que contribuyó a insuflar un sentido de pertenencia a

los descendientes de los visigodos e hispano-romanos que quedaron confinados en la cordillera cantábrica luego de la invasión árabe del siglo VIII. En algún momento de la Reconquista, hacia el siglo XI, ya no fue solo una lucha de castellanos y aragoneses contra el enemigo invasor, sino que devino un asunto religioso entre cristianos y musulmanes. El poema de Rafael de Zayas podría abrevar de la historiografía castellana, que destaca esa batalla como la más gloriosa, batalla en contra de los moros que posibilitó el triunfo del reino católico. En términos providenciales, todo estaba encaminado a la gloria del primer estado nación: España

En el caso de México, si había un símbolo que hermanase a los mexicanos, era el de la virgen de Guadalupe. Es seguro que los españoles peninsulares no podrían olvidar que el pendón guadalupano fue empuñado por Hidalgo en la lucha de Independencia; tampoco podrían olvidar aquel infausto grito de «Mueran los gachupines» que uniera a criollos e indígenas en contra los peninsulares. No obstante, el tiempo parecía haber sanado las heridas abiertas al inicio del siglo. Así que el tema, «La virgen de Guadalupe y los españoles», era también un reconocimiento de la nación mexicana y del abrigo que ésta había dado a los españoles que habían hecho su vida en el país. Llama la atención el arcaísmo de la lengua utilizada, más medieval que renacentista, como si el encuentro entre las naciones, pese a la conquista y todo lo que ella significó, fuera también providencial, anticipado desde el principio de los tiempos. En todo caso ambas leyendas edulcoraban el pasado.

Cuadro 1

Juegos florales de la colonia española en la Ciudad de México
(7 de septiembre de 1901)

Presidente del Jurado: Ignacio Mariscal, Vicepresidente: Justo Sierra
Vocales: Telésforo García, Emilio Segura, Gonzalo de Muerga y Felipe Chirinos
Secretario: Domingo Blanco. Mantenedor: José Porrúa

Tema	Premia	Lema premiado	Composición	Autor
Libre	Colonia Española	«Quod natura non dat»	«Lo malo por conocido»	Alberto Araus (¿-?)
Composición en honor de Juan Ruiz de Alarcón	La Reina regente	Desierto		
Asunto militar de carácter anecdótico	Porfirio Díaz	Desierto		
Asunto de Interés para la infancia desvalida (prosa o verso)	Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. Joaquín Baranda	«Nemo»	«Paquito»	Manuel Caballero (52) (1849-1926)
Fraternidad entre los pueblos Hispano-Americanos	Ministerio de Relaciones Exteriores Ignacio Mariscal	«Sursum»	«Fraternidad entre los pueblos Hispano-Americanos»	José Peón del Valle (37) (1866-1924)
Oda al hecho histórico de Covadonga	Casino Español	«Dum Spiro Puguo et spero»	«Oda a Covadonga»	Rafael de Zayas Enríquez (53) (1848-1932)
Leyenda sobre asunto netamente mexicano	Junta Patriótica Española	«Aquesta cuitas, Don Juan, en gayos versos saldrán»	«La virgen de Guadalupe y los españoles»	José María Barrios de los Ríos (37) (1864-1903)
Canto a los ideales de la raza latina	D. Telésforo García	«Honrar padre y madre»	«Canto a los ideales de la raza latina»	Juan N. Cordero (50) (1851-¿?)

Fuente: elaboración propia.

Capítulo III

Los estudiantes solidarios. El Modernismo

Un temblor

A las cinco de la tarde con 17 minutos del jueves 16 de enero de 1902 –en el momento en que el gobernador de Guerrero, Agustín Mora, recibía las felicitaciones por el primer aniversario de su toma de posesión–, un sismo sacudió la capital. Oscilatorio al principio, trepidatorio después, aumentó su intensidad hasta mostrar su poder destructivo. Bastaron 56 segundos para que el Palacio de Gobierno, el Palacio Municipal y la Parroquia de Chilpancingo, entre otras construcciones, quedaran total o parcialmente destruidos. La escuela Normal de Profesoras se derrumbó sin que, afortunadamente, hubiese víctimas mortales. La estatua del general Bravo cayó de su pedestal. El cuartel del decimocuarto batallón quedó en escombros. El generador de energía eléctrica se averió por lo que esa noche a la desolación se unieron las tinieblas. Fuera de las ciudades principales, los derrumbes cubrieron el paso en algunos caminos y en algunas cañadas. *El Popular* del sábado siguiente daba cuenta de cuatro muerto e innumerables heridos. Infinidad de casas habían sido destruidas. El comercio se encontraba paralizado. «Pánico espantoso», anotaba uno de sus titulares. Describía las escenas que se habían vivido durante esos largos segundos: mujeres hincadas en medio de la calle rezando y pidiendo misericordia, niños aterrorizados llorando al lado de sus padres; personas buscando familiares entre los escombros. Era «un terror indescriptible».

En Chilapa, a 54 kilómetros de la capital, el hospital y el templo de San José también se vinieron abajo. En Iguala, a 90 kilómetros de Chilpancingo, el templo parroquial, o lo que quedó de él, debió cercarse a causa del derrumbe. El temblor también se había sentido en los estados de Puebla, Morelos, México, Guanajuato, Michoacán, Oaxaca, Colima y en el Distrito Federal; pero en Guerrero los daños eran mayores. No pocos de los habitantes afectados por el sismo, aterrados algunos, desolados otros, padecían la pérdida de su patrimonio.

La redacción de *El Imparcial* del día siguiente al temblor de tierra –luego de

señalar que había esperado hasta las cuatro de la madrugada más información sin que el *reporter* la pudiese ampliar debido a que las instalaciones del telégrafo también habían sido afectadas, además de la electricidad suspendida–, daba cuenta de la situación:

> El temblor. Oscilatorio y trepidatorio y de una intensidad y duración verdaderamente notables, se ha sabido aquí que el temblor que ayer se sintió en una gran zona de la República, fue en Chilpancingo un fenómeno sin precedentes, que a la vez que sembró horrible pánico entre todos los habitantes, ha causado numerosas desgracias y pérdidas tan considerables que las casas, casi en su totalidad, quedaron convertidas en ruinas, sepultando sus escombros a bastantes personas y dejando sin hogar a los que resultaron ilesos o heridos, y que lamentan, tal vez, la pérdida de alguno de sus deudos.
>
> El Pánico. Las escenas que se desarrollaron al sentirse el temblor y producirse sus desastrosos efectos son indescriptibles, pues se apoderó un verdadero pánico de todos los habitantes, y para que se tenga idea de que el fenómeno seismico debe haber sido formidable, debemos advertir que en Chilpancingo y en otros puntos del estado de Guerrero, que es tan montañoso, los temblores son frecuentes y tan fuertes que las casas se caen; se abren anchas y profundas grietas en el pavimento y las familias se ven precisadas a abandonar la ciudad y a refugiarse en el campo, donde levantan tiendas de campaña en las cuales permanecen hasta que cesan las repeticiones de los temblores.[106]

Al día siguiente, viernes 17, un par de réplicas habían puesto en alerta a los pobladores de Tuxtla Gutiérrez y Tehuantepec. El 18 repitió en el Istmo. Chilpancingo volvió a sentir los rigores del movimiento de tierra los días 19 y 22. El gobernador tuvo que atender los informes de sus colaboradores y las demandas de las víctimas en un improvisado jacalón. La gravedad del momento reclamaba respuestas urgentes. El presidente Díaz manifestó su solidaridad con los habitantes afectados.

Los estudiantes de Jurisprudencia se solidarizan

En la capital mexicana, los alumnos de la Escuela de Jurisprudencia, sensibles a la desdicha de los compatriotas guerrerenses, habían tenido la iniciativa de organizar unos Juegos Florales para recaudar fondos destinados a las víctimas. A diferencia de

[106] «El temblor en Chilpancingo. Numerosas Víctimas», en *El Imparcial*, 17 de enero de 1902, p. 1.

los organizados el año anterior por la Colonia Española, su objetivo, altruista, era encomiable. Pese a que esta respuesta no había sido lo rápido que la urgencia requería, la reconstrucción de los lugares dañados requería fondos. Ninguna cantidad parecía suficiente ante la tragedia.

Cuatro meses después de la tragedia la cita se cumplía. Ese jueves 29 de mayo se anunciaba tormenta para la noche. Al noreste del Valle de México negros nubarrones, acompañados de truenos y relámpagos, parecían avanzar sobre la Ciudad de los Palacios. Pese al viento frío que anunciaba la proximidad de la lluvia, una selecta parte de la sociedad porfiriana concurría en elegantes carruajes al teatro Renacimiento de la Ciudad de México; teatro inaugurado dos años atrás y que, iluminado, dejaba ver una sencillez majestuosa.

Debido al costo excesivo de un arreglo floral como el realizado en los Juegos Florales de la Colonia Española del año anterior –y a lo poco apropiado que sería para los fines del evento–, el arquitecto encargado de ornato, don Nicolás Mariscal, decidió que sólo el escenario debía ser profusamente decorado. Se simularía un rincón del Jardín de las Tullerías, muy Luis XVI, árboles incluidos. Guías de flores colgaban artísticamente por doquier. Claveles, buganvilias y gardenias colocadas en guirnaldas y macetas exhalaban su perfume a ratos embriagador a causa de las fugaces y delicadas corrientes de aire que se dejaban sentir. Al centro del simulado jardín, el trono en marfil y oro festonado con flores, dosel en seda blanca con cordones y borlas doradas. Era un sillón dorado estilo gótico francés que sería ocupado por su Majestad. Más abajo, a sus pies, los banquillos en carmesí y oro para las damas de honor. A la izquierda y a la derecha del escenario se habían colocado sillones de caoba, grandes y sobrios, destinados para el mantenedor de los Juegos Florales, el poeta de 35 años Jesús Urueta (1867-1920), el Jurado, y la Junta Directiva del Comité Organizador.

Esa noche la empresa parecía alcanzar sus objetivos. En el evento que estaba a punto de iniciar, la palabra y la poesía serían los principales protagonistas. Pero era una oportunidad más para que la élite cultural se encontrase con la élite política. A las 20 horas lo más granado y distinguido de la sociedad capitalina ocupaba la luneta, los palcos y las plateas. El teatro estaba pletórico.

Entre la concurrencia podía observarse al secretario de Hacienda y Crédito Público, José Yves Limantour; al secretario de Guerra y Marina, Bernardo Reyes, acompañado por su hijo Rodolfo, recientemente casado con Carmen Morales y a quien Ramón Corral, el regente de la ciudad de México, entre otros, habían obsequiado la noche del lunes anterior con un banquete en el casino México.

Veinte minutos después, diez carruajes se detuvieron frente a las puertas del teatro. Era el momento del arribo de la Corte de Amor. Una a una, graciosas y elegantemente vestidas, las integrantes fueron cruzando la puerta del teatro para situarse en el vestíbulo en espera del arribo de la reina. Las integrantes de la Corte eran acompañadas por sus chambelanes no menos distinguidos.[107]

Se formó una comisión para recibir tanto al jurado calificador –integrado por Justo Sierra, Luis G. Urbina, y Balbino Dávalos–, como a los integrantes de la Junta Directiva, los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia Juan R. Orci, Miguel Lanz Duret, y José María Lozano.[108]

Diez minutos más tardel legó al teatro la reina de la fiesta, la señorita María Teresa Limantour.[109] Descendió del carruaje y, del brazo de un satisfecho Justo Sierra, cruzó el vestíbulo ataviada con un vaporoso y elegante vestido de seda. Sobre su cabello recogido lucía una diadema de brillantes que era imposible no ver. Jesús Urueta, el mantenedor, fue el encargado de recibirla. Apenas entrar, una nutrida salva de aplausos la recibió. Pétalos cayeron desde los palcos y las plateas sobre la Reina y su Corte de Amor. «Una reina de espíritu blanco, como mansión de virtudes, paradisiaco como vergel de gracias y religioso como santuario de arte», diría Jesús Urueta al dirigirse a la concurrencia en su alocución, casi al final del festejo. «Era aquel –escribió el 29 de mayo el *reporter* de *El Imparcial* visiblemente emocionado–, un jardín de hadas, donde el amor jugueteaba alegremente».

---

[107] Los nombres de las integrantes son Guadalupe Landa y Lozano, Dolores Rubio, María Algara, Guadalupe Landa y Buch, María Ituarte, Carolina McManus, Matilde Ituarte, María Lazarraga, Asunción Ramos, Guadalupe Izaza y Camacho, Josefa Ramos, María Eliza Horcasitas, Guadalupe Rincón Gallardo, María Portilla, María Quijano, Guadalupe Olavarría y Ferrari, Paz Cortina, Lorenza Braniff, María Muriel, Teresa Parada, y María Rincón Gallardo, quienes eran acompañadas de sus chambelanes, los señores Guillermo Novoa, Santiago Méndez y Armendáris, Francisco Alcalde, Manuel Pasalagua, Honorato Bolaños, Julián Morinau, Roberto Núñez Prida, Guillermo Obregón, Manuel M. Mijares, José Garza, Enrique Rodríguez Miramón, Leopoldo Llorente, Carlos Sánchez Mejorada, Salvador Diego Fernández, Rafael Solares, Pablo Olivas Prieto, José P. Mienló, Isidro Varela, Francisco Martínez de Arredondo, Alejandro Quijano, Ángel Miranda, y Antonio Palacios Magarola. *El Popular*, viernes 30 de mayo de 1902, p. 2.

[108] La junta directiva de los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia estaba conformada por José Pallares, presidente; José María Lozano, vicepresidente; Miguel Lanz Duret, tesorero; Juan R. Orci, secretario; José Castellot y Arturo Gómez fungían como vocales.

[109] Ese año fue para María Teresa Limantour, un año de dicha. La hija del secretario de Hacienda, José Ives Limantour, contraería matrimonio cinco meses después, en la primera semana de octubre, con Miguel Iturbe. Participantes de su enlace fueron Porfirio Díaz –como testigo de la novia–, e Ignacio Mariscal –como testigo del novio–, entre otros. La boda fue destacada como de las más importante en esos días. Reyes Spíndola, director del semanario, se congraciaba una vez más con el presidente de la República. Nota de *El Mundo Ilustrado* del 12 de octubre de 1902, p. 3.

Los temas

La colonia española de la ciudad de México había organizado sus juegos florales en el mes de septiembre del año anterior y lo había hecho en torno a ocho temas. Los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia lo harían en torno a cinco. Doscientos trabajos fueron recibidos y de ellos 20 habían merecido el reconocimiento del jurado. Los temas fueron los siguientes:

a) «Lírica», cuyo premio sería otorgado por la propia Escuela Nacional de Jurisprudencia.

b) «Amor labor», premio a cargo del secretario de Relaciones, Ignacio Mariscal;

c) «Canto a Morelos», premio que otorgaría el presidente Porfirio Díaz;

d) «Papel de la poesía en el periodo industrial», premiación de la subsecretaría de Instrucción Pública, cuyo titular era Justo Sierra;

e) «Causas de nuestra escasa producción literaria y manera de evitarlas», premio a cargo de Ramón Corral, gobernador del Distrito Federal.

El Jurado. Balbino Dávalos

Balbino Dávalos era el integrante más joven del jurado. Nació en Colima el 31 de marzo de 1866, así que recién había cumplido los 36 años. No obstante, su trayectoria hablaba por él. Después de estudiar en su natal Colima en el Seminario Conciliar, donde aprendió griego y latín, llegó a la ciudad de México en 1881, a los 15 años. Estudiaría en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Al igual que para otros de sus coetáneos, la literatura, más que una afición, era una forma de entender la vida.

Para 1893, de acuerdo con José Juan Tablada,[110] Dávalos se había afiliado al decadentismo, esa corriente literaria que había de despertar escozor en los defensores de la literatura tradicional, castiza, tanto en la capital como en algunos estados de la república. Años más adelante, atenuada la controversia, habría de desmarcarse de esa corriente no sin dejar de reconocer el necesario intercambio entre las lenguas, lo que las enriquecería, ya en neologismos, ya en ritmos.[111]

Balbino Dávalos ya había publicado en el *Primer Almanaque Mexicano de Ar-*

[110] En la carta que José Juan Tablada dirige a Balbino Dávalos, Jesús Urueta, José Peón del Valle, Alberto Leduc, y Francisco de Olaguibel, titulada «Cuestión literaria. Decadentismo», señala: «Resolvimos, de común acuerdo, ligarnos y obrar en igual sentido para apoyar en México la escuela del decadentismo, la única en que hoy puede obrar libremente el artista que haya recibido el más ligero hálito de la educación moderna». En Clark de Lara, Belém y Ana Laura Zavala Días, *La construcción del Modernismo*. Antología, UNAM, México 2011, p. 107. Cursiva en el original.

[111] Escribe Dávalos: «[…] las lenguas son (usando de un símil vulgarísimo) como los grandes ríos, que al cruzar por territorios diversos, ya reciben abundante afluencia de aguas en las regiones fértiles, ya pocas o

tes y Letras, de 1895, el poema «In Memorian (croquis sentimentales)».[112] Allí compartía páginas con Manuel Caballero (quien era el director de la obra), Vicente Riva Palacio, Manuel Gutiérrez Nájera, Joaquín Arcadio Pagaza, Alberto Leduc, Agustín F. Cuenca, José Peón del Valle, Octavio Barreda, Rafael de Zayas Enríquez, Guillermo Prieto, Justo Sierra, Federico Gamboa, Juan B. Delgado, Ángel de Campo, Amado Nervo, y Manuel José Othón, entre otros. Llama la atención la confluencia generacional. Hay, entre los autores los de formación romántica, naturalistas, modernistas y algún decadentista (el primer Nervo).

El *Almanaque* fue producto de una convocatoria realizada por Manuel Caballero un año antes. «Por una u otra razón –señalaba el impulsor de la obra–, los concursos en nuestro país han caído en cierto descrédito». La obra, en la que se convocaba a poetas y músicos pretendía subsanar esa situación. Y había tenido eco, más de lo que se esperaba. Era una publicación cuidada. Se guardaba un equilibrio entre la imagen y el texto. El frontispicio de la página se caracterizaba por un dibujo que podría evocar una enramada cruzada por golondrinas, el de una niña elegantemente vestida dando la bienvenida al año, o el de unos querubes teniendo de fondo un templo griego. Los motivos religiosos no eran escasos, lo que daba idea de las creencias de su director. A cada mes correspondía una mención de las fiestas cívicas y religiosas, los días de que se componía, así como la estación del año. Luego seguía un relato en prosa y, al menos, una poesía. Eventualmente una composición de tema histórico podía llevar más de cuatro páginas (Peón Contreras escribió un largo poema titulado «Yacánex», dividido en trece estrofas y publicada en seis páginas). En el párrafo inicial de los artículos tenía, invariablemente, una elegante capitular, lo que daba vista agradable al conjunto.

Dávalos había sido antologado, también, en *Los trovadores de México. Poesías líricas de autores contemporáneos*, obra realizada en 1898, publicada por la casa Editorial Maucci, empresa editorial que tenía su sede en Barcelona y sucursales en Buenos Aires y México. Allí los editores dedicaban el libro «A los trovadores americanos: a esa pléyade de soñadores vírgenes, que así afilan la espada en la lira, para

ninguna de las comarcas áridas, y corren deslizándose con majestuosa lentitud, y precipitándose aturbionadamente en los declives hasta perderse en el seno del mar o del desierto». En Dávalos, Balbino, *Ensayo de crítica literaria*, Tip. y Lit. La Europea, México, 1901, pp. 30-31.

[112] El poema acusa una tendencia romántica, pues es la amada la que se dirige al amante, dice así: «Arrasados de lágrimas los ojos, / Solíame decir: —'Cuando me muera, / No vayas presto á mi sepulcro, espera / Al claro mes de los claveles rojos. / 'Entonces habrá pájaros y flores / y brisas olorosas á tomillo, / Y esplenderán las lápidas con brillo / De lucientes cristales de colores. / 'Entonces, alfombrados de verdura / Hallarás, á tu paso, los senderos, / Y la voz de uno ó dos sepultureros / Entonará canciones de ternura. / 'Entonces ven á mi sepulcro;

defender su independencia, como lloran, ríen ó cantan con el alma, reproduciendo en sus versos cuanto de sublime encierra el Nuevo Mundo». De alguna manera, había el conocimiento de que una literatura distinta había surgido no sólo en México, sino en otros países de la entonces Hispanoamérica. El que se publicara simultáneamente en España y Sudamérica, además de México, abría la posibilidad de un mayor conocimiento e intercambio de las obras.

Diez son los poemas[113] con el que Balbino Dávalos hacía acto de presencia en esa antología. No eran pocos los poetas que los editores habían incluido. El libro, de cerca de 400 páginas, arrancaba con Ignacio Manuel Altamirano y cerraba con José Manuel Othón, pasando por, entre otros, los hermanos Justo y Santiago Sierra, Peón Contreras, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo y Juan José Tablada. En riguroso orden alfabético se incluían 65 poetas; desde quienes participaron en la Academia de Letrán (Manuel Carpio e Ignacio Ramírez), hasta algunos de los que colaboraban en la *Revista Azul* y otros que escribirían en la *Revista Moderna*. Un ánimo incluyente y representativo caracterizaba esa antología.

En noviembre de 1901, el año anterior a los juegos florales organizados por los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, se le encomendó a Balbino Dávalos pronunciar un discurso en un homenaje de la *Revista Moderna* a las letras angloamericanas. El título de su conferencia, que sería publicado en la primera quincena de noviembre de ese año, llevaba por título «Los grandes poetas norteamericanos». Un reconocimiento a una poesía que recién había iniciado en el siglo XIX pero que había alcanzado una madurez en la obra de, entre otros, Richard Henry Wilde, Longfellow, Whitman, Edgar Allan Poe; obra que tendría ecos, de diferentes maneras, en la de los propios escritores modernistas. Organizado por la delegación mexicana a la Segunda Conferencia Panamericana, el festival artístico incluía, además del discurso de Dávalos –que sería lo central–, ejecuciones musicales de obras de

llega / Risueño el rostro, alborozada el alma, / Como el amante que en serena calma / Al dulce afán de amor feliz se entrega. / 'Cuando te acerques, alzarán los lirios / Su cáliz ormesí, los no-me-olvides / Serán mis valerosos adalides / Que han de vencer tus lúgubres delirios. / 'Allí leerás mi nombre entre festones / De espigas frescas y de ramas nuevas, / Y sentirás que dentro el pecho llevas / Frescas también tus viejas ilusiones. / 'Te inundará la vida de mi tumba, / Y lejos de creerme entre los muertos, / Soñarás un edén tras los inciertos / Límites misteriosos de ultratumba. / Y en tu imaginación contemplativa / Verás cruzar mi sombra fascinada / Por ensueño inmortal, que tu llegada /Espera sonriente y rediviva." En *Primer Almanaque Mexicano de Artes y Letras*, México, 1895, p. 59.

[113] Los poemas son los siguientes: «Cristal marino», «La balada del poeta», «Entonces», «In Memorian» (que había sido publicado en el *Primer Almanaque*… de Caballero, «Gota de lluvia», «Soneto a una Espírita», divido en dos partes: «El iniciador» y «La iniciada», «Amorosas», también en dos partes: «Lejos de ti» y «Cerca de ti».

Schumann, Chaikovski, Schubert, y Saint-Säenz, lectura de versos de José Juan Tablada, y una alocución de Jesús Urueta, quien había ganado fama de gran orador.

Ese mismo año, Balbino Dávalos vio salir de la imprenta una obra en la que habría de definir su postura con relación a la poesía y el castellano: *Ensayo de crítica literaria*, una edición de apenas 400 ejemplares numerados. Las odas de Q. Horacio Flaco, traducidas en verso castellano por Joaquín D. Casasús, le permitían hacer sus reflexiones críticas. Allí, Dávalos deploraba la indiferencia con la que esa traducción había sido recibida, pese a la importancia del escritor latino, cuya obra trascendía el tiempo hasta continuar vigente. Lamentaba, además, el empobrecimiento del idioma:

> […] el castellano de hoy, *rezagado en la civilización general, encanijado por falta de actividad, sujeto por los reciarios del dogmatismo, está muy lejos de ser lo que sus quijotes decantan*, ya que la mayoría de escritores, por no estudiarlo, por no detenerse a escudriñar sus recursos, por figurarse quizá que para escribir basta coger la pluma con sobra de audacia y carencia total de temperamento, de saber y de ideas, vanle dejando a la zaga de varias otras lenguas europeas, proclamándolo, eso sí, la primera y la más grande maravilla del mundo.[114]

Añadía que el castellano se había encerrado en sí mismo y llamaba a su apertura: «Ea, señores, dejémonos de remilgos y de infundados temores: franqueemos la entrada a arcaísmos, neologismo, extranjerismos, provincianismos y aún á las formas bárbaras, sin miedo a que se corrompa el idioma, que bien sabrá él defenderse: mucho quedará de todo ello, y probablemente mucho bueno.»[115]

Dávalos había empezado su colaboración con la *Revista Moderna* en 1898 y la mantendría hasta 1901. Cuatro años en los que su poesía y sus recensiones serían publicadas. Su *Ensayo de crítica literaria*, que vio la luz en el último año de su colaboración con la *Revista Moderna*, era, también, la toma de posición de un escritor modernista. Allí había reconocido, con relación a la literatura mal asimilada, que

> […] inocentes juegos de acrobatismo verbal han tenido sus análogos en todos los tiempos y en todas las literaturas, desde el eruditisimo Maestro Fernán Pérez de Oliva, nuestra Sor Juana Inés… […] *hasta los estrambóticos y abracadabrantes*

[114] Dávalos, Balbino, *Op. Cit*., pp.36-37. Cursivas mías.
[115] *Op. Cit*., p. 47.

> *escarceos de muchos decadentes, delicuescentes, funambólicos y simbolistas de hoy, á quienes se les ha indigestado el gran Verlaine y no alcanzan a sentir el enigmatismo incomprensible, pero sabio y delicado, de Stephane Mallarmé.*»[116]

El decadentismo, mal asimilado, había dado productos de poca valía, y contra ellos se pronunciaba el poeta. Antes de entrar en materia –es decir, en la valoración de la obra de Horacio en la traducción de Joaquín D. Casasús–, Dávalos termina haciendo un reconocimiento y una prevención: «[…] no nos hemos sacudido por completo de la férula de la gramática doctrinaria y de la retórica impertinente, sin entregarse, por ello, a la anarquía de la ignorancia, que es indigna del escritor e incompatible con los deberes del artista».[117] Era, Dávalos, un poeta cuyo credo artístico se reconocía en el eclecticismo predominante, escribiría Ciro B. Ceballos en su retrato literario aparecido en su libro *En Turania*, de 1902.

A Ceballos, como a José Juan Tablada, le había llamado la atención las manos de Balbino Dávalos. Las formas poéticas, las reflexiones ensayísticas, la escritura parecían expresarse en aquellas, como si sus características físicas las dispusieran para la poesía:

> […] y sus manos… ¡aquellas manos!... largas, muy largas, de frágiles falanges, principescas, psíquicas, con blancuras próceres de lirio, de azucena, de jazmín […] Si en las manos se revela, como los ocultistas dicen, la individualidad psicológica del hombre, si ellas están emparentadas, como creo yo, al abstruso y complicado microcosmos que hormiguea en las celdillas del cráneo, si sus crispaturas y añudamientos, traducen verídicamente, las delicuescencias ideológicas que producen las abejas del pensamiento en el panal cerebral, si hay una simpática concordancia entre los dedos que se agitan y el corazón estremecido por una rebelión bravía […] entonces las manos de Balbino Dávalos, descifrarán claramente la clave del enigma […] que, iniciado sacerdote, ha consagrado a la santa poesía en los más divinos ritos, y, hostia eucarística, ha sabido elevarla indeficiente y pura, purificada en todas las purificaciones, á un tabernáculo donde sólo llega el salmo de los videntes.[118]

[116] *Op. Cit*., p. 32. Las cursivas son mías.

[117] *Op. Cit*., p. 48.

[118] Ceballos, Ciro B., *En Turania*, Tipografía económica, México, 1902, pp. 12-13. Hay una edición crítica de Luz América Viveros Anaya publicada por la UNAM en 2010. Esta edición va precedida de un estudio preliminar que ubica las condiciones en las que apareció el libro, anota las supresiones o modificaciones que el autor hizo en

Por su parte, José Juan Tablada, en una de las Máscaras de la *Revista Moderna*, también se refería a ellas:

> Si yo fuera «aguafortista», le haría su retrato y le regalaría la plancha, para que en una hoja de rugosos y amarillento *Whatman* sacara la prueba y adornara con ella la futura edición de sus poesías. […] Y acabaría la plancha dejando blancas también las manos, las manos de mórbida elegancia, las manos amarfiladas y blancas de ícono bizantino. Y si es cierto que en las manos es donde aparece con mayor precisión la individualidad de cada uno; si en ellas, como dijo el poeta, se revelan los meteoros del cerebro y las tormentas del alma, con mayor finura burilaría en el cobre encerado las singulares manos de Balbino, que también dan idea de su espíritu refinado y artista.[119]

Aquella «mascara» era acompañada de un dibujo de Julio Ruelas en la que se podía advertir la frente amplia, el bigote atusado. Ceballos destacaría su «sereno y grave ademán», los ojos:

> […] de anodina expresión, ni grandes ni pequeños, con fulguraciones mortecinas y turbias casi, velados por las gemelas elipses de aquellos lentes baratos que como un jinete beodo cabalgan sobre la aquillada arista de su pirronezca nariz, los labios, delgados, un tanto rabelesianos, ornados por un mezquino bigotín, cuyas paupérrimas guías, caídas o erizadas al desgaire, animan su sonrisa con una expresión irónica…[120]

Amado Nervo escribiría, en 1895, una semblanza íntima de Dávalos. Lo recordaba recitando el *Miserere* de Verlaine traducido por el propio Balbino, que ocupaba el sitio de honor de la mesa durante una comida en un reservado de un hotel y quien, al término de consumidos los alimentos:

---

la edición final, dado que los «medallones» fueron publicados originalmente en *El Nacional*, *El Universal* y la *Revista Moderna*. Viveros Anaya proporciona, además, tres índices que resultan muy valiosos en el estudio de la obra mencionada: un índice de nombres, otro de obras filosófica e históricas, y uno de personajes mitológicos, bíblicos y de obras literarias y musicales.

[119] *Las máscaras de la Revista Moderna, 1901-1910*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, p. 152. La «mascara» está fechada en 1893.

[120] Ceballos, Op. Cit., p.11.

> […] paseaba la mirada de sus ojos miopes, ocultos tras los lentes obscuros, por el cuarto, exactamente como los demás; y yo veía su faz angulosa de druida joven, su nariz afilada, su boca de labios finos, su bigote delgado, lacio y pálido como el césped de una tumba y sus manos, que jugaban con el aro de una servilleta: aquellas manos de «Santo Bizantino».[121]

Balbino Dávalos representaba, plenamente, a los escritores modernistas. Su presencia como jurado de los Juegos Florales no era gratuita. Como tampoco lo era la de sus compañeros.

El jurado. Luis G. Urbina

Su nombre completo era José Juan de Mata, Luis de la Concepción Urbina y Sánchez, pero la posteridad lo conocería como Luis G. Urbina.[122] Era dos años mayor que Balbino Dávalos, había nacido en la ciudad de México el 8 de febrero de 1864. En 1902 había cumplido 38 años. Doce años atrás, 1890, había publicado su primer libro, *Versos*, que son, a decir de Carlos González Peña, canciones de adolescencia. El año de los Juegos Florales de los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia había publicado *Ingenuas*, obra de juventud. Urbina no parecía haber tenido prisa en publicar su trabajo poético. Entre su primer libro, publicado a los 26 años, y el segundo mediaban 12 años. Su trabajo, al lado de Justo Sierra, y el periodístico absorbía sus empeños.

Huérfano, fue maestro de sí mismo, sentencia González Peña. Acaso la orfandad le llevó precozmente al periodismo: «No contaba veinte años cuando ya su nombre se hacía notar en el periodismo literario. […] desde sus albores, mostró una personalidad bien delineada: la misma que, sin alteración substancial, habría de desarrollarse al través de fecunda, rica y multiforme vida literaria».[123]

---

[121] Nervo, Amado, «Balbino Dávalos», en Amado Nervo, *Obras completas*, Tomo II, Ed. Aguilar, México, 1991, p. 25. Entre otras obras, Balbino Dávalos había traducido, en 1898, *Afrodita*, de Pierre Louÿs, y en 1900 *Relato de una hermana*, de Augusta Craven, ambas publicadas por la Librería de la Vda. De Bouret, con casas en París y México.

[122] Antonio Castro Leal anota «según la partida bautismal descubierta por el profesor Gerardo Sáenz y publicada en su libro *Luis G. Urbina, vida y obra* (México, 1961)» que ése era el nombre completo. Aunque no precisa el porqué del Gonzaga. En Urbina, Luis G, *La vida literaria de México* y *La literatura mexicana durante la Guerra de Independencia*, Ed. Porrúa, México, 1986. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, p. XI. Los datos biográficos proceden de esta obra.

[123] Urbina, Luis, G., *Prosas*, Páginas preliminares de Carlos González Peña, Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, México, 1946, p. V.

La madre de Luis G. Urbina, Brígida Sánchez, al parecer de sangre indígena, murió al nacer él, por lo que su abuela, Joaquina Gerardiño, se hizo cargo del pequeño. Su padre, de nombre Luis Urbina, era de ascendencia vascongada. Al morir la abuela, segunda orfandad, fue a vivir con su padre, que era profesor, a un pueblo cercano a Chimalhuacán. Cuando su padre contrajo segundas nupcias, el joven Luis abandonó el hogar en busca de sí mismo.

No hay constancia de que cursara en la Escuela Nacional Preparatoria, de la que llegaría a ser integrante como profesor; lo cierto es que era un lector incansable, autodidacta. No es improbable que la pobreza marcara su vida y su obra. Empezó a ganarse la vida como escribiente. Juan de Dios Peza, que publicaba un periódico llamado *El Lunes*, advirtió sus dotes literarias y le dio trabajo. Fue su primera incursión en la prensa. Trabajó en *El Renacimiento*, *El siglo XIX*, la *Revista Azul*, *El Universal*, y *El Mundo Ilustrado*.

Amado Nervo contaría, en 1895, cómo había conocido a Luis G. Urbina. Fue una mañana de julio, en la calle de Plateros. Nervo iba acompañado de un amigo cuando le vieron. Escribe, malicioso, el poeta:

> Y momentos después encontrábame frente a un hombrecito de fisonomía vulgar: mofletudo, de labios gruesos, nariz ni tiria ni troyana, ojos que no eran precisamente pequeños ni eran precisamente grandes, color moreno ligeramente amarillento, una cabeza bien desarrollada y sin más «carácter poético» que la melena obscura, un sí es no es alborotada «por los versos que surgen de ella» como pájaros inquietos de un soto espeso. […] Brillaba el bigote, no por rubio sino por su ausencia en el labio superior, labio de volante, si vale la frase, que al plegarse para reír, mostraba la hilera de blancos dientes, algunos de los cuales rompían filas como soldados impetuosos o mal disciplinados. […] Me tendió la mano, una mano pequeña y regordeta, que abandonó con cierta indolencia en la mía…[124]

Victoriano Salado Álvarez tenía otra opinión, más amable:

> Al mirar a Urbina recuerdo, casi sin querer, una frase de mi pobre artista Jesús Contreras: «Urbina alcanzó ya los honores del Museo del Louvre; está allí sonriente, desnudo alegre y fuerte, con el nombre de Sileno Joven». Y en efecto, ésa

[124] Nervo, Amado, «Luis G. Urbina, en Amado Nervo, *Obras completas*, Tomo II, Ed. Aguilar, México, 1991, pp. 20-21.

> es la idea que traen a la memoria aquella cabeza amplia y cubierta con típica cabellera rizada, aquel *embonpoint* incipiente, aquellos ojillos que suelen reír, cantar, decir gracias y enternecerse y aquella nariz subversiva, que recuerda también la de Alejandro el Grande, Alejandro Dumas… […] la poesía de Urbina [es] lo más grato, lo más risueño, lo más delicado; y al mismo tiempo lo más tremendo y lo más doloroso.
>
> Su verso, es el verso clásico, el verso puro y nítido sin resquebrajamientos, sin nudosidades, sin actitudes que no consentirían el oído privilegiado y el gusto exquisito del poeta.[125]

En el dibujo de Ruelas, que acompañaba a la «máscara», se destaca la frente amplia de Urbina, el cabello rizado. La mirada es penetrante y la nariz se antoja ancha, el bigote escaso y los labios gruesos. El rostro, de conjunto, es de bonhomía. En su semblante no parece acusar el sobrepeso, el *embonpoint,* que después le caracterizaría.

Jesús E. Valenzuela, quien dirigiría la segunda época de la *Revista Moderna*, pero ya con el nombre de *Revista Moderna de México*, dirá de Urbina que:

> […] es un poeta tierno y romántico; Si Díaz Mirón vibra, Urbina siempre es atendido por la musa. Cuando estuvo en Chapala me trajo una serie de sonetos que se publicaron en la *Revista Moderna*, muy hermosos, y que le fueron aplaudidos en mi casa. Entre los concurrentes estaba Justo Sierra, Urueta y otros que podía calar el potaje que se les servía. Urbina, después de ser el director de *El Mundo Ilustrado*, vive hoy como secretario particular del licenciado Justo Sierra.[126]

Eduardo Colín, poeta nacido en 1880, publicará 42 años después un libro titulado *Verbo selecto,* cuando las discusiones entre modernistas y tradicionalistas sean cosa del pasado y una nueva generación, la del Ateneo, haya aparecido en el escenario de la República de las Letras, amén del cataclismo que significó la Revolución Mexicana. En aquel libro, Colín referirá las impresiones que doce poetas, de Rubén Darío a Alfonso Cravioto, le causaron. Urbina entre ellos. De él dirá:

> Urbina es más bien grueso, bajo, de tez oscura, de ancho rostro, con rizos rebeldes

[125] *Las máscaras de la*…, pp. 78-79, 82.

[126] Valenzuela, Jesús E., *Mis recuerdos. Manojo de rimas*, Conaculta, México, 2001, p.139.

> y boca sensual, con un aire de Alejandro Dumas, padre; parecido que no sólo es por fuera sino también en cierto *debraillé* de su vida; tiene algo de ese desorden suelto, abundoso y afectivo del gran vividor y narrador de los «Tres Mosqueteros». Urbina es la bonhomía, mezclada a lo fértil, a la espontaneidad, a lo imprevisto: ha ejercido múltiples quehaceres; está en contacto con clases sociales disímbolas; amigo del artista, de la hortera y del plenipotenciario.
>
> ¡Qué lejos de este poeta cualquier *turris eburnea!* Lo encontraréis en todas partes: en la vida ardiente y revuelta de las redacciones, en el corro teatral y político, en el mentidero social; entre el ajetreo complicado y azaroso de la urbe, a donde muévese tan bien su alma fácil, serpenteadora, como la de aquel su hermano mayor, hermano por el Arte, por la delicadeza y la melancolía, el *chroniqueur* el poeta, el numen mismo de la ciudad, Manuel Gutiérrez Nájera.[127]

José Emilio Pacheco destacará lo difícil que resulta entender a «un hombre que bajo la euforia aristocratizante y europeizante del porfiriato convirtió en motivo de orgullo su clase y su ascendencia indígena», y añade que de Urbina se ha dicho que «'es el más mexicano de los poetas mexicanos' porque nadie representa como él la melancolía, el tono menor y el ambiente crepuscular que Pedro Henríquez Ureña, con base en una observación de Riva Palacio, señaló como características de nuestra lírica».[128]

Luis G. Urbina y Balbino Dávalos se conocían de tiempo atrás. Ambos habían publicado, junto con Manuel Gutiérrez Nájera y Jesús Urueta, en el primer número de la *Revista Azul*. El Duque Job un poema, *Non Omnis Moriar*; Urbina un relato titulado «Tardes opacas», en el que narra con delicadas pinceladas un atardecer y la caída de la lluvia, motivos esencialmente melancólicos; Dávalos un poema, «Augural»; y Jesús Urueta cinco relatos eróticos agrupados en el título genérico «Del caballete», cuadros delineados sin premura, con precisión.

---

[127] Colín, Eduardo, *Verbo selecto*. Crítica Hispano Americana, Ediciones México Moderno, México, 1922, p. 59.

[128] *Antología de Poesía Mexicana: 1810-1914*, Prólogo y notas de José Emilio Pacheco, Promexa Editores, Clásicos de la Literatura Mexicana, México, 1979, p. 254. El primer verso antologado se titula «Así fue…» y en su primer cuarteto dice: Lo sentí: no fue una / separación sino un desgarramiento /quedó atónita el alma, y sin alguna / luz, se durmió en la sombra el pensamiento.» Muchos años después, Efraín Huerta, en *Los eróticos y otros poemas* (1974), escribirá un poemínimo titulado «Cuás!» que dice: «No fue / Una separación / Ni siquiera / Un desgarramiento / Simplemente / Me dijo / Que me fuera / Mucho / Pero muchísimo / Hacia / Los confines / De ninguna / Parte.». El poema de Urbina se destaca por su, todavía, filiación romántica. Allí el poeta amó, gozó, sintió «el divino soplo de la ilusión y la ternura», amor que una vez terminado lo sume en la tristeza, el dolor y la desesperanza. El de Huerta, que inicia con las frases casi idénticas, asume la desesperación con un sentido del humor impensable a finales del siglo XIX. Sin duda, Huerta leyó a Urbina.

En *Ingenuas*, el ya señalado libro de 1902, Urbina había dedicado el apartado, de título «Gritos clásicos», poemas de 1897 y 1898, a Balbino Dávalos. El primero de ellos, «A un lecho», tiene un tinte erótico: «Embriagado en el éxtasis que arroba / yo vi su blanca desnudez tendida / en tu nido de sedas y caoba; / y en ti, como en un ara bendecida / celebré en la penumbra de la alcoba / el rito misterioso de la vida.»[129] Urbina transitará, al parecer sin conflicto, del romanticismo al modernismo. Será el gozne entre las dos tendencias de la poesía del último cuarto de siglo.

Luis G. Urbina dedicará *Ingenuas* a Justo Sierra. «Maestro», le dirá:

> No era posible –Ud. lo sabe– que faltara en la primera página de un libro mío el nombre de Ud. Él ha sido desde hace muchos años el mote de mi escudo en esta lucha de mezquindades dolorosas.
>
> A nadie va á parecerle extraordinaria mi dedicatoria. No es un homenaje que rindo; es un deber que cumplo. De mi filial amor, de mi larga veneración, de mi admiración perpetua por Ud., son estas líneas sencillo y espontáneo testimonio.
>
> Acójalas Ud. generosamente, como suele ver llegar, en la intimidad, los afectos sinceros y las devotas simpatías: con esa dulce y profunda mirada y esa mansa sonrisa de hombre bueno que experimenta el inefable bienestar de sentirse amado.[130]

A Urbina, que para ese entonces ya era secretario de Justo Sierra, se le habrá de encomendar, junto a Pedro Enríquez Ureña y Nicolás Rangel, aquella *Antología del Centenario* que verá la luz en 1910. Ese año, Urbina publicará *Puestas de sol*, publicado por la Librería de la Viuda de Ch. Bouret. Libro crepuscular en el que, también, habrá un poema dedicado a Justo Sierra, a quien reconocerá como poeta. Le escribirá: «Maestro: eres sagrada encina; que tus frondas / cobijen nuestros sueños, arrullen nuestras hondas / tristezas; del futuro danos tú la confianza, / y danos el tesoro de tu fe y tu esperanza.»[131]

En las primeras páginas del libro no habrá un dibujo de Ruelas. En su lugar, la fotografía substituirá al dibujo. Al ver el rostro de Urbina se diría que está sereno, confiado; su mirada es vivaz, el bigote se delinea sobre el labio superior. Algunos

[129] Urbina, Luis G., *Ingenuas*, México, 1902, p. 161.

[130] *Ídem*., p. 3.

[131] Urbina, Luis G., *Puestas de sol*, Librería de la Vda. De Bouret, México, 1910, p. 155

rulos caen sobre su frente. El futuro parecía prometedor. Pero sólo eso.

El jurado. Justo Sierra

Justo Sierra era el mayor de los integrantes del Jurado. El maestro había cruzado el medio siglo. En 1902 tenía 54 años. En 1892, diez años antes, Luis G. Urbina lo describía, admirado y no sin emoción, así:

> Grande, robusto, atlético; con carnes mal contenidas dentro de la ajustada ropa; en los brazos y piernas músculos que visiblemente protestaban por su estrecho encierro; cuero sin ángulos, todo él formado de curvas que entraban o salían con armónica desenvoltura; y por coronamiento, una sobria testa, de dimensiones extraordinarias, amplificada, sobria de líneas, escultural, de escasos cabellos emblanquecidos, a los lados de las sienes. […] El rostro era olímpico: amplia, serena frente, de larga bóveda como una cúpula de Renacimiento: frente cargada de meditaciones que traía a la memoria la frase del poeta: mucha frente en un rostro es como mucho cielo en un horizonte; no grandes ojos, hundidos, fulgurantes entre la sombra y bajo el perpetuo ceño de las cejas: anchas las mejillas, corta la nariz, algo socrática; bigote y perilla ralos y encanecidos, en rededor de la boca desdeñosa, de labios finos, con el inferior un poco saliente.[132]

Justo Sierra, ese «Hércules obeso», como también le definiría Urbina, cultivó la poesía y la narrativa. De ello daban cuenta su poesía *Playeras* (1868), publicada en el *Monitor republicano* y con la que se diera a conocer; la novela por entregas *Confesiones de un pianista* (1882), su *En tierra yankee. Notas a todo vapor* (1895); sus *Cuentos Románticos* (1896). Nunca dejaría la prosa, si bien habría de orientarse hacia la sociología y la historia. La educación sería su preocupación permanente, tanto en los niveles elementales como en los superiores. 1910 vería la culminación de sus anhelos con la inauguración de la Universidad Nacional de México.

Justo Sierra Méndez había nacido en Campeche el 26 de enero de 1848. Sus padres fueron el escritor Justo Sierra O'Reilly[133] y Concepción Méndez, hija de San-

[132] *Las máscaras de la*…, p. 66. En el dibujo de Ruelas, que acompaña a la «máscara», la perilla y el bigote son más abundantes. La mirada se advierte profunda.

[133] Ermilo Abreu Gómez (1894-1971) recordará que, en su niñez, su padre lo llevaría a la develación de la estatua de Justo Sierra O'Reilly. Tocaría a Justo Sierra Méndez presidir el acto. Abreu rememora: «A D. Justo Sierra O'Reilly, señor de la literatura y de a historia de Yucatán […] se deben las primeras novelas románticas: *La hija del Judío*, *Un año en el hospital de San Lázaro*, *El secreto de Ajusticiado*. A él se deben también las primeras

tiago Méndez, federalista y liberal, a la postre gobernador del estado de Yucatán. Justo Sierra O'Reilly estudiaría en El Colegio de San Idelfonso en la Ciudad de México, en donde se recibiría de abogado. A su regreso a su natal Campeche ejercerá su carrera y se iniciará en el periodismo, la literatura y la política, actividad que le acarrearía no pocos problemas en su vida. En 1841 fundó el periódico literario *El Museo Yucateco, Periódico Científico Literario,* empresa de corta vida, pues desaparecerá a mediados del año siguiente. Publicará novelas cortas y por entregas, *Un año en el hospital de San Lázaro*, *La hija del judío*, entre otras. Interesado en la cultura maya escribirá, además, *Los indios de Yucatán*, obra en dos volúmenes, Será presidente de la Academia de Ciencias y Literatura de Mérida. A Sierra O'Reilly le tocará la Guerra de Castas (1847-1848) y la intervención norteamericana. Morirá en 1861, cuando su hijo, Justo Sierra Méndez, tenía 13 años.

A la muerte de su padre, Justo Sierra se traslada a la ciudad de México a casa de su tío materno, Luis Méndez. Fue matriculado en el Liceo Francés y pronto se familiarizaría, nos recuerda Álvaro Matute, con la lengua de los escritores e historiadores franceses: Víctor Hugo, Alfredo Dumas, Jules Michelet.[134] Es el periodo del Romanticismo en la literatura. Ese año Manuel Payno publicará *El hombre de la situación*. Dostoievski dará a la imprenta *La Casa de los muertos.* Baudelaire ya había publicado, un año antes, *Los paraísos artificiales*. En 1862, sabrá de la batalla del 5 de mayo, de la resistencia a los franceses y del triunfo del general Zaragoza. La euforia durará poco, la victoria será ensombrecida. En 1863, después de un sitio de 62 días y que dejará una parte de la ciudad de Puebla reducida a escombros, González Ortega rinde la plaza ante el general francés Fréderic Forey. Las fuerzas imperialistas marchan y Bazaine ocupa la ciudad de México. El presidente Juárez se traslada al norte de la República. El segundo imperio se avecina. En Estados Unidos de Norteamérica se vive, desde dos años atrás, el enfrentamiento entre el Norte y el Sur que culminará con la abolición del esclavismo y, de manera definitiva, el triunfo de la modernidad capitalista.

---

aportaciones originales históricas con relación a la antigua vida de Yucatán; él reimprimió la *Historia de Yucatán*, escrita por López de Corgolludo; él salva del olvido muchas biografías de próceres y patricios de la religión; y él reúne múltiples documentos sobre la reciente Guerra de Castas. Deslindando el punto oscuro de su actuación política queda la figura de D. Justo Sierra O'Reilly como uno de los más grandes que ha producido Yucatán. De Sierra O'Reilly parte toda la literatura regional de aquella provincia». Abreu Gómez Ermilo, «Justo Sierra», en *Sala de retratos*, Editorial Leyenda, México, 1946, pp. 260-261.

[134] Matute, Álvaro, «Justo Sierra, el positivista romántico», en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Volumen III. Galería de escritores. Edición de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, UNAM, México, 2005, p. 430.

En 1864, el joven Justo Sierra será testigo de la llegada de Maximiliano de Austria y Carlota de Bélgica a la ciudad de México. Luego del efímero imperio, lo será, igualmente, de la restauración de la República y del arribo del presidente Juárez a la capital. No es improbable que hubiese escuchado a Gabino Barreda pronunciar su Oración Cívica, en 1867 y que, a partir de entonces, visto el caos y la anarquía vivida en el país desde la Independencia, compartiese la fe positivista. Ese año sería pronunciada la ley que habría de reglamentar y orientar la educación pública en México.

Justo Sierra, que para entonces había cumplido los 19 años, participó en las veladas literarias organizadas por Ignacio Manuel Altamirano. En una carta –leída en una velada del Liceo Mexicano, celebrada el 4 de agosto de 1899–, recordaría su encuentro con el autor de *Navidad en las montañas:*

> Cuando venciendo mi timidez, que hacía sonreír a Altamirano, hablé con él, me sentí otro, y me detengo un momento en recordar ese estado de mi ánimo […] Mi nombre trajo a su prodigiosa memoria el de mi padre, me habló de él, me entusiasmó, me cautivó, me hizo suyo… lo soy todavía. Al día siguiente me llevó a una «velada literaria» en la casa del señor Payno. ¿Qué hombres había allí? La nobleza, la alta nobleza de las letras patrias: Prieto me llamó su hijo con olímpica ternura; Ramírez me dio un consejo o una broma; Payno brindó conmigo; Riva Palacio me habló del porvenir; Gonzaga Ortiz se informó de mis aficiones literarias en un tono un poco «marqués», es cierto […] Y Altamirano, que era allí el niño mimado, me tomaba con tanto ardor bajo sus auspicios, que cuando conté todo esto, exagerándolo un poco, a mis compañeros de colegio les pareció que había yo crecido, y algunos me dijeron adiós como si nos fuéramos a separar para siempre. Era verdad.[135]

En 1868, había iniciado sus colaboraciones en *El Renacimiento*. En el *Monitor Republicano* tendría una columna denominada «Conversaciones del domingo». Escribió también en *El Domingo*, *La Tribuna*, *El Federalista*, *El Mundo*, *El Siglo XIX.* Iniciaría sus colaboraciones en la *Revista Azul* y después en la *Revista Moderna*. En 1871, había terminado la carrera en Derecho.

Manuel Caballero, editor de *El Noticioso*, ya lo había incluido en su *Primer*

[135] «El maestro Altamirano», en Sierra, Justo, *Obras completas III*, Crítica y artículos literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991, p. 384.

Almanaque histórico, artístico y monumental de la República Mexicana, publicado en 1884. La obra, realizada al término del periodo de gobierno del presidente Manuel González, contaba con la colaboración de Ignacio Manuel Altamirano, Mariano Bárcena, Santiago Ramírez, Ángel Anguiano, Carlos de Olaguibel y Arista, Juan de Dios Peza, José María Reyes, Apolonio Romo, y Felipe Valle, todos ellos integrantes de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

En el tercer apartado, que refiere el periodo comprendido entre 1867 y 1882, hay un capítulo dedicado a la «Nueva generación literaria». Allí se menciona a Justo Sierra como uno de sus integrantes al lado de, entre otros, Manuel Acuña, Manuel M. Flores, Rafael de Zayas Enríquez, José Peón Contreras, Ireneo Paz. De él y de su obra se escribe:

> Justo Sierra, cuyas odas grandiosas han resonado en todos nuestros grandes días, es un publicista ya reputado, y como profesor de Historia ha publicado una *Historia antigua* que sirve de texto. También ha escrito un drama, *Piedad* y una novela, *El Ángel del Porvenir* y las piezas dramáticas siguientes que han sido muy aplaudidas: *El que todo lo quiere* (comedia) –*El Duelo* (Traducción de Ferrari)– *Serafina* (traducción de Sardou) – *Después del duelo* (arreglo del francés) – *Los empeños de una casa* (refundición de una comedia de Sor Juana Inés de la Cruz) –*La pasión de Cristo y Santa Elena* (traducciones de Metastacio) –*Peregrins Jiss* (traducción de J. Sand).[136]

De Sierra habían incluido un poema escrito en octubre de 1877, poema dedicado a la memoria de Louis Adolphe Thiers, quien fuera jefe del poder Ejecutivo en Francia entre 1871 y 1873, y a quien se le debía –además de firmar el tratado de Versalles y el Pacto de Burdeos–, la represión al movimiento insurreccional de la Comuna de París. Thiers había fallecido el 3 de septiembre de 1877. En una de sus estrofas Sierra apologiza:

> Oh! Francia, ayer vivías de esperanza;
> Tornóse el sueño realidad: avanza!
> Allá va el buque entre las crespas olas,
> Lleva el dócil timón piloto experto,

[136] «La nueva generación literaria», en *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la República Mexicana*, México: Nueva York, The Chas, M. Green printing, 1884, p. 82. No se debe confundir con el *Primer Almanaque Mexicano de Artes y Letras* que será publicado once años después, en 1895.

En cuya frente pensativa y grave
Brilla la fe en el rumbo y en el puerto: Mas se para de súbito la nave…
¡Un hombre al mar!...
Silencio! Thiers ha muerto!
Fue ese hombre el pasado,
Y era también el porvenir; su historia
Es, ay! la de su siglo, ayer la cima
Hoy la sima… mañana lo ignorado.[137]

Las crespas olas refieren la inestabilidad por la que atravesaba Francia en su camino al porvenir, inestabilidad que también advirtió Gabino Barreda durante su estancia en la Ciudad Luz cuando, en 1848, acudía a los cursos de Auguste Comte. No resulta por ello extraño que Sierra viese en Thiers ese «piloto experto» que parecía llevar a Francia a puerto seguro pero que, involuntariamente, había abandonado la nave en plena travesía. Ese año, Justo Sierra, había iniciado su cátedra sobre historia y cronología en la Escuela Nacional Preparatoria.

En julio, se decía en el *Primer Almanaque Mexicano de Artes y Letras,* de 1895, iniciaba el verano; y «continuaba la estación de lluvias en toda su fuerza. La emigración de las ciudades hacia los sitios veraniegos llega en este mes a su apogeo. Las fiestas campestres son el distintivo de la temporada».[138] El día 22 entraba «la canícula». Ese mes Justo Sierra compartía con Rafael de Zayas Enríquez las páginas del *Almanaque*. De Zayas había escrito un «Canto a la Patria» y Sierra adelantaba tres poemas breves de un libro que llevaría por título «Márgenes de la Historia». Los versos evocaban la crucifixión de Leónidas, Espartaco, y Jesús. De los tres, la de Jesús era la que: […] nos ha dejado su enseñanza, / un mundo de dolor en la conciencia / y en el cielo una sombra de esperanza».[139]

En política, Justo Sierra se había iniciado en 1880, primero como diputado suplente, luego como propietario por Sinaloa. Ese año el infortunio habría de cebarse sobre su familia con la muerte de su hermano Santiago a manos de Ireneo Paz. El duelo había ocurrido en las cercanías de Tlalnepantla en abril, el día 27. «Miserable», le habría llamado, presuntamente, Santiago Sierra a Ireneo Paz. Justo Sierra la recordaría así:

---

[137] «Sección literaria», en *Primer almanaque histórico…*, p. 306.
[138] *Primer Almanaque Mexicano de Artes y Letras*, p. 62
[139] *ídem.*, p. 64.

> El 27 de abril del año 1880 a las nueve de la mañana, en las cercanías de Tlalnepantla fue asesinado en un duelo mi hermano por el periodista Ireneo Paz… La causa del duelo fue un «suelto» (sic) publicado en el periódico *La Libertad* por don Agustín Cuenca… y atribuido a mi hermano por el asesino Paz, sugerido por un infame que se llama don Manuel Caballero, según el mismo matador se lo dijo al doctor Martínez, que el día del lance me lo refirió.[140]

Ireneo Paz era un hombre de letras y de armas; Santiago Sierra un narrador y periodista. El primero tenía 44 años, el segundo 30. Abatido, transido de dolor, Justo Sierra debió comunicar a su madre la muerte de su hermano. Escribe Agustín Yáñez: «Con una reacción propia del tipo emocional a que psicológicamente pertenecía, decidió abandonar no sólo el periodismo, sino todas sus otras actividades y amistades; quiso ser por el dolor, un anacoreta, encerrado consigo mismo.»[141]

Imposible saber si la publicación de los poemas de Justo Sierra –tanto en el *Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la República Mexicana*, de 1884, como en el *Primer Almanaque Mexicano de Artes y Letras,* de 1895–, le fueron solicitados por Manuel Caballero. Lo cierto es que en la obra *México su evolución social*, dirigida por Justo Sierra, en el apartado referente a la Sección Literaria, se incluía un soneto de Caballero dedicado a Juan de Dios Peza, fechado en 1883, y titulado «Maximiliano»:

Estirpe regia, corazón gigante,
Noble y gentil, gallarda la apostura,
Franco el mirar en que el honor fulgura,
Caballero sin tacha, esposo amante.
Glorioso y atrevido navegante,
Alma sin miedo y cual valiente, pura,
Grande en la adversidad trágica y dura,
Y artista y rey y soñador constante.
De tu destino ante el horrendo arcano,
Ante el sepulcro de tu breve gloria,
Pregunto al ver tu destrozado pecho

[140] Lara Zavala, Hernán, «Justo Sierra Méndez. Identidad mexicana», en *Revista de la Universidad de México*, Núm. 104, 2012, México, p. 42.

[141] Sierra, Justo, *Obras completas I*, citado por Agustín Yáñez, p. 43

—»¿Qué hay más grande que tú, Maximiliano?»
Y serena respóndeme la Historia
«La libertad de un pueblo y el derecho».[142]

Los últimos tres versos, la pregunta y la respuesta, contradicen el carácter apologético de los primeros. La República se erigirá triunfante frente al invasor. Pese a la intriga urdida por Caballero, Sierra debió aprobar la inclusión del poema y ello se debió, acaso, al responsable de la sección literaria.

Justo Sierra sería magistrado de la Suprema Corte de Justicia en 1894 para luego llegar a ser subsecretario de Instrucción Pública en 1901. Un año antes, en 1900, siendo todavía magistrado, veía el fruto de haber concertado los esfuerzos de doce especialistas para dar a la luz el monumental libro *México su evolución social*, editado por Santiago Ballescá como director artístico; una bella y elegante edición «profusamente ilustrada por artistas de gran renombre».[143]

En la obra *México su evolución social* Justo Sierra daba fe de sus convicciones positivistas, de su confianza en la marcha de la nación mexicana hacia el progreso; progreso logrado –de acuerdo con los Científicos de los cuales el escritor formaba parte–, en el ya largo periodo de Porfirio Díaz. Evolución era la palabra que apuntalaba el conjunto de la obra; evolución era la palabra más repetida en la obra.

Así que los Juegos Florales de los Estudiantes de Jurisprudencia tenían al frente del jurado a un experimentado escritor y político del régimen porfirista, del grupo de los Científicos, simpatizante de los jóvenes y proclive a sus inquietudes y afanes literarios.

La fiesta de la palabra I. «Lírica»

La orquesta inició los acordes de la Obertura de Egmont, pieza musical incidental compuesta por Beethoven a finales de 1810. La obra se basa en la obra teatral escrita

[142] Sierra, Justo, *México, su evolución social*, Barcelona, 1900, p. 289. Cursivas en el original.

[143] *México. Su evolución social* es una «Síntesis de la historia política, de la organización administrativa y militar y del estado económico de la federación mexicana; de sus adelantamientos en el orden intelectual; de su estructura territorial, y del desarrollo de su población, y de los medios de comunicación nacionales e internacionales; de sus conquistas en el campo industrial, etc. Un inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX». La obra, en tres volúmenes, había sido escrita por Agustín Aragón, Gilberto Crespo y Martínez, Ezequiel A. Chávez, Miguel S. Macedo, Pablo Macedo, Emilio Pardo (jr), Porfirio Parra, Gerardo Raigosa, Bernardo Reyes, Manuel Sánchez Mármol, el propio Justo Sierra, Eduardo Zárate y Julio Zárate. Justo Sierra aparecía como el director literario. Sierra, Justo, *México, su evolución social*, Barcelona, 1900.

por Goethe en 1788 y refiere la vida del flamenco Conde de Egmont, su enfrentamiento con el tercer Duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo, así como su apresamiento y condena a muerte mediante la decapitación. La obra representa, en el drama del conde, el sufrimiento de un pueblo y su ansia de libertad.

Una vez terminada la obertura, se dieron a conocer a los asistentes los veinte trabajos premiados. A la justa se habían presentado 200 trabajos, así que el diez por ciento es el que había alcanzado la corona de olivos.

Abel C. Salazar, el ganador de la flor natural y del premio de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, leyó su poesía titulada «Espectros heroicos». Salazar, de 23 años, nació en Tenango del Valle el 18 de junio de 1878. Había estudiado en el Instituto Científico y Literario de Toluca para después trasladarse a la ciudad de México. Cursaba estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Ese año publicó su primer libro de cuentos titulado *Almas*. Su poema, de 24 estrofas en sextetos de endecasílabos estaría dedicada a Rodolfo Reyes, quien estaba presente en la ceremonia de premiación. El poema reconoce que los cambios en la vida están signados por el dolor.[144] Hace un repaso de la vida, del hallazgo de la poesía como forma de expresión, de los sueños que anidan a partir de las experiencias vitales, del valor de la nostalgia ante la infancia ida y el contraste con la realidad presente, por ello el bardo reconoce:

El dolor es impulso y es anhelo,
Dejad que nos envuelva con su velo,
Y sin piedad el corazón estruje;
Para eso va la vela en el navío
Para que el soplo de huracán bravío
La hinche, sacuda y el bajel empuje.

En el encuentro con la musa la incertidumbre agobia al poeta:

En la noche, en las noches más quietas
Mi alma ha visto a videntes, a poetas
Correr tras su ideal; torvas las frentes
Anhelantes y fijas las miradas.
Y convulsas las manos levantadas

[144] Una realidad que tanto Rodolfo como Alfonso Reyes constatarían el 9 de febrero de 1913 y que en ese momento nada parecía prefigurar.

Como un mar agitado de tridentes.

Sobre esos ojos lánguidos que apresan
Vaguedades tristísimas ¡cual pesan
Los cansancios de horribles desveladas
Y sobre esos cabellos el Destino
Enflaqueció sus ruecas en albo lino
Devanado en las testas perfumadas.

Y la nostalgia asoma ante la infancia perdida:
Hoy contemplo oscilando destejidos
De mi infancia en la fronda muchos nidos.
Me asomo de mi alma a las ruinas
Donde vagan errantes mis canciones
Y no hay líquenes, plumbagos, gorriones
En parvadas, ni sol ni golondrinas.

Si hoy brotan asfódelos en mi senda
Fatigosa y sin fin; si no hallo tienda
Que dé a mi cuerpo bienhechor reposo;
Cuando se abate mi cabeza mustia.
Ay, cuando siento el corazón de angustia,
Apretado cual puño musculoso.

No hay vuelta atrás, y los versos finales del poema darán cuenta del dolor que produce el conocimiento, y de la condena que acompaña al hombre moderno en su travesía por la mar que es la vida:

No gimas aunque lleves honda pena
En el pecho clavada; así se mueve
Y así atraviesa el mar bajo la nieve
Con el arpón clavado, la ballena.[145]

[145] «Espectros heroicos» se publicaría el 29 de mayo de 1902 en *El Imparcial*. Volvería a publicarse días después en la *Revista Moderna* de la primera quincena de junio del mismo año. Abel C. Salazar ya había colaborado en la mencionada revista con otros poemas más. En julio de 1901 publicaría «In memoriam», una elegía a Benito

El paraíso perdido, la infancia, vuelve revestido por la nostalgia; mejor aún, por la *saudade*, esa amorosa fidelidad a lo ausente. El conocimiento es la pérdida del edén o, como se advierte en la literatura griega, el sufrimiento a que es condenado Prometeo. Si el mar es la vida, habrá que atravesarla pese al arpón clavado. El poema no es un gemir, es un reconocimiento que al pronunciarse puede, si no exorcizarlo, si mitigar el dolor al menos. El sino que marcará al hombre moderno por el vacío de una vida carente de sentido.

Además de premiar al joven Abel C. Salazar, el jurado decidió entregar ocho menciones más, a saber: a Enrique Fernández Granados, de 35 años, por su poema «Salve musa».[146] Amado Nervo, de 32 años, recibió dos menciones por sus poemas «Viejo estribillo» y «El budha de basalto sonreía».[147] Eduardo Colín, de 22 años por su poema «Ayer».[148] Salvador Martínez Alomía, de 27 años, por su poema «Nie-

---

Juárez; en agosto «Golondrinas», dedicada a Jesús E. Valenzuela; en septiembre, «En oración», dedicada a José Juan Tablada. En 1902, en abril publicaría dos poemas «Incoherencias» y «Apunte». «Espectros heroicos» en junio. En marzo de 1903 publicaría «Óleo», «El trigo», «A escape», dedicadas a Julio Zárate. El siguiente mes «Voces lejanas» y «Melancolía». Abel C. Salazar publicaría al menos tres libros más, uno de versos titulado *Si mientes* (del que no tenemos más referencia pero que habría publicado poco después de la primera serie de *Almas*) uno de cuentos y otro más de poemas; el primero, de 1909, sería una segunda versión de *Almas*; el segundo, *Voces lejanas*, en 1919. Abogado, incursionaría en la política. De acuerdo con la Enciclopedia de la Literatura en México, Abel C. Salazar sería secretario de gobierno en Chiapas, además de diputado local. En la ciudad de México volvería a ser diputado además de catedrático en la Normal, la Preparatoria y la Escuela Nacional de Agricultura. Sería, además, uno de los fundadores de *El Universal*. Abel C. Salazar cultivaría la amistad de José Juan Tablada, Amado Nervo, y Francisco M. de Olaguíbel, entre otros. Falleció en la ciudad de México el 14 de noviembre de 1925.

[146] Enrique Fernández Granados nació el 4 de junio de 1867 en la ciudad de México. Fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria. Colaboró en el *Mundo Ilustrado*, la *Revista Azul*, la *Revista Moderna*, *El Mundo ilustrado*, *Revista de Revistas*, *Vida Moderna*. En 1891publicaría un libro versos titulado *Margaritas*. En 1898 su libro *Mirtos* merecerá una presentación, nada despreciable, de Manuel Gutiérrez Nájera en la que escribirá «[*Mirtos* revela] que posee raras y envidiables condiciones de artista». En 1900 publicará *A Josefina*, romance; y en 1902, el año de los Juegos Florales, *Levia carmina*, versos. Algunos de sus libros serían traducidos al inglés. En 1905 el Liceo Altamirano celebró el tercer centenario de la publicación del *Don Quijote*, el concurso fue declarado desierto, pero se otorgó un accésit a Fernández Granados por su composición. Publicaría otro libro, una selección de sus poemas titulado *Odas, madrigales y sonetos. Nueva selección*, dos años antes de su muerte, ocurrida el 2 de marzo de 1920, a la edad de 63 años.

[147] Amado Nervo había nacido en Tepic, Nayarit, en 1870. A sus 16 años llegó al Seminario de Zamora, en Michoacán. Permaneció allí por un espacio de cinco años. Tuvo que truncar su carrera eclesiástica por problemas mundanos: la pobreza rondaba a su familia de clase media. Luego de una estancia en Mazatlán, donde se inició en el periodismo en *El Correo de la Tarde*, llegó a la ciudad de México en 1894, el año en que la *Revista Azul* vería luz. Allí se amigaría con Jesús Valenzuela, entre otros; en la *Revista Azul* publicaría diez poesías y un artículo en el que ofrecía un ramo de siemprevivas al fallecido Manuel Gutiérrez Nájera. En 1900 viaja a Francia como corresponsal de *El Imparcial* y asiste a la Exposición Universal de París. En 1895 ya había publicado la

ves».[149] Severa Aróstegui, de 49 años, por su poema «A don Quijote».[150] Ramón Adrián Villalba por su poema «Germinal».[151] Y Laura Méndez de Cuenca de 49 años por su poema «Sequía».[152] Acto seguido, la romántica y dulce música del francés Jules Massenet se dejó escuchar. Un *Andantino con motto* y un *Allegro* invadieron el tea-

novela corta *El Bachiller*, novela que escandalizaría a no pocos lectores. En 1898 publicó *Perlas Negras* y *Místicas*, libro que tenía una Portada en verso escrita por Francisco M. de Olaguibel. La Librería de la viuda de Charles Bouret le publicaría, en 1901, el libro *Poesías*. En la *Revista Moderna*, Nervo participará con más de un centenar de colaboraciones, además de ser copropietario de ésta en su segunda época. Nervo falleció en Montevideo el 24 de mayo de 1919.

[148] Eduardo Colín nació en la Ciudad de México en 1880. Si su poema «Ayer» lo anunciaba como un poeta en ciernes, no sería sino hasta 1916, a los 36 años, cuando publicaría su libro de poesía *La vida intacta*. Muy joven como para participar en la *Revista Azul*, no lo hará tampoco en la *Revista Moderna*. Crítico, agudo observador, publicará en 1922, bajo los auspicios de Ediciones México Moderno, su libro *Verbo selecto (Crítica Hispano-Americana)* en el que pasará revista a la poesía y la prosa modernista iniciando con Rubén Darío. Publicará en 1934, además, un volumen de relatos titulado *Mujeres*. Eduardo Colín muere en Cuernavaca, Morelos, el 10 de marzo de 1945. Alfonso Reyes lo recordará, en 1918, como secretario de la legación mexicana en España.

[149] Los datos sobre Salvador Martínez Alomía son escasos, sabemos, no obstante, que nació en Campeche en 1875. Su poema «Nieves» prefiguraría el libro del mismo nombre que será publicado en 1905 por la Librería de la Viuda de Ch. Bouret. Narrador y periodista (con sus hermanos Gustavo y Santiago participaría, en 1888, en el periódico *El Reproductor Campechano*), sería diputado, senador y ministro plenipotenciario en Centroamérica. Una fotografía de 1913 lo muestra junto a Alberto J. Pani, Miguel Alessio Robles, Adolfo de la Huerta, Martín Luis Guzmán y Álvaro Obregón, entre otros. La imagen mencionada se encuentra en Iconografía, Martín Luis Guzmán, libro publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1987. Salvador Martínez Alomía murió en la ciudad de México en 1920. El día de la premiación estuvo ausente.

[150] Severa Aróstegui nació en la ciudad de Puebla en 1853. En 1893, el gobierno del estado de Puebla, a cuyo frente estaba Mucio Martínez, hizo imprimir el libro titulado *La lira poblana*, obra que sería presentada en la Exposición Internacional de Chicago a celebrarse ese año. En la obra aparecen las fábulas de Rosa Carreto, ensayos de poesía de Severa Aróstegui, y los poemas de María T. Ponce y Carreón, María de los Ángeles Otero, Leonor Cravioto, y Luz Trillanes y Arrillaga. Severa Aróstegui tenía entonces 40 años. Enrique Cordero y Torres, en su *Diccionario Biográfico de Puebla* (1973), apunta que colaboró en el *Diario del Hogar*, de Filomeno Mata. En 1892 Severa Aróstegui «exige así sea tímidamente, los intereses feministas de participación política [apuntan Lidia Granillo y Esther Hernández Palacios en «De reinas del hogar y de la patria», en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Volumen I]. «¡Me fuera dado legislar un día!», señala enfática Severa Martínez en su poema «A Oaxaca» publicado en *La lira poblana*. Falleció en 1920. En 1930 sería publicada *La montaña gris*. Prosas originales por la editorial Mi mundo, México. Cursivas en el original. Al momento de celebrarse los juegos florales tenía 49 años.

[151] Ramón Adrián Villalba se ha perdido en el tiempo; no tenemos datos suyos, salvo su participación en los Juegos Florales y la mención que el jurado le otorgó. El poema «Germinal» fue publicado en *El Mundo ilustrado* el 8 de junio de 1902.

[152] Su nombre completo fue Laura María Luisa Elena Méndez Lefort. Nació en el Estado de México en 1853. Sus padres fueron Ramón Méndez Mérida y Clara Lefort Arias, hija de un pastelero francés que había llegado a México en 1824. Cuando era pequeña, su familia se trasladó a vivir a la Ciudad de México. En la capital asistió a la Escuela de Artes y Oficios, institución que ofrecía la carrera de docente, comerciante, y artesana. Entabló amistad con Manuel Altamirano. A sus 18 años conoció a un Manuel Acuña apasionado de Rosario de la Peña; no

tro. Al concluir el tercer acto de la interpretación musical, la voz volvió a adueñarse del foro.

La fiesta de la palaba II. «Amor Labor»

Manuel de la Parra leyó, con la solemnidad del caso, su poema «Amor… ¡Labor!», premiada por el ministro de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal.

Manuel de la Parra cumplía 24 años, había nacido en Sombrerete, Zacatecas. Parte de su juventud la pasó en León, Guanajuato. Ese año llegaba a la Ciudad de México y no podía ser mejor recibido. En la segunda quincena de enero, la *Revista Moderna* le publicó una poesía compuesta de cuatro estrofas en quintetos de alejandrinos titulada «Amor antiguo». A su edad, la palabra «amor» –y las pasiones que despertaba– no le era desconocida, todo lo contrario. Ahora debería conjugarla con «labor».

Entre las varias acepciones de la palabra «labor» está la acción de desarrollar un trabajo; pero también, en las labores del campo, refiere la labranza; si lo es en el ámbito doméstico evoca el adornar una tela o coser o bordar. En todo caso es el desarrollar un trabajo creativo. Así que unidas, «amor» y «labor», estarían encaminadas a despertar un placer en el acto de trabajar, de transformar la naturaleza. En el caso del artista que refiere el poeta De la Parra,[153] es la búsqueda de la expresión de los sentimientos de manera diáfana, precisa.

---

obstante, habría de enamorarse del poeta romántico y procrear un hijo con él. El hijo de ambos, Manuel Acuña Méndez, fallecería en 1872, a los tres meses de edad. Al año siguiente, el poeta Manuel Acuña tomaría su propia vida el 6 de diciembre. Laura Méndez iniciaría una relación con Agustín Cuenca y procrearía varios hijos de los que sólo dos sobrevivirían. 1902 –cuando participa y es reconocida en los Juego Florales–, fue un año aciago. El hijo varón sobreviviente muere de tifo. Su hija, de 23, años padece una enfermedad mental. Laura Méndez de Cuenca se sobrepondrá a las tragedias. En 1896 publicará *La confesión de Alma*, y en 1902 *El espejo de Amarilis*. Otras obras suyas son *Crónicas de viaje (1895-1910)*, *El hogar mexicano. Nociones de economía doméstica para uso de las alumnas de Instrucción Primaria*(1907), el libro de cuentos *Simplezas* (1910), la biografía *Álvaro Obregón* (1919) y *Los Preciados* (ca. 1926). Laura Méndez de Cuenca falleció el 1 de noviembre de 1928. Siglo XXI editores ha publicado, en 2011, la obra completa de la poeta,

[153] De la Parra publicará en la ya mencionada *Revista Moderna* (1898-1903) y en la *Revista Moderna de México* (1903-1911). Será un colaborador en *Savia Moderna*, *Nosotros*, *México*, *La Nave*, *Revista de Revistas*, *Argos*, *El Mundo Ilustrado*, *Vida Moderna* y *El Nacional*. Publicará, en 1914, el poemario *Visiones lejanas*; en 1922 la novela *En las ruinas*; dos años más tarde *Visiones lejanas. Momentos musicales*. Participará en la protesta literaria de 1907 en contra del intento de Manuel Caballero de revivir la *Revista Azul*. Ese mismo año formará parte de la Sociedad de Conferencias y se integrará al, primero, Ateneo de la Juventud (1907), y posteriormente al Ateneo de México (1912). Fernando Curiel Defoseé señala que De la Parra: «[…] destila poesía de un discreto modernismo». Jorge Cuesta incluirá cuatro poemas de Manuel de la Parra –«La cisterna», «A mi madre», «El vigía», y «Un cuento de Crimm»– en la controvertida *Antología de la poesía mexicana moderna*, de 1928. Allí

Resultar ganador en el segundo tema de los Juegos Florales debió ser muy estimulante para quien incursionaba en el mundo de las letras al lado de personajes como Amado Nervo o Jesús Urueta, y tenía frente a sí a Justo Sierra, Luis G. Urbina y Balbino Dávalos. Alfonso Reyes describiría la poesía de De la Parra como una: «[…] musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, 'ciega de ensueño y loca de armonía'»[154]

En el poema, De la Parra echa de menos el edén que el enamoramiento puede causar, ese estar arrobado, fuera de sí, atendiendo sólo al objeto del amor. El personaje Uriel, cuyo nombre recuerda en la tradición cristiana aquel arcángel guardián del Paraíso, enfrenta el tedio cual demonio que lo ha poseído:

> Ávido de esparcirse, Uriel sentía aislado
> su corazón un tiempo vibrante, enamorado;
> cuando eran sonrosadas y frescas las mañanas,
> cuando abría sus sueños como rosas tempranas
> para todos los besos de la vida…!
> ¿Qué obscura
> invasión de rencores lo colmó de amargura,
> que rendido por agrio y enorme desaliento
> se doblegó su espíritu doloroso, sangriento,
> como árbol combatido por rudas tempestades?
> […]
> El manto
> lamentable del Tedio, con maléfico encanto
> caída sobre todos sus grandes ideales
> todos estremecidos por heridas mortales…

escribirá: «En cierto momento de nuestra lírica nos hacía falta ese tono menor, suave musical, de los versos de Manuel de la Parra. La serie de nuestros poetas románticos termina con él, ya en los límites del simbolismo cerca de Verlaine, aunque distante de Baudelaire y de Rimbaud. / Poesía discreta, de confidencia. Las palabras sólo tienen sentido por su expresión en voz baja. Cuando se leen con el criterio de la inteligencia, hay una esfinge menos en el mundo. Pero la poesía, una poesía recóndita, de emanaciones y matices, persiste y dura». Véase Curiel Defoseé, Fernando, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 141-141. También Musacchio, Humberto, *Gran diccionario enciclopédico del México visual*, tomo III, México, 1990, p. 1468. Y Cuesta, Jorge, editor, *Antología de la poesía mexicana moderna*, edición facsimilar de la de 1928, Gobierno del Estado de México, Toluca, Estado de México, 1980, pp. 82-86.

[154] Reyes, Alfonso, «Pasado inmediato», en *Obras completa de Alfonso Reyes*, Tomo XII, Fondo de Cultura Económica, México, 1983, p. 204.

En la obscura ribera del Tedio, —pantanosa
ribera—, cayó el alma, el alma misteriosa
de Uriel, cayó de pronto, como un ave divina,
con alas cansadas…

El tedio, cual río de aguas envenenadas, amenaza con arrastrar a Uriel. Todo pierde sentido cuando el artista (que suponemos poeta), frente a su mesa de trabajo, advierte que aquello que hace no encuentra destinatario… o destinataria. Aquella obra –que advierte puede ser «bella», «divina» y «pura»– palidece ante la falta de un motivo que le dé razón:

Uriel ante su mesa de trabajo pensaba:
—¿Para qué trabajaba? ¿Para quién trabajaba?
¿Para quién era el fruto de su obra futura,
presentida tan bella, tan divina y tan pura;
si el profundo desprecio de su alma desierta
era para las cosas y los hombres; si muerta
para el Amor su alma, la divina egoísta,
sólo vibraba al eco de sus ansias de artista!
¿No vendría, acaso, mejor morir?... Su ensueño
quizá entonces se alzara indomable y risueño…!

Despreciando las cosas mundanas, y a los hombres mismos, el poeta se preguntará, insistente, «¿Para qué hacer su Obra, esa obra que amaba? / ¿Para qué trabajaba, para quién trabajaba?». Las dudas se enseñoreaban en su alma. Estaba paralizado. Cuando el artista se prepara a sucumbir, el prodigio hace su aparición:

Mas un día, oh milagro! Como una nueva aurora,
de unos ojos azules la luz encantadora
lo deslumbró de pronto, conmovedoramente
Y el Amor vino luego para besar su frente!
En los ojos azules de ella un vago encanto
había: Su mirada cual luminoso manto
envolvía a su alma tremante y visionaria
como un cielo a una selva doliente y solitaria.
El sintió cuando en esa selva, vibrante y bella,

toda llena de sueños y luz se perdió ella!
Sintió el amor: un ave, un ave que llegaba
a cantar en la selva de su alma. Cantaba
tan misteriosamente, tan dulcemente el ave,
que encantaba a la selva su canto dulce y suave.
Y así fue que los árboles de aquella selva obscura,
de aquella interminable selva de la amargura,
inclinaron sus frondas como meditaciones,
al oír de aquella ave extrañas canciones…
Y Uriel ante su mesa de trabajo sentía
como una vida nueva que su ser invadía.
Y sabia, vibrante, comprendiendo que amaba,
para qué trabajaba, para quién trabajaba![155]

El Amor, descubierto en el manto de la mirada azul (tenía que ser azul) de ella, le devolvía el sentido a la vida. Ahora Uriel empeñaba sus trabajos, sus labores, con la certeza de que la mujer, el ideal, existía.

El País, que el año anterior había organizados sus propios juegos florales, no dejó pasar la oportunidad para criticar a De la Parra y lo que, para ellos, significaba su poesía. El domingo 1 de junio de 1902, en la página dos, en las columnas centrales para que fuese claramente vista, el editorialista escribió:

> En seguida publicamos la «poesía» que obtuvo en los últimos juegos florales el primer premio de la Secretaría de Relaciones.
>
> Para poner de relieve la espantosa *decadencia* en que se hallan las letras de la generación formada por el magisterio jacobino, basta la inserción de esa… poesía.
>
> Si asombra el hecho de que se haya inaugurado ese monumento de mal gusto, de trivialidad de ignorancia del idioma, de cuantos defectos puede tener una composición poética, espanta la idea de cómo serían las composiciones no premiadas, y entristece el concepto de la aptitud del jurado.
>
> Ni altura de pensamientos, ni originalidad, ni sentimiento ni galanura de ninguna especie, ni rima siquiera, ni por lo menos claridad, tiene esa joya que enviamos al extranjero como rico ejemplar de la floración literaria de nuestra juventud.

[155] En *El Imparcial* del 30 de mayo de 1902, p. 3.

> Por fortuna, no toda es conducida por tales despeñaderos; *una gran parte respira en los institutos católicos el ambiente de una literatura sana, vigorosa y fecunda,* que produce frutos como las «Odas breves», del joven Pbro. D. Federico Escobedo, y de las cuales hemos publicado fragmentos bellísimos en estas columnas.
>
> Para nuestros Seminarios y demás institutos ortodoxos de enseñanza superior, será siempre una gloria haber salvado á la juventud que instruyen, de este nuevo Gongorismo, mil veces más detestable que el del siglo XVII, porque éste, al menos, mostraba ingenio y respetaba las invariables leyes eufónicas de la rima. He aquí la dolorosa prueba de la decadencia á que nos hemos referido:[156]

Y publicaban el poema completo, lo que ya había hecho *El imparcial* dos días antes. Las comillas que escoltan a la palabra poesía, o los tres puntos que la preceden en el segundo párrafo, no son, en absoluto, gratuitos. Se descalifica la poesía, al poeta y a los maestros «jacobinos» de la generación que participa en la justa poética. Se la emprende contra el jurado (Sierra, Urbina, y Dávalos) y, de paso, contra el titular de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, quien había otorgado el premio. Mariscal y Sierra habían presidido los juegos florales de la colonia española un año antes. Que en uno de los párrafos vayan en caravana los sustantivos adjetivados, «espantosa decadencia» y «magisterio jacobino», dan cuenta de la condena al estado laico. En cambio, se encomia la producción del joven presbítero Federico Escobedo. El presbítero participará en los Juegos Florales del Colegio del Estado de Puebla unos meses más adelante. Contaba en ese momento 28 años y era producto de los «institutos católicos» en los que por «fortuna» [se respira] «el ambiente de una literatura sana, vigorosa y fecunda».

El jurado decidió que dos menciones más fueran entregadas: a Javier Santamaría[157] y a José F. Elizondo.[158] Concluida esta parte de la fiesta de la pala-

---

[156] «LOS JUEGOS FLORALES / ¡OH PARTURA MONTIS!», en *El País*, 1 de junio de 1902, p.2. El poema de Manuel de la Parra puede apreciarse completo en el Anexo 2. La cursiva es mía.

[157] Javier Santamaría, o Javier Santa María, nació en la ciudad de México en 1854. En 1902 había cumplido 48 años. La Enciclopedia de la Literatura en México señala que colaboró en *El Siglo Diez y Nueve*, *El Eco de Ambos Mundos* y en la *Revista Universal* en la Ciudad de México. Joven, fijó su lugar de residencia en Mérida, Yucatán. Allí colaboró en varias publicaciones: *Pimienta y Mostaza*, *El Eco del Comercio*, *La Razón del Pueblo*, *El Diario yucateco* y otros. Poeta, periodista y autor dramático. Fue diputado local y jefe político de Progreso. En 1872, la biblioteca de El Eco de Ambos Mundos publicó un libro compilado por Juan E. Barbero titulado *La lira de la juventud: poesías mexicanas*, libro en el que, a sus 18 años, Javier Santa María habría publicado. Siete años más tarde, Juan de Dios Peza compilaba el libro *La lira mexicana: colección de poesías de autores contemporáneos*, prologada por Antonio Balbín de Unquera y en el que incluía poemas de Santa María. El libro se imprimió en

bra, la música de Tchaikovsky se hizo presente en un vals ejecutado, escribiría el *reporter*, magistralmente. Tocaba el turno a la reflexión en prosa.

Una sociedad que se apreciaba de caminar con paso firme hacia la modernidad, que veía crecer las vías férreas, el transporte de mercancías y personas, la comunicación telegráfica, la impresión de cientos de diarios en unas cuántas horas, el progreso como algo tangible, no podía dejar de reflexionar sobre la poesía, sobre todo cuando ésta había jugado un papel importante en la expresión de los sentimientos tanto individuales como patrios.

Un castizo entre modernos

Cuando Victoriano Salado Álvarez envió su reflexión sobre la poesía en el periodo industrial estaba por cumplir 35 años. Los cumpliría cuatro meses más tarde, el 30 de septiembre. Había nacido en Teocaltiche, Jalisco, en 1867; una población que había resistido la intervención francesa cuatro años antes de su nacimiento; esto es, en 1864. Resistencia que, a partir del relato de sus antepasados, participantes de la defensa del terruño, contribuiría a formar su conciencia nacionalista. Nacía en el año del triunfo de la República sobre el Imperio fallido de Maximiliano.

Salado Álvarez recordará, en sus *Memorias*, que en su infancia había en Teocaltiche tres barberos, un billar, una botica, dos calderas de jabón, una carpintería, una industria de licores, una de madera y una de velas de sebo. La imprenta llegaría a principios de 1876, antes de la revuelta de Tuxtepec. Uno o dos años después, el telégrafo. Significativamente, en el pueblo sólo había un foco, el de la cantina «Los víboras».[159] El panorama no resultaba alentador para la educación de un hijo. Para evitar que cayera en malos pasos, su padre, Epifanio Salado, decidió enviarlo a

Madrid. Javier Santa María falleció en 1910 sin que se tenga la precisión del lugar. Salvo su inclusión en ambas antologías, no se tiene conocimiento de obra individual.

[158] José Francisco Elizondo Sagredo nació el 29 de enero de 1880 en Aguascalientes, Aguascalientes; realizaría sus estudios de preparatoria en el Instituto Científico y Literario del Estado. Fue cuñado del escultor Jesús F. Contreras. En 1902 había cumplido 22 años. Al año siguiente publicaría un libro de título *Crótalos*. Otros libros suyos son *La vendedora de besos*, de 1927; *Más de cien epigramas de Kien*, editorial Cvltura, 1932. Falleció en 1943. José Luis Engel ha publicado, en 2016 con el sello de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, una obra titulada Cultura y zarzuela de José F. Elizondo. Engel señala que es poca o nula la investigación que se ha hecho sobre este personaje.

[159] Citado en Vital, Alberto, *Un porfirista de siempre. Victoriano Salado Álvarez (1867-1931)*, Universidad Nacional autónoma de México y Universidad Autónoma de Aguascalientes, México, 2002, p. 13. El título de sus memorias es *Memorias I. Tiempo Viejo* y *Memorias II. Tiempo Nuevo*. Una edición en dos tomos fue hecha por EDIAPSA, México, 1946; otra, en un solo tomo, por Editorial Porrúa, en 1985; ésta con una nota preliminar de José Emilio Pacheco y un prólogo de Carlos González Peña.

Guadalajara donde estudió la secundaria. Años más tarde, en la misma ciudad, pero en la Escuela de Jurisprudencia, se recibiría de abogado, carrera que, a la larga, le permitiría transitar por múltiples caminos. La ejerció por un tiempo, llegó a ser juez. A la profesión de abogado y la necesaria oratoria, aunaba el manejo elegante y discreto de la palabra. Incursionó en la prensa y en revistas. Afinó la pluma en el *Diario de Jalisco*, que dirigió, y *La República Literaria*, publicación en la que también participó José López Portillo y Rojas.

En 1899 había publicado, en Guadalajara, *De mi cosecha. Estudios de crítica*. El libro, de 106 páginas, contenía cuatro cartas en las que polemizaba sobre el decadentismo; una estaba dirigida a Francisco M. de Olaguibel –quien le había enviado su libro de poemas *Oro y negro*, publicado en 1897–, dos a Amado Nervo, y una a Jesús Valenzuela. Comentaba, además, la novela *La Parcela*, de José López Portillo y Rojas; hacía una valoración de los escritos de Carlos Díaz Dufoo. Fustigaba la obra de Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias*, a quien, no obstante, señalaba como el que mejor escribía entre sus correligionarios, pues era dueño de un «estilo nervioso, firme, elegante a veces y a veces hasta cercano a los arrebatos líricos».[160]

A *De mi cosecha* le siguió, en 1901, *De autos, cuentos y sucedidos*, prologado por López Portillo y Rojas. Victoriano Salado Álvarez era un fervoroso admirador de Benito Pérez Galdós. No tardaría en iniciar, a semejanza de los *Episodios Nacionales* de Galdós,[161] su serie de *Episodios mexicanos*.[162] Para 1902 ya era un escritor conocido. Quizá no resultaba sorpresivo encontrarlo entre las filas de los ganadores, pese a no compartir los preceptos modernistas. El premio le fue otorgado por la subsecretaría de Instrucción Pública, cuyo titular era Justo Sierra.

Amado Nervo celebraba la inclusión de la «máscara» de Victoriano Salado Álvarez en las páginas de la *Revista Moderna*. Como las otras, el dibujo de Julio Ruelas la acompañaba; un dibujo en el que el ceño aparecía inclinado y los ojos velados y pensativos. Ahí, Nervo lo reconocía como un «enemigo acre de las escue-

---

[160] Salado Álvarez, Victoriano, *De mi cosecha. Estudios de crítica*, Guadalajara, México, 1899, p. 96. El libro también comenta *Suprema Ley*, de Federico Gamboa; *Muertos y vivos*, de Antonio de la Peña y Reyes; *La Calandria*, de Rafael Delgado; y un comentario más sobre Juan B. Delgado y su poema «Natura».

[161] Los *Episodios nacionales*, de Benito Pérez Galdós están conformados por cinco series; la primera arranca en 1873, con *Trafalgar*, y la última culmina con *Cánovas*, en 1912. Narra episodios de la historia de España entre 1805 y 1875.

[162] Los *Episodios mexicanos*, de Victoriano Salado Álvarez, arrancan con «Su Alteza Serenísima» y culminan con «Ramón Corona», pasando por «La Reforma», «La corte de Maximiliano» y «Porfirio Díaz». La editorial Porrúa las publicó en siete volúmenes en los años de 1984 y 1985. En su nota preliminar a las *Memorias*, José Emilio Pacheco escribió: «Nuestro redescubrimiento de Victoriano Salado Álvarez apenas comienza».

las literarias modernas» cuyos dardos no habían hecho mella en las nuevas tendencias literarias. Lo reconocía talentoso y castizo investigador que representaba, en literatura, «al Galdosismo de buena ley. Estudia, trabaja, piensa, por parecerse a Galdós, en lo cual lo hace perfectamente, y yo espero y deseo que […] logre […] el ideal de la novela histórica». Reconocía el Salado serenidad y erudición, cualidades para crítico. Lo que le faltaba, a juicio del poeta, era un «eclecticismo en literatura», pues un joven como él «no tiene el derecho de confinarse en la vieja torre de hierro del parlar castellano». Concluía Nervo expresando su deseo:

> Yo espero ver añadidas a las serias cualidades que posee mi admirado amigo, *la de la elasticidad moderna del estilo, la del amor al matiz de ahora, tan delicado y expresivo, y la del gentil, elegante y sabia libertad de dicción*. Serán estas bellas cualidades, adunadas a las sólidas y vigorosas que Salado Álvarez posee, algo como los encajes finísimos de Bruselas, sobre los recios petos de los caballeros del Luis XIV…[163]

La fiesta de la palabra III
«Papel de la poesía en el periodo industrial»

«Mientras subsistan los tres grandes problemas del destino humano: amor, dolor y muerte –puntualizaba Salado Álvarez en su escrito «Papel de la poesía en el periodo industrial»–, la poesía subsistirá, y subsistirá a pesar de todos los descubrimientos científicos»

Salado Álvarez dividió su ensayo, que estaba dedicado a Pablo Macedo –abogado, positivista e integrante de «Los Científicos»–, en cinco apartados: «La prosaica edad que alcanzamos», «La poesía y la ciencia», «El arte y la industria», «La edad industrial es poética», y «La poesía en el periodo industrial». Si en el primer apartado encontraba que la vulgaridad, la pequeñez, y la insignificancia de la época hacían parejas con el confort, enemigo mortal de la belleza, en el segundo ciencia y poesía no se confrontaban, era necesaria la mirada del poeta para encontrar la belleza en los tiempos que corrían. La ciencia creaba un *nuevo tipo de belleza*. Arte e industria no podían mirarse por separado. La industria precedía y acompañaba al arte. Trabajar las materias primas más allá de su mera utilidad, recurriendo a colores y distintos tejidos, por ejemplo, les confería el ser objetos artísticos. El maquinismo, producto de una ley histórica ¿no merecía la atención de los poetas? Escribe Salado Álvarez:

[163] *Máscaras*…, p. 163-165. Las cursivas son mías.

«Para inventar las muflas o el tornillo sin fin, se necesitó más imaginación que para componer la epopeya más lúcida». Sí, la poesía era posible en el periodo industrial. Por ello tenía un papel, acaso más importante que la propia lírica o la novela al estilo de Víctor Hugo o Emile Zola:

> El poeta ya no será el confeccionador de frases, hombre culto, instruido, discreto y fino; ni será el lírico que a todo trance desea mostrar las llagas del alma; ni será el adorador de la forma, encerrado en su torre de marfil, en su *templo sereno*, que desea tres lectores y queda contento; ni mucho menos el autor de comedias de enredo que hace reír con equivocadillos y retruécanos.
> Será hombre que, aparte de amar y comprender la belleza, sienta grande y sincera compasión por todos los caídos, por todos los pobres, por todos los débiles. La poesía será, al mismo tiempo que un arte que eleve el entendimiento, una maza que derribe todos los obstáculos y un arma que sirva para alcanzar todas las reivindicaciones.[164]

Arma cargada de futuro,[165] la poesía tendrá, entre sus tareas, socializar a los hombres. Hacer que puedan alcanzar sus reivindicaciones. Ya no se trataba sólo de cantar a las gestas históricas, o de expresar los sentimientos amorosos de forma sensible y bella, la poesía podría cantar a los tiempos modernos, pese a lo que los poetas modernistas, o los escritores decadentistas pudieran decir. A contrapelo de ello, la modernidad encontraría sus juglares. Así, al jalisciense había correspondido el triunfo. Tres menciones más serían otorgadas: a Ángel de Campo,[166] Ricardo Gómez

---

[164] «Papel de la poesía en el periodo industrial», Victoriano Salado Álvarez, en *Revista Moderna*, junio 1 de 1902, pp. 167-172. Véase anexo 2.

[165] La frase, tomada en préstamo, es en realidad un verso de Gabriel Celaya del poema «La poesía es un arma cargada de futuro».

[166] Ángel de Campo Valle, conocido también como «Micrós», nació en la Ciudad de México el 9 de julio de 1868. Cuando los Juegos Florales de los estudiantes de Jurisprudencia, en 1902 estaba por cumplir 34 años. A los 22 ya había publicado *Ocios y apuntes*, de 1890; *Cosas vistas*, de 1894; *Cartones*, de 1897. Escritor costumbrista, cultivó la poesía, la novela, el cuento y la crónica. Su producción periodística fue abundante. Colaboró en *El Liceo Mexicano*, *El Partido Liberal*, *Revista de México*, *Revista de la Sociedad de Artes y Letras*, *El Nacional*, *El Mundo Ilustrado*, y *El Imparcial*. La novela *La Rumba*, novela por entregas en los años de 1890-1891 permite advertir los cambios en la ciudad de México de fines de siglo. Ángel de Campo cursó en la Escuela Nacional Preparatoria. Uno de sus maestros fue Ignacio Manuel Altamirano. De entre sus compañeros destacan Luis G. Urbina, Balbino Dávalos, Federico Gamboa. Murió en la ciudad de México el 8 de febrero de 1908. No alcanzó a cumplir los 40 años.

Robelo,[167] y Agustín Aragón.[168] El texto de Salado Álvarez vería luz en las páginas de la *Revista Moderna*. En el número correspondiente al 1 de junio de 1902. De la página 167 a la 172, se desplegaría el ensayo. La capitular con la que inicia el trabajo es de Julio Ruelas: un dragón se curva sobre sí para formar la «C» de la palabra «casi»; en la parte inferior, en la cola curvada, una mujer, desnuda, reposa como en una hamaca. Su cabello es agitado por un viento invisible. En el centro de esa «C», casi luna, un caballero –yelmo, peto y lanza en ristre sobre un Pegaso cuya cabeza no es la de un equino sino la de un águila–, se dirige hacia la doncella en un afán, se intuye, liberador.

Luego de su triunfo, Salado Álvarez publicaría en tres ocasiones más en la *Revista Moderna*. En el año de 1903 haría una «mascara» de Luis G. Urbina; escribiría un artículo sobre Carlos Díaz Dufoo en el que destacará la aparición de un nuevo periodismo al tiempo que lo reconocía como «uno de los escritores más elegantes que haya en México», y finalmente un texto más valorando la obra de Rafael Delgado, escritor que se mantenía dentro de la corriente hispánica y que era de los que podían –sostenía Salado–, «sacar de la cantera de nuestra idiosincrasia». Tendrá otras tantas colaboraciones en la *Revista Moderna de México* el año siguiente, en 1904.

La fiesta de la palabra IV
«Causas de la escasa producción literaria y maneras de evitarla»

A Leonardo S. Viramontes –que es un personaje huidizo a quien el tiempo le ha brindado el olvido, un olvido casi siempre injusto–, le correspondió el premio otor-

[167] Con 18 años Ricardo Gómez Robelo se presentó en los Juegos Florales. Había nacido en 1884. Su obra es escasa. Su primer libro lo publicaría en 1906 y lo titularía *En el camino*. El segundo, *Sátiros y amores*, vería luz en 1920. Es coetáneo, entre otros, del guerrerense Alfonso G. Alarcón y del poblano Rafael Cabrera. Participó en la protesta literaria contra Manuel Caballero. Integrante de la Sociedad de conferencias, disertó sobre «La obra de Edgar Allan Poe». Se pronunció contra el positivismo. Formó parte tanto del Ateneo de la Juventud como del Ateneo de México. Estará en contra de Madero y será procurador general de Justicia con Victoriano Huerta. En 1920, giros de la vida, Vasconcelos le llamará para que sea jefe del Departamento de Bellas Artes. Al parecer *Sátiros y amores*, que incluye ilustraciones de Roubaix de L'Abrie-Richey, estaría dedicado a Tina Modotti, un su amor enfermizo. Murió el 6 de agosto 1924.

[168] Agustín Aragón y León nació el 28 de agosto de 1870 en Jonacatepec, Morelos. En 1884 llegó a la ciudad de México para estudiar en la Escuela Nacional Preparatoria. Al término, se decidió por la Ingeniería. Fue topógrafo y geógrafo. A los 30 años colaboró con Justo Sierra en la obra *México, su evolución social*. Fue diputado por su tierra natal de 1900 a 1910. Impulsó la *Revista Positiva*, llegó a decirse de él que era «el pontífice del positivismo en México». De la extensión de su obra da cuenta José Luis Martínez en la obra *Semblanzas de académicos. Antiguas recientes y nuevas*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 2004. Agustín Aragón falleció el 30 de marzo de 1954.

gado por el señor gobernador, Ramón Corral. Este abandono no permite tener su fecha de nacimiento, pero sabemos que fue oriundo de Zacatecas. Todavía estudiante, hizo un poema de 78 cuartetos endecasílabos en honor de González Ortega y que sería leído con motivo de la develación de la estatua ecuestre del general el 15 de mayo de 1898.[169] En 1899 se tituló como licenciado en Derecho por el Instituto Literario de Zacatecas, y ese año fue nombrado secretario de la Junta Local de Bibliografía Científica en ese estado. Colaboró, entre otros medios zacatecanos, en *El liberal* y *El observador zacatecano*, del que fue su director. En el primero publicó un poema titulado «A Margarita» el 30 de diciembre de 1894; y en el segundo un texto titulado «Frente a frente» el 21 de enero de 1900. En este trabajo «recrea la figura del hombre intelectual como incomprendido, al que la opinión castiga, lo cual no importa porque es falsa y un yugo para las mentes. La calumnia no lo asusta ni lo humilla, al contrario, su encono lo exalta».[170] El que publicara en medios oficiales y cercanos al poder público dan cuenta de su cercanía con éste. Leonardo S. Viramontes será un poeta requerido en ceremonias oficiales. A más del poema a González Ortega, hará poemas en honor a otros próceres, entre ellos a Juárez.

La que parece ser su primera aparición pública en la capital de la República es la de los Juegos Florales de la Escuela Nacional de Jurisprudencia de 1902. Aunque en un libro posterior –*Gritos de alma*– se encuentran poemas fechados con anterioridad. Su estudio sobre las «Causas de la escasa producción literaria y maneras de evitarla», le hizo ganar el primer lugar sobre los trabajos del mismo título de Manuel Romero Ibáñez,[171] Juan Sánchez Azcona[172] y Agustín Aragón. Ese mismo año, unos

[169] Originalmente el monumento ecuestre de general Jesús González Ortega estuvo situado en el centro de la ciudad de Zacatecas, en la calle de Tacuba. En 1957, fue trasladado al parque «General Enrique Estrada», también conocido como Sierra de Álica. La obra en bronce fue realizada por Jesús F. Contreras. De Contreras es también la escultura ecuestre del General Ignacio Zaragoza, en Puebla; y la de Nicolás Bravo, también en la Angelópolis.

[170] En Reyes Herrera, Berenice, «De la tradición a la liberación. Poesía zacatecana 1880-1926», Tesis de Doctorado en Ciencias Humanas con especialidad en Estudio de las Tradiciones, El Colegio de Michoacán, presentada en enero de 2014, p. 75.

[171] Fuera de su participación en los juegos florales, no tenemos más información al respecto. Al parecer fue de origen oaxaqueño y estuvo relacionado, de alguna manera, con las escuelas normales de ese estado. Ello puede desprenderse de una noticia del 12 septiembre de 2018 que da cuenta de que un fondo bibliográfico que perteneció a Manuel Romero Ibáñez pasó a la Biblioteca «Victoriano A. Flores.» Otros fondos más fueron donados y los libros que los conformaban, de acuerdo a la información, datan de los siglos XVIII, XIX, y XX. Consultado el 20 de noviembre de 2018: https://oaxaca.quadratin.com.mx/inaugura-ieepo-biblioteca-con-acervo-historico-educativo-en-oaxaca/

[172] Juan Sánchez Azcona, opositor al régimen de Díaz, nació en la ciudad de México el 13 de enero de 1876 y falleció el 18 de mayo de 1938. En 1902 había cumplido 26 años. Diez años atrás había sido enviado a París a

meses más tarde, se presentará a los Juegos Florales organizados por los estudiantes del Colegio del Estado de Puebla. Otro será el tema, «Importancia del feminismo en México», pero también se llevará las palmas. El primer trabajo, «Causas de nuestra escasa producción literaria…», sería incluido en el libro *A través de «Reconquista»*, que sería publicado en 1909, y en el cual Viramontes realiza un estudio de la novela en México y el realismo en el arte a partir de la novela *Reconquista* de Federico Gamboa. El segundo formará parte de las «Memorias» del certamen y será abordado páginas más adelante.

«No se escribe porque no se lee. No se lee porque no se escribe», invocaba tautológicamente en el epígrafe que citaba palabras de Mariano Larra[173] y con el cual amparaba su estudio. Viramontes destaca la paradoja existente entre el, así lo consideraba, innegable progreso alcanzado en el país y la ausencia de producción literaria. Se pregunta: ¿Será que, por un antagonismo imposible, la génesis intelectual haya de encontrarse en razón inversa de la producción industrial […]? Apunta que los mexicanos son:

> Descendientes de una raza soñadora por excelencia, y ardiente como lo soles que la han desarrollado vigorosa y febril, tenemos el arte en la sangre, en las venas y nos agita casi por instinto el ansia insaciable de la emoción estética…. ¡y nuestra religión a la Belleza es muda y silenciosa, y no tenemos ya himnos que la ensalcen ni sacerdotes que la prediquen en aquel divino lenguaje de nuestros abuelos los romanos y de nuestros padres los españoles del siglo de oro!..[174]

Para Viramontes la literatura se encuentra repudiada y relegada a último término, está condenada al ostracismo. El estudio de las causas que la mantienen en ese estado y las medidas que se tomen para remediarlo permitirá su dignificación. Para comprender que ha ocurrido, recurre a la poesía como el ejemplo más claro, pues

---

estudiar ciencias políticas y sociales. Allí conoció y se hizo amigo de Francisco I. Madero, a quien acompañaría luego del inicio de la revolución mexicana como su secretario particular. Ambos se amigaron con el cónsul de México en París, Ignacio Manuel Altamirano. En la *Revista Azul* publicó poemas que dedicó a su amigo Agustín Aragón; un artículo dedicado a Federico Gamboa, y varios relatos. En la *Revista Moderna* publicó una «Mascara», de Jesús E. Valenzuela y en la *Revista Moderna de México*, en 1907, publicó un discurso en una fiesta en honor de Garibaldi.

[173] Viramontes parece referirse al español Mariano José de Larra y Sánchez de Castro, escritor costumbrista que, al lado de Gustavo Adolfo Bécquer, entre otros, representa al romanticismo en la península. José de Larra nació en 1809 y se suicidó en 1837, a los 27 años.

[174] Viramontes, Leonardo S., *Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirlas*, Eduardo Dublan, Impresor, México, 1902, p. 6.

sostiene que: «La poesía es la cifra, es el símbolo elocuente en que se condensan todas las grandezas, todos los anhelos, todos los ideales del alma nacional.» Y, en lo que parece ser un guiño al jurado, reconoce que entre «las obras mexicanas contemporáneas los nombres de Manuel Gutiérrez Nájera, Justo Sierra, José M. Vigil, Urbina, Díaz Mirón, Peza y tantos otros que en muchedumbre acuden al recuerdo, no puede declararse ni impotencia, ni esterilidad ingénita.».

Para sustentar sus afirmaciones, Viramontes hace un recorrido que arranca en la Conquista, pasa por la Colonia –en la que reconoce la notoria presencia de Sor Juana Inés de la Cruz junto con Carlos de Sigüenza y Góngora–, periodo al que, apunta, seguiría un mal gusto, sujetos como estaban a la influencia de la poesía española que decaía. Destaca la producción poética en la Independencia y recala en la generación literaria inmediata anterior, la que enfrentó al imperio y restableció la República, una generación que lo mismo tomó las armas que empuñó la pluma y en la que, a su juicio, el romanticismo tradujo fielmente la decepción que siguió a la Independencia, vistos los conflictos que le siguieron: el enfrentamiento entre conservadores y liberales, la guerra con los Estados Unidos de Norteamérica, la intervención francesa.

En aquel grupo, el que restableció la República, se encontraban «Zarco, Ignacio Ramírez, Ignacio Altamirano, Guillermo Prieto y tantos más, todos nobles y generosos, todos poetas y artistas, [grupo que] mostró la explosión más sublime del pensamiento mexicano.» Era el reconocimiento a los maestros de Justo Sierra. No había, en el pasado, «ningún agente contrario al desarrollo intelectual». Reconocido el progreso, una palabra, cara a Justo Sierra, se desprende de su recorrido histórico: evolución.

Pese al progreso alcanzado y las muestras de genio nacional a lo largo de su historia, Viramontes cifraba su diagnóstico en la falta de educación intelectual y artística. El pueblo era incapaz de apreciar el Arte en sus diferentes manifestaciones: la poesía, la novela, el teatro. Para ello era necesario impulsar la instrucción popular y proteger a los artistas. La «instrucción popular puede lograr mucho, en el sentido de dar a nuestro pueblo un ideal estético que hasta ahora le falta, haciéndole amar y buscar las creaciones del arte, los nobles placeres de la inteligencia.» Estaba cierto de que: «[…] hoy puede esperarse protección y aliento para el arte; hoy que marcha al frente del Gobierno intelectual un gran poeta, un gran artista, núcleo de nebulosa espléndida, a la cual se vuelven ansiosas todas las miradas.» Después de ese tercer guiño al jurado (el segundo había sido cuando evocó a los maestros del autor de *Cuentos románticos*), concluía recomendando diez puntos para superar la escasa producción literaria de ese momento:

I. Educación intelectual, literaria y artística.

II. Instrucción más profunda que extensa; detenida y sólida en el estudio de la literatura, especialmente en la española y la patria.

III. Certámenes, concursos, justas literarias; todos los medios de exhibición intelectual, todas las ocasiones de que el esfuerzo psíquico aparezca y aliente.

IV. Creación de corporaciones doctas, y selección de la aristocracia intelectual, para formar de ella un Senado del pensamiento y del arte.

V. Protección eficaz, decidida, del gobierno a todos los literatos y a todos los artistas,

VI. Creación de una Academia que vele por la pureza del lenguaje.

VII. Educación por la prensa. Prensa de ideas, de enseñanzas, de propaganda literaria.

VIII. Teatro Popular.

IX. Auxilio a las empresas de espectáculos teatrales, altos y bellos.

X. Trabajos bibliográficos. Difusión del libro y del periódico, poniéndolos al alcance de todos.

Sus propuestas se cifraban en que el poder público asumiera los apoyos a la creación artística y protegiera a sus productores. De los puntos antes señalados, llaman la atención dos de ellos, el que se refiera a la creación de un «Senado del pensamiento y del arte», y la creación de una Academia que vele por la «pureza del lenguaje», puntos que hacen pensar que la preocupación de Viramontes se inclinaba, fundamentalmente, por la calidad de las obras y la preceptiva. Sin embargo, Viramontes se mostraba contrario a lo que Gutiérrez Nájera llamaba «el necesario cruzamiento» entre las lenguas; o lo que Balbino Dávalos pedía: dejar atrás el miedo a que el idioma se corrompiera con la presencia de «arcaísmos, neologismo, extranjerismos, provincianismos y […] las formas bárbaras.» El idioma, concluía Dávalos, sabría defenderse solo y de ese encuentro saldría enriquecido. A Viramontes le preocupaba la creciente presencia del modernismo, la inclusión de neologismos, de nuevas formas de versificación. No obstante, reconocía que:

> […] los modernistas mexicanos no tienen, sin duda, responsabilidad tan grande como lo expuesto pudiera hacer creer, en el miserable empobrecimiento de nuestra lírica; y que hay otros culpables de él, mucho más culpables todavía.[175]

[175] Viramontes, Leonardo S., *Gritos del Alma*, A. Carranza e hijos, impresores, México, 1918, p. XXXVI.

Su estudio dejó atrás a los de Manuel Romero Ibáñez y Agustín Aragón. El tiempo sólo nos ha deparado el de Viramontes y el de Aragón. El de Viramontes fue publicado poco tiempo después; lo dedicó, como muchas de las obras que se imprimían en ese tiempo, al presidente Porfirio Díaz.

Los pasos de Viramontes apenas pueden seguirse. En 1906, centésimo aniversario del natalicio del Benemérito de las Américas, participará en el evento para conmemorarlo. Escribe una biografía y un himno a Benito Juárez, más conocida la primera que el segundo.[176] Pero el triunfo es para Rafael de Zayas Enríquez. A Viramontes le tocará un accésit. Tres años más tarde, en 1909 Porfirio Díaz, con vistas a la celebración del primer centenario de la Independencia de México, encarga a Julián Carrillo que escriba una ópera que la conmemore.

El músico, autor del Sonido 13 y devoto de Wagner, emprende la obra. A Viramontes corresponde escribir el libreto de la ópera «Matilde». En ella se narra el enamoramiento de una española, Matilde, y un criollo simpatizante de la independencia, León. El padre, realista, conoce la convicción del joven insurgente y, por supuesto, no la aprueba. En el desarrollo de las circunstancias que rodean a la Independencia, León morirá a manos del padre y Matilde se suicidará. La obra no sólo muestra los conflictos entre la Corona española y el movimiento independentista, recurre al drama de los enamorados que no alcanzan la realización de su amor. Tema eminentemente romántico. La obra no fue estrenada en el momento pensado. El inicio de la Revolución Mexicana lo impidió. Pasaron cien años para que fuera representada.[177]

«Matilde» está escrita en verso. El libreto desborda sensualidad e imágenes exóticas, hay una preocupación por la forma, el ritmo, el balance. Hay, también, un énfasis en la medida de los versos, amén de un refinado uso del lenguaje, característico del modernismo de la época.

Ese año, Leonardo S. Viramontes escribirá un opúsculo de 64 páginas titulado *La novela en México y el realismo en el arte: A través de* Reconquista*, último libro del Sr. D. Federico Gamboa*, publicado por A. Carranza e hijos. Lo escribe y lo entrega personalmente a Gamboa. En la entrada de su Diario correspondiente al 1 de mayo de 1909, escribe el autor de *Santa*:

---

[176] «Juárez era de aquellos héroes que inspiran miedo a los mismos dioses, según lo dijo el modesto Leonardo S. Viramontes.» En Henestrosa, Andrés, *Juárez en mi alma*, ed. Porrúa, México, 2008, p.83.

[177] Su estreno mundial se llevó a cabo el 30 de septiembre de 2010 en el Teatro del Centro Cultural Universitario «Bicentenario» de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

> Aparecido desde el 17 del mes pasado, hasta hoy no recibí el nutrido folleto de cincuenta páginas que el licenciado don Leonardo S. Viramontes se ha servido consagrarme […] Un estudio documentado y serio, en el que mucho se me favorece, y al que la prensa ha dispensado benévola acogida, que de sobra se merece. Es lo extraño, que yo no conocía a su joven y talentoso autor, quien desempeña un empleo en el ramo penal, no sé si en el grupo de defensores o en el de agentes del Ministerio Público; circunstancia que hará que los maleantes no puedan hincarle el diente, saliendo con la flor de que lo escribió y publicó por medro. En persona se sirvió llevarme su estudio a casa, y de lo poco que hablamos se me impuso el convencimiento de que, en cuestiones literarias, sabe bien lo que trae entre manos.[178]

En efecto, en el *Diario Oficial* de los Estados Unidos Mexicanos del 5 de julio de 1912, se menciona, lacónicamente como toda comunicación oficial, que el Lic. Leonardo S. Viramontes es defensor de oficio en los juzgados primero, segundo, tercero y cuarto de Instrucción; lo mismo que en los juzgados primero a cuarto Correccional.

En 1918 publica, en la ciudad de México, en Carranza e hijos, Impresores, su poemario titulado *Gritos de alma*. Tres partes lo conforman. La primera de ellas es un largo prólogo en el que hace un estudio y condena del Modernismo; la segunda es una recopilación de poemas escritos a lo largo de varios años (y entre los que incluye traducciones propias de tres poemas de Baudelaire: el prefacio a las Flores del mal, y los poemas «Bendición», y «El Albatros»); y la tercera es el libreto de la ópera «Matilde».

En la portada del libro –un libro en rústica–, cosa inusual, aparecen fragmentos de tres poemas, el primero tomado de *La Divina Comedia*, de Dante, del «Purgatorio», cantos I, XVIII, y XXX. Los otros dos pertenecen a Baudelaire –los ya señalados «Benediction» y «L'Albatros». En interiores, y luego de la palabra «Prólogo», tres fragmentos más de poemas a manera de epígrafe. Repite Dante con un fragmento del Canto III, «Infierno»; de Leconte de L'ile (sic) «Aux Modernes», y de Catulle Mendes, «Philomela». Lo que evidencia que Viramontes debió haber leído a Dante y a los poetas franceses en textos originales. En el libro hay tres traducciones de poemas de Baudelaire,

[178] Gamboa, Federico, *Mi Diario V (1909-1911)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995, pp. 20-21.

los ya mencionados y el prólogo a *Las flores del mal*.

Antes de iniciar su reflexión sobre el Modernismo, señala que en los últimos veinte años se ha vivido en el país un ambiente literario de hostilidad, son los años que van de 1898 a 1918. Se pregunta:

> ¿Será que la bandera de la escuela que los modernistas sustentan, más que bandera y más que escuela, entrañan una verdad patológica mortal, y que la Decadencia ha enervado con laxitud irremediable cerebros de donde brotaran, no ha mucho tiempo todavía, raudales de generosa admiración para las obras altísimas de la Poesía auténtica y legítima?[179]

Entre su estudio de 1902 y su libro de 1918 median 16 años y una revolución. Las cosas, para Viramontes, no sólo no se remediaron en los años siguientes a la justa poética, sino que se agravaron con la revolución mexicana que, para ese año, todavía no definía su rumbo, pese a la Constitución del 17. El libro es hoy, prácticamente, inconseguible. Hasta allí encontramos sus huellas. Después de éstas, no hay más. Sólo hay que añadir que muere en la ciudad de México en 1931.

Agustín Aragón. Las determinantes condiciones materiales

Si el estudio de Viramontes era un reconocimiento a los logros del presidente Díaz, e invocaba una mayor benevolencia de éste y de su gobierno para los escritores y artistas, el de Agustín Aragón era, dentro de lo posible, más crítico. Su estudio se publicó en la *Revista Positiva* del 1 de junio de 1902; es decir, que independientemente de los resultados estaba listo para salir de la imprenta apenas se hubiese terminado a justa poética.

Para Aragón el problema planteado podía explicarse fácilmente. Escribió: «Un artista, para producir, necesita disponer de todo su tiempo; y para lograrlo, le es necesario tener dinero para vivir. Por elevado que sea en su categoría el literato, no puede sustraerse su vida espiritual de la vida material.»[180] Las condiciones materiales determinaban los productos del arte y la vida espiritual. México era un país pobre, y por lo tanto no podía ofrecer ambientes favorables a los artistas. El poder, el dinero, el comercio eran preponderantes y el arte era visto como «una rama del comercio».

---

[179] Viramontes, Leonardo, *Gritos de Alma*, A. Carranza e Hijos, Impresores, México, 1918, p. V.

[180] Aragón, Agustín, «Causas de nuestra escasa producción literaria y medios para combatirlas.» En *Revista Positiva*, 1 de junio de 1902, México, p. 177.

La tiranía de la demanda era tal, que: «Los autores no son entre nosotros los grandes sacerdotes de la vida social, sino los infelices soñadores que ni siquiera la conquista de un *modesto pan* aseguran con sus producciones.»[181]

México era –destacó Aragón–, un país tributario de varias naciones europeas y de los Estados Unidos, lugares a donde iba la riqueza que el país producía. Las «clases ricas» tenían una cultura escasa y consumían «poquísimos» libros; y aquellos que sí los leían, vivían al día. Además –y la afirmación podía calar en el ánimo del jurado, como seguramente ocurrió–, añadió: «En nuestro país la riqueza no está ampliamente distribuida y por lo mismo se dificulta mucho el progreso social.»[182]

Entre sus propuestas, no sistematizadas como las de Viramontes, destacaba el difundir la cultura literaria en las escuelas; organizar un grupo de «hombres de letras sacrificados» que sistematizara materiales para el conocimiento de «nuestros grandes literatos»; impulsar la crítica para acabar con los «prestigios infundados». Aragón sostenía que ya no debería pedírsele más ayuda al gobierno, pues éste siempre la había otorgado a cuanta revista o asociación literaria la hubiese solicitado. Proponía, siguiendo el ejemplo de algunos países europeos, giras campestres «íntimas» que permitieran la convivencia y el intercambio de impresiones entre los literatos; impulsar la participación de éstos en cuanto evento conmemorativo hubiese; además, que los ricos del país contribuyesen pecuniariamente de manera «razonada» e «inteligente». Resumía:

> […] la vocación literaria espontánea es incompatible en nuestra época con la actividad material. Si esta vocación ha de cultivarse. El *voluntario es el progreso de la literatura*, para llenar bien su misión, ha menester de no preocuparse por la subsistencia, pues sólo así puede producir su cerebro y dar a conocer su patrimonio estético. La ausencia de estas condiciones en México explica la escasa producción de nuestra literatura.[183]

Agustín Aragón llegaba a los juegos florales con 32 años. Había nacido en Jonacatepec, estado de Morelos en 1870. Luego de sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria, se decidirá por la Medicina, carrera de la que cursará apenas dos años. Su vocación era la Ingeniería y hacia allí dirigió sus esfuerzos hasta graduarse de ingeniero

[181] *Ídem*, p. 181
[182] *Ibidem*.
[183] *Ídem*., p. 187.

topógrafo e hidrógrafo. En su juventud se afiliará al Positivismo hasta convertirse en su mejor representante. Lo que se aprecia en la publicación sostenida de la *Revista Positiva* de 1901 a 1914. Estimado por Justo Sierra, lo sería también por Porfirio Díaz. En 1900 ya era diputado al Congreso de la Unión por su natal Morelos.

Ese año, 1900, participó en la obra *México su evolución social*, con el capítulo «Población actual de México y elementos que la forman. Sus caracteres y su condición social». Allí, Aragón menciona que la población de México tiene como origen «tres cepas»: la europea, la africana y la americana; es decir, el conquistador, el esclavo, y el aborigen. Reconoce, también, las condiciones de la población indígena y señala que:

> […] ha venido formando uno de los primeros elementos entre los habitantes del país. En concepto de unos, mucho merece; en el sentir de otros, estorba para nuestro progreso, y lo que no tiene duda es que ha sido y será factor influente en la evolución de nuestra sociedad.[184]

Al positivista Aragón no le eran ajenos los problemas del país. Su participación en diferentes ámbitos así lo demuestra. Su aguda observación del papel que jugaban lo escritores en una sociedad dominada por los intereses mercantiles resulta interesante porque advierte el cambio de los tiempos, el imperio de la Modernidad. Una de las soluciones que propone, las giras campestres «íntimas», bucólicas, resultarían en algunos países de Europa, pero no parecían factibles en un país donde el café y el bar eran sitios acostumbrados por los jóvenes escritores mexicanos.

«El divino» Urueta y su discurso

Cada uno de los premiados llegó frente a María Teresa Limantour, la reina elegida por el joven poeta Abel Salazar. Cada uno de ellos se puso de hinojos, en el cojín destinado para el efecto, en señal de reconocimiento y sumisión a la belleza de la soberana de los Juegos Florales. Cada uno de ellos extendió las manos y recibió de su majestad el premio correspondiente. Los poetas presentes, uno a uno, leyeron sus composiciones. Las lecturas se alternaban con ejecuciones musicales. Antes de que el acto llegase a su fin se escuchó un «Ensamble», sin que sepamos el autor, el *reporter* no dejó más datos. Faltaban todavía, y eran esperadas, las palabras de Jesús Urueta, el mantenedor de los Juegos Florales. Su discurso rubricaría la fiesta de la lírica.

[184] Sierra, Justo, *México, su evolución social*, p. 30.

Al mantenedor le correspondía hablar en nombre del jurado. Elocuente y brillante, la fama la tenía bien ganada. Las palabras que Federico Gamboa escribió en su diario el 10 de marzo de 1901 nos dan una idea de ello:

> Jesús Urueta […] con el brillantísimo verbo que le es propio. […] acaba de regresar de Europa […] pensionado por un rico banquero de Chihuahua, Enrique C. Creel, […] se halla […] en la plenitud de su talento […] en la cúspide de la popularidad y de la fama. No sólo habla de perlas, sino que ha traído de ultramar una manera de accionar y de decir que cautiva y arranca aplausos, casi siempre ovaciones; no hace uso de la tribuna, ni siquiera la consiente, va y viene por el tablado, se aproxima o aleja de su auditorio, modula muy bien, declama, dispone de inesperados arranques, la voz es agradable, su figura juvenil lo ayuda… vamos, que es un actor de genio. / Comienzan a llamarlo «el divino» y «el griego», y él se ríe, se alza de hombros, pero en el fondo ha de sentirse halagado. La juventud intelectual está formándoles aura envidiabilísima.[185]

Un año había pasado desde que Federico Gamboa escribiera esas palabras. Urueta había nacido en Chihuahua en 1867. Le llamaban «el príncipe de la palabra». Era sobrino político de Justo Sierra pues se había casado con Tarsila Sierra y González, hija de Santiago Sierra: era, además, concuño de José Juan Tablada, quien casó con Evangelina Sierra y González.

A los 27 años se recibió de abogado y ya había publicado un libro titulado *Fresca*, libro que conjuga relatos y ensayos. Viajó a Francia e Italia y conoció a Rubén Darío. Luego de una estancia de cuatro años volvió a México. Tablada escribió en la *Revista Moderna* su «Máscara». «El público –señaló– conoce a Jesús Urueta… cuando transfigurado por la fuerza genial de su talento, airosamente erguido en la tribuna, se impone por la harmonía impecable de su gesto, por la sonora dicción de la palabra, por el esplendor de la suntuosa imagen y el vigor hercúleo de la Idea.»[186]

El dibujo hecho por Julio Ruelas acompañaba las elogiosas palabras de reconocimiento escritas por Tablada. Se puede observar la frente amplia, el cabello crespo peinado hacia atrás. La mirada se adivina profunda. Sobre el labio, el poblado bigote aguzado en los extremos sin ser imperial. Bigote que dejaría de usar en la edad madura.

---

[185] Gamboa, Federico, *Mi Diario III (1901-1904)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995, p. 38.

[186] «Jesús Urueta», en *Máscaras de la Revista Moderna*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, p. 135.

El orador esperó a que el silencio se hiciera; pasó su mirada por el auditorio antes de iniciar su panegírico. Dominado el escenario, empezó:

> Estudiantes de la escuela de Jurisprudencia: a vosotros dedico la primera frase de mi «Encomio del poeta», la frase amorosa que abre sin reservas las almas a la comunión de ideales y a la confidencia de esperanzas, en el acto viril de la fraternidad, divinizado en los Dioscuros por la leyenda y el efímeras, el Cristo que, por una prodigiosa fuerza de simpatía, sufrió en su corazón los dolores de todos y, así como los innúmeros cordajes de las selvas germinales juntan y acordan sus versículos de vida en el augusto psalmo de la primavera, hizo vibrar, orar, cantar los gritos y las maldiciones y las blasfemias de todos los hombres en la infinita armonía del amor universal.[187]

Reconocería, a sus 35 años, el tesoro que es la juventud y haría énfasis –rendido ante el primer argumento de la belleza femenina, que es la gloria o perdición de los hombres–, en «lo más bello del universo»: la mujer, el verdadero origen de la poesía:

> Con vosotros, amigos míos, puedo soñar con esos sueños aligeros que van muy lejos, en los gloriosos mitos de la poesía. A vosotros que por ser jóvenes llamaré divinos […] y que por ser divinos […] puedo hablaros de la magia del arte […] A vosotros que sois fieles y guardáis nuestras tradiciones de amor a lo bello […] A vosotros que amáis lo bello sobre todas las cosas y condensáis vuestro amor, con sus lágrimas y con su sangre, con su ternura y con su pasión, con su recuerdo y con su esperanza, con el alma de su alma, en lo más bello del Universo –En la mujer– *bella aun cuando se arrastren y silben en su corazón las serpientes medusinas y sea digna de la cuchilla de Perseo*, bella aun cuando olvide su sexo, como las Amazonas que se quemaban el seno derecho para disparar mejor con el arco las flechas de combate, puedo deciros que las notas más hondas y más altas del arte humano, las supremas exclamaciones del placer y del dolor, se deben a la sonrisa de la mujer, al beso de la mujer, a la abnegación de la mujer, a la crueldad de la mujer, a la infamia de la mujer, que es la fuerte, la sugestionadora, la invencible, la hija de Afrodita de oro que se ciñe en el Olimpo el cinturón de todas las voluptuosidades, y que nos hace exclamar con el poeta: «para hacernos locos, felices, desesperados; para hacer salir la llama de nuestras palabras, los versos de

[187] Urueta, Jesús, «Encomio del poeta», en *El Imparcial*, 29 de mayo de 1902, pp. 1 y 3.

> nuestro corazón y la demencia de nuestras acciones Dios derramó sobre los bellos perfiles la sombra de las pestañas y el fuego de las pupilas».[188]

Al destacar la sonrisa, el beso, la abnegación, la crueldad e infamia de que pueden ser capaces, así como su fortaleza como características de la mujer, cual hija de Afrodita, el poeta la asume como un ser contradictorio al quien el hombre debe tanto placer como dolor. Una mirada masculina que reconoce a la mujer de fin de siglo capaz de las emociones más sublimes. o de las pasiones más insanas («digna de la cuchilla de Perseo»). Por ello, dirá, es que los estudiantes, jóvenes por añadidura, organizaron «un festival de amor y de poesía». Sus vehementes palabras –que a ratos semejaban un salmo y otros un *in crescendo*–, resonaban en el auditorio. Los asistentes no se sentían defraudados. La observación que Federico Gamboa hiciera respecto de sus capacidades oratorias, de ese desplazarse por el escenario, lo hacían un actor consumado, dueño de la palabra y de sus gestos.

La justa poética será, así, una manifestación del «arte puro» en el cual «no suena la monótona voz de los filósofos escuetos que se creen dueños de la verdad absoluta», afirmará Urueta. Pero el mantenedor de los juegos debe, además, reconocer el papel del poeta en la sociedad:

> El poeta, señores, es el hombre que con más hondas raíces está ligado a la vida universal […] El poeta hunde en la vida las fibras palpitantes de su corazón y por eso toda la sangre derramada circula en sus venas, todos los dolores gritan con sus dolores, todas las lágrimas brotan con sus lágrimas y todas las esperanzas cantan con sus esperanzas.[189]

No obstante reconocer que el vate resume y canta los dolores de su pueblo, el mantenedor de los Juegos Florales no hará referencia alguna a la tragedia ocurrida en Guerrero, para lo que fueron organizados los Juegos Florales. Su encomio terminará destacando el poder de la palabra en boca del poeta:

> Así, cuando el poeta llega y canta, los hombres suspenden su querella, la agria voz de la disputa se acalla, los odios se desarman. Aquellos a quienes dividen las ciencias, las filosofías y las religiones, se acercan, se juntan se unen; y a medida que el verso fascinante penetra en su corazones hondamente, cada vez más allá, hasta el fondo, comienzan a sentirse amigos, hermano, hombres en fin, pobres

[188] *Idem*. Las cursivas son mías.
[189] *Idem.*

> hombres que sufren de los mismos sufrimientos, y en un instante heroico abren los brazos y las almas a la reconciliación y la concordia, mientras aquel que albergó en su alma los dolores de todos para poder crear la esperanza, el Poeta de Caridad, piensa en el fondo de la Historia: «¡he triunfado! La Humanidad entra poco a poco en el amor de Dios, en el reino de la eterna Poesía!...»[190]

La edición del 29 de mayo de 1902 de *El Imparcial* daba amplia cabida a los juegos Florales. Publicaba en la primera plana el discurso del poeta Jesús Urueta (con pase a la tercera, pues no era un discurso breve), y en interiores los poemas «Espectros Heroicos», de Abel Salazar: «¡Salve, oh musa!», de Enrique Fernández Granados: «Y el Buda de Basalto sonreía...», así como «Viejo estribillo», de un Amado Nervo que ya encontraba eco en los corazones de quienes lo leían. La nota de los juegos florales, que ocupaba cuatro de las siete columnas de la parte superior de la segunda página, iba acompañada de 12 fotograbados de los rostros de algunos de los jurados y de los ganadores. «Qué es lo que lograron los estudiantes –se preguntaba y respondía el autor de la nota– sacudir los cerebros de nuestros pensadores, presentar un risueño y encantador campo de pelea, y poder exclamar muy alto, nosotros hemos sido los heraldos de un combate, que tuvo por armas la inteligencia y por victoria la del talento».[191] De eso, lo creían firmemente, podían estar seguros.

De los 20 galardonados, cinco habían escrito en la *Revista Azul*, diez en la *Revista Moderna*, y tres en ambas. Dos mujeres, ya poetisas reconocidas, participaron.

Al mes siguiente, el 13 de julio, Jesús Urueta, Porfirio Parra, Agustín Aragón, Victoriano Salado Álvarez, Manuel José Othón, Emilio Rabasa, Salvador Díaz Mirón, y Enrique González Martínez resultaban electos diputados. Tres de los arriba mencionados habían participado en los Juegos Florales. Uno como mantenedor y los otros dos como concursantes. No que su participación fuera la causa, pero sin duda contribuyó a darles un mayor realce. A su manejo de la palabra se añadía su cercanía con el Poder.[192] Y eso no era despreciable.

---

[190] *Idem*.

[191] *Idem*. *El Mundo ilustrado*, semanario dirigido por Rafael Reyes Spíndola, publicó, el 8 de junio los poemas Ramón Adrián Villalba, Severa Aróstegui, y Laura Méndez de Cuenca. Una semana después publicaba el poema de Eduardo Colín. Publicó, además, un poema de Federico Escobedo que, ¿respuesta indirecta al modernismo?, decía: «¡Dichoso aquel que, lejos / del aire corruptor de las ciudades, / atiende á los consejos / de Dios y á las verdades, /del claustro en las calladas soledades!». Las cursivas son mías.

[192] En Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Ed. Porrúa, p. 41. Ese día, 13 de julio, murió el escultor Jesús F. Contreras. En su agonía, comenta Taracena, estuvo acompañado por Justo Sierra y Luis G. Urbina. Amado Nervo, en el sepelio, pronunciaría sentidas palabras.

Cuadro II
Juegos florales de los Estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia
(29 de mayo de 1902)
Jurado: Justo Sierra, Luis G. Urbina, y Balbino Dávalos
Mantenedor: Jesús Urueta
Junta Directiva: Juan R. Orci, Miguel Lanz Duret, y José María Lozano

Tema	Premia	Composición	Autor
«Lírica»	Escuela Nacional de Jurisprudencia	«Espectros Heroicos»	Abel Salazar (24) (1878-1925)
		«Salve Musa»	Enrique Fernández Granados* (35) (1867-1920)
		«Viejo estribillo»	Amado Nervo* (32) (1870-1919)
		«Ayer»	Eduardo Colín* (22) 1880-1945)
		«Nieves»	Salvador Martínez Alomia* (27) (1875-1920)
		«Y el Budha de Basalto sonreía»	Amado Nervo* (32) (1870-1919)
		«A Don Quijote»	Severa Aróstegui* (49) (1853-1920)
		«Germinal»	Ramón Adrián Villalba* (¿-?)
		«Sequía»	Laura Méndez de Cuenca* (49) (1853-1928)
«Amor Labor»	Secretaría de Relaciones Ignacio Mariscal		Manuel de la Parra (24) (1878-1930)

Fuente: elaboración propia. Los asteriscos refieren menciones que el jurado decidió otorgar.

Cuadro II
(continua)
Juegos florales de los Estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia
(29 de mayo de 1902)
Jurado: Justo Sierra, Luis G. Urbina, y Balbino Dávalos
Mantenedor: Jesús Urueta
Junta Directiva: Juan R. Orci, Miguel Lanz Duret, y José María Lozano

Tema	Premia	Composición	Autor
			Javier Santamaría* (48) (1854-1910)
			José F. Elizondo * (22) (1880-1943)
«Canto a Morelos»	Presidencia **Porfirio Díaz**	Desierto	
«Papel de la poesía en el periodo industrial»	Subsecretaríade Instrucción Pública **Justo Sierra**		Victoriano Salado Álvarez (35) (1867-1931)
			Ángel de Campo * (34) (1868-1908)
			Ricardo Gómez Robelo * (18) (1884-1924)
			Agustín Aragón* (32) (1870-1954)
«Causas de nuestra escasa producción literaria y maneras de evitarla»	Gobernador del Distrito Federal **Ramón Corral**		Leonardo S. Viramontes* (¿-?)
			Manuel Romero Ibáñez* (¿-?)
			Juan Sánchez Azcona* (26) (1876-1938)
			Agustín Aragón* (32) (1870-1954)

Capítulo IV

Los estudiantes poblanos
La preceptiva y el rechazo al Modernismo

El escenario que no fue

Si los estudiantes del Colegio del Estado consideraron en algún momento el Teatro Principal de la ciudad de Puebla para la realización de sus Juegos Florales, esta posibilidad se canceló tres meses antes de la realización de su evento: la noche del lunes 28 de julio. Esa velada se había presentado, por vigésima ocasión, la zarzuela «La enseñanza libre», en la que participaban las tiples Virginia Oro, y Florida y Acosta. Los alegres y picantes versos del «Tango del Morrongo»[193] arrancaron una sonrisa llena de picardía en los asistentes, tanto que de seguro resonaban en su mente al salir de la última función.

Pasada la una de la madrugada las artistas, algunos admiradores que, acaso, habían permanecido en espera de algo más que una mirada prometedora, el propio empresario, Alejandro Rodríguez –quien había alquilado el teatro y pianos unos meses antes para la presentación de la zarzuela–, salieron del teatro. Se apagaron las luces y todo quedó en calma. Nada presagiaba lo que vendría. Cuatro horas después el vecindario fue presa del pánico. El denso humo dejaba ver que el Teatro Principal se había incendiado. Dos horas bastarían para que el teatro quedara no reducido a cenizas, pero sí, inutilizable. Los dos pianos de la casa Wagner y Luvien que habían sido arrendados para la presentación, el vestuario de las cupletistas, sus ricos y elegantes mantones, el archivo de Rodríguez, el del propio teatro, butacas, cortinajes, todo fue consumido por el fuego. El techo se vino abajo y quedaron los muros ennegrecidos, lamidos por la violencia de las llamas.

---

[193] En parte, la letra del tango dice así: «¡Arza y dale!/ Yo tengo un morrongo/ que cuando en la falda/ así me lo pongo.../ ¡Arza y toma!/ Yo tengo un minino/ de cola muy larga,/ de pelo muy fino./ Si le paso la mano al indino/ se estira y se encoge/ de gusto el minino,/ y le gusta pasar aquí el rato,/ ¡ay, arza que toma,/ qué pícaro gato!». La obra, de un acto y cinco cuadros, de Guillermo Perrín y Miguel de Palacios, con música de Gerónimo Giménez, fue estrenada el 11 de diciembre de 1901 en el Teatro Eslava, de Madrid; siete meses después se presentaba, con éxito, en la ciudad de Puebla. María Conesa, «La gatita blanca», la haría uno de sus éxitos.

Un corto circuito, unido al deficiente mantenimiento del teatro, habría sido la causa. Aunque el propietario del cercano Molino de San Francisco, Serafín Maurer, facilitó su bomba de agua, no fue posible mitigar el incendio, lo que hacía patente la ausencia de un cuerpo de bomberos y la falta de previsión por parte de las autoridades en casos como éste. El Teatro Principal quedaría inutilizado por un largo periodo. Ante la suerte lamentable de los artistas y el empresario que quedaban en la calle, el Ayuntamiento dispuso del Teatro Guerrero para que las presentaciones continuasen. Tres meses después de aquellas pícaras presentaciones, el teatro se ponía serio: albergaría los primeros Juegos Florales de Puebla organizados por los estudiantes del Colegio del Estado.

Los primeros juegos florales de Puebla

Cuando emitieron su convocatoria, a mediados de agosto de 1902, es seguro que en la mente de los estudiantes del Colegio del Estado de Puebla estaban presentes los juegos florales realizados en la capital del país. Primero, en 1901, los de la colonia española residente en la Ciudad de México; y después, los impulsados por los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Con seguridad habían seguido, a través de la prensa, su desarrollo; observado qué autoridades gubernamentales eran convocadas, los temas sometidos a concurso, quiénes integraban los jurados, quiénes habían sido los ganadores, cuáles los premios otorgados, qué arreglos se habían realizado en ambos teatros, el éxito alcanzado. La resonancia de un evento de esta naturaleza, en términos literarios y políticos, no era despreciable, menos aún en términos culturales. Así lo probaba el beneplácito del gobierno de la República en la presencia de subsecretario de Instrucción Pública, Justo Sierra. Más aún, cuando éste parecía hacer eco de las tendencias literarias ahí planteadas, lo que para los profesores del Colegio del Estado de Puebla no dejaba de resultar, de alguna manera, alarmante. El Modernismo literario no era sólo una corriente literaria, era una forma de asumir la vida misma.

Festejar el nonagésimo segundo aniversario de la Independencia de México era la justificación que habían esgrimido los estudiantes del Colegio del Estado. Lo que hace extraño a dicho festejo. Lo usual es celebrar el lustro, la decena, el quincuagésimo, los setenta y cinco años o el centenario, pero el nonagésimo segundo salta de la cuenta quinquenal. Al parecer, la celebración era una respuesta –apresurada y efectiva, al menos para la ciudad de Puebla– a los juegos florales de los estudiantes de Jurisprudencia de la capital celebrados unos meses antes, lo que trataremos de mostrar.

Aunque la convocatoria disponía que el 25 de septiembre sería el plazo límite para la recepción de trabajos, se decidió ampliarlo diez días más, de tal suerte que cerró el 15 de octubre y el 31 del mismo mes quedó como la fecha de premiación.

La invitación al torneo literario, dirigida a «todos los escritores de la República», contemplaba cinco temas: el primero de ellos era «Poesía lírica», con tema libre. El segundo, un «Canto al trabajo». Estos temas serían una composición en verso. El tercero llevaba por título «Influencia moral y social de la lectura de novelas en la juventud». El cuarto, convocó a la reflexión de la «Importancia del feminismo en México». El quinto y último tema llevó por título «Valor estético de las obras de la escuela decadentista». Poesía en los dos primeros temas, prosa en los tres restantes.

Once eran los puntos contemplados en las bases del certamen. La correspondencia debería dirigirse al Lic. Felipe T. Contreras, calle del Hospicio núm. 9, de la ciudad de Puebla. Se solicitaba que los trabajos se presentaran en dos sobres cerrados, en uno de ellos debería ir la composición firmada con un lema y en el otro el nombre del autor, lo que garantizaría la imparcialidad del jurado. Con oportunidad, las composiciones premiadas se publicarían en la prensa y, en el certamen, se abrirían los sobres que contenían los nombres de los ganadores. Al ser proclamados, los triunfadores recibirían de mano de la soberana el premio respectivo. Las composiciones en verso serían leídas y, si el jurado lo determinara oportuno dado su extensión, también las composiciones en prosa.

El jurado estaba integrado por el profesor Manuel Lobato, por el doctor Rafael Serrano, y por el licenciado Felipe T. Contreras. El cargo de mantenedor, el encargado del torneo literario, lo desempeñaría el licenciado Ernesto Solís. Firmaban la convocatoria los estudiantes Agustín Cruz y Celis, Juan Quintana, Francisco L. Casian, Agustín Galindo, y Rafael Cabrera. Resulta curioso que los convocantes fueran, exclusivamente, estudiantes de una sola carrera: medicina; y no de derecho, como podría esperarse.[194]

La ciudad de los Ángeles. La heroica de Zaragoza

Por sus orígenes es la Puebla de los Ángeles,[195] por la victoria de las fuerzas naciona-

[194] El dato se desprende del trabajo de Morales Guillén, Beatriz, «Catalogación de títulos profesionales. Archivo General del Estado de Puebla, sección de Títulos Profesionales 1879-1919», Catálogo para obtener el título de Licenciada en Historia, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, Pue. 2003, pp. 32-36. Cruz y Solís, L. Casian, y Agustín Galindo obtendrán su título en 1906; Juan Quintana en 1907 y Rafael Cabrera en 1911.

[195] Quizá valga la pena recordar brevemente la leyenda en torno a la fundación de la Ciudad. Fray Julián de

les sobre las fuerzas napoleónicas en mayo de 1862 es la Puebla de Zaragoza. Así sería nombrada por el presidente Benito Juárez cuatro meses después, el 25 de septiembre de ese año que resultaría memorable. La primera denominación devendrá conservadora; la segunda, liberal. Fuerzas políticas en constante enfrentamiento que se expresarán en los diferentes ámbitos de la vida social, la intelectualidad incluida. Éstas se manifestarán en las diferentes coyunturas políticas que vivirá el país. Hacer un corte rotundo no resulta lo mejor para el análisis. Las manifestaciones de la intelectualidad conservadora y liberal coexisten, se superponen; en los avatares de la historia dominan alternativamente, una u otra pasan a un segundo término, negocian, se adecuan, pero nunca desaparecen. En ocasiones su enfrentamiento será a muerte.

Al inicio del siglo XX, en 1902, se tiene una descripción de la ciudad en el *Directorio y guía de la ciudad de Puebla* de Atenogenes N. Carrasco, publicado por

---

Garcés –aragonés de origen y perteneciente a la orden de los dominicos– llegó a la Nueva España en 1529. Obispo que sería de la diócesis de Tlaxcala, no ignoraba la petición de los conquistadores de que fuese fundada una ciudad entre la Villa Rica de la Veracruz y la ciudad de México. Ochenta leguas separaban a una de la otra, y luego cruzar el atlántico requerían de un lugar de descanso. Ocupado en estos menesteres, la solución no habría llegado en la vigilia, sino en los sueños: «[…] estos designios promovía y fomentaba grandemente el Illmo. y Reverendísimo Obispo, y como los sueños son la sombra de los cuidados, hacen que se sueñe en la noche lo que se piensa de día; una noche que yacía el Venerable Señor en el humilde lecho de su descanso, se presentó su fantasía, regido por superior instinto, que en este sueño veía una hermosísima Vega, en cuyo largo y anchuroso espacio la famosa sierra de Tlaxcala estendía su dilatada falda, cuya amena y apacible llanura cortaba y dividía de si misma el paréntesis de dos ríos […] no era árido el campo, no estéril; porque en varios Ojos de agua, ya sulfúrea, ya luminosa, ya pura y cristalina, que abria la tierra á proporcionadas distancia, le nacía la alegría y le brotaba la amenidad, y aunque en partes se dejaban ver algunas malezas de ramajes y de troncos inútiles e infructíferos, este vicio de la tierra era ecseso de virtud que desahogaba asi su inculta fertilidad. Veia mas en sueño el Venerable Obispo, porque veia dos Angeles que con el cordel de Alarifes, medían aquel Campo, ya de Oriente a Poniente, ya de Norte a Sur, como quien monta una fábrica y traza los fundamentos de una Ciudad; a no ser misterioso y celestial este sueño hubiera tomado el Doctisimo y Religiosisimo Obispo, como de hecho tomó, la resolución de salir a buscar el sitio que había soñado; pero el mismo instinto superior que le ecsitó el sueño le certificó el arcano: levantóse del lecho y acompañado de algunos familiares, tomó el camino que salía de Tlazcala para la parte Sur, y habiendo caminado cinco leguas, luego que descubrió los ya conocidos y previstos Cerrillos, tuvo un cierto prenuncio de haber llegado y hallado el sitio que le revelaba el cielo. […] salió el Venerable Prelado, rodeó el país, reconoció las señas, vió la latitud y proporción del terreno, hecho por naturaleza para sitio de una Ciudad sólida y plano firme, despejado, alegre, con lo cual lleno de regocijo se refiere haber esclamado: 'Este es el sitio que mostró el Señor y aquí quiere que funde la nueva Ciudad'. Comprobóse la verdad con el evento porque habiendo obtenido la deseada y pretendida licencia […] se fundó la Ciudad en el mismo sitio en que lo motearon los Celestiales y Angelicos alarifes, que con los mismos cordeles con que la delinearon, tomaron las grandes medidas de su esclarecido nombre.» Villa Sánchez, Fray Juan, *Puebla sagrada y profana. Informe dado a su muy Ilustre Ayuntamiento el año de 1746*, Impreso en la Casa del Ciudadano José María Campos, calle de la Carnicería número 16, Puebla, 1835, pp. 12-14. Edición facsimilar de Editorial Maxtor s/f. Las cursivas son mías. El 16 de abril de 1532 sería la fecha de la fundación de la ciudad.

la Escuela de Artes y Oficios del Estado. Directorio de 110 páginas en las cuales, afirmaba su autor: «Contiene quanto (sic) pueden necesitar los viajeros y hombres de negocios. Itinerario de ferro-carriles y el plano de la ciudad, formado por el método fácil y sencillo, por el cual se encuentran inmediatamente las calles, edificios públicos y templos que se busquen». Al observar el plano de la ciudad de Puebla en el inicio del siglo XX, que había conservado y ampliado la traza original del XVI, se advierte una ciudad pequeña y pujante. En efecto, el viajero o el hombre de negocios podría encontrar fácilmente cuanto necesitase. Su traza en damero permitía ver la profundidad de las calles; ya fuera en dirección norte-sur u este-oeste. Se indicaba, además, la posibilidad de caminar por sus calles para mejor admirar sus casas de estilo neoclásico o afrancesado en algunos casos; caminar por sus parques, ya fuera el nuevo «Paseo Bravo» o el viejo «Paseo de San Francisco», parque edificado a la vera del río del mismo nombre, río que ya acusaba los efectos de las descargas domésticas e industriales.

Antes. En 1891, Manuel Caballero había publicado el *Primer Directorio General del Estado de Puebla.* El *Directorio y guía de la ciudad de Puebla,* de Atenogenes N. Carrasco, fue publicado once años después, en 1902. Ambos dan cuenta de la importancia comercial de la ciudad angelina.

Si el mapa de Atenogenes nos da una idea de las características urbanas de la ciudad, el Censo realizado en el amanecer del siglo nos proporciona información en cuanto a los habitantes. En 1900 la ciudad tiene cerca de cien mil habitantes. 45,018 son hombres y 53,914 mujeres; poco más del 1% son extranjeros.[196] La ciudad capital cuenta con 172 abogados, 57 médicos, 22 ingenieros, 19 profesoras en partos, 18

[196] El Censo de población verificado el domingo 28 de octubre de 1900, y que sería dado a conocer tres años después, da como total de la población en el estado 1,021,133 habitantes, de los cuales 495,571 son hombres y 525,562 mujeres. La ciudad de Puebla –de acuerdo con los datos señalados arriba–, concentraba el 9.7% de la población de la entidad con 98,932 habitantes. Para el caso de los extranjeros, el censo de 1900 registra 48 alemanes ((32 hombres y 16 mujeres); 9 hombres de Austria-Hungría; 5 de Bélgica (3 hombres y 2 mujeres); 1 hombre de Brasil; 4 de Colombia (3 hombres y 1 mujer); 96 de Cuba (43 hombres y 53 mujeres); 3 hombres de Chile; 3 hombres de China; 1 hombre de Dinamarca; 2 hombres de Ecuador; 648 de España (514 hombres y 134 mujeres); 215 de Estados Unidos (131 hombres y 84 mujeres); 132 franceses (95 hombres y 37 mujeres); 9 guatemaltecos (3 hombres, 6 mujeres); 2 holandeses; 1 hondureño; 54 ingleses (30 hombres y 24 mujeres); 44 italianos (36 hombre, 8 mujeres); 1 japonés; 2 nicaragüenses; 2 peruanos; 2 portugueses (1 hombre, 1 mujer); 4 Rusos (tres hombres, una mujer); 4 salvadoreños (2 hombres, 2 mujeres); 1 dominicano; 7 suizos; 16 turcos (7 hombres, 9 mujeres); 6 uruguayos (4 hombres, dos mujeres); 1 venezolano. El total de extranjero residentes en la ciudad de Puebla era de 1,323; de los cuales 943 son hombres y 380 mujeres. En el *Primer Almanaque Histórico, Artístico y Monumental de la República Mexicana*, que Manuel Caballero (editor de *El Noticioso*) elaboró entre los años de 1883 y 1884 –16 años antes del referido Censo–, la población de la capital del estado de Puebla era

notarios, y siete dentistas.[197] En 1901 concurrían al Colegio del Estado 273 alumnos. El año siguiente, 1902, y debido, en primer lugar, a la incorporación de mujeres a los estudios, y en segundo, a la apertura de las carreras de Comercio y Telegrafía práctica, la matrícula se incrementó hasta alcanzar los 457 estudiantes.[198] En 1901 fueron registrados 16 nuevos profesionistas y al año siguiente, 11.[199]

Al finalizar el siglo XIX, Puebla se encontraba comunicada con el país a través de tres líneas férreas: el Ferrocarril Mexicano, el Interoceánico, y el Mexicano del Sur. En palabras de Carlos Contreras Cruz:

> […] la ciudad de Puebla se encontraba entrelazada con las principales ciudades del estado, así como con los estados de Veracruz, Oaxaca, Morelos. Tlaxcala, Estado de México y por supuesto con la ciudad de México. Al igual que el Ferrocarril Mexicano, el Interoceánico proporcionaba a los viajeros «dos corridas» diarias a la ciudad de México. Por lo tanto, al empezar el nuevo siglo los habitantes del estado podían emprender cuatro viajes diarios a la capital, lo cual nos da una idea de la ampliación en las posibilidades de movilidad de la población y del flujo comercial que se podía establecer entre ambas ciudades.[200]

Ocho líneas de ferrocarril interurbano, «con tracción de sangre», mulas o asnos, recorrían la ciudad a lo largo de los 52 kilómetros de vía que alcanzó a finales del

---

de 73,708 habitantes, información que habría sido obtenida de la Secretaría del Gobierno del Estado. El referido *Almanaque*, que alternaba información variopinta, económica, geográfica y artística, contó con la participación de, entre otros, Ignacio Manuel Altamirano, Carlos de Olaguibel y Arista, y Juan de Dios Peza, integrantes de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. El *Almanaque*, un volumen de cerca de 400 páginas, fue impreso en Nueva York por The Chas. M. Green Printing Co. Entre los datos del *Almanaque* y el censo, se puede advertir un crecimiento acelerado de la población en la capital. La información referente a Puebla se encuentra en las páginas 254-257.

[197] Figueroa Domenech, J., *Guía general descriptiva de la República Mexicana: Historia, Geografía, Estadística, etc. Con triple directorio del comercio y la industria, autoridades, oficinas públicas, abogados, médicos, hacendados, correos, telégrafos y ferrocarriles*, Barcelona, 1899, pp. 506-520.

[198] Huerta Jaramillo, Ana María Dolores, *Los estudiantes poblanos en 1910*. Gobierno del Estado de Puebla, 1992, p. 6.

[199] Morales Guillén, Beatriz, *Op. Cit*., En 1901 fueron expedidos los títulos de Profesor de instrucción primaria a siete personas; cuatro lo fueron de Partera, uno de Agente de Negocios, dos abogados y un médico. En 1902 se registrarían11 títulos de Profesor de Instrucción primaria, y uno de Partera. Los de instrucción primaria corresponden al Instituto Normal del Estado.

[200] Contreras Cruz, Carlos, *La gran ilusión urbana en la ciudad de Puebla durante el porfiriato (1880-1910)*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013, p. 60. El viaje de Puebla a la ciudad de México se hacía en dos horas con treinta minutos.

porfiriato; el recorrido de un punto a otro –aunque los había un poco más largos– era de aproximadamente, 15 minutos. Las salidas se encontraban en diferentes puntos de la ciudad. Algunos partían de la Plaza de la Constitución, frente al pasaje del Ayuntamiento o el portal Iturbide, y llegaban a las orillas de la urbe. Hacían el recorrido de ida y vuelta. La traza de la ciudad la constituían menos de 200 manzanas conformadas por edificaciones y solares.

La actividad comercial, como podía observarse en los anuncios que ambos directorios contenían, se daba en el centro. Allí, en la calle Mercaderes, se encontraban los principales comercios. El *Primer directorio general del Estado de Puebla* registra en la segunda calle de Mercaderes la dulcería y pastelería francesa Aug. Faure & Comp., que además de los dulces importaba la cerveza Ehrhardt Freures, de Estrasburgo. Ahí se encontraba, también, pero en la esquina de San Pedro, el Gran Hotel Español, que se preciaba de su restaurant francés. El almacén Lions hermanos, que se especializaba en lencería y ropa fina extranjera, estaba en el número 4. La sucursal del Banco Nacional de México se ubicaba en la segunda de Mercaderes. Muy cerca se encontraba la cantina de Agustín Faure y compañía. La Drogería Universal, de Armando Roig, se ubicaba en el número 3. Mercaderías para los gustos afrancesados y exigentes.

Los hoteles se repartían en las calles del centro. De la estación del ferrocarril, ubicada al poniente y al norte de la plaza principal, a una distancia de 15 cuadras, salían los transportes arrastrados por mulas. Las actividades fabriles, en las que Puebla destacaba, se realizaban en las orillas de la ciudad. Si la ciudad había sido parcialmente destruida en el sitio de 1863, en el último cuarto de siglo la reconstrucción se había iniciado y su modernización estaba en marcha.

La fiesta del 31 de octubre

Esa noche, lo más selecto de la ciudad se había dado cita en el teatro que llevaba el apellido del empresario que tuvo la iniciativa de construirlo en el año de 1862: Ignacio Guerrero y Manzano. Ubicado en el Portal Hidalgo, en pleno corazón de la ciudad, el teatro lucía deslumbrante gracias a la profusa iluminación de que había sido objeto. Estaba artísticamente decorado, tanto en su exterior como en su interior, con decenas de focos. No era sólo la cálida luz que produce el filamento incandescente, también había focos de colores, lo que contribuía a destacar el inusual ambiente de fiesta. En el vestíbulo, la fragancia de rosas, gardenias y jazmines que inundaban el auditorio provocaban una sensación de bienestar. Era una primavera nocturna, sensual –pese a ser otoño–, en el que los olores se confundían despertando los sentidos

y la sensibilidad de los asistentes. El ambiente los predisponía para someterse al imperio de la palabra, a la poesía que estaba a punto de escucharse luego del acto de premiación.

En los palcos, cuyos antepechos estaban cubiertos por delicadas gasas en colores rosa y azul agitadas por discretas corrientes de aire, destacaban las señoritas por su juventud, gracia y belleza, las damas por la elegancia de sus vestidos; los caballeros, igualmente elegantes se comportaban con propiedad. Los aplausos, que acallaban el roce de los vestidos de las damas de honor cuando éstas iban de un lado a otro, no cesaban.

La galería, cubierta con grandes cortinas tricolores, recordaba que el origen de la fiesta, la gran fiesta, la primera en su tipo en la ciudad, era la celebración del nonagésimo segundo aniversario del inicio de la Independencia. Civilidad, buen gusto y elegancia eran la nota. La concurrencia, así lo podían constatar los asistentes con ufana satisfacción, era de lo más fino. La Puebla del poder y la Puebla de la inteligencia, representada por el Colegio del Estado, la Escuela Normal del Estado, y el seminario Palafoxiano, se daban cita.

Al centro del escenario, sobre una mesa dispuesta para el efecto, los premios. El ofrecido por el reelecto gobernador del Estado, el controvertido General Mucio P. Martínez; el del H. Ayuntamiento de la ciudad, y los ofrecidos por las colonias alemana, española, y francesa.

El gobernador –cuyo nuevo periodo había iniciado en 1901 y debía terminar en enero de 1905–, había obsequiado un cuadro intitulado «L' Appel au Passeur», de un pintor apellidado Santín, y al que la prensa no dudó en calificar de «primoroso». Sería el premio al triunfador del primer lugar en el tema «Poesía lírica». El H. Ayuntamiento de la ciudad, presidido por Leopoldo Gavito, destinó dos «preciosos» y exóticos tibores chinos para el ganador del tema «Un canto al trabajo». La colonia alemana se hizo presente con una estatua de terracota para quien obtuviese los laureles del tercer premio en el tema «Influencia moral y social de la lectura de novelas en la juventud».

La colonia española premiaba el cuarto tema, «La importancia del feminismo en México», con un diploma en seda donde, al óleo, se representaba una alegoría de la gloria: una matrona con una antorcha en una mano y una corona en la otra; además, una medalla «exquisitamente trabajada» en cuyo frente estaba el escudo de España y la leyenda: «La Colonia Española de Puebla. Al Mérito Literario»; era de oro macizo, seis o siete onzas, cercada de brillantes y rubíes; en el anverso, flanqueada por dos ramas de olivo, la frase «Juegos Florales organizados por los estudiantes del Colegio

del Estado de Puebla. 16 de Septiembre de 1902». La medalla fue valuada en no menos de dos mil quinientos pesos, lo que no era poco, y había sido elaborada en la misma ciudad de Puebla, para orgullo de sus joyeros y de la colonia que la ofrecía.

El de la colonia francesa, premio para el ganador del quinto tema –«Valor estético de las obras de la escuela Decadentista», era un grupo en bronce que la prensa de la época no dudó en calificar de «soberbio»; se titulaba «La Voix du Devoir» y era obra de Charles Theodore Perron, escultor francés nacido en 1862 que había participado en los Salones de París y recibido una distinción en 1900 en la Exposición Universal. El grupo en cuestión se componía de dos figuras: la de un hombre con el torso descubierto que, con la mano izquierda, sostiene un hacha cuya cabeza es apoyada en el piso. En su mano derecha sostiene una daga no por la empuñadura sino por la hoja. A su espalda, una figura femenina coronada de laureles. Una coraza le protege. En el peto sobresale la representación de una cabeza de león crinado, símbolo de realeza y justicia divina.[201] En su mano izquierda sostiene una bandera en tanto que la derecha, con el índice extendido, señala al hombre un rumbo, el rumbo a que el deber le obliga, tal la voz del deber. El conjunto da una sensación de fortaleza, determinación, y confianza. Los premios, a juicio de la prensa de la época, eran espléndidos.

Era el viernes 31 de octubre de 1902 y el festejo había comenzado treinta minutos después de las nueve de la noche. No sería el ganador de la flor natural quien designaría a la reina de los juegos. En su ausencia lo hizo el jurado calificador. De entre las 19 bellas y jóvenes candidatas, la designación recayó en la señorita Carmen Blumenkron. Radiante, encantadora, elegantemente vestida con un atuendo gris perla, caminó entre atronadores aplausos hasta alcanzar el escenario donde cortinajes de seda, sostenidos por elegantes alabardas, enmarcaban el dosel tapizado en rojo y oro que le estaba destinado. Una lluvia multicolor de pétalos cubrió el paso de la reina.

Le seguía, solemne, su corte de amor compuesta por las restantes 18 damas.[202] «Un delicado ramillete de flores, suaves y delicadas», radiantes, igualmente bellas, que se acomodó en un suntuoso ajuar imperial, estilo Luis XV, propiedad del Ayuntamiento. El escenario, convertido en salón regio, albergaba ya a la reina de los Juegos, a

[201] El león: «Es la fuerza, la majestad, el coraje, la fortaleza. En los bestiarios se dice que es el Hijo de la Virgen María y se identifica con Jesús.» En Cabral Pérez, Ignacio, *Los símbolos cristianos*, Trillas, 1995.

[202] Los apellidos de las integrantes de la Corte de Amor pueden dar una idea de algunas de las familias más connotadas de su tiempo en la ciudad de Puebla: Jacoba Olea, Josefina Bretón, Josefa Gómez Daza, Josefina Alatriste, Ana María Isunza, Josefa Traslosheros, Anita Ortiz Rodríguez, Julia Revilla, Carmen Haro, Esther Díaz Ceballos, Amalia Hevia, Concha Sánchez Gavito, Elisa Rivera, Enriqueta Contreras, Delfina Pérez Salazar,

su corte de amor, y al jurado calificador. Los ganadores de la justa desfilarían uno a uno para recibir su premio. La Bella Época se dejaba sentir en los vestidos decorados con aplicaciones, entallados y acinturados de largo vuelo que resaltaban a un tiempo, gracias al *corset*, el busto y la cadera. A la vista quedaban, con decoro, el cuello, los antebrazos, y las manos cuando éstas no lucían los estimados guantes de cabritilla.

El Jurado

El jurado calificador estaba integrado, como ya se ha señalado antes, por tres catedráticos del Colegio del Estado: Manuel Lobato, Rafael Serrano, y Felipe T. Contreras. El profesor Manuel Lobato Hermoso, había nacido al norte del estado de Puebla, en Teziutlán, en 1863. Era catedrático del Colegio pese a no haber terminado la carrera de Jurisprudencia. Impartía cursos, además, en la Escuela Normal del Estado y en colegios particulares. Era un crítico literario. Un trazo biográfico lo recuerda políglota: habría estudiado sánscrito, hebreo, latín, griego, francés, inglés, ruso y alemán; además de náhuatl. Era un gramático consumado. Su agudeza de pensamiento lo llevó a cultivar el epigrama y su perspicacia la sátira. Tenía, en ese 1902, 39 años.[203]

El doctor Rafael Serrano, de 44 años, había nacido en Puebla en 1858. Fue alumno del Seminario Palafoxiano; cursó medicina en el Colegio del Estado. Luego inició la carrera de abogado sin concluirla. Era un hombre de ciencia que se había recibido con un trabajo titulado «Fragmentos de Psiquiatría óptica». Escribiría, más adelante, los trabajos «Galerías de Lógicos Modernos», «Un caso de Criptestesia», y «El Sueño de la Embriaguez y la Embriaguez del Sueño». Sería director del Colegio del Estado en un año crítico: 1910 y luego, en el nuevo régimen, de 1921 a 1924.[204]

Felipe Teódulo Contreras nació en 1864, había dejado su natal Ixtacomitán, Chiapas, para realizar sus estudios de abogacía en el Colegio del Estado. Los terminó en 1890. Era catedrático de Instrucción Cívica y Derecho Usual en la Escuela Nor-

---

Lola Ibarra, Gertrudis Diego y Guadalupe Almendaro, en *Los juegos florales de Puebla, organizados por los alumnos del Colegio del Estado*, Puebla, Talleres de la Imprenta Artística, Puebla, 1903. Pp. 343-344.

[203] Cordero y Torres, *Diccionario Biográfico de Puebla*, Centro de Estudios Históricos de Puebla, Puebla 1972, P. 371., y De la Torre Villar, Ernesto. *Biobibliografía de los escritores de Puebla y Tlaxcala*, UNAM, México, 2009, P. P. 401. De la Torre toma como fuente a Cordero y Torres, y éste no se distinguía por la precisión de los datos.

[204] Moreno Delfino C., «Hombres ilustres del Colegio del Estado (II)», en *Tiempo Universitario*, Gaceta histórica de la BUAP, año 10, número 9, junio de 2007, Pp. 5-6. Rafael Serrano sucedería al licenciado José Rafael Insunza, director del Colegio del Estado en el periodo de 1894 a 1910, quien renunciaría en protesta a raíz de la represión que el gobierno de Mucio Martínez ejerciera en contra de la manifestación organizada por los estudiantes del Colegio del Estado el 8 de julio de 1910.

mal para Profesores (de la que sería su director), y de Elocuencia Forense en el Colegio del Estado. Llegaría a ser Magistrado suplente del Tribunal Superior del Estado. Era un literato que un año después publicaría el libro de poesía titulado *Épicas y líricas,* al que otro ensayista, Atenedoro Monroy, le haría el prólogo.[205] En ese 1902, Felipe T. Contreras frisaba los 38 años. En 1895 había publicado en la *Revista Azul* un relato denominado «Luisa». Dos poblanos y un chiapaneco conformaban el jurado.

El mantenedor de los juegos –el encargado de presidirlos–, fue el licenciado Ernesto Solís quien había nacido en Pichucalco, Chiapas, en 1865. Un año mayor que su paisano Felipe T. Contreras. Estudió abogacía. Ambos se recibieron el mismo año: 1890. Solís colaboraría en diferentes publicaciones, entre ellas *El eco de la prensa*, *El ensueño*, y *El Quijote*; sería integrante del Colegio de Abogados y llegaría a Magistrado del Tribunal Superior, además de llegar a ocupar una diputación local. Había publicado, en 1899, un libro de poesía titulado *Cirrus y nimbus*. En 1902 tenía 37 años.[206]

Ninguno de los integrantes del Jurado, ni el mantenedor, había cumplido los 50 años, pero el desarrollo de sus respectivas carreras en las diferentes instituciones educativas del Estado los presentaba como personas de una solvencia académica indiscutible; su fervor a las bellas letras tampoco estaba en cuestión.

En aproximadamente dos meses –si se considera que la convocatoria salió a mediados de agosto para cerrar la fecha de recepción el 15 de octubre– se recibió un total de 116 trabajos procedentes de 17 estados de la República.[207]

Los jóvenes Juan Sánchez Azcona, de entonces 26 años y Enrique Juan Palacios, de 21, contribuyeron a la difusión de la convocatoria, la que, a juzgar por el número de participantes, los organizadores no dejaron de calificar de exitosa. Ambos participarían, también, en los Juegos Florales.

Juan Sánchez Azcona era sobrino de Gabino Barreda, había estudiado en París, donde trabó amistad con Ignacio Manuel Altamirano y allí conoció a Francisco I. Madero, de quien, andando el tiempo, sería secretario particular. Enrique Juan Palacios publicaría, en 1910, el *Álbum del Centenario de la Independencia*, y en 1917 el

---

[205] Cordero y Torres, *Op. Cit*., pp. 175-176.

[206] Alarcón, Alfonso G. y Ricardo Saúl Rodiles, *Florilegio de poetas y escritores poblanos por nacimiento, o por haber hecho en el estado su carrera literaria*, editor Enrique del Moral, Puebla, Pue., 1913, p. 93.

[207] Los participantes que concurrieron eran oriundos de los siguientes estados: Sonora, Chihuahua, Coahuila, Sinaloa, Tepic, Guanajuato, Durango, Zacatecas, Querétaro, Aguascalientes, Hidalgo, Veracruz, el Distrito Federal, Puebla, Oaxaca, Tabasco y Campeche.

libro *Puebla, su territorio y sus habitantes*.[208] Ambos eran columnistas de *El Mundo* y *El Imparcial*, respectivamente, periódicos capitalinos en los que publicaron la Convocatoria. Su vida tomaría rumbos diferentes: Sánchez Azcona la dedicaría a la política; Enrique Juan Palacios, a la academia: sería literato, historiador y arqueólogo. En ese 1902, mostraban simpatía por la convocatoria lanzada por los estudiantes poblanos. Juan Palacios participaría en el tema referido a «La importancia del feminismo en México», por el que obtendría una mención honorífica.

Las razones que dieron el triunfo

En su informe final, y luego de hacer el recuento de los trabajos, el jurado calificador decidió hacer públicos los criterios seguidos en su evaluación. En el primer tema, «Poesía lírica», fue tal la variedad de asuntos tratados que decidieron calificar «la originalidad, el vigor del estro, y la belleza de la forma», destacando que las dos primeras (originalidad y vigor) eran las principales y la tercera (la belleza), secundaria. De tal suerte que

> Con este criterio, único que podía adoptarse si habían de obedecerse los cánones lógicos de toda clasificación, estimó el jurado que la poesía *El Sueño* era la que de modo más saliente ofrecía reunidas las tres mencionadas cualidades; *La Trova de Aymerich*, la que la seguía en mérito, por ofrecer unida al estro elevado del canto al amor que esencialmente la constituye, una originalidad indiscutible; *Fiesta de amor*, la que merecía el siguiente lugar, por el vigor del estro y la fuerza singular de expresión que la caracteriza; *Estrellas Errantes*, la que debía ser colocada enseguida, por su delicada originalidad, ya que por el estro y la forma pareció inferior a *Fiesta de amor*; *Ojos Negros*, la que merecía el lugar inmediato desde el punto de vista del numen, su cualidad más saliente; y por último, *El Poeta* y *Surgite*, que sólo se distinguen por sus méritos de forma, pues es de advertirse que ambas composiciones son principalmente pensamientos puestos en verso, a diferencia de las verdaderas obras poéticas, que son y deben ser principalmente sentimientos puestos en verso, ya que toda obra de arte tiene por fin capital la transmisión de sentimiento.[209]

[208] Dedicado a la Sociedad Científica «Antonio Alzate», *Puebla, su territorio y sus habitantes*, obra en dos tomos, será publicado por vez primera en 1917; su autor consideraba que no había información directa suficiente sobre el Estado. Pasarían 65 años para que viera una segunda edición.

[209] *Los juegos florales de Puebla, organizados por los alumnos*..., p. 9.

Sentimientos puestos en verso unidos a la originalidad, la inspiración y la forma, en ese orden, es lo que daba sentido a la obra de arte. En el informe no se daban los nombres de los autores, aunque, pronunciado el acuerdo, sabrían de quiénes se trataba.

El segundo tema, «Canto al trabajo» fue declarado desierto, pues, aunque se tocaron diversos aspectos, «no hubo una sola que correspondiese a la magna, complexa (sic) y admirable epopeya del trabajo humano». Lo que quedaba fuera, a juicio del jurado era:

> […] la inmensa suma de trabajo que venciendo infinitas resistencias en lucha dolorosa con la muda e implacable naturaleza, ha traído al través de largos siglos cuanto tiene de maravilloso la civilización contemporánea: las comodidades materiales de la existencia; el respeto a los derechos ajenos; la beneficencia pública y privada; las espléndidas manifestaciones de las bellas artes; el esfuerzo especulativo, intenso y poderoso, que ha acabado por descubrir muchas de las grandes leyes naturales, y por erigir la fábrica portentosa de todas las ciencias; el genio filosófico que en alas de vastas abstracciones formadas con los varios materiales de esas mismas ciencias, trata de elevarse a la unificación total de los conocimientos humanos formulando una generalización suprema, y promete así reconciliarse con la religión en el seno de cierto misticismo profundo, al cual parece ya asomarse el alma contemporánea […] todo esto y mucho más quedo fuera y por encima de la visión poética de los cantores del trabajo, quizá por falta de atención.[210]

El progreso alcanzado con ese esfuerzo supremo del hombre, pero vuelto sentimiento era lo que los poetas no habían alcanzado a pronunciar; ni originalidad, ni vigor, ni belleza en la forma hubo en los trabajos presentados. Invocando en francés a Max Nordeau en un fragmento de *Paradoxes Sociologiques*, el jurado asentó que su decisión dejaba sentado «un precedente de justificada severidad». Los tibores chinos obsequiados por el Ayuntamiento tendrían otro destino.

Para los temas tercero («Influencia moral y social de la lectura de novelas en la juventud») y quinto («Valor estético de las obras de la escuela decadentista») el jurado no tuvo dificultad: «[…] en razón de que no habiendo faltado entre ellos alguno que el jurado estimase bastante completo y, por lo tanto, merecedor del premio sin reserva alguna, la clasificación de los demás trabajos dignos de recompensa quedó

[210] *Idem.*, pp. 10-12.

menos que reducida a una labor de mera comparación con el premiado». Es decir, el ganador lo era sin discusión.

El cuarto tema causó mayor discusión. Un tema al que se le clasificaría de suma importancia, complejo, muy humano y de grave trascendencia para el país: «Importancia del feminismo en México» despertó un entusiasmo, de acuerdo con las palabras empleadas por el jurado, «inusitado», en el que se fue más generoso que reflexivo, de tal suerte que «sólo la suma de los trabajos recibidos» pudo considerar ampliamente el problema; ello llevó al jurado a la

> […] necesidad de designar para el premio a este tema, aquel en que, a su juicio, aparece tratada la cuestión desde un punto de vista más alto y comprensivo, y en el que se señala con sagacidad el derrotero que debe seguirse en tan ardua materia para resolver entre nosotros el problema con mayores probabilidades de buen éxito, a saber: *la americanización de la mujer mexicana*. […] Y esa *americanización* de nuestras mujeres, fin necesario y capital del feminismo entre nosotros, no podrá sin duda realizarse sin la previa modificación por una parte, de su excesiva religiosidad, que aparta con frecuencia su atención de los más inmediatos intereses de la vida; y por otra, de las relaciones de índole social entre ambos sexos, en las cuales entra por mucho casi siempre el sentimiento amoroso circuyendo a la mujer de los peligros consiguientes en su trato con el hombre, y obligándola por ende a temerlo, cuando no a rehuirlo. A estas dos grandes modificaciones proveerá tal vez la enseñanza laica, mixta en todos los grados de la enseñanza. En resumen: el jurado, a falta de un trabajo que examinase todos los aspectos del problema, hubo de recompensar los que, si bien de un modo más o menos somero, examinaron los aspectos norteamericano, religioso y pedagógico, que estimó y estima los más prácticos e interesantes entre todos, especialmente el primero, al cual están subordinados los otros dos.[211]

Llegar a esta conclusión *–la americanización de la mujer mexicana–*, pasaba por hacer un balance de lo que se consideraba era la realidad de la mujer y de cómo se la representaba. Y si el tema no había sido reflexionado con la profundidad que el jurado hubiera deseado, ello no obstaba para que el premio y las menciones se otorgasen esa noche. El feminismo, como se lo veía entonces, tenía que ver más con la educación y la incorporación de la mujer al mercado de trabajo que con demandas de

[211] *Idem*., pp. 12-15. Cursivas en el original.

otro tipo; tiempo habría de pasar para que el feminismo fuese considerado desde otras perspectivas. Esa necesidad de *americanización* se dejaba sentir en otros ámbitos de la vida cotidiana. En su informe, el jurado consideró que:

> […] el movimiento de penetración del pueblo norteamericano se deja ya sentir en la República con tal violencia que, *o nos adaptamos al modo de ser individual y social de los modernos conquistadores, o sucumbimos en el conflicto, a título de débiles*. Las naciones europeas no obstante que se hallan defendidas por su riqueza y su alta civilización, y separadas de nuestro continente por anchos mares, ¿no se sienten ya amenazadas en sus condiciones de vitalidad por la invasión norteamericana?, ¿no se aprestan activamente para contrarrestarlas? Artes, ciencias, industrias, costumbres, publicismo, instituciones políticas y sociales, inclusive la religión: todo ha sufrido la acción innovadora y fecundante del vigoroso espíritu norteamericano…[212]

Para fundamentar su aserto, convocaba el contenido del libro de Williams Thomas Stead, británico cuya obra había sido traducida, ese año, al francés: *L'Americanisation du Monde*,[213] y destacaba sus «oportunas consideraciones y elocuentes cifras y cuadros estadísticos». La realidad no mentía: la nación de las barras y las estrellas dejaba sentir su creciente predominio en el mundo, eran los modernos conquistadores a quienes debía imitarse so pena de sucumbir. La *americanización* de las mujeres mexicanas (*«debemos inferir que nuestro feminismo tendrá que asumir los mismos caracteres que el feminismo norteamericano»*), el fin último del feminismo que amanecía con el siglo, era asunto de «notoria urgencia». La existencia de la escuela mixta, así como el laicismo en la educación, contribuirían a colocar en su lugar a la excesiva religiosidad.

Otros trabajos merecieron la atención del jurado, pero no así su inclusión en la lista de los premiados.[214] El jurado destacó la participación de las mujeres en los

[212] *Idem.*, pp. 14-15. Las cursivas son mías.

[213] La traducción de la obra de Thomas Stead (1849-1912) al francés –hecha por Leo D'Hampol y publicada por Félix Juven, Editeur–, no tiene fecha de publicación, pero al parecer fue en el año 1902. La obra habría sido publicada ese mismo año en su lengua original. El que el jurado la citase da cuenta de lo atento que estaban a las publicaciones allende los mares. La obra puede verse en: https://archive.org/details/lamricanisatio00stea/page/n5

[214] El jurado destacó los trabajos amparados bajo los siguientes lemas y apuntó a quienes podrían ser sus autores: en el tema sobre el feminismo *Fais ce que dois, advienne que pourra*, atribuido a Horacio Barreda (¿?-1914); el referido a la novela *The arts can never be rigth unless their motive is right*, atribuido a Agustín Aragón

temas tercero y cuarto (novela y feminismo), pero no consideró que lo que pudieran decir fuera trascendente; enfatizó también la de «miembros respetables» del clero católico y protestante, lo que daba una idea de la amplitud alcanzada por la convocatoria y de la respuesta lograda. Las opiniones recibidas, así como la concurrencia a la justa, permitían al jurado dar cuenta «elocuente de la cultura y del grado de progreso que hemos alcanzado». En la ciudad Angelina no había precedentes de una justa como la que se había realizado. El jurado concluyó su informe con un deseo: «¡Ojalá que esos juegos florales que vienen celebrándose entre nosotros, anuncien una nueva aurora para las letras patrias, las cuales han estado durante un buen número de años *bajo el influjo de circunstancias que parecen haber determinado su pasajera decadencia*!»[215]

Las obras premiadas formaban parte de esa aurora que los Juegos Florales parecían anunciar... O que el jurado consideraba debían anunciar.

Las obras ganadoras

Así las cosas, en «Poesía Lírica», la obra ganadora fue *El Sueño*, de Miguel Bolaños Cacho quien, además de llevarse el trofeo, *L'Appel au Passeur*, habría de nombrar a la reina de los juegos. Fue el licenciado Felipe T. Contreras, en representación del licenciado Bolaños Cacho, quien recogió el premio y leyó el poema. El accésit, lo obtuvo Alfredo Fenochio con *La Trova de Aymerich,* también de Oaxaca; la primera mención honorífica fue para *Fiesta de amor*, del hidalguense Alfonso Cravioto; la segunda mención fue para Esther Fuentes, de Sombrerete, Zacatecas, por su poema *Estrellas errantes*; la tercera mención honorífica fue para el poblano Rafael Cabrera por *Ojos negros*; la cuarta mención fue para Alejandro Quijano, de Sinaloa, por *El poeta*; Federico Escobedo, presbítero de Guanajuato, obtuvo la quinta mención por su poema *¿Surgite!* dedicado «a los poetas mejicanos» con esa «jota» de acusado y refrendado origen peninsular.

El segundo tema, como se mencionó líneas antes, fue declarado desierto. El tercer tema, «Influencia moral y social de la lectura de novelas en la juventud», tenía por ganador a Victoriano Salado Álvarez, quien se llevaría la estatua de terracota donada por la colonia alemana; el accésit fue para Rafael de Zayas Enríquez, veracruzano; la primera mención honorífica fue para Manuel H. San Juan, de Oaxaca;

(1870-1954); en el referente al Decadentismo «Conmuéveme si puedes, convénceme si quieres», atribuido a Rafael de Zayas Enríquez (1848-1932).

[215] *Idem.*, pp. 17-18. Las cursivas son mías.

la segunda mención fue para el también veracruzano Octavio Guzmán.

El ganador del cuarto tema, «Importancia del feminismo en México», fue el zacatecano Leonardo S. Viramontes, a quien correspondió el premio otorgado por la colonia española y quien, al término de los juegos, dedicó el trabajo a Felipe T. Contreras, integrante del jurado; el estudio de Julio Poulat, del Distrito Federal, obtuvo el accésit; a Juan Palacios, también del Distrito Federal, y quien contribuyera a la difusión de la convocatoria de los juegos florales, le correspondió la primera mención honorífica, su trabajo lo dedicó a Juan Sánchez Azcona. Para Manuel M. Herrero, de Puebla, fue la segunda mención honorífica.

El quinto tema, «Valor estético de las obras de la escuela decadentista», cuyo premio era otorgado por la colonia francesa y consistía en el conjunto escultural de Charles Theodore Perron, «La Voix du Devoir», fue ganado por el poblano Atenedoro Monroy, quien desarrollaba su trabajo en 15 apartados; el accésit fue para Victoriano Salado Álvarez (único escritor premiado dos veces: en novela y decadentismo); Manuel Romero Ibáñez, de Oaxaca, obtuvo la única mención honorífica otorgada por el jurado en este tema.

Oaxaca, con cuatro, era la entidad que más premios y menciones se llevaba; le seguía Puebla con tres; Zacatecas, Jalisco, Veracruz y el Distrito Federal con dos; y con un premio o mención, Guanajuato, Hidalgo y Sinaloa. Entre los premiados, sólo una mujer había merecido una distinción: Esther Fuentes, de Sombrerete, Zacatecas. En las notas complementarias que acompañarían a la edición se destacaría, además, la edad de los participantes sin precisarla; entre los más jóvenes se encontraban Rafael Cabrera y Alfonso Cravioto, que aún no cumplían los 20 años; Rafael de Zayas Enríquez pasaba de los 50, tenía cuatro más.

La mención de las edades no parece resultar gratuita: son jóvenes, o adultos jóvenes quienes han participado en la justa poética; en ellos está, o puede estar, todavía, el porvenir de las letras mexicanas que, señalaba el jurado, se encontraban bajo el influjo de circunstancias que la tenían en una decadencia que, juzgaban, sería pasajera. ¿Cuáles eran esas circunstancias?, ¿Quiénes los participantes y cuáles sus trayectorias?, ¿Por qué esos temas y no otros?, ¿Cómo fueron abordados los temas en los diferentes estudios y qué es lo que ellos nos pueden decir acerca de ese inicio de siglo?

Ernesto Solís, el mantenedor

En su discurso final, el mantenedor de los juegos florales, Ernesto Solís, estaba obligado a puntualizar, remarcar, la importancia de los temas y la orientación por éstos

presentada. Como los participantes cultivaban las bellas letras, ya en poesía ya en la elocuencia de la prosa de fundadas razones, una de las varias formas del arte, era menester definirlo, cercarlo en frases certeras para que no quedase duda de su valía. Así, luego del merecido regocijo, Solís destacaba la triada (progreso, libertad y paz) en la que el Arte se afirma al tiempo que ennoblecía a la sociedad:

> El Arte no es vana ilusión de gloria, porque es una planta que no asciende cuando la tierra no está fecundada por el progreso, iluminada por el sol de la libertad y ungida con el óleo santo de la paz, eterna incubadora del amor y de la dicha. El arte es una conquista, es un premio al esfuerzo y al mérito, y por ende, un símbolo viviente de civilización y grandeza. […] Por eso la sublime inspiración del bardo debe glorificar al Trabajo, redentor positivo de la humana especie… […] El fuego sagrado del trabajo es la mística herencia de Prometeo […] *Ante la visión apocalíptica de la anarquía devastadora que amenaza hundir nuevamente al universo en el caos primitivo, sólo una voz tendrá la virtud bastante para detener el turbión desecho y serenar las conciencias: la voz del trabajo*.[216]

Pero si uno de los temas había sido declarado desierto, era justamente el segundo, el del «Canto al Trabajo»; lo que no obstaba para destacar su importancia. Al Trabajo le era necesario el Genio infatigable al que Solís definía como «el sol que ilumina los senderos», «el aliento que impide la fatiga», «el taumaturgo que sustituye los esfuerzos», «el ave misteriosa que rompe el silencio de nuestras noches y disipa el hastío de nuestras almas», «el mago que se burla del olvido y de la muerte». Así, Trabajo y Genio habían hecho surgir «un Mesías sublime, el Arte, destinado a redimirnos, al borrar hasta la última huella en nuestras almas del pecado original positivo: la ferocidad de aquellos seres gregarios, que desde la sombra de las edades geológicas, nos reconocen a las veces ¡todavía! como sus dignos descendientes».[217]

El Arte, para Solís, apresura la evolución, depura conciencias, sublima sentidos y «convierte la conducta pública y privada en una obra bella», lo que lo lleva a concluir con una disyuntiva encaminada a que sus oyentes (y lectores) la guarden y respondan para sí: «…si la moralidad y la justicia serán la suprema belleza, o si la Estética se definirá algún día como la Moral y la Justicia supremas».

El mantenedor repasa el surgimiento de la epopeya en un tiempo en que la ocu-

[216] *Idem*., pp. 331-2. Las cursivas son mías.
[217] *Idem.*, p. 333.

pación principal era la guerra, la defensa de la comunidad y la aparición de los héroes como el arquetipo de la conducta. Dejada atrás la negra y no obstante recurrente página de la violencia entre los pueblos, y enfrentada la humanidad ante el porvenir del progreso y el surgimiento de las naciones no bastaba ya con el poema, eran necesarias otras voces, «diversos genios, sacerdotes o profetas» para hacer posible la aparición de la novela, pero…

> No la novela fantástica, falsa convencional, pueril engendro de cerebros extraviados o enfermos, sin un ideal profundamente humano, sin un fin de difusión de ideas, sin una razón educativa; pero sí la novela genial, el poema altamente inspirado y bello que fija la meta a las inteligencias juveniles, y depura y eleva el sentir y el pensar de las masas populares: tiene que ser [«histórica, social, económica, pedagógica, política, sicológica…»] de influencia decisiva y bienhechora, como lo ha sido siempre el íntimo trato con los grandes hombres, quienes a través del tiempo y el espacio, y a pesar de la muerte, forman una aristocracia, una oligarquía permanente, que marca la orientación del progreso y gobierna los destinos del mundo.[218]

Y, para dar paso al tema del feminismo, se preguntaba:

> ¿Cuándo se escribirá la novela, la obra esencialmente latina, que inspirada en el anhelo supremo de la vida y partiendo de las entrañas mismas de los hechos, describa con vívidos colores la condición en la familia y en la sociedad, de la mujer educada desde un punto de vista racional y práctico: *que nos haga sentir la inmensa desventura de las mujeres-ídolos, cuyos adornos o amuletos quedarán en los museos como un recuerdo de fetichismo antropomórfico, y como una comprobación del síntoma principal de decadencia de razas y de pueblos*? […] ¿Qué hará la pobre madre latino-americana, tan poco acostumbrada a vencer las dificultades de la vida, pues su carácter dulce y débil se inclina más al sacrificio que a la lucha, frente a la madre anglo-sajona, de espíritu tan práctico y tan fuerte?[219]

Los primeros pasos en ese camino se habían dado, las jóvenes asistían ya a cursos de enseñanzas prácticas, la educación tenía una orientación positiva y se les

[218] *Ídem*., p. 334. Las cursivas son mías.
[219] *Ídem.*, p. 336.

veía empleadas en oficinas y talleres. La siguiente pregunta tenía que ver con los poetas. Los que encarnaban en su voz la voz de Dios, «la voz que escuchó Moisés en el monte Horeb, inspirándole la salvación de las tribus cautivas y es grave responsabilidad emplearla en imitar el inacorde y poco expresivo canto de ciertos reptiles», denostación elegante que no parecía tener a la vista el o los destinatarios.

¿Dónde están nuestros poetas? ¿Dónde nuestros divinos artistas? ¿Los genios, la encarnación de todas nuestras energías, que deben fijar los moldes imperecederos de todos nuestros anhelos de vida, de todas nuestras ilusiones de ventura, y señalar con caracteres de fuego las sirtes de nuestra conducta y las pendientes de nuestro fracaso?[220]

Se preguntaba, y la pregunta tenía sentido porque, compartiendo los puntos de vista de los estudios de Atenedoro Monroy, Victoriano Salado Álvarez y Manuel Romero Ibáñez, destacaba que:

> […] ha mucho tiempo que *talentos individualistas y unilaterales, ocultándose en el disfraz de escuelas o capillas, con dictados extravagantes de bufón chocarrero y sombrío, pretenden sujetar el libre impulso del genio, expresión inconsciente en todas las edades, de los grandes anhelos o ansiedad ingente de cada pueblo a de la humanidad entera*. [...] Canten en buena hora Leopardi sus tristezas, Rollinat las neurosis, *Baudelaire las flores del Mal,* y vea cada quien el mundo con sus propios ojos; que al fin cada organismo es un rincón de la naturaleza, y cuanto existe lleva en sí la razón de su existencia. Pero es la sinceridad virtud culminante en el artista, y faltan a ella los que erigen la imitación en la escuela y convierten en dogmas las cualidades y defectos individuales, sin considerar que cuando el horizonte se restringe, las almas se empequeñecen, porque muchas de sus facultades se debilitan o atrofian en la inercia. *Y desde un punto de vista social y estético, siempre será un arte inferior el que se complace en provocar estados depresivos en la sensibilidad y no merece el nombre de artística la obra que emplea formas inexpresivas e inconexas*.[221]

Si todo tiene su razón de ser (las obras de Leopardi, Rollinat o Baudelaire) lo que no parecer tener sentido es que esa obra provoque estados depresivos, además de recurrir a «formas inexpresivas e inconexas». El alegato es, entonces, en contra de

[220] *Ídem*., pp. 336-337.
[221] *Ídem*., p. 337. Las cursivas son mías.

una escritura que a juicio del mantenedor no es edificante, no contribuye a alcanzar la belleza suprema, además de romper el canon. Esa escritura, originada en el Modernismo, tenía nombre: Decadentismo, y hacia ella enfilaban sus baterías no pocos poetas y escritores de la república. Ernesto Solís, confeso, acaso entusiasmado por el eco que sus palabras despertaban en los oyentes, hizo vibrar su propio estro con enjundia, profunda convicción y fe en el porvenir:

> ¡Avancen de entre las huestes de esa adorable juventud los tiernos videntes, los profetas, para anunciar las ulteriores etapas del engrandecimiento humano; y removiendo y transformando cuanto en el orden económico, político y social produce estancamiento y decadencia, llévennos a esa encantada región del porvenir, en el que el trabajo redentor nos convertirá en reyes de la industria; en que nuestras madres redimidas por un contacto más íntimo con la materialidad de la existencia, nos transmitirá en la forma de instintos y educación, alientos y aptitudes para ostentarnos felices en el tiempo y el espacio; y en que nuestras inteligencias, libres ya de medrosas tinieblas, contemplarán el sol de la verdad sin ofuscarse, y buscarán en el licor sublime del gran Arte, *no la embriaguez que nos prive de sentido, sí el duradero vigor de un estimulante sobrenatural, divino*![222]

Los aplausos rubricaron el discurso del mantenedor. Esa noche, la del 31 de octubre, los estudiantes del Colegio del Estado habían logrado la celebración de una fiesta a la que *El Imparcial* del 2 de noviembre de 1902 no dudó de calificar de «brillantísima». Pasada la medianoche, los asistentes, satisfechos, abandonaron el Teatro Guerrero. Salieron a las frías calles de su ciudad y la encontraron más apacible. Al centro, el quiosco montaba silenciosa guardia. Observaron el cielo cuajado de estrellas, los árboles apenas mecidos por el viento, el silencio propicio al merecido descanso. La ciudad dormía, ajena de algún modo a los debates que allí se habían sancionado y que preocupaban a los poetas y escritores mexicanos desde que el Modernismo, con Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo a la cabeza en su *Revista Azul* (1894-1896), había tomado carta de naturalización en el país. La segunda camada de modernistas, los agrupados en la *Revista Moderna* (1898-1903), dueños de una estética que propugnaba el cosmopolitismo, el eclecticismo, una renovación verbal capaz de expresar sensaciones refinadas que no excluían el recurso a los pa-

[222] *Ídem*., 338. Cursivas mías.

raísos artificiales así como acrecentar su número e intensidad, amén de una decidida vocación individualista que atendía, sobre todo, a la subjetividad e imperio del autor, ganaban terreno. Algunos de sus integrantes se habían llamado a sí mismos, en el pasado reciente, decadentistas. Había que frenar su ejemplo.

Esa noche de otoño de 1902 Puebla se había reafirmado como una trinchera defensora de la tradición, de las formas clásicas e hispánicas en la literatura, del casticismo frente a la renovación verbal que la influencia de una Francia decadente, de fin de siglo, había hecho en no pocos de los jóvenes mexicanos. En Puebla, el combate al Modernismo empezaba desde la trinchera del Colegio del Estado. No era casual.

Al día siguiente, en una nota breve, El *Imparcial* anunciaba que en fecha próxima se realizaría, en el mismo teatro Guerrero de Puebla, un concierto del pianista y compositor Ricardo Castro, romántico e impresionista al mismo tiempo, devoto de Chopin y admirador de Debussy. Ese año, antes de viajar a Europa, Castro realizaría 30 conciertos en 17 ciudades de la república. El tiempo seguía su curso.

Capítulo V

Los laureados, un trazo necesario

Lírica. La poesía, termómetro de la moral

Bolaños Cacho. El gobernador poeta

Es importante conocer quiénes eran los que esa noche habían triunfado. La información en algunos casos es escasa, pero aun así nos permite tener una idea de la orientación que, en términos de corrientes literarias, se prohijaba.

En «El sueño», Miguel Bolaños Cacho, triunfador en el tema de «Lirica», luego de señalar que Morfeo ronda «mansiones reales y palacios» mientras otros dioses viven «En torno de las míseras cabañas», propone imágenes para la imaginación despierta en los sueños de un bebé, de un joven, de un anciano, y el eterno sueño de un cadáver. Protagonista fundamental es la noche, pues…

> La noche toma, en el silencio augusto,
> Los jugos misteriosos y letárgicos
> Que esparce luego por la tierra inerte,
> Y da el placer universal: el sueño
> El pequeño infante, inocente y en el regazo de su madre:
> No ha sentido el ardor del pensamiento
> Ni puede conocer, desde la cuna,
> Lo que habrán de ignorar sabios y estultos;
> Es amado, no ama, vive y crece
> ¡Ah, no le despertéis!
> […]
> ¡Dejad que duerma
> En el regazo tibio
> De la madre feliz…
> El joven, promesa de futuro, esperanza:
> Duerme el ardiente joven
> El sueño de sus veinte primaveras;

¡Todo es color del sol: las esperanzas,
La fé, el amor, la dignidad, la gloria!
[…]
Allá mira el amor llevado al colmo
Del silente y eterno sacrificio;
La mujer como lágrima celeste
Cristalizada en ideal corona,
Límpida fuente de inmortal consuelo:
Ya es la blanca Eloísa, ya Julieta
Colgando ansiosa la flotante escala
[…]
No conoce el dolor, ni la falsía
De un amor que hacen perecer bien pronto
En sus ondas letales, el olvido,
Y el crimen, en sus redes invisibles…
¡Oh! Dejadle que duerma
Joven feliz su primavera ardiente…!

El anciano, luego de una larga vida, duerme poco y el sueño sosiega «La pálida visión de sus memorias»:

No ve surgir —como antes—
En su potente juventud solía
La mujer hecha fuente de placeres;
La amistad vuelta misterioso halago
Del personal provecho
[…]
¡Ah! Dejadle que sueñe
Al través del cerebro empobrecido
Un más allá de vida perdurable
Tal como el soñó la fantasía:
Brindando goces o infligiendo penas ¡
¡Dejad que el sueño borre del anciano
La pálida visión de sus memorias…!

El cadáver, pasto de gusanos, si despertase, se hallaría «carcomido» y «como

despojo de irrisoria bestia». Si por un azar llegase donde «los suyos» estos «¡Morirían de espanto al contemplarle!» Por ello:

¡Triste resurrección…! dejad que viva
El cadáver tranquilo,
El sueño perdurable de la tierra…!
Noche y sueño, una dupla indisoluble. La noche es para el reposo, cuando:
La potente metrópoli descansa
De su diurna y loca algarabía;
No resuenan sus calles
Al fogoso trotar de sus corceles,
Ni al grito clamoroso de las máquinas…
Todo es silencio y paz; Natura duerme
El sueño de los seres y las cosas,
El sueño universal… Duerme Natura…[223]

Miguel Bolaños Cacho nació en Oaxaca en 1869. Estudió en el Instituto de Ciencias y Artes de su Estado para de allí trasladarse al Colegio del Estado de Puebla. Cursó estudios de Jurisprudencia y terminó su carrera a los veinte años, obteniendo su título en 1889, año en que otro de los participantes, Atenedoro Monroy, hacía lo mismo, aunque éste había estudiado en el Seminario Palafoxiano. Al año siguiente Felipe Teódulo Contreras, integrante del jurado, como Ernesto Solís, el futuro mantenedor de los juegos, también se titularían. No eran desconocidos. En más de alguna ocasión debieron cruzarse en las aulas, pasillos y patios del Colegio del Estado. La justa poética les dio la oportunidad del reencuentro. Los ayer estudiantes ya eran profesionistas exitosos.

Trece años después de titularse, aquel exalumno aplicado enviaba a concurso su composición. Ganaba el primer premio del primer tema. No llegaría a la ceremonia de premiación porque el 6 de junio de ese año había sido nombrado gobernador interino de Oaxaca y seguramente sus ocupaciones se lo impidieron; lo sería hasta el 1 de diciembre de ese año. A su exitosa carrera política, se sumaba su triunfo en la justa poética. Lo que significaba, también, un éxito del Colegio del Estado: un exalumno ya gobernador que triunfa en la lid literaria. Que Felipe Teódulo

[223] *Los juegos Florales...*, pp.21 -27.

Contreras recogiese en su nombre la Flor Natural no resultaba extraño.

En 1905 Miguel Bolaños Cacho sería ministro de la Suprema Corte de la Nación. De nueva cuenta gobernador, por decisión de la legislatura estatal y de entre tres aspirantes, de agosto de 1912 a julio de 1914. Su filiación había sido porfirista, así que cuando Victoriano Huerta usurpó el poder lo reconoció como presidente. Iniciada la lucha armada, y por la presión de las fuerzas revolucionarias de Ixtlán, amén de las tensiones interna en su Estado, fue desconocido, tuvo que renunciar. Se exilió en San Diego California. De él son las siguientes obras: *El poema del siglo*, escrito en su juventud; *Ritmos*, de 1901; *La causa de Oaxaca*, 1911; en 1918 será publicado *Sonetos y sonatas*, poesía; y *Sembradores de vientos*, novela impresa en 1928 por Imprenta Bolaño Cacho Hermanos, ambas en El Paso. Sus obras son de difícil, pero no imposible, acceso. Su archivo personal se encuentra en la Universidad de Texas.[224]

Fenochio. El científico poeta

Alfredo Fenochio de la Rosa, ganador del accésit, nació en Oaxaca en 1869 pero llegó con sus padres –Andrés Fenochio y Asunción de la Rosa– a la ciudad de Puebla a los diez años. Al ser su familia de escasos recursos, pronto tuvo necesidad de trabajar. Su primer empleo fue en una tienda que vendía camisas. Luego pasaría al telégrafo del Ferrocarril de San Marcos. Allí conoció al ingeniero Pedro Sentíes,[225] que

[224] Un trabajo interesante sobre la trayectoria de Miguel Bolaños Cacho es el que Carlos Sánchez Silva presentó para obtener su grado de Maestría en la Universidad Autónoma Metropolitana en 1986. Titulada «Cris política y contrarrevolución en Oaxaca (1912-1915)». En su trabajo analiza el ascenso al poder de Bolaños Cacho hasta su caída. Las alianzas que éste realizó y su labor de contención de las fuerzas revolucionarias. Sus diferendos con las fuerzas políticas de su estado y la manera en cómo las fue resolviendo. Sánchez Silva reconoce en Bolaños su vocación literaria. De haberla seguido y continuado una carrera académica, señala, habría sido no sólo destacado académico sino un importante escritor. En la política encontró el camino para colmar sus ambiciones, las que lo llevarían primero al poder y después al exilio. En otro orden de ideas, un artículo periodístico de 2017 destaca a Bolaños Cacho como el gobernador de los aciertos y los errores, el principal: reconocer a Victoriano Huerta, lo que propició su caída. http://realpolitik.com.mx/don-miguel-bolanos-cacho-el-gobernador-de-los-aciertos-y-errores/ Consultado el 13 de agosto de 2018. *El Mundo ilustrado* correspondiente al 16 de noviembre de 1902, colocó en su primera plana la fotografía del «gobernador más joven en toda la república», quien se había desempeñado «con toda cordura». Era gobernador en sustitución de general Martín González.

[225] «El ingeniero don Pedro Sentíes realizó importantes mejoras; implantó la enseñanza positiva, aun cuando con menos laxitud, a la par que Barreda lo hacía en México, y fundó el gabinete de historia natural; dícese que en persona hizo la clasificación de numerosos objetos de los tres reinos naturales.» En edición facsimilar de Palacios, Enrique Juan, *Puebla. Su territorio y sus habitantes*, tomo II, Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material de Municipio de Puebla, Puebla, 1982, p. 351.

había sido director del Colegio del Estado y era el inspector del Ferrocarril. El deseo de superación le llevó a solicitar permiso para iniciar sus estudios. Se lo autorizaron sin mella de su salario. Cursó algunas materias sueltas y luego ingresó al Instituto Normal y a la Escuela de Artes.

Ya profesor de instrucción primaria por el Instituto Normal del Estado habría realizado estudios de química y farmacia. Para 1892, con 23 años, culminaba sus estudios. Diez años después sorprendía a sus conocidos al participar en los juegos florales. La vena poética era desconocida para sus contemporáneos quienes lo pensaban más dedicado a la ciencia y la enseñanza.

Dos trazos biográficos, no siempre certeros, permiten conocer un poco de su trayectoria académica. Ambos afirman que escribió artículos científicos para la *Revue Cientifique* de París sin dar pormenores. Lo cierto es que en 1904 participaría en La Exposición Internacional de San Luis Missouri. El catálogo oficial sitúa la participación de Alfredo Fenochio en el Grupo 67 –Electricidad. Máquinas para Generar y Usar la Electricidad–, con el trabajo «Noticias sobre la electricidad en el estado de Puebla». El ingeniero González Benigno, también de Puebla, presentó un trabajo titulado «Instrucciones para la aplicación de la electricidad en el Colegio del Estado». La modernidad se estaba instalando en la ciudad. Una errata, como siempre inoportuna, cambió el apellido Fenochio por «Fenocio».[226]

Su poema, «La trova de Aimerych» es una recreación de los juegos florales que el autor sitúa en el siglo XII, en una feudal Tolosa. En el poema el protagonista, Aimerych de Born, acodado en una ventana, triste la mirada, observa indiferente. En ese momento se dejan escuchar voces y trompetas. La algarabía cubre la calle que desemboca en la plazoleta contigua a la casa que habita. Se detiene la procesión y un heraldo empieza a lanzar, a voz de cuello, un pregón. Lo que el joven Aimerych descubre lo sacará de su ensimismamiento:

> Mas de pronto su pupila
> Fogosa relampaguea,
> Sus mejillas se coloran
> Su faz se torna risueña,
> al mirar entre la turba

[226] Catálogo oficial de las exposiciones de los Estados Unidos Mexicanos: Exposición internacional San Luis Missouri, 1904, p. 155. Puede verse en: https://archive.org/details/catalogooficial00expo/page/n411. Consultado el 29 de agosto de 2019.

Gentilísima doncella,
Que cabalga en corcel negro
Y encantadora se ostenta
Su cabello es ondulante,
Es alta, blanca y esbelta,
Y tiene en sus ojos claros
Mirar que el alma deleita,
Tan luminoso, tan dulce,
Cual rayo de luna llena.
El traje, de seda blanca,
Sus perfecciones revela,
Y todos sus movimientos
Adorna gracia suprema.

El pregonero está convocando a los juegos florales. El tema es: «Decir qué cosa es el amor, / Sus infinitas bellezas, / Los modos con que á las almas / atormenta ó embelesa». El ganador tendrá la fortuna de elegir y coronar a la dama que mejor represente la belleza. Aymerich no lo duda, conoce ya el nombre de la doncella que ha prendado su corazón: Jacquelina, Condesa de Sans Pons. Se decide –pese a lo empolvado de su laúd, de sus opacos adornos en oro, plata, concha y gemas, a lo roto de sus cuerdas–, a participar en la lid. Repara su instrumento, lo afina y compone un largo poema que presentará en el último momento de la competencia.

Allí, en la verde colina ondean los blasones; los caballeros y las damas escuchan atentos los cantos, los versos. Los jueces están por empezar su deliberación cuando Aimerych aparece y pide permiso para entonar sus versos. Se lo conceden. La voz del amor parece guiarle. Su canto se antoja seductor. Jacqueline, la Condesa de Sans Pons, le mira estremecida. El poeta ha logrado su cometido: ha respondido a la pregunta lanzada por el pregonero y ha seducido, mediante la palabra, a la doncella. Ésta, luego de ser elegida como la más bella: «Inclinóse hacia el mancebo, / Y brotando de sus ojos / Efluvios de amor inmenso, / Le entregó la flor y el alma, / La vida y el pensamiento.» Termina el poeta haciendo un encomio: «Olvidad la rudeza de mi trova, / Mas recordad su férvida pasión, / Y pensad que la tierra es triste páramo / Si no la anima el sonreír de Dios: / El fuego del amor.»[227]

[227] *Los juegos Florales...*, pp.28 -41.

No se tiene noticia de composiciones posteriores impresas.[228] Aunque habría participado en un periódico literario de Oaxaca denominado *La alborada*. Su vida continuó entre los muros del Colegio de Estado, del Instituto Normal y en el instituto Metodista. En 1934, a la edad de 67 años falleció en la ciudad que lo adoptó.[229]

Alfonso Cravioto, un moderno entre preceptistas

«Fiesta de amor» le valió al joven Alfonso Cravioto la primera mención honorífica en el tema de Poesía Lírica. La suya era, acaso, una de las pocas composiciones modernista que habían encontrado cabida y que, sin dejar la clásica versificación de nueve sílabas, proponía imágenes de un erotismo delicado donde el amor era, o se convertía, en un «manantial santo». Manantial que cedía ante el imperio de Eros:

> Y al sonar la última gota de esa música sagrada,
> Por mi mente reapareces, de candores diademada,
> Con tu nimbo de belleza, con tus curvas de Afrodita,
> Con tus crenchas ondulantes ¡oh mi bella enamorada
> Y me dices: ¿por qué tardas? Ya es la hora de la cita…
> […]
> Penetro al camarín –vergel de amores
> Donde florece el lirio de tu cuerpo–
> Y surges ante mí con tus perfiles
> Exúberos y bellos.
> […]
> Palpitante de amor á mí te acercas;
> Emocionada, quedas en silencio;

[228] Antonio Esparza Soriano recuerda que Alfredo Fenochio de la Rosa creó los cuentos de Juanito Pérez, un detective mexicano que «competía sin más recursos que su ingenio con las hazañas de Holmes resultando siempre vencedor. La mayor parte de estos cuentos quedaron inéditos.» En «Las letras universitarias del siglo XX», *Tiempo universitario*, Año 4, número 7.

[229] Los trazos biográficos de Alfredo Fenochio se obtienen de Alarcón, Alfonso G. y Ricardo Saúl Rodiles, *Florilegio de poetas y escritores poblanos por nacimiento, o por haber hecho en el estado su carrera literaria*. Editor Enrique del Moral, Puebla 1913, pp. 106-110; y de «Alfredo Fenochio» en Cordero y Torres, Enrique, *Poetas y escritores poblanos, 1900-1943*, pp. 62-70. Enrique Cordero y Torres añade que «su sabiduría es innegable en Sociología, Mineralogía, Química, Astronomía e Historia.» Erra al señalar la fecha de los juegos florales, pues los ubica en 1904. A su muerte, la revista *Don Quijote*, órgano de los alumnos y exalumnos del Colegio del Estado, en su segunda época, le dedicará el número correspondiente al mes de agosto de 1934. Además de químico, Cordero y Torres lo destaca como psicólogo, sociólogo, maestro y poeta.

Y yo, con el murmullo de un suspiro,
Mis ardores te muestro…
[…]
Así pasa la noche, y cuando el alba
Riega nácares y oros en el cielo,
Aún estamos haciéndonos caricias
Y desgranando besos!
[…]
Que las auroras siempre nos sorprendan
En la fiesta de Eros…!![230]

Alfonso Cravioto Mejorada era un joven «delgaducho, de abundante y ondulada cabellera. Ojos vivísimos y un bigotito recortado y mínimo, casi un bozo, o bozo en verdad; y sin embargo, firme solemne, serio».[231] Estaba en sus 18 años. Había nacido en Pachuca el 24 de enero de 1884. Era hijo del, en ese momento, senador por Puebla, general Rafael Cravioto –primero hombre fuerte en Zacapoaxtla, al norte del estado, y quien antes, durante la presidencia de Benito Juárez, había sido gobernador de Hidalgo.

Rafael Cravioto había participado en la defensa frente a la intervención norteamericana en 1847. Y lo haría de nueva cuenta ante la francesa en 1862. De allí su cercanía con el Benemérito. Aunque a la muerte de éste, se acercara a Porfirio Díaz. Los Cravioto era una familia que había cultivado una devoción por poder que no abandonarían en veinte años. La «era Cravioto» se inició en 1877 con Rafael en la gubernatura de Hidalgo. Le seguirían su hermano Simón (1881-1885), y Francisco (1885-1889) y luego, de nueva cuenta, Rafael durante dos periodos más: 1889-1893 y 1893-1897. Alfonso nació cuanto su tío Simón era gobernador.

En el seno de esa familia encumbrada, acomodada y poderosa, creció Alfonso Cravioto. Hizo sus primeros estudios en casa, con profesores particulares. A los once años ingresó en el Instituto Científico de Pachuca. Hizo estudios de francés y luego ingresó a la preparatoria.

Allí comenzaron sus estremecimientos, sus desconciertos, su búsqueda. El conocimiento de aquella lengua le abrió la ventana al mundo: leyó a Voltaire especial-

[230] *Los juegos florales...*, pp. 42-47

[231] Citado en Granados Chapa, Miguel Ángel, *Alfonso Cravioto. Un liberal hidalguense*, Ed. Océano, México, 1984, p. 29.

mente. Y su estancia en aquella escuela lo puso cara a cara con las contradicciones en las que iba a estar crucificado.[232]

Cuando Alfonso estaba en la preparatoria, su padre era gobernador de Hidalgo por tercera ocasión. Un gobernador al que su pasado juarista nunca habría de abandonarle. El haberse inclinado por el Benemérito antes que por Díaz en 1871 quedaría en sus saldos políticos. La sospecha de que pudiera tramar un enfrentamiento militar contra el propio Presidente, el enriquecimiento escandaloso, así como el trato a la oposición, parecen hacer obrado en la decisión que el general Díaz tomaría. Rafael Cravioto cayó en desgracia en 1897. Diez años antes, Ireneo Paz tenía una opinión del general que Díaz ya no compartía: «Últimamente fue electo con aplauso segunda vez Gobernador del Estado de Hidalgo, en donde sus altas virtudes democráticas le han hecho el ídolo del pueblo».[233]

Alfonso vivió esa defenestración en su adolescencia y, acaso, ello le llevó a distanciarse –primero, emocionalmente y después ya con razones políticas–, del régimen. Cuando tiene 16 años, en 1901, funge como director durante 39 números de un periódico cuyo nombre revela sus propósitos: *El Desfanatizador*. Un año antes había participado, junto a Fernando P. Tagle, en la constitución de la Corporación Patriótica Privada, agrupación que aglutinaría al liberalismo hidalguense. En julio de ese año, en la capital de Hidalgo, es reprimida una manifestación que conmemoraba el fallecimiento de Juárez. Algunos estudiantes son hechos prisioneros. Alfonso, junto con Mariano Lechuga, firma una protesta que aparece en *Regeneración* el 15 de agosto de 1901. Sus relaciones con los hermanos Flores Magón se remontan a la instalación del Congreso Liberal de San Luis Potosí celebrado ese año.

Ingresa a la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1902. No hay constancia de que hubiese participado en los juegos florales organizados por la que sería su escuela. En junio de ese año se afilia a la agrupación estudiantil «Ignacio Ramírez» y, a poco, es nombrado presidente. Conocerá la cárcel de Belem al año siguiente al participar, con Juan Sarabia, Santiago de la Hoz, y los hermanos Flores Magón, en una manifestación anti reeleccionista. Su padre muere ese año y pasarán dos más para que reciba la parte de su herencia. Herencia que servirá, también, para que la revista *Savia Moderna,* de la que será fundador junto a Luis Castillo Ledón, vea la luz en 1906.

---

[232] *Ídem*., p. 28.

[233] Paz, Ireneo, *Los hombres prominentes de México*, La Patria, México, 1888. p. 170. En http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020006679/1020006679.html, consultado el 7 de junio de 2019.

En su futuro están la protesta de 1907 contra Manuel Caballero y su pretendido intento de revivir la *Revista Azul*, la Sociedad de Conferencias, el Ateo de La Juventud –del que será presidente– y su vida dedicada a la política, sobre todo. No obstante, entre sus escritos destacarán su conferencia sobre el pintor Eugenio Carrière, sobre Germán Gedovious; los libros de poemas *El alma vieja de las cosas nuevas*, de 1921; *Anáhuac y otros poemas*, y *Aventuras intelectuales a través de los números*, de 1938. Cuando el joven Cravioto de 17 años decide enviar su poema a los juegos florales de Puebla es ya un decidido opositor al régimen político de Díaz.

Esther Fuentes Couturier, poetisa que se resiste al olvido

Real de Minas de Sombrerete es una población ubicada al norte de Zacatecas. Allí nació, en marzo de 1863, Esther Fuentes Couturier, hija de Luz Couturier Ceballos. Su padre, Cristóbal Fuentes Delgado, participó en la defensa de Puebla en mayo de 1862. Llegó a ser capitán de la tercera Compañía del Séptimo Batallón de la Unidad de Dragones. Estuvo bajo el mando del general Jesús González Ortega. Luego de la batalla volvería a Sombrerete, su esposa lo recibía aliviada: había sobrevivido a la guerra. Al año siguiente nacería su hija. Se ignora si volvió a Puebla para su defensa en el sitio de 1863.

Los datos que se tienen de la infancia de Esther Fuentes Couturier son escasos, como escasos son los de su familia. Apenas que sus estudios primarios los hizo en la escuela «Josefa Ortiz de Domínguez».[234] Se sabe, no obstante, que ya en 1880 se desempeña como profesora en una institución para niñas, pese a no haberse graduado. Tiene, entonces, 18 años y el piano y la poesía le son compañías imprescindibles. Cuando es publicada la convocatoria a los juegos florales de Puebla, se decide a participar. En ese 1902 envía su poema «Estrellas errantes.» Cumple con el requisito de poner en una pleca su nombre y su lugar de origen.

A principios del siglo, la luz eléctrica es desconocida en Sombrerete, lo que permite ver con claridad la Vía Láctea. Las noches son frías, crudas, los vientos intensos y, no obstante, aventurarse a observar la cúpula celeste tiene sus recompensas. Esther Fuentes observa y versifica:

¡Pasad, pálidas estrellas que cruzáis por los espacios,

[234] En 1873, Sombrerete tiene 17,000 habitantes. De éstos, 5,200 se encontraban en la cabecera municipal. Mil 300 asistían a la escuela primaria y sus edades oscilaban entre los 7 y los 16 años. El 50.7% eran mujeres y el resto varones. Fuente: Acevedo Hurtado, José Luis (coordinador), *Historia y educación en Sombrerete*, Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 321, Zacatecas, 2014, p. 28.

Vuestro fuego vá rasgando de la sombra el oleaje;
Caed ya sobre la tierra como lluvia de topacios,
Mientras flota de la noche el umbrático ropaje!
[…]
De regiones insondables sois las gemas que chispean;
Vuestras luces de zafiro y esmeraldas luminosas,
Ya se encienden y se apagan y oscilantes aletean
al hundir su polvo de oro en las sombras pavorosas.
[…]
De regiones insondables sois las gemas que chispean;
Vuestras luces de zafiro y esmeraldas luminosas,
Ya se encienden y se apagan y oscilantes aletean
Al hundir su polvo de oro en las sombras pavorosas.
[…]
Bien venidas á este suelo las erráticas viajeras!
¿Sois partículas del cosmos ó fragmentos de los mundos?
¿Sois por fin en el espacio, de las almas, mensajeras,
Al pasar por los abismos tenebrosos y profundos?

Luego de dar la bienvenida a las «erráticas viajeras», Esther Fuentes Couturier pregunta:

¿Dónde se halla, astros fugaces, vuestro punto de partida?
¿Por qué cruzan nuestro cielo las estelas deslumbrantes?
¿Dónde vais en raudo giro á efectuar vuestra caída?
¿En un mundo de pigmeos? ¿en un mundo de gigantes?

El silencio:
No responde, nada dice vuestra mole de granito,
Sólo incendia las alturas la ignescente llamarada,
Y dejando leve huella, se remonta al infinito
Para ser la mensajera de otra espléndida morada.

El poema, ocho cuartetos con hexadecasílabos, terminará con los versos iniciales. Cambiará, no obstante, la palabra «cruzáis» por «voláis»; acaso la segunda pueda implicar una trayectoria sin fin. Lo cierto es que la métrica es de origen medieval y no era sencillo el dominarlo por la variedad de acentos que implica. La cesura, que

haría dos hemistiquios de ocho sílabas, permite el juego de los acentos internos y le dan sonoridad y rapidez. Es un poema que muestra dominio de formas clásicas y, a un tiempo, modernista. «La sombra del oleaje», obscuridad y movimiento simultáneos, mencionada en el segundo verso podría dar cuenta de las inquietudes que caracterizarían a los poetas del último cuarto del siglo XIX.

Las estrellas errantes siguen su camino, dejan preguntas que no encontrarán respuesta: ya sean partículas del cosmos o mensajeras de las almas. Si lo uno u lo otro, lo cierto es el abismo tenebroso y profundo que cruzan. Un abismo y un vacío que los escritores modernistas enfrentarán. Baste recordar el «Poema del Niágara», de Juan Antonio Pérez Bonalde, al cual José Martí hiciera generoso y crítico prólogo.

Por ese poema le darán la segunda mención honorífica. Única mujer premiada, Esther Fuentes Couturier frisa los 39 años. No asistió a la ceremonia de premiación. Más de setecientos kilómetros en línea recta separan a Sombrerete de Puebla y las dificultades para transportarse no eran pocas para una mujer. Su poema fue leído por una gente de confianza de Felipe Teódulo Contreras, uno de los integrantes del Jurado.

El 23 de noviembre de 1902, a casi un mes de realizada la fiesta de las letras, Contreras escribía una carta a Esther Fuentes Couturier. En ella se disculpaba porque el diploma había sido hecho pensando en que un hombre era el ganador de la segunda mención. Le manifestaba su sorpresa y su agrado por el hecho de una mujer hubiese sido la autora, al tiempo que le hacía algunas observaciones a su poema.[235]

---

[235] La carta dice lo siguiente: «Srta. Esther Fuentes. Sombrerete, Zac. Distinguida señorita: Ignorante el jurado de estos juegos florales de que el inspirado autor de «Estrellas Errantes» fuese una mujer, arregló el diploma correspondiente en el supuesto de que se trataba de un hombre. La apertura de los sobres la noche de nuestra fiesta, nos proporcionó la grata sorpresa de saber que se trataba de una Señorita, y hubimos de mandar reponer el diploma, el cual obra en mi poder. Si alguna de nuestras líneas de Express llega hasta esa población, lo enviaré á Ud. por esa vía; aun si así no fuera, lo haré por correo; de todos modos, ruego á Ud. con el mayor encarecimiento se sirva enviarme su dirección precisa, á efecto de evitar cualquier accidente en la remisión. En «El Mundo Ilustrado» que debe salir hoy en la capital de la República, verá Ud. publicada su hermosa composición, que en nuestros juegos florales fué leída por un amigo de mi confianza, á quien encomendé tarea tan grata. De buena gana hubiera yo suprimido tal cual asonancia que desluce la serena belleza de sus dulces versos, como 'gemas y chispean', 'gotas y ondas', 'cometas y viajeras', etc.; así como habría yo enmendado algunos versos que, computadas con rigor las sílabas, pueden resultar defectuosos en su medida, vb. gr., aquellos en que figuran las voces 'océano', 'oleaje' y 'centelleante'; más no me atreví á tanto. ¡Ojalá que cuando llegue Ud. á reimprimirlos, los purgue Ud. de estos breves lunares que en algo empañan su delicado brillo! De todos modos, ofrezco a Ud., Señorita, mi más cumplida felicitación por su simpático triunfo, que fue saludado con un aplauso de nuestro público la noche de nuestra fiesta, y con la mayor consideración me suscribo de Ud. atento y obediente S.S.» Felipe Teódulo Contreras. Rúbrica. Fuente: Archivo de la familia Tapia Román, descendientes de Esther Fuentes

Esther Fuentes Couturier participará, en 1910, en otra publicación denominada *Revista Literaria*. Cinco años antes los había hecho en *Mercurio*. Las tensiones que el Modernismo generaba en los escritores de provincia no se hacían esperar, las revistas lo hacían visible. Al igual que en otros estados de la república, el conflicto entre quienes abrazaban las nuevas formas de expresión y la de quienes defendían las clásicas estaba presente. Esther Fuentes Couturier parece resumir, sin superar, ese conflicto: forma clásica, tema modernista. Pasarán muchos años para que la obra de esta poetisa zacatecana vea la luz. Muere en 1945 y sus obras son publicadas casi medio siglo después, en 1991.[236] Fuera del ámbito local, sus poesías son desconocidas. No corrió con la suerte que sus contemporáneas Severa Aróstegui (1853-1920) o Rosa Carreto (1846-1899) tuvieron.[237] Cuando, en 1893, se publicó el libro *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX* ella no fue incluida.

Rafael Cabrera, la promesa. Poeta y futuro diplomático

Francisco José Rafael Cabrera Camacho nació en Puebla el 5 de marzo de 1884 en el número cinco de la calle del Carolino. A un lado del Colegio del Estado. Fue hijo del ingeniero Ángel Felipe Cabrera,[238] de 45 años, y Elena Camacho, de 29. Huérfano de

---

Couturier. Entre los documentos que todavía conservan, se encuentra un trozo del Diploma al que hace referencia Felipe Teódulo Contreras. El tiempo le ha hecho mella, no obstante, y pese a la falta de la capitular, pueden advertirse, todavía, las siguientes palabras: «…a junta directiva de los estudiantes del Colegio del Estado hace constar que el jurado calificador se ha servido conceder la 2ª mención honorífica a la Srta. Esther Fuentes por la composición «Estrellas Errantes» que presentó en los Juegos Florales. Puebla 16 de septiembre de 1902.» Secretario, Francisco L. Casian, Rúbrica. Conservan, también, el fragmento de una partitura en honor a la Corregidora. En octubre de 2014, Zaira Natividad Díaz Rojero presentó su tesis de Maestría en Educación en la Universidad Pedagógica Nacional, en Guadalupe, Zacatecas. La tituló «Esther Fuentes Couturier: una maestría del siglo XIX desde la perspectiva de género». Es, quizás, el primer trabajo de rescate de la vida y obra de la poeta sombreretense.

[236] En 1991 el H. Ayuntamiento Constitucional 1989-1992 del Real de minas de Sombrerete, Antigua Villa de Llerena, publicó el libro *Erráticas*, de Esther Fuentes Couturier. El libro, de siete apartados, contiene la mayor parte de la obra de la poetisa. Por un suelto sin fecha, que obra en poder de los descendientes de Esther Fuentes, sabemos que hay dos poemas más, al menos, que no figuran en erráticas: «Durangueña» y «Capullos».

[237] En su tesis doctoral, «De la tradición a la liberación. Poesía zacatecana 1880-1926», Berenice Reyes Herrera hace un estudio muy interesante de las revistas y los poetas zacatecanos, así como de su relación con el poder en el periodo señalado. Analiza la relación de éstos con otros poetas de otras ciudades de provincia –Eduardo J. Correa, por ejemplo– y pone de manifiesto esa tensión entre las formas clásicas y las novísimas, de ahí el título: «De la tradición a la liberación». Reyes Herrera concluye que no hubo un modernismo zacatecano, y que Ramón López Velarde no tuvo mucha participación el campo literario de su estado de origen. La tesis puede consultarse en el repositorio del Colegio de Michoacán.

[238] Miguel Marín Hirschmann escribe sus recuerdos en «La academia de profesores del colegio del Estado en 1883», publicado en *Don Quijote*, revista estudiantil, números 38 y 39, correspondiente a julio y agosto de 1935, lo siguiente: «El Sr. Ingeniero don Ángel W. Cabrera, fue padre de nuestro gran poeta Doctor Rafael Cabrera y

madre a los dos años y de padre a los cinco, tuvo que ir vivir a casa de su padrino, el empresario Tomás Furlong Pescietto y su esposa, Concepción Armijo.[239] El Molino de Enmedio, primero harinera y luego fábrica de hilados y tejidos, ubicada en la margen oriente del río Atoyac, al sur de la ciudad, era propiedad de su padrino. Allí, fuera de la ciudad, habitó una...

> […] mansión vetusta de elevados muros y portalones con recamo de musgos, añoso jardín alfombrado de hojas secas, avenidas sombreadas de corpulentos árboles; y el río desenrollando su caudal en curvas de capricho. Una cascada de libre elevación […] anillaba sus gajos de cristal arpegiando el ritmo de la caída entre espuma de iris; y escuchándose a la margen gorjeo de pájaros y matizando aterciopeladas flores, unos u otros tramos de aquel retiro de hadas o de ninfas.[240]

La orfandad y aquel lugar –agreste y misterioso, que sin duda invitaba a la introspección– debieron influir en el despertar de su sensibilidad. No tenemos mayor referencia de su infancia ni de su adolescencia. Apenas la noticia de que sus estudios primarios los realizó en la escuela anexa a la Normal de profesores de 1892 a 1898. Al año siguiente, en 1899, ingresó al Colegio de Estado para realizar sus estudios de Preparatoria y luego los de Medicina. En la preparatoria, como lo habían hecho generaciones anteriores, y lo harían todavía algunas en el porvenir, habría leído el *Compendio de Arte Poética*, de M. Milá y Fontanals, de 1844; así como *La retórica y Poética. Literatura preceptiva*, de D. Narciso Campillo y Correa, publicado en 1872

murió cuando éste era muy niño. Lo recuerdan con afecto y respeto los que fueron sus discípulos». Acompaña el escrito con una fotografía en la que puede verse al padre del poeta.

[239] Tomás Furlong Pescietto (1854-1941) fue el quinto hijo del general Cosme Furlong Malpica, gobernador de Puebla en 1834; Patricio Furlong Malpica, hermano mayor de Cosme, y también general, gobernó el estado de Puebla en 1829. Ambos eran hijos del militar irlandés Diego Furlong Downes, de oficio panadero y quien procreó con Anna Gertrudis Malpica García, diez hijos. Diego habría llegado a Puebla en 1762. En Morales, Luz Marina, La antigua casa de Cosme Furlong. Remembranzas del patrimonio perdido, BUAP, 2001. Luz Marina Morales presentó en la Universidad del país Vasco su tesis de doctorado dedicada a la familia Furlong Malpica. Tomás Furlong fue baleado el 2 de abril de 1941, atentado al que sobrevivió unos días. Murió a los 87 años por una complicación pulmonar. Entre sus herederos estaban dos hijas de Alfredo Fenochio, y Enrique Benítez, quien más adelante será mecenas de la Bohemia Poblana. Véase también, Cordero y Torres, Enrique, *De las galerías pictóricas de gobernantes del Estado Libre y Soberano de Puebla*, Centro de Estudios Históricos de Puebla, A.C., 1982.

[240] Palacios, Juan, *Rafael Cabrera y su época*, Publicaciones del grupo literario Bohemia Poblana, 1951, pp. 12-13.

ambos textos de uso corriente en la preparatoria del Colegio del Estado. Imposible saber en qué momento la poesía hizo presa de él. Lo cierto es que, en 1902, a poco de terminar sus estudios preparatorianos tiene 18 años y está enamorado. Se decide a participar en los juegos florales y somete al juicio del jurado el poema «Ojos negros» dedicado, con pudor, a la anónima señorita X.X.X.:

Ojos negros

Ojos de abismo en que el placer anida,
más negros que mis penas y mi suerte,
miradme aunque al mirarme ahondéis mi herida
y un instante no más dadme la vida
¡húmedos ojos que me dáis la muerte!

Ojos en que el amor su faz retrata,
voluptuosos, ardientes, soñadores…
miradme, y en la noche que me mata
¡cantaré mi postrera serenata
a vuestra luz tan llena de fulgores!
Miradme ¡por favor! ¡ahondad mi herida!
ojos más negros que mi negra suerte,
y luego en vuestras sombras confundida
arrebatadme ¡por piedad! La vida…
¡Ojos benditos que me dais la muerte![241]

Amor y perdición en una mirada. Ojos que son el abismo, la noche, la muerte, y la renuncia a la vida. El tema es modernista, la forma, clásica. Sus versos son de arte mayor, lo que muestra un conocimiento y práctica de la versificación. Por «Ojos negros» Rafael Cabrera –frente amplia, recta la nariz, cabello crespo peinado hacia la izquierda, lo que dejaba ver una entrada amplia, bigote delineado sin ocultar los labios y una mirada severa pero serena– recibirá la tercera mención honorífica.[242] Suficiente para asegurar, en tanto promesa, su ingreso al parnaso angelopolitano.

[241] En *Los juegos florales de Puebla...*, p. 50.

[242] Muchos años después, en 1959, el escritor argentino M. A. Raúl Vallejos, amigo del poeta, escribirá un opúsculo titulado *Imagen del poeta Rafael Cabrera* en el que lo hace merecedor de la segunda mención honorífica.

Cuando en 1907 Manuel Caballero pretende revivir la *Revista Azul* hará un llamado a escritores y poetas de provincia para que lo acompañen en su infausta aventura. Del Colegio del Estado de Puebla acudirán, convencidos, Rafael Cabrera, Atenedoro Monroy, Manuel H. San Juan, Rafael Serrano, Alfonso G. Alarcón y Eduardo Gómez Haro. Los tres primeros habían participado en los juegos florales. Serrano había fungido como jurado.[243]

Luego de seis números, de marzo a junio de 1907 –y de la llamada Protesta Literaria (que había reunido a no pocos de los integrantes de *Savia Moderna*) que ganaría la plaza literaria–, la *Revista Azul* desaparece. Se alzan victoriosos los integrantes de la futura Sociedad de Conferencias y el posterior Ateneo de la Juventud y luego de México. Alfonso Reyes, Max Henríquez Ureña, Abel C. Salazar, Alfonso Cravioto, entre otros, entraban en escena. Fernando Curiel ha documentado puntualmente el episodio en su *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda* Revista Azul, publicado en 1996. De igual forma lo hizo Juan Hernández Luna en su *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, de 1962, al incluir Fernando Curiel Defossé –en el anejo documental, en el apartado de «Principales episodios»–, el documento titulado «Protesta literaria».[244]

El programa de la revista impulsada por Caballero, más con tintes de negocio que de propuesta literaria o ideológica, era la «Guerra al Decadentismo» y con la intención de «restaurar un arte limpio, sano y fuerte.» Fernando Curiel nos recuerda que Jesús E. Valenzuela, director de la *Revista Moderna de México*, y Manuel Caballero se estaban «disputando en la plaza pública el cadáver de Manuel Gutiérrez Nájera». Pero Caballero traicionaba el legado del Duque Job: La primera *Revista Azul* había sido casa de diferentes tendencias y propuestas literarias. La segunda, combatía a un Decadentismo que ya se había batido en retirada. Pero inventar o levantar un enemigo imaginario podría resultar buen negocio y un pretexto para disputar el campo literario de la capital.

---

[243] Entre otros colaboradores que Caballero incorpora a su publicación destacan Severa Aróstegui, Miguel Bolaños Cacho, Eduardo Colín, Eduardo Correa, Federico Gamboa, José Peón del Valle, Luis G. Urbina, Eduardo Gómez Haro, José López Portillo y Rojas, y Victoriano Salado Álvarez.

[244] En su documento, los firmantes argumentaban que no defendían al Modernismo, puesto que éste había pasado y había dejado «todo lo bueno que debía dejar». No obstante, añadían: «Somo modernistas, sí, pero en la amplia acepción de ese vocablo, esto es: constantes evolucionarios, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo, y en una palabra, hijos de nuestra época y nuestro siglo». Entendieron, en ese sentido, que la modernidad implicaba el cambio incesante, lo que Paz llamaría «la tradición de la ruptura». En ese mismo documento llamaban a Caballero «anciano reportero», cuando éste tenía ¡53 años! Y terminaban su documento con las siguientes palabras: «¡Momias, a vuestros sepulcros! ¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir!». En Hernández Luna Juan, *Conferencias del ateneo de la Juventud*, UNAM, pp. 335-336. Cursivas en el original.

Al año siguiente de desaparecida la *Revista Azul* en su segunda época, cuatro jóvenes estudiantes de medicina del Colegio del Estado de Puebla impulsaban una revista literaria: *Don Quijote*. Alfonso G. Alarcón, Aurelio M. Aja, Gil Giménez, y Rafael Cabrera, quien continuaba así su trayectoria. Esta publicación se haría eco del combate al decadentismo y en el nombre, *Don Quijote*, llevaba su propuesta: reivindicar la tradición castiza. La revista circulará hasta enero de 1911, año en que dejarán las aulas del Colegio del Estado no sin que antes sus integrantes se hubiesen escindido a causa de la campaña de Francisco I. Madero y los resultados del año anterior. Pese a las diferencias políticas mantendrán su amistad.

Durante la celebración de las fiestas del Centenario, Rafael Cabrera pronunciará, en el castillo de Chapultepec, con acendrado patriotismo y de cara al presidente Porfirio Díaz, su poema *Sumsum Corda*.[245] Dos años después publicará el que será su único libro: *Presagios*. Para entonces Pedro Henríquez Ureña, en carta dirigida a Alfonso Reyes, le había visto como un elemento valioso que había que incorporar al Ateneo de México, como en efecto se hizo.[246] Alfonso G. Alarcón, y Gil Giménez no dudarán en brindarle su apoyo a Francisco I. Madero.

Alejandro Quijano. Poeta y académico

Alejandro Quijano era otro de los jóvenes participantes. Había nacido el 5 de enero de 1883 en Mazatlán, Sinaloa, y estudiaba en la Escuela Nacional Preparatoria. En ese 1902 tenía 19 años. Aunque había elegido el Derecho como su vocación, la poesía no le resultaba ajena. Testigo de los juegos florales del año anterior, en donde había conocido a Amado Nervo, decidió participar con su composición titulada «El poeta». Por ella el jurado le otorgaría la cuarta mención honorífica.

[245] Al término de su carrera, Rafael Cabrera fue director de la biblioteca «Lafragua» del Colegio del Estado. En el *Florilegio de poetas y escritores poblanos por nacimiento o por haber hecho en el estado su carrera literaria*, de Alfonso G. Alarcón y Ricardo Saúl Rodiles, de 1913, publicó un relato titulado «Los libros viejos», páginas 42-46. Su libro, *Presagios*, verá dos ediciones más: una en 1935 y otra, póstuma, en 1950. A Rafael Cabrera se debe la primera traducción de *Vidas imaginarias*, 11 relatos, de Marcel Schwob, libro publicado en 1922 y que influirá tanto en Jorge Luis Borges, con su *Historia universal de la infamia*, y las *Vidas reales e imaginarias*, de Alfonso Reyes. José Emilio Pacheco traducirá otros 11 relatos de *Vidas imaginarias*. La editorial Porrúa, en su colección «Sepan cuantos…» los publicará. Esta edición, de 1991, incluye la traducción de «La cruzada de los niños». Cabrera hará otras traducciones más. Entre ellas destaca *El cantar de los cantares* traducido primero al francés por Juan de Bonnefon, y luego por Rafael Cabrera. Ediciones Cultura lo publicó en 1917.

[246] En una carta que Pedro Henríquez Ureña escribe a Alfonso Reyes el 4 de febrero de 1914, a propósito de un artículo titulado «Nosotros», antecedente de «Pasado inmediato», le dice que no olvide incluir a Cabrera «que vale más que Eduardo Colín». En *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*, edición de José Luis Martínez, FCE, México, 1986, p. 270.

El Poeta

Y una vez sobre el odio y la mentira,
Sobre el mar encrespado de la mofa,
Sobre las rebeliones de la ira,
Templó el Poeta la argentada lira
Y entre sus cuerdas floreció una estrofa.

Y a su conjuro de dolor creyente,
Y ante su canto de pesar genuino,
Y á su grito de amor puro y doliente,
Dijo el Señor, magnánimo y clemente:
«La estrofa será el bálsamo divino.»

Desde entonces no teme la mentira,
Ni se siente dardeado por la mofa,
Ni se siente golpeado por la ira;
Cuando empieza a sufrir templa la lira…
Y surge, como bálsamo, la estrofa.[247]

Ante el dolor, la poesía como bálsamo. Ante el pesar, las palabras templadas en las cuerdas de la lira. Algo hay de divino en la poesía, así lo advierte Alejandro Quijano en su poema de factura clásica. Profesor de literatura en la Escuela Nacional Preparatoria se convertirá, muy joven, en integrante de la Academia Mexicana de la Lengua 18 años después. En 1921, cuando tiene 38 años, leerá su discurso de ingreso. El tema de su disertación será «La poesía castellana en sus cuatro primeros siglos».

Antes, en 1919, en una velada que la Universidad Nacional le dedicó a Nervo, pronunciará un discurso en el que encomia al poeta, pero también al hombre. Recordará la *Revista Moderna* dirigida al alimón por Jesús Valenzuela y Amado Nervo y la ponderará como «el exponente más serio y prestigiado del arte de las letras mexicanas. En sus páginas se halla cuanto entonces brilló; y en ella lucen la prosa y el verso de nuestro poeta».[248] No parece haber dado a la imprenta libro alguno de poesía. El

[247] En *Los juegos florales...*p. 51.
[248] Quijano, Alejandro, *Amado Nervo, el hombre*, Imprenta Murguía, México, 1919, p. 17.

periodismo y la docencia habrían ganado su vida. Dirigió dos diarios *Novedades* y *The News*. Ejerció la docencia tanto en la Escuela Nacional Preparatoria –en la que impartió clases de Literatura general y de Literatura española–, como en la Escuela de Jurisprudencia. En la correspondencia que Alfonso Reyes y Rafael Cabrera sostuvieron es mencionado tangencialmente. Falleció el 17 de febrero de 1957.[249]

Federico Escobedo. Presbítero y poeta

Ese año había publicado su *Carmina Latina* (Canciones latinas). Tenía 28 años y una sólida formación en latín y griego gracias a los estudios realizados en el Seminario Palafoxiano de la ciudad de Puebla. Federico Escobedo Tinoco había nacido en Salvatierra, Guanajuato, en 1874. Discípulo de Tirso Rafael Córdoba, había estudiado con diligencia el *Manual de literatura Hispano-Mexicana* que éste había publicado en 1879 en Veracruz pero que, con seguridad, formaba parte de las lecturas obligatorias del Seminario.[250]

El poema con el que decidió participar lleva por título «¡Surgite!» (¡Arriba!) y lo dedicó «a los poetas mejicanos»:

¡Surgite!

Poetas, de la rima soberanos:

[249] En las memorias de la Academia Mexicana de la Lengua, disponibles en la Web, se enumeran las obras de Alejandro Quijano. Véase el tomo VIII de las Memorias, páginas 263-264. Destaco *Las letras en la educación*, de 1915; *Amado Nervo, su vida y su obra*, de 1919; «La poesía española en sus cuatro primeros siglos», que fue su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, en 1921; un *Elogio del idioma español*, de 1933; *Cervantes y el Quijote en la Academia*, ediciones de número, en 1935; Mazatlán, de 1939. Dedicará cuatro estudios a las letras franciscanas. Julio Torri comentará a Alfonso Reyes, en carta del 12 de febrero de 1919, sobre dos obras de Quijano, la primera de ellas *En casa de nuestros primos*, libro de 1918, lo considerará divertido (los textos de este libro aparecieron primero en *El Universal Ilustrado*); de la segunda «Jiménez de Cisneros», una conferencia leída en el Ateneo Hispánico de México dirá que es seria. En Torri, Julio, *Epistolarios*, UNAM, México, 1995, p. 276.

[250] Tirso Rafael Córdoba nació en Zinapécuaro, Michoacán, el año de 1838. Es autor de *El sitio de Puebla, apuntes para la historia de México, sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos*, 1863. Fue redactor del *Boletín de Leyes del Imperio*, publicación oficial del Segundo Imperio Mexicano. Falleció en la ciudad de Puebla en 1889. En el Prólogo de su *Manual*, señala que: «La literatura, en efecto, alimenta y nutre, fortifica y eleva nuestro espíritu con los conocimientos que han allegado las generaciones; forma nuestro corazón para el bien con altas y provechosas enseñanzas; y por consiguiente, influye de un modo poderoso en el destino de las sociedades, de cuyos intereses, pasiones, costumbres, tradiciones y creencias es el más vivo reflejo», en su *Manual de literatura Hispano Mexicana*, México, 1879, p. IV. Considerada la poderosa influencia que la literatura ejerce en la sociedad, en la primera lección destacará su carácter de Preceptiva.

de vuestras alas no abatáis el vuelo,
que no nacisteis, no, para gusanos.
¡Aves reales sois, hijos del cielo!
Con generoso anhelo
remontaos; sois águilas potentes;
abominad del vicio y podredumbre,
no abajéis vuestras frentes;
mas del cielo á la cumbre
vuestras alas os lleven refulgentes.
y allí bebed del sol la hermosa lumbre.
[…]
¿El genio del poeta
habrá de revolcarse entre la escoria
y sin tocar la suspirada meta
verá secos los lauros de su gloria?
Quien supo con el metro,
cual imán, atraerse multitudes,
ya de su lira destrozado el cetro,
¿no llamará de nuevo á las virtudes?

Reconocidas las virtudes del poeta y la inevitable tarea a la que está convocado, otras preguntas serán acicate en busca de respuesta:

¿Qué siempre, oh desventura!
la lira de los bardos, noche y día,
como ramera, impura,
sólo ha de ser el eco de la orgía?
[…]
¿Seguirá envenenando corazones,
y en vez paz, diseminando el odio?
[…]
Si al mal la poesía se vincula;
si el vicio adorna con mentido afeite
y á los grandes adula;
si no halla en la virtud ningún deleite;
si grandezas no inspira;

si rompe la unidad de firmes lazos,
y en vez de compasión engendra ira;
¡Oh poetas!... ¡el plectro haced pedazos,
y mejor que enmudezca vuestra lira![251]

Eco de la orgía, veneno de corazones, engendradora de ira, ramera, impura. Los adjetivos se suceden acusadores. La poesía deberá ser edificante o no será. Y si no lo es, lo mejor será el silencio: «¡el plectro haced pedazos!», exigente la frase, imperioso el llamado. Los versos de Federico Escobedo tienen referentes, aunque no los mencione: los poetas modernistas y decadentes cobijados en la *Revista Moderna*.

La «Misa negra» de José Juan Tablada;[252] los poemas del primer Amado Nervo, autor de *Perlas negras* o *Místicas,* el de «El Bachiller»;[253] «La canción del ajenjo», del malogrado Bernardo Couto Castillo, publicada seis años atrás en la *Revista Azul,*[254] entre otros, habían dejado una huella que no pocos consideraban perniciosa.

El presbítero, que había estudiado con los jesuitas, obtuvo la quinta mención honorífica, la última. Cerraba los galardones de la poesía lírica y daba paso a la siguiente premiación. Su llamado a los poetas de Méjico, callar antes que «seguir envenenando corazones», era una reivindicación de la preceptiva. Federico Escobedo Tinoco ingresará en 1907 a la Arcadia en Roma y elegirá el nombre de Tamiro Miceneo. Traducirá del latín la *Rusticatio Mexicana*, del jesuita Rafael Landívar. Por su edad será puente entre la llamada generación del Seminario Palafoxiano[255] y la agrupación

---

[251] En *Los juegos florales...*… pp. 52-52.

[252] El final de «Misa Negra» reza así: «Y celebrar, ferviente y mudo, / sobre tu cuerpo seductor, / lleno de esencias y desnudo, / la Misa Negra de mi amor!», publicado en *El País* el 8 de enero de 1893.

[253] «Oremus», de *Místicas*, publicado en 1896 y dedicado a Bernardo Couto Castillo, dice: «Oremos por los místicos, por los neuróticos, / nostálgicos de sombra, de templos góticos / y de Cristos llagados, que con supremos / desconsuelos recorren su ruta fiera, / levantando sus cruces como bandera. / ¡Oremos!».

[254] «Soy noble y compasiva, y jamás abandono á quien me llama. Cráneos vacíos, cráneos sin los, que hoy ruedan en el polvo de los osarios, cráneos que decirte pudieran de cuántos sueños los poblé! Cadáveres existen que si mí, sacudidos estarían aún por las alas poderosas y brutales, por las inflexibles alas del negro cuervo de la desventura!«. «La Canción del ajenjo» está dedicada a José Juan Tablada. Se publicó el 31 de mayo de 1896.

[255] En «Las letras universitarias del siglo XX», Antonio Esparza Soriano adelanta, sin culminarla, una posible periodización para las letras poblanas, ligadas a la Universidad, a partir de la propuesta generacional de José Ortega y Gasset. No obstante, sólo menciona la Generación del Seminario Palafoxiano y una más: Contemporáneos de la Generación del Seminario Palafoxiano. Establece diferencias entre ambas, y al final se inclina más por señalar las personalidades y los grupos literarios que han destacado en la Angelópolis. En *Tiempo universitario*, año 4, número 17, 26 de octubre de 2001. En http://148.228.11.41/archivo-2019/sites/default/files/Tiempo%20Universitario/2001/17/index.html

denominada Bohemia Poblana. El Colegio del Estado, una institución laica, premiaba a un sacerdote reconociendo en éste sus virtudes poéticas.

El tema desierto

El tema correspondiente al «Canto al trabajo» fue declarado desierto. A juicio del jurado, ninguno de los trabajos presentados alcanzó a cumplir las expectativas esperadas. Los que se presentaron pertenecían más a la lírica que a la ensayística, así:

> […] no hubo una sola que correspondiese a la magna, complexa y admirable epopeya del trabajo humano. Los autores que trataron el punto en esta última forma, consideraron tan sólo algunos de sus aspectos más modestos: el trabajo agrícola, la pesca, la minería, la labor fabril, y tal cual aspecto más, que por el momento no podemos recordar con precisión; todo desde un punto de vista muy general. Pero la inmensa suma de trabajo que venciendo infinitas resistencias en lucha dolorosa con la muda e implacable naturaleza, ha traído a través de largos siglos *cuanto tiene de maravilloso la civilización contemporánea*: las comodidades materiales de la existencia; el respeto a los derechos ajenos; la beneficencia pública y privada; las espléndidas manifestaciones de las bellas artes; el esfuerzo especulativo, intenso y poderoso, que ha acabado por descubrir muchas de las grandes leyes naturales, y por erigir la fábrica portentosa de todas las ciencias; el genio filosófico que en alas de vastas abstracciones formadas con los varios materiales de esas mismas ciencias, trata de elevarse a la unificación total de los conocimientos humanos formulando una generalización suprema, y promete así reconciliarse con la religión en el seno de cierto misticismo profundo, al cual parece ya asomarse el alma contemporánea; etc., etc.,: todo esto y mucho más quedó fuera y por encima de la visión poética de los cantores del trabajo, quizá por falta de atención. ¡Y cuánto hubiera podido decirse de este gran mago del mundo, aun limitándose a cualquiera de sus aspectos…![256]

El trabajo, «este gran mago del mundo», se quedaba sin reconocimiento «quizá por falta de atención» de los participantes, se aseguraba no sin cierto desencanto. El párrafo citado, no obstante, da cuenta de la concepción que el jurado tenía del trabajo, de la sociedad misma, y del tiempo que se estaba viviendo. Por el trabajo se había transformado (en realidad sometido) a la naturaleza; se le habían arrancado sus se-

[256] *Los juegos Florales...*, p. 10.

cretos y sus leyes. Por el trabajo se había alcanzado el progreso y por ello la civilización contemporánea, uncida a la modernidad, era *maravillosa*. No obstante, como se verá en el tema siguiente, el mundo moderno tenía facetas obscuras, alguna de ellas había anidado en la literatura; había que mostrarlo para mejor combatirlo. Al finalizar el siglo XIX, algunos integrantes de la sociedad, cuya voz era amplificada por sus obras, cuestionaban el orden mismo, las «sanas costumbres», y se convertían, por ellos, en un peligro que había que alejar de la juventud.

Influencia moral y social de la lectura de novelas en la juventud

Victoriano Salado Álvarez. La prosa combativa

Si el año anterior, Salado Álvarez se había destacado en los juegos florales de la Escuela de Jurisprudencia de la ciudad de México, con su ensayo sobre el «Papel de la poesía en el periodo industrial», en los organizados por los estudiantes del Colegio del Estado de Puebla volvía a triunfar. Esta vez con su reflexión sobre la «Influencia moral y social de la lectura de novelas en la juventud». Lector de poesía, lo era también de prosa. Nadie podría dudar que Victoriano Salado Álvarez era un asiduo, contumaz y atento lector. Autor de crítica literaria, lo era, asimismo, de novelas. En 1901 había publicado *De autos*, libro de relatos prologado por José López Portillo y Rojas.[257] En ese 1902 daría a la imprenta sus *Episodios Nacionales*, con el subtítulo *De Santa Anna a la Reforma* y *De la Intervención al Imperio*.

Tres años antes, en 1899, en su libro *De mi cosecha*, había dedicado un breve artículo a la aparición de la novela *La parcela*, de José López Portillo y Rojas. A la obra de su paisano la calificaba como «una verdadera obra de arte». De ella escribió que «es obra naturalista cuyos elementos están tomados pura y solamente de la verdad; *pero no es realista á la manera francesa* sino que se parece más bien a las obras inglesas, y de las obras inglesas a las de Dickens».[258] En el mismo libro dedicará reseñas críticas, entre otras, a la novela *Muertos y vivos*, de Antonio de la Peña y

[257] Escribe López Portillo y Rojas: «A las claras se revela en este libro el trabajo del lector incansable que, antes de convertirse en escritor, ha procurado alhajar el cerebro con datos, especies y noticias de adquisición laboriosa y penosa conservación. Apenas se concibe que un erudito como él, tan prendado de las puridades y curiosidades históricas, no haya perdido ni la imaginación ni los bríos en los pesados cronicones o en los indigestos anales de antaño, como el vellón los corderos en las zarzas del camino; lo que revela que su inspiración es de buena cepa, florida y pujante, como vívida planta que no se marchita ni seca al rigor de la lluvia, ni a los soplos de los cierzos.» Salado Álvarez, Victoriano, *Cuentos y narraciones*, ed. Porrúa, México, 2005, p. xxv y xxvi. Las cursivas son mías.

[258] Salado Álvarez, Victoriano, «La parcela», en *De mi cosecha, estudios de crítica*, Guadalajara, México, 1899, p. 55. Las cursivas son mías.

Reyes; a *La calandria*, de Rafael Delgado; a *Croquis y sepias*, de Ciro B. Ceballos; a Federico Gamboa por su obra *Suprema ley*. Para su valoración, Salado Álvarez recuperará los primeros títulos publicados por Gamboa –*Del natural. Esbozos contemporáneos* (1889); *Apariencias*, (c1890); *Impresiones y recuerdos* (1893)– y señalará que *Suprema ley* (1896) es una obra «[…] de una verdad tan admirable, tan vívido, tan pasional, tan lleno de ese realismo de buena cepa que hace durar las obras no en el escaparate del librero, sino en el estante del literato y en la memoria del amante de la belleza.»[259] No obstante el reconocimiento al valor de la novela, líneas más adelante añadirá:

> No cabe duda, el mundo de Gamboa á la manera de Carlyle, es un montón de fango fétido cubierto por una atmósfera de plomo, en donde se escuchan solo ayes y gritos de desesperación; pero en la terrible imaginación del pensador britano, surcan el cielo de esa gehena rayos de filantropía que infunden consuelo y resignación. [...] En suma, *Suprema ley* es un gran acierto, un acierto que vale por muchas caídas y con ella el Sr. Gamboa se ha colocado entre los primero novelistas mexicanos —no el primero de todos, porque para mí Delgado y *Micros* tienen también sitio preferente. [...] Aquí debería terminar este artículo; pero no manifestaría del todo mi sentir si no dijera *cuánto me extrañan y cuánto me duelen en el Sr. Gamboa descuidos enormes del lenguaje, impasables en cualquier escritor*. Giros, frases y construcciones mexicanos, *voces provenientes del francés* y del inglés, pero sin desbastarse todavía ni adquirir carta de naturaleza, y sobre todo un estilo cortado, premioso, lleno de anfibologías y de defectos, apartándose á leguas de la cadencia, la rotundidad, la amplitud y la majestad del periodo castellano, abundan en el nuevo trabajo. [...] *Si el Sr. Gamboa estudiara los escritores españoles como de seguro ha estudiado á los franceses, qué cosas tan bellas diría, qué hermosos resultarían sus libros*. Cumpliría á maravilla la frase de Venusino: *mens sana in corpore sana*.[260]

Salado Álvarez no dejaba de manifestar su desagrado hacia la influencia que la literatura francesa ejercía en los modernistas mexicanos. Así lo acusaban sus obras. Si con Gamboa criticaba lo que consideraba «descuidos», lo hacía de manera más tajante con Ciro B. Ceballos y su obra *Croquis y Sepias*. Para el teocalichense la influencia de la literatura francesa era nociva. No obstante reconocer a Ceballos como

[259] *Ídem*., p. 70.
[260] *Ídem*, pp. 72-73. Las cursivas, salvo las de la frase latina, son mías.

el que mejor escribía de entre sus correligionarios, se preguntaba:

> ¿Por qué, pues, el señor Ceballos pasa como novelista de los de la última empolladura? […] ¿Qué tienen de modernistas, vamos a decir, *El caso de Pedro*, *Dos cartas*, *Instantánea* ó el *Rey de las gemas*? Porque me figuro que no es atributo exclusivo del modernismo pintar pasiones y sucesos sangrientos o extravagantes, pues en tal caso modernistas hay y ha habido desde que la novela es novela. [...] El estudio sutil y complicado de la enrevesada alma contemporánea; los crímenes, las locuras y los horrores á que impulsa la hartazga de la civilización que los europeos se han propinado; las direcciones estrafalarias que toma la conciencia en gentes que por juro de heredad poseen el desequilibrio de todas las facultades, constituyen el objeto de la novela novísima; pero si he de decir la verdad, nada de eso encuentro en el señor Ceballos.

Y añadía:

> En las obras de este literato *hay mucha crudeza*, mucho de llamar a las cosas por su nombre de pila, mucho de referir lances un tanto verdes; *pero esa labor paciente, minuciosa, fina de quien pesa las palabras, alambica las ideas y extrae de una y otras un jugo quizá deletéreo, quizá mortífero, pero siempre exquisito*, está á cien leguas de nuestro paisano.[261]

Para Salado Álvarez la influencia que las novelas podrían ejercer en la juventud era cosa indiscutible. Iniciaba su ensayo señalando que «[…] las novelas son como las setas: la hay buenas por inocentes y las hay detestables por envenenadas; en la duda es preferible no saborear ningunas.»[262] Pero reconocía que no era posible mantener un fallo absoluto. Así que, al admitir que la novela era un género popular, Salado Álvarez se había propuesto comprobar lo sugestivas que resultaban las novelas cuando llegaban «al espíritu por medio de palabras melosas, de frases bien concertadas, de todos los primores del arte y de todas las agudezas de ingenio»; cuando esto ocurría ejercían «influencia particularísima en el ánimo de jóvenes de temperamento exaltado y, sobre todo, de mujeres entusiastas é impresionables».[263]

---

[261] *Ídem*, pp. 93-94.
[262] *Los juegos florales...*, p. 57.
[263] *Ídem.*, p. 58.

Para cumplir su cometido, recorría el camino de los relatos en la época antigua y situaba a la novela como un producto «esencialmente moderno». El *Amadís de Gaula* –libro de caballería cuya influencia se destaca en *El ingeniosos hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes–, sirve de punto de partida para mostrar la influencia decisiva que una lectura puede ocasionar. Si para algunos, como don Juan Valera,[264] el *Amadís* había sido «manual de elegancia y cortesanía» para otros, Brantôme,[265] era incontable «el número de damas, religiosas y mundanas, que había pervertido». No era menor la influencia de *La Celestina*, donde figuraban los «amantes ávidos de gozarse».

Pero el auge de la novela vendría a manifestarse en el siglo XVIII. Salado Álvarez pasa revista a los escritores y filósofos franceses: Montesquieu, con sus *Cartas persas*, causó «asombro de su tiempo»; Voltaire, con sus obras «[…] *Cándido*, *El hombre de los Cuarenta escudos*, *Micromegas*, *Las orejas de Lord Chesterfield,* […] pasó revista á cuanto la humanidad creía en religión, filosofía, literatura, historia, ciencias y arte, y repartiendo tajos y mandobles abolló muchos cascos, desarmó á muchos caballeros, mató á muchos peones y hasta se atrevió á poner sitio al castillo inexpugnable de las creencias próceres.»[266] Diderot «hizo con dos novelas cortas más que muchos enciclopedistas con tomos enteros. De *El sobrino de Rameau* [afirma] es un espíritu tan original, tan completo, tan deforme y tan viviente, que resulta un monstruo incomparable y un documento inmortal en la historia natural del hombre».[267]

El que mayor influencia había tenido era Juan Jacobo Rousseau. «*Julia o la Nueva Eloísa* es una serie de disertaciones sobre el duelo, el amor, el deber y cien tópicos más, tan descocidos, tan faltos de enlace, tan fuera de sitio, que asombra hayan causado la impresión que causaron. […] en su tiempo arrancó más lágrimas y fue más celebrado que las obras más estupendas».[268] En el *Emilio*, que manifiesta un «aparente amor a la humanidad», hay en realidad inverecundia, honda inmoralidad y depravación sincera y descarada.

Para Salado Álvarez las obras de los enciclopedistas franceses habían tenido una influencia decisiva en acontecimientos históricos. Su frase era definitiva y tenía

---

[264] Juan Valera y Alcalá-Galiano (1824-1905), escritor, diplomático y político español. Su novela más conocida es *Pepita Jiménez* (1874)

[265] Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, historiador y biógrafo francés (c1540-1614).

[266] *Los juegos florales...*, pp. 62-63.

[267] *Ídem*.

[268] *Ídem*.

un eco previsor: «¡Calcúlese ahora si no debía contribuir al aparecimiento de la revolución francesa esa enseñanza diestra é insidiosa.»[269]

Recurría a Goethe, «el artista más equilibrado» y su *Werther* (1774), obra que había causado «millares de desgraciados», presas del *mal del siglo*, manía suicida llamada también *wertherismo* o *goethismo* patológico. No se detenía ahí. Arremetía contra Stendhal por sus obras *Rojo y Negro* y *La cartuja de Palma*, y al que definía como «el psicólogo más descarnado y feroz que haya existido». Maestro de Taine, Balzac, Bourget, Flaubert «y hasta de Zola», en su «despiadado libro», *Rojo y negro*, «están guardados […] todos los horrores que después hemos saboreado diluidos».[270]

François-René de Chateaubriand, considerado el fundador del romanticismo en la literatura francesa, autor de *René* (1802), había dado forma a esa «famosa tristeza moderna que también se llamó en un tiempo *mal de René*.» A causa de influencia: «¡Cuántos suicidios, cuántos amores incestuosos promovidos por ese libro, retrato fiel de aquella alma de vendeano impetuosos».[271] Honoré de Balzac tampoco se salva. En su *Comedia Humana* se refleja: «Esa juventud que ama el dinero por sobre todas las cosas, que mira la vida, el amor, el arte la familia, las afecciones más santas y puras, como un negocio, y nada más que como negocio».[272]

Jorge Sand «es quizá quien carga más pecados morales […] lanzó los horrores más grandes sobre el amor y la familia, poniendo en boga y divinizando el adulterio, el amor libre, el suicidio y no sé cuántos horrores más».[273] Su novela, *Indiana, o las pasiones de Madame Delmare* (1832) había sido causante de intento de suicidio. Alejandro Dumas, padre, había hecho modelo de egocentrismo con su obra *Antony* (1831). Henry Murger, con *Escenas de la vida bohemia* (1847-1849), formaba parte de las obras cuya influencia era considerada nociva. Y los novelistas, a juicio de Salado Álvarez, no desconocían la influencia que sus obras podían ejercer, sobre todo, y no estaba de más recalcarlo, entre los jóvenes y las mujeres.

De *Mme. Bovary*, la celebrada obra de Flaubert que causara escándalo en su tiempo y que llevó a su autor a juicio por faltas a la moral, Salado Álvarez retomaba un pasaje para señalar que era «más convincente que todos los razonamientos» y no había «mejor preparación para varios adulterios y un suicidio como los de la desgraciada heroína». He aquí el fragmento que cita de *Mme. Bovary*:

---

[269] *Ídem*., p.64.
[270] *Ídem*., p. 65.
[271] *Ibidem.*
[272] *Ídem.*, p. 66.
[273] *Ibidem.*

> Por espacio de seis meses, teniendo [Emma] quince años, se ensució las manos con el polvo de los gabinetes de lectura. Más tarde, con Walter Scott, se apasionó por las cosas históricas y soñó en arcones, cuerpos de guardia y trovadores. Habría querido vivir en algún viejo castillo, con las castellanas de altos corpiños que pasaban sus días bajo el trébol de las ojivas, con el codo sobre la piedra y la barba en la mano, viendo venir del fondo del campo un caballero de pluma blanca montado sobre un caballo negro… *Todo era amores, amantes, damas perseguidas desmayándose en pabellones solitarios, cocheros muertos en las postas, caballos reventados, bosques sombríos, latidos de corazón, juramentos, sollozos, lágrimas, besos*, barquillas á la luz de la luna, ruiseñores en los bosquecillos, caballeros bravos como leones, tiernos como corderos, virtuosos como nadie lo ha sido, siempre exquisitamente vestidos y llorando como urnas…[274]

La imaginación desbordada, producto de la lectura de novelas, había hecho aparecer en Emma Bovary anhelos para ella inalcanzables, una pasión desordenada y enfermiza, un ímpetu de vivir sin orden ni concierto para que, finalmente, se abandonara a la concupiscencia, la causa de su desgracia.

La influencia de las novelas, sostenía Salado Álvarez, era patente en tiempos de excitación y escándalo; era novela artística, novela alta, «de corte y tendencias superiores á los de la masa». Si éstas eran perjudiciales, más lo eran las de corte popular. En favor de su argumentación citaba ejemplos. Aquí uno de ellos: «En 1825 se llevó ante la policía de París á una niña de ocho años que había tratado de matar á su madre. Interrogada, *confesó que había visto un libro en que una mujer apuñaleaba á un hombre*».[275]

Así que la novela que Salado Álvarez reprobaba y consideraba perjudicial para la juventud era la «novela pasional». En cambio:

> La novela histórica, que trata de infundir el amor patrio y el conocimiento de las cosas pasadas, mediante la representación artística; la científica, que suele ser heraldo ó propagadora de los grandes descubrimientos; y todas las que sin objeto ni tesis determinados infunden ideas de honor, de moralidad, ó que siquiera divierten honestamente, merecen ser protegidas y alentadas.[276]

---

[274] *Ídem*., pp. 68-69. Las cursivas son mías.

[275] *Ídem*, p. 72. Cursivas en el original. Los ejemplos citados ocurren en España y Francia.

[276] *Ibidem*.

No obstante, lo «perjudicial» que resultaba la novela pasional para la juventud, no por ello debería abolirse. Había una edad propicia, «conveniente», para acercarse a ella, y quienes más podían disfrutarla eran «artistas sobre todo». Nada se ganaría con su prohibición, concedía el jalisciense. La novela era como un alimento muy fuerte. Sólo ciertos estómagos la podían digerir; a otros, en cambio, les resultaba perjudicial.

Si había causado daños en «circunstancias especiales», también había sido «causa de bienes muy grandes», y cita ejemplos: para Agustin Thierry [277] las novelas *Los mártires*, de Chateaubriand, e *Ivanhoe*, de Walter Scott, le decidieron a realizar sus estudios históricos incorporando los aspectos dramático y literario. *Nuestra señora de París*, de Hugo, posibilitó el reavivamiento de los estudios de la Edad Media al tiempo que destacó la arquitectura gótica. Julio Verne profetizó e impulsó la navegación aérea y submarina. *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe «promovió e hizo triunfar la tendencia antiesclavista en los Estados Unidos». *La Casa de los muertos*, de Dostoievski, posibilitó la abolición de castigos en presidios siberianos. Dickens, con su *Pickwick Papers*, contribuyó a abolir la prisión por deudas en Inglaterra; con *Oliver Twist* habría logrado la protección de la infancia abandonada.

Reconocidos los aspectos benéficos y dañinos de la novela, Salado Álvarez concluía que: «[…] el arte es una semilla de tal virtud, que cuando cae en terreno generoso se convierte en árbol que echa hondas raíces y presta hospedaje á las aves del cielo; y cuando arraiga en tierra ingrata hace brotar manzanillos venenosos, cuya sombra mata á los que se guarecen bajo ella.»[278] Añadía en su reflexión final:

> Procuremos, pues, que la novela pasional se mantenga lejos de los jóvenes; pero encomendemos la tarea á los padres ya á los maestros; y sobre todo, influyamos porque no se popularice la mala novela (literaria y moralmente hablando), oponiéndole la obra de arte pura, noble, grande y capaz de interesar por su belleza y su bondad á los jóvenes.[279]

Seis apartados y, para el jurado, un desarrollo convincente del tema, hacían merecedor a Victoriano Salado Álvarez, de 56 años, del primer lugar. Quedaba claro que la lectura de novelas en la juventud ejercía, efectivamente, una influencia moral; que era capaz de forjar una educación sentimental que se podía expresar en la con-

---

[277] Jacques Nicolas Agustin Thierry (1795-1856), Historiador francés.

[278] *Los juegos florales...*, p. 74.

[279] *Ídem*., pp. 74-75

ducta de los lectores, para bien o para mal. Atento a lo que se producía en la república de las letras, deslindaba claramente lo que consideraba benéfico de la novela escrita a mediados del siglo XIX, la que había contribuido a construir la nación. Los relatos y la novela que había hecho su aparición a finales de ese mismo siglo, una novela que destacaba los conflictos y las pasiones, a veces enfermizas, de los seres humanos, era un «mal ejemplo» para la juventud.

Salado Álvarez –el diputado que más tarde sería senador y se mantendría allí hasta 1910–, consecuente, cultivaría la novela histórica. Su obra la pretendía edificante, ejemplar. Su libro de relatos en los que realidad e imaginación convivían sin conflicto, *De autos*, vería una reedición aumentada en 1953 prologada por su hija, Ana Salado Álvarez, con el título *Cuentos y narraciones*. Pero aquel año era 1902 y el porvenir apenas asomaba soterrado y silencioso.

Rafael de Zayas Enríquez. La humanidad como las serpientes…

Rafael de Zayas Enríquez era un año mayor que Victoriano Salado Álvarez. Había nacido, como ya se mencionó, en el puerto de Veracruz el 24 de julio de 1848. Su madre, Blasa Enríquez, era de origen cubano. Su padre, Rafael de Zayas, fundó el periódico liberal llamado *El Progreso*. Además de enemistarse con Santa Anna, sería también enemigo del emperador Maximiliano. A causa de ello conocería el exilio más de una vez. Su hijo, Rafael de Zayas Enríquez, cursó la educación primera en el puerto de Veracruz. Adolescente, su familia decidió que realizara estudios en el extranjero. En Berlín se aplicó a la filosofía y derecho romano. Su estancia en Europa le permitió conocer Francia, España e Inglaterra.

Estados Unidos fue otro de los exilios de su padre. Allí llegó con 20 años hablando mejor el alemán que el español. Ejecutado el emperador y triunfante la República, su familia volvió a Veracruz. Con la escritura en las venas, Rafael de Zayas hijo colabora en dos periódicos, *El Eco del Comercio* y *El Ferrocarril*. Cobijado por Manuel Díaz Mirón, hay que recordarlo, publica en una revista literaria de nombre *Violetas*. Allí conoce a Santiago Sierra. Con él se integrará al Liceo Hidalgo. Ignacio Manuel Altamirano reconocerá fogosidad y atrevimiento, pero poca destreza en los versos recitados por el entonces joven Rafael. No obstante, su conocimiento del alemán le permitirá traducir obras apenas conocidas en castellano, consejo de Altamirano que seguirá puntualmente.[280]

[280] Entre los autores traducidos por Rafael de Zayas Enríquez se encuentran –señala Esther Hernández Palacios–, Heine, Schiller y Goethe. Véase De Zayas Enríquez, Rafael, *Oceánida*, prólogo de Esther Hernández Palacios, colección Rescate, Universidad Veracruzana, México, 1998, pp. 7-23.

Cuatro serán los poemas que publicará en la *Revista Azul*; tres en 1894 («Estío», «Apocalipsis», y «Tlahuicole») y uno en 1895 («Moisés», dedicado a Manuel Gutiérrez Nájera). Poemas suyos habían sido incluidos en al menos tres antologías: *La lira de la juventud: poesías mexicanas*, de 1872, publicada en México; *La lira mexicana: colección de poesía de autores contemporáneos*, de 1879, publicada en Madrid; y *Los trovadores de México: poesías líricas de autores contemporáneos*, Barcelona, 1898.

Oceánida, «novela romántica, de corte sentimental y con aspectos realistas, [que] contiene más de un elemento moderno, innovador en relación con la narrativa de la época»,[281] fue publicada en 1887, cuando De Zayas había cumplido 39 años. La novela por la que será más conocido, *El teniente de los gavilanes*, cuyo tema, nacionalista y romántico, es publicada en 1902 en Nueva York. El año en el que participa en los juegos florales organizados por los estudiantes del Colegio del Estado de Puebla.

En el trabajo que presentó Rafael De Zayas, y con el que ganará el accésit, señalaba que la literatura era el mejor medio para la difusión de las ideas, y que la novela era el género literario más rápido y eficaz para lograrlo. Reconocía en ella profundidad y la destacaba como una realidad para el espíritu:

> La novela es, según quien la maneja, un *profeta* inspirado que predice lo porvenir; un *apóstol* que predica nuevo credo, ó resucita los antiguos; un *sectario* que esconde el puñal entre las ropas; un *hipócrita* que infiltra veneno en provocativa fruta; un *demoledor* franco, ó un *incendiario* procaz. […] Es tal su poder, que falsifica la historia y se le sobrepone; que inventa la mentira y la impone; que ataca un principio y lo descompone. [282]

Así, el novelista va de profeta y apóstol a demoledor e incendiario. Al igual que Salado Álvarez, recurrirá al ejemplo del *Wertherismo* para mostrar qué tan perniciosa puede ser una obra. Wetzlar, el lugar de nacimiento del joven Werther, se convirtió en lugar de peregrinación. En 1776, añade De Zayas, al término de una procesión uno de los asistentes «predicó un sermón, ó algo por el estilo, probando que el suicidio por amor era cosa, si no permitida, al menos muy excusable».

Cuando en 1844 apareció la novela *Los tres mosqueteros*, de Alejando Dumas: «En todas partes y por todo el mundo se hablaba á lo mosquetero, se vestía á lo

[281] *Op. Cit*., p. 16.

[282] *Los juegos florales...*, pp. 76-77. Las cursivas son mías.

mosquetero, y no había sociedad de tres o cuatro amigos en que no se distribuyeran éstos los caracteres de los protagonistas de las obra.»[283] *La Dama de las camelias*, de Dumas hijo, que tenía la intención de redimir a la protagonista no hizo sino «adornar y hacer simpático lo que toda sociedad honrada debe lamentar y condenar al mismo tiempo.»[284] De funesta calificó la influencia que *La Vie de Boheme*, de Henry Murger, ejercía en los jóvenes quienes «han llegado á creer que el arte consiste en la depravación de las costumbres, que la mujerzuela es la musa, y que la taberna, el baile público ú otros lugares más innobles, son los verdaderos templos.»[285]

De Zayas afirmaba que no había novela completamente inofensiva. Pero condición necesaria para que pudiera ejercer influencia era el que su autor fuera portavoz de su tiempo, que tuviese:

> […] un alma profunda y susceptible, capaz de sentir mejor y con mayor intensidad lo que siente cada uno de sus contemporáneos; que haga encarnar en un nombre todas las dudas, todas las aspiraciones, todas las luchas, toda la desesperación de su tiempo; de modo que el libro sea un grito de guerra, un apóstrofe de ira, ó un lamento que corresponda al estado moral de su generación.[286]

De ahí el éxito, la influencia, del *Werther* como antes el del *Quijote*. No obstante compartir lo escrito por Oscar Wilde –un libro no es moral o amoral, sino que está bien o mal escrito–, De Zayas concluía: «La influencia moral y social de la novela es, pues, indiscutible, *y es y será por siempre nociva*, porque toda tentativa á encauzarla por el álveo de la ética, resultará inútil y contraproducente…».[287]

En la imposibilidad de proscribirla, De Zayas hacía un llamado a fortalecer el espíritu de la juventud mediante el recurso de las biografías de hombres ilustres. Allí el joven podría advertir cómo se desarrollan las individualidades y cómo éstas enfrentan tanto los problemas de su tiempo como el «combate de la existencia». Fortalecido su espíritu, preparado para la resistencia, la novela, cualquiera que fuese, no podría ejercer acción funesta alguna. Para alcanzar esto era necesario un trabajo paciente a través de los años, puesto que «la humanidad, á semejanza de las serpientes,

[283] *Ídem*., p. 81.
[284] *Ibidem*.
[285] *Ibidem*.
[286] *Ídem*, p. 82.
[287] *Ídem,* p. 85.

cambia de piel, pero queda siendo siempre el mismo animal, con los mismos instintos».[288]

Manuel H. San Juan: «El contagio sería fatal»

En 1901, Manuel H. San Juan publicó el que sería su único libro, una obra costumbrista y satírica: *El señor gobernador. Breves apuntamientos sobre cosas nacionales del siglo pasado*.[289] Tenía 38 años. Había nacido, en 1864, en la misma tierra que Juárez y Porfirio Díaz. Estudió abogacía en el Instituto de Ciencias y Artes del Estado de Oaxaca. Allí conoció a Emilio Rabasa y Rafael Reyes Spíndola, con quien trabajará en la prensa más adelante. En la tercera de forros de su libro anunciaba la que sería continuación de su obra primera: *Memorias del general Aceituno*, y *Empleología*; ninguna de las dos vería luz. Al parecer las labores periodísticas y la actividad política habrían ganado su atención y su tiempo.

En el ensayo con el que participó en los Juegos Florales de 1902, y que sería uno de los más extensos, destaca una bella apología de los libros y la lectura:

> Es la lectura regalado manjar para el espíritu, pan del alma, dulce ambrosía de la imaginación, jugo substancioso y nutritivo del entendimiento. En ella encuentra el hombre un apacible refugio donde sustraerse á las borrascas y luchas de la existencia; ella torna provechoso el descanso y fecundas las vigilias; brinda también con benéfico solaz después de los trabajos materiales, y es eficaz y saludable bálsamo de consuelo para todas las heridas del corazón, para las congojas y quebrantos, desfallecimientos y dolores, cuando quien padece, como aprisionado en estrecha cárcel, busca el campo de la fantasía, para hallar en ella su natural y holgado esparcimiento.[290]

Al igual que Salado Álvarez y Rafael de Zayas, San Juan hace un recorrido pormenorizado que va de la antigüedad al mundo moderno. Encuentra los orígenes de la novela en las fábulas, las leyendas, la epopeya, y el cuento. Sin embargo, la considerará también como un producto legítimo de la modernidad cuyo dominio es

[288] *Ídem*, p. 87.

[289] Ejemplares de su obra están albergados, uno de ellos en el Fondo antiguo y colecciones especiales de la Universidad Nacional Autónoma de México; el otro en la Biblioteca Nacional de España, la que lo ha digitalizado y puesto a disposición del público a través de la Biblioteca Digital Hispánica. Más aún, la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca ha hecho, en el 2014, una edición facsimilar con introducción de Jaime Bailón Corres.

[290] *Los juegos florales...*, p. 88.

el «mundo entero y su elemento principal de observación es el hombre.» Hará suya la opinión de D. Juan de Valera,[291] «el erudito y correctísimo literato español», quien reconocía en la novela la clase de libros que más influían en el pensar y sentir de cada nación. Además de ser las obras más leídas, reconocía Valera la libertad que el novelista tiene para tomar cualquier tema y desarrollarlo. Por ello, añadía Manuel H. San Juan, la novela agrada, ameniza, distrae, emociona, recrea y conmueve el espíritu, y «hasta instruye alguna vez».

Para sostener su argumentación, pasa revista lo mismo a Homero que a los trágicos griegos. Hace patente su familiaridad con la literatura medieval. Evoca A Tolstoi, a Zola, a Verne, a Jorge Sand y a Madame de Staël. En apenas 30 líneas citará 59 obras y 30 autores, lo mismo a Jenofonte que a Rousseau, a Bocaccio que a Flaubert, a Balzac que a Zola, a Quevedo y Daniel Defoe. Manuel H. San Juan daba cuenta del conjunto de lecturas hechas en su propia formación.

Con la aparición de la imprenta y el desarrollo de las comunicaciones, añadía, la novela ha recorrido más camino y ampliado su órbita de acción. Recuerda que a la novela se le ha llamado el quinto poder y no se extraña ante tal denominación, pues:

> […] la novela es uh libro y el libro es una fuerza incontrastable. Estímase como uno de los motivos que originaron en Francia la revolución de Febrero, la historia de *Los Girondinos* de Lamartine. Y la influencia de Voltaire, del hombre *que luchó contra un sacerdocio, del individuo que combatió contra una institución y de la vida que trabajó contra diez y ocho siglos,* indícala uno de sus más ardientes adversarios con estas palabras: «vio a sus pies pueblos y reyes, Acumuló con sus escritos una fortuna que le produjo 80,000 libras de renta y murió bajo una lluvia de flores en una ovación entusiasta y sin ejemplo en los fastos del mundo».[292]

Y, como lo hicieran Salado Álvarez y De Zayas, se refiere a la aparición del *Werther* como el «pistoletazo que resonó por todos los ámbitos del mundo, y llegó a impregnar los espíritus de honda melancolía que produjo el desamor por la existencia y la locura del suicidio».[293] Tal la influencia de una de las obras capitales del Romanticismo en la sensibilidad de los jóvenes del siglo XVIII.

---

[291] Recordemos que Rubén Darío solicitó y obtuvo de Juan de Valera una opinión para su libro de poesía, *Azul*, opinión que el poeta incluiría. *Azul* fue uno de los libros inaugurales del Modernismo.

[292] *Los juegos florales*…, p. 107. Las cursivas son del autor.

[293] *Ídem*., p. 108.

El encuentro entre los novelistas y la prensa dio origen a la novela por entregas. Así, la novela se democratizó: «[…] y se puso al alcance do todas las clases de la sociedad. Ricos y pobres, sabios e ignorantes, hombre y mujeres, viejos, jóvenes, niños, pudieron leerla. El connubio de la novela y el periódico fuer verdaderamente prolífico.»[294]

No pasaba desapercibido para San Juan que el periodo más propicio para recibir las influencias lo era la juventud. Esa época de «las determinaciones supremas», soñadora, sedienta de goces e ideales, de ensueños, bellas esperanzas, entusiasmos y, también, de desvaríos y falta de severidad de criterio para los asuntos graves y profundos, así como ausencia de solidez de juicio. Considerada la juventud como la depositaria de la posteridad, era menester prepararla para recibir «las impresiones más nobles y elevadas que tiendan a la formación del carácter del hombre».

El camino podría extraviarse merced a novelas malsanas, profundamente perniciosas, novelas bien escritas en las que se encontraban «los gérmenes de enfermedades mortales». Sin condenar un autor específico o determinada novela, San Juan señalaba que en las obras de «Balzac, Stendhal, Merimée, Gozlan, Bernard, Murger, Flaubert, Los Goncourt, Daudet, Zola, Bourget, Maupassant […] *puede haber episodios que subleven la inmaculada castidad de algún lector*, escenas que asombren por su tinte sombrío y su fondo sangriento; pero también la vida nos ofrece tales cuadros.»[295] , reconocía.

La novela de mancebía –prohijada por la prensa y que sólo «relata perversidades y actos sugeridos por la depravación más abyecta»–, acompañada por el registro del delito y el crimen, ofrecía «todas las perspectivas espantosas de los crímenes fantásticos e imaginarios».[296] A ésta, y a la *novela criminal*, –aquella que revelaba estadísticas de delitos, frecuencia de suicidios así como ideas disolventes–, es las que había que combatir. Ofrecer literatura popular, sana y amena; una literatura que concitara la colaboración de sociedades científicas y literarias en apoyo del gobierno propiciaría una redención moralizadora, empresa equivalente a «la libertad de los pueblos y la salvación de las almas». Sí, señalaba San Juan:

> Hay en nuestro tiempo (y siempre la hubo, pero jamás tan desarrollada y tan favorecida como hoy) *una literatura enferma, dañosa, pestilente, que amenaza co-*

[294] *Ídem*., p. 109.
[295] *Ídem*., p. 117. Las cursivas son mías.
[296] *Ídem*., p. 118.

> *rromper las letras y completar un ciclo de nuevo gongorismo, tan enrevesado, sutil, alambicado y estrambótico*, como nunca se vio otro igual ni en los tiempos de mayor desbarajuste y anarquía en la República de los escritores.[297]

A juicio de San Juan habría que estimular la «novela buena», «la novela honrada», la histórica, pues éstas eran edificantes y plenas de buenos ejemplos. Por fortuna, añadía, la novela que enferma, la que produce la «epidemia *hace sus víctimas entre los que componen cierta clase aristocrática del arte*, y tardará mucho tiempo para que se propague en las masas inmensas de la juventud. El contagio sería fatal para ellas desde cualquier punto que se mire.»[298]

Manuel H. San Juan compartía los puntos de vista de quienes habían ganado los dos lugares anteriores. Acaso cierto desorden en la exposición de las ideas, repeticiones innecesarias, hayan abonado para que le otorgaran la primera mención honorífica. Una década después, en el periodo de gobierno de Madero, ejercerá como diputado por su estado natal. Fuera de *El señor gobernador*, obra que había aparecido primero por entregas en las columnas de *Cómico*, publicación satírica que surgió de *El mundo ilustrado* en la capital del país –ambas creadas por Rafael Reyes Spíndola–, y que prologó Luis González Obregón, no dará a la imprenta otra obra más. Compartió páginas de *Cómico* con Ángel de Campo y Salado Álvarez. San Juan murió en 1917, año capital para la Revolución en México. Sus artículos periodísticos están a la espera de su compilador.

Octavio Guzmán: Mens sana in corpore sano

Fue en Altotonga, Veracruz, en 1881, donde Octavio Guzmán nació. Los escasos datos que de él se tienen indican que estudió ingeniería en el Colegio Militar. En 1903, a sus 22 años, había alcanzado el grado de Teniente. Un año antes presentó su trabajo, breve, sobre la influencia moral y social de las novelas. Su escrito denota su propia juventud y la rigidez que caracteriza al militar que no atiende claroscuros sino afirmaciones definitivas.

Sabedor de que «la energía no se pierde ni se crea, sino solamente se transforma», considera digno de investigación ese proceso en el cual las ideas y las esferas psicológica y social –«que constituyen el conjunto intelectual de la humanidad»– se vierten en forma de novelas.

---

[297] *Ídem*., pp. 121-122.Las cursivas mías.

[298] *Ídem*., p. 122. Las cursivas mías.

Alcanzar la verdad de un problema complejo requiere, para Guzmán, un método y una taxonomía: definir al lector, la novela, y al novelista. La novela puede ser «tendenciosa» si pone de relieve una doctrina y si está encaminada a resolver «cuestiones políticas, sociales, filosóficas», es el caso de Tolstoi con *Ana Karenina* o *Resurrección*; de Zola con su trilogía *Roma*, *Lourdes*, *París*. Otro tipo de novela es la llamada «Verista», «Realista», o «Naturalista», las «que describen las cosa como pasan» y entre cuyos autores destacan Pérez Galdós, Valera, Pereda y muchos otros. A éstas hay que añadir la «Ilustrativa», con Julio Verne a la cabeza. Al final, pero no menos importante para Guzmán, está la «novela útil, la novela bella» aquella «en que el estilo se dirige al gusto literario y la trama a las pasiones, ya se llamen altruismo, amor, venganza, odio, etc.»[299]

Su siguiente clasificación es la del lector. Para Guzmán la «humanidad psíquicamente considerada, puede dividirse en dos grandes clases»:

> La subjetiva, marcada por su tendencia a sentir con intensidad más que a ver claramente, o por lo menos, a mezclar sentimientos a la observación y al razonamiento. La objetiva, más dispuesta a ver las cosas con la luz fría de la razón. Hay para creer que *a pesar del feminismo*, los seres subjetivos abundan entre las mujeres y los objetivos entre los hombres.[300]

En el tipo objetivo se conjugan imaginación sana, raciocinio justo, percepción exacta y buena memoria. En conjunto contribuyen a un equilibrio intelectual. Por el contrario:

> En el tipo subjetivo se encuentra está la imaginación febril, desenfrenada que propiamente se ha llamado fantasía y cuyos perniciosos efectos son patentes: la exageración, el incierto sentido de la vida, la vacilación constante en la mayoría de los individuos, y los errores de carácter en la minoría que los tiene.[301]

Definidos los tipos de lectores, la conclusión se muestra evidente: las mujeres, por fantasiosas e inconstantes, son las que con mayor facilidad pueden ser influenciadas por las novelas.

---

[299] *Ídem*., p. 126.

[300] *Ibidem*. Las cursivas mías. El feminismo será otro de los temas en los juegos florales.

[301] *Ibidem*.

A la clasificación de las éstas y de los lectores sigue la de los novelistas. Para Guzmán está en primer lugar «el hombre de genio», cuya característica principal es ser objetivo; y, en segundo, el «subjetivo». El primero asimila materiales sin importar su origen, simpatiza íntimamente con las leyes de la naturaleza, es fuerte, paciente en su búsqueda. Su imaginación «crea lo cierto, crea verdad», y es «la más alta manifestación de la evolución orgánica». La «ficción inverosímil «repugna a su imaginación y a su memoria. Tiende a la selección. Evoluciona. Su sed de conocimiento no conoce límites y lee lo mismo a Ovidio que a Bocaccio, a Virgilio y Dante, a Cervantes y a Víctor Hugo. Su «curiosidad instintiva se ha convertido en deseo de conocer; el hábito de la lectura has sucedido a la avidez, y el ánimo necesita esparcirse con los buenos autores adquiriendo criterio y gusto; la erudición, coronando ese trabajo intelectual, completa el efecto útil de la lectura.»[302]

El autor subjetivo «busca el placer de la concordancia entre lo que lee y lo que piensa o siente». La razón es ofuscada

> […] por los impulsos pasionales que constituyen su idiosincrasia, y el amor, el odio, la ambición, etc., desvían sus facultades del verdadero aspecto de las cosas, lo conducen al error y al desequilibrio, y en ese estado de ánimo, depende su conducta del grado de influencia que ejerza la fantasía sobre las facultades restantes.[303]

Perdido el paso, Guzmán pasará indistintamente del autor al lector de novelas. Del sujeto objetivo dirá que, si lee novelas realistas, adquirirá una noción bastante completa de la vida, y por ello rechazará ficciones diferentes o contrarias a la realidad. Si se le hace leer novelas sentimentales se degenera: «de objetivo se le transforma en subjetivo, de racional en pasional; y ya está en aptitud de leer mentiras, que su razón no podría ya rechazar por haberse subordinado a la pasión.»[304]

No obstante, «un ser subjetivo, casi irracional» puede llegar a ser objetivo, magníficamente equilibrado, «que como elemento social contribuiría eficazmente a la evolución super-orgánica, que cual otra tierra de Canaán nos ha prometido el Moisés de la sociología: Heriberto Spencer».[305]

---

[302] *Ídem*., p. 128.
[303] *Ibidem*.
[304] *Ídem*., p. 129.
[305] *Ibidem*.

Guzmán propone un camino: novela instructiva seguida de la naturalista. La primera proporcionaría principios; la segunda los sentidos para juzgar. El tercer paso sería la novela tendenciosa, la que sería «leída con tranquilidad y juicio». A ello habría que añadir, escribe:

> […] la lucha por la raza, la vida higiénica y ordenada, la gimnasia, los ejercicios atléticos […] entonces la sociedad se depuraría de miserias; las piltrafas fisiológicas y los andrajos intelectuales desaparecerían al fin; lo útil y lo bello traerían consigo lo fuerte y lo bueno, y se verificaría el lema que la naturaleza destinó al hombre: «mens sana in corpore sano».[306]

Octavio Guzmán no abandonaría su profesión. Ya en la madurez alcanzaría el grado de coronel de ingenieros. Habría escrito tres libros más.[307] Al parecer se avecindó en Puebla, lugar donde moriría en 1963. Su trabajo de juventud le dio la segunda mención honorífica.

Importancia del feminismo en México

Viramontes: [La mujer el] Faro del Mundo, Templo de la Vida

Mayo de 1902 había sido un buen mes para Leonardo S. Viramontes. En la liza poética convocada por los estudiantes de Jurisprudencia de la ciudad de México había obtenido el primer lugar en el tema «Causas de nuestra escasa producción literaria y maneras de evitarla». Cinco meses después, en octubre, volvía a ver coronada su frente con los laureles del triunfo. Esta vez su ensayo tenía por objeto reflexionar sobre la importancia del feminismo en México. Como en la justa anterior, había logrado el primer lugar.

Viramontes es grandilocuente en su trabajo. El suyo es un ensayo extenso que recurre lo mismo a los tiempos prehispánicos que a la Colonia, la Independencia y la República para explicar lo que, a su juicio, caracteriza a las mujeres mexicanas. Al tema lo califica de «hermoso»; a la mujer como un «templo», y no duda en afirmar

---

[306] *Ídem*., p. 131.

[307] El *Diccionario Enciclopédico Veracruzano* consigna, sin precisar, los siguientes escritos: «La joyita colonial. El padre Miranda, La actitud de la población civil de Puebla«, y «Aclaraciones indispensables sobre el mito de los zacapoaxtlas en las Conmemoraciones anuales de la batalla del 5 de mayo», ambos textos fueron publicados en el libro colectivo *La batalla del 5 de mayo*, publicado en 1963 por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Una *Verdadera historia de Porfirio Díaz* (1922), *La cuestión religiosa en México Información y comentarios* (Barcelona, 1926), *Don Porfirio y sus tiempos* (1940) serían otros libros de los que se tiene noticia.

que: «¡Para ella [son] todos los esfuerzos y todos los sacrificios, porque es el germen de la familia y la esperanza de la vida…!» Será generoso con los adjetivos a lo largo del texto: «eterna redentora», «ángel». Si espartana, la Patria es feliz; si envilecida, «la sociedad carcomida se bambolea». El problema planteado es «inmenso y fascinador», así que, señala: «[…] el propósito primero es conocer la misión y el ideal del feminismo mexicano, como los medios de alcanzarlo dada su condición actual».[308] Serán las «condiciones étnicas» las que mayor influencia han obrado en el país. En consecuencia, y dado que los mexicanos son «el injerto sangriento» producto de «las civilizaciones madres, indígena e hispana», ellas son las que darán «la fisonomía moral y social de las mujeres mexicanas».

Pese al culto sangriento a Huitzilopochtli, los aztecas era una raza «dulce y buena», de ideas «suaves y puras». Y las madres transmitían máximas «llenas de pureza, de castidad y de dulzura». Muestra de ello eran las palabras que una mexicana decía a su hija, a la que consideraba una «joya de virtud»: «Esfuérzate», «sé aseada», «haz el pan», sé modesta, no fijes la mirada; hila, teje, borda, cose. Acude al primer llamado, no seas arrogante, sé humilde. «Evita la familiaridad indecente con los hombres, y no te abandones a los perversos apetitos de tu corazón», rehúye la compañía de mujeres disolutas, embusteras y perezosas. Evita el vicio, es una «hierba venenosa». Y, acaso, uno de los consejos más importantes, con el que cerraba, sostenía:

> Cuando te cases, respeta a tu marido y obedécelo diligentemente en lo que te mande. No le ocasiones disgustos, ni te muestres con él desdeñosa y airada; acógele amorosamente en tu seno, aunque sea pobre y viva a tus expensas. Si en algo te apesadumbra, no le des a conocer tu desazón cuando te mande algo; disimula por entonces, y después le expondrás con mansedumbre lo que sientas, a fin de que con tu suavidad se tranquilice y no te aflija más; no lo denuestes en presencia de otro, porque tú serás la deshonrada.[309]

La «bondad nativa de las mujeres aztecas» les permitió, asevera Viramontes, «acoger y practicar las enseñanzas de la religión nueva». Así, en adelante, se formarían las características de la mujer en México: la dulzura y la piedad.

Fue en los tiempos coloniales –«cuando el desarrollo intelectual se consideró no

[308] *Los Juegos florales...*, p. 137.
[309] *Ídem*., pp. 140-141

sólo impropio, sino nocivo para ella, y se le vedó francamente; prohibición que aceptó sin trabajo, limitando a la familia su dichoso reinado»–[310] que la mujer fue confinada al hogar, «obrando dentro del destino que la Naturaleza infalible le asignara, tal pasión de hogar e intimidad». Había excepciones, porque además del hogar estaba el convento. Lugar en donde se las preparaba, meticulosamente y cuando su vocación no era religiosa, para dedicarse al hogar.

Esa paz cotidiana de la Colonia, que el autor quiere pero que en modo alguno fue así, pronto se vería rota: «[…] como lo presagiaban anuncios sordos, pero elocuentes. Las doctrinas de la Revolución Francesa llegaban, aunque con trabajo, hasta aquí; la Enciclopedia producía sus frutos en conciencias más despiertas, y el viejo orden social bamboleante, amenazaba ruina.»[311]

Excepciones las había, cierto. La soledad del claustro hizo posible la aparición de una de ellas: Sor Juana Inés de la Cruz y sus «hermosos versos»,[312] pero la intolerancia masculina le vedó el goce de sus libros y de la escritura. Luego, en el preludio de la Independencia, esa «alondra» que fuera la Corregidora de Querétaro. Mujeres excepcionales que eran eso: excepciones. La Independencia, posible también de alguna manera gracias a libertad de imprenta proclamada por la Constitución de Cádiz y sus repercusiones en la Nueva España, sería un campo de guerra que las mujeres (algunas) expresarían en sus versos. Las asimiladas ideas democráticas que también contribuyeron al anhelo libertario, no parecían convocar a la mujer tanto como al hombre. La arena pública le seguía reservada. En tanto:

> […] con su gran instinto, y mejor aún, con su gran corazón, ella comprendió que una nueva misión esperaba a sus anhelos ávidos, y que más allá del hogar, más allá de la familia, estaba todo un pueblo doliente, ansioso de sentir restañada por amorosa manos la sangre cálida y juvenil arrancada a borbotones por todas las batallas de la vida.[313]

Añadiría: «Sola, como lámpara que vela entre la lobreguez del tremendo cataclismo, la mujer alzaba al cielo el pensamiento estremecido.» La imagen convoca a la piedad, el implorar clemencia al Altísimo frente a la patria desangrada.

---

[310] *Ídem.*, p. 143.
[311] *Ídem*., p. 145.
[312] Interesante habría sido conocer la opinión de Viramontes frente a la redondilla «Hombres necios».
[313] *Los juegos florales...*, p. 147.

No interviene en la política por su carácter y por temor, pero sí lo hará en la poesía donde «el soplo celeste del ideal artístico» anida. Cuando sus creencias religiosas se encontraban en riesgo, su participación fue decidida. Viramontes señala que en esa actitud encontraba el partido conservador un formidable aliado, dado que la mujer es sumamente impresionable.

No obstante, la que podría ser denominada su natural tendencia al conservadurismo, no fueron ajenas al movimiento de Independencia. Viramontes trae a colación el caso de Ignacia Riech, natural de Guadalajara, quien «peleaba esforzadamente cuidando después de ellos a los heridos. Una derrota la hizo refugiarse en Uruapan con varios oficiales; y como alguno de ellos se permitiera insinuaciones harto libres, la heroína se suicidó para escapar a la deshonra».[314]

Fuera de esta participación extraordinaria, la mujer está ausente de la vida política, no está, sostiene Viramontes, en su interés inmediato: «No preocupa aún a su espíritu», y para alcanzarlo se requiere de «muchos esfuerzos y un desarrollo intelectual superior». No obstante, la educación ha seguido un ideal: elevar a la mujer al mismo nivel que el varón. Allí están las escuelas normales, prácticas, de artes y oficios, la escuela preparatoria y aún la profesional. El que haya profesoras de Medicina y Jurisprudencia da cuenta de ello. «La única conquista que entre nosotros no ha hecho el feminismo» es hacer que la mujer participe en la vida pública. Falta mucho para que ella encuentre una vida independiente y noble.

El zacatecano no oculta su admiración por la mujer estadunidense: «Inútil afirmar que, en lo general, la mujer americana está sólidamente instruida… [a ello contribuyen] el carácter nacional y de raza». Añade:

> La hija del norte, naturalmente fría, circunspecta, robusta, está siempre segura de sí misma y de los demás; no vacila en dedicarse a la faena ruda para vivir, si es necesario, ni le arreda la lucha social, porque cuenta con su fuerza física y con su gran fuerza moral… […]… Libre como el aire, dueña de sí misma, acostumbrada a moverse en atmósfera llena de seguridad, si no de simpatía, e impulsada por eterna sed de movimiento y de vida, la mujer americana va por todas partes, atraviesa las más populosas ciudades y las más desiertas regiones, sin una sombra en su virtud ni en su pureza.[315]

[314] *Ídem*., p. 150.
[315] *Ídem*., p. 155-156.

Así, la mujer estadunidense es idealizada. Viramontes señala que el respeto a la mujer «falta casi absolutamente entre nosotros», respeto que se ha logrado en las naciones de una civilización superior. Esta «costumbre», el respeto, constituye la verdadera educación, y es «el único medio de que las mujeres cumplan su misión en el mundo». La mujer norteamericana no se contenta con ser esposa y madre, se une a clubes, asociaciones e instituciones benéficas. Su participación en el «Ejército de salvación» es un «apostolado grandioso en que la mujer transfigurada tiene caracteres semi-divinos».

Nuestro pueblo, señalará Viramontes en su epílogo, preso aún de «bárbaras preocupaciones; ofuscado por sombras primitivas; lleno de deformidades intelectuales y morales» podría superarlas cuando la mujer educada lleve a su seno conciencia, libertad, esperanza, y paz. De igual forma, ciencia, arte, verdad y bien «tendrían en ella un apóstol divino, tan augusto como sabio; y la labor social iría derecha a la grandeza de la patria. La influencia de las robustas plantas del Norte comunicará a «nuestras sensitivas» algo de su vigor y de su fuerza social y moral.

Cuando ello se alcance, esa «primavera del espíritu sonreirá, como nunca y ya libre de sombras, la Esposa mística, la Eva eterna sin cesar cantada, Faro de mundo y templo de la vida».[316]

Agradecido, el zacatecano dedicará su trabajo a Felipe T. Contreras en «homenaje de sincero afecto, y recuerdo de horas gratas, siempre amables.»[317]

Julio Poulat: Agitador laboral, «bolchevique»

Poulat es un personaje escurridizo. A diferencia de otros participantes cuyo origen y trayectoria ha podido seguirse con relativa facilidad, la de Julio Poulat permanece en la bruma del pasado. Sus huellas se encuentran dispersas en el tiempo. No tenemos, hasta el momento, fecha de nacimiento ni defunción; no sabemos en dónde nació ni en donde reposan sus restos; no hay noticias de posible descendencia. Sus estudios y formación son una incógnita. El manto del olvido se descorre levemente por apenas un trío de escritos suyos que nunca fueron publicados juntos. Esas huellas nos dan una idea aproximada de quién pudo haber sido.

No obstante, los datos que tenemos de Julio Poulat arrancan en 1886 y se pierden en 1923. Casi cuatro décadas marcadas apenas por indicios y breves menciones en la prensa. En el 1886 Poulat es un joven que marcha a París «a fundar un periódico

[316] *Ídem*., p. 159.
[317] *Ibidem*.

para defender los intereses de la América española y particularmente los de México».[318] De las gestiones realizadas o los logros no hay noticia alguna. Lo cierto es que seis años después, en mayo, el diario que informó de su partida daba cuenta de que el *reporter* era puesto en libertad bajo fianza. No se menciona el delito cometido, pero sí la cantidad depositada en el Banco Nacional: trescientos pesos.[319]

Nueve meses después, en febrero, Julio Poulat aparece cono integrante de las comisiones calificadores que asistirían a la exposición de Chicago. La tarea de dichas comisiones sería la de clasificar los productos enviados por los estados. Poulat, junto con los ingenieros Scellerer y Manuel Couto y Couto, el Dr. Peñafiel, Manuel Vera, y Othón Palacios había sido designado por la ciudad de México para el efecto.[320]

En aquella exposición se presentaron los libros *Poetisa mexicanas*, una antología de los siglos XVI, XVII, XVIII, y XIX prologada por José María Vigil que contenía ejemplos de la obra de noventa y cinco autoras; *La Lira Poblana*, obra encargada por el gobierno del Estado de Puebla en cuyas páginas destacaban Rosa Carreto, Severa Aróstegui, Leonor Craviotto, y tres autoras más; *Colección de varias composiciones poéticas de señoras zacatecanas*, que incluía a siete poetisas. Los poemarios *Flores silvestres* y *Los cánticos de los niños*, de Esther Tapia de Castellanos, poetisa michoacana.[321] Un puñado de libros que daban cuenta de la sensibilidad femenina a través del tiempo. La Exposición terminó en octubre de 1893.

Para abril del año siguiente Julio Poulat funda el semanario *El obrero mexicano*, publicación dedicada a la defensa y propaganda del mutualismo. Los 16 números publicados ese año daban cuenta de la sensibilidad de su director para con la clase obrera y, particularmente, las obreras; una serie de entregas sobre «La obrera francesa» iniciará en el número cinco y culminará en el diez. En ese mismo número se publica una conferencia dictada por Felipe de J. Flores a propósito de «La obrera mexicana» que presentó en la sociedad «Ignacio M. Altamirano». En el ejemplar correspondiente al 20 de mayo de 1894 se reconocía la labor altruista de la esposa del presidente Díaz al impulsar la creación de «La amiga de la obrera», institución desti-

[318] *La voz de México*, 7 de noviembre de 1886, p. 3. Son apenas seis líneas en la quinta columna.

[319] *La voz de México*, 12 de mayo de 1892, p. 3. A la usanza de la época se refieren a Julio Poulat como el «reporter».

[320] *La Voz de México*, 26 de febrero de 1893. La llamada «Feria Mundial: Exposición Colombina», organizada para conmemorar el IV Centenario del «Descubrimiento de América», se llevó a cabo del 1 de mayo al 30 de octubre de 1893. La asistencia fue de casi 30 millones y participaron 51 países.

[321] Romero Chumacero, Leticia, «1893: el año en que las poetisas mexicanas fueron testimonio de modernidad», en *Semiosis*, pp. 139-154.

nada a apoyar a las madres trabajadoras. El semanario se interrumpe abruptamente el 12 de agosto. Un mes después, en septiembre, *El Universal* da cuenta del fallecimiento de la esposa del *joven* Julio Poulat, doña Juana Delgado.[322] Es posible que la muerte de su esposa contribuyese a la desaparición del semanario.

En octubre aparece en escena el periodista Rafael Reyes Spíndola con *El Mundo Ilustrado*, semanario que no le era posible publicar en la ciudad de México; por lo que eligió Puebla. Al gobernador, Mucio P. Martínez, le atrajo la idea de que la primera publicación del país, profusa en imágenes, montase su taller de fotografía en la Escuela de Artes y con ello se tuviese una nueva área de enseñanza. Julio Poulat sería el encargado de atender todo lo relativo al semanario. Para ello contaba con dos domicilios, uno en la ciudad angelina y otro en la ciudad de México.

Dos años después, 1896, Puebla se pondrá de fiesta. Las habitaciones de los hoteles estaban todas ocupadas. Porfirio Díaz, «el iris de la paz», como le denominarían en alguna de las publicaciones, inaugurará sendos monumentos. El primero, al general Bravo, en el llamado Paseo Nuevo; el segundo, a Ignacio Zaragoza cerca de los Fuertes de Loreto y Guadalupe, allí en donde el ejército francés invasor había sido rechazado en mayo de 1862. A unos doscientos metros al norte de la estatua del general Bravo se colocaría la primera piedra del monumento a la Independencia. Las tres obras serían ejecutadas por Jesús F. Contreras. Tales eventos, realizados los días 21 y 22 de noviembre, habían implicado una excursión presidencial que partió de la ciudad de México con un séquito de invitados a bordo de los ferrocarriles Interoceánico y Mexicano. Entre los invitados de la comitiva presidencial se encontraban redactores de periódicos: *La Patria,* con D. M. Villagrán; *Gil Blas,* con D. Miguel Necochea; *La Voz de México,* con Martín Saucedo; y por *El Imparcial*, Feliciano Gándara. José Peón del Valle, Emilio Rabasa, Manuel Caballero, y Julio Poulat eran invitados distinguidos. La ciudad levantó arcos triunfales, las colonias extranjeras se aprestaron a manifestar su reconocimiento, diputados locales, presidentes municipales, y jefes políticos asistieron a los diferentes eventos. En el develamiento del monumento a Bravo, José Peón del Valle y Ernesto Solís –chiapaneco, egresado del Colegio del Estado, ya licenciado, y que en 1902 fungiría como mantenedor de los Juegos florales como ya se ha mencionado– declamarían odas que los asistentes celebrarían.

Para 1899 Julio Poulat es inspector de Correos y, al parecer, permanecerá en ese cargo más de una década.[323] El año siguiente, al cierre del siglo XIX, Poulat viajará

[322] *El Universal, diario de la mañana*, 22 de septiembre de 1894, p. 3. Destaco la palabra en cursiva porque la edad de Julio Poulat me resulta una incógnita.

[323] Dos notas de *La Voz de México*, una del 25 de enero de 1898, y otra del 20 de diciembre de 1899, dan cuenta,

de nueva cuenta a Francia. Esta vez para participar en la Exposición Universal de París.

Parte de los eventos realizados en dicha exposición fueron los Congresos Internacionales. Uno de los temas fue «Mujeres (su condición y derechos); a éste asistió Julio Poulat. No presentó ponencia pero las notas que seguramente tomó le sirvieron de base para la elaboración de su trabajo que dos años después presentaría en los Juegos Florales.[324] No fue el único tema en el cual participó en los citados congresos, lo hizo también en Psicología e Historia de las Religiones. A su designación contribuyeron, seguramente, los escritos publicados en el semanario *El obrero mexicano* de seis años antes.

Para 1902 es un hombre que ha experimentado los quehaceres del periodismo y el desempeño de funciones públicas. Conoce a Manuel Caballero y ha trabajado con Rafael Reyes Spíndola, amén de conocer a escritores como Emilio Rabasa y José Peón del Valle. Su estancia en París le permite reflexionar sobre el tema que la colonia española residente en Puebla habría de premiar. En las líneas introductorias de su trabajo agradece esa posibilidad. Poulat se pregunta:

> ¿Cómo hablar del feminismo en un país […] en que no existe la costumbre de que la mujer trabaje; de que lleve dote al casarse; de que litigue, comercie o ejerza casi ninguna función pública; en un país en que las leyes la favorecen, concediéndole en materia civil todos los derechos que al hombre; en donde tiene acceso a todas las escuelas y todas las profesiones y, en determinada escala, a todos los empleos; en donde se le tributan toda clase de atenciones?[325]

Apenas formulada la interrogación y reconocida, a vuela pájaro, la situación de *algunas* mujeres, añade tres más: «¿Esa situación es la que corresponde a la felicidad de las mexicanas y al bienestar de la República?», «¿La mujer mexicana lucha en cuanto está a su alcance para mejorar su posi-

---

la primera, de un viaje que Julio Poulat tuvo que hacer a Piedras Negras, Torreón, para esclarecer un incendio y la consecuente pérdida de la correspondencia; la segunda, refiere una estratagema que el propio Julio Poulat llevó a cabo para descubrir a un agente postal que solía violar la correspondencia. En 1912 publicará en la revista *Cosmos* un breve artículo titulado «¿Por qué se pierden las cartas?»

[324] Los temas que se trataron en los diferentes congresos internacionales fueron 82. Se analizaron desde temas como Aeronáutica, Antropología pasando por Arte teatral, Hipnotismo, derecho comparado, Esgrima y Viticultura. Asistieron personajes como Ireneo Paz, Francisco del Paso y Troncoso, Carlos Díaz Dufoo, Agustín Aragón, entre otros. La lista completa puede verse en el libro México en la *Exposición Universal de París-1900*, escrito por Sebastián B. de Mier y publicado al año siguiente. Véanse páginas 155-162.

[325] *Los Juegos Florales...*, pp. 100-101.

ción? ¿El gobierno y la sociedad la protegen en la medida justa?»[326]

Poulat desarrolla en seis puntos lo que considera podría ayudar a resolver el problema de la mujer en México: Trabajo, Moral, Educación, Coeducación, Legislación y Organización de la familia. Los enuncia, problematiza, y propone soluciones. Su ponencia es breve y la acompaña de una sinopsis de los votos emitidos en el Congreso feminista de París.

Advierte la falta de reglamentación del trabajo femenino. Las mujeres se emplean, señala, como costureras, liando cigarrillos, o dependientes en comercios; aunque ya han incursionado como escribientes en máquinas o estenógrafas. Sus jornadas van de diez a doce horas y su jornal es exiguo e inseguro. Su propuesta es que propietarios, comerciantes y jefes de oficina las empleen para los trabajos que no requieren mucho esfuerzo físico, en empleos secundarios hasta en tanto no incrementen su educación.

La tarea del gobierno, añade, sería procurar las prevenciones de higiene; establecer dormitorios exclusivos para mujeres pobres y escuelas nocturnas y de oficios. A la sociedad corresponderá el fundar «casinos y centros de recreo para obreras jóvenes y desvalidas». Comer «algo más» de carne y dedicarse más a la «gimnasia en la niñez y la adolescencia» que al estudio «del latín y a la lectura de novelas» permitirá superar» el […] defecto […] orgánico de toda la raza latina, tan poderosa de espíritu y tan frágil de cuerpo».[327]

Reconoce que no hay leyes para el trabajo de la mujer, apenas inicuas preocupaciones sociales. No obstante, si una mujer pobre enferma, no hay familia que le niegue el auxilio, y las ciudades cuentan con hospitales. La caridad en el mejor de los casos. Añade:

> Carecemos […] de toda clase de leyes de trabajo, que determinen las condiciones que han de reunir los talleres respecto a capacidad, ventilación, calefacción, absorción de gases o residuos; medidas precautorias contra explosiones o desplomes, alumbrado, etc., y responsabilidades de los patrones por accidentes y negligencias. No hay compañías de seguros que garanticen por cuenta de los patrones, de los obreros o de las sociedades de los trabajadores, la indemnización por accidentes, etc. Y no existe, por último, la Caja de Ahorros y la institución de pensiones para la vejez, que por medio del Correo tiene establecidas varias naciones europeas.[328]

[326] *Ibidem*.
[327] *Ídem*, p. 103.
[328] *Ibidem*.

Así, en un párrafo, Poulat describía las condiciones de la clase trabajadora y no sólo de la mujer. Su experiencia al frente de *El obrero mexicano* y su preocupación por el mutualismo autorizaban sus palabras.

En cuanto a la Moral, señala, la reglamentación del vicio ha mostrado su ineficacia; la tolerancia es necesaria «para la protección de la familia». La Educación, para las mujeres, requiere multiplicar las escuelas de Artes y Oficios, cursos de ciencia doméstica y maternidad; nociones de agricultura y derecho. Considera necesario establecer la educación mixta y, en la legislación, la necesidad de que la mujer pueda solicitar el divorcio. Poulat menciona el anhelo de las mujeres en algunos lugares de Europa: «el derecho a elegir y ser electas. Si se ha avanzado en legislación civil, falta mucho en lo laboral, pero sobre todo en educación, concluirá. El Resumen de los votos que acompañaba a su ponencia resultaba más ilustrativo. Si México quería estar a la altura de las naciones europeas, tenía que preocuparse por la situación de las mujeres a las que, no obstante, llamaría la «diosa del hogar».

Julio Poulat participará el año siguiente en los Juegos Florales de Orizaba, Veracruz;[329] presentará una ponencia titulada «Juárez, como representante de una raza; como símbolo de su evolución y como prenda de la vitalidad de la misma». El registro de algunas de sus actividades posteriores nos indica que abandonaría el camino de las letras para dedicarse al servicio público. Asistirá, como delegado, en 1904, a un Congreso Internacional Postal. Será dictaminador de Artes liberales del pabellón de México en la Exposición Internacional de San Luis Missouri; dos años después su labor será reconocida, lo que será publicado en el Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Zacatecas. Ese año se le nombra jefe de los departamentos de Educación y Economía Social. El rostro del país empieza a cambiar con la renun-

[329] En noviembre de 1903 se llevaron a cabo los Juegos Florales de Orizaba a beneficio de la erección de una estatua al Benemérito de las Américas, Benito Juárez, y para socorrer a los asilados del Hospicio. La convocatoria fue dada a conocer el 6 de agosto de 1902. Seis fueron los temas: *a)* Libre, composición en verso; *b)* Prosa. «El culto a los héroes de la patria por sus hechos en defensa de la integridad nacional, como elemento indispensable de las sociedades, para desarrollar en el pueblo sentimientos de civismo»; *c)* Canto heroico. «Importancia de México en América»; *d)* Prosa. «Juárez como representante de una raza; como símbolo de su evolución y como prenda de la vitalidad de la misma»; *e)* Composición poética: «A la caridad»; *f)* Oda: «Energías morales». Un tema más se añadiría, en octubre del mismo año, a solicitud del presidente Díaz: «Los servicios de Juárez a la República». Aunque recibieron 127 composiciones, sólo cinco de ellas fueron premiadas, dos de ellas de Rafael de Zayas Enríquez, una de Julio Poulat (quien haría la presentación del libro conmemorativo del evento), y dos más, una de Juan B. Delgado, y otra de Cayetano Rodríguez Beltrán. Los temas aquí marcados con los incisos *a), c), e), f)*, y el propuesto por el presidente Díaz fueron declarados desiertos. El libro que da cuenta del evento lleva por título *Orizaba: Monumento en honor de los hijos de Veracruz, defensores de la Patria en los años de 1847 y 1848. Juegos florales*… y fue publicado en Xalapa por la tipografía del Gobierno del Estado en 1903. El mantenedor de los juegos fue José Peón del Valle.

cia de Porfirio Díaz y el ascenso de Madero. El asesinato del presidente y el cuartelazo de Huerta desencadenarán la violencia de la revolución. El rastro de Julio Poulat reaparece en 1913, gracias a una fotografía de Casasola, quien lo señala como director de *El Mundo Ilustrado*. Al año siguiente, en el periodo de Huerta, es nombrado profesor de Historia en la Escuela Nacional Preparatoria. En 1915 se destaca su nombramiento como Tesorero General de la Nación.

El 23 de diciembre de 1919, la National Association for the Protection of American Righs in Mexico envía una comunicación al Departamento de Justicia de los Estados Unidos en el que se anuncia que Julio Poulat, jefe de la Oficina del Trabajo en el «Departamento del Tesoro», asistirá al Congreso Financiero Panamericano en Washington a celebrarse del 19 al 24 de enero de 1920. El director ejecutivo de la National Association, cuyas siglas son C.H.B, añade la pregunta: *«Do you know anythig about this Mission, and wheter or not it is composed of legitimate labor representatives, or is made up of Bolshevists and I.W.W's*.»[330]

La correspondencia entre un par de dependencias estadunidenses relacionará a Julio Poulat con Luis N. Morones, quien en 1918 había presidido la conformación de la Confederación Regional Obrera Mexicana. Añadirán un encabezado de la publicación dirigida por Juan Sánchez Azcona, *México Nuevo*, en la que se indicaba que «J. Poulat mantiene en secreto su viaje a los Estados Unidos». El 24 de diciembre se afirma, en la correspondencia señalada, que «Poulat no tiene muy buena reputación y deberá ser observado. Se informa que es un bolchevique».[331] La Revolución Rusa y la posible influencia que pudiera ejercer en México mantenían en alerta a las agencias de inteligencia norteamericanas. Poulat estaba lejos de ser el subversivo que las agencias sospechaban.

En 1921, la Cámara de Diputados recibe un oficio de la Secretaría de Relaciones Exteriores en el que se le informa que el Gobierno de España ha conferido la condecoración de Comendador con Placa de la Real Orden de Isabel la Católica a Cosme Hinojosa, Julio Poulat, y Alfonso Reyes. El permiso para aceptar dichas condecoraciones es otorgado por el presidente Obregón a los dos primeros en 1923. A Alfonso Reyes, no. Era hijo del general Bernardo Reyes, lo que no podían olvidar los revolucionarios en el poder. Hasta ahí llegan las noticias de Julio Poulat.

Enrique Juan Palacios, el feminismo emancipador

«Preciso fue que la humanidad traspusiera los dinteles del siglo vigésimo de la era

[330] En: https://www.fold3.com/document/5191540/, consultado el 11 de mayo de 2019.

[331] *Ídem.*

cristiana, para que se pudiese hablar seriamente de la emancipación de la mujer».[332] Con estas palabras, Enrique Juan Palacios iniciaba su estudio sobre la importancia del feminismo en México. Tenía 21 años cuando se presentó a los Juegos Florales.[333] Era uno de los cinco participantes más jóvenes. Se había empeñado en la difusión de la justa poética al lado de Juan Sánchez Azcona y ahora se presentaba como concursante. Había nacido en la ciudad de México en 1881. Parte de su niñez la había realizado en el estado de Veracruz. Terminada la educación primaria en Orizaba, sus padres lo llevaron a la ciudad de Puebla. Ingresó al Colegio del Estado y allí realizó sus estudios secundarios. Ese año, 1902, de acuerdo con Fernando Curiel Defoseé,[334] regresaría a la ciudad de México y enseñaría Literatura en la Escuela Normal; en 1906 haría lo mismo, pero en la Escuela Nacional Preparatoria. Se uniría a los jóvenes que publicarían *Savia Moderna*. Formaría parte del Ateneo de la Juventud y posterior de México.

El año de los Juegos Florales, el joven Enrique discernía con madurez sobre la importancia del feminismo en México, los derechos de la mujer que «ya nadie discutía», y que se encontraba justificado, al menos «en la conciencia de la humanidad culta, y [que] por dondequiera se proclama con ardimiento y se aplaude con entusiasmo».[335]

Lector atento de John Stuart Mill, había encontrado en la obra del filósofo y economista inglés los argumentos en los que fundaba su razonamiento. Stuart Mill había escrito, en 1869, su obra *The Subjection of Women*, y propuesto en 1876, ante la Cámara de los Comunes, el proyecto de ley solicitando para las mujeres el derecho del sufragio. La obra habría calado en el pensamiento de Palacios de tal manera que, sin dudarlo, enarbolaba esta demanda de las sociedades modernas. «Los países –señalaba, Enrique Juan Palacios–, en que la emancipación de la mujer es más efectiva, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, son también los más cultos de la tierra». Y cultura faltaba en el país. En México, destacaba, el feminismo es un movimiento incipiente que, no obstante, coincidía con «cierta suma de prosperidad y bienestar generales, más o menos distribuidos por toda la República».[336]

[332] *Los Juegos Florales...*, p.172.

[333] Delfino C. Moreno señala como fecha de nacimiento el 23 de enero de 1883, *Tiempo universitario*, Gaceta histórica de la BUAP, # 9, junio de 2007, p. 4; en tanto que Enrique Cordero y Torres señala que fue en el mismo mes y día pero de 1881, *Diccionario biográfico de Puebla*, p. 510.

[334] Curiel Defossé, Fernando, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p.139.

[335] *Los Juegos Florales...*, p. 174.

[336] *Ídem.*, p. 177.

Si la República vivía un periodo de prosperidad (que no todos sus habitantes disfrutaban), el país estaba a la sombra de un peligro mayor. México había visto, en el siglo XIX, guerras civiles, intervenciones y pérdida del territorio. Y la amenaza no cesaba. Los Estados Unidos de Norteamérica habían dado cuenta de su ambición cuatro años antes al provocar la guerra con España y con ello la independencia de Cuba que, sin embargo, bajo su égida.

Rico en recursos, el país «se halla indigente y entregado por completo a merced de los capitalistas extranjeros, por falta de explotación activa y propiamente *nacional*, de sus cuantiosas riquezas».[337] Esa indigencia:

> […] adquiere desusada importancia, si se considera que al explotar los extranjeros nuestros tesoros y posesionarse de ellos, nos arrancan lo único que presta vida y poderío en estos tiempos, la riqueza, y dejándonos desnudos y miserables, principiarán por destruir nuestra nacionalidad y acabarán por exterminar nuestra raza, sin más que abandonarnos en estas tristes condiciones a la impasible fatalidad de las leyes económicas! Defendámonos; el instinto de conservación social nos impulsa a explotar nuestros recursos para hacernos ricos y temibles, y venga en buenhora la mujer a ayudarnos en esa magna tarea de conservación y supervivencia![338]

Palacios imagina, entusiasmado, lo que ocurriría cuando millones de brazo femeninos se ocuparan de la producción de la riqueza; no sólo se incrementaría la producción de bienes materiales, sino que, inclusive, los precios bajarían y muchos de los bienes de consumo estaría al alcance de las clases populares.

El feminismo será, para Palacios, fuente de prosperidad material, instrumento de civilización, y fuerza regeneradora y salvadora de México a condición de que la mujer se libere de su opresor: el fanatismo católico:

> […] cuando la mujer mexicana no pasee su cuerpo por entre la sombra de la sacristía ni su alma por entre la sombra del fanatismo; cuando la mujer mexicana, estalactita hermosísima hecha de gotas de agua consagrada, salga de la penumbra malsana de la Iglesia […] se desprenderán los innumerables tentáculos con que el fanatismo católico se ha adherido durante muchos siglos a

[337] *Ídem*., p. 179. La cursiva es de Palacios.
[338] *Ibidem*.

> nuestra sociedad, y la patria, rejuvenecida y vigorosa, habrá realizado la más fecunda de sus emancipaciones.[339]

Para que el feminismo pudiera realizar esa labor emancipadora era necesario el concurso de la escuela laica, argumentaba Palacios. Pero más aquél que ésta. Porque en manos de la mujer se encontraban las generaciones futuras. Una mujer creyente, pero no fanática, modificaría su papel social y sus costumbres. Si la mujer mexicana se caracterizaba por su «profundo sentimiento religioso y la extraordinaria ternura y docilidad», el feminismo no la convertiría, necesariamente, en «desenfadadas jacobinas ni extravagantes marimachos»; bastaba con que fueran «honradas, reflexivas, cultas y amorosas».

Lo más importante, que Palacios dejaba para el final, era el papel del hogar. Ámbito por excelencia de la mujer, el niño –futuro ciudadano– recibía la influencia materna. El hogar «está y estará por los siglos en las manos de la mujer, porque así lo quiere la naturaleza peculiar de la especie humana». En el hogar el niño adquiriría la fortaleza necesaria, por ello:

> Difúndase, pues, el feminismo en nuestro país; y la mujer culta y libre, conocedora de la sociedad por su emancipación social, provista de variados recursos educativos en su bagaje intelectual, *e inspirada en las necesidades colectivas*, por su ilustración y amplitud de criterio, unirá estas poderosas dotes a su maravilloso instinto maternal, para labrar en sus hijos facultades que *les procuren dicha y prosperidad personales y les permitan, a la vez, contribuir a la salud de la patria*.[340]

De la mujer emancipada por el feminismo, sostenía convencido Palacios, surgirá triunfante el bienestar individual de los ciudadanos y la grandeza de la patria.

Enrique Juan Palacios dejará la ciudad de Puebla y se trasladará a la ciudad de México. Allí desarrollará la mayor parte de su vida profesional. Participará en dos juegos florales más: en los de Tacubaya, en 1907, con un trabajo sobre Morelos; y en los de Córdoba, Veracruz, en 1918, cuyo tema fue «El descubrimiento de América y el genio latino». En ambos habría obtenido el primer premio. Pero, aunque su vida se decantaría por la arqueología maya en la que llegaría a ser reconocido, no olvidaría

[339] *Ídem*., pp. 180-181.
[340] *Ídem*., p. 185. Cursivas en el original.

nunca las letras ni a Puebla. La deuda que adquirió en su formación en el Colegio del Estado habría de saldarla al dar a la prensa, en 1917, su obra *Puebla. Su territorio y sus habitantes*, en dos tomos en los que abordaría la fisiografía del territorio, su historia, los productos del estado, la geografía política e histórica, la Puebla artística. Sin duda el primer estudio amplio y profundo en el siglo XX sobre el estado.

En 1951 la Bohemia Poblana, organización cultural que habría de predominar en la ciudad de Puebla en la primera mitad del siglo XX, publicó un sentido opúsculo de Enrique Juan Palacios dedicado a Rafael Cabrera. Habían pasado 39 años desde 1902, cuando ambos coincidieron en los Juegos florales. Entonces Palacios tenía 21 años y Rafael Cabrera 18. El autor de *Presagios,* que había ganado una mención honorífica con su poema «Ojos negros», habría de fallecer en 1943, después de una carrera diplomática. Enrique Juan Palacios le sobreviviría diez años más. El opúsculo daba cuenta de una larga amistad iniciada en la juventud que la muerte truncaría.

Manuel M. Herrero. La mujer: con derechos, pero subordinada

Tenía 33 años. Había nacido en Zacatlán de las Manzanas, al norte del estado de Puebla, el 22 de abril de 1869. Su infancia la vivió al cobijo del verdor campirano, de las fuertes lluvias y la neblina que caracterizan esa zona montañosa del Estado. La preparatoria la realizó en el Colegio del Estado. En 1896, a los 27 años, está trabajando en el gobierno de Puebla. También lo hará en Hidalgo y Veracruz. Eventualmente será secretario particular de los gobernadores Rafael Isunza y Rafael Cañete en 1911, año de la renuncia de Mucio Martínez, año incierto a causa de los seis interinos que se sucedieron. Para 1914 es profesor del Instituto Normal del Estado del que llegará a ser director. Enrique Cordero y Torres lo menciona como un autor de novelas costumbristas sin que cite título alguno. Habría colaborado en *El Hijo del Ahuizote*, y en otras dos publicaciones tituladas *Evolución* y *El Quijote*.[341]

Manuel M. Herrero hace un reconocimiento a los estudiantes del Colegio del Estado por los temas planteados y que él considera actuales. De los cinco, menciona tres: la influencia de las novelas en la juventud, el decadentismo, y la importancia del

[341] Cordero y Corres señala que colaboró en una obra titulada *Liberales ilustres de México*; parece referirse al libro *Liberales ilustres Mexicanos de la de la Reforma y la Intervención*; el libro fue publicado en 1890 bajo la dirección de Enrique M. de los Ríos, y en ella colaboraron el propio Enrique M. de los Ríos, Francisco Gómez Flores, Ángel Pola, Aurelio Garay, y Luis González Obregón. La edición fue hecha en la imprenta de «El Hijo del Ahuizote», en la avenida Oriente 5 número 304, cerca de Santo Domingo. En la obra no aparece el nombre de Manuel M. Herrero. Véase, no obstante, Cordero y Torres, Enrique, *Diccionario Biográfico de Puebla*, Centro de Estudios Históricos de Puebla, 1973, p. 329.

feminismo en México. Escribe a propósito de este tema movido por amor que le inspira «ese ser tierno y noble que tan alto y tan sublime papel desempeña en los destinos humanos», y lo hace no por aspirar a premio alguno, sino porque lo considera necesario. Pero antes de abordar el tema ensaya una reflexión sociológica que tiene un tinte profético. Las circunstancias económicas, sostiene, tienen al país con el «dogal al cuello». México «inunda de plata los mercados extranjeros» y la exportación de productos naturales es pequeña. El peso mexicano se deprecia y quien más sufre es la clase media. Su posición es anómala pues:

> […] por las aspiraciones que engendra su elevación de espíritu, anhela ponerse al nivel de los ricos, en tanto que por sus angustiosas condiciones económicas, está fatal e irremisiblemente condenada a hacer causa común con el proletariado, cuyo, único patrimonio es el trabajo y la miseria. De ahí que la clase media, sintiéndose cruelmente oprimida, *haya sido alguna veces revolucionaria* […] Pero si la clase media ha sido mártir en todos los países, lo ha sido más todavía en naciones de la índole y condiciones de la nuestra.[342]

Si la situación económica del país es una condición objetiva, no lo es menos la educación. Una «falsa educación» que, a juicio de Herrero, propicia puerilidad, delirio de grandeza, frivolidad, un moverse a ciegas, y sin aliento para el trabajo. Una abulia que es enfermedad y «signo idiosincrático de nuestra raza desventurada».[343] Esa educación, de la que el régimen del porfiriato se sentía orgulloso, tenía una influencia nociva en los diferentes sectores de la sociedad. A los ricos faltaba espíritu de empresa, aunque pocos habían logrado superar esa apatía. Agricultura, industria y comercio eran medidas con la misma tabla rasa. No escapaba a Herrero el carácter de:

> El capital [que] en tales condiciones, […] poco es lo que se beneficia a sí mismo, resulta por otra parte cruel e inhumano, pues inspirado en un funesto egoísmo, sólo propende a favorecer a unos cuantos con perjuicio grave de las clases trabajadoras, creando así una esclavitud más angustiosa si se quiere, que la que imponían en lo antiguo el feudalismo y sus reyes.[344]

---

[342] *Los juegos Florales...*, p.189. Las cursivas son mías.
[343] *Ídem*., p. 189.
[344] *Ídem*., p. 191.

De esta situación sólo podría salirse rompiendo la perniciosa rutina en que se encontraba la economía de México. Que el capital estuviera en mano hábiles, inteligentes, emprendedoras, generosas y preocupadas por el bien común, pues de otra forma «los ricos en nuestro país no serán sino ambiciosos ignorantes y vulgares, que sólo tenderán a acumular riqueza como los avaros, con exclusión generosa de bienestar común».[345]

No menos funesta era la educación en la clase media. Una clase media ilustrada pero vanidosa y en ocasiones hasta la locura. Partícipe de la estrechez del proletariado, aspiraba, no obstante, a la «ociosidad y molicie» de la clase alta. Las artes manuales y mecánicas les resultaban ignominiosas, por lo que ansiaban un título universitario que les facilitaría obtener un empleo que, a juicio de Herrero, no podrían desempeñar con eficacia a causa de su falta de vocación. La soberbia, el querer estar a la altura de los poderosos «en cuanto a lujo y ostentación», llevaba implícito un castigo: «[…] cohonestar su miseria bajo apariencias de falso brillo, [que hacen correr] borrasca muchas veces el crédito, la reputación y hasta el honor.»[346] Ese orgullo y esa vanidad le imponían necesidades imposibles de cumplir, lo que sólo la conduciría al abismo donde «entre sombras se pierde el porvenir».

A este cuadro, que Herrero caracterizaba de sombrío, se sumaban los cada vez más raros matrimonios, según las estadísticas por él mencionadas. La dificultad de la lucha por la vida, y la falta de confianza que el hombre tenía en sí mismo, eran causas de ello. Lo que colocaba a la mujer en una posición cuando menos delicada. Ya entrando de lleno en el tema, escribe Herrero:

> […] en medio de ese cuadro triste y sombrío; en medio de este cuadro que representa todas sus pequeñeces y miserias el mar agitado de la vida, aparece nuestra mujer como la figura más interesante, más sugestiva y más dramática de la terrible escena. Agobiada de dolor en su abandono, lanza a los espacios el grito supremo de angustia. Su mirada busca algo en la ignota lejanía; pero esa mirada se pierde allá, en el horizonte de brumas, donde desaparecen al soplo helado del desengaño los pálidos restos de su ensueño de esperanza de amor y de ventura. En vano se estremecen sus entrañas virginales, por la misteriosa revelación del instinto sublime de la maternidad. La flor abre su corola para recibir el polen que la fecunde, pero burlada en su esperanza, transcurre el tiempo, y al fin esa flor, devorando en silencio el martirio y la vergüenza de su esterilidad languidece y muere ¡pobre flor![347]

[345] *Ídem*., p. 192.
[346] *Ídem*., p. 194.
[347] *Ídem*., pp. 194-195.

Así, la situación de la mujer mexicana no podía «ser más triste ni más precaria», ya que: «Su única esperanza, su único puerto de salvación es el matrimonio», una institución cada vez más escasa, dada la situación económica del país. Resolver este problema era la tarea del feminismo. De la mujer como esclava, trofeo de guerra, e instrumento de placer en las sociedades salvajes, había conquistado –gracias a «su insinuante belleza y por el sugestivo acento de la pasión y la ternura» y a que el hombre había descubierto «en su sierva secretos que lo cautivaban»– el corazón de su amo.

Para Herrero el feminismo sería una nueva etapa en la vida de la mujer, una «obra de la justicia y el amor» a la cual podría contribuir el hombre si le tendía la mano para sacarla de su mísero estado. Obra de la ayuda del hombre y no de la mujer misma. Si obligación del hombre es trabajar «¿qué de malo hay en que la mujer, para ayudar al hombre, trabaje también en cuanto lo permitan sus condiciones físicas y las atenciones y deberes del hogar?»,[348] se pregunta el autor. Qué ocurre cuando falta el hombre: la miseria asoma en las puertas del hogar y ésta puede llevar a la prostitución. Pero ésta sólo era uno de los dos precipicios que enfrentaba la mujer, el otro era el convento.

Si el feminismo mexicano no tiene las proporciones que ha alcanzado en los Estados Unidos e Inglaterra, no pude decirse –sostiene Herrero–que en México no haya iniciado el largo camino para alcanzar sus fines; el inevitable porvenir, la «ley del progreso», ayudaría a ello. El autor reconoce que ya se han dado pasos, que hay mujeres en el magisterio, en diversos oficios de escritorio o mostrador, en la obstetricia, incluso en carreras profesionales como la medicina y la abogacía. El trabajo, al tiempo que ennoblece a la mujer, la santifica, la emancipa de la miseria, inspira respeto, la pone a salvo de la ociosidad peligrosa. Si la mujer se casa y el marido sostiene el hogar de manera suficiente, entonces la mujer debe dedicarse, exclusivamente, a las faenas del hogar. Pero, ya preparada, saldrá bien librada de cualquier contingencia. En suma, la mujer debe trabajar sólo si es necesario.

No escapan a Herrero las mujeres que, en regímenes monárquicos y dotadas de genio político, han dirigido el destino de naciones enteras: Isabel de Inglaterra, Catalina II en Rusia, María Teresa de Austria; la reina Victoria, de Inglaterra; Guillermina, reina de Holanda. Incorporada la mujer al mercado laboral, contribuyente entonces del progreso de la nación, podría reclamar su participación política en los regímenes democráticos, su inclusión en las decisiones políticas del país. No obstante, la defi-

[348] *Ídem*., pp. 196-197.

ciente educación de la sociedad no hacía esto posible. La participación política de la mujer, el reclamo y ejercicio de sus derechos, no era algo que debiera preocupar. Vendría, sí, pero por «obra del tiempo y de las circunstancias», era una «perspectiva lejana y meta cumbre del feminismo.» Resumía Manuel M. Herrero:

> Que se eduque a la mujer para el hogar, a fin de que sea buena esposa y excelente madre; pero que también por previsión se la eduque para la vida que está fuera del hogar. […] ¿Se teme que con la dignificación de la mujer y con el ensanche de sus derechos *se relaje la subordinación a que debe estar sujeta con respecto al hombre*? Pues para alejar este temor, *que se esfuerce el hombre por su parte en elevarse más allá de la mujer, con el objeto de que nunca pierda sus derechos de superioridad* y se introduzca así la anarquía en el matrimonio. […] Para impulsar el feminismo, ayudemos a la mujer a que extienda la esfera de sus derechos civiles.[349]

Feminismo, para Herrero, no implica igualdad. Sí al trabajo, sí a sus derechos (cuando sea el tiempo) pero *subordinada* siempre al hombre. A este trabajo, el jurado le concedió la segunda mención honorífica «por no haberle sido favorable el fallo en el sorteo de la primera».[350] De Herrero no tendremos más noticias. Como en otros casos, su nombre se perderá en el tiempo.

Valor Estético de las obras de la Escuela Decadentista

Atenedoro Monroy: positivista y preceptista

De los temas sometidos a concurso, éste parece ser el fundamental por las implicaciones que tiene y que serán comentadas más adelante. Antes de continuar en ese 1902 desplacémonos en el tiempo, hacia el porvenir. Una vida está por concluir. Ello nos permitirá acercarnos, a la personalidad del abogado y preceptista. La anécdota ocurre, probablemente, al término de la década de 1940.

Pese a lo precario de su salud y a su disminuida vista, el maestro Atenedoro Monroy, ya decano, no dejaba de acudir a la Facultad, en San Ildefonso, a impartir su clase de Derecho Romano. Ese día, con paso cansino y apenas abandonado el salón, una voz de inocultable acento juvenil que intentaba evocar lo que serían ecos de ultratumba susurró desde uno de los corredores del plantel:

[349] *Ídem*., pp. 208-209. Las cursivas son mías.

[350] *Ibídem*. Al parecer las menciones honoríficas, primera, segunda o tercera, eran sorteadas entre las obras que no quedaban en primer lugar pero que, a juicio del jurado, merecían un reconocimiento.

> —Atenodoro, Atenodorooo […] –¿Quién me habla? –preguntó el maestro–. No puedo ver; ¿quién me habla? […] –Es la voz de Ulpiano que te pide que dejes salir a tus alumnos más temprano [*respondió la misma voz*]. El maestro Monroy sonrió y se detuvo para decir: –Imposible que sea la voz de Ulpiano. ¡Qué va a ser, si efectivamente fuera Ulpiano me habría hablado en latín![351]

La anécdota fue contada inicialmente por Octavio Aguilar de la Parra en 1974 en su libro *Las mil anécdotas y un comentario*.[352] Fue retomada por Ángel Gilberto Adame López en dos ocasiones más; la primera en su libro *Antología de Académicos de la Facultad de Derecho*, y la segunda como una nota a pie de página en su libro *Octavio Paz. El misterio de la vocación*, publicados el primero en 2014 y el segundo un año después.

Si un detalle casual, en apariencia intrascendente, puede revelar el carácter de un personaje, la anécdota mencionada da cuenta de ello. Atenedoro, que no Atenodoro, Monroy contaba con un sentido del humor que la edad no habría menguado. Aguilar de la Parra, uno de sus alumnos (otro fue el joven de 18 años Octavio Paz),[353] lo recuerda como una persona docta y cuyas clases se caracterizaban por lo ameno, atributos felizmente conjugados. Habría que añadir, también, la discreción que le acompañó toda su vida, al menos en lo que a su obra escrita se refiere.

---

[351] En Adame López, Ángel Gilberto, *Antología de Académicos de la Facultad de Derecho*, UNAM, México, 2014, p. 458; y del mismo autor, *Octavio Paz. El misterio de la vocación*, Aguilar, México, 2015, p. 101. En el texto de Adame López, el nombre aparece como Atenodoro, cuando en realidad es Atenedoro. Octavio Aguilar de la Parra lo escribe correctamente. La anécdota, a la que titula «Voz de ultratumba» es contada de manera parcial, destaca la paulatina pérdida de la vista del maestro. Véase *Las mil anécdotas y un comentario*, Aguilar de la Parra, ed. Costa-Amic, tercera edición, México 1974, pp. 194-195. Miton Castellanos, quien fuera gobernador de Baja California (1971-1977), recuerda que «a pesar de su avanzada edad y pérdida de la vista, [Atenedoro Monroy] nos daba la oportunidad de aprender derecho romano». En *Del Grijalba al Colorado, Recuerdos y vivencias de un político*, Castellanos Everardo, Milton Universidad Autónoma de Baja California, 2005, p. 42. Domicio Ulpiano (¿170?-228) fue un jurista romano que habría definido a la justicia como la continua y perpetua voluntad de dar a cada uno lo que le corresponde.

[352] Octavio Aguilar de la Parra aparece como periodista y abogado autor de los siguientes libros: *La sombra de Cortés sobre los muros mexicanos*, de *Crónica de los diputados militares en el Congreso Constituyente de 1917 y algo más del pasado y el presente*, *Mi tío, el cacique* (1985) sin que tengamos más datos.

[353] «Primer curso de Historia de Derecho. Acta de 1932, firmada por Atenedoro Monroy Álvarez: 'En la Ciudad de México, a veinticinco días del mes de noviembre [..] tuvo lugar en esta Facultad de Derecho […] el dictamen ordinario de la cátedra [con el siguiente resultado]: Paz L. Octavio. Calificación: Siete. Resultado: Aprobado.» En Adame López, Ángel Gilberto, Octavio Paz. *El misterio…* p. 101. En ese momento, Monroy tenía 67 años.

En 57 líneas, 12 de ellas pertenecientes a la cita de Aguilar de la Parra, Adame hace un breve trazo biográfico de Atenedoro Monroy; no podía ser de otra forma, lo voluminoso de la tarea que se impuso –antologar a los académicos de la Facultad de Derecho a lo largo de 150 años de la existencia de la institución–, le obligaba a la brevedad no siempre exenta de inexactitudes, de seguro involuntarias.

En su natal Puebla, la presencia de Atenedoro Monroy se había apagado lentamente hasta convertirse en el recuerdo de unos cuantos. Aquí un primer recuento, necesariamente provisional, de ese tránsito

Entre las primeras líneas dedicadas a su persona se encuentran las que Juan de Dios Peza escribió en un artículo Publicado en *El Correo Español* –«Diario consagrado a la defensa de los intereses de España y de la colonia española», reza el lema del periódico– el 9 de abril de 1907. Allí, en primera plana, en un texto denominado «Las bellas letras en Puebla», Peza señala que Atenedoro Monroy es un «valioso escritor» de gran «reputación». En efecto, Monroy ya había publicado su ensayo «Valor estético de las obras de la escuela decadentista» en tres ocasiones. La cuarta sería cuando Manuel Caballero publicara la *Revista Azul* en una segunda época. Para entonces, Monroy ya había prologado, también, la obra de conocidos poetas de su ciudad.

En el *Florilegio de poetas y escritores por nacimiento, o por haber hecho en el estado de Puebla su carrera literaria*, publicado en 1913 por Alfonso G. Alarcón y Ricardo Saúl Rodiles, se menciona a Atenedoro Monroy entre los 22 autores de verso (hay un breve apartado para la prosa, compuesta por diez trabajos). Pasa lista de presente con una traducción: «Los niños», de Henry Wadswirt Longfellow.[354] De él se dice lo siguiente:

> El licenciado Atenedoro Monroy nació en Puebla, *por los años* de 1867 o 1868. Formó parte de «El Liceo Libre» y escribió en «El Progresista,» órgano de aquella sociedad; a él pertenecen los siguientes versos:
>
> La primera pasión es infinita;
> Es eterno ese anhelo
> Y cuando en el alma se marchita

[354] Se refiere al poeta estadunidense Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882), quien habría tratado temas históricos y tradicionales y habría sido popular en el siglo XIX; a Atenedoro Monroy le resultaba ejemplar. Haría una traducción de «La declaración de amor de Miles Standish» para la *Revista positiva* que sería publicada en tres entregas, las correspondientes al 26 de febrero, 26 de marzo, y 21 de mayo de 1907.

Ellas en las alas de la fe bendita
Vuela triunfante en la región del cielo.

Escribió más tarde en «El Correo de Puebla», sosteniendo una polémica literaria con Don Rafael B. de la Colina. Por ese tiempo terminó su carrera de abogado, siendo nombrado profesor de Filosofía en la Escuela Normal de Profesores y habiendo desempeñado después varios puestos públicos.

Literato de gran erudición y traductor fiel y asiduo de los poetas del habla inglesa. Orador muy elocuente.

Nota de los A.A.

Los datos anteriores fueron tomados de la obra «Semblanza de algunas personas distinguidas de la ciudad de Puebla,» escrita por el Señor Manuel R. Solís, debido a que *por la modestia del Señor Lic. Monroy no pudieron obtenerse de él personalmente*.[355]

Pese a que con el paso del tiempo se le irán añadiendo nuevos elementos, esa parquedad biográfica habrá de repetirse. En *Poetas y escritores poblanos*, publicado en 1943, Enrique Cordero y Torres maneja también 1867 como fecha de posible nacimiento. Reafirma la modestia de quien es considerado una de las «glorias literarias» del estado. Añade que sus estudios primarios fueron realizados «al amparo y sacrificio de la autora de sus días». Después de estudiar en el Seminario Conciliar habría cursado la carrera de leyes en el Colegio del Estado. «Antes de titularse de abogado […] trabajó como maestro en una escuela particular». Habría sido amigo y protegido del jurisconsulto Agustín Fernández; en la gubernatura del general porfirista Mucio Martínez fue nombrado Oficial Mayor del Departamento de Gobernación. Enrique Cordero y Torres señala, sin precisar fechas o materias impartidas, que fue catedrático tanto en el Colegio del Estado como en el Instituto Normal. En 1912 Atenedoro Monroy se trasladó a la capital de la república. En 1913 viajó por Europa, y a su regreso se radicó en el Distrito Federal. «Hace varios años es catedrático de la Universidad Autónoma de México», señala, olvidando el carácter Nacional de la Institución.

[355] Alarcón, Alfonso G. y Ricardo Saúl Rodiles, *Florilegio de poetas y escritores poblanos por nacimiento, o por haber hecho en el estado de Puebla su carrera literaria*, Editor: Enrique del Moral, Puebla, México, 1913, p.100. Esta obra será reeditada de forma facsimilar por la editorial poblana ACD, con un prólogo de Gerardo Díaz y Cortés en el año de 2002. Las cursivas son mías.

Luego de destacar su feliz participación en los Juegos Florales del Colegio del Estado, realizados en 1902, Cordero y Torres publica un muy breve fragmento del ensayo con el que ganó el primer lugar en el quinto tema: «Valor estético de las obras de la escuela decadentista».[356]

En 1959, Joaquín Márquez Montiel da a la imprenta su *Analecta de cien poetas de Puebla*, volumen de 440 páginas en formato menor. El autor señala que «para no hacer un volumen demasiado grueso había suprimido 21 poetas, por lo que la obra quedaba en la muestra de cien. Entre los compilados se encuentra Atenedoro Monroy de quien dirá los siguiente: «Parece que el Lic. Monroy nació en Puebla en 1867. Alguien dice que en México en 68. Sea lo que fuere, ciertamente se educó aquí en Puebla. […] Jurista, periodista y literato». Repite lo señalado por Alfonso G. Alarcón y añade una semblanza escrita por Delfino C. Moreno:

> Su estudio magistral sobre el «Valor estético… […] fue agraciado con el primer premio…» Todo lo que brota de su pluma vigorosa, es modelo de buen decir. *Su obra literaria es amplia, aunque por desgracia, muy poco conocida*. Prosa y verso: artículos de crítica, prólogos, estudios filosóficos y de sociología, sonetos correctamente cincelados, odas de marcado sabor clásico y magníficas traducciones de obras poéticas de autores ingleses.[357]

En 1972 Enrique Cordero y Torres culmina su *Diccionario biográfico de Puebla*, ambiciosa obra en la que más de mil cuatrocientas pequeñas biografías dan cuenta de las personalidades que han habitado (o habitaban en ese momento) el estado de Puebla en sus más de 400 años de existencia. Allí, Cordero y Torres precisa la fecha de nacimiento de Atenedoro Monroy: 18 de octubre de 1867. Repite lo señalado por Alarcón y Rodiles, lo añadido por Joaquín Márquez Montiel, y lo suyo propio, lo que había publicado en 1943. Añade dos oraciones más: «Muy anciano (probablemente más de noventa años) falleció en la ciudad de México, ostentando la dignidad de

---

[356] Cordero y Torres, Enrique, *Poetas y escritores poblanos. 1900-1943*, Linotipografía Primavera, Puebla, México, 1943, pp. 359-363. El autor retoma, para cerrar su trazo biográfico, las palabras de Alfonso G. Alarcón y Ricardo Saúl Rodiles: «Literato de gran erudición y traductor fiel y asiduo de los poetas del habla inglesa. Orador muy elocuente».

[357] Márquez Montiel, Joaquín, *Analecta de cien poetas de Puebla*, Editorial JUS, México 1959, pp. 309-311. Las líneas retomadas por Montiel provienen de *Semblanzas literarias*, Delfino C. Moreno, Puebla, 1947, pp. 127-129. Márquez Montiel había escrito, siete años antes, *Hombres célebres de Puebla*, publicada también por JUS. En esta obra, que separa por profesiones y actividades, no hay referencia alguna a Monroy como abogado, como ensayista o poeta. Las cursivas son mías.

'Maestro Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus restos están en el Panteón de Dolores.»[358]

En el 2009 sale a la circulación el libro *Biobibliografía de los escritores de Puebla y Tlaxcala*, del maestro Ernesto de la Torre Villar. En esta obra de largo aliento (el volumen se acerca a las 800 página e implicó un trabajo de más de 15 años), 20 son las líneas dedicadas a Atenedoro Monroy:

> Monroy, Atenodoro
> (1867-?)
>
> Nació en Puebla el 8 de octubre y murió en México, sin saberse cuándo. Alumno del Colegio del Estado y del Seminario local, donde se tituló de abogado. Catedrático del Colegio del Estado y del Instituto Normal; oficial mayor del Departamento de Gobernación. Luego de viajar por Europa, radicó en México, siendo catedrático de la Universidad Nacional. Ganó el primer lugar en los Juegos Florales del mes de octubre de 1902, en Puebla. También fue galardonado con el título de Maestro Emérito de la Universidad. Se le consideró un buen poeta y magnífico orador.
>
> Obras: *Valor estético de las obras de la Escuela decadentista*. Ensayo premiado en los Juegos Florales de Puebla el 31 de octubre de 1902. Puebla. Imprenta Artística. 1902. 72 p.
>
> Referencias: Cordero y Torres, *Diccionario*. t. III, p. 455; *Mansell*. t. 391, p. 279.[359]

La referencia más reciente es la del abogado Ángel Gilberto Adame. En los trazos biográficos anteriores hay datos inexactos que aquí se corrigen.

Atenedoro Monroy nació en la ciudad de Puebla el 8 de octubre de 1865. El dato se desprende de su Acta de Matrimonio, realizado el 2 de septiembre de 1894. En la citada Acta se afirma que Atenedoro Monroy «es hijo del finado don Joaquín Monroy y de doña Piedad Álvarez», que su domicilio es Ramos Arizpe número 5, de profe-

---

[358] Cordero y Torres, Enrique, *Diccionario biográfico de Puebla*, 2 tomos, Centro de Estudios Histórico de Puebla, Puebla, México, p. 455.En conjunto, las dos obras superan las 740 páginas. Enrique Cordero y Torres nació en Puebla en el año de 1904; estudió comercio en las Escuelas Pías y la preparatoria en el Colegio del Estado. Fue profesor, historiador y periodista. Participó en la fundación de la agrupación cultural Bohemia Poblana en 1942. Fue elegido, el 25 de agosto de 1955, miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua. Falleció en 1989. Su trazo biográfico (p.185-186) puede leerse en el *Diccionario* por él escrito.

[359] De la Torre Villar, Ernesto, *Biobibliografía de los escritores de Puebla y Tlaxcala*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009, p. 482. El nombre aparece de nueva cuenta como Atenodoro; es Atenedoro.

sión abogado y que tiene 29 años. La contrayente, Concepción Loreto Arrioja y Serrano, hija de Miguel Arrioja y de la finada doña Dolores Serrano, tiene 21 años y su domicilio es el número 1 de la calle 5 de mayo,[360] lugar en el que se realizó la ceremonia.

Los testigos de Atenedoro Monroy fueron Felipe Neri Castillo, con quien profesaba una profunda amistad, y Enrique Orozco; los de Concepción Loreto Arrioja y Serrano sus tíos Manuel María y Eduardo Arrioja. El juez de estado civil fue Manuel Haro.[361] El matrimonio Monroy-Arrioja tuvo tres hijas y un hijo: Piedad, Concepción, Dolores, y Atenedoro Rafael, quien falleció a los cinco meses de nacido víctima de meningitis.[362]

Si Cordero y Torres afirmaba que Atenedoro Monroy había fallecido «muy anciano, probablemente más de noventa años», haciendo patente si no el olvido sí el alejamiento, Gilberto Adame López despejó la duda: «El maestro –escribió– falleció el 16 de octubre de 1952 en la ciudad de México.»[363]

En efecto, Atenedoro Monroy Álvarez falleció a las seis de la mañana de ese 16 de octubre de 1952, ocho días después de haber alcanzado los 87 años, víctima de una bronconeumonía aguda; así lo consigna lacónicamente su acta de defunción. Octubre lo vio nacer, octubre lo vio partir. Habían transcurrido cuarenta años desde que dejara su natal Angelópolis sin que sepamos, con precisión, el porqué. En 1936, con motivo de un homenaje que la Universidad de Puebla, antiguo Colegio del Estado, hizo a Alfonso G. Alarcón,[364] Atenedoro Monroy envió sentidos versos de regocijo y admiración para la casa que formó al homenajeado. Era, quizás, la última vez que sus palabras serían pronunciadas en el Salón de Actos de su vetusta casa de estudios.

---

[360] Las calles Ramos Arizpe y 5 de mayo son contiguas, corresponden a la actual 5 poniente números 300 y 500, respectivamente. Los contrayentes eran vecinos.

[361] La reproducción del acta de matrimonio se incorpora en los anexos.

[362] Piedad viviría 65 años (1897-1962), Concepción 82 (1901-1983), Dolores 83 años (1903-1986). Atenedoro Rafael apenas cinco meses, había nacido en febrero de 1906. Las edades de sus hijas al momento de nacer el pequeño Atenedoro eran 8, 4, y 2 años. El juez Manuel Haro, quien los había casado, daría fe del fallecimiento.

[363] Adame López, *Antología de Académicos*… p. 459.

[364] Alfonso G. Alarcón nació en Chilpancingo, Guerrero, el 25 de junio de 1884 y falleció en la ciudad de México en 1953. Estudió medicina en el colegio del Estado de Puebla. Al lado de Rafael Cabrera fundó la revista *Don Quijote* (1908-1911). En 1910 era presidente de la Sociedad de Alumnos del mencionado Colegio. Con Gil Jiménez, Juan Andrew Almazán y Luis Sánchez Pontón se sumó al movimiento antirreeleccionista encabezado por los hermanos Serdán. Sería rector de la Universidad de Puebla (antiguo Colegio del Estado) en el periodo 1938-1941. El homenaje referido se realizó el 2 de mayo de 1936 con motivo del otorgamiento de la «Corona Olímpica» con que el gobierno de Bélgica reconocía investigaciones científicas relevantes.

Una trayectoria que se devela

Atenedoro Monroy nació en la Puebla de 1865, una ciudad que había sido devastada tras el sitio francés de dos años antes y que empezaba, lentamente, a reconstruirse. Su infancia y juventud estarían marcadas por el conflicto entre conservadores y liberales, su madurez por la presencia ubicua de Porfirio Díaz. En su infancia asistió al Seminario Conciliar. De acuerdo con los breves trazos biográficos con que se cuenta, allí inició sus estudios de abogacía. En 1886 el gobernador Rosendo Márquez expide un decreto a través del cual son revalidados los estudios, «hechos en institución no reconocida» –eufemismo con el que se hacía referencia al Seminario–, para presentar su examen profesional de abogado. Atenedoro, que ha cumplido 20 años, acude al llamado, presenta su examen e inicia la que sería su vida profesional.

La administración pública y la docencia son parte de sus ocupaciones fundamentales. En 1890, a sus 25 años, es suplente en el Ayuntamiento de la ciudad; cuatro años más tarde, su nombre figura como redactor del *Periódico Oficial del Estado de Puebla*. Para entonces ya es gobernador el general Mucio P. Martínez, compañero de armas de Porfirio Díaz. Monroy imparte cursos en la Escuela Normal de Profesores y litiga profesionalmente. Dos casos, separados en el tiempo, lo hicieron célebre. El primero de ellos ocurrió en el año 1902 y fue la defensa del cura de Chalchicomula, el presbítero Vicente Pimentel, quien había sido acusado de abuso de confianza. En *El tiempo, diario católico*, se hizo una reseña del juicio. Allí se destaca lo siguiente:

> Numeroso auditorio acudió al juzgado «ansioso de oír al sabio jurisconsulto cuya elocuencia y dicción cautivan a cuantos le oyen. […] El exordio del discurso del Sr. Monroy fue brillante […] la lógica incontrovertible que el señor Monroy desplegó no dejó duda de que la justicia está de parte del acusado. […] Defendió al acusado el inteligentísimo abogado D. Atenedoro Monroy, quien derrochó toda su erudición y brillantes dotes que lo adornan».[365]

El segundo juicio –que sería reseñado por *El Imparcial*– ocurrió en 1913 y fue el proceso en contra de Rómulo Hernández, homicida de Cesáreo Cabrera, hijo de Luis Cabrera. Allí «habló elocuentemente el licenciado Atenedoro Monroy, re-

[365] *El Tiempo*, diario católico, 6 de agosto de 1902, p. 1. En el cuerpo de la nota, el reportero hace referencia u una nota publicada en *La Revista de Puebla*, del 22 de julio de la que reproduce una parte. También refiere a *El Oriental*, de fecha 24 de julio de ese año.

presentante de la parte civil, impugnando al defensor Cañete. Dentro de tres días se decidirá si cumple la sentencia de muerte o sale libre», se señaló escuetamente en el periódico.[366]

En ambos casos se destaca la lógica impecable, la elocuencia, la dicción, y la brillantez que caracterizarían al joven abogado. Once años separaban a un juicio del otro, pero el prestigio de Atenedoro Monroy era sólido. A ello había contribuido su formación, la de un erudito decimonónico. En 1902, a sus 37 años, en el mes de julio, fue orador oficial en la conmemoración del natalicio de Benito Juárez. Un mes después, en agosto, logra la absolución del cura de Chalchicomula. En octubre, su ensayo «Valor estético de las obras de la escuela decadentista» gana el primer lugar en el quinto tema de los juegos florales de Puebla organizados por los alumnos del Colegio del Estado (el segundo lugar fue otorgado a Victoriano Salado Álvarez, como se verá más adelante). La colonia francesa asentada en la ciudad de Puebla contribuyó al lucimiento de la justa poética obsequiando, como ya se ha mencionado, la escultura de Charles Perrón denominada «La fuerza del deber» a quien resultara ganador en ese tema.

Un año después, en la ceremonia de develación de la escultura de Gabino Barreda, en el parque «Nicolás Bravo», y en la que estuvo presente el gobernador Mucio P. Martínez, corresponderá a Atenedoro Monroy solicitar que el introductor del positivismo en México sea declarado «Benemérito». En esa ocasión será declamado un poema dedicado a Barreda que, se sabrá más adelante, era autoría de Monroy. Su ensayo «Valor estético…» es publicado en la *Revista Positiva* correspondiente al mes de abril; para entonces sus relaciones con Agustín Aragón y Porfirio Parra ya eran estrechas, como lo eran con Victoriano Salado Álvarez y José López Portillo y Rojas. En adelante, su participación en la *Revista Positiva* será intermitente.

El 13 de julio de 1910, el periódico *El tiempo* destaca que se ofreció un banquete al gobernador Mucio P. Martínez; a este evento asistieron: «Un grupo de personas de significación».[367] Entre ellas, aunque no en la mesa de honor, destacan Atenedoro Monroy, Miguel Sarmiento, Manuel Lobato, Ernesto Solís, Rafael Serrano, y Francisco Béistegui, quien fungía como director del Colegio del Estado. Los mencionados trabajaban en el Instituto Normal o en el mencionado Colegio. Tres días después, el *Periódico Oficial del Estado de Puebla*, publicaba el resultado de las elecciones

[366] *El Imparcial*, 22 de junio de 1913, p. 4.

[367] El reportero anota 97 nombres y precisa que son más los asistentes, pero que lo reducido del espacio en el periódico le obligan a omitir nombres.

de la legislatura local. Entre los asistentes al banquete, había dos diputados electos: Ernesto Solís y Rafael Serrano.

No hacía falta mucha perspicacia para entender el significado político de aquel evento. No era casual. Una semana antes, el 7 de julio, el movimiento antirreeleccionista había organizado una manifestación de protesta por el fraude electoral realizado el 26 de junio anterior que daba el triunfo a Porfirio Díaz. Los estudiantes del Colegio del Estado, de la Escuela Normal, del Instituto Metodista, así como de la Universidad Católica, figuraban entre los convocantes. Pese a la prohibición, más de veinticinco mil almas se había congregado en la Plazuela de San José, al norte de la ciudad. Así lo consignó el periódico *El País* del sábado 9 de julio. La policía montada arremetió en contra de los desarmados manifestantes ocasionando, al menos, un muerto y heridos cuyo número no fue posible precisar con certeza. La represión fue condenada, inclusive, por los partidarios de la reelección de Porfirio Díaz. Los manifestantes estaban ciertos del triunfo de Francisco I. Madero. La policía intentó apresar a Aquiles Serdán, quien pudo refugiarse en la casa de un correligionario. No corrieron con igual suerte los estudiantes Alfonso G. Alarcón, Gil Jiménez, y Luis Sánchez Pontón, del Colegio del Estado. Los dos primeros fundores de la revista *Don Quijote*. Gregorio de Gante, de la Escuela Normal, también fue conducido a prisión. Rafael Isunza, entonces director del Colegio del Estado, renunció en protesta por la represión.

La avanzada edad de presidente, sus declaraciones a James Creelman tres años antes, la publicación del libro de Madero, *La sucesión presidencial en 1910*, los problemas económicos y políticos sufridos en la primera década del siglo, la movilización creciente que había despertado la candidatura del propio Madero, habían modificado las condiciones del país. La situación del gobierno del estado de Puebla –caracterizada por la corrupción, la política represiva de Mucio P. Martínez–, era fiel reflejo de lo que ocurría; el gobierno martinista, como el de Díaz, se acercaba a su fin. La suerte de Atenedoro Monroy, quien había fungido como Oficial Mayor, parecía declinar.

Mucio P. Martínez renunció a la gubernatura el 1 de marzo de 1911. Rafael Isunza, el exdirector del Colegio del Estado, asumió el cargo como interino. La efervescencia política y militar continuó en ascenso. Porfirio Díaz renunció el 25 de mayo. Unos días después, el 2 de junio, Rafael Cañete asumió la gubernatura de Puebla también como interino. Las elecciones se realizaron en el mes de noviembre de 1911 y resultó electo Nicolás Meléndez, no sin que la sombra del fraude empañara las elecciones.[368] Meléndez tomó posesión del cargo el 25 de diciembre. Atenedoro

[368] Véase La France David G., *Madero y la revolución mexicana en Puebla*, UAP, 1987, pp. 104-107

Monroy formaba parte de la XXI Legislatura como diputado propietario.[369]

Ya como diputado local, presentó, en compañía del también abogado Ernesto Solís, una iniciativa de ley que fue desechada por unanimidad. En *El Imparcial* del 28 de agosto de 1911 se anota lo siguiente:

> Se dio lectura en la Cámara a un Proyecto de Decreto, iniciado por los señores diputados Atenedoro Monroy y Ernesto Solís, cuyo artículo primero trataba de que se declararan obras de utilidad pública, para los efectos de la Ley de Expropiación, las que tengan por objeto el aprovechamiento de las corrientes hidráulicas o atmosféricas para la producción de energía eléctrica, sea cual fuere el uso a que éstas se destinen: la transmisión y distribución de la misma energía, sea cual fuere el procedimiento de su producción, si se destina en totalidad o en parte al uso del Estado o de uno o varios municipios, y la transmisión o distribución de la misma energía para cualquier fin industrial o doméstico, etc., y sea cual fuere el procedimiento de la producción, si su aprovechamiento debe hacerse por subscriptores o partícipes.
>
> El mencionado proyecto fue desechado por unanimidad.[370]

Esa legislatura, se afirmó en el editorial de *El País* del 1 de junio de 1912, eximiría al exgobernador Mucio Martínez de las fechorías que habría realizado en su largo periodo de gobierno. Lo que, a juicio del editorialista, equivalía a que «las legislaturas porfiristas has sido revalidas por la revolución; pero la revolución cometió un error al hacer tal cosa».[371]

En 1913, cuando ocurre la Decena Trágica, Atenedoro Monroy habría realizado un viaje a Europa. Se ignora el periplo y las fechas. A su vuelta, señaló Enrique Cordero y Torres, se habría «radicado en la capital». Sin embargo, en septiembre 13

---

[369] *The Mexican Herald* publica, en la página 5 de su edición correspondiente al 10 de enero de 1912, la siguiente nota en All Over Mexico: «Atenedoro Monroy, Alberto and Eduardo Moreno, Dr. Salas y Acevedo, and Mr. Sarmiento, members of the Puebla Legislature will be accused before that body of conspiring to corrupt the elections in the recent political campaign for governor of the state».

[370] «Fue desechada una iniciativa de los señores Licenciados Monroy y Solís», en *El Imparcial*, lunes 22 de agosto de 1911, p. 4. Sería interesante indagar este proyecto de ley, los argumentos esgrimidos por los autores de la iniciativa y los de quienes se opusieron. Declarar de utilidad pública el aprovechamiento de las corrientes hidráulicas o atmosféricas podría considerarse una iniciativa nacionalista.

[371] En el editorial, titulado «Una prueba más», se señala que Atenedoro Monroy era socio del «licenciado Mestres», yerno de Mucio Martínez. Monroy figuraba como diputado por Chalchicomula. *El país*, 1 de junio de 1912, p. 3.

de ese año, *El Imparcial* consigna que Atenedoro Monroy y Eduardo Gómez Haro habían participado en una ceremonia de entrega de bandera del gobernador a los normalistas. Monroy pronunció un «inspirado y patriótico discurso», y Gómez Haro leyó una poesía que, afirmó el corresponsal «arrancó frenéticos aplausos, al final de cada estrofa».[372]

Al año siguiente, 1914, Atenedoro Monroy sería nombrado juez tercer suplente de Distrito en Puebla. Cinco años después, ya instalado en la capital de la República, participará en la fundación de la Academia Mexicana de Derecho Internacional. Entre los socios fundadores se puede destacar a los siguientes: José López Portillo y Rojas, Miguel Alessio Robles, Manuel Gómez Morín, Balbino Dávalos, Ezequiel A. Chávez. Diez años más tarde, el 1 de septiembre de 1929, en el informe presidencial de Emilio Portes Gil, Atenedoro Monroy aparece como magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal.

Sin duda su cercanía al gobierno de Mucio Martínez, su filiación positivista de la que siempre hizo gala, y los sucesivos cambios en el gobierno de Puebla durante el periodo revolucionario fueron factores que contribuyeron a su cambio de residencia.

La obra, desconocida

En el lapso que va de 1889 a 1936, 47 años, Atenedoro Monroy escribió ensayos, prólogos y poemas. Hizo, además, traducciones. Su obra, breve si consideramos el número de sus textos, permanece desconocida hasta el momento. No obstante, uno de sus escritos, el ensayo *Valor estético de las obras de la escuela decadentista*, objeto de este apartado, es el que, por diferentes razones, ha trascendido en el tiempo.

Hagamos, no obstante, una breve referencia. Seis son los escritos en prosa que fueron llevados a la imprenta, se mencionan en el orden de su aparición: *a)* Prólogo a *Colección de poesías*, de Felipe Neri Castillo, publicado en 1889; *b)* Valor estético de las obras de la escuela decadentista, de 1902; *c)* prólogo a *Épicas y líricas. 1884-1900*, de Felipe T. Contreras, impreso en 1903; *d)* el prólogo a *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, de José López Portillo y Rojas, de 1921; *e)* el Discurso en memoria de Rafael Serrano pronunciado en 1927 en el Colegio del Estado de Puebla; *f)* y finalmente su reflexión sobre la *Importancia histórica, social y literaria de la obra poética mexicana de laureado vate D. Augusto Genin,* escrito en 1929 y publicado en 1930.

Atenedoro Monroy hizo públicos, al menos, 13 poemas propios; 12 de ellos en

[372] *El Imparcial*, 13 de septiembre de 1913, p. 4.

la *Revista Positiva* y uno en *Don Quijote, Revista literaria. Órgano de las sociedades de Exalumnos y Alumnos del Colegio del Estado*.[373] El primero de ellos lo dedicó a Gabino Barreda y apareció en la *Revista Positiva* en 1903.[374] Fue escrito con motivo de la develación de la estatua, en la ciudad de Puebla, del introductor del Positivismo en México. En el largo poema (consta de 328 versos), advierte que Prometeo, al robar el fuego a los dioses y entregarlo a los hombres, abrió la senda del conocimiento. El fuego es luz y la luz disipa las tinieblas; al menguar éstas, florecen, para Monroy, por igual el pensamiento mágico o las religiones: una obscuridad luminosa. El pensamiento de Auguste Comte, surgido en la convulsa Francia de mediados del siglo XIX, era la buena nueva que anunciaba el imperio del amor, del orden y del progreso. Por ello Monroy escribe:

> La ciencia es redención. Cuando en la obscura
> noche de los instintos trogloditas
> por la primera vez surgió la pura
> llama vivaz y espléndida del fuego,
> prodigando calor, vida, hermosura
> por dondequiera, y derramando luego
> mil gérmenes fecundos
> de artes, de industrias, de infinitos mundos
> de actividad y plácido sosiego,
> en esa ardiente chispa soberana,
> de salvaje visión deslumbradora,
> brotó la ciencia en su primera mañana
> y fue, al rayar en la conciencia humana,
> primera redención, primera aurora.

En el poema, a la manera de los poetas Manuel Carpio, José María Heredia, o Ignacio Rodríguez Galván,[375] así como el poeta estadunidense Henry Wadsworth

[373] El poema lo escribe Monroy por el siguiente motivo «En el homenaje al Colegio del Estado de Puebla, por la Corona Olímpica discernida en Bélgica al Sr. Dr. Don Alfonso G. Alarcón, hijo ilustre del plantel», en *Don Quijote*…número 41, mayo de 1936, p. 19.

[374] «A Barreda», por Atenedoro Monroy, en *Revista Positiva*, 18 de junio de 1903, pp. 286-295. Otro poema suyo, cuyo título no está, fue publicado en el libro ya mencionado de Alfonso G. Alarcón y Ricardo Saúl Rodiles, *Florilegio de poetas*… Dice así: «La primera pasión es infinita; / Es eterno ese anhelo / Y cuando en el alma se marchita / Ella en las alas de la fe bendita / Vuela triunfante en la región del cielo», p. 100.

[375] De Carpio su «México en 1847», de Heredia «En el Teocalli de Cholula», y de Rodríguez Galván su

Longfellow (1807-1882), Monroy hace una descripción que arranca en el mundo de la mitología griega, pasa por la Edad Media, el descubrimiento de América, la Colonia, la Independencia, el conflicto entre liberales y conservadores, recala en Juárez y, el triunfo de la República. Cuando Barreda pronuncia, en 1867, su Oración Cívica se establecen los cimientos de los que será la educación en ese México que ha perdido la mitad de su territorio en una guerra injusta pero que ha resistido la presencia del invasor europeo. El último párrafo de la Oración debió estar presente en el pensamiento de Monroy:

> Que en lo sucesivo una plena libertad de conciencia, una absoluta libertad de exposición y de discusión, dando espacio a todas las ideas y campo a todas las inspiraciones, deje esparcir la luz por todas partes y haga innecesaria e imposible toda conmoción que no sea puramente espiritual, toda revolución que no sea meramente intelectual. Que el orden material, conservado a todo trance por los gobernantes y respetado por los gobernados, sea el garante cierto y el modo seguro de caminar siempre por el sendero florido del progreso y de la civilización.[376]

«La libertad como medio, el orden como base y el progreso como fin» le harían reconocer en Barreda al:

> Filósofo, maestro, hierofante
> y padre la de Patria, ese gigante
> con el sólo calor de su enseñanza
> y sin más entereza
> que la de Cristo y Sócrates, avanza
> dando luz, fortaleza
> de vida, de pasión y de esperanza;
> habla de amor, y en su sencillo acento
> palpitan la verdad y el sentimiento:
> corazón todo ardor, todo dulzura,
> amplia benevolencia de virtuoso,

«Profecía de Guatimoc», véase Pacheco, José Emilio, *Poesía Mexicana I. 1810-1914*, p. XVII, Promexa editores, México 1979.

[376] Barreda, Gabino, *Estudios*, selección y prólogo de José Fuentes Mares, Biblioteca del Estudiante Universitario, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1941, p. 110.

si en el pensar coloso,
en el sentir dechado de ternura;
no hay poder que no ceda
a su palabra suave y peregrina…
conmueve las conciencias, ilumina
y es otro inmenso redentor: Barreda!

Para Atenedoro Monroy la poesía, además de conmover, debe atender, también, a un fin didáctico; debe ser vehemente, nacionalista. Si la poesía conmueve, debe contribuir al fortalecimiento del amor patriótico, al orgullo de un pasado que es sedimento del presente, un presente abierto al porvenir. El afrancesado régimen de Porfirio Díaz, en el amanecer del siglo, parecía cubrir las expectativas animadas por la doctrina positivista. No obstante, pese al crecimiento económico alcanzado, esa ilusión de desarrollo, bajo el claro espejo de la realidad, se agitaban profundas aguas.[377] Ese largo canto a Gabino Barreda, el reconocimiento de la ciencia como la única forma de acercarse, comprender y transformar la realidad era, antes que otra cosa una profesión de fe.

Los sonetos intimistas no le son ajenos. Quizá aquí, en la brevedad que les caracteriza, alcance sus mejores notas. Uno de ellos, fechado el 13 de junio de 1912, estará dedicado a la memoria de su hermano:

Sobre la caja del violín sonoro
inclinada la frente, en bellos días,
cuántas veces de dulces armonías
derrochando riquísimo tesoro

le contemplé. No sé qué amargo lloro,
qué nostalgias profundas y sombrías
mezclaba, en sus tristezas y alegrías,
con la cascada de sus notas de oro.

[377] Escribe José Emilio Pacheco: «Por fin, gracias al mercado mundial que lo hace proveedor de materias primas para las metrópolis y consumidor de sus manufacturas, México se está convirtiendo en un lugar de apariencias donde algunos privilegiados pueden hacerse la ilusión de vivir en Europa mientras la inmensa mayoría subsiste como antes y como hoy en niveles asiáticos de miseria. Casi todo lo que rodea la existencia diaria de los poetas viene de Francia. Así, el afrancesamiento no es una elección sino una fatalidad.» En *Poesía Mexicana I. 1810-1914*, Promexa editores, México 1979, p. XVII.

Al fin, y como un sueño que nos deja
el ¡ay! eterno del dolor humano
partió… Mas de mi mente no se aleja

la imagen de este artista soberano.
Siempre que escucho del violín la queja
Me parece el sollozo de mi hermano.[378]

A su hija mayor, Piedad –también nombre de la madre de Atenedoro–, le escribe dos sonetos a manera de dedicatoria en la primera página del libro *Violets*, del poeta Henry Wadsworth Longfellow. El primero de ellos dice así:

Amada hijita mía, quiera el cielo
que, siendo siempre puras tus ideas,
en cada pensamiento que aquí leas,
encuentres dicha y sin igual consuelo.

Es mi constante, mi mejor anhelo
que, ya que en la lectura te recreas,
en estas florecillas siempre veas
algo que nos levanta sobre el suelo;

que nos mejora y nos sublima el alma
y ese algo es la virtud, la excelsa palma
del ideal, del noble sentimiento

y el bien obrar…Todo ello se resume
en estos versos, flores del talento
que exhalan rico y bienhechor perfume.[379]

La poesía que eleva y sublima. En el poema de homenaje al Colegio del Estado,

[378] En *Revista Positiva*, 1 de enero de 1913, p. 46.

[379] En *Revista Positiva*, 29 de enero de 1913, p. 77. Los sonetos están fechados el 8 de diciembre de 1911, su hija Piedad había cumplido 14 años. Al pie de los sonetos se anota que éstos fueron escritos en la primera página del mencionado libro.

y que dedica a Alfonso G. Alarcón,[380] el maestro elogia al alumno destacado que en su madurez alcanza el reconocimiento de un país extranjero. Atenedoro Monroy conoció a Alarcón cuando éste realizaba sus estudios de medicina. El gobierno de Bélgica hizo merecedor a Alarcón de la Corona Olímpica por sus trabajos de investigación. Si el Colegio del Estado se mostraba orgulloso de los logros de uno de sus hijos, Monroy no lo estaba menos. Escribe:

> Nada es más grato y digno en nuestra vida
> que rendir el laurel resplandeciente
> que el mérito ha ceñido a nuestra frente
> de la corona más apetecida
>
> a quien, para nosotros tan querida,
> fue, en nuestra edad feliz y sonriente
> alma-mater, antorcha eternamente
> en nuestros horizontes encendida.[381]

La mayor parte de sus poemas y traducciones fue publicada, sin excepción, en la *Revista Positiva*, dirigida por Porfirio Parra y Agustín Aragón. En el periodo que va de 1903 a 1914, Atenedoro Monroy traducirá, al menos, 28 poemas. De entre estos autores destacarán los poetas norteamericano Lloyd Mifflin (1846-1922), de quien traduce el mayor número de poemas: diez; seguido de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882) con cuatro poemas. Del francés Hyppolite Taine (1828-1893) y del irlandés John Kells Ingram (1823-1907) traducirá tres; del cubano José María Heredia (que escribía en francés) traducirá dos sonetos. Las lecturas realizadas en su formación, así como sus preferencias poéticas, definirán su concepción de lo que debe ser la poesía. De allí que, ante la aparición del Modernismo primero, y del Decadentismo después, acudiera a la lisa con su escrito decidido a combatirlo.

---

[380] Alfonso G. Alarcón nace en Chilpancingo, Guerrero, en 1884. Realiza sus estudios de medicina en el Colegio del Estado de Puebla. Con Rafael Cabrera y Gil Jiménez, impulsan, en 1908, la revista *Don Quijote*, revista de vocación castiza y de decidido combate contra el Decadentismo. Cuando Madero realice su gira electoral con vistas a las elecciones de 1910, Alarcón encabezará a los estudiantes del Colegio del Estado en su recepción. Acudirá como representante al Primer Congreso estudiantil de 1910. Al triunfo de Madero, en 1912, será diputado por Chilpancingo. En 1913 se niega a aceptar la renuncia de Madero obtenida por Huerta. Formará parte del Ateneo de la Juventud. En 1934 llega al Senado de la República. Fue rector de la Universidad de Puebla por acuerdo del gobernador Maximino Ávila Camacho en 1938. Alarcón muere en 1953.

[381] En *Don Quijote*, *Revista literaria*, número 41, mayo 7 de 1936, p. 19.

El ensayo premiado

Atenedoro Monroy estaba por cumplir los 37 años cuando presentó su trabajo. El ensayo «Valor estético de las obras de la escuela decadentista», como ya se mencionó, obtuvo el primer lugar y lo hizo acreedor a la escultura de Charles Perrón, «La fuerza del deber», obsequio de la colonia francesa asentada en Puebla. De entre los trabajos premiados fue el de mayor extensión. Ya impreso alcanzó las 70 páginas. El de Salado Álvarez llegó a 22, y el de Romero Ibáñez, 27. El trabajo de Monroy mostró un conocimiento vasto y actualizado; desarrolló argumentos que, a juicio del jurado, fueron contundentes, amén de ser considerado oportuno ante la posible tentación de los jóvenes a inclinarse por una forma de vida que consideraba perniciosa. Su trabajo, preceptista, fustigaba a quienes eran atraídos ya por las vibrantes notas de Darío, o los poetas simbolistas, pero sobre todo los decadentistas de la ciudad de México que ya estaban, paradójicamente, en retirada, pero cuyos ecos todavía cimbraban a los jóvenes lectores de provincia.

Monroy divide su ensayo en 15 apartados de irregular extensión. Dos epígrafes son el santo y seña que amparan su texto. El primero de ellos pertenece al británico John Ruskin y está tomado de la obra *Sesame and Lilies.* El segundo lo expurga de *La Nature et l'Art,* de Charles Gounod*.* El libro de Ruskin fue publicado en 1865 y en él se mencionan los que se consideran deberes del hombre y de la mujer: éstas deben ser guías morales de los hombres y a las niñas se les debe educar para tal fin. El arte, de acuerdo con la cita de Ruskin, no debe lograrse mediante el esfuerzo del pensamiento ni puede explicarse con la precisión de las palabras. Es, al contrario, el resultado instintivo y necesario de poderes que sólo pueden desarrollarse a través del pensamiento de sucesivas generaciones. Bajo determinadas condiciones sociales, el arte cobra vida.

El texto de Gounod se publicó en 1886 y en él sostiene que el arte es producto de una madre común, la naturaleza, y del artista, que es el padre. La originalidad de la obra es la declaración de la paternidad regularizada por la comunidad. Lo bizarro de algunas obras de arte no son sino producto de la enfermedad patológica, de la anormalidad; son sinónimo de la excentricidad.

Para Monroy nada nuevo hay bajo el sol. El decadentismo no es sino una de esas crisis patológicas de la literatura que suelen ocurrir cuando se transgreden los «naturales límites de la exuberancia». La hubo ya –evoca– en los Siglos de Oro de la literatura española (con Luis de Góngora) y resurge en el último tercio del XIX, cuando el Modernismo ha hecho su aparición. Desde las primeras líneas de su ensayo su juicio es contundente:

> […] el decadentismo es una forma nueva bajo la cual se reproduce en la edad contemporánea *la escuela del mal gusto*, si bien con atributos peculiares que en otros tiempos y con medio ambiente distinto no hubieran podido darse a luz; por lo que sin duda el novísimo procedimiento de arte que entrañan, se ostenta original y propio de nuestro siglo, *en apariencia.* [...] …lejos de que el decadentismo pueda resaltar entre las grandes y legítimas evoluciones literarias, *es tan sólo estrago funesto de las letras, olvido del buen gusto y corrupción del arte*.[382]

Como quien ingresa a un jardín invadido por la maleza, Monroy se dispone a quitar los abrojos. Su trabajo será metódico. Para desentrañar el tema, lo abordará desde diferentes ángulos. A su escalpelo no escapará pliegue alguno. Empieza por la palabra «decadentismo». No es castiza, afirma. No se la encuentra en Garcilaso ni en Cervantes, pero ello no impide su existencia ni que se vuelva moneda de cuño corriente. Quiere dejar en claro lo que significa: «caer, descender, llegar a menos», simple y llanamente. Aplicada a las disciplinas literarias no es sino «la caída, el debilitamiento, la degeneración del arte y del buen gusto». Sus corifeos, añadirá, se refieren indistintamente a esta corriente como «delicuescencia», o simbolismo, y no pocos «modernismo».

El decadentismo tiene su origen en Francia, allí ha alcanzado su esplendor y allí están «sus más ilustres representantes», lo mismo en el canon teórico que «en la ejecución práctica». Para entender el sentido íntegro, esencial, de la escuela decadentista convoca la autoridad de Ferdinand Brunetière, director de la *Revue des Deux Mondes*, una prestigiosa publicación mensual que fue fundada en 1829 y en la que participarían, entre otros, Honoré de Balzac, Saint-Beuve, Baudelaire.

Para Brunetière, lo que los simbolistas han hecho es seguir a Richard Wagner en su idea de incorporar la música a la poesía. Si la poesía es «imitación» de los sentimientos, la música serviría para expresarlos. Pero en este tenor, ni la una ni la otra podrían expresar su propio virtuosismo. Wagner no pretendería efectuar una revolución de la música como tal, sino ponerla «al servicio de una concepción nueva del arte». Brunetière encuentra una relación entre lo que denomina «wagnerismo» y el simbolismo y califica a éstos como idealistas.[383]

---

[382] *Los juegos florales…* p. 214. Las cursivas son mías.

[383] Richard Wagner nació en 1813 en Leipzig y murió en Venecia en 1883. Es más conocido como compositor que como poeta o escritor. A los 36 años escribió *El arte del futuro* (que otros han traducido como *El arte del porvenir*) obra que dedicará a Ludwig Feuerbach en 1850 agradeciendo la honda impresión que le causaran sus escritos y que influirían en su concepción del arte, un arte que aspiraría a lo absoluto. En una carta dirigida a

Atenedoro Monroy comparte el punto de vista de Brunetière. Los decadentistas son, escribirá, metafísicos. Provienen en línea directa de lo formulado por Wagner en su *El arte del porvenir*, del cual escaparon cual ovejas descarriadas. Los pontífices de esta Iglesia, añade no sin ironía, carecen de unidad. Han tomado al pie de la letra versos de Baudelaire y comentarios que Teófilo Gautier vertió ya en *El Decadente*, *El Gato Negro*, o en *Scapin*.[384] Su «sueño dorado», cita a Anatole France, se cifraría en pintar con palabras a la manera de los impresionistas. Más allá querrían:

> […] esculpir también, tallar, burilar, exhalar aromas, vibrar sonidos de ignoradas gamas, despertar impresiones gustativas, herir la sensibilidad táctil y muscular, en una palabra: *sugerir todo género de estados de conciencia*, lo mismo ideales que reales, tanto epiperiféricos como entoperiféricos; por manera que las palabras, abordando directamente el gran sensorio, puedan sustituirse a las cosas y tener color, olor, movimiento armonía, peso, y aun las propiedades geométricas.[385]

Ello se desprendía de una interpretación literal del poema «Correspondences», contenido en *Las flores del mal*, libro de Charles Baudelaire que, al igual que *Madame Bovary*, de Flaubert, fueran prohibidos por la justicia francesa en 1857. Lo que con seguridad no ignoraba Monroy, ferviente lector de Max Nordau. En «Correspondences» el traductor al francés de la obra de Edgar Allan Poe escribe:

Héctor Berlioz en 1860, Wagner señala: «Compuse dicho trabajo en una época en la que ciertos sobrecogedores acontecimientos de mi vida me habían tenido alejado largo tiempo del ejercicio de mi arte […] Yo había vivido la revolución y había notado con cuán increíble desprecio la veían nuestro arte público y sus instituciones, de modo que la victoria total, es decir, la revolución social, parecía tener en la mira la destrucción total de tales instituciones. […] Reconocí, pues, que justamente ahí donde los límites de un arte se presentaban de manera insuperable es donde comenzaba con indudable certeza la eficacia de otro arte: en consecuencia, gracias a una íntima unión de ambas artes se expresaría con muy convincente claridad lo inexpresable para cada una de forma aislada; y en cambio, el empeño en pos de expresar lo posible para ambas artes gracias a los medios de una forma artística exclusivamente habría de conducir a la degeneración, al extravío en lo puramente incomprensible, a la depravación de cada arte en sí.» En Wagner, Richard, *El arte del futuro*, Prometeo libros, Buenos Aires, Argentina, 2011, pp. 166-167, Las cursivas son mías.

[384] *Le Décadent littéraire et artistique* fue fundado por Antole Baju en 1886; a partir de 1889 sería llamado simplemente *Le Décadent. Le Chat Noir*, cuya referencia era el cabaret del mismo nombre, era una publicación semanal de apenas cuatro páginas y se publicó entre 1882 y 1897; en sus páginas colaboraron, entre otros, Guy de Maupassant, Víctor Hugo, Edmond de Goncourt, Paul Verlaine, Jean Richepin. Tanto en el cabaret como la publicación se daba cita la bohemia del fin de siglo. De la última publicación no tenemos noticia.

[385] *Los juegos florales…* pp. 218-219. El subrayado es mío.

Correspondences

La Nature est un temple où des vivants piliers
Laissent parfois sortir de confuses paroles;
L'homme y pase à Travers des forêts de symboles
Qui l'observent avec des regards familiers.

Comme de lons échos qui de loin se confondent
Dans une tènebrèuse et profonde unité,
Vasste comme la nuir et come la clarté,
Les parfums, les couleurs et les sons se réondent.

Il est des parfums frais comme des chairs d'enfants,
Doux comme les hautbois, verts come les prairies,
–Et d'autres , corrompus, riches et triomphants,

Ayant l'expansion des choses infinies,
Comme l'ambre, le musc, le benjoin et l'encens,
Qui chantenent les transports de l'esprit et des sens.[386]

Perfumes, colores, y sonidos se responden. Perfumes cual oboes, verdes cual praderas. «Cantan los transportes del alma y los sentidos». Reivindicación de la sinestesia. Al poema de Baudelaire le sigue el comentario de Gautier; aquél descubre:

> […] relaciones invisibles entre las cosas, y [acerca] por inesperadas analogías que sólo el vidente puede sorprender, los objetos más lejanos y opuestos en apariencia… […] Para el poeta tienen las palabras en sí mismas y fuera del sentido que expresan, una belleza y un valor propios, como piedras preciosas que no se han

[386] «Correspondencias. Es la Natura un templo cuyos pilares vivos / dejan salir a veces palabras en desorden; / el hombre lo atraviesa por un bosque de símbolos / que al acecho lo observan con familiar mirada. // Como esos largos ecos que a lo lejos se funden / en una tenebrosa y profunda unidad, / vasta como la luz y vasta cual la noche, / se responden perfumes, sonidos y colores. // Hay perfumes tan frescos como carnes de niños, / tan dulces cual oboes, tan verdes cual praderas / -y hay otros corrompidos, dominantes y ricos, // que se expanden lo mismo que una cosa infinita, / como el almizcle, el ámbar, el benjuí y el incienso, / que cantan los transportes del alma y los sentidos.« En Baudelaire, Charles, *Las flores del mal*, edición bilingüe de Enrique López Castellón; con prólogo de A. Gide, epílogo de Th. Gautier, y anexo de W. Benjamin, Abada Editores, 2013, Madrid, p. 74

> tallado aún ni montado en brazaletes, collares o sortijas; encantan al conocedor que las mira y las aísla con el dedo en la pequeña copa en que están reservadas, como lo haría un orfebre meditando una joya. Hay palabras diamante, zafiro, rubí, esmeralda, otras que lucen como el fósforo cuando se las frota, y no es poco el trabajo que se necesita para escogerlas.[387]

A la sonoridad de las palabras se añadían colores. En un soneto escrito en 1870, Arthur Rimbaud –quien aparecerá en la obra de Paul Verlaine, *Los poetas malditos*–, pone color y significado a las vocales: la A es negra; la E, blanca; la I, roja; la U, verde; la O, azul.[388] Concluye Monroy que en el artista las sensaciones y las ideas se confunden lo que haría posible que la vida fuese más profunda e intensa, una «unidad de las sensaciones en el sistema nervioso».

Atenedoro Monroy advierte que «decadentismo», «simbolismo», «modernismo» se usan de manera indiferente para referirse al mismo asunto. No obstante, para el análisis, hace un extenso recorrido que arranca en la palabra, recala en el símbolo, analiza puntualmente la versificación tanto en la lengua castellana como en la francesa y cómo los modernistas han recurrido a los ritmos de ésta para modificar aquella. Y, aunque no usa esa palabra, pervertirla.

Su obra es un ensayo erudito. En él despliega sus argumentos de tal manera que, para el jurado, resultaría convincente. Al analizar la obra de los poetas decadentistas procede de los simple a lo complejo. Va de la palabra al símbolo y de este a la versi-

---

[387] *Los Juegos Florales…*Citado por Monroy, p. 219.

[388] «Voyelles: A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu : voyelles, /Je dirai quelque jour vos naissances latentes: /A, noir corset velu des mouches éclatantes / Qui bombinent autour des puanteurs cruelles, // Golfes d'ombre; E, candeurs des vapeurs et des tentes, /Lances des glaciers fiers, rois blancs, frissons d'ombelles; /I, pourpres, sang craché, rire des lèvres belles / Dans la colère ou les ivresses pénitentes; // U, cycles, vibrements divins des mers virides,/ Paix des pâtis semés d'animaux, paix des rides / Que l'alchimie imprime aux grands fronts studieux; // O, suprême Clairon plein des strideurs étranges, / Silences traversés des Mondes et des Anges; /– O l'Oméga, rayon violet de Ses Yeux!» La versión al castellano es de M. Bacarise y dice así: «Vocales. A negra, E Blanca, I roja, U verde, O azul, vocales, / diré algún día vuestros latentes nacimientos. / Negra A, jubón velludo de moscones hambrientos / que zumban en las crueles hediondeces letales. // E, candor de neblinas, de tiendas, de reales / lanzas de glaciar fiero y de estremecimientos / de umbelas; I, las púrpuras, los esputos sangrientos, / las risas de los labios furiosos y sensuales. // U, temblores divinos del mar inmenso y verde. Paz de las heces. Paz con que la alquimia muerde / la sabia frente y deja más arrugas que enojos, // O, supremo clarín de estridores profundos, / silencios perturbados por ángeles y mundos. / ¡Oh, la omega, reflejo violeta de Sus Ojos! Los poetas agrupados por Verlaine, además de él mismo, son seis: Tristan Corbière, Arthur Rimbaud, Stéphane Mallarmé, Marceline Desbordes-Valmore, Auguste Villiers de L'Isle-Adam y Pauvre Lelian (anagrama de Paul Verlaine). En Verlaine, Paul, *Los poetas malditos*, Ed. El caballito, México, 1999, p. 39.

ficación. De allí analiza el contenido y el significado de sus obras. No escatima en obras y autores. Su periplo argumentativo va de la Grecia clásica a su contemporaneidad. Lo mismo cita a Platón que a Schopenhauer; a Esquilo, Sófocles, Eurípides, Safo y Ovidio que a Alfred de Musset o Lord Byron. Su conocimiento de los poetas y filósofos griegos y latinos es patente. Se mueve con soltura tanto por entre obras de autores franceses del Romanticismo (Víctor Hugo) como del Naturalismo (Zola). Ha leído con detenimiento a Stendhal, Flaubert, Anatole France, Baudelaire, Gautier, Mallarmé, Rimbaud, Verlaine, Catule Mendes. Los autores ingleses y estadunidenses, entre poetas y filósofos, no le son ajenos. Por su pluma desfilan Spencer, Lord Byron, Keats, John Ruskin, Emerson, Shakespeare, Edgar Allan Poe, Walt Whitman. Y la suma es apresurada. De entre los filósofos alemanes Johann Wolfang von Goethe está presente tanto como su obra *Las desventuras del joven Werther* y la «enfermedad» que produjo: el Wertherismo. Lo que servirá de argumento a Max Nordau como al propio Atenedoro, quien hará propias algunas de sus opiniones. Friedrich Schiller, Kant, y Hegel son convocados en sus líneas lo mismo que Heinrich Heine. No le resulta ajena, como ya lo hemos señalado, la obra de Richard Wagner, *El arte del futuro*. De esta obra, y de la teoría musical que contiene, concluirá que la concepción compartida por los decadentistas es idealista.

Monroy reconoce los aportes de autores como Baudelaire y Mallarmé, Muestra reservas ante Rubén Darío. Fustiga a los seguidores del nicaragüense, pero no lo hace de manera gratuita. Argumenta que lo que escriben y hacen los poetas europeos responde a sus condiciones específicas. En México, un país que está ingresando en la modernidad, tanto la poesía como la literatura deben mantenerse en el papel que a mediados del siglo XIX Altamirano les asignó; esto es, contribuir a la formación de la nación, de la identidad y sensibilidad nacional. Una escritura edificante

Atenedoro Monroy estaba cierto del valor de la escritura, del alcance y la influencia que podía tener, ya fuese en prosa como en verso. Ya hemos mencionado que su ensayo fue publicado al menos cuatro veces, lo que da cuenta de su interés por llegar a un público más amplio. La primera, recordemos, en el año de 1902 en el libro *Los juegos florales;* la segunda, el mismo año como un opúsculo de 72 páginas; la tercera en la *Revista Positiva* del 23 de abril de 1903; y finalmente, aunque incompleto, en 1907 en la segunda época de la *Revista Azul*. No hay duda de la importancia que le otorgaba a sus reflexiones ni de su preocupación por la juventud que pudiera «extraviarse» ya en la sensualidad, ya en los paraísos artificiales que las drogas o el alcohol pudieran propiciar. Atenedoro Monroy, escritor castizo, concluirá que el Decadentismo no es sino la expresión de la crisis de la literatura del fin de siglo.

Crisis causada, además, por la influencia de la literatura francesa.

La sola lista de los autores mencionados por Atenedoro en su ensayo[389] da cuenta del capital intelectual adquirido personalmente, es cierto, pero también a la institución educativa que lo formó con rigor: el Seminario Conciliar de Puebla. Reflexivo y crítico –a contrapelo de lo que podría esperarse de un egresado de una institución eclesiástica, como ocurriría con algunos de sus compañeros, los hermanos Gómez Haro– optaría por el Positivismo como la doctrina filosófica que le permitía comprender mejor su realidad. De allí su amistad con Agustín Aragón y de Porfirio Parra.

El porvenir: la resonancia de su obra

En abril de 1995, Guillermo Sheridan escribe en la sección «La vuelta de los días», de *Vuelta*, la publicación dirigida por Octavio Paz, una nota titulada «Reaparece una revista». Se refiere a la fallida segunda época de la *Revista Azul* comandada por Manuel Caballero con la venia de Carlos Díaz Dufoo. El episodio ha sido contado con amplitud por Fernando Curiel en su *Tarda necrofilia, Itinerario de la Segunda* Revista Azu*l*. Lo que aquí interesa destacar es la valoración que el autor de *Los contemporáneos ayer* hace de la escritura de Monroy. Escribe Sheridan:

> Pero entre la pólvora de manifiesto y la retórica de cruzada, la revista hospeda un documento que la rescata del mero anecdotario. De hecho, se podría pensar que la revista era sólo la bullangera envoltura de ese largo ensayo del Lic. Atenodoro (sic) Monroy (Puebla, 1867-1952) que había ganado los Juegos Florales poblanos de 1902, «Valor estético de las obras de la escuela decadentista». De Monroy sé poco: que sale del Seminario Conciliar de su ciudad natal y que llega a ser decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. El trabajo, *sorprendentemente informado y documentado* (en la poesía y las ideas de varios idiomas), *resulta fundamental* no sólo para entender los argumentos filosóficos, estéticos y de poética de la cruzada antidecadente, *sino también para apreciar en su verdadera magnitud el calibre intelectual de algunos combatientes de la causa, el proceso de recepción de la poesía europea en el México porfiriano, el sustrato crítico del casticismo castellanizante como alternativa frente al decadentismo modernista francés, y la articulación teórica de la interpretación mexicana de las posiciones teológicas del Vaticano frente al arte (y la sociedad) modernos.*[390]

[389] Los autores que menciona Monroy son 150. El listado puede verse en el anexo número 3.

[390] Sheridan, Guillermo, «Reaparece una revista», en *Vuelta*, 221, abril de 1995, pp. 58-60. Las cursivas son mías.

«Sorprendentemente informado y documentado», la frase reconoce el «calibre intelectual» de Monroy. Un texto fundamental para entender los elementos de la cruzada antidecadente. Un positivista que en sus escritos conocidos no realizó declaración alguna de fe, pero a la que, con seguridad no permanecía ajeno, ya que su formación académica la realizó en el Seminario Conciliar de Puebla. Añade Sheridan:

> La rica lectura que hace Monroy de Baudelaire y Gautier, de Ruskin y Wilde, de Nietzsche y de Nordau, de Verlaine, de Rimbaud y de Mallarmé *es de una eficiencia crítica que rebasa el partidarismo que podría imaginarse como prejuiciadamente propio de un crítico católico, y resulta uno de los más inteligentes documentos producidos en el México de la época sobre el contacto del modernismo con el simbolismo. Inteligente anti*-Raros*, el ensayo de Monroy agregaría a la polémica de cinco años después una significación que enriquece nuestra percepción, muchas veces inerte, del modernismo* y su transición al posmodernismo en su capítulo mexicano. Como se dijo, ya hay algunos trabajos que han iniciado la tarea de recuperar el episodio; el ensayo de Monroy, y la segunda época de la *Revista Azul*, agregará pertinencia, información y calidad a los que sigan. […] Sería un acto de justicia con la historia de nuestro modernismo, y además, con esta revista que tuvo el raro prestigio de merecer la descalificación general sin haber sido leída.[391]

La observación de Sheridan es justa en cuanto a la valoración del documento de Atenedoro Monroy. Lo cita a partir de su publicación en la segunda época de la *Revista Azul*, y reconoce su antecedente en los Juegos Florales de 1902. Pero es en éstos en donde hay que buscar la motivación de Monroy. Recordemos que el año anterior se habían realizado los Juegos Florales de los estudiantes de Jurisprudencia en la ciudad de México, y que entre los participantes se encontraban algunos de los escritores que habían profesado una convicción decadentista. La mayor parte de ellos habían participado en la *Revista Moderna*. Así que los realizados en Puebla unos meses más tarde fijaban la postura de una provincia castiza y conservadora.

Tres años después de publicada la recensión de Sheridan, en 1998, Jorge Ruedas de la Serna verá salir de la imprenta el libro *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos siglo XIX*, libro del cual es coordinador y que es producto del Seminario de Crítica Literaria de la UNAM. En el primer apartado, llamado significa-

[391] *Ibid*, p. 60.

tivamente «Retórica de la salvación» se incluye un breve ensayo de Leonardo Martínez Carrizales: «Atenedoro Monroy. Preceptiva y política en el fin de siglo XIX».[392]

La preceptiva literaria se refiere al tratado normativo de la poética y la retórica; es decir, las reglas aplicables a la creación literaria que un escritor *debe seguir*. Es su carácter normativo el que le da su especificidad a la preceptiva. Pero las implicaciones del decadentismo, o mejor, del debate al que se emplaza al decadentismo, no son sólo literarias, son también políticas.

Martínez Carrizales advierte con claridad que el ensayo de Monroy encontró un sitio en:

> Una disputa por la conquista de los recursos públicos y los bienes sociales inherentes al ejercicio literario que ha quedado registrada en varios expedientes, según la índole del capital simbólico invertido por los involucrados: católicos *vs.* positivistas más o menos liberales, *castizos vs. modernistas*, tradicionalistas *vs.* cosmopolitas… […] todos ellos reproducen en el terreno de la cultura un modelo social que enfrenta a un poder público de magnitud nacional, centralista autoritario, con otro (o con otros) regional, menos jerarquizado socializado dentro de los límites que le son naturales.[393]

Así, Monroy será un representante de la preceptiva clásica, un partidario del casticismo castellanizante (para recurrir a le expresión usada por Sheridan) que se enfrenta al modernismo. No obstante, Martínez Carrizales destacará que «La obra de Monroy es una de las manifestaciones *más refinadas* […] del sustento doctrinal de todo un campo de la literatura mexicana que […] al caer el siglo XIX, proclamaba su capital cultural.»[394] Si bien polémico, «Valor estético de las obras de la escuela decadentista» es también doctrinal y:

---

[392] En el breve trazo biográfico que Martínez Carrizales hace de Monroy, menciona que éste «Redactó la historia de la Revolución Mexicana en ese estado» (p. 73); sin embargo, pareciera haber un equívoco. La Monografía histórica sobre la génesis de la Revolución en el estado de Puebla fue escrita por otro Atenedoro, pero de apellido Gamez y publicada por vez primera en 1960. Forma parte de la Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. De Atenedoro Gamez no hay más noticia que su libro. La búsqueda de otras referencias u obras del autor ha sido, hasta ahora, infructuosa.

[393] Martínez Carrizales, Leonardo, «Atenedoro Monroy, preceptiva y política», en *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos siglo XIX*, Jorge Ruedas de la Serna, UNAM, México, 1998, p. 75. Las cursivas son mías.

[394] *Ídem*., p. 76. Las cursivas son mías.

> […] forma parte de las estrategias discursivas que ciertos integrantes de la clase letrada pusieron en movimiento a la hora de enfrentarse entre sí; pero también es *un testimonio refinado y bien informado* del patrimonio cultural, específicamente literario, de esta clase. Un patrimonio que se vuelve sobre sí mismo, reflexivo, que norma y confiere un marco al ejercicio literario, y que en el siglo XIX se practicaba regularmente bajo el nombre de poéticas y preceptivas.[395]

En la liza, lo que Monroy hace es un dictamen sobre el valor estético de las obras de los poetas que se agrupan en la *Revista Moderna*, «más adelantados –añade Martínez Carrizales– en cuanto a formulaciones literarias.» Éstos, abiertos a las influencias externas, con fervor cosmopolita, celebraban la obra de autores franceses y son partidarios del Modernismo que tanto Manuel Gutiérrez Nájera como Rubén Darío, José Martí y Julián del Casal habían impulsado. Al igual que Sheridan, quien hablará de un trabajo sorprendentemente informado y documentado, Martínez Carrizales destacará, al menos en dos ocasiones, el trabajo de Monroy como «un testimonio refinado y bien documentado». Añade Martínez Carrizales que el dictamen de Monroy, no obstante ser negativo a los modernistas:

> […] pasa por el estudio y el comentario de las fuentes ideológicas, el origen y el desarrollo, los recursos estilísticos y los propósitos estéticos de lo que hoy llamamos poesía moderna, y que en el entorno del cual venimos tratando se llama decadentismo. [estudio que evidenció] una información no sólo calificada sino actualizada, en el terreno de la poesía moderna, [y] el patrimonio cultural que se ponía en juego en la obra de Monroy.[396]

Monroy conocía «el repertorio expresivo del decadentismo», así como sus postulaciones ideológicas; comprendía «el mecanismo de la sinestesia, el verso monorrimo y los metros muy extensos como la voluntad de expresar algo que está *más allá* de las palabras y que es la llave idealista de la poesía moderna».[397] El ensayo de Atenedoro Monroy, destaca Martínez Carrizales, «es un lúcido alegato que pone en escena […] las preocupaciones morales, ideológicas y filosóficas que animaban una discusión específicamente literaria.»[398]

---

[395] *Ídem*., p. 76. Las cursivas son mías.
[396] *Ídem*., p. 77.
[397] *Ídem*., p. 78. Las cursivas son del autor.
[398] *Ibídem*.

Este «testimonio refinado y bien documentado», al decir de Martínez Carrizales, «sorprendentemente informado y documentado», de acuerdo con Guillermo Sheridan evidencia la cultura de Monroy. Puntualiza Carrizales:

> Estamos ante un hombre formado de acuerdo con las instituciones positivistas de la época y de su región, en posesión de Comte y de Barreda, pero también de Spencer y del evolucionismo, atento al ascenso del prestigio científico de la sociología, de la psicología y de la biología; un hombre que puede discutir el problema de los referentes literarios de las sensaciones en el terreno de la psiquiatría En fin, lejos de ser un católico encerrado en el claustro regional de la ignorancia y el resentimiento (una de las caricaturas con las que sus adversarios han querido descalificarlos), Atenedoro Monroy y quienes distinguieron su obra en los juegos florales de 1902 son parte de una de las formaciones culturales más sólidas México en el siglo XIX. [399]

Tanto Monroy como los integrantes del jurado –Rafael Serrano, Manuel Lobato, y Felipe T. Contreras, de quienes ya hemos hablado en líneas anteriores– formaban parte del «solar» educativo poblano. Provenían del Colegio del Estado, el Seminario Conciliar Palafoxiano, y la Escuela Normal del Estado, sólidas instituciones educativas. «[…] un claustro de varones de señalada virtud cívica, educadores de la juventud, paradigmas de sus conciudadanos, *cultos y refinados* por el trabajo de muchas generaciones que se suceden en Puebla…»[400] Una «cultura de resistencia», como le llama Martínez Carrizales, que se gestó y consolidó al margen del modernismo metropolitano al cual combatieron con denuedo.

Victoriano Salado Álvarez, un combate añejo

Fue en las páginas de *El Imparcial* o *El Mundo* donde Victoriano Salado Álvarez encontró la convocatoria a los Juegos Florales de los estudiantes del Colegio del Estado. Debió pensar que la convocatoria, de alguna manera, le estaba dirigida. En *De mi cosecha. Estudios de crítica,* que fue publicado en Guadalajara en 1899*,* había tratado dos de los temas que la convocatoria ponía en liza: novela y poesía. Ya hemos hablado de su triunfo en el tema de la «Influencia moral y social de la lectura de novelas en la juventud». Tratemos ahora su opinión sobre el Modernismo y, en parti-

[399] *Ibídem*.
[400] *Ídem*, p. 79 Las cursivas son mías.

cular, el Decadentismo. Salado Álvarez debió pensar que su libro era más oportuno que nunca y que sus reflexiones continuaban más que vigentes. Tenía otra oportunidad para sistematizar las opiniones vertidas años atrás en la prensa.

En *De mi cosecha*, en el apartado «Los modernistas mexicanos (polémica)» recoge cartas enviadas a Francisco M. de Olaguibel a propósito de su libro recientemente publicado *Oro y negro*; a Jesús Valenzuela –editor de la *Revista Moderna*, la casa de los decadentistas–; y Amado Nervo, amén de un texto crítico dedicado a *Místicas*, obra que Nervo había publicado en 1898.

En carta enviada a Olaguibel fustiga a los decadentistas y le recomienda volver a la senda del buen camino:

> Pertenece usted a la escuela que bajo el calificativo de decadentista encierra en su seno a otra multitud de sectas y doctrinas brotadas de ese gran semillero de ideas que se llama París.
>
> […]
>
> Ustedes, los mexicanos «modernistas», (creo que esa es la palabra) sin tener en cuenta cosas tan sencillas, se dan a imitar frases, dicción, metro e ideas de los poetas franceses novísimos, y *consiguen no sólo que el gran público no las entienda, sino que la pequeña minoría que lee, los moteje de no comprender su época*.
>
> Es decir, que obran ustedes a la manera de las niñas de las escuelas, que reciben de París el cañamazo, el estambre con que han de bordarlo y el dibujo que han de reproducir, y cuya tarea se reduce a saber cuántos puntos han de llenar para obtener *un pájaro estrambótico* o *una flor apelmazada*.[401]

Salado Álvarez, de entonces 30 años, concluía su carta urgiendo a Francisco M. de Olaguíbel, de apenas 23 años –luego de destacar que era un hombre de «talento clarísimo»– que podía «no sólo puede convertirse a la verdad, sino convertir a otros que como Nervo, Tablada, Couto y Ceballos gimen en las tinieblas del error […] Mientras usted y ellos *encuentran el camino de Damasco*, me repito su amigo que lo admira.[402]

---

[401] Salado Álvarez, Victoriano, *De mi cosecha*, *estudios de crítica*, Imp. de Ancira y Hno. A. Ochoa, Guadalajara, México, 1899, pp. 2, 4-5. La carta fue publicada originalmente en *El Mundo* el 29 de diciembre de 1897 y se incluiría en el libro anteriormente mencionado dos años después. Tanto Salado Álvarez como Atenedoro Monroy referirán decadentismo y modernismo como sinónimos. Las cursivas son mías.

[402] *Ídem*, p. 11. Las cursivas son mías.

En 1902, al expresar su opinión, señalaba que el tema propuesto por el jurado requería, más que una simple disertación, un libro completo (lo que la postre resultaría profético). Pero ello no impedía el que manifestara sus observaciones ante el controvertido punto del valor estético del Decadentismo. Pese a los diferentes nombres con los que se le calificaba, los decadentistas tenían en común: «Las *alteraciones de vocabulario*, las *sutilezas de la palabra*, el *estilo ininteligible*, la *lengua erizada de neologismos* y la *dicción atormentada y violenta*».[403] Estrambótica, en suma.

En tanto que para Teófilo Gautier:

> Lo que se llama estilo de decadencia es el arte en ese estado de madurez propio y característico de las civilizaciones decrépitas: estilo exquisito, complicado, sabio, preñado de matices y de refinamientos, que extiende sin cesar los límites de expresión, buscando a la vez palabras en todos los vocabularios técnicos, colores en todas las paletas y notas en todos los instrumentos, esforzándose por expresar, del pensamiento lo más hondo e inefable, y de la forma lo más vago e impreciso…[404]

Para Salado Álvarez, en el ánimo de los Decadentistas:

> Si se trata de música, prefieren la lánguida y acariciadora; si de pintura, la que abandona el dibujo para buscar el color, y de éste busca el matiz que se escapa a los ojos poco ejercitados; si de muebles, los estilos olvidados, extravagantes o exóticos; si de la belleza femenina, la precocidad y flacura macabras, o la belleza incapaz de apreciarse por los contemporáneos […] amando mujeres de castas negra o amarilla, o buscando las que tengan «el cuerpo maduro por el sabio amor» o que «ya no sean tan jóvenes».[405]

En tanto que Gautier precisa algunas de las características del decadentismo, Salado Álvarez traza lo que seduce a los decadentistas. Y si una sociedad llega a ese estadio, el de las «civilizaciones decrépitas», «resulta alarmante», señala. En ese organismo que es la sociedad, «cuando miembros, funciones y relaciones pretenden tener absoluta independencia y vivir por sí, sin intervención de las otras partes, viene la anarquía, la disolución, y en fin, la *decadencia*».[406] En el desarrollo de su argumen-

[403] *Los Juegos Florales…*, p. 280. Las cursivas son mías.
[404] *Ídem*. Citado por Salado Álvarez.
[405] *Los Juegos Florales…*, p. 281
[406] *Ídem*, p. 282.

tación, Salado Álvarez referirá lo mismo a la Roma antigua, que a la España de los siglos XVI y XVII. Del estudio de ambas sociedades concluirá que a la decadencia política le acompaña una decadencia en el arte. Lo que sucederá de igual manera con la Francia del siglo XVIII. Al Romanticismo le habían seguido corrientes artísticas que se sucedían de una manera natural entre sí: al Romanticismo había seguido el Naturalismo, a éste el Realismo. Con la derrota que Francia sufriera en 1870 frente a Prusia, la filosofía alemana, «y un vago y enervante perfume de melancolía y tristeza diluido en la atmósfera, hicieron que brotara la escuela decadente con fuerza y pujanza que nadie habría imaginado».[407] Baudelaire aparecía en escena y a partir de su obra, plenamente moderna, corrientes como el Simbolismo, el Parnasianismo, el Decadentismo y el Modernismo. Así, concluirá que:

> El valor estético de las literaturas decadentes despende del estado de ánimo de quien las aprecie y las juzgue. Los paladares extraviados, los entendimientos complicados, los gustos arcanos y refinados, las gentes […] *desean tener un deseo*, buscan siempre lo anormal, lo raro, lo exótico, lo que no ha sido saboreado por nadie.[408]

Para Salado Álvarez las características de aquellas sociedades que han alcanzado ese grado de madurez son, a un tiempo, auténticas e inimitables. Y en ese fin de siglo, tanto en México como en otros países de la América española, «han brotado numerosísimos poetas decadentistas» quienes, al igual que sus pares en Francia, consideran *Las flores del mal* como su Biblia, y…

> Dado el carácter de nuestros snobs, nada más natural que se prendaran de ese género desenfadado de poesía. ¡Qué placer más grande que pasar por *enfants terribles*, por hombres corridos y pervertidos que no retrocedían ni ante el mismo demonio, y que hasta lo tomaban por valedor y aliado! ¡Qué satisfacción la de meter en un puño el corazón de cada burgués, demostrándole que había arrestos, perversión y maldad mayores que en su alma mísera, en el alma del guapo modernista que se burlaba de todo! ¡Qué alegría la de convertirse en diablo, en Satanás Trimegisto y en «arrancar a los demonios el secreto de la noche!»[409]

[407] *Ídem*, p. 285.
[408] *Ídem*, p. 286. Cursivas en el original.
[409] *Ídem*, p. 292.

Los imitadores mexicanos no serían sino una chiquillería cómico-literaria que se restringía a imitar a Francia. Aquellas ideas «son para los países latinos como un zodiaco de dioses sin venganza y sin infiernos, todos ellos ternura, gracia, sensibilidad, elocuencia y grandeza.»[410]

Si alguna originalidad tenía la obra de los poetas Rubén Darío, José Juan Tablada, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, a éstos los había seguido una «caterva de imitadores». Pero si aquellos merecían admiración por su talento, «no son acreedores a indulgencia ninguna como jefes de escuela y corruptores de una juventud capaz de cosas mejores».[411] Añadirá Salado Álvarez:

> El poeta, cualquiera que sea su escuela y su credo, vierte ideas, externa conceptos que tiene por fin excitar el entendimiento, convencerlo, persuadirlo o llevarlo a cualquier extremo. Por eso, aunque los decadentistas no lo quieran, hacen propaganda, propaganda que no sólo se traduce en malos versos o en prosa detestable, sino también en actos como los que predican.[412]

El jalisciense dirá que: «Hemos sido culteranos, neoclásicos, zorrilistas, garciagutierristas, victorhuguianos, campoamorianos, becquerianos, realistas y decadentistas. ¿Cuándo seremos mejicanos?».[413] Algún día, del abrazo entre la inspiración y la belleza, brotará el arte patrio, finaliza.

Manuel Romero Ibáñez: «La obra de la decadencia es efímera»

No hay referencias que nos permitan averiguar sobre el fecha y lugar de nacimiento, su formación o profesión. Manuel Romero Ibáñez es apenas su propio texto.[414] Allí habría que escudriñar para intentar una aproximación no tanto a su persona como a sus ideas. Figurar al lado de Atenedoro Monroy y Victoriano Salado Álvarez no resultaba cosa menor. Al otorgarle una mención honorífica, el jurado consideraba que algo valioso aportaba a la reflexión del tema.

---

[410] *Ídem*, p. 293.

[411] *Ídem*, p. 294.

[412] *Ídem*, p. 297.

[413] *Ídem*, pp. 299-300.

[414] Otro texto de Manuel Romero Ibáñez es el «Epílogo» al libro *Emiliano Zapata. El problema Agrario en la República Mexicana*. *El sistema Sala y El Plan de Ayala*, de Atenor Sala, de 1919, publicado por la Imprenta Franco-Mexicana. Fuera del que presentó en los Juegos Florales y del aquí señalado, no he logrado ubicar algo más de su autoría. En el Epílogo no oculta su reprobación al zapatismo en tanto que como movimiento agrario no logró, según Romero Ibáñez, sus cometidos.

Romero Ibáñez es un personaje escurridizo. Si hubiese sido egresado del colegio de Estado, debería aparecer en el trabajo de Beatriz Morales Guillén.[415] En las obras de Joaquín Márquez Montiel, *Hombres célebres de Puebla* (1952), y *Analecta de cien poetas de Puebla* (1959); el *Diccionario Biográfico de Puebla* (1972), de Enrique Cordero y Torres; así como *Biobibliografía de los escritores de Puebla y Tlaxcala* (2009), de Ernesto de la Torre Villar no aparece registro alguno. No figura en ninguno de los índices de la *Revista Azul*, la *Revista Moderna*, o la *Revista Moderna de México*. De ello podemos colegir que no siguió carrera literaria alguna.

Manuel Romero Ibáñez aparece mencionado en la obra de Conrado Gilberto Cabrera Quintero, *La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*.[416] Aparece también en un ensayo de Jorge Olivares sobre la recepción del decadentismo en Hispanoamérica publicado en 1980; allí, Olivares se refiere al texto de Romero en apenas un par de líneas: «La denuncia de sinestesia de Manuel Romero Ibáñez es un eco de la del austriaco: el querer concentrar en un solo órgano las funciones de varios constituye un retroceso que desnaturaliza el lenguaje.»[417] Olivares no menciona el trabajo de Monroy pero sí el de Salado Álvarez. ¿El ensayo de Romero Ibáñez, al igual que el de Atenedoro Monroy, fue publicado de manera independiente? Si así fue, su trabajo fue una botella lanzada al mar que llegó, andando el tiempo, a manos de Olivares.

Para Manuel Romero Ibáñez nuestra literatura, una adolescente ingenua, cándida y sana, aún no sale de la patria potestad; cuando sus padres la engendraron, tenían morigeradas costumbres y cerebro equilibrado; más tarde dio el padre en la funesta manía de intoxicarse con la serie interminable de venenos cerebrales, alcoholoides y alcaloides, cuyo es el origen de la aguda neurosis que padece, complicada de diversas formas de locura; en cuanto a la madre, víctima de cruentas e inmerecidas desgracias, los dolores morales dieron a sus bellísimas formas la rigidez y sequedad de expresión que lamentamos.[418]

---

[415] El trabajo de Beatriz Morales Guillén llevó por título «Catalogación de títulos profesionales. Archivo General del Estado de Puebla, Sección de Títulos Profesionales, 1879-1919» con el que obtuvo el título de Licenciada en Historia en el 2003 en la Facultad de filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

[416] En una nota a pie de página y haciendo referencia al ensayo presentado en 1902. El libro es de 2005 y fue publicado por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

[417] Olivares, Jorge. «La Recepción Del Decadentismo En Hispanoamérica.» *Hispanic Review*, vol. 48, no. 1, University of Pennsylvania Press, 1980, pp. 57–76, https://doi.org/10.2307/472490.

[418] *Los Juegos florales*… p. 304.

Añade: «En achaques de Gay saber, aun somos esclavos de la madre Europa, ligados a ella con dobles y recias cadenas del idioma y de la instrucción puramente francesa que recibimos y que modela indeleblemente nuestros intelectos.»[419]

México –señala Romero Ibáñez– había alcanzado la autonomía política (que no independencia) pero –pese a los trabajos de las generaciones agrupadas en la Academia de Letrán o en *El Renacimiento*–, la autonomía (que no independencia, habría que recalcar) intelectual resultaba una utopía. Devoto spenceriano, lector de Darwin, fervoroso creyente, frente al Decadentismo sostenía que «el ideal armónico de la Creación, es el secreto de Dios». Decadencia no significaba otra cosa sino ir a menos, perder «la mayor parte de las condiciones que constituían su bondad, importancia o valor».

Para dilucidar el tema, Romero Ibáñez se ve en la necesidad de hacer un recuento histórico y de situarse, geográficamente, en Francia, puesto que de allí proceden las influencias que en el fin de siglo se manifiestan en México. Diestro en el manejo de la historia de la literatura española, lo mismo que de la francesa, va del clasicismo al romanticismo; de Chateaubriand y Byron a Núñez de Arce, Víctor Hugo, Lamartine y Musset. De Zorrilla a Bécquer y de éste a Campoamor. Si el Clasicismo fue incapaz de mostrar las características de las sociedades y de los hombres que se transformaban. El Romanticismo vino a suplir esa ausencia, pero el querer perpetuarse de la pasión antes que la razón devino en esa decadencia.

No es menor su conocimiento de la literatura nacional. La cercanía que los escritores y poetas tiene con el pueblo los hace objeto de reverencia. Evoca a Guillermo Prieto, «el ídolo del pueblo»; a Ignacio Manuel Altamirano, «el gran sol»; a Manuel M. Flores, quien «hacía vibrar a la Juventud»; a Acuña, «continuador de Espronceda»; a Justo Sierra, «el león [que] no puede imitar el balido de la oveja», alguno de ellos, a decir de Romero Ibáñez, han recurrido con éxito a la forma naturalista.

Si el decadentismo mexicano tiene una genealogía, ésta, en principio, habría que buscarla en sus iniciadores en Francia. «El valor estético de las obras de la hija degenerada del romanticismo», como le llama no sin ironía Romero Ibáñez, inicia con Teófilo Gautier y su obra *Esmaltes y Camafeos*. A éste le seguirá Leconte de Lisle y luego Baudelaire, quien «se fingió poseído, representó el papel de un demoniaco, y se consagró a cantar la belleza del mal.»[420] Teodoro de Banville será el último de estos «evangelistas», quien creará «fantásticos ritmos y verdaderos bailables

[419] *Ibídem*.
[420] *Ídem*, p. 317.

de palabras», combinaciones sonoras que, «mientras más huecas, mejores». Son, a juicio de Romero Ibáñez, los cuatro iniciadores de la decadencia. Vendría después *El parnaso contemporáneo* con Catulle Mèndes a la cabeza. Verlaine, Leconte de Lisle, Heredia se encuentran entre sus integrantes. Éstos: «Sintiéndose rodeados de indiferencia y próximos al ridículo, encerráronse en la famosa torre de marfil, clausuraron puertas y ventanas, tapáronse los oídos, y se entregaron a la contemplación recíproca y devota de sí mismos».[421] A ellos seguirá Mallarmé. Lo mismo, cenáculo de autoelogios, harán los decadentistas mexicanos que creían «estar en París».

Para Romero, prosa y poesía en México marchan a destiempo. La primera no sale de su periodo romántico, pero reconoce los aportes modernistas de Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, y de Luis G. Urbina. En cuanto a prosa, señala, no se tiene obras de la talla de Zola ni de Pérez Galdós, pero son «grandes esperanzas» Rafael Delgado, José López Portillo y Rojas, Salado Álvarez, Emilio Rabasa, y Ángel de Campo. El cuento corto ha perdido la influencia del realismo y comienza a manifestarse la del decadentismo.

Romero apunta que el Decadentismo no es una es una escuela, apenas una moda que pasará: «La obra de la decadencia es efímera», concluye. Obra ecléctica de gran porvenir era la que escribía el malogrado Couto en *Asfodelos*. Pero los excesos de la vida bohemia habían terminado con él.

[421] *Ídem*, p. 319.

Tabla 3
Juegos florales de los Estudiantes del Colegio del Estado de Puebla
(31 de octubre de 1902)
Jurado**:** Manuel Lobato, Rafael Serrano, Felipe T. Contreras
Convocantes: Agustín Cruz y Celis, Juan Quintana, Francisco L. Casian,
Agustín Galindo, y Rafael Cabrera.
Mantenedor: Ernesto Solís

Tema	Premia	Composición	Autor
«Poesía Lírica»	Mucio Martínez Gobernador	«El sueño»	Miguel Bolaños Cacho (33) (1869-1928
		«La Trova de Aymerich»	Alfredo Fenochio (33) (1869-1934)
		«Fiesta de Amor»	Alfonso Cravioto (18) (1884-1955)
		«Estrellas Errantes»	Esther Fuentes (39) (1865-1945)
		«Ojos Negros»	Rafael Cabrera (18) (1884-1943)
		«El poeta»	Alejandro Quijano (19) (1883-195)
		«Surgite»	Federico Escobedo (28) (1874-1949)
«Canto al Trabajo»	Ayuntamiento de la ciudad de Puebla	Desierto	
«Influencia Moral y Social de la lectura de novelas en la juventud»	Colonia Alemana de Puebla	«Influencia Moral y Social de la lectura de novelas en la juventud»	Victoriano Salado Álvarez (53) (1849-1926
		«Influencia Moral y Social de la lectura de novelas en la juventud»	Rafael de Zayas Enríquez (54) (1848-1932)
		«Influencia Moral y Social de la lectura de novelas en la juventud»	Manuel H. San Juan (38) (1864-1917)
		«Influencia Moral y Social de la lectura de novelas en la juventud»	Octavio Guzmán (21) (1881-1963)

Fuente: elaboración propia.

Tabla 3
(Continúa)
Juegos florales de los Estudiantes del Colegio del Estado de Puebla
(31 de octubre de 1902)
Jurado**:** Manuel Lobato, Rafael Serrano, Felipe T. Contreras
Convocantes: Agustín Cruz y Celis, Juan Quintana, Francisco L. Casian,
Agustín Galindo, y Rafael Cabrera.
Mantenedor: Ernesto Solís

Tema	Premia	Composición	Autor
«Importancia del feminismo en México»	Colonia Española de Puebla	«Importancia del feminismo en México»	Leonardo S. Viramontes (¿-1931)
		«Importancia del feminismo en México»	Julio Poulat (¿?)
		«Importancia del feminismo en México»	Juan Palacios (21) (1881-1953)
		«Importancia del feminismo en México»	Manuel H. Herrero (33) (1865 - ¿?)
«Valor Estético de las obras de la Escuela Decadentista»	La colonia francesa de Puebla	«Valor Estético de las obras de la Escuela Decadentista»	Atenedoro Monroy (37) (1865-1952)
		«Valor Estético de las obras de la Escuela Decadentista»	Victoriano Salado Álvarez (35) (1867-1921)
		«Valor Estético de las obras de la Escuela Decadentista»	Manuel Romero Ibáñez (¿?)

Fuente: elaboración propia.

Capítulo VI

La lectura, ese arte

El colegio Carolino

Las instalaciones del Colegio del Estado, el edificio Carolino,[422] son tan imponentes como bellas. Es un complejo arquitectónico de finales del siglo XVI que, con la Iglesia del Espíritu Santo –ubicada en la esquina norte y poniente–, ocupa una cuadra. Los dos primeros cuerpos del complejo están conformados por dos plantas. La entrada principal está de cara al poniente, al igual que la de la iglesia. Al ingresar se advierte una escalera monumental flanqueada por dos leones tallados en piedra. Luego de llegar al descanso, la escalera se bifurca y se puede continuar subiendo por cualquiera de sus brazos. La ubicada al oriente nos lleva al Paraninfo. Allí, al centro y pegada al muro, se encuentra la monumental cátedra bellamente labrada. Sitial que pone en alto al orador. En torno del salón, la sillería adosada a la pared. Si estando abajo se decide continuar por el costado derecho, encontramos un pasillo que nos lleva al primer patio. Las arcadas flanquean una fuente al centro; en lo alto, al norte, un reloj de sol registra el paso de las horas. Al salir de este patio y continuar hacia el oriente se llega al segundo patio. Al centro otra fuente, en el costado sur una estatua

---

[422] El Colegio de Espíritu Santo, o edificio Carolino como se le conoce, está ubicado a escasos cien metros de la Plaza de Armas –flanqueada por el Palacio Municipal al norte y la Catedral, con la casa del prelado, al sur–. Inevitable pensar en Ángel Rama y su *La ciudad letrada*, en esa disposición de damero y su diseño a «cordel y regla» que establece un orden. En esa disposición urbana se encuentran los poderes civil y eclesiástico, a cien metros, el de los letrados. El sueño de Julián de Garcés, fue un sueño de orden, de un espacio urbano que «asegure y conserve la forma social». Antes de que la ciudad existiera, ya estaba estatuido ese orden. En el centro, la ciudad de los españoles. Los indios, sus constructores, vivían al oriente, al otro lado del río, en el barrio de Analco, y al poniente en el barrio de San Agustín. Iglesias de francisanos y agustinos, espectivamente, se encargaban de su alma, de sus sacramentos, de la cuna a la tumba. Al norte de la ciudad española, en el barrio de San José, también se les registraba. Los jesuitas, últimos en llegar a la Nueva España, educadores de la élite criolla, estaban cercanos a los centros de poder. Esa disposición –Estado, Iglesia, Saberes– se ha mantenido a lo largo del tiempo. En ese final de siglo XIX, y en años posteriores, el Colegio del Estado ha sido el lugar en el cual se forman profesionistas de la administración pública no sólo de Puebla, sino de lugares aledaños.

que representa a un Melchor de Covarrubias pensativo, lo que nos recuerda al benefactor de esta institución de origen jesuita. Esa «internacional» que encabezaba la lucha contra la Contrarreforma.[423] Camino al tercer patio, en el pasillo, otra escalera nos sale al encuentro. Si se sube por ella se llega al salón Barroco. Allí los muros hablan. Sus tres bóvedas están divididas por cenefas. La ornamentación es de pinjantes de diferente diseño; de los brazos de los ángeles surgen hojarascas, duraznos, uvas, granadas. La yesería impresiona a la vista por su riqueza y armonía de formas. La sillería, tallada y también adosada a los muros, completa el cuadro. Si no se sube y se continúa por el pasillo, encontramos dos puertas en el costado izquierdo. La primera de ellas comunica con la biblioteca Lafragua, cuyos muros están tapizados de estantería de madera, mesas de trabajo y sillas en torno de éstas; se respira un ambiente de recogimiento, una invitación a estudiar, a concentrarse. La segunda puerta nos lleva a un patio más pequeño que, a su vez, comunica con el gimnasio. Su piso es de duela, los muros están recubiertos de madera y su techo es alto. Las voces de quienes practicaban, a finales del siglo XIX, la esgrima del sable o del florete resonaban en ecos de diferentes registros. En el patio aledaño, los alumnos practicaban tres horas a la semana el manejo del fusil, esgrima de bayoneta, y el manejo de la carabina.[424] Al tercer patio se llega por el mismo pasillo. Es la única parte del edificio que tiene tres niveles. En la parte central, que es más baja que el resto de los dos pisos del edificio, están las llamadas catacumbas, el lugar en donde los alumnos internos tenían sus habitaciones. En el techo de esta parte oriental del edificio se encuentra el observatorio, uno de los más avanzados de su tiempo. Aulas y gabinetes se encontraban en esta parte del Carolino.

Pero esa noche que ya finalizaba, la del 31 de octubre de 1902, los integrantes del claustro Carolino se encontraban en el Teatro Guerrero. Todavía el ambiente era de fiesta. El ir y venir por los pasillos de la sala, los murmullos de los asistentes, las exclamaciones de júbilo al saber el nombre de los triunfadores. Una de las cosas que

[423] Pacheco, José Emilio, «La patria perdida (Notas sobre Clavijero y la Cultura Nacional), véase *En torno a la cultura nacional*, Héctor Aguilar Camín *et al*, INI y SEP, México, 1976, p. 27. Escribe José Emilio: «La Compañía de Jesús era una 'internacional extendida en tres continentes y formada por miembros de todos los países y las colonias americanas». Y, al final de su ensayo, en la página 45: «[…] en la prosa de Francisco Javier Clavijero, el lenguaje de la dominación comenzó a transformarse en el lenguaje de la liberación».

[424] En 1901, el 8 de febrero, la secretaría de Guerra y Marina había hecho llegar un comunicado al Colegio del Estado en el cual indicaba que «en caso de peligro de la patria, con motivo de guerra extranjera, [es necesario que los alumnos] puedan prestar sus servicios con el carácter de oficiales y no como simples soldados». Ya desde 1898 los alumnos, además de cursar sus respectivas materias, se ejercitaban en el manejo de armas. Para abril de 1901 ya se contaba con oficiales reservistas del 3°, 4°, 5° y 6° año.

enorgullecía a los integrantes del jurado calificador –Felipe T. Contreras, J. Manuel Lobato y Rafael Serrano–, era la respuesta que había recibido la convocatoria. De diversos puntos de la república había llegado más de un centenar de trabajos, lo que significaba una «entusiástica resonancia» y un «buen éxito». En su informe, el jurado hacía votos para que esos juegos florales anunciaran «una nueva aurora para las letras patrias, las cuales [señalaron] han estado durante un buen número de años bajo el influjo de circunstancias que parecen haber determinado su pasajera *decadencia*».[425] Y esa *decadencia* había sido abordada, magistralmente, por uno de sus coterráneos, Atenedoro Monroy.

Monroy no había estudiado en el Colegio del Estado, lo había hecho en el Seminario Palafoxiano, pero los integrantes del jurado, al menos dos de ellos, sí. Las lecturas en su formación secundaria habían determinado su concepción de la poesía y de la novela. En 1891, Emilio Álvarez, profesor del Colegio, enunciaba el plan de estudios para la escuela secundaria, que se cubría en seis años. En éste, además de las materias como Historia, Geografía, Algebra, Geometría, etc., se contemplaban seis cursos de lenguaje y gramática castellana, uno por año. Durante tres, estudiaban latín y griego; un año cursaban francés, dos estudiaban alemán, dos de inglés y dos de alemán. En todos ellos, además de la lengua y la gramática, se profundizaba en la literatura. De tal suerte que, al final, cuando estaban por iniciar sus estudios profesionales, su conocimiento de idiomas y literaturas extranjeras no era poco.

La directiva del Colegio estaba orgullosa de sus planes de estudio tanto secundarios como profesionales. Elaboró un documento en forma de desplegado en el cual mostraba las carreras que ofrecía y lo hizo llegar, el 15 de julio de 1896, en la ciudad, a los directores de la Escuela Normal de Profesores y Profesoras, de la Escuela de Artes y Oficios, de la Escuela Metodista, del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, y a la Biblioteca Pública. Lo envió, además, a instituciones de educación de la Ciudad de México. Y más todavía. Ejemplares de este cartel informativo fueron enviados a instituciones educativas de Cuba, Uruguay, Washington, Toronto, Suecia, Rusia, Holanda, India, Alemania, Rumanía, El Cairo, Australia e Italia. En las fojas estudiadas[426] se da cuenta del envío y la recepción de los documentos. Era un colegio orgulloso de sí.

---

[425] *Los Juegos Florales de Puebla...*, pp. 17-18. La cursiva es mía.

[426] Adquisición 312, Ubicación 51020502/29, fojas 10-15, «Programas de enseñanza del Colegio del Estado, 1892-1902», Archivo Histórico Universitario.

Fidelidad a la tradición

Dos eran libros para los cursos que los jóvenes estudiantes recibían de lenguaje y gramática castellana: el primero de ellos el *Compendio del Arte Poética* de Manuel Milá y Fontanals, publicado en 1844 en Barcelona; y el segundo *Retórica y Poética o Literatura preceptiva*, de Narciso Campillo y Correa, publicado en Madrid en el año de 1872.[427]

Milá y Fontanals nació en 1818. Estudió Derecho y Filosofía y fue profesor de Estética e Historia de la literatura general y española en la Universidad de Barcelona. El conocimiento de la literatura grecolatina, que él recomendaba, no le impidió abrazar el Romanticismo. Tenía 26 años cuando su *Compendio*[428] fue publicado.

En los Artículos que desarrolla, y a través de preguntas y respuestas, establece una preceptiva. En lo que se refiere a la poesía, Milá y Fontanals señala:

> P. ¿Es provechosa la poesía?
> R. Sin duda alguna, si se considera, cual considerarse debe, como un *ejercicio de las más nobles facultades del alma y como un medio para mejorar a los hombres*. [Añade] Algunos han tomado la poesía por negocio de puro solaz y pasatiempo, por un juguete bueno para ocupar las horas de ocio, o una especie de receta para alejar el fastidio. Otros se propusieron realzarla considerándola como una hermosa corteza a propósito para cubrir verdades útiles, como un velo agradable tendido sobre las sentencias morales. Unos y otros erraron: la poesía tiene un valor real y propio, que consiste en elevar el alma a las regiones de lo bello, ennoblecer sus afecciones, cultivar sus inclinaciones derechas y disponerla a la gracia y elegancia moral. De este modo y no ocultando mañosamente verdades positivas, no hacinando máximas morales y aforismos dogmáticos *obra eficazmente la poesía para adoctrinar y mejorar a los hombres.* Aun mayor poder e influjo que el que cabe sobre los individuos alcanza sobre las naciones, cuyos innumerables miem-

[427] Adquisición 312, Ubicación 51020502/29, fojas 27-31, «Programas de enseñanza del Colegio del Estado, 1892-1902», Archivo Histórico Universitario.

[428] El Compendio, que no incluye un índice, apunta los siguientes temas a tratar: I. Poética general. Artículo primero: preliminares ¿Qué es poesía? Artículo segundo: Relaciones mutuas de las bellas artes; Artículo tercero: II. Elocución poética. Arte Métrica, Artículo primero: Estructura del Verso; Artículo segundo: De los metros; Artículo tercero: Lectura de los versos. III. Poética particular. Poemas menores. Artículo primero: poesía lírica. Artículo segundo: Poesía bucólica o pastoral; Artículo tercero: poesía didáctica o doctrinal. IV. Poesía épica o narrativa. Artículo primero. Epopopeya o poema épico; Artículo segundo: Novela. Artículo tercero: De los romances. V. Poesía dramática o activa. Artículo primero: De la poesía dramática en general; Artículo segundo: De las dos escuelas dramáticas. He incluido el número romano y las cursivas para destacar mejor los apartados.

> bros hermana difundiendo afectos semejantes; conserva en ellas el sagrado depósito de la tradición, y con el recuerdo de costumbres y épocas gloriosas puede ser parte a alzarlas de un abatimiento momentáneo y vergonzosa postración.[429]

Ejercicio de las nobles facultades del alma, para elevarla a lo bello, medio para mejorar a los hombres cultivando sus inclinaciones «derechas» y disponerla a la gracia y elegancia moral. La poesía mejora y *adoctrina* a los hombres. Es edificante. En cuanto a la novela, escribió:

> P. ¿Cuáles son los requisitos de la novela?
> R. Con tal que logre interesar o que no sea pesada ni trivial, que presente un cuadro vivo y animado de la naturaleza (la que se aviene a ser mirada con los ojos particulares de cada buen escritor), *con tal que respete las reglas universales de la moral y del buen gusto*, puede el novelista escribir en prosa o en verso… […] Aunque sobran novelas triviales y despreciables, *el género en sí es uno de los medios más aptos para comunicar la instrucción*, dar a conocer las costumbres de los diferentes países, comunicar ciertos conocimientos de la inclinaciones y flaquezas humanas sin las costosas lecciones de la experiencia, *mostrar los males que llevan consigo nuestras pasiones, hacer amable la virtud y odioso el vicio*.[430]

Así, si la poesía estaba encargada de elevar el espíritu de los hombres al ideal de la belleza, la novela debía respetar la moral y el buen gusto, «*hacer amable la virtud y odioso el vicio*».

Retórica y poética o Literatura preceptiva consta de 41 lecciones. Son más de 350 páginas y las materias que abarca van desde la definición de lo que es Literatura hasta un análisis exhaustivo de la poesía. En el inter se habla de la belleza, el genio, el gusto, la elegancia del lenguaje y, de manera amplia, de otras materias más. Narciso Campillo y Correa nació en Sevilla en 1835. Cuando tenía 19 años, partió en compañía de su amigo de la infancia, Gustavo Adolfo Becker, que era un año menor que él, camino a Madrid en busca de fortuna. La suerte no sonrió al futuro preceptista. Enfermó de viruela y tuvo que regresar a la casa materna. Los amigos hubieron de separarse para reencontrarse 15 años después, en 1869. Estando en Sevilla inició cursos de Filosofía y Letras y algunos cursos de Derecho. Ganaría, una cátedra de

[429] Milá y Fontanals, *Compendio del Arte Poética*, pp. 9-10, Barcelona, 1844. Las cursivas son mías.
[430] *Ídem*., pp. 105-106.

Retórica, Poética, y Autores clásicos y sería destinado al Instituto de Cádiz. Al cumplir los 35 años cerraba la presentación de su *Retórica* para darla a conocer al público. Preocupado por la influencia de las letras francesas, en la introducción de su libro, Campillo señala que uno de sus objetivos es: «Cuidar de la claridad y corrección del lenguaje y de la conveniente limpieza del estilo. *Vergonzoso es ver plagada de galicismos* y de faltas gramaticales cualquier obra literaria; mucho más si pretende enseñar á otros la mejor manera de expresarse».[431] Y define a la literatura como: «[…] el conjunto de las obras literarias producidas en cualquier lugar y tiempo, las leyes ó reglas á que están subordinadas, y las bases filosóficas sobre que tales reglas se fundan.» [432] La literatura, añade:

> […] nos hace en cierto modo contemporáneos de todos los siglos y ciudadanos de todos los pueblos; ella, con más exactitud y colorido que la misma historia, nos pone a la vista como un vasto panorama el espectáculo siempre instructivo de los intereses, pasiones, costumbres, creencias que han impreso a cada edad fisonomía y sellos distintivos e indelebles… […] Bajo el aspecto puramente moral no es menor la importancia de la literatura. Su estudio y ejercicio […] realza la juventud… […] *Atempera y dirige hacia el bien el excesivo fuego y el ímpetu de las pasiones*, mostrándonos ya en la novela, ya en la historia, el drama o la tragedia *hasta dónde puede llegar el extravío de la voluntad y los afectos cuando no cuidamos de sujetarlos al freno prudente de la razón*.[433]

Atemperar pasiones y encaminarlas al bien. En su lección XXVIII define lo que es la novela y sus variantes (caballerescas, heroica, pastoril, de costumbres, histórica). Para Campillo y Correa la «Novela es la narración ordenada y completa de sucesos ficticios, pero verosímiles, dirigida a deleitar por medio de la belleza.» Así, su aspiración es el «recreo del espíritu». Añade, antes de destacar las características de cada una de sus variantes:

> Mucho se ha declamado contra la novela, *suponiéndola corruptora* en sí, además

[431] Campillo y Correa, Narciso, *Retórica y Poética o Literatura Preceptiva*, Madrid, 1872, p., VII. Las cursivas son mías. El PDF de la obra puede obtenerse de la Biblioteca Nacional de España. La Revista de Estudios Filológicos subió una trascripción de la obra. La dirección es la siguiente: https://www.um.es/tonosdigital/znum30/secciones/corpora-1-literatura_preceptiva_(narciso_campillo).htm. Consultado el 28 de febrero de 2022.

[432] *Ídem*, p. 1.

[433] *Ídem*., pp.4-5. Las cursivas son mías.

> *de sumamente dañosa para la juventud*; mientras otros pretenden hacerla una *maestra de la vida y escuela de costumbres*. En realidad la novela ni tiende por su naturaleza a corromper nada, ni tampoco debe de convertirse en instrumento de moralistas o en sucursal del púlpito. *Repugna ver representados los vicios como virtudes*, enaltecidas ciertas acciones dignas de severo castigo y trastornadas las ideas más elementales de lo justo e injusto; pero caer, huyendo a tal extremo, en el extremo contrario, zurcir a cada paso un prolijo sermón sobre la moral y erigirse en pedagogo de los lectores, sólo produce entorpecimiento en la fábula, que debe correr desembarazada y suelta, y una languidez y monotonía insoportables. *El propio fin de la novela*, como de toda obra poética y artística, *es la manifestación de la belleza; si además de conseguirlo, moraliza, tanto mejor; y si también instruye, mucho mejor*. […] lo bello, lo verdadero, y lo bueno van juntos.[434]

Preceptista que es, se pronuncia contra el posible sermón, pero establece lo que, sin duda, la novela *debe ser*: bella, verdadera, buena. En su siguiente lección definirá, contundente, lo que es y caracteriza a la poesía: «manifestación de la belleza por medio del lenguaje»; en tanto que la poética es «el conjunto ordenado de reglas y observaciones relativas a la poesía». En el estudio de la poesía deben considerarse el fondo, y sus formas interna y externa. El jurado que calificó la lírica en los juegos florales del Colegio del Estado consideró originalidad, vigor de la inspiración, y belleza, lo que de alguna manera se corresponde con lo planteado por Campillo y Correa. La formación adquirida durante su juventud se expresaba justo en este momento, salía a flote y sancionaba las poesías de los participantes asignándoles un lugar en la premiación.

El arte de la lectura

A los profesores del Colegio del Estado les importaba mucho que sus alumnos aprendieran el arte de la lectura y la buena expresión. Las disposiciones para la enseñanza de la lectura fueron escritas en el año de 1894. Así, no era sólo la lectura de las dos obras mencionadas –la de Milá y Fontanals, y la Campillo y Correa–, en las que basaban la enseñanza. El conocimiento de la literatura, su historia y la preceptiva, era acompañado de ejercicios en «alta voz», en «voz media» y en voz baja». La lectura, consideraban, está sometida a dos condiciones: materiales e intelectuales; es decir, la

[434] *Íbid*., pp. 204-205. Las cursivas son mías.

voz propiamente dicha y el pensamiento. Así, la voz era susceptible de ser educada. Para ello se estudiaba su intensidad, el tono y el timbre. La respiración, fundamental en la producción y manejo de los sonidos, también era abordada. «Al buen lector nunca se le oye respirar», sostenían. Para ello la posición del cuerpo era fundamental. Se les enseñaba a evitar la afectación y otros vicios en la lectura. Se leían obras en verso y en prosa, dramáticas y actas y documentos oficiales. No olvidaron dejar las indicaciones de lo que debería ser una buena lectura:

> El profesor leerá en voz alta, reposada y clara el trozo correspondiente a la lección; y mediante la forma socrática hará que los alumnos entiendan perfectamente lo leído. Enseguida los alumnos leerán en coro e individualmente el mismo trozo. […] el profesor procurará que desde el principio se acostumbre a dar a las palabras y frases la entonación propia de los afectos que expresen. Las reglas de la buena lectura se enseñarán a propósito de las composiciones leídas.[435]

Resulta interesante acercarse a la dinámica de las clases:

> El profesor señalará diariamente dos alumnos que presenten a la semana siguiente, uno de ellos, un estudio en prosa y el otro en verso. Estos ensayos literarios los leerán sus autores en clase. Concluida esta lectura, el Catedrático designará dos alumnos que hagan un juicio crítico sobre los ensayos y que los presenten por escrito el día que el profesor solicite debates orales sobre estética.[436]

[435] Adquisición 312, fojas 69-70. La preocupación del buen leer también se encuentra en los libros del licenciado Juan de la Torre, *El amigo de las niñas mexicanas*, libro de lectura corriente especial para las escuelas primarias de las niñas mexicanas. También había el ejemplar para los niños. En la página 1 de ambos libros se enunciaban las «Reglas para la buena lectura», seguido de «Signos de puntuación». La buena lectura pasaba por el conocimiento de las pausas a que los signos de puntuación obligaban y que permitían comprender el sentido de los enunciados. El libro estaba dedicado a la señora Carmen Romero Rubio de Díaz, esposa del Presidente de la República. Véase De la Torre, Juan, *El amigo de las niñas mexicanas*, ed. Librería nacional y extranjera, México, 1901. Ese año el libro dedicado a las niñas llevaba 32 ediciones. También había *El amigo de los niños mexicanos.* Y la Iglesia católica tenía también su libro pero este era de enseñanza doctrinal. Se titulaba *El amigo católico de las niñas: lecciones instructivas y edificantes, morales, doctrinales y recreativas para el uso de las escuelas católicas*, su autor se llamaba Gabino Chávez, y el libro había sido impreso en Querétaro, México en 1893.

[436] *Ídem*., foja 67.

Sí, leer era un arte. Los alumnos del Colegio del Estado llegaban a conocer el código en el que se cifra la escritura, las leyes que la gobiernan, y con ello estaban en posibilidades de encontrar el sentido de los enunciados. Un libro, ya fuese de poesía lírica o novela, tenía una genealogía. El secreto del arte de la lectura estaba en encontrarla.

Conclusiones

Sí, el pasado es un país extraño

Las tres justas literarias tienen en común la confluencia de los poderes político y simbólico. Las dos primeras convocaron al presidente de la República; la tercera al gobernador del estado. Vencida, España apelará a la patria común de la lengua. Postrada sí, pero a causa de haber amamantado a los hijos ingratos que serían las naciones de la América Latina y el Caribe. No que ella hubiese dilapidado en lujos y guerras las riquezas obtenidas mediante la rapiña y el despojo (como en efecto lo fue), sino que, invadida al inicio del siglo XIX por Francia, cedía al influjo de una revolución convertida en imperio que cambiaría la faz de la tierra. El siglo, de principio a fin, la vio derrumbarse. Nuevos imperios, primero Inglaterra y luego los Estados Unidos de Norteamérica, se encargaron de ello. Al inicio del siglo XX, la colonia española asentada en la ciudad de México rumiaba su desdicha. «¡Álzate, Iberia!», clamaba uno de los poetas en lo que parecía un grito que no excluía la amargura. Unidad y fraternidad eran necesarias frente a la amenazante doctrina Monroe. Acudían a la palabra para cantar sus desdichas y esperanzas. La lengua del imperio se convirtió, para ellos, en la lengua de la nostalgia. De ello dio cuenta su justa poética.

Hijos ingratos que eran, no sólo habían roto los lazos que les mantenían atados a ella. Habían acudido al canto de las sirenas lutecianas. Primero la Enciclopedia, después la revolución. Libertad, igualdad y fraternidad. A la tríada de 1789 los hispanoamericanos añadirían «Independencia» al comprobar que eran parte del reino, sí, pero subordinados siempre. Cuestionaron el orden de privilegios y desigualdades. La pasión y aventura de leer los libros prohibidos por la Inquisición primero, prohibición a la que se sumaría ejemplarmente el jesuita Pablo Ladrón de Guevara. La perseverancia y celo de este integrante de la Compañía lo llevó a publicar, en Bogotá, en 1910, su obra *Novelistas buenos y malos* en el que prohibía la lectura de 1220 escritores franceses, 313 españoles y otros más hasta alcanzar la cifra de 2115. Convertida en la capital del siglo XIX, Francia irradiaba la luz de nuevas concepciones del

mundo. En su rechazo al viejo imperio, las nuevas naciones latinoamericanas abrevaron de las ideas y la literatura francesa. Una paradoja acompaña a la Modernidad: destruye para crear. Recién alcanza su esplendor, lo alcanzado envejece rápidamente. Su tradición será el cambio incesante. La riqueza y el poder, anhelo de las sociedades capitalistas, llevaba al exceso, el exceso a la decadencia. A la búsqueda de nuevas sensaciones para quienes podía darse el lujo de ello.

Sí París era la modernidad (pero también los Estados Unidos, como lo vieron José Martí y Rubén Darío), la de México era una modernidad neocolonial, pero modernidad al fin. Una ciudad de palacios en la que sus escritores se encontraban a gusto hablando francés en los cafés, bares o cantinas de moda. Con los fuertes contrastes que trae la acumulación de riqueza en unas cuantas manos y la explotación y el despojo de muchos. Para la elite letrada de la capital, en el inicio del siglo había que reflexionar (quizá más, reafirmar) la orientación que la literatura mexicana había alcanzado. Al inicio de la Independencia hubo una poesía que cantó la gesta, que inflamó los sentimientos patrióticos. El romanticismo se reflejó también, por ejemplo, en la letra del Himno Nacional. A ésta le siguió una novelística cuyo papel era el de contribuir a crear la nación y su identidad. Alcanzada la necesaria estabilidad con el régimen positivista, la literatura rompió sus lazos de compromiso y se dio a la tarea de indagar a los hombres y sus íntimas contradicciones. El arte por el arte. Ejercicio de introspección y asombro ante el deseo y una sexualidad que ya tenía el atrevimiento de manifestarse lo mismo en versos que en prosas. De ahí los temas que los estudiantes de la escuela de Jurisprudencia convocaban a reflexionar: lírica, trabajo, poesía en el periodo industrial, falta de producción novelística. Llama la atención que en el tema «Canto a Morelos» nadie alcanzara a expresar en verso la deuda contraída con el autor de «Los sentimientos de la nación». La *Revista Azul*, primero, la *Revista Moderna*, después (en sus dos periodos), habían abierto sus páginas a las expresiones literarias de otros países y con ello la habían enriquecido. La lengua de Cervantes, luego del siglo de oro, había decaído y para expresar otros matices de la deslumbradora experiencia moderna era necesario ese cruzamiento del que hablaba Manuel Gutiérrez Nájera.

Inicialmente recibían el nombre de decadentistas, delicuescentes, se afirmarían en modernistas. A esta expresión de la literatura, de insubordinación social, de individualismo, la acompañaba un modo de vida que subvertía lo establecido. La vida bohemia era, también, un vivir la vida eludiendo las responsabilidades que un trabajo estable implicaba. El amor al arte, la vocación artística, parecían justificar los excesos alcanzados mediante los paraísos artificiales. Este vivir cobró la vida de

Bernardo Couto y Julio Ruelas, entre otros. Tablada eludió la muerte al encontrar el camino de Santiago. La juventud tendía al exceso, la madurez a la mesura. Julio Sesto intentaría, años después, poner sobre aviso a las nuevas generaciones al escribir su *La bohemia de la muerte*. Un recuento de cien vidas mexicanas célebres que habían sucumbido a esta forma de vida. En los juegos de los estudiantes de Jurisprudencia, los modernistas –que habían dejado atrás el decadentismo pero que todavía se expresaría en el futuro inmediato–, se dieron cita para solidarizarse con los damnificados de Guerrero. En las palabras del divino Urueta no se mencionó la noble causa. Nadie pareció recordarlo. La prensa no destacó sino el sacudimiento del letargo literario que se había alcanzado con esta justa. De ello podía darse por enterada la nación letrada.

Los juegos florales aquí reseñados son una fiesta de la ciudad letrada. En ese performance confluyeron, como ya se ha señalado, el poder político, el campo literario, y de alguna manera representantes del poder económico en la figura de la Reina de los Juegos Florales, al ser ésta hija de figuras prominentes. Los poetas participaban en busca de un lugar en la ciudad letrada y del reconocimiento del poder político; éste fomentando lealtades y, eventualmente, propiciando la movilidad, el ingreso a la vida política de algunos integrantes de la ciudad letrada. Resalta la presencia de los abogados y los médicos como cultores tanto de la palabra escrita como de la oratoria. No pocos de ellos habrían de integrarse, en algún momento de su vida, al ejercicio del poder público, ya fuesen como jueces, magistrados, gobernadores, o secretarios de Estado. Los trazos biográficos elaborados en este trabajo quieren dar cuenta de ello. En el transcurso de su vida surgirán afinidades políticas o relaciones familiares que, sin duda, contribuirán a su movilidad social o ascenso político.

El Modernismo se expandió en Hispanoamérica no sin enfrentar la oposición de los tradicionalistas. Puebla fue uno de los escenarios de ese combate. Los temas allí tratados planteaban lo que consideraban urgente combatir y reivindicar. Si de lírica se trataba, había que rechazar ese afrancesamiento; si la bohemia cundía como ejemplo entre los jóvenes, había que reivindicar el trabajo creador. Si la mujer vivía una situación de opresión y era, al tiempo, objeto de deseo y causa de perdición, su libertad, liberación, pasaba por americanizarse sin perder la dulzura que la caracterizaba. Si las novelas resultaban nocivas, había que evitar la lectura de aquellas que despertaban las pasiones y llevar a los jóvenes por el sendero de las que resultaban ejemplares, las de índole histórico. Si el decadentismo primero, y el modernismo después, contribuían a enfermar a quienes se aventuraban por sus líneas, había que combatirlo denodadamente. Lo que en efecto se hizo. De la razón por la cual se convocó a la

realización de esta justa poética –el nonagésimo segundo aniversario del inicio de la Independencia–, nada se dijo.

Los juegos florales celebrados en Puebla en 1902 fueron un capítulo más en el debate iniciado en 1876, cuando Manuel Gutiérrez Nájera publica su texto «El arte y el materialismo» y defiende «el amor y el espíritu frente al escepticismo y el materialismo». La respuesta desde provincia se iría fraguando lentamente.A ello contribuyó el estudio, en el Colegio del Estado de Puebla, de la obra de Manuel Milá y Fontanals, *Compendio del arte poética* (1844), y la de Narciso Campillo y Correa, *Retórica y Poética o Literatura Preceptiva* (1872). La formación de la sensibilidad y la concepción de la poesía y literatura abrevadas en ambas se manifestó en las razones esgrimidas por el mantenedor en la justa literaria.

La premura con la que se respondió a los juegos realizados en la capital de la república respondía a ese duelo entre modernistas y defensores de la literatura castiza. Otro asalto se llevaría a efecto cinco años después.El último capítulo tendrá lugar en 1907. Año en el que Manuel Caballero intenta revivir la *Revista Azul*. El modernismo ya habrá dado sus frutos, y una generación más –la de la Sociedad de Conferencias, Ateneo de la Juventud y posterior Ateneo de México–, dará la puntilla a los escritores de provincia agrupados en torno a Caballero. Los tradicionalistas se batirían en retirada. Vientos de cambio volvían a soplar. Y esta vez arrasaban con ellos.

La campaña de Madero había obligado a definiciones, la Revolución provocará la diáspora entre los ateneístas. Pasado el huracán y asentado Obregón en el poder, antiguos adversarios limarán diferencias; habitantes de la ciudad letrada, figurarán en puestos del gobierno o se desempeñarán en la diplomacia.

Al menos dos de las figuras destacadas en los juegos florales, Rafael Cabrera y Atenedoro Monroy, emigrarán a la ciudad de México en busca de un futuro mejor. Monroy dedicará su vida a la docencia, Cabrera a la diplomacia. Puebla vivirá un periodo en el que la tradición, la religión católica, y lo castizo serán lo dominante en la literatura. La poblanidad será cultivada con fervor. El porvenir de lo aquí analizado es otra historia de la que ya hay atisbos y que merece ser contada desde otras perspectivas...

Epílogo

I

Lectores irredentos

El 2 de noviembre de 1909, en el *Diario Oficial del Estado de Puebla*, Rafael Cabrera, entonces director de la Biblioteca Lafragua del Colegio del Estado, daba cuenta del número de lectores que habían asistido en los 24 últimos días (el documento era del 4 de junio de 1909). Escribía: «El género de lectura a que se dedicaron los concurrentes dio el resultado siguiente: Literatura 1109, Historia y Ciencias accesorias 214, Ciencias diversas 199, Artes, Industrias y Oficios 24, Teología 0. Suma: 1606.»

El oficio del 4 de marzo de 1910 reportaba: Literatura 1229, Historia y Ciencias accesorias 172, Ciencias diversas 185, Artes, Industrias y Oficios 14, Jurisprudencia 78, Teología: 3. Suma: 1681

El 3 de agosto de 1912, se hacía constar en el oficio respectivo, que los lectores habían consultado 1020 obras de Literatura, 96 de Historia y Ciencias accesorias, 161 de Ciencias diversas, 7 de Artes, Industrias y Oficios, 89 de Jurisprudencia, una de Teología. La suma era de 1374.

II

Pese a todo…

Luis Sánchez Pontón escribió en 1936 un artículo titulado «La generación de 1910. Romanticismo y revolución». Lo publicó en *Don Quijote, revista literaria*. Allí recuerda que, siendo estudiantes y en compañía de Joaquín Méndez Rivas, no tan bisoño como él, se acodaban en uno de los balcones del Carolino que daba al sur. Desde allí veían las torres de la Catedral y esperaban a que la tarde enrojeciera el horizonte. El viento mecía las hojas de los árboles. Sacaban entonces el libro de Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza*, y se turnaban en la lectura de «La salutación del optimista» o «Canto a Roosevelt». A contrapelo de lo que sus maestros del Colegio les recomendaban, la lectura de Verlaine y Maeterlinck los hizo alejarse, escribió, del «clasicismo manido y del romanticismo empalagoso de nuestros viejos poetas de habla hispana». Joaquín Méndez Rivas había dejado la capital y llegado al Colegio del Estado a terminar sus estudios de jurisprudencia. Entre los libros que traía en su alforja destacaba una *Antología de poetas franceces modernos*, de Van Bever y Léautaud. Suficiente para abrir otros horizontes.

Fuentes y Bibliografía

A

Abreu Gómez Ermilo, «Justo Sierra», en *Sala de retratos*, Editorial Leyenda, México, 1946.

Adame López, Ángel Gilberto, *Antología de Académicos de la Facultad de Derecho*, UNAM, México, 2014.

—, *Octavio Paz. El misterio de la vocación*, Aguilar, México, 2015.

Acevedo Hurtado, José Luis (coordinador), *Historia y educación en Sombrerete*, Universidad Pedagógica Nacional, Zacatecas, México, 2014.

Alarcón, Alfonso G. y Ricardo Saúl Rodiles, *Florilegio de poetas y escritores poblanos por nacimiento, o por haber hecho en el estado de Puebla su carrera literaria*, editor Enrique del Moral, Puebla, México, 1913.

—, *Florilegio de poetas y escritores poblanos por nacimiento, o por haber hecho en el estado de Puebla su carrera literaria*, facsímil editado por Gerardo Díaz y Cortés, Editorial ACD, Puebla, México, 2002.

Alvarado, María de Lourdes y Margarita Bosque, *Revista Positiva. 1901-1914*, Sistema de Información digital, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2009.

Anderson, Perry, *Los orígenes de la posmodernidad*, Ed. Akal, España, 2016.

Antología del Decadentismo, 1880-1900, Perversión, Neurastenia y anarquía en Francia, Selección, traducción y prólogo de Claudio Iglesias, Caja Negra, Numancia, Buenos Aires, Argentina, 2007.

Antología poética de Puebla, introito de Manuel Frías Olvera, Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Municipio de Puebla, Puebla, México, 1981.

Araus, Alberto, *Cuadros, notas y apuntes de Méjico*, Into Gil, Editor, Librería Española, Méjico, 1902.

Aragón, Agustín, «Causas de nuestra escasa producción literaria y medios para combatirlas.», en *Revista Positiva*, México, 1 de junio de 1902

Arpa y López, Salvador, *Principios de literatura general ó Teoría del arte literario*, Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1874.
Asunción Silva, José, *De sobremesa*, Conaculta, México, 2014.

B

Bache Cortés, Yolanda, Alicia Bustos Trejo, Belem Clark de Lara, Elvira López Aparicio, Héctor Perea Enríquez (editores), *Memoria Coloquio internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.
Balmes, Jaime, *Elocuencia y poesía castellanas*, Antonio J. Bastinos, Editor, Barcelona, 1904.
Balzac, Honoré de, *Tratado de la vida elegante*, Impedimenta, España, 2011.
Barreda, Gabino, *Estudios* [Prólogo de selección de José Fuentes Mares], Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1992.
Baudelaire, Charles, *El Spleen de París*, Traducción de Margarita Michelena, carta de Octavio Paz, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
—, *Salones y otros escritos sobre arte*, La balsa de la Medusa, Madrid, España, 2005.
—, *El pintor de la vida moderna*, Edición bilingüe, Introducción, edición, traducción y notas de Silvia Acierno y Julio Baquero Cruz, Langre, España, 2008.
—, *Los paraísos artificiales/El vino y el hachís/La Fanfarlo*, Edimat Libros, Madrid, España, 2010.
—, *Las flores del mal*, nueva edición bilingüe de Enrique López Castellón, Prólogo de A. Gide, Epílogo de Th. Gautier, Anexo de W. Benjamin, Abada Editores, Madrid, 2013.
Benjamin, Walter, *París capital del siglo XIX*, Imprenta Madero, México, 1971.
—, *El París de Baudelaire*, traducción de Mariana Dimópulos, Eterna Cadencia Editora, Buenos Aires, Argentina, 2012.
Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la Modernidad*, Siglo XXI Editores, México, 2011.
Bethell, Leslie, ed., *Historia de América Latina, Vol. 8, América Latina: cultura y sociedad 1830-1930*, Crítica, Barcelona, 200.
Blanco, José Joaquín, *Crónica de la poesía mexicana*, Editorial Katun, México, 1983.
Blair, Hugo, *Lecciones sobre la Retórica y las bellas letras*, traducción de don José Luis Munarriz, tres tomos, Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, Méjico, 1834.
Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1997.

C

Cabral Pérez, Ignacio, *Los símbolos cristianos*, México, Trillas, 1995.
Cabrera, Rafael, *Presagios*, editor Enrique del Moral, Puebla, México, 1912.
—, *Presagios*, Puebla, México, La Enseñanza, 1935.
—, *Presagios*, Puebla, México, 1950.
—, *Breve antología poética*, Colección Rescate y Homenaje, Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Puebla, Puebla, México, 2002.
Calasso, Roberto, *La Folie Baudelaire*, Anagrama, Barcelona, 2011.
Calinescu, Matei, *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, postmodernismo*, Ed. Tecnos/Alianza Editorial, Madrid, 2003.
Campillo y Correa, Narciso, *Retórica y Poética o Literatura Preceptiva*, Madrid, 1872.
Campos, Rubén M., *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, Prólogo Serge I. Zaïtzeff, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.
—, *Claudio Oronoz (1906)*, Premia editora, México, s/a.
—, *Claudio Oronoz,* Prólogo Serge I. Zaïtzeff, Conaculta, México, 2013.
—, *Cuentos completos, 1895-1915*, Conaculta, México, 1998.
Carballo, Emmanuel, *Ensayos selectos*, UNAM, México, 2004,
Cardoza y Aragón, Luis, *Poesías completas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.
Clark de Lara, Belem, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1998.
—, y Fernando Curiel Defoseé, *El Modernismo en México a través de cinco revistas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
—, y Fernando Curiel Defoseé *et al.*, *Revista Moderna de México 1903-1911*. Tomos I y II, Universidad Nacional Autónoma de México. México, 2002.
—, y Elisa Speckman Guerra, editoras, *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico, Volumen I, Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005.
—, y Elisa Speckman Guerra, editoras, *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico, Volumen II, Publicaciones periódicas y otros impresos,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005.
—, y Elisa Speckman Guerra, editoras, *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico, Volumen III, Galería de escritores,* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005.

—, y Ana Laura Zavala Días, *La construcción del Modernismo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011.
Casal, Julián del, *Poesías completas*, La Habana, 1945.
Ceballos, Ciro, B., *En Turania*, Ed. Tipografía económica, México, 1902.
—, *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, edición crítica de América Viveros Anaya, Universidad Nacional autónoma de México, México, 2006.
Colín, Eduardo, *Verbo selecto*, Ediciones México Moderno, México, 1922.
Cordero y Torres, Enrique, *Poetas y escritores poblanos, 1900-1943*, edición de la Bohemia Poblana, Puebla, 1943.
—, *Historia del periodismo en Puebla*, tomo I, Editorial Bohemia Poblana, Puebla, México, 1947.
—, *Ex-Libris de autores poblanos*, Publicaciones del grupo literario «Bohemia Poblana», Puebla, México, 1960.
—, *La poesía en la epopeya del Cinco de Mayo*, Publicaciones literarias del Grupo Literario «Bohemia Poblana», Puebla, México, 1962.
—, *Diccionario Biográfico de Puebla*, Fotolitográfica «Leo», Puebla, México, 1973.
Contreras Cruz, Carlos, *La gran ilusión urbana en la ciudad de Puebla durante el porfiriato (1880-1910)*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2013.
Contreras, Felipe T., *Épicas y Líricas, 1884-1900*, Prólogo de Atenedoro Monroy, Imprenta de El Foro de Puebla, México, 1903.
Couto Castillo, Bernardo, *Obra reunida*, Edición, introducción, estudio preliminar y notas de Coral Velázquez Alvarado, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2014.
—, *Asfodelos*, Instituto Nacional de Bellas Artes y Premiá editora, México, 1984.
Curiel, Fernando, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda* Revista Azul, Universidad Nacional autónoma de México, 1996.
—, *La revuelta, Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1999.
—, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2001.

CH

Chávez, Gabino, *El amigo católico de las niñas: lecciones instructivas y edificantes, morales, doctrinales y recreativas para el uso de las escuelas católicas*, L. Frías y Soto impresor, Querétaro, México, 1893.
Chávez Lara, María Emilia, *La canción del hada verde. El ajenjo en la literatura*

mexicana. 1887-1902, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

D

Dávalos, Balbino, *Ensayo de crítica literaria*, Tip. y Lit. La Europea, México, 1901.

Darío, Rubén, *España contemporánea*, Garnier Hermanos, París, 1901.

—, *Los raros*, Editorial Calomino, La Plata, Argentina, 1943.

—, *Poesía*, prólogo de Ángel Rama, Fundación digital Ayacucho, 1977.

—, *Azul/El salmo de la pluma/Canto de vida y esperanza/Otros poemas*, Porrúa, Col. Sepan cuantos…, México, 2002.

De Onís, Federico, *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*, edición y estudio introductorio de Alfonso García Morales, Ed. Renacimiento, Sevilla, 2012.

De Zayas Enríquez, Rafael, *Oceánida*, Universidad Veracruzana, México, 1998.

Díaz Alejo, Ana Elena y Ernesto Prado Velázquez, *Índice de la* Revista Azul *(1894-1896)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1968.

Díaz Dufóo, Carlos, «Un problema fin de siglo», en *Revista Azul*, edición facsimilar, UNAM, México, 1988.

Doger Corte, José M. y Gustavo Abel Hernández Henríquez, *Historia de la Universidad de Puebla (1910-1937)*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2008.

E

El cuento mexicano en el modernismo, (Antología), Introducción, selección y notas de Ignacio Díaz Ruiz, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2016.

El lector decadente, (Antología) selección y prefacios de Jaime Rosal y Jacobo Siruela, Ed. Atalanta, Girona, España, 2017.

Escudero, Ángel, *El duelo en México*, Ed. Porrúa, Col. Sepan cuantos…México, 1998.

Esparza Soriano, Antonio, «Las letras universitarias del siglo XX», en *Tiempo universitario*, *Gaceta Histórica de la BUAP*, Año 4, número 7, octubre, 2001.

Enrigue, Álvaro, *Valiente clase media. Dinero, letras y cursilería*, Anagrama, Barcelona, 2013.

F

Flaubert, Gustavo, *El origen del narrador. Actas completas de los juicios a Flaubert y Baudelaire*, Ed. Mardulce, Buenos Aires, Argentina, 2012.

—, *Madame Bovary*, Producciones editoriales, Barcelona, 1971.

—, *La educación sentimental*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1970.

Figueroa Domenech, J., *Guía general descriptiva de la República Mexicana: Historia, Geografía, Estadística, etc. Con triple directorio del comercio y la industria, autoridades, oficinas públicas, abogados, médicos, hacendados, correos, telégrafos y ferrocarriles*, Barcelona, 1899.

Florescano, Enrique, *La función social de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012.

Frías, Heriberto, *El amor de las sirenas [LOS DESTRIPADOS]*, Mazatlán, México, 1908.

Fuentes Couturier, Esther, *Erráticas*, H. Ayuntamiento Constitucional del Real de Mina de Sombrerete, Zacatecas, México, 1991.

G

Gamboa, Federico, *Mi Diario III (1901-1904)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995

—, *Mi Diario V (1909-1911)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995

Gamboa Ojeda, Leticia, *Las actividades económicas. Negocios y negociantes en la ciudad de Puebla, 1810-1913*, Educación y Cultura, México, 2010.

Gay, Peter, *Modernidad, La atracción de la herejía de Baudelaire a Becket*, Paidós, Barcelona, 2007.

Garciadiego, Javier, *Rudos contra científicos. La universidad Nacional durante la Revolución Mexicana.* El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000.

—, *Cultura y política en el México posrevolucionario*. INEHRM, México, 2007.

—, *Alfonso Reyes, breve biografía*, Planeta, 2009.

Gil de Zárate, Antonio, *Manual de Literatura, Principios generales de poética y retórica y resumen histórico de la literatura española*, Librería de Garnier Hermanos, París, 1874.

González Rodríguez, Sergio, *Los bajos fondos. El antro, la bohemia y el café*, Cal y Arena, México, 1990.

Granados Chapa, Miguel Ángel, *Alfonso Cravioto. Un liberal hidalguense*, Ed. Océano, México,1984.

Granados, Pavel (coordinador), *El ocaso del porfiriato. Antología histórica de la poesía en México (1901-1910)*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010.

Gutiérrez Domínguez, María del Mar, «La Batalla de Covadonga en México. Imaginarios en torno a la Reconquista (1899-1900)», en *Estudios de Historia Moderna* y contemporánea *de México*, México, 2016.

Gutiérrez Nájera, Manuel, *Poesía,* Tomo I, Librería de la Viuda de Bouret, París-México, 1897.
—, *Poesías completas*, Vol. I, ed. Porrúa, México, 1953
—, *Prosa selecta*, selección y prólogo de Salvador Novo, Círculo literario, México, 1948.
—, *Divagaciones y fantasías, Crónicas de Manuel Gutiérrez Nájera*, Sepsetentas, México, 1974.

H

Hernández Enríquez, Gustavo Abel, *Historia moderna de Puebla, 1917-1920, Gobierno del doctor Alfonso Cabrera Lobato*, edición del autor, Puebla, México, 1986.
—, *Historia moderna de Puebla, Tomo 2, 1920-1924, El periodo de la anarquía constitucional*, edición del autor, Puebla, México, 1988.
Hernández Luna, Juan, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Anejo documental de Fernando Curiel Defoseé, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000.
Hernández Palacios, Esther, «Rafael de Zayas Enríquez», en ULÚA. *Revista de Historia, Sociedad y Cultura,* Universidad Veracruzana, México, 2011.
Hernández Tapia, Germán, *Bibliografía poblana*, Puebla, 1962.
Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América hispánica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
—, *Estudios mexicanos*, edición de José Luis Martínez, Fondo de Cultura Económica, 1984.
—, *Ensayos*, edición crítica de José Luis Abellán y Ana María Barrenechea, Colección Archivos, CONACULTA, México, 1998.
—, *Memorias/Diario/Notas de viaje*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000.
Henríquez Ureña, Max, *Breve historia del Modernismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.
Homenaje a don Justo Sierra, Secretaría de Educación Pública, México, 1962.
Huerta Jaramillo, Ana María Dolores, *Los estudiantes poblanos en 1910*. Gobierno del Estado de Puebla, México, 1992.
Huysmans, Joris-Karl, *A contrapelo*, Ed. Cátedra, Madrid, 2012.

I

Illades, Carlos y Adriana Sandoval, Espacio social y representación literaria en el siglo XIX, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México, 2000.

—, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, Sello bermejo, Conaculta, México, 2005.
—, *El marxismo en México. Una historia intelectual*. Taurus, México, 2018.
—, y Georg Leidenberg (coordinadores) *Polémicas intelectuales del México moderno*, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, Conaculta, México, 2008.
—, y Rodolfo Suárez. *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, UAM, México, 2012.
Iturriaga, José E., *Rastros y Rostros*, Fondo de –Cultura Económica, México, 2003.

J

Jameson, Fredric, *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1988*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2002.
Jiménez, Gil, «Cómo nació, cómo vivió y como murió la Revista de Arte *Don Quijote* publicada por un grupo de Estudiantes del Colegio del Estado de 1908 a 1911», en *Don Quijote*, segunda época, número 24, mayo de 1934.
Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la literatura mexicana*, Ediciones Botas, México, 1957.

L

Ladrón de Guevara, Pablo, S.J., *Novelistas buenos y malos*, La Editorial Vizcaína, Bilbao, 1910.
La France, David G., *Madero y la revolución mexicana en Puebla*, Universidad Autónoma de Puebla, México, 1987.
Lara Zavala, Hernán, «Justo Sierra Méndez. Identidad mexicana», en *Revista de la Universidad de México*, México, 2012.
Las máscaras de la Revista Moderna, 1901-1910, Fondo de Cultura Económica, México, 1968
Leduc, Alberto, *Cuentos. ¡Neurosis emperadora fin de siglo!*, Edición, prólogo y selección de Teresa Ferrer Bernat, Factoría ediciones, México, 2005.
Leyva, José Mariano, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*. Tusquets, México, 2013.
León Pagano, José, *El Parnaso mexicano, Antología completa de sus mejores poetas*, Casa Editorial Maucci, Barcelona, 1909.
Libro de Plata, *Bohemia poblana (1942-1967)*, editorial Bohemia Poblana, Puebla, México, 1967.
López Velarde, Ramón, *Obras*, Fondo de Cultura Económica, México. 1990.
—, *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913)*,

edición de Guillermo Sheridan, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
Los juegos florales de Puebla, organizados por los alumnos del Colegio del Estado, Puebla, México, 1902.
Lugones, Leopoldo, *El payador y antología de poesía y prosa*, Ed. Ayacucho, Venezuela.

M

Matute, Álvaro, *El Ateneo de México*, Fondo 2000, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
Martínez, José Luis (ed). *Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña, Correspondencia I, 1907-1914*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
Márquez Montiel, Joaquín, *Hombres célebres de Puebla*, Editorial Jus, México, 1952.
—, *Analecta de cien poetas de Puebla*, Editorial Jus, México, 1959.
Martínez Carrizales, Leonardo, «Atenedoro Monroy, preceptiva y política», en *De la perfecta expresión. Preceptistas iberoamericanos siglo XIX*, Jorge Ruedas de la Serna, UNAM, México, 1998.
Martínez, José Luis, *Literatura mexicana Siglo XX, 1910-1949*, Lecturas mexicanas, tercera serie, Conaculta, México, 1990.
Milá y Fontanals, *Compendio del Arte Poética*, Barcelona, 1844.
Monroy, Atenedoro, *Valor estético de las obras de la escuela decadentista*, Michigan University Library's, USA, 2011.
Morales Guillén, Beatriz, «Catalogación de títulos profesionales. Archivo General del Estado de Puebla, Sección de Títulos Profesionales 1879-1910», Catálogo para obtener el título de Licenciada en Historia. Puebla, Pue., Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2003.
Moreno Delfino C., «Hombres ilustres del Colegio del Estado (II)», en *Tiempo Universitario*, *Gaceta histórica de la BUAP*, año 10, número 9, junio de 2007.
Monsiváis, Carlos, *La cultura mexicana en el siglo XX*, El Colegio de México, México, 2010.
Murger, Enrique, *Escenas de la vida bohemia*, Ediciones Alonso, Madrid, 1967.
Murger, Henry, E*scenas de la vida bohemia*, Alba, España, 2007.

N

Navarro Rojas, Luis, *Conflictos estudiantiles y poder estatal en Puebla, 1900-1925*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 1999.
Nervo, Amado, *Poemas*, Librería de la Viuda de C. Bouret, París, 1901.
—, *Obras completas*, Dos tomos, Aguilar, México, 1991.

P

Pacheco, José Emilio, *Antología del modernismo (1884-1921),* Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1999.

—, *Antología de Poesía Mexicana: 1810-1914*, Promexa Editores, México, 1979.

—, *Poesía modernista*, SEP-UNAM, México, 1982

—, «Vidas imaginarias», *Proceso* núm. 713, 2 de julio de 1990.

—, «Otra vez Marcel Schwob», *Proceso* núm. 715, 16 de julio de 1990.

—, «La patria perdida (Notas sobre Clavijero y la Cultura Nacional), en *En torno a la cultura nacional*, Héctor Aguilar Camín *et al*, INI y SEP, México, 1976

Palacios, Enrique Juan, *Destellos de medio siglo*, Aquarium, México, 1947.

—, *Rafael Cabrera y su tiempo*, Publicaciones de la Bohemia Poblana, Puebla, México, 1951

—, *Puebla. Su territorio y sus habitantes*, tomo II, Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material de Municipio de Puebla, México, 1982.

Palti Elías, José, *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

Palma Castro, Alejandro (editor) *Mosaicos de translocalidad. Poesía en Puebla desde la colonia hasta la actualidad*, BUAP, Puebla, México, 2009.

—, y Alicia V. Ramírez Olivares, *Eslabones para una historia literaria de Puebla durante el siglo XIX*, ediciones de Educación y Cultura, Puebla, México, 2010.

Palou García, Pedro Ángel, *Puebla, una literatura del dolor (1610-1994), antología histórica de la literatura en Puebla*, 2 T., Gobierno del Estado de Puebla, Puebla, México, 1994.

Pascual Gay, Juan, *El beso de la quimera. Una historia del decadentismo en México (1893-1898)*, El Colegio de San Luis, México, 2012.

—, y Antonio Cajero Vázquez, *José Peón del Valle (1866-1924). Una incierta voz de fin de siglo*, Colegio de San Luis, México, 2014.

Pardo Bazán, Emilia, *Modernidad, feminismo y crisis entre siglos. Una conferencia y cuatro discursos (1899-1905)*, edición de Adolfo Sotelo Vázquez, Ed. Renacimiento, España, 2021.

Paz, Ireneo, *Los hombres prominentes de México*, La Patria, México, 1888

Paz, Octavio, *Los hijos del limo*, Seix Barral, México, 1984.

—, *Cuadrivio*, Joaquín Mortiz, México, 1976.

—, *Por las sendas de la memoria. Prólogos a una obra*. Fondo de Cultura Económica, México, 2011.

—, *Generaciones y semblanzas. Dominio mexicano.* Obras completas, tomo 4, Círculo de lectores-Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
Peón y Contreras, José, *Romances históricos y dramáticos. Trovas colombinas*, Garnier Hermanos, París, 1888.
Pérez Peña, Alberto, *El Colegio del Estado de Puebla. En el primer centenario de su vida civil. 1925,* (Facsímil), BUAP, 1998.
Perus, Françoise, *Literatura y sociedad en América Latina: el Modernismo*, Siglo XXI Editores, México, 1980.
Phillips-López, Dolores, *Cuentos fantásticos modernistas en Hispanoamérica*, Ed. Cátedra, Madrid, 2003.
—, y Cristina Mondragón, *Francisco Zárate Ruiz. Cuentos de horror y de locura en el decadentismo mexicano. Estudio y antología*, Ed. Orbis Tertius, España, 2017.
Piccato, Pablo, *La tiranía de la opinión. El honor en la construcción de la esféra pública en México*, El Colegio de Michoacán e Instituto Mora, México, 2015.
Picon Garfield, Evelyn e Iván A. Schulman, *«Las entrañas del vacío», ensayos sobre la modernidad hispanoamericana*, Cuadernos americanos, México, 1984.
Pineda Franco, Adela, «Más allá del interior modernista: el rostro porfiriano de la *Revista Moderna* (1903-1911), *Revista Iberoamericana, Cambio cultural y lectura de periódicos en el siglo XIX en América Latina*, Núm. 214, University of Pittsburg, USA, 2006.
—, *Geopolíticas de la cultura finisecular en Buenos Aires, París y México: las revistas literarias y el modernismo*, Serie Nuevo Siglo, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, University of Pittsburg, USA, 2006.
Pino Memije, Francis, *Dr. Alfonso G. Alarcón. Vida y obra de un ilustre mexicano*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2010.
Primer almanaque histórico, artístico y monumental de la República Mexicana, México: Nueva York, The Chas, M. Green printing, 1884.
Poulat, Julio, *Orizaba: Monumento en honor de los hijos del estado de Veracruz, defensores de la patria en los años de 1847 y 1848. Juegos florales...*, Tipografía del gobierno de Esatdo, Xalapa, México, 1903.
Praz, Mario, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, El acantilado, Barcelona, 1999.
Prieto Sánchez, Guadalupe, *Antes de dar vuelta. La poesía que leían los poblanos de 1901 a 1922*, Puebla, México, 2010.

Q

Quijano, Alejandro, *Amado Nervo, el hombre*, Imprenta Murguía, México, 1919.

Quintanilla, Susana, «Protesta literaria en 1907», en *Historia y Grafía*, Núm. 16, México, 2001.
—, *Nosotros, La juventud del Ateneo de México*, Tusquets editores, México, 2008.
Quirarte, Martín, *Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1970.
Quiroz y Gutiérrez, Nicanor, *Historia del Seminario Palafoxiano de Puebla*. *1644-1944*, Ediciones Palafox, Puebla, México, 1947.

R

Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Arca, Montevideo, Uruguay, 1998.
—, «La modernización literaria latinoamericana (1870-1910», en *La crítica de la cultura en América Latina*, editorial Ayacucho, España, 1985
Ramos, Julio, *Desencuentro de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Fundación editorial el perro y la rana, Venezuela, Caracas, 2009.
Rebolledo, Efrén, *Caro victrix*, Premiá editora, Puebla, México, 1979.
Reyes, Alfonso, *Obras completas de Alfonso Reyes*, Tomo IX, Fondo de Cultura Económica, México, Primera reimpresión, 1981.
—, «Pasado inmediato», en *Obras completa de Alfonso Reyes*, Tomo XII, Fondo de Cultura Económica, México, 1983
—, *Alfonsadas, correspondencia entre Alfonso Reyes y Rafael Cabrera, 1911-1938*, Prólogo de Serge I, Zaïtzeff, El Colegio Nacional, México, 1994.
Rodó, José Enrique, *Obras selectas*, El Ateneo editorial, Buenos Aires, Argentina, 1956.
Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
Romano Moreno, Armando, *Anecdotario estudiantil* (dos tomos), Puebla, 1985.
Ruedas de la Serna, Jorge (coordinador), *Historiografía de la literatura mexicana, Ensayos y comentarios*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.
—, (coordinador), *De la perfecta expresión, Preceptistas iberoamericanos Siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

S

Salado Álvarez, Victoriano, *De mi cosecha, Estudios de crítica*, Imprenta de Ancira y Hno. A. Ochoa, Guadalajara, México, 1899.
—, *Memorias I, Tiempo viejo*, Ediapsa, México, 1946.
—, *Memorias II, Tiempo nuevo*, Ediapsa, México, 1946.
Sánchez Cuervo, Antolín C., *Krausismo en México*, UNAM, Red Utopía, jitánjafora Morelia Editorial, México, 2004.

Sawa, Alejandro, *Crónicas de la bohemia*, veintisiete letras, Madrid, 2008.
Schneider, Luis Mario, *Ruptura y continuidad, La literatura mexicana en polémica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
Sarda y Salvany, Félix, *El liberalismo es pecado. Cuestiones candentes*, Imprenta y Litografía de la Biblioteca de Jurisprudencia, México, 1885.
Sheridan, Guillermo, *Un corazón adicto. La vida de Ramón López Velarde y otros ensayos afines*, Tusquets editores, México, 2013.
—, «Reaparece una revista», en *Vuelta*, 221, abril de 1995.
Schorske, Carl E., *La Viena de fin de siglo. Política y Cultura*, Siglo XXI Editores, Argentina, 2011.
Schulman, Iván, *El proyecto inconcluso. La vigencia del modernismo*, Siglo XXI Editores, México, 2002.
Schwob, Marcel, *Vidas imaginarias*, Traducción de Rafael Cabrera. Cvltura, México, 1922.
—, *Mimos*, Traducción de Rafael Cabrera, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
—, *Vidas imaginarias. La cruzada de los niños*, prólogo de José Emilio Pacheco, Porrúa, México, 1999.
Sierra, Justo, «El maestro Altamirano», *Obras completas III, Crítica y artículos literarios*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991.
—, *México, su evolución social*, Barcelona, 1900.
Sommer, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, FCE, Bogotá, 2004.

T

Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Ed. Porrúa, México, 2005.
Tablada, José Juan, *La feria de la vida*, Conaculta, México, 1991.
Tecuanhuey Sandoval, Alicia, *Cronología política del Estado de Puebla, 1910-1991*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 1994.
Tola de Habich, Fernando, *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad de Colima, México, 1987.
Torre, Juan de la, *El amigo de las niñas*, Librería nacional y extranjera, México, 1901.
Torre Villar, Ernesto de la, *Biobliblіografía de los escritores de Puebla y Tlaxcala*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2009.
Torres Aguilar, Morelos, *Cultura y revolución. La Universidad Popular Mexicana (ciudad de México, 1912-1920)*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

Torri, Julio, *El ladrón de ataúdes*, prólogo de Jaime García Terrés, recopilación y estudio preliminar de Serge I. Zaïtzeff, Cuadernos de la Gaceta, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
—, *Epistolarios*, Nueva Biblioteca Mexicana, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995.
—, *Tres libros*, Segunda reimpresión, Letras mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
Traverso, Enzo, *Cosmópolis, Figuras del exilio judeo-alemán*, Universidad Nacional Autónoma de México, Fundación Cultural Eduardo Cohen, México, 2004.

U

Ugarte, Manuel, *Escritores Iberoamericanos de 1900*, Ed. Vértice, México, 1947.
Urbina, Luis G., *Ingenuas*, México, Librería de la Vda. De Bouret, México, 1902.
—, *Puestas de sol*, Librería de la Vda. De Bouret, México, 1910
—, *Prosas*, Páginas preliminares de Carlos González Peña, Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, México, 1946.
—, *La vida literaria de México y la literatura mexicana durante la guerra de independencia*, Porrúa, México, 1986.
—, *Psiquis enferma*, Pranava Books, India, 2021.
Urueta, Margarita, *Jesús Urueta. La historia de un gran desamor*, Editorial Styko, México, 1964.

V

Valdez, Héctor, *Índice de la* Revista Moderna*. Arte y ciencia, 1898-1903*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1967.
Valenzuela, Jesús E., *Mis recuerdos. Manojo de Rimas*, Conaculta, México, 2001.
Valery, Paul, *De Poe a Mallarmé. Ensayos de poética y estética*, Ed. El cuenco de Plata, Buenos Aires, Argentina, 2010.
Vallejos M. A., Raúl, *Imagen del poeta Rafael Cabrera*, publicaciones del grupo literario Bohemia Poblana, 1959.
Vargas Llosa, Mario, *La orgía perpetua. Flaubert y «Madame Bovary»*, Seix Barral, Barcelona, 1981.
Vela, Arqueles, *Teoría literaria del modernismo*. *Su filosofía, su estética, su técnica*. Ediciones Botas, México, 1949.
Velázquez Albo, María de Lourdes, *Los congresos nacionales universitarios y los gobiernos de la revolución 1910-1933*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000.
Villa Sánchez, Fray Juan, *Puebla sagrada y profana*, Puebla, México, 1835. Edición

facsimilar de Editorial Maxtor s/f.
Viramontes, Leonardo S., *Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirlas*, Eduardo Dublan, Impresor, México, 1902.
—, *Gritos del Alma*, A. Carranza e hijos, impresores, México, 1918
Vital, Alberto, *Victoriano Salado Álvarez. 1867-1931. Un porfirista de siempre*, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Aguascalientes, México, 2002.

W

Wagner, Richard, *El arte del futuro*, Prometeo libros, Buenos Aires, Argentina, 2011.

Z

Zavala Díaz, Ana Laura, *De asfodelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente (1893-1903)*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.
Zaid, Gabriel, *Tres poetas católicos*, Océano, México, 1977.
—, «López Velarde ateneísta», en *Vuelta*, núm. 179, México, 1991.
Zaïtzeff, Serge I., *Rafael López, Poeta y prosista*, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1972.
Zea, Leopoldo, *El positivismo en México: Nacimiento, apogeo y decadencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

Archivos:
Archivo Histórico Universitario

Hemerotecas
Hemeroteca Nacional Digital de México
Hemeroteca de *El sol de Puebla*
Hemeroteca de la Biblioteca José María Lafragua, de la BUAP.
Hemeroteca de la Biblioteca «Ernesto de la Torre Villar», ICSyH.
Hemeroteca «Juan N. Troncoso»
Biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León, colección digital.

Revistas:
Revista Positiva, años 1902-1903
Don Quijote, revista de Arte, años 1908-1910.
Don Quijote, revista estudiantil, años 1934, 1936 y 1938.
La Bohemia Poblana, varios años.

Diario del hogar.
El correo español.
El Imparcial.
El mundo.
El mundo ilustrado.
El país.
El popular.
El tiempo.
Revista Azul
Revista Moderna
Revista Moderna de México
El tiempo ilustrado

Anexo 1

«Lo malo por conocido»
Alberto Araus
*

«Paquito. Pequeño poema en un canto»
Manuel Caballero
*

«Fraternidad entre los pueblos hispano-americanos»
José Peón del Valle
*

«Oda a Covadonga»
Rafael de Zayas Enríquez
*

«La virgen de Guadalupe y los españoles»
José María Barrios de los Ríos
*

«Canto a los ideales de la raza latina»
Juan N. Cordero

Lo malo por conocido*

«Quod natura non dat»
Alberto Araus

I

Juan resolvió por fin: se suicidaba.
Dando vueltas y vueltas en el lecho,
así monologaba
entre suspiros y opresión del pecho:
«¿Cómo voy a por vivir sin ella?
Si no me quiere ya, si ya no hay huella
en ese corazón de mi recuerdo
si otro la ha de estrechar entre sus brazos.
¡si la he perdido a ella! ¿Pues qué pierdo,
ya que se han roto de mi amor los lazos?
¿Voy a andar por la tierra
llevando a cuestas mi dolor sombrío
como carga pesada y fastidiosa?
¡Tan sólo el figurármelo me aterra
y en el alma comienzo a sentir frío!...
La muerte hace olvidar... ¡Es más hermosa!»

II

Y como algunas veces, de pasada,
para aclarar las dudas de su mente,
leyó algo de la actual filosofía,
filosofía helada,
que mata el entusiasmo de repente
como mata traidora pulmonía,

* Publicado en *El Correo Español* del lunes 9 de septiembre de 1901, p.1.

filosofía envuelta entre la bruma
de los países donde fue inventada
que pone en el *no ser* toda la suma
de la felicidad para el que espera
y da a la vida el don más apreciado
de poderla dejar cuando uno quiera.
Juan, por ver si calmaba aquel anhelo
que siente el que franquea lo ignorado
pidió a esos libros algo de consuelo
y comenzó a sentirse consolado.

Y rebuscando en su memoria ansioso
cual se busca la veta en una mina,
se tuvo por dichoso
al encontrar la idea peregrina
de que amor a dos seres asegura
unión feliz y encanta al mundo entero
no es, al cabo y al fin, más que una traza
que se ha dado Natura,
cual se la puede dar un ganadero,
para cruzar y mejorar la raza.

Por el cristal de su aprendida ciencia,
Juan vio con claridad deslumbradora
tan ínfima e inútil la existencia
que a Dios motejó airado,
por el hecho cruel de habernos dado
esa ansia de vivir que nos devora.

Y hallando en sus propósitos motivo
con doctrina tan bien autorizada,
hasta llegó a asombrarle el verse vivo,
y se vistió y salió cuando pasada
la noche aquella de febril desvelo,
quería ya anunciarse la alborada
con tímidos colores en el cielo.

III

Empezaba ya el tráfico constante,
crecía gradualmente el vocerío
y se llenaba más a cada instante
la calle de gentío.
Gritaban los periódicos del día
sin dejar de correr los papeleros,
produciendo confusa algarabía;
gritaban los cocheros
y se abrían de golpe algunas puertas
y al momento de abiertas
cual tímidos hurones
asomaban la cara los patrones,
perezosos aún y soñolientos;
y rápidos los coches rebotando
sobre el asfalto en bruscos movimientos,
despejaban de gente la carrera,
les ladraban los canes
y seguíales tropa bullangera
de chiquillos desnudos y harapientos;
se veían brotar de los zaguanes
criadas, empleados, dependientes,
que ganaban la calle presurosos
con caras sonrientes,
para empezar la lucha por la vida.

Toda una multitud hormigueante,
revuelta y confundida
en distintos colores y matices,
cual corriente de pronto desbordante,
de seres bulliciosos y felices.
La ciudad despertando, sacudida
por el frío sutil de la mañana.

Y entre nubes de grana
y jirones de atmósfera irisados

siempre cambiantes de matiz y tono
subiendo el sol a su celeste trono
tomaba posesión de sus Estados.

IV

Así marchaba Juan, entre la ola
de vida y luz y gente confundido
fija en el suelo la mirada ardiente
y la mano apretando la pistola
a cada nueva crisis de su mente.

Y al verle de aquel modo
que más que andar huía
con pasos descompuestos,
indiferente a todo,
hablando en vol alta y haciendo gestos,
cada cual se reía
del tipo aquel, que a todas luces era
un borracho vulgar que no podía
quitarse la nocturana borrachera.

V

Anduvo sin saber cómo ni cuánto,
atento a sus ideas solamente;
pero vencido al fin por el quebranto
y vuelto al mundo casi de repente
encontró que pisaba verde alfombra,
y árboles protectores
le daban con sus ramas fresca sombra.
¡Aquel precisamente
era el sitio feliz de sus amores,
donde había gozado tantos días...

Y entonces Juan no pudo
seguir viviendo más. Dio un adiós mudo
a todas sus pasadas alegrías,

el arma preparó, levantó el brazo
y se dispuso a quebrantar el lazo
misterioso, sutil, desconocido,
de la humana existencia
que nos hace vivir sin la consciencia
de por qué y con qué fin hemos nacido.
Y ante el problema obscuro
de lo que pueda haber tras de este suelo
como interrogación a lo futuro,
Juan levantó los ojos hacia el cielo.
Y tanto se asombró mirando arriba,
que, calmado su anhelo,
se quedó en actitud contemplativa.

VI

Esplendoso el sol y refulgente
todo entre sus reflejos lo irisaba
en raudales de luz desparramados
y en el espacio azul y transparente
tenue polvillo de oro semejaba
revolverse y bullir por todos lados.

Junto al astro solar, allá a lo lejos,
ardía el cielo en llamaradas rojas,
brillaban en los árboles las hojas
con variados reflejos,
y pequeñas, profusas, abundantes,
brillaban con extraño poderío,
como miles de chispas de diamantes,
las gotas de agua que dejó el rocío.

Y hasta los insectillos que cruzaban
parecían hermosos
al exponer sus élitros vidriosos
a los rayos del sol que les bañaban.
Compitiendo en alegre melodía

los pájaros cantaban
en gorjeos de amor, entusiasmados,
aquella esplendidez del nuevo día,
y al saltar sobre Juan como alocados,
a Juan le parecía
que en su idioma armonioso y elocuente
se iban burlando de él inicuamente.

Allá, por el paseo,
circulaba la gente
ansiosa de expansión y de recreo
y se oían las frescas carcajadas
de los niños, jugando por bandadas.
Y se alcanzaba a ver, entre el ramaje,
pasar algún carruaje
que por su lento andar iba anunciando
que llevaba amoroso contrabando.

Y el céfiro traía
envueltas en sus ondas
frases de amor, palabras de alegría
con los vagos rumores de las frondas.
Y tanto le abrumó tan gran belleza
que bajó Juan el brazo y la cabeza,
dejo el arma caer y dio un suspiro...

Entre la fresca yerba salió el tiro,
produciendo un sonido triste y seco...
escaparon las aves asustadas,
huyeron los muchachos en bandadas
vibró el espacio en conmoción violenta
y el estampido resonó en el eco
con una pausa cada vez más lenta
y más lejano el tono...

Y el sol, indiferente

con su manto de rayos refulgente
siguió alumbrando en su celeste trono.

VII

Y Juan, desde aquel día,
ya no quiso estudiar filosofía.
Hizo un auto de fe con los autores
que tanto le encantaron,
olvidó sus amores
por los que otras mujeres le brindaron
y vio con extrañeza
que donde el sol abrasa
y el cielo es siempre azul, donde convida
la creación, radiante de belleza,
a vivir, donde estallan las pasiones,
donde se piensa menos que se siente
y hay luz y amor y vida
y luchas y emociones
no hay más filosofía conveniente,
mal que le pese al sabio más profundo,
que gozar y vivir con este mundo
y dejarse llevar por la corriente.

Paquito*

Pequeño poema en un canto

«Nemo»
Manuel Caballero

I

Llegaron al buque con pálidos rostros;
el padre y la madre callaron sus ansias...
llevaban al niño de bucles dorados
de rojas mejillas, baldón de manzanas
El niño iba triste
y la madre lloraba
y el padre, mordiendo sus labios curtidos
por el sol y por agua
crispando los puños
pensaba... pensaba...

II

Llegaron al buque, soplaba la brisa,
la gente de a bordo, tomando la carga,
sonaba silbatos, hurgaba calderas,
y aceitando máquinas,
alista cordajes, prorrumpe en adioses
y al niño que marcha
solito, solito
metido en la cala,
su padre le dice, como adiós postrero
que sofoca en lágrimas:

* Publicado en *El Correo Español* del lunes 9 de septiembre de 1901, p.1

— «Ve con Dios, Paquito,
hijo de mi alma...
¡Ve a buscar la fortuna y el oro
que no hay en tu casa!
En América hay minas y campos
y tiendas y fábricas
donde suben á dicha y riquezas
los mozos honrados que llegan de España.
En tu hatillo de póbre viajero
no pongo no sedas, ni paños ni alhajas;
pero va, con tus tres camisolas
y tu boina y tus dos alpargatas
un precepto: que nunca te encuentren
las luces del alba
perezoso tendido en el lecho...
¡trabaja!... ¡trabaja!
Piensa en Dios que bendice a los buenos,
guarda siempre en tu memoria, á tu casa,
y escribe á tus padres que quedan llorando
tu ausencia penosa, que será muy larga.
En aquellos climas
y en aquellas playas
acuérdate siempre cuando estés a solas
del paisaje hermosos de tus costas cántabras.
¡Vive para todos
muere por España!»

III

Sonaron el pito... quitaron el puente,
cerraron las portas, levaron el ancla;
las hélices dobles
rompieron el agua
y el buque ya suelto, como pez coloso
de aletas móviles y negras escamas
cabalga en el dorso
de las olas altas

y escribe en el viento, con humo y cenizas,
su postrer mensaje, su adiós de esperanzas.
La madre y el padre, rígidos, callados,
cogidas las manos y sueltas las lágrimas,
solos ya en la punta del estrecho muelle
que en el mar se avanza,
casi se arrepienten de mandar tan lejos,
á climas de muerte y á tierras extrañas,
á aquel pobre niño de bucles dorados
der rojas mejillas, baldón de manzanas,
gloria de su huerto
hijo de sus almas.

IV

Y el niño, de codos en la estrecha porta
de la inmunda cala,
dardea el espacio con ojos que lloran
y al rumor del agua
ve las dos figuras que lo miran irse
y que, poco a poco, borra la distancia;
ve la línea débil
de su costa cántabra
y como un mensaje
de adiós y esperanzas
por la vez postrera, con nerviosa mano,
agita en el viento su boina encarnada
solloza, solloza,
se cubre la cara
y luego, con hambre, pensando en que nunca
quizá han de verlo su costa y su casa,
el pobre Paquito, pedazo de lastre,
fragmento de carga,
cogiendo su hatillo se tira en lo obscuro,
y con hambre y solo se duerme en la cala.

V

Paquito, el muchacho de bucles dorados,
que era la alegría de su costa cántabra,
de América rica las playas ardientes
pisó con su planta.
Llegó con su hatillo de tres camisolas,
su boina de fuego, sus dos alpargatas,
y sin arredrarse por sus pocos años
ni sus pocas fuerzas, ni sus tristes ansias
se buscó trabajo, como tantos otros,
largo, rudo, triste, que lo enerva y mata.
Ya perdieron sus rojas mejillas
el tinte de vida, baldón de manzanas,
y se inyecta en su sangre de niño,
del ponto estancado, mortífero el miasma.
Pero él, en la brecha, sintiendo en el aire
la voz de su padre que á lo lejos habla
se dice á sí mismo:
«¡trabaja!» !¡trabaja»!
y aunque débil, el niño obedece
la voz que lo manda;
y nunca lo encuentran, tendido en el lecho,
las luces del alba!

VI

Gastando en obsequio de sus buenos padres
de distantes ocios las horas escasas;
suspirando y mirando á lo lejos
las nubes de nieve con orlas de gualda,
que corren los cielos
y vuelas sin alas
con la pluma indócil
esconde sus penas y escribe sus cartas.
Y dice... «¡Qué hermosa comienza la vida
«cuando hay esperanzas!
«Esta tierra es muy rica, muy grande

«con oro y con plata
«Sirvo en un ingenio por siete pesetas
«á cada semana;
«pero ya me convenzo que hay minas
«y tiendas y fábricas
«donde suben á grandes señores
«los mozos honrados que llegan de España.
«No pasen cuidado por mi que estoy bueno;
«guarden mi recuerdo por aquella casa
«y piensen que acaso, si Dios me bendice,
«mi ausencia penosa no será tan larga.»
Y el pobre Paquito
mintiendo lloraba
y pensando en las playas inmensas
de su costa cántabra,
sus cartas piadosas, trazadas con tinta,
firmaba con lágrimas.
Y cuando ellas llegaban al puerto,
y corrían del puerto a la casa,
los dos pescadores, con grandes trabajos,
leían al fuego las piadosas cartas,
y alegres y unidos
los dos exclamaban:
— Paquito es dichoso...
Paquito nos ama.

VII

Soplaron las furias: la patria doliente
sus hijos mejores perdió en las batallas,
y en ingrata tierra, con el arma al brazo
el padre de Paquito murió por España.
Paquito lo supo
sangrándole el alma
cuando ya moribundo, era un cirio
su rostro, en un tiempo baldón de manzanas.
¡Pobre niño, sin patria, sin padres,

sin salud, sin fortuna y sin nada!
¡Con cuánto cariño
llorando pensaba
en sus costas de lejos azules
y en su cielo, de azul lontananza!...
Llevando en su sangre
legiones del miasma
con que matan los pontos traidores
de los climas de arroz y de caña.
Paquito era apenas
espectro ó fantasma
que cortaba, anhelante, los tallos
bajo el sol y metido en el agua,
¡qué horribles jornadas, qué rudo trabajo,
qué agonía tan cruel y tan larga!...

VIII

Una noche, metido en la choza
en que asilo un anciano le daba,
tiritando de fiebre, sediente,
las pupilas sin luz dilatadas,
el pobre Paquito, sin llanto en los ojos,
al viejo piadoso le dictó esta carta:
«— Madre de mi vida,
«se me acaba el habla...
«deja que te cuente, por la vez primera,
«todos mis dolores, toda mi desgracia!
«vine en pos de trabajo y fortuna,
«soñando en mis ansias
«arribar á las cumbres que tocan
«los mozos honrados que vienen de España.
«Proseguí con tesón, escuchando
«la voz de mi padre que dijo: «¡trabaja!»
«y nunca me hallaron tendido en el lecho,
«perezoso, las luces del alba...
«Mas ¡ay! madre mía

«la suerte es ingrata:
«me enfermo, me agoto, no tengo un recurso,
«y voy á morirme sin llegar á nada...
«Mi difunto padre
«quiera Dios tenerlo en su gloria santa
«pensó, como muchos,
«que aquí las riquezas se cogen con palas...
«Diles a las madres
«de mi costa cántabra,
«que es una mentira,
«que es una patraña,
«lo que cuentan las voces arteras
«de aquellos que quitan su sangre á la patria.
«¡No es cierto, no es cierto!
«de cada mesnada
«de colonos que emigran en pos de riquezas
«hay uno que arriba por mil que naufragan.
«Que conserven al hijo los padres,
«que conserve á sus hijos España,
«y no mueran en tierra extranjera,
«los niños sin padres, ni amigos, ni nada.
«¡Adiós, madre mía,
«se me acaba el habla...
«mando un beso á mis costas queridas
«y á tí mi recuerdo, dando á Dios el alma»

IX

Tras de aquella noche
de congoja tanta
por la vez primera
y en la tierra extraña
encontraron a pobre Paquito
durmiendo en su estera las luces del alba.
El piadoso anciano que con mano trémula
escribió la carta,
del pálido niño cerró las pupilas,

le juntó las manos, le cubrió la cara,
y puso en su hatillo, para el viaje eterno,
su boina de fuego, las dos alpargatas,
y dijo cubriendo
su fosa con ramas:
— Duerme, pobre niño
duerme en tierra extraña.
mientras llora tu madre allá lejos
tu ausencia penosa, que será larga.

(Méjico, Agosto de 1901)

Fraternidad entre los pueblos hispano-americanos*

José Peón del Valle
Al Ecxmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, eximio poeta.

Escuchad esa queja
que en las alas del viento
viene de otra región, ¡hondo lamento
que pavoroso donde quiera deja
angustia y malestar y sufrimiento.
¿De quién es esa voz? ¿Cuyo ese grito?
¿Qué congoja que espanta
lleva del corazón á la garganta
ese ¡ay! que clama á Dios en lo infinito?

* * * *

Entre las sombras que el dolor condensa
de pie, suelto el cabello y con las juntas
manos caídas, mientras racha intensa
mantiene de su diablo altas las puntas,
una mujer, señora de dos mundos
en tiempos idos, cuando Dios quería,
desde la ibera playa al viento entrega
el ¡ay! desgarrador de sus profundos
gemidos de inmortal melancolía.

Esa es España *Atónita y herida*
bajo el peso brutal de su infortunio,

* Publicado en *El Correo Español* del lunes 9 de septiembre de 1901, p.1

mientras la ola que á sus pies desmaya,
imagen fiel de la inconstante suerte,
su espuma abate en bullidora raya,
hacia la azteca playa
los tristes ojos con afán convierte.

Pretende ver de nuevo entre la bruma
surgir como al hechizo de un conjuro
aquel remoto y escondido imperio
que surgió entre la sombra y el misterio
como el naciente sol surge en lo obscuro.
Y recuerda aquel tiempo en que al bravío
indiano mar, al despuntar un día,
logró arrancar con el pujante brío
con que paseó de un polo a otro polo
del parche hispano al épico redoble
de su blasón heráldico el emblema,
haciendo de ella su florón más noble
al engarzarla en su imperial diadema!...

¡Madre: bien haces en tener ahora
en que te humilla la doblez y el oro
los tristes ojos en nosotros fijos:
si en épocas pasadas, su decoro
con ánimo viril y pecho fuerte
guardaron contra tí, tus propios hijos,
hoy que se abate el ángel de la muerte
sobre tus campos fértiles, señora,
vuelve á nosotros tu mortal tristeza,
reclina en nuestro seno la cabeza,
somos tus hijos y le amamos; ¡llora!

¿Te acongoja la duda? ¿Acaso temes
que desbordado río,
tal como sacudió tu poderío
el mal que te atribula y que te abate

y origen es de tus amargas penas,
abata y atribule al que en sus venas
lleve la sangre que en tus venas late?
Temes que al recio y formidable embate
de gentes nuevas y de extraño idioma
muera el idioma que se habló en Castilla?
¿Por qué? No temas el adverso empuje;
que todo mar que se alborota y ruje
su impetuoso furor rompe en la orilla.

No morirá tu raza: vuelve el rostro
á las viejas naciones; el tirano
dolor sacude y ve cómo se empina;
tras los Alpes, el águila latina
que viene en busca del cóndor indiano.
Somos los mismos, nuestra raza es una,
una la fuente límpida y sonante
que dió con su rumor música al verbo
con que rió Quevedo y lloró Dante.
¡Oh España! olvida la espantosa lucha,
enjuga el llanto acervo,
yergue de nuevo la cerviz y escucha!

¿Oyes ese rumor? Anuncia el día.
Es la brisa que alegre y juguetona
salva a mar bravía,
besa la espuma, arruga la amplia lona
de la plegada vela, se encarama
por el esbelto mástil, leve agita
la ligera oriflama
que adorna el tope, audaz se precipita
desde la altura, juega con la grama
que alfombra el valle por Abril florido
y va á colgarse al fin de alguna rama
donde sacude y alborota un nido.
Es un soplo de vida

que presta nuevo ser á cuanto toca,
que de polem fecundo el campo llena,
y que hace en la hendidura de la roca
florecer con su aliento a la azucena.

¡Oh y ese soplo es inmortal; ¡el tiempo
ni lo extingue jamás ni debilita;
es el mismo que allá, cuando una aurora
reflejó su fulgor rosado y vivo
por la primera vez en las pupilas
del hombre primitivo,
llevó lleno de amor y de pureza
á la frente del ser nuevo y hermoso,
el beso cariñoso
con que lo mismo ungió al nacer Naturaleza.
Es el mismo que guarda del pasado
la augusta majestad y altos ejemplos,
el mismo que al través de las edades
transporta á las agrestes soledades
el polvo de talleres y de templos
y hace surgir del polvo otras ciudades.

El mismo que al pasar sobre las ruinas
de tu heredad desmantelada y mustia,
hoy que sobre ellas con pesar te inclinas
nos trae el grito de tu horrible angustia.
Y el mismo que al volver, tras enredarse
en el follaje espléndido y sombrío
de nuestras selvas vírgenes, cargando
de perfumes exóticos te lleva,
con el piadoso olvido del pasado,
el noble dón de nuestra sangre nueva.

Recíbelo: aquí están los ideales
que al amplio porvenir de las alas tienden;
aquí la savia generosa y rica,

aquí el fecundo y pródigo terreno
en donde la simiente de lo bueno
en árbol se convierte y fructifica.
Aquí es donde en constante,
titánica labor, formando vamos
la cadena de recios eslabones
que al Amazonas con el Bravo enlaza,
y que hará una Nación con las Naciones
que sangre alientan de latina raza.

Vamos de frente hacia la luz, nos guía
el afán de ser grandes y ser fuertes,
de que sólo un espacio nos cobije,
de que nos dé su impulso un solo aliento,
de ser sólo un cerebro y una idea
que vuelve por el mundo con el viento
y que pasmo y asombro al mundo sea.
Y ese es el mismo afán que en los remotos
tiempos movió la raza que es la nuestra,
la que Señora fué del orbe entero,
la que de nuevo lo será si esquiva
el femenil deleite, si sacude
la torpe lasitud, y audaz y altiva
de su muerte grandeza se alza viva
y á la amplia liza de la gloria acude!

¿Grandeza muerta? ¡No! Dormida solo.
¡Latinos: despertad! erguid las frentes
de lauros inmortales coronadas,
volved a las pasadas
edades las pupilas y de nuevo
tornad al campo de la lid como antes;
que otra vez las gigantes
trompetas de la fama, entre los hombres
y en otros climas poderosas suenen,
y que en robustos himnos vuestros nombres

den al espacio y el espacio atruenen!
¿Acaso no será?... ¿Por qué?... El invierno
torna en eriales los que fueron campos;
pero la misma nieve
que la yerma extensión cubre y tapiza,
cuando llega el deshielo
pródiga y germinal empapa el suelo
y los áridos surcos fecundiza.

¡Oh! despertemos: la estación alegre
muy pronto llegará, ya nuestras venas
hincha una sangre juvenil y sana
ya del árbol, guarida del insecto
y que batió el turbión con rudo azote,
por la rota corteza filtra y mana
la savia resinosa, y como erecto
pezón, en el ramaje, apunta el brote.

¡Hossana hermoso amanecer de un siglo!
toda una raza te saluda. ¡Hossana!
¡Bendito tú que derramando vienes
entre el leve carmín de la mañana
cuanto de grandes esperanzas tienes.
En tí esperamos, sí; caiga el olvido
sobre el pasado sufrimiento y surja
la entereza viril. ¡Alzate Iberia!
Latinos ¡Despertad! Marchemos juntos
que nos cobije siempre un solo espacio,
que nos impulse siempre un solo aliento,
que nos guíe á la luz sólo una idea
y que ella al difundirse con el viento
asombro y pasmo para el mundo sea.

Oda a Covadonga *

«Dum spiro pugno et spero»
Rafael de Zayas Enríquez

¿Y de un menguado rey el torpe crimen
ha de purgar la cristiandad entera?
¿Acaso no redimen
Las lágrimas que arrancan mano artera
A tantos infelices como gimen
Sometidos al yugo sarraceno,
No por delito propio sino ajeno?
¿No le basta, mi Dios, ver la corriente
del Guadalete en sangre convertida,
Arrastrando, furente,
De Cava al forzador, yerto y sin vida,
Y acobardas el ánimo valiente
Del pueblo, cuya indómita arrogancia
En Sagunto admiró, pasmó en Numancia?
¡Ay!... ¿Por qué dejas á la noble España
Madre sin hijos; como esposa, viuda;
Huésped de gente extraña.
Dentro su propio hogar. Mísera, muda,
Cierra los ojos, que el dolor empaña,
Porque no miren la heredad desierta,
La honra perdida, ni la prole muerta.
¡Todo concluyó para ella!... ¡Todo!...

* Publicado en *El Correo Español* del miércoles 11 de septiembre de 1901, p.1

Sólo queda un recuerdo en la memoria
Del reino hispano-godo,
Que con gloria nació y murió sin gloria,
Y corta grey cristiana, que en su éxodo,
Del musulmán huyendo y de su furia,
Halla refugio entre la brupta Asturia.
¿La dejarás vivir, cual troglodita,
Resignada en el antro de una cueva?
¿O acaso necesita
También ensangrentar el claro Deva
Tu venganza implacable?... ¡Ay sí!... Ya agita
Las huestes de Alkamah, quien les promete
El Deva convertir en Guadalete.
¡Cómo brillan al sol los alquiceles
De aquellos domadores de la guerra,
Cubiertos de laureles!
¡Cómo retumba la oprimida tierra
Al paso de sus rápidos corceles,
Y vibra el aire al repetir los miles
Ecos de atambor y de añafiles!
Deslumbran los alfanjes damasquinos,
Que de carne cristiana están hambrientos;
Pendones purpurinos
Insolentes descógense en los vientos;
Y con fe en su Profeta y adivinos,
De Cangas entran por el ancha brecha
de Covadonga á la cañada estrecha.
Los cristianos ocúltanse en la breña,
Arrastrando á su prole, palpitantes;
El anciano, en la peña;
Y en la gruta, un puñado de gigantes
Con la Madre de Dios por santa enseña,
Entre las manos jura de Pelayo
Luchar, luchar sin tregua ni desmayo.
¡Oh Dios!... ¡Oh Dios!... ¡Oh Dios!...¡Horrible escena!...
Más de cien contra uno están en lucha,

Y en la hueste agarena
Grito de triunfo resonar se escucha...
Con la flexible flecha el aire llena,
La que, ¡oh Señor! no bien la peña alcanza,
Y, rebotando, hiere al que la lanza...
Y la mujer, y el niño y el anciano
Sienten nacer el impetuoso brío.
Con poderosa mano,
impeliendo la roca en el vacío,
Hacen que se desplome, salte al llano,
Y muerte y confusión lleve doquiera,
Como si vida y odio en ella hubiera.
El aire se obscurece, el cielo cruje,
El relámpago brilla, el trueno ronco
Por los ámbitos ruge;
Descuaja el rayo del encino el tronco,
Lo arrastra el agua en formidable empuje,
Que del monte desciende en catarata
Y arremolina todo y lo arrebata.
Hombres y piedras, cascos y broqueles,
Bridones sin jinetes, deslocados,
Los blancos alquiceles
Y los rojos pendones excecrados,
Revueltos van, llevando á los infieles
De la fatal derrota al vaticinio,
El espanto, la muerte, el exterminio.
Ya desciende el astur, airado hiere;
Taja y machuca, y con furor desagarra,
Y desarma al que muere,
Para esgrimir su curva cimitarra.
¡Perezca el musulmán, que Dios lo quiere!
Los que si fueron ciento contra uno,
La lucha al concluir no habrá ninguno.
¡Ninguno!... Solcimán herido rueda
Junto á Alkamah, quien yace agonizante...
Ya ni un caudillo queda...

Y el soldado, el terror en el semblante,
Huye en vano, revuélvese y se enreda;
Que el gladio del astur cierra á la huída.
La senda por do va despavorida.
«¡Victoria!»... El Deva en su corriente canta;
«¡Victoria!» repercuten monte y llano.
Sobre el pavés levanta
Por Rey á Don Belay el pueblo hispano;
Y Europa, al ver que de ignominia tanta
Resurge España, con heroico empeño,
Exclama absorta: «¡El mundo tiene dueño!»

La virgen de Guadalupe y los españoles*

José María Barrios de los Ríos

Aquestas cuitas, Don Juan,
en gayos versos saldrán.

Los homes que vienen en gracia ternán
que aquellos que ovieron tan grandes haberes
a tal han guiado los sus paresceres
en tierras tan lucilas do venido han,
que non alongados del férvido afán
que face la tierra feraz dura mano,
al indio entorpido llamaron cormano,
é l'dieron facendas que diéranle pan.

Ca fueron llegados con pecho sotil
dende la remota región de Castilla,
é cedo blandiendo la fiera cochilla
al pueblo domaron nodado é cerril
é á tal que mostraba donaire gentil
la mesma vegada con grito halaguero
é fabla donosa le acatan primero
é l'donan gozosos mandar sennoril.
¿A cuál vocearon rica majestad,
el en cuyas manos lidusia pusieron,
ca presto la liza finida tovieron
é siervos, e reales, et oro é cabdal?

* Publicado en *El Correo Español* del miércoles 11 de septiembre de 1901, p.1

¿A cuál invocaron excelsa deidad
que fízoles mansas las aguas de Atlante,
é aquende los trujo con guerra triunfante,
é diol's sennoro de campo é cibdad?
Aquella á quien sirve la férvida fe
et el home aclama donegil Sennora,
é suso las bóvedas célicas mora,
é todo está abajo do posa su pie,
al Fijo amoroso plañendo foé,
et al trono yaciendo dobló los finojos,
é lágrimas dulces brotando sus ojos
aquesta, homildosa, pidióle mercé:
«¡Oh, dulce Rey mío! pues vedes allí
«la fuerte mesnada con duelo é fatiga,
«por ásperas sendas acosa et hostiga,
«é face los pueblos que credan en tí,
«agora te pido me dejes á mí
«bajar á monstrarme su buena patrona,
«é, puesta que sea la nuda tizona,
«del indio entorpido ser madre otrosí;
«Ca mucho meresce tan claro valor,
«é tanta bravura tal premio meresce,
«ca pura en Anáhuac la fe resplandece
«é á España tan sólo se debe el favor.»
«Oh Madre la dijo D. Christo Sennor,
«tuyos son tus fijos, é antaño et agora,
«mis bienes é gracia tu mano atesora,
«é más me falaga tú déslas mejor.
«Armiren las gentes tu gracia é bomdad,
«déte el sol vestido, la luna peana,
«los astros corona, candor la mañana,
«é manto los cielos, é yo tu beldad,
«Adoren por siempre tu pura deidad,
«é vayan de lejos punidas é sanctas,
«é llévente flores, é bese tus plantas,
«é mírense libres de necesidad.»

E rauda viniendo la niña gentil,
del hórrido hibierno magüer las tristuras,
brotaron las rosas lozanas é puras,
trocándose el yermo galano pensil.
Juan Diego las trujo: su clámide vil
monstró á Don Obispo sentado en su silla,
que en viendo tal pasmo, finco la rodilla
pues daba el decembe las flores de arbil.

La tila del indio dibuja en lo al
de muler formossa la faz hechicera
en traza que finge que vien derechera
bajando al cuitado de lágrimas val.
Un manto de estellas la cubre caudal,
é posa en la luna la planta garrida,
é un bello angelico la porta é la cuida,
é del sol destella la crencha feeral.

Los ojos al suelo, morena la tez,
por manto é corona cubierto el cabello,
las manos ayunta por bajo del cuello,
tal que murmura benévola prez.
Zumárraga manda poner la excelsez,
en templo supino que face en el cerro,
é asuza á las almas que laven su yerro
e ante ella recobren pristina limpiez.

¡Oh! lenguas de justos que abundan en Sión
te den alabanza, divina Mara!
ca tanto non puede la pendola mía,
en trovas homildes é ruda canción.
Roba á nos tus fijos el fiel corazón
en fuego amoroso las ánimas prende,
é faz que roguemos, mas oyenos dende,
é á España protege, é á aquesta Nación.

Agosto 21

Canto a los ideales de la raza latina

«Honrar padre y Madre»
Juan N. Cordero

Fiera brava te dió en el blanco jugo
de sus mamilas el ardor guerrero,
y el puro azul que á la feraz campiña
forma toldo cerúleo,
coronando las místicas alturas
en la Eterna Ciudad de las colinas,
suavizó con poéticas dulzuras
y puros perdurables ideales,
el fiero empuje de tu esfuerzo hercúleo.

A los épicos toques
del atabal y del clarín sonoro
que por doquier llevaban la conquista
supiste adunar el suave coro
de Atenas y de Delfos importado,
y demostrando tu valer de Artista,
en contraste preciado
dejaste ver debajo el propio cielo,
junto al Circo Romano,
las termas del patricio sibarita
y el Santo Capitolio del Cristiano.

Publicado en *El Correo Español* del miércoles 11 de septiembre de 1901, p.1

Siempre tuviste del León las garras, (la raza)
el amoroso pecho de paloma,
ensueños de ángel en dormir de fiera,
y en esa liga rara, incomprensible,
de que formó Natura tu substancia,
tan pronto entonas la canción guerrera
como temblante asoma
en tus párpados lágrima sincera
y alternan la piedad y la jactancia. (valor y nobleza)

Grande hasta el heroísmo en la pelea,
y blanda en el sentir, hasta el delito,
tu nombre se halla por doquier escrito,
tu planta por doquier dejó una huella,
y el curso destructor de veinte siglos,
con su segur de acero
por una nueva raza manejada
no ha podido arrancar de tu epopeya
ni los timbres de madre
del Arte puro, natural, sincero,
ni la fama de noble y esforzada.

En la compleja masa de los pueblos
forjada lentamente
sobre el eterno yunque de la vida
bajo el golpe tenaz del prepotente
martillo del anhelo, en el lingote
otras razas pusieron
elementos de forma: las moléculas;
tú, la cohesión que liga...
y al engendrar el magno Prometeo,
dueño y Señor del Universo-Mundo,
diéronle otros el cuerpo;
tú le diste el espíritu fecundo.

No siempre de laureles tu cabeza

cononada se vió... penas profundas
debiste soportar, y densas nubes
entoldaron el sol de tu grandeza.
En guerras furibundas
caíste á veces, y en inicuo grillo
preso tu brazo, te lloraste esclava;
pero aún así tu canto de cautiva
te conquistó más siervos que la clava. (contratiempos)

De tu seno salieron conformados
sentimiento, color, forma y sonido,
vueltos en habla, cuadro, estatua y canto
que iguales no han tenido
y constituyen manantial fecundo
de artísticos ideales en el mundo.

Si una raza rival saltó a la liza
y de Arte quiso conquistar la palma,
supo hallar en sus ciencias ricas galas,
la forma bella y seductora: el cuerpo;
mas nunca pudo desplegar las alas
si no vino hacia tí buscando el alma.

Tú eres el Verbo augusto que del orbe
hizo surgir cuanto de noble alienta,
y á tí la humanidad viene sedienta
girando en torno de tu luz Febea,
cada vez que un consuelo busca el alma,
ó á guisa de oriflama ó de estandarte,
necesita una idea
ó en busca corre de la forma de Arte.

Si envuelto en las neblinas de severa
y gravedosa ciencia, el Arte oscila,
y rebelde y reacia
la perseguida inspiración vacila

vuelve á la madre tierna y cariñosa,
y en su fecunda maternal mamila,
rebosante y copiosa
bebe la ingenua primitiva gracia,
y en forma nueva de Arte verdadera
resurge renovada y poderosa.

Dicen que estás caduca, Madre augusta;
que amenazas ruina,
y del olvido á la profunda fosa
tu paso vacilante se encamina;
mas yo te admiro, en tu vejez, lozana;
sin cesar, como el fénix renaciendo
de tus cenizas, joven y galana
y es que eres como el sol, que hasta muriendo
deja en el seno de la noche umbría
el luminoso embrión de un nuevo día.

Deja, oh madre, que canten tus derrotas
los que en la masa buscan la belleza...
deja que en vigor y en el empuje
busquen y encuentren al león que ruge
con todo el esplendor de la fiereza
que cuando busquen el sentido acento,
el melodioso canto,
la estatua en que palpita
del puro mármol bajo el terso manto,
lo eterno, lo inmortal, el alma ignota...
tú serás la que cante
de la materia inerte la derrota.

Envejeció tu físico; es el tronco
de tosca escara y de torcidas ramas
que el tiempo deformó; pero en las hojas
que ostentan su vigor, siempre lozanas,
circula oculta como sangre joven

tu indestructible y abundante sabia.
¿Qué fuera de las hojas sin el tronco?
secos y mustios los endebles tallos
fueran montón de mísera hojarasca
que dispersan los vientos al acaso.

Déjales que, riendo de tus rugas
y de tu noble ancianidad burlando,
renieguen de su origen los que deben
cuando fueron y son á tus cuidados.
Déjales que se ufanen con sus triunfos,
que se llamen los fuertes y primeros,
y embriagados con éxitos guerreros
se lleguen a creer predestinados
para ocupar tu puesto... que algún día
vendrán á comprender que son reflejos
del fanal que en tu diestra relucía.

Si anémica te muestras, es que diste
tu sangre toda, tu vigor, tu vida,
por esa ingrata humanidad, que olvida
cuanto por ella generosa hiciste,
y por nuevos exóticos manjares
trueca el puro alimento de tus senos,
y nuevos Dioses á su altar trayendo
reniega de sus Dioses tutelares.

¡Oh,Madre, yo, el postrero de tus hijos,
de tu nombre orgulloso y de mi cuna,
tengo erigida en mi alma una tribuna
para cantar tus glorias inmortales,
altar en que amoroso
te rinda culto santo y fervoroso,
y un nido que caliente
de prueba en horas tu vigor aliente.

Anexo 2

«Espectros heroicos»
Abel Salazar
*

«¡Salve, oh Musa!»
Enrique Fernández Granados
*

«Viejo estribillo»
Amado Nervo
*

«Ayer»
Eduardo Colín
*

«Y el Budha de Basalto Sonreía…»
Amado Nervo
*

«A Don Quijote»
Severa Aróstegui

«Germinal»
Ramón Adrián Villalva

«Sequía»
Laura Méndez de Cuenca

«Amor… ¡Labor!»
Manuel de la Parra

«Papel de la poesía en el periodo industrial»
Victoriano Salado Álvarez

*

«Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirla»
Lic. Leonardo S. Viramontes

*

«Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirlas»
Agustín Aragón

*

«Papel de la poesía en el periodo industrial»
(fragmento)
Agustín Aragón

Espectros heroicos*

Abel Salazar

El dolor es impulso y es anhelo,
Dejad que nos envuelva con su velo,
Y sin piedad el corazón estruje;
Para eso va la vela en el navío
Para que el soplo de huracán bravío
La hinche, sacuda y el bajel empuje.

¿Qué son prosapias y tesoros vanos
Junto al honor de las robustas manos
Que siembran lauros y la tierra abonan?
Toda arruga en el campo de las frentes
Es surco en que se gestan las simientes
Que de nobles espigas se coronan.

En la noche agobiada por mil duelos,
Cuando incendian el raso de los cielos
Cual proyectiles en fusión los astros;
Cuando fingen las nubes ya quimeras
Ya montañas, ya torres, ya canteras
De ónices veteados y alabastros.

Y en un fondo turquí, churrigueresca
Recórtase la Iglesia gigantesca
Con bordados sutiles como plumas
Y gárgolas y encajes y doctores
Fingiendo de la luna a los fulgores
Petrificada confusión de espumas.

* Publicado en *El Imparcial*, 29 de mayo de 1902. p. 2

Y el viento entre las ramas canturrea
Y el arroyo fugaz lentejuelea
Con reflejos de plata derretida
Agitando en espasmo su lustrosa
Superficie inconsútil y rugosa
Como enorme epidermis contraída.

Y es el solemne bosque milenario
De terrores ilógicos santuario.
Y lenta y taciturna y pensativa
Entre blondos celajes aparece
La luna que la tierra empalidece
Como una inmensa lámpara votiva.

En la noche, en las noches más quietas
Mi alma ha visto a videntes, a poetas
Correr tras su ideal; torvas las frentes
Anhelantes y fijas las miradas.
Y convulsas las manos levantadas
Como un mar agitado de tridentes.

Sobre esos ojos lánguidos que apresan
Vaguedades tristísimas ¡cual pesan
Los cansancios de horribles desveladas
Y sobre esos cabellos el Destino
Enflaqueció sus ruecas en albo lino
Devanado en las testas perfumadas.

Al toque de marcial clarinería
La revuelta legión cobra energía;
Y tras ella los cuervos su camino
Prosiguen acechando semejantes
A perros zapapicos relumbrantes
Que alzara un formidable remolino.

Aristómenes, Hugo, no se asombra

Que hayáis brillado si os rodeó la sombra.
Que fuiste sombra? Ennegreced la noche:
Que fuisteis fe? Resucitad la mía.
Que fuisteis fuego? Iluminad el día
Y de los astros encended el broche.

Y miento, fuisteis luz indeficiente;
Luz y Amor en la vida evanescente.
Luz, Amor y Verdad. Fuerza y Consuelo;
La lanza en ristre y ajustando el sayo,
Surgiste de repente como el rayo
Que de una puñalada rasga el cielo.

Oh musa dulce y pálida ¿te alarmas?
Ruidos son de las vibrantes armas
Que mientras ciñes a tus sienes yedras
Trabajo, aliento y porvenir pregonan.
Hay mucho oro y diamantes que aprisionan
En sus brazos atléticos las piedras.

¡Oh visiones heroicas de mis hondas
Meditaciones causa! Epaminondas,
Byron y Cuauhtémoc y el iracundo
Espartaco agitando su bandera
A cuya móvil sombra bien pudiera
Refrescar sus cansancios todo un mundo.

Por seguir vuestro ejemplo ¡pobres sueños!
Dejé mi hogar, mis cármenos risueños.
Mis auroras, mis fuentes, mi frondaje,
Mi neblina —de selvas leve enagua—
Ay, de la cual como a través del agua
Vi tantas veces el fugaz paisaje;

Lo recuerdo: la osquilla de mi aldea
Que entre cedros altísimos blanquea

Luciendo su hermosura y su donaire.
Escaparse dejaba —bulliciosas
Burbujas invisibles y armoniosas—
Sus graves notas que esparcía el aire.

El sol en alto, ya radiante y flavo
Como un áureo remate de un gran clavo
Incendiaban los techos relumbrosos.
Y del suelo las casas recogían
Sus sombras multiformes, que fingían
Blondas, chales y mantos caprichosos.

El lago —limpio espejo de las flores—
Adormido por plática y rumores
De sauces cubiertos de hojas muertas
Semeja rizado y palpitante,
Una blanca paloma agonizante
Con las alas aún trémulas abiertas.

Me alarmé en el caballo que a carrera
Tendida atravesó la carretera;
Y el viento, con rumor de férreos gonces,
Enredado en sus crines parecía
Detenerlo y decirme: «Aún otro día.
No te vayas» ¡Ay, cómo lloré entonces!

Hoy contemplo oscilando destejidos
De mi infancia en la fronda muchos nidos.
Me asomo de mi alma a las ruinas
Donde vagan errantes mis canciones
Y no hay líquenes, plumbagos, gorriones
En parvadas, ni sol ni golondrinas.

Si hoy brotan asfódelos en mi senda
Fatigosa y sin fin; si no hallo tienda
Que dé a mi cuerpo bienhechor reposo;

Cuando se abate mi cabeza mustia.
Ay, cuando siento el corazón de angustia,
Apretado cual puño musculoso.

Me acerco poesía a tus altares,
Escucho el desgranar de tus collares
En tu veste de vivos tornasoles;
Mientras lenta la mirra va extendiendo
Alargando tenaz o recogiendo
En el aire sus vagos caracoles.

Tú me has dicho: El Dolor es misteriosa
Resurrección, y todo ser y cosa
Asperja con sus gotas de rocío;
Entre zarzas agresivas nace el ave;
¿Del abrupto volcán desnudo y grave
No es de llanto cuajado su atavío?

Dirige hacia las cúspides el vuelo:
El dolor es impulso y es anhelo
Y es causa de ascensiones infinitas
Si sopla el Aquilón, la onda entre brumas.

Se aguza y manda el cielo sus espumas
Cual florón de nevadas margaritas
Como el bólido ignívomo alumbrando
La vida cruza sin cesar cantando

No gimas aunque lleves honda pena
En el pecho clavada; así se mueve
Y así atraviesa el mar bajo la nieve
Con el arpón clavado, la ballena.

¡Salve, oh Musa!*

Enrique Fernández Granados

¡Vaga y etérea virgen! El ancho cielo
Deja y al canto acude con fácil vuelo,
Flor de hermosura y gracia, risueña aurora,
De toda sombra impura, de todo duelo
Disipadora!
¡Salve! a tus aras vuelvo, tras larga ausencia,
¡Oh eterna luz, oh norte de mi existencia!
Ciñe a tu sien el lauro de la victoria;
Si eres de mis cantares alma y cadencia,
Tuya es la gloria!
El ambiente es de rosas en torno mío;
En cada flor y fronda tiembla el rocío;
Esparce el aura leves trinos, rumores…
El cielo es áureo polvo, murmurio el río,
La tierra flores…
Movido de tu encanto dejé mis lares
Y en pos de excelsas cumbres surqué los mares;
Fui por doquiera heraldo de tus blasones,
Y latieron al ritmo de mis cantares
Los corazones…
¡Tuta es la gloria, oh Musa! Desde tu alteza
Descendiste a los campos de la tristeza:
Lo pregona la Fama, que, absorta y muda,

* El poema está fechado el 30 de abril de 1902. Fue publicado en *El Imparcial* el 29 de mayo de 1902, p. 2. Y después en la *Revista Moderna*, segunda quincena de junio de 1902, p. 188.

Vio surgir de mi lira tu ideal belleza
Blanca y desnuda!
¡Oh sí! desnuda y blanca, como en sombría
Noche, fulgente Venus aguarda el día;
Como allá en la ribera del Indo ignoto
Surge desnuda y blanca, de la onda fría
La flor de loto…
Yo te miro en lo vago de la alborada,
En la pálida nube de plata orlada,
En la niebla que se alza de luz laguna,
En el cáliz de Flora y en la perlada
Luz de la luna…
Al caer de una tarde de primavera,
De aquella blonda niña que en la ribera
Contemplaba del cielo los ígneos tules,
Yo te miré en los ojos, la vez primera,
Grandes y azules!
Ante belleza tanta caí de hinojos…
Y al morir de esa tarde de tintes rojos
Languidescentes luego, vagos y umbríos,
En la luz se bañaron de aquellos ojos
Los ojos míos…
Cuando de verde mirto la más ardiente,
Del festín la más bella, ciñó mi frente
Y, al chocar de las copas, el ambarino
Néctar llevé a mis labios, te vi riente
Surgir del vino!
Bajo el laurel glorioso que se levanta
Y de la Patria libre los triunfos canta,
Junto al mármol de Paros que al sol destella,
Yo te vi levantarte, del ara santa,
Como una estrella!
Y en el follaje mustio que gime y llora,
Donde bajo la tierra mi madre mora
Y abraza yedra humilde la cruz de Cristo,
En la paz de las tumbas ¡oh redentora sombra!

Tu sombra he visto!...
Donde quiera te siento: tú me acompañas
Y de tu luz, ¡oh Musa!, mi senda bañas!
Acudes amorosa si oyes mis quejas…
Eres la sola amiga que no me engañas,
Que no me dejas…

Viejo estribillo*

Amado Nervo

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?
—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
Es un rayo de luna…
¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?
¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?
—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
Es un soplo de viento…
¿Di, quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan
en el fuego divino de la tarde y que subes
por la gloria del éter?
—Son las nubes que pasan,
Mira bien, son las nubes…
¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?
Lluvia son de diamantes en azul terciopelo…
—Es la imagen del cielo que palpita en el río,
Es la imagen del cielo…
Oh Señor! La Belleza sólo es, pues, espejismo,
Nada más Tú eres cierto, sé Tú mi último Dueño.
¿Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo?
—Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,
Un poquito de ensueño…

*En *Revista Moderna*, junio 1 de 1902, p. 172.

Ayer*

Eduardo Colín

¡Nieve de verano! ¡Oh mariposas blancas!
Que agitáis en su huerto vuestras alas de plata
Relucientes velas en un mar de esmeralda.

¡Oh pájaros salvajes que amáis el infinito
Que llegáis en las frondas a colgar vuestros nidos
A pasar la noche bajo los altos pinos!

¡Oh indómita parvada de incansables insectos!
De zumbidos graves que en el jardín discreto
Cantáis en un coro nuestro idilio ya muerto

Vieja banca agrietada revestida de yerba,
...erio propicio de hormigas sempiternas,
Un secreto guardabais de ternuras inmensas.

..ra verde y fecunda de ramajes espesos
..rais arpa sonora al beso de los vientos
..s azotaban rudos resoplidos épicos.

tiestos
..bajo temblorosas las margaritas mustias
Tiritando de frío con sus hojitas juntas
.. elevaban al cielo plegarias mudas.

* En *El mundo ilustrado*, 15 de junio de 1902, p. 5.

Y vosotros derruidos, pesados paredones
Que os trasponía anhelante de pasión y de goce
Cuando llegaba, lenta, la silenciosa noche…

¡Ventana enflorecida de mohoso enrejado!
Hierros que al fin domaba la furia de mis brazos:
Tiestos frescos y olientes de floripondios blancos.

Y vosotras campánulas, azules campanillas,
Cual lazos de aquel cielo extendido allá arriba,
Que subíais presurosas a besar sus cortinas,

Que rozaban las luengas cabelleras flotantes
De los inmensos pinos y de los verdes sauces:
Y vosotras palomas, trovadores fugaces,

Que erais la nota alegre de aquella casa austera,
Desnuda y tenebrosa con sus salas inmensas
Llenas de santos viejos y viejas leyendas.

¡Oh callado edificio, venerable convento!
Relegado al olvido con su paz y su huerto,
Perdonado sin duda por la pica del tiempo.

Y á lo lejos humeante y erizada de torres
La ciudad adormida con sus secos rumores
Y todavía más lejos, en el confín, los montes….

Y vosotras, de luna limpias noches serenas,
Que alumbrabais mis pasos en las calles estrechas,
Que conducían al claustro por intrincada senda.

Y ahí triste, agitado, buscaba con lascivia
La humedad refrescante de aquellas piedras frías
Reclinando mi frente en sus duras aristas.

Y cual fardo, insensible, pasaba largas horas
Al pie de esas paredes, y en la noche lóbrega
Un hombre compasivo me arrojó una limosna.

¡Y tú, mujer, la pálida, la soñadora mística!
Fragante jaramago crecido entre esas ruinas,
Que calmabas amante mis ansias infinitas.

Que te cantaba el numen de mis rimas precoces
Y oías las primeras confesiones de amores
Avergonzadas, tímidas, vacilantes y torpes…

Todo se trae consigo la oleada del recuerdo
Cuando remueve el fondo de aquel dormido ensueño
¡Como la ola salvaje que se empina a los cielos

Llevando en su espuma lo que a su paso estorba,
Así, jardín sombrío, vieja casa ruinosa,
Os arrastran las olas del mar de mi memoria!

Y el Budha de Basalto Sonreía…*

Amado Nervo

Aquella tarde, en la Alameda, loca
de amor la dulce idolatrada mía,
me ofreció la eglantina de su boca.

Y el Budha de basalto sonreía…
Otro vino después y sus hechizos
me robó; dila cita y en la umbría
nos trocamos epístolas y rizos.
Y el Budha de basalto sonreía…
Hoy hace un año del amor perdido,
al sitio vuelvo, y como estoy rendido
tras largo caminar, trepo a lo alto
del zócalo en que el símbolo reposa;
derrotado y sangriento muere el día
y en los brazos de Budha de basalto
me sorprende la luna misteriosa.
Y el Budha de basalto sonreía…

* En *Revista Moderna*, junio 1 de 1902, p. 172.

A Don Quijote*

Severa Aróstegui

Aquí vengo, valiente caballero,
a buscar el apoyo de tu espada
de tu famoso y formidable acero.

Has de saber que soy una cuitada
princesa que del mundo en los confines
habitaba mi alcázar retirada.

Uno encantadores malandrines
robaron mi poder y mi corona,
con diabólicas artes los ruines.

Cambiaron por completo mi persona,
convirtiendo en tu atenta servidora
a Su Alteza la gran Micomicoma.

Con tal motivo me presento agora;
pues no permitirás, oh noble andante,
que se burlen así de una señora.

Ceñía con orgullo mi abundante
diadema, de cabello tan obscuro
como es el ónix y como él brillante.

* Publicado en *El mundo Ilustrado*, 8 de junio de 1902. p. 3.

Mi cara como albérchigo maduro
los ojos negros, calidad suprema,
erguido el cuerpo y el andar seguro.

Esos gigantes de maldad emblema
al pasar hacen surcos en mi frente
y arrojan canas en mi real diadema.

Era mi corte noble y excelente,
formada por galanes escogidos
que a mis pies se postraban servilmente.

Imploraban amantes y rendidos
de mis ojos ardientes los destellos,
todos estaban de mi amor perdidos.

Rubios, morenos, varoniles, bellos;
y cuando ya escoger me proponía,
se volvieron borregos todos ellos.

Así como en ridícula bacía
convirtieron tu «Yelmo de Mambrino»,
un palacio de ideales yo tenía.

Y en molino de viento de un camino
lo trocaron de pronto y he quedado
quiera o no, dando vueltas al molino.

En esta condición y en tal estado,
ya me matan la rabia y el despecho
por ese grande y vil desaguisado.

Yo te ruego defiendas mi derecho
y que vengue tu brazo poderoso
los muchos daños que me habeden fecho.

Por tu hermosa princesa del Toboso
persigue sin piedad a esos follones
sin concederles tregua ni reposo.

Ellos son asesinos y ladrones,
destruyeron a heridas mi semblante
y robaron mis bellas ilusiones.

¡Zuz! ¡a ellos! Que vuele Rocinante;
contigo dudo que a luchar se atrevan.
¡Quítales por favor un solo instante
de mi amor y mi dicha que se llevan!

Germinal*

Ramón Adrián Villalva

Y canté versos y ofrendé mis flores
Al Alma Genetriz, nunca rendida;
Volví a cargar mi alforja de dolores
Y proseguí el camino de la vida.

E infecundo y errante y solitario,
Anduve, anduve, y encontré doquiera
En cada flor un místico santuario
Y en cada corazón la Primavera.
Anduve, y un aliento fatigoso
De incesante labor me perseguía,
Y del aura en el vuelo rumoroso
Palpitaba la enorme sinfonía.

De la vida inmortal, eterno emblema,
El maizal destrenzaba sus panojas,
Restallaba de súbito la yema
Al entreabrir su ramillete de hojas.

Flujo de savia con chorrear de fuente,
Bullidor, ascendía a los renuevos,
Fermentaba en el surco la simiente,
Y hervía el germen en los frutos nuevos.

En *El mundo Ilustrado*, 8 de junio de 1902. p. 3.

Y crecía el bregar como un anhelo,
Y, jadeante, triunfal como la gloria,
Hendió de pronto el estrellado cielo
Un grito de dolor y de victoria.

Y al aura pregunté: ¿Quién de tal modo
Atruena el aire con su trova santa?
Es el amor que lo fecunda todo,
Arrodíllate, y ora, y vive y canta.

Y escucha el salmo resonante y puro
En la hora sacra de dolor y prueba;
Es la creación que marcha a lo futuro,
La materia inmortal que se renueva.

Que su victoria en el hogar pregona,
Y en la cuna desgrana su vagido;
Es la inocencia que su rima entona,
Es el beso de amor que ha florecido.

Y yo, el paria, el errante sin amores,
Canté al amor en actitud rendida;
Volví a cargar mi alforja de dolores,
Y proseguí el camino de la vida.

Sequía*

Laura Méndez de Cuenca

Reverbera la mica en la montaña;
las hierbas sin aroma y sin rocío
se despojan del lujo del estío
y enhebra en ellas su cedal la araña.

Mezquina sombra de menguada caña
que ni a un gusano devolviera brío,
es codiciada por el mustio río
cuya corriente ni los guijos baña.

Desde alta cima el labrador otea
a las reses de sed desfallecidas
en la sabana que al incendio humea;

y mientras que las almas afligidas
a rogación convocan en la aldea,
las nubes de oro vuelas esparcidas.

* Publicado en *El mundo Ilustrado*, 8 de junio de 1902, p. 3.

Amor… ¡Labor![*]

Manuel de la Parra

Ávido de esparcirse, Uriel sentía aislado
su corazón un tiempo vibrante, enamorado;
cuando eran sonrosadas y frescas las mañanas,
cuando abría sus sueños como rosas tempranas
para todos los besos de la vida…!
¿Qué obscura
invasión de rencores lo colmó de amargura,
que rendido por agrio y enorme desaliento
se doblegó su espíritu doloroso, sangriento,
como árbol combatido por rudas tempestades?
Oh, qué astucia vagaba por sus soledades!
Oh, que desolaciones infinitas…!
El manto
lamentable del Tedio, con maléfico encanto
caída sobre todos sus grandes ideales
todos estremecidos por heridas mortales…
En la obscura ribera del Tedio, —pantanosa
ribera,— cayó el alma, el alma misteriosa
de Uriel, cayó de pronto, como un ave divina,
con alas cansadas…
Gloriosa peregrina
del cielo del Ensueño creador, el alma aquella,
cual si llevara dentro el fulgor de una estrella,

* Publicado en *El Imparcial*, 30 de mayo de 1902.

sacudía las alas y cruzaba los cielos
toda vibrante y llena de indomables anhelos…
Mas un día sin sol la abrumó la fatiga,
sintió la enorme falta de una esperanza amiga
y cayó toda trémula sobre la pantanosa
y doliente ribera del Tedio! Dolorosa,
caía para siempre, por siempre entumecida!
¿qué piadoso seno la volviera a la vida?
. . . . . .

Uriel ante su mesa de trabajo pensaba:
—¿Para qué trabajaba? ¿Para quién trabajaba?
¿Para quién era el fruto de su obra futura,
presentida tan bella, tan divina y tan pura;
si el profundo desprecio de su alma desierta
era para las cosas y los hombres; si muerta
para el Amor su alma, la divina egoísta,
sólo vibraba al eco de sus ansias de artista!
¿No vendría, acaso, mejor morir?... Su ensueño
quizá entonces se alzara indomable y risueño…!

¿ Amar? ¿a quién amaba? ¿para qué?... ¿Había acaso
un ave en su camino que cantara a su paso?...

La inacción aflojaba sus músculos, el Tedio
lo postraba para siempre, como un mal sin remedio.
¿Para qué hacer su Obra, esa obra que amaba?
¿Para qué trabajaba, para quién trabajaba?

Mas un día, oh milagro! Como una nueva aurora,
de unos ojos azules la luz encantadora
lo deslumbró de pronto, conmovedoramente
Y el Amor vino luego para besar su frente!

En los ojos azules de ella un vago encanto
había: Su mirada cual luminoso manto
envolvía a su alma tremante y visionaria
como un cielo a una selva doliente y solitaria.
El sintió cuando en esa selva, vibrante y bella,
toda llena de sueños y luz se perdió ella!
Sintió el amor: un ave, un ave que llegaba

a cantar en la selva de su alma. Cantaba
tan misteriosamente, tan dulcemente el ave,
que encantaba a la selva su canto dulce y suave.
Y así fue que los árboles de aquella selva obscura,
de aquella interminable selva de la amargura,
inclinaron sus frondas como meditaciones,
al oír de aquella ave extrañas canciones…

Y Uriel ante su mesa de trabajo sentía
como una vida nueva que su ser invadía.
Y sabia, vibrante, comprendiendo que amaba,
para qué trabajaba, para quién trabajaba!

Papel de la poesía en el periodo industrial*

Victoriano Salado Álvarez

Al Sr. Lic. D. Pablo Macedo.

La prosaica edad que alcanzamos

Casi no pasa día, semana ni mes, sin que oigamos la eterna muletilla: «Vivimos en una época esencialmente prosaica; nos rodea la vulgaridad; nos sofocan la pequeñez y la insignificancia; la poesía concluyó al inventarse la palabra confort, enemiga mortal y jurada de esta otra: belleza»

«Para encontrar gracia, interés, primor, encanto en algo, hay que transportarse con la imaginación a los siglos medioevales, a los torreones habitados por búhos, a los fosos y a las barbacanas, a las catedrales góticas y a los campos de torneo; o buscar un beduino, un camello y un saco de dátiles y marcharse al desierto, donde se pueda vivir libre como el *simoun* y glorioso como el sol que calcina los inmensos arenales.»

Que podamos recorrer 4,000 millas inglesas en tres días; que basten tres horas para que un periódico de Londres reproduzca, palabra por palabra, el mensaje que acaba de pronunciar el presidente de los Estados Unidos; que nuestras máquinas confecciones 10,000 camisas en el tiempo que antes se empleaba en hace una sola; que una lámpara eléctrica esparza más luz que mil bujías antiguas; que una criada pueda, en media hora, tener su retrato por cincuenta centavos; y que ese retrato sea más fiel que el de la señora que pagaba trescientos pesos por tener el suyo, no son argumentos valederos para los que ven la poesía en lo exótico y lo peregrino.

Esos que echan de menos el carro y maldicen el ferrocarril; esos que suspiran por el ordinario y echan pestes contra el telégrafo sin hilos; esos que se duelen de que todas las mujeres lleven enaguas de tela basta y no unas pocas de brial de seda; esos que abominan de las calles amplias, de los pavimentos cómodos, de los edificios en que circula el aire, y que abruman a dicharachos y chirigotas a los burgueses juzgán-

* Fuente: *Revista Moderna*, junio 1 de 1902, pp. 167-172.

dolos comidos de vicios, sujetos a las bajas necesidades e incapaces de la alteza de miras y acciones de los antiguos, esos tienen decretada irremisiblemente la ruina de la estética en nuestro tiempo.

Hasta espíritus más amplios y abiertos como Renan, no ven pizca de poesía en el palacio de la Industria, y apenas si exclaman, al acabar de contemplar las cosas más admirables que ha inventado el genio humano: «He aquí una multitud de chismes que no me hacen falta ninguna.»

Pero no solo la edad en general, sino también su médula, su razón de ser, su fuerza arcana, es decir, la ciencia se moteja de enemiga de la poesía.

«Si descendemos de los monos, si el pensar no es más que hacer consumo de fósforo, si el valer de poetas y literatos se ha de calcular en razón de las cantidades y calidades de las comidas que hayan ingerido, se acabó la inspiración, ya no hay estro, ni musa, ni grandilocuencia, ni poetas buenos ni malos».

Mas no sólo hay que defender la poesía contra los enemigos de la ciencia; también hay que ampararla contra los partidarios, amigos y cultivadores de ella. La poesía, dicen éstos, pasó ya de moda; cuando no existían historia, filosofía, artes ni vida civilizada, el poeta lo era todo; el *vates*, adivino, daba cuenta de cómo se sucedían las estaciones, cómo giraban las estrellas, cómo debían hacerse las siembras y cómo se habían de resolver los conflictos entre los que disputaban.

Ahora que existen por separado y con vida propia la astronomía, la meteorología, la agricultura y el derecho, el poeta no significa nada, porque no es maestro, ni consejero, ni mentor; su misión ha terminado y no hay que pensar en restituirle la vida.

La poesía y la ciencia

En la inmensa autoapología que nos dejó el padre Hugo –William Shakespeare– hay un pasaje que quisiera recordar de memoria.

Existen gentes, dice el poeta, generalmente notarios y agentes de cambio, que gritan: la poesía se acaba; es como si dijéramos: el sol ya no alumbra, la luna ya no tiene rayos, el tigre ya no ruge, los niños ya no son hermosos, no se quieren ya los hombres y las mujeres, y el mundo se ha acabado.

En efecto, mientras subsistan los tres grandes problemas del destino humano: amor, dolor y muerte, la poesía subsistirá, y subsistirá a pesar de todos los descubrimientos científicos.

«Sabemos ahora que la tierra no es el centro del mundo, sino un átomo desprendido del Sol; sabemos qué gases componen las atmósferas de todos los planetas;

pero ¿acaso por esto las madres aman más a sus hijos? ¿Gozamos mejor de la belleza de las mujeres? ¿Late de otro modo el corazón en el pecho de los héroes?

«No, no; nada le importa al hombre que la Tierra sea grande o chica; tiene el tamaño necesario para que se sufra o se ame en ella.

«La tierra sólo es un grano de polvo en el desierto infinito de los mundos; pero si sólo en la Tierra se sufre, ella por sí sola es mayor que el resto del Universo. ¿Qué digo? Es todo, y el resto nada es».[1]

Que Lavoisier haya descubierto el oxígeno y hecho olvidar el flogístico; que rija ahora la teoría del éter y las ondulaciones en vez de la de los torbellinos; que se hayan descubierto aplicaciones nuevas de la electricidad y de la luz; que se viva mejor y más cómodamente, no ha sido parte a impedir que existan grandes poetas, quizá los mayores que haya habido en el mundo.

Si el perfeccionamiento que la ciencia nos trajera había de consistir en quitarnos nuestras pasiones, nuestros dolores, nuestros goces y nuestras desdichas, entonces sí que desaparecería la poesía. Porque ¿cómo sin ser hombres habríamos de estremecernos con los horrores de la epopeya, de reír con las gracias de la comedia y de enternecernos con los primores de la lírica, ni cómo habíamos de aspirar el perfume de esas flores empapadas de rocío de lágrimas que se llaman Julieta, Miranda, Ofelia, Margarita y Carlota? Pero ni la ciencia trata de cambiar la naturaleza humana, ni podría cambiarla aunque quisiera.

Ignoran u olvidan las «relaciones y dependencias mutuas de las partes,» los que creen que no puede ser poético quien no vista tonelete, ni sentir grandes pasiones quien no viva en una sociedad en que imperen la violencia y el asesinato, ni conocer y amar lo bello quien haya matado a dos o tres rivales suyos.

Homero no habría ganado nada de conocer el fonógrafo de Edison; Píndaro no habría sido mejor poeta si hubiera cantado a cualquier jockey moderno; el prólogo de la *Orestiada* no tendría más interés si se mandaran al cuarto de trastos viejos las antorchas de resina roja con que se anuncian de isla en isla y de montaña en montaña la toma y el saqueo de Troya, y en lugar de ellas se empleara un telegrama enviado por Agamemnón a Climtemnestra.

Pero no por estar tocados con gorro puntiagudo y no haber comido salsa negra, dejan de ser Körner o Derouléde poetas patrióticos tan excelentes como Tirteo, ni necesitó Hugo andar con las piernas desnudas ni vestir armadura, para comprender la Edad Media mejor que los mismos que en ella vivieron.

---

[1] Anatole France. «Le jardin d'Epicure»

El tiempo, el atavío, el color de la tez o el del cabello, poco importan para la poesía, que no requiere sino un alma de artista que sepa buscar la belleza y dar con ella.

El arte y la industria

El arte y la industria están unidos casi indisolublemente. El uno antecede o sigue al otro, sin que sea posible decir dónde empieza o donde acaba el dominio de la entidad recíproca. Señalan esa linde los sociólogos en las ideas de utilidad y placer: desde que el objeto pasa de ser simplemente servible a ser agradable se convierte en artístico.

La construcción de una casa que sirva nada más que para resguardarse de la lluvia, será objeto de la industria; el confort, el primor y la magnificencia con que se adornen esa mansión, serán materia del arte.[2]

Pero si sobre el papel es fácil hacer estas distinciones, en la práctica no se logra tan de liso ni llano separar dominios que casi se confunden.

El indio cora o huichol, que gasta en almagre para embijarse el rostro los pocos centavos que logra allegar, comprende ya, elemental y fragmentariamente, el objeto del arte. Es mismo indio, que deshace las telas burdas de algodón para retejerlas con labores que tienen cierta hermosura, ya reúne inconscientemente lo bello y lo útil.

Para el arte se forman las gentes poco cultas concepto de las cosas abstractas; por él se alzan a la contemplación de las ideas generales; a su influjo evocan el pagano su olimpo, el cristiano su paraíso, el heleno su ciudad.

¿Se concibe a Atenas sin el Partenón, a Grecia sin Homero?

En cambio la industria dio origen a todas las creaciones estéticas. El tapiz en que reproduce el árabe todas las plantas, «desde el cedro del Líbano hasta el hisopo,» todas las aves del cielo y todos los alicatados de sus mezquitas, tuvo por origen la necesidad de cubrir las puertas de las casas fijas y formar los muros de las movibles.

Las estatuas que en posturas hieráticas llenan las ruinas de Lucsor o de Tebas, no son creaciones libres: son la previsión contra el posible olvido de los pósteros y contra la pérdida posible de los archivos y las inscripciones.

Cuando el fabricante de cestas, el tejedor o el alfarero (véase Perrot) trabajaron las materias primas con que ejercían sus respectivas industrias, produjeron, por la sola virtud de los procedimientos técnicos, combinaciones de líneas, colores y dibujos de que después se apoderó el ornamentador para decorar muros, cornisas y techos.

[2] G. Tarde. *La Logique Sociale.*

La columna imita el pilar de madera, y el trabajo de albañilería la construcción de los techos pajizos. La belleza de la ojiva y de la bóveda de artistas, dependieron sólo de la solución de arduos problemas de estática.

La edad industrial es poética

Nuestro maestro Renan ha estudiado admirablemente, pero con preocupación de artista puro, esta materia escabrosa.

«¿Se ha visto, dice, algo más gracioso y sencillo que la deliciosa procesión de las Panatenas en la *cella* del Partenón? El traje de las doncellas, que pertenecen a la aristocracia de Atenas, no es más lujoso que el de las campesinas. Las cosas que llevan para el sacrificio son también las más comunes y usuales.

«La Italia del renacimiento presenta igual contraste. El Vaticano, santuario incomparable del arte, bajo el aspecto del confort es el palacio más triste del mundo; se halla desnudo, deteriorado, inhabitable, abierto a todos los vientos. No habría, en nuestros días, burgués acomodado que quisiera vivir en los aposentos del cardenal Bibbiena, decorados por Rafael.»

Pero lo cierto es que cuando llamamos mediocre a nuestro tiempo, quizá los mediocres seamos nosotros. Las muchachas gordas, rubicundas, *calipygas* de las llanuras holandesas, son lo más opuesto al ideal en pintura; y sin embargo, Rubens creó con ellas un arte.

Los burgueses mofletudos, mal vestidos, hartos de salchichas y de cálculos prosaicos, no parecen a propósito para que un gran artista se luzca; y a pesar de todo, Rembrandt sacó de ellos sus mejores modelos.

Sin recurrir a razones destiladas por alquitara, se puede sostener fundadamente la poesía de nuestra edad, aun en la parte de *mise en scene*, que por cierto no es lo principal de estos tiempos.

Aunque no se recuerde la fantástica máquina de O'Keenan, que tanto llamó la atención de América hace años y que reproducía al pie de la letra el prodigio de Orfeo, pues bastaba tocar un violín junto a ella para que empezara a moverse, es inacabable la lista de maravillas en esta materia.

Las máquinas mecánicas y las térmicas, que restituyen en cualquier forma la fuerza que recibieron; las eléctricas, que al lado de aquellas viejas servidoras de la humanidad prestan sus servicios en el taller y en la fábrica; la *energía*, nuevo Proteo, que bajo las formas mecánica, calorífica, química o eléctrica, vive en el mundo oculta y latente, pero reconocible como las afluentes de un río, son tópicos que bastarían a inflamar la fantasía de un genio creador y potente.

¡Qué admirable tema para un Lucrecio del porvenir el de esos animales de hierro y acero que gruñen, aúllan, silban, escupen vaho siniestro y en su trajín causan la despoblación de los campos, la sobreproducción industrial, las huelgas y la lucha de clases!

¡Cómo en el nuevo poema *De natura rerum* se cantarían las virtudes de la hulla blanca, que descendiendo de los ventisqueros se funde en cataratas, se transforma, se divide, se separa y lleva la luz y la vida a las fábricas, a las minas y a las ciudades negras para ser la redención de las mujeres que se mueren de fatiga, de los niños raquíticos y canijos y de los viejos faltos de vigor!

El *maquinismo*, como se apellida a la presente faz del mundo, es producto de una ley histórica. ¿Qué no se pueden hacer para cantarlo poemas épicos con invocación, aparición y desaparición de los genios y todo el aparato antiguo? Pues no implica que no sea tanto o más poético que los periodos que lo precedieron.

Qué exacta es aquella frase de Hugo, cuando le recordaban que Mirabeau no debía considerarse como orador, porque Quintiliano había definido al orador *vir bonus dicendi peritus*. Es, respondía el gran poeta, que quizá hoy no se entiende en el mismo sentido lo de *vir*, lo de *bonus* o lo de *peritus*…

¡Qué siglo tan infecundo y tan triste prepararíamos, si expulsáramos de él a la fantasía! Aun la ciencia padecería grandemente con ello. Si queremos matar el espíritu de invención, matemos la imaginación.

Hay poetas que no hacen versos, sino ruedas y volantes, y las estrofas que trabajan suelen ser más bellas que las de otros fantaseadores, porque son, como dice la frase de Goethe, *Poesía y verdad*.

Para inventar las muflas o el tornillo sin fin, se necesitó más imaginación que para componer la epopeya más lúcida, y Arquímedes poseía mayos clarividencia que su paisano y contemporáneo Teócrito.

La poesía en el periodo industrial

El tiempo actual es de transición en materia de arte. Todavía no somos Ariel ni podemos dejar de ser Calibán; ha llegado ya la primavera, pero aún no caen las hojas del otoño.

Esa indecisión, esa vaguedad, esa timidez, se echan de ver en los insignificantes tanteos con que se aventuran los artistas por los nuevos caminos, y en la resurrección de estilos, de formas y de pensamientos olvidados.

A pesar de todo, no hay que creer en la esterilidad del siglo en materias poéticas; que suele el carro del progreso retardarse y hacer altos, y no por eso se detiene definitivamente.

La revolución francesa y el imperio napoleónico fueron esencialmente clásicos, y sin embargo, de ellos salió la revolución romántica, que simbolizaba la libertad en el arte. Quien hubiera contemplado aquella pléyade de poetas incoloros, duros, sin gracia ni estro, habría podido asegurar que acababa la poesía, o que las catástrofes de la *gran crisis* y los altos hechos del capitán del siglo eran incapaces de inspirar a cualquiera.

Y no era así; haciendo sátiras contra el César vivía la mujer que había de parir y apadrinar el romanticismo, y a la zaga de los ejércitos napoleónicos corría el *niño sublime* que había De mettre un Bonnet rouge au vieux dictionarie y de encabezar la poesía lírica en el siglo XIX.

Pero ¿será la lírica la fórmula poética de la edad industrial? Difícil es decirlo.

La centuria recién transcurrida vio la serie más portentosa de poetas líricos que recuerda la historia del arte. Parini, Fóscolo, Leopardi y Carducci en Italia; Goethe, Schiller y Heine en Alemania; Garret en Portugal; Byron, Moore, Schelley y Wodswort en Inglaterra; Hugo, Lamartine, Musset, Heredia y Verlaine en Francia; y en España Quintana, Gallego, Espronceda, Nuñez de Arce y Campoamor, dan la medida de lo que valió ese periodo excepcional.

Fue el principio del siglo a manera de rubia y risueña aurora que anuncia la venida de un día espléndido. Los anhelos de libertad, los deseos de mejoramiento, la esperanza de una próxima palingenesia o flamante dogma de las nacionalidades, el recuerdo de las más portentosas hazañas guerreras que haya visto el mundo, **y** *al mismo tiempo, por la emancipación del yo, una tristeza honda, un vago anhelar y un deseo nunca colmado de estudiar el alma humana y disecarla, y dar a conocer sus más íntimos resortes, produjeron esa pléyade gloriosa de que quizá no pueda ufanarse edad ninguna.*

Pero esa misma perfección del género, quizás haya acarreado su debilidad. La lírica ha caído en poder del preciosismo, de primor de forma, de la gracia frágil y quebradiza, y se ha alejado del alma del mundo, que espera recibir de la poesía la buena nueva de verdad y de bien. Así, cuando la epopeya estaba próxima a desaparecer, vino a poder de los Manilios y de los Estacios, que hicieron un bonito juguete de lo que era un arma formidable de combate.

No me atrevo a vaticinar nada, porque no quiero que me llamen falso profeta; pero quizás no esté distante la evolución del género lírico, como ha habido la de tantos otros géneros literarios.

Cuando Fausto pierde a Helena, ordena a su demonio familiar que queme la cabaña de Filemón y Bancis, y la iglesia cuyas campanas asordaban al Doctor. Qui-

zás sea éste el símbolo de la poesía nueva, que aparece ya pujante y briosa en las obras que nos dejó el siglo XIX.

Emerson había escrito que «todos los hechos tenían un aspecto que miraba a la sensación y otro que tocaba a la moral.»

Los poetas han comprendido toda la verdad de ese axioma, y el problema moral ha invadido la novela. Al mismo tiempo las cuestiones económicas, políticas, y, para decirlo de una vez, sociales, se han vuelto del dominio de los artistas.

Antes que Zola escribiera *Germinal, París y Travail*, en que se plantea el problema social, Tolstoy había publicado *Ana Karenina*, en que aparece claramente propuesto el problema religioso; y a *Ana Karenina* ha sucedido una veintena de novelas en que el gran pensador ruso toca y resuelve el gran conflicto moderno.

Casi no hay cuestión social que Ibsen y Biornson no hayan examinado o apuntado cuando menos; y al arte pertenecen *El enemigo del pueblo* y *Cuando despertemos entre los muertos*, como pertenecen al arte las obras de dos inglesas notabilísimas, George Elliot y Mrs. Humphry Ward.

El papel de la poesía en el periodo industrial va a ser, según parece, más serio, más trascendente y más hondo que lo que fue en todos los tiempos anteriores. [3]

El poeta ya no será el confeccionador de frases, hombre culto, instruido, discreto y fino; ni será el lírico que a todo trance desea mostrar las llagas del alma; ni será el adorador de la forma, encerrado en su torre de marfil, en su templo sereno, que desea tres lectores y queda contento; ni mucho menos el autor de comedias de enredo que hace reír con equivocadillos y retruécanos.

Será hombre que, aparte de amar y comprender la belleza, sienta grande y sincera compasión por todos los caídos, por todos los pobres, por todos los débiles. La poesía será, al mismo tiempo que un arte que eleve el entendimiento, una maza que derribe todos los obstáculos y un arma que sirva para alcanzar todas las reivindicaciones.

Quizás el arte, que tanto ha contribuido a variar la condición humana, esté destinado a salvar al hombre de la esclavitud de la fábrica, a la mujer de la esclavitud de la prostitución y al niño de la atrocidad de la ignorancia.

Hoy que los contados entendimientos próceres que existen brillan como las luces de una fiesta que se acaba, es consolador oír voces que tienden a confortar a la humanidad. La hermana Ana no mira nada más la luz del sol y la yerba verdegueante: ve también a los caballeros que vienen a liberar a la pobre prisionera y a matar al

[3] F. Brunetière. La littérature européene au dix neuviéme siècle, *passim*.

malsín que la oprime y la maltrata.

«La poesía, escribía Isabel Browning, ha sido para mí una cosa tan seria como la vida misma; y la vida me ha parecido cosa muy seria. Nunca he caído en el error de ver el placer como objeto de la poesía».

George Elliot decía: «¡Honor y respeto a la perfección divina de la forma! Busquémosla en los hombres, en las mujeres, en nuestros jardines y en nuestras casas. Pero amemos también la belleza que no reside en los secretos de la proporción, sino en los de la profunda simpatía humana.»

El creador de la religión y la belleza, el profeta y apóstol del arte John Ruskin, ha dicho: «Mientras haya seres humanos que padezcan hambre y frío… no sólo no hay arte posible, sino que aun es un crimen discutir sobre la esplendidez del vestido o del mobiliario…» «Es preferible cien veces dejar que se destruyan los mármoles de Fidias y que se marchiten los colores de las mujeres de Leonardo que ver que pierdan su frescura las mujeres vivas, y se llenen de lágrimas los ojos de los niños, empalidecidos ya hasta ser del color de las tumbas.»

El arte pasará así del diletantismo propio de hombre instruido, a noble disciplina que colindará con las más altas que haya desempeñado el hombre. Los literatos y los poetas serán menos; pero los que lo sean tendrán sobre sus congéneres ventajas inmensas.

Quizás haya de transformarse el teatro, resultando más bien el poema dramático que el drama actual, sujeto a convencionalismos de bastidores y a la amistosa complicidad de pintores y teloneros.

La novela, que ha evolucionado ya, quizás tenga que acentuar aún más la variación que lentamente ha sufrido. ¡Calcúlese la distancia que hay, por ejemplo, del *Donaldo hablador* a la *Sonata a Kreutser*!

Dos ramas de la novela, que sólo de tapujo se han considerado artísticas, substituirán quizás a la novela novelesca: me refiero a la novela histórica y a la novela científica.

La novela histórica, de la cual hemos tenido ejemplares brillantísimos en *Salambó*, en *Serenus*, de Julio Lemaître y en Thaïs, de Anatole France (no en *Quo vadis*), tiene que producir frutos con que no contaron los ingenuos imitadores de Walter Scott y de Dumas el mayor.

Ahora se conoce admirablemente la antigüedad y quizás sea más fácil escribir novela histórica que otra cualquiera. Los eruditos de este tiempo pueden dar lecciones sobre los orígenes de Roma a César y a Cicerón, y poseyendo el noble y generoso sentido retrospectivo que se necesita para amar las cosas idas y los tiempos viejos,

fácilmente llegarán a producir obras casi perfectas.

La novela científica, que apenas ha sido tocada por hombres de imaginación como Julio Verne, que no son artistas, o por humoristas como Wells, tiene abierto un campo inmenso delante de sí, y pude servir de heraldo y mensajero de las conquistas de la ciencia.

Si se ha de realizar la tarea de *socialización* encomendada a la poesía, la forma de ésta tiene que hacerse más sencilla y clara medida que se desee penetre más en el ánimo de las gentes.

Ya no habrá, pues, literatos que se forjen un lenguaje particular dislocando las frases, haciendo cambiar de significación a los vocablos, resucitando voces perdidas u olvidadas en el flujo y reflujo que los idiomas experimentan constantemente.

El lenguaje es bien común, creación espontánea, trabajo popular y sintético. No es *res mullius*, de que pueda disponer el primero que lo emplea; porque si bien nuestras obras son nuestras porque suministramos la semilla, son de la comunidad el suelo fecundo, la lluvia benéfica y el aire vivificante.

*
* *

Tiene Suderman un símbolo que resume maravillosamente el estado de la conciencia literaria en el momento actual: El Precursor. Juan Bautista está en poder de Herodes y se desespera pensando que va a sufrir la muerte como uno de tantos de aquellos falsos profetas que abundaron en Judea.

Desde el fondo de la prisión sabe que ha aparecido un hombre que cura los enfermos, devuelve la vista a los ciegos y resucita los muertos; y entonces se apresta a morir tranquilo, porque sabe que ha llegado el Mesías.

¿Cuándo veremos nosotros aparecer al Mesías que confirme lo que han predicado tantos Precursores, y que, tranquilo y serenos, esparza la buena nueva, devuelva la vista a los ciegos y resucite a los muertos del espíritu? Ese genio, ese *representativo* emersoniano, será quien tal vez encuentre la fórmula de su suprema harmonía en los tremendos conflictos actuales, haciendo de la poesía nexo supremo de amor, belleza y bondad.

Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirla*

Lic. Leonardo S. Viramontes

No se escribe porque no se lee.
No se lee porque no se escribe
Mariano Larra

Es, en verdad, un hermoso problema, digno de ser presentado al estudio de los más distinguidos pensadores, el de analizar en su origen y en sus evoluciones, nuestra vida intelectual, para conocerla profundamente y para llegar, examinados los efectos, a las causas determinantes del enervamiento en que actualmente yace nuestra literatura. ¿No es curiosos fenómeno el de la personalidad mexicana levantándose cada vez más potente, cada vez más robusta, aunque ayer nacida apenas, para reclamar su participación en la obra grandiosa del progreso humano: el trabajo extendido por todos lo ámbitos del territorio, soñado empresas nuevas en campos casi vírgenes, y agitándose por prosperar infatigablemente; el comercio salvando las distancias para llevar a las extremas fronteras los productos de las fronteras opuestas; la industria descubriendo nuevos mundos de riqueza y poderío en los senos misteriosos de la Naturaleza inviolada; todas las funciones, en suma, de la vida superorgánica en auge creciente y en continuo desarrollo, menos las más hermosa y la más noble de todas, en pensamiento? ¿Será que, por un antagonismo imposible, la génesis intelectual haya de encontrarse en razón inversa de la producción industrial, y eso en un pueblo

* El texto fue publicado en forma de opúsculo. En la portada aparece, en la parte superior, «Juegos Florales de la Escuela de Jurisprudencia». Le sigue, en diferentes tipografías, «Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirla». Una pleca y luego «Estudio presentado por el Lic. Leonardo S. Viramontes», y abajo, «y premiado con la recompensa del señor gobernador del Distrito Federal». Una floritura separa el siguiente texto, donde se dice el lugar de la impresión y la casa que lo hizo: «México. Eduardo Dublán Impresor. Callejón del cincuenta y siete núm. 1. 1902». El texto está dedicado «Al señor general Don Porfirio Díaz. Homenaje de admiración y gratitud. El autor».

como el nuestro, venido de tales antecedentes étnicos, dueño de tal historia y sostenedor de ideales como los que ha defendido a través de los tiempos? Descendientes de una raza soñadora por excelencia, y ardiente como lo soles que la han desarrollado vigorosa y febril, tenemos el arte en la sangre, en las venas y nos agita casi por instinto el ansia insaciable de la emoción estética…. ¡y nuestra religión a la Belleza es muda y silenciosa, y no tenemos ya himnos que la ensalcen ni sacerdotes que la prediquen en aquel divino lenguaje de nuestros abuelos los romanos y de nuestros padres los españoles del siglo de oro!...

Esta contradicción, esta antinomia sorprendente necesita, reclama una explicación, si nuestra psicología ha de definirse por otros caracteres que el absurdo. Artistas por herencia y por naturaleza, sómoslo también, a no dudarlo, por la influencia del medio, puesto que la historia de nuestro pueblo abunda en episodios sublimes, en rasgos inmortales, propios para hace vibrar, con gigantes estrofas épicas, nuestra lira nacional; como las costumbres, afectos y tendencias de nuestro ser moral suministran caudal inagotable para los tormentosos arranques de pasión poética, y como los admirables hechizos de nuestra Naturaleza pomposa y magnífica son eterno tema de inspiración para los más deliciosos cuadros de luz y de colores; sin que a pesar de toso y concretando nuestra afirmación al presente, esplenda aún en tan bellos horizontes, el alba deslumbradora que anuncie el advenimiento de una generación pensante, artista, generosa, enamorada de las sublimidades de la idea y de las ternuras inefables de la concepción poética!… ¿Por qué?

El distinguido funcionario que señaló este tema al estudio de los analistas, abrió uno de los más extensos campos en que con mayor provecho puede espaciarse la investigación, no sólo por lo que ella alcance a desentrañar del pasado, sino también, y sobre todo, por los frutos que al porvenir trasciendan de una discusión en que al lado de los males intensos y vivos, aparezcan, por la fuerza misma de las cosas y por ineludibles inferencias, los remedios eficaces para combatirlos. Así la literatura, hoy repudiada, relegada al último término; así el arte, hoy condenado al ostracismo, encontrarán la dignificación, el impulso que estrechamente reclaman en todo pueblo civilizado, y pagarán generosamente, a su vez, ese aliento que reciban, con su gran soplo educador y redentor; así la aristocracia del dinero, los favorecidos de la fortuna, los próceres todos de la vida, tendrán a noble orgullo levantar a la aristocracia del pensamiento, del polvo de todos los olvidos, vindicándola y empujándola a las alturas seculares de la grandeza humana; y los poetas y los artistas, esos desheredados, esos proscritos, a quienes el destino diera por único reclinatorio el propio corazón, aureolado por las lágrimas y perfumado por todas las fosforescencias del ensueño y

la fe, comulgarán con una felicidad que les es debida antes que a nadie, como sacerdotes de la belleza inmortal y cantores de la magnificencia de Dios!...

Planteado de la forma antes indicada, el problema; si a la actividad intelectual deben empujarnos lo mismo nuestros antecedentes étnicos que nuestra propia idiosincrasia, y sin embargo, esa labor no aparece, pudiera formularse esta pregunta como cuestión de previo pronunciamiento, cuya aclaración fuera de tal modo decisiva, que bastara por sí sola para terminar el análisis, proporcionando la solución inmediata y rotunda: ¿Acaso esa falta de actividad nuestra procede de la ausencia de intelectos que con sus obras doten ricamente la literatura nacional, engrosando la corriente? En otros términos: ¿no hay literatura en México porque no hay literatos?...

Todos los ramos que constituyen este bello arte tendrían que ser igualmente examinados en su desarrollo más o menos lento y perfecto, y para resolver el punto, habría que hacer el proceso de la inteligencia en México, a fin de llegar a una conclusión autorizada por los hechos. Literatura religiosa y científica, oratoria, prensa, teatro, poesía, deberían ser estudiados con igual detenimiento, y el resultado de tal estudio en el pasado, distaría mucho de ser desconsolador y capaz de justificar la inercia del presente. No la índole de este trabajo, ni, sobre todo, el escaso tiempo disponible para él, consienten tal análisis minuciosos y profundo que sería de desear para llegar a la exactitud absoluta; pero en primer lugar, semejante empresa no es en rigor indispensable para quien conoce en toda su luz la historia de México; y en seguida, el estudio de todos esos géneros puede muy bien sintetizarse, comprenderse en el estudio del más elevado de ellos, que mejor idea pueda dar de nuestra personalidad literaria: la poesía.

La poesía es el producto más espontáneo, más natural de la mente de un pueblo; su vida psicológica aparece en ella fielmente, totalmente reflejada, y la idiosincrasia que allí se revele, da la medida exacta de su vigor intelectual y de su poder pensante. La poesía es la cifra, es el símbolo elocuente en que se condensan todas las grandezas, todos los anhelos, todos los ideales del alma nacional; digamos mejor, es el alma misma de una nación, luminosa con sus glorias, fuerte con sus energías, ensombrecida con sus supersticiones; y en ella, como en espejo fiel y clarísimo, o como en el fondo de tembloroso y cristalino lago, aparece copiada la fisonomía intelectual y moral del pueblo que la ha creado: artista, si ella es bella; torpe e impotente, si ella misma es deforme.

El estudio, pues, de nuestra poesía en el pasado, podrá darnos cuenta, nos dará, de hecho, la medida de lo que ella y nuestra literatura debieran ser en el presente. Quizá esta conmemoración de nuestros poetas no fuera rigurosamente necesaria para

resolver el problema propuesto; porque para quien conoce el México actual, un grupo eminente de preclaros intelectos responde de nuestras aptitudes nacionales, y no sólo de la viabilidad, sino de la gallarda robustez que aquí alcanza la más bella de las artes nobles, como de los audaces vuelos que ha levantado en nuestro sereno cielo.

Allí en donde brillan con soberanos destellos, entre las obras mexicanas contemporáneas, los nombres de Manuel Gutiérrez Nájera, Justo Sierra, José M. Vigil, Urbina, Díaz Mirón, Peza y tantos otros que en muchedumbre acuden al recuerdo, no puede declararse ni impotencia, ni esterilidad ingénita; pero importa hacer completa esta tarea con el cuadro total, siquiera rápido y en bosquejo, de la intelectualidad en México, tanto más cuanto que de él habremos de sacar utilísimas enseñanzas, no sólo en cuanto a la virilidad y multipotencia de nuestros ingenios, sino también en cuanto a los medios apropiados para fomentar y mantener incesante la producción literaria.

Por otra parte, tratándose de un problema como el que nos ocupa; si hemos de penetrar hondamente, según queda dicho, en nuestra educación intelectual, para desentrañar las causas del marasmo en que yace la literatura, nada más natural que interrogar el pasado, remontarnos a nuestra infancia, con el fin de saber si esos factores que buscamos, vienen desde muy atrás, si su influencia es antigua y por tanto, el fenómeno que lamentamos procede de causas históricas; o si dimana exclusivamente de hechos actuales, cuya responsabilidad sea imputable tan sólo a las presentes generaciones; o si, por último, ese mismo fenómeno obedece a la vez a factores históricos y a factores del momento. Se comprende bien que la reseña de que hablamos tiene que ser Suscinta y ligera, hecha tan solo para abarcar los grandes rasgos de nuestra fisonomía intelectual.

Si con detenimiento se recorre la Historia, encontraráse que precisamente nuestro país pareció desde luego preparado antes que sus hermanos hispano-americanos, para los nobles trabajos del pensamiento. En Nueva-España fue en donde existió la primera imprenta y la primera Universidad que los españoles fundaron en América, recibiendo así las letras el más poderoso impulso que desear pudieran. Y arrojando una ojeada sobre nuestro pasado, aparece constante e innegable el esfuerzo por la labor intelectual.

Decirse pudiera con toda justicia que desde el día siguiente de consumada la conquista –en que naufragó totalmente la nacionalidad anterior con su civilización muy respetable, y se comenzó a formar una nueva nacionalidad con otra civilización– aparecieron las primeras creaciones literarias. Aquellos varones austeros que, llenos de celo apostólico y de piedad para los dolores del indio trataron de hacerse

entender a todo precio, para inculcarles la religión cristiana; aquellos misioneros, entre los cuales había muchos que adunaban las dotes de la inteligencia a las virtudes del corazón, intentando abrirse paso entre lo que para ellos fuera intrincado laberinto del habla y de la historia indígena; y a fuerza de afanes lograron descifrar enigmas que quisieron desde luego desvelar públicamente, para que sus colaboradores y sucesores en la obra santa pudieran encontrar eficaz ayuda; y así fue como aparecieron las primeras gramáticas, catecismos y obras semejantes: producciones todas destinadas a asegurar por la persuasión la conquista hecha con la espada, y sobre todo, justo es decirlo, a dotar al vencido de los elementos más indispensables de defensa en su diaria lucha silenciosa con el vencedor, dándole la noción de su propia personalidad. Los frutos alcanzados en el conocimiento de la vida y modo de ser de los aborígenes, trajeron por consecuencia natural la afición a esta clase de tareas, que muy luego se reveló en trabajos de mayor importancia, como la exploración de los monumentos, la cual a su vez, implicó otros estudios, los de historia natural, por ejemplo; ensayos que, vacilantes al principio, llegaron a convertirse en obras concienzudas muchas veces.

Un país desconocido, remoto, casi maravilloso en fuerza de su hermosura y su riqueza; una raza fuerte, guerrera, ajena a la civilización reinante entonces en el mundo, es verdad, pero trabajadora, activa y culta, mucho más de lo que pudieran hacerlo pensar su aislamiento y la lejanía; la necesidad ingente de hacer una sola familia de ambos elementos que no podían durar siempre frente a frente, el conquistador y el conquistado; todas estas circunstancias fueron otros tantos estímulos para el ingenio, que procuró aguzarse en proporción al afán que le impulsaba. Por otra parte, a estos alicientes propios, venía a juntarse la corriente que de la metrópoli viniera, cuando la inteligencia humana se encontraba en todo su esplendor y en pleno poderío. Cantares, misterios, rasgos de la historia eclesiástica, ensayos de composiciones dramáticas para instrucción de los indios: he aquí la infancia de la poesía en Nueva España, muy pronto seguida de innegable desarrollo y adelanto. Landívar, Allegre y Abad son los nombres de los poetas que entonces se distinguieran.

Presto aparecieron también las raras dotes que caracterizaban a los naturales del país, convertidos a la civilización. Autores tan respetables como el Dr. Juan de Cárdenas los certifican paladinamente, acreditando que ellos eran, en su mayor parte, «de ingenio vivo, trascendido y delicado,» y los hechos demostraron sin tardanza, la justicia de estos calificativos.

La educación literaria era solícita y cuidadosamente atendida por insignes maestros que quisieron fundarla sólida y segura, para que los posteros la conocieran atrevida y bella. Las costumbres de la metrópoli, trasplantadas a la Colonia, fueron parte

importantísima a lograr el desarrollo deseado, y lo hubieran sido mayor, si la libertad, esa condición primera de toda literatura en busca del ideal estético, hubiera existido y si no se hubiera atado a los ingenios con lazos de hierro, sometiéndolos a la reglas y ritualidades entonces prescritas para tales producciones. A fines del primer siglo de la conquista, hubo ya varias justas literarias en que tomaron parte los nacionales, distinguiéndose buen número de ellos por la alteza de la concepción y el mérito de las composiciones. Estas justas merecen y reclaman para nuestro objeto una atención especial.

Constituyéndose, como es sabido, verdaderos torneos en donde luchaban gallardamente las inteligencias, significaban esas lides grandísimo estímulo para los estudios literarios. Más adelante se verá cómo, en nuestro concepto, una de las causas más importantes de la inercia intelectual, radica EN LA FALTA DE OCASIÓN PARA QUE LOS LITERATOS EXHIBAN SUS PRODUCCIONES. En todas partes los concursos, los certámenes solicitando el esfuerzo de los intelectos en determinado sentido y premiando al más notable, ayudan, impulsan la producción literaria. El nombre del vencedor, conocido y prestigiado después de esos trabajos, es recogido por publicistas y editores que, retribuyendo largamente sus ulteriores creaciones, proporcionan al autor un medio de vida seguro, suficientemente apto para consentirle la dedicación exclusiva a tan altas labores. En México sucede precisamente lo contrario: ese numen divino «que el mundo insulta y aclama,» tiene que ocultarse cuando brota en una mente cualquiera, la más de las veces necesitada de socorro en la vida; tiene que plegarse tristemente, amargamente, a las prosaicas y desoladoras realidades de la existencia; y cuando despide algunos radiosos destellos —relámpagos fugitivos en noche densísima— desaparecen, se pierden, se extinguen, faltos de espacio, de campo en donde desplegar su brillantez, de luz para ser conocidos y apreciados… ¡Cuántas grandes inteligencias habrán así pasado en silencio, atrofiadas, muertas por el soplo glacial de nuestra siniestra indiferencia!...

No hay criterio mejor que el de la experiencia, y ella demuestra elocuentemente, en ese mismo pasado que recorremos y con un hecho de todos conocido, la verdad de las anteriores afirmaciones. D. Juan Ruiz de Alarcón, el eximio dramaturgo que causara con su peregrino ingenio la admiración de dos mundos, se levantó en toda su colosal pujanza a la aclamación universal, porque encontró en la metrópoli un teatro digno de sus hazañas, una sociedad capaz de comprenderle y compensarle, y un ambiente en donde beber a raudales la inspiración y el entusiasmo. Allí se fecundó su clarísimo numen, y al contacto de aquellos otros ingenios, orgullo del suelo español, despidió los más brillantes, los más intensos fulgores. Si no hubiera obrado esa cir-

cunstancia; si el excelso vate hubiera permanecido en su país, aislado, desconocido, sin entusiasmo en sí mismo ni aliento en los demás, acaso las patrias letras no se ufanaran con su nombre ni con sus obras.

Importa tener muy presente este interesantísimo ejemplo, que ciertamente no es único.

En la época colonial, los torneos literarios se sucedían con mucha frecuencia. El advenimiento de un rey, un gran acontecimiento dinástico o religiosos, cualquier suceso memorable, eran motivo para brillantes justas en donde se distinguían siempre los pensadores y los poetas nacionales. Verdad es, como queda dicho, que los temas descendían muchas veces a la puerilidad y llegaban hasta el ridículo, quedando las producciones encerradas en el más insoportable artificio de pedantescas reglas; pero esta misma circunstancia demuestra elocuentemente cuáles eran las aptitudes de los poetas de entonces, puesto que, si en tales condiciones llegaban a hacer encantadoras filigranas, hubieran sus obras convertídose tal vez en obras eternas, de no haber tenido el pensamiento las alas atadas. Para que se juzgue de ello, insertamos en seguida un soneto de la poetisa Ana María González Ildefonso, con motivo del advenimiento al trono de Fernando VI, y cuyo tema eran LAS GRANDES EXCELENCIAS DEL NÚMERO SEIS (Tomado del sabio prólogo del Sr. Vigil a la obra «Poetisas Mexicanas.»)

Es breve mundo el hombre en el fracismo
Del que unidades sabio perfecciona;
Y al crear cinco Fernandos, relaciona
Que el SEXTO ha de excederse aun a sí mismo.

A Fernando el nacer con raro abismo.
Como a segundo el cielo nos lo abona,
Y cuando por primero se corona.
Por SEXTO se numera en el guarismo.

Es segundo del Quinto en descendencia;
Es de cinco virtudes un compuesto;
Es de cinco Fernandos quinta esencia.

Es hombre donde Dios ha echado el resto:
Y para declarar su Omnipotencia,
Excede a los Fernandos con ser SEXTO.

Estos certámenes tenían el privilegio de animar inusitadamente a la Colonia, provocando en los poetas una verdadera emulación para luchar dignamente en la gentil campaña. Puédese juzgar a que grado llegaría el entusiasmo, como también cuál sería el vigor intelectual de la raza, con reflexionar que las mujeres, mantenidas en la más estricta sujeción e ignorancia, creaban, sin embargo, y producían obras tales, entonces más celebradas que ahora, dado el mal gusto en aquellos tiempos reinante, y el bajo vuelo de los ideales poéticos. El último de estos certámenes verificóse al advenimiento de Carlos IV, y fue abierto por la Universidad de México. En todos ellos compitió siempre un gran número de versificadores, que acudían con sus composiciones en busca del anhelado premio.

La literatura colonial iba así desarrollándose bajo los auspicios y al lado mismo de la literatura de la metrópoli, que informó constantemente las producciones de nuestros ingenios durante el largo periodo de la dominación española. Los mismos ideales, los mismos rumbos e idénticas vicisitudes pusieron sus huellas en una y otra corriente intelectual, brillando las letras en Nueva España cuando allende los mares resplandecían e iluminaban todo un siglo, y declinando después y degenerando cuando llegó la hora de la decadencia para los poetas de la Madre Patria. Durante ese tiempo, la Poesía en México fue sólo fiel discípula de la española, no llegando a cobrar sino hasta muchos años después sello y personalidad propios. Los vates más renombrados de esta época fueron, según el Sr. Pimentel citado por el Sr. Vigil, Matías Bocanegra, de Puebla; Juan de Guevara, de México, Br. José López Avilez, autor de un libro de versos a la Virgen de Guadalupe y de un Canto Pastoril: Br. Pedro Muñoz de Castro, Presbítero Mexicano, Autor del Elogio de San José y de las Poesías en honor de San Juan de Dios. Gaspar de Villagra, militar que escribió un poema llamado La Historia de Nuevo México; Antonio Morales Pastrana, Cantor de la Virgen de Guadalupe, y Carlos de Sigüenza y Góngora, eminente historiógrafo que escribió, además, Primavera Indiana y Poesías Sagradas. Con éstos debe numerarse también José Mora, Diego Rivera, Alonso Ramírez de Vargas, Eusebio Vela, Sor Teresa de Cristo y otros muchos más.

La legión de Apolo era siempre numerosa y compacta. A pesar de la corrupción de las letras, la afición literaria no menguaba, unas veces manchando el gusto por los mismos defectos que la literatura madre presentaba; otras, procurando desligarse de ellos, sin conseguirlo totalmente. Como para probar el poder creador de las inteligencias coloniales, apareció precisamente en esa época de decadencia y extravío, la poetisa mexicana más inspirada, más profunda y más dulce a un tiempo, pulsando un plectro que a través de los siglos entusiasma y arrebata. Cierto que la literatura, como

la civilización mexicana, nació de la civilización y de la literatura españolas, y que allí echó sus primera y más hondas raíces. Pero lo mismo que un vástago nacido de añoso tronco puede vivir vida propia y lozana, aún extinto su origen, ostentando su juventud en deslumbrantes flores de hermosura, así la poesía de Nueva España comenzó con Sor Juana a florecer con un vigor que ya no era solamente el que la madre patria le prestara, pues descubría los primeros brotes de una literatura nacional, que mucho más tarde aparecería, no cohibida por la imposición de la lengua hispana, sino armada de ella, con ella prospera como con un elemento extraño que se asimila y se aprovecha. El progreso humano no es exclusivamente original; es, al contrario, un compuesto de elementos tan antiguos como heterogéneos.

Dulcísima cantora de los más nobles ideales, Sor Juana Inés de la Cruz encarna maravillosamente las aspiraciones, los anhelos vagos, pero intensos, que entonces agitaban al pueblo en que naciera. Creyente y sedienta de saber; ansiosa por llevar la luz hasta los ángulos más sombríos del cerebro humano; piadosa y apasionada, aquella alma ardiente, escondida bajo el tosco hábito de la monja, palpitó, sin duda, con todas las más vivas emociones, sintiendo pasar por sus albas cimas, deliciosas ráfagas de frescura y de amor; y presa entre las cuatro paredes de una celda, hacía volar su pensamiento sin trabas por las encantadas regiones del aire azul, bañándose en la luz que a torrentes bebía en sus ensueños místicos; ¡pobre águila con las alas quebrantadas, pobre flor robada a la dicha y al sol!...

La décima Musa es una de las más bellas figuras de nuestro Parnaso. Después de ella, el mal gusto reinante domina sin obstáculos en todos los poetas coloniales, sujetos a la influencia de la poesía materna. Citaremos algunas raras cualidades que les distinguieron, y más bien para acreditar que la afición literaria no disminuía, los nombres de José Luis Velasco, de México; Pbro. Juan Arriola, de Guanajuato; Dª. Ana Zúñiga, de México; Francisco Soria, de Tlaxcala; José Rafael Larrañaga, de Zacatecas, primero que tradujo en verso castellano las obras de Virgilio, y Francisco Javier alegre, veracruzano.

Con todo y manifestarse dóciles a la influencia que de allende el Océano les venía, no eran poetas coloniales, serviles imitadores de las producciones castellanas, sino que antes bien, en gran número de ocasiones revelaban originalidad y donosura notables. Encorvado el pensamiento bajo la presión secular y religiosa, no podía pedirse mucho a los intelectos de entonces, y a pesar de todo, denunciaban una gran robustez con el hecho de no dejar ahogada para siempre la poesía en el silencio mortal de la servidumbre. Sin libertad, sin ideales, sin esperanza, ¿qué podían ellos cantar con arrebatos estupendos?

Algunos hechos notables producían a las veces profunda sensación en un pueblo que ya se comprendía apto para el gobierno propio: la independencia de los Estados Unidos fue uno de ellos, y otro, la cautividad de la Familia Real española y la invasión francesa en la Metrópoli. Aunque este último acontecimiento fue motivo de que se ponderara más que nunca el amor de la Colonia a sus reyes en extravagantes raptos de lirismo, la verdad era que allí vibraban los nombres de Patria y Libertad, sonando dulcísimos en los oídos mexicanos, y más cuando el incendio de la Revolución Francesa había arrojado sus abrasadoras chispas hasta el Nuevo Mundo. Un nuevo género de poesía inicióse entonces: la poesía patriótica que antes no tuvo ni siquiera razón de ser.

Por fin, sonó la hora de la emancipación, produciendo, como era natural, un cambio completo y profundo. La estrofa épica resonó entonces para cantar las hazañas de los guerreros y los cruentos sacrificios de la Independencia, saludando estremecida la alborada de un día inmortal. Quintana Roo, Sánchez de Tagle y Ortega fueron los bardos más entusiastas. Sin cadenas ya, sin presión, sin temores, pudo entonces la poesía convertir la mirada a las más altas cimas del pensamiento humano. Como un raudal cuyos diques se abaten de súbito, así penetraron las ideas a la tierra nuevamente conquistada para la Libertad, y todas las doctrinas pusieron en ella sus simientes. Ya no fue puramente español el modelo que los literatos se propusieran: el clasicismo conservó, sin duda, su influencia, pero al lado suyo se levantó la literatura francesa para poner su sello de exquisita gracia en las jóvenes letras mexicanas. Estos dos grandes grupos son los que han perdurado, defendiendo con iguales bríos sus ideales; uno, cantando sus tradiciones entre el crepúsculo de las creencias, como desde la cruz calada de las catedrales góticas; el otro, llevando por doquiera la curiosa mirada para alzar su canto a todas las bellezas de la vida.

El romanticismo tradujo muy bien la decepción que siguió a la Independencia, cuando las luchas fratricidas ensangrentaron por tanto tiempo el suelo de la Patria. El régimen naciente carecía de elementos para cultivar asiduamente las inteligencias, y los pocos que tenía se derrochaban en batallas. La poesía duró así por mucho tiempo, incierta y débil, como lucecilla incapaz de intensos destellos. Composiciones de un carácter puramente subjetivo son las únicas que entonces se registran.

Algunos años más tarde comenzaron los primeros ensayos de literatura dramática con Fernando Calderón, rodríguez Galván, y Don Manuel Eduardo Gorostiza.

Sin embargo, llegó la hora en que la pasión política fue algo más que pugna de intereses, convirtiéndose en lucha de principios. Los apóstoles de la libertad denunciaron el peligro que la amenazaba y clamaron al combate; y a éste supremo llama-

miento, el alma nacional encontró todo su juvenil entusiasmo e hizo gala de sus inexhaustas energías. Fue entonces cuando un soplo generoso avivó aquella lucecilla, la reanimó, la hizo crecer hasta trocarla en deslumbrante aurora; el Congreso Constituyente fue el palenque en donde una legión de pensadores jóvenes, audaces, esperanzados en el pueblo, levantó los «Vexilla Regis» de todas las ideas; allí vibró por primera vez la tribuna nacional, como tronara la tribuna francesa en el 89; allí aquel grupo, en donde estaban Zarco, Ignacio Ramírez, Ignacio Altamirano, Guillermo Prieto y tantos más, todos nobles y generosos, todos poetas y artistas, mostró la explosión más sublime del pensamiento mexicano.

La epopeya que siguió a estas luchas, la invasión, la segunda Independencia, mantuvieron inextinto el fulgor de las grandes ideas. La prensa era entonces inmenso yunque en que aquellos cíclopes forjaban rayos que arrojaban después a la cabeza de sus enemigos. La literatura de la Reforma, aquellos conceptos candentes, aquellos relámpagos que rasgaban la negra noche del oprobio, eran el vehículo en que se llevaba al pueblo el pan eucarístico del sentimiento patrio. ¿Hay algo más bello que los grandes manifiestos de Juárez? Y aquellos conceptos encontraban su correspondencia en el campo de los conservadores, donde brillaban también ingenios de primer orden. Aguilar y Marocho entre los periodistas, Pesado y Arango Escandón entre los poetas, sin olvidar a aquel dulce salmista más antiguo, Don Manuel Carpio, dan testimonio de lo que decimos.

Por fin disipáronse las sombras, y por primera vez, después de muchos años, sonrió el alba de la paz en el cielo de México. Una brillante cohorte de pensadores y poetas; un batallón sagrado de escritores y artistas sucedió a los antiguos contendientes; y a la serena luz de la mañana, aclarados ya los horizontes, alzaron los bardos sus dulces cantos, como alondras del alma. Ellos son ahora los únicos centinelas que velan, arma al brazo, por el prestigio de las letras nacionales. Esos ingenios, cuyos nombres se han citado al principio de esta reseña, son los solos sacerdotes de la poesía, porque la generación joven yace en el más profundo estupor, y no conoce ni ideales estéticos, ni generosos entusiasmos. La lira nacional ha enmudecido; sus egregios sostenedores ya no cantan, y los recién llegados no piden al alma un estremecimiento de pasión, ni al ensueño una gota de olvido…

De la reseña anterior puede legítimamente deducirse esta conclusión: que no hay en nuestro pasado ningún agente contrario al desarrollo intelectual, el cual, dañando o rebajando el concepto artístico, retraiga a las imaginaciones de una labor por todos reputada estimable y augusta. Desprendida del seno materno, la literatura patria no sucumbió, ni acabó como un ser desprovisto de viabilidad y aliento. Muy al

contrario. En posesión de su destino, las letras tomaron el rumbo que más cuadró a la índole nacional, a nuestra idiosincrasia y simpatía, permaneciendo unos literatos, fieles cultivadores de la tradición, mientras seguían otros las corrientes modernas; pero acreditando todos su poder de producir y de crear con brillo soberano.

Lo que sucede ahora con nuestra literatura, es que, faltos como estamos, generalmente hablando, de toda educación intelectual y artística, porque después de la independencia, nuestras continuas luchas no nos dejaron adquirirla, y es relativamente corto el espacio de tiempo que llevamos en paz para lograrla vigorosa y fecunda, por más que él haya bastado para despertar todas las energías materiales; faltos de esa educación literaria, decimos, necesitamos adquirirla a todo precio. Henos aquí en posesión de nuestro ideal político; ya no será éste un acicate que nos impulse, como impulsó a nuestros padres en el 57, a predicar una idea en todas partes, en la cátedra, en la tribuna, en el periódico, y a hacer triunfar los arquetipos y los dogmas salvadores; pero la labor actual, por ser más tranquila, no ha de resultar ni menos potente ni menos profunda, sino que precisamente es la hora de que despierten los intelectos a las excelencias del pensamiento humano. El marasmo en que yacemos no es síntoma ni de impotencia, ni de degradación moral, digamos mejor, de inercia, muy natural en un pueblo que durante años ha batallado, sufrido, luchado, recorriendo todo el diapasón de las pasiones, sacudiendo sus nervios hasta romperlos, en las más trágicas emociones, y que necesita después de eso, el reposo, la tranquilidad reconquistada, la vida normal bienhechora.

Podemos aventurar esta idea, no hija de un falso concepto de patriotismo, sino producto de una convicción razonada: si en este momento una eventualidad cualquiera, una invasión, un peligro de la Patria, amenazara nuestros ideales primeros, la lira nacional recobraría sus grandes acentos, sus épicos cantares, y con pindárico entusiasmo convocaría al combate y a la muerte. Y el Capitolio volvería a temblar con sublimes apóstrofes.

Pero estos arrebatos extraordinarios no nos darán jamás el factor importante que necesitamos, y que es la educación intelectual dentro de las exigencias modernas. Seguramente, nadie podrá decir con justicia que en nuestro país se desconoce la necesidad de la enseñanza, cuando es ella objeto de todas las preferencias. La instrucción popular puede lograr mucho, en el sentido de dar a nuestro pueblo un ideal estético que hasta ahora le falta, haciéndole amar y buscar las creaciones del arte, los nobles placeres de la inteligencia. Esto se alcanzará, sin duda, en un plazo más o menos corto, siendo de desear que la solicitud oficial lo abrevie hasta donde sea posible, añadiendo nuevos títulos a los que ya la ornan. Pero lejos de pretender en-

contrar en el medio ambiente la explicación de nuestra inercia, no hay que ver en él más que un reflejo de ella misma, consecuencia natural, precisa y directa de dicho estado. Las profundas palabras de Larra que encabezan este trabajo: «No se escribe porque no se lee. No se lee porque no se escribe,» expresan maravillosamente esa correlación imposible de romper ni de negar, entre el estado intelectual y el estado social.

La instrucción más elevada, la que no es para el vulgo, necesita, si ha de dar frutos de elección, mayor profundidad que superficie. Antójasenos, autorizados en esto por opiniones distinguidas, que la enseñanza actual es demasiado variada, demasiado ecléctica, perdiendo en solidez lo que no gana en aparente brillo. Esa instrucción decorativa en la que se da al alumno algo de todas partes, debe ser seria, nutrida y honda, para producir los más felices resultados. Ingenios privilegiados encontrarían en ella satisfacción que hoy tal vez no logran, y ellos solos, bien dotados, bien provistos, ascenderían naturalmente, por virtud de su fácil esfuerzo. La selección es la ley primera de todas las evoluciones.

Hemos oído repetir muchas veces, repetir hasta la saciedad, que nuestro país no necesita en este momento de intelectuales, ni de hombres de letras, sino de industriales y mecánicos. Bien comprendida esta afirmación. Sólo significa una verdad muy natural y muy justa, a saber: que en nuestro estado presente, el intelectual necesita, para sr benéfico y respetable, un caudal efectivo de ciencia y de saber, y un espíritu disciplinado por estudios sólidos que le permitan dar el contingente por todos exigido. Labor sabia, racional, científica; un entendimiento nutrido en las ricas fuentes del saber humano, que proceda siempre con la seguridad de la ciencia y con el conocimiento de sus leyes, he aquí el único intelectual posible, o por lo menos, el único prestigiado en la época actual.

El literato, el artista que contribuya con sus obras al renombre de la literatura patria, necesita antes que todo, beber en los claros manantiales de la ciencia. Hoy, los programas múltiples no consienten ni la profundidad en el estudio, ni tal vez el conocimiento de las creaciones del arte. De aquí una causa de apatía.

Otra, muy grande, la hemos apuntado ya. Los intelectuales que descuellan, no tienen entre nosotros donde darse a conocer; sus producciones son ignoradas; sus esfuerzos, desconocidos y estériles. La simpatía y el vivo placer con que se han acogido certámenes semejantes al actual, que han despertado la emulación de todos los ingenios mexicanos, es el mejor testimonio de la verdad que asentamos. En México no hay una sola Corporación destinada a proteger las letras y a difundirlas, haciéndolas amar; no hay lugares ni teatros para las exhibiciones literarias. El que siente es-

pontáneo gusto por las letras, se encuentra en un medio no sólo inadecuado, sino hostil, porque esa afición, lejos de propagarse, de ser general, es un patrimonio de algunos pocos a quienes todavía se mira como desequilibrados. Y no hay que dudar de que la competencia, la apoteosis, el triunfo, son la mitad del anhelo artístico; la otra mitad es la protección a sus obras, la seguridad de que ellas bastarán para hacer posible y honrada una existencia de artista. Como en la enseñanza, la selección representa aquí también un papel importantísimo: los vencedores surgen, adelantan, ascienden. Pueden esperar. Su reputación irá haciéndose y ellos vivirán.

Estas pugnas, estos certámenes que en todas las naciones cultas son frecuentes y casi cotidianos, tienen también la ventaja de educar el gusto público, de interesar al pueblo inteligente en ellos, dándole el criterio suficiente para juzgar; y ya esto es mucho, indudablemente: es nada menos que la iniciación en los sagrados misterios del arte.

En cuanto a la protección que él reclama, nos encontramos igualmente necesitados. Y esta es una de las causas más poderosas, más trascendentales del silencio de nuestra literatura. La protección individual es nula; nadie, precisamente por esa falta de educación artística, se cuida de ayudar poco ni mucho al arte patrio, premiando a los artistas. Hoy por hoy, la protección eficaz, decidida, constante, sólo puede venir del Gobierno; pero en términos de no despreciar nunca, de no abandonar jamás una energía que se levante, una esperanza que brote. Sólo así llegaremos a ver en actividad los fuegos de la inteligencia. Mientras el orador cuente como teatro para sus arengas un juzgado de pueblo, y el bardo escriba sus versos a hurtadillas en el pupitre de una Notaría, la inspiración será en México lo que es a la fecha: un padrón de miseria y de vergüenza.

No es necesario insistir más sobre este punto, a pesar de que en él está el corazón, el núcleo mismo del problema; son notorios a todo el mundo la lucha, la inquietud terrible del arte en México, su porvenir sombrío. La protección, el aliento oficial traerá después, sin duda, la protección individual; pero de u origen o de otro, ellos son los factores primeros del progreso en la infancia del arte. Para recurrir constantemente a la experiencia, basta evocar la memoria espléndida del Renacimiento en Italia. Aquella falange incomparable de artistas, Miguel Ángel, Rafael, Los Carranche, Bramante, Cellini, poetas, pintores, músicos, escultores, ¿cómo pudieron llevar su inspiración hasta las más fascinadoras creaciones, sino porque príncipes, magnates y pontífices les instalaban bajo las bóvedas de mármol, en la penumbra misteriosa y romántica de sus palacios, en el recogimiento de las naves bizantinas, para que allí cantaran, pintaran, esculpieran, viendo respirar a su ideal de divina belleza bajo la

sombra protectora que les guardara y protegiera? ¿Sin Lorenzo de Medicis, sin Julio II, desplegarían los gigantes de la Sixtina sus actitudes trágicas, se alzaría la cúpula de San pedro, como hostia viva del arte, ni radiaría en las tinieblas el terrible Pensiero?

El don celeste de las creaciones estéticas era entonces lo que debe ser: un título de nobleza, el único justo, el único legítimo, y aquellos artistas compartían en esos tiempos con los nobles y con los grandes, honores y fortuna.

Para impartir racionalmente su protección, el Gobierno contaría en primer término con las Corporaciones doctas que se establecieran, y que podrían ilustrar su gestión, haciéndola inteligente; con el resultado de los concursos, que acusaría las mejores obras; pudiendo hasta crear una Academia con los poetas más distros, con los pensadores más prestigiados, que constituyeran una especie de Senado literario, Juez infalible del mérito y la belleza. La falta de estas Asociaciones es también la razón de que un importantísimo factor literario, aquel que traza el rumbo a los escritores, aquilata la belleza y purifica el gusto, sea absolutamente desconocido entre nosotros: la crítica. Sin producción activa y constante que, con la variedad de obras creadas, una buenas, otras malas, haga salir a flote el mérito y despierte la pasión por el estudio, por la comparación de todas ellas para seleccionar las que lo merezcan, esta labor pasa ignorada, o por lo menos, desdeñada por nuestros ingenios. ¿Quién no ve que hay allí un factor muy poderoso y muy real de educación literaria? La creación de Corporaciones como las que proponemos, sería un gran paso en este camino, que consagra el triunfo del saber y la condenación del mal gusto o de la ignorancia.

Pudiera decirse todavía mucho sobre esto; las consideraciones apuntadas consienten desarrollos que no serían inútiles a la soñada reanimación de las letras; pero la naturaleza de este trabajo lo impide; y su extensión, aún reducida y vigilada, va tomando proporciones vedadas. Basten a la reflexión las inferencias formuladas que, por otra parte, son fundamentales y decisivas.

La ausencia de Corporaciones doctas, propagadoras del arte, ha producido resultados deplorables; pero la mayor rémora estriba, sin duda ninguna, en la falta de una Asamblea semejante que vele por la pureza, por los fueros de la lengua. Nadie negará que el idioma está entre nosotros profundamente descuidado. ¡Cuán raro es, excluyendo a las eminencias, encontrar un escritor castizo, un hablista pulcro, correcto, respetuoso de su idioma y atento a no lastimarlo! La gran mayoría de los literatos incurre en defectos censurables; los neologismos están a la orden del día; una verdadera horda de contrabandistas, introductores de vocablos bárbaros, de giros imposibles, de conjugaciones «sui géneris,» devasta la Gramática y el sentido

común, sin que tales proezas sean presentadas a la condenación universal por jueces venerados. Se comprende bien que no tratamos de llevar esta exigencia hasta la pedantería; pero es un hecho que el lenguaje se deforma y se altera.

Esto trae por consecuencia inevitable, el entorpecimiento de ciertos géneros literarios. Los triunfos del bien decir se ignoran, el afán por ganarlos no hostiga los espíritus. Faltando las ocasiones de hablar, los brillantes asaltos de la palabra, las grandes paradas de oratoria, como faltan absolutamente entre nosotros, los literatos envejecen, ajenos al cultivo de este hermoso ramo del arte. El lenguaje se empobrece, el pensamiento mismo pierde mucho de su riqueza y gallardía. ¿No es una verdad que intelectuales distinguidos, rehúyen frecuentemente hablar en público?... Acaso se dicen, con mucha razón, que sus esfuerzos no han de ser ni debidamente comprendidos ni justamente apreciados. Las solemnidades cívicas son las únicas exhibiciones de la palabra. ¡Y cuán tristes ejemplos de vulgaridad y de miseria!

La novela es otro género que en nuestro país no ha podido prosperar, debido en mucha parte a la causa que venimos estudiando. Salvando felicísimos ensayos, cuya repetición no es frecuente, podemos decir que no hay muchas novelas mexicanas acabadas y plausibles. El conocimiento del idioma es todo en esta materia. Nuestros literatos han trabajado laudablemente, han hecho esfuerzos por llegar a la meta y acaso lo hubieran conseguido, como algunos pocos, si tuvieran a su alcance los medios de comprender y dominar totalmente la lengua, para manejarla con éxito después. Con todo, las letras mexicanas no están faltas de preciadas joyas en este orden. ¿Qué cosa más deliciosamente bella que los cuentos del Duque Job, su prosa tan sugestiva, tan galana, figura de mujer encantadora que atraviesa sonriendo por los más sencillos y vulgares asuntos?... La novela ha recibido la influencia de todos los factores estudiados en la poesía, pero en ella, como es natural, agravada y acrecentada.

Quisiéramos poder hablar mucho de la prensa. Todas las imágenes que constantemente se emplean para representarla y expresar su alcance: ariete, palanca, espada de la sociedad, resultan pálidas, flojas en incoloras. La prensa en todas las naciones, especialmente en las democracias modernas, es fuerza omnipotente, es mar profundo que tan pronto duerme manso y sosegado, como se levanta devastador y terrible. Puede hacer mucho y al presente no hace nada. Hija del siglo, inspirada en el mercantilismo, en el negocio, en el «dollar,» el reportazgo es su más brillante joyel. Pero al lado de la prensa informativa, hecha para contentar necesidades artificiales de una sociedad, ha de existir indispensablemente la otra, el periódico-Apóstol, el periódico-maestro. La Ciencia es hoy la única esperanza de los pueblos, su redención más segura. El periódico-maestro accesible a todos, que lleva en sus columnas la

palabra de la verdad, la voz del ideal persuasiva y bienhechora; el periódico-Apóstol, que con la sencilla frase del Evangelio humano, dirige las voluntades hacia el bien, señalando los eternos faros del alma, entre la revuelta confusión de las sociedades modernas; el diario que llega hasta el obrero, como un amigo, para hacerle la crónica, no del crimen, sino de la esperanza, de las conquistas del pobre… esa es la prensa que importa escuchar, la que trae entre sus alas una promesa y una palabra, en medio de todos los elementos ferozmente mudos…

¡Ah, y cómo es urgente que esa obra se inicie! Constituimos un pueblo joven, es verdad; sin cánceres todavía, sin terribles vorágines en el presente; pero no hay educación como la del periódico diario, cuyas frases penetran constante, lenta, insensiblemente, en el alma popular. ¡Cuánto tenemos que aprender, cuánto tenemos que enseñarle a ese pueblo de nociones estrechas, de ideas subvertidas, de conciencia torpe e incompleta, pero que es nuestro pueblo, nuestra fuerza y nuestra alma! La escuela está abierta para él, sin duda; pero el periódico es otra escuela más atractiva y más grata, en donde penetra gustoso para oír a los maestros. Si saben interesarle, cautivarle, la obra está hecha. Y hay que intentarla sin tardanza. Hoy comienza el comercio y la industria a dar sus primeros pasos. Mañana asomará su terrible faz la cuestión obrera, y este es asunto de vida o muerte, que una preparación atinada puede sabiamente resolver o atenuar.

En los instantes de efervescencia política o social, la prensa se enseñorea de la situación, imponiendo sus ideas. Hemos hablado ya de lo que fue la prensa mexicana durante la Reforma y el Imperio. Pasados esos sucesos, por sí misma decae, afloja en su furia primera, para verla renacer pronto con otro acontecimiento semejante. Pero su misión educadora, su obra diaria, esa no puede ser descuidada, so pena de graves trastornos. Y por una relación muy natural, al decaimiento de la prensa corresponde también el decaimiento en la cultura social y en el grado de instrucción general. Nuestro Gobierno, que tantos títulos tiene a la gratitud nacional impulsará más todavía, sin duda, este medio de instrucción para el pueblo, haciendo servir el periodismo, en cuanto de él dependa, para su más alta misión social e épocas de trabajo, de orden y de paz.

El estado de la prensa es, pues, a un tiempo mismo, causa y efecto.

Otro de los factores que influyen poderosamente en el estado de nuestra literatura (factor y producto a la vez), es el Teatro, por ser él enseñanza insensible, pero constante. Aquí volvemos a encontrar ese flujo y reflujo que ya tantas veces hemos advertido. La literatura dramática comenzó a hacer brillantes ensayos algún tiempo después de la Independencia, con Fernando Calderón, Rodríguez Galván y Gorostiza.

Las impecables comedias de este último son dechados de belleza exquisita. Eran los tiempos del romanticismo, y los primeros autores citados fueron dóciles sectarios de los ideales reinantes. Los hechos políticos antes señalados impidieron el impulso del Teatro, y la dificultad propia de este género retrajo a los ingenios. Es necesario decir también que la falta de educación artística, apartando al público de las representaciones dramáticas, retraía a los grandes artistas extranjeros, haciéndoles temerosa la venida a un país el donde el éxito era más que problemático… La ausencia de buenos intérpretes ha influido enormemente en el gusto público. A la fecha, él no existe; un sentimiento estético y puro es ajeno a la mayoría de nuestra sociedad. En este punto nos encontramos en el mismo estado de hace muchos años. Costosas o baratas, clásicas o modernas, las representaciones dramáticas no interesan sino excepcionalmente a los mexicanos. El gusto por el Teatro, la afición, el estímulo, son escasos o nulos.

Síguese de aquí, ineludiblemente, el estancamiento en la producción. De todos los ramos del arte, es éste el más difícil, y aunque muy bello, el menos estimado. El principiante a quien entusiasma el éxito que puede alcanzar una poesía cualquiera, sabe muy bien que al Teatro no asistirá nadie, y que su obra encontrará fríos a los escasos espectadores. Este es un hecho constante. Por lo mismo, es escritor imprime nuevos rumbos a sus ideales, y el arte dramático permanece rudimentario y olvidado. Su cultivo provocaría el gusto; éste acrecentaría aquél, y he aquí cómo no se escribe porque no se representa, y no se representa porque no se escribe…

¿Quién negará las conquistas preciosas que se realizarían con educar a nuestro pueblo en el culto de este arte, religión de todos los pueblos civilizados?

Agréguese todavía la influencia perniciosa, nociva, profundamente corruptora e inmoral, que cierto género está produciendo en los concurrentes a espectáculos teatrales. El único teatro posible actualmente en México, no es el Teatro barato, modesto, pero discreto, en donde las clase media en ínfima encuentran honesto deleite y enseñanza provechosa. Estos teatros, si los hay, están relegados al olvido, condenados irremediablemente a sucumbir por el feroz abandono del público. El teatro socorrido y frecuentado, es el que pone zarzuelas más o menos libres y el que cuenta con artistas menos escrupulosos. Allí va la concurrencia en corriente no interrumpida; allí es donde nuestro público encuentra su único solaz, precisamente cuando el arte ha desaparecido y la belleza intelectual no existe. La educación, pues, que recibimos, es una educación negativa. Desde las altas clases hasta las últimas capas del pueblo, el mal cunde cada día más, siendo difícil adivinar qué grado alcanzará.

Tan urgente es el remedio, que sería de desear una intervención benéfica del poder público gravando este género de espectáculos, y fomentando, con el producto

de ese gravamen, los espectáculos nobles y buenos. «El Teatro Popular,» esa iniciativa de pensador eminentísimo lanzada al Ateneo recientemente establecido, será también un gran factor que depure el gusto y acreciente la producción. Labor alta, pura, santa, descubrir ante los ojos atónitos de las muchedumbres, bellezas eternas, y hacérselas sentir en tanto las pueden comprender. La empresa es factible. Si escapan al pueblo los detalles exquisitos, los lineamientos deliciosos, en cambio su grande alma vibra con los movimientos del ser humano sufriente o apasionado. ¿No es el pueblo magnífico poeta?

De todas suertes, nunca más fundadamente que hoy puede esperarse protección y aliento para el arte; hoy, que marcha al frente del Gobierno intelectual un gran poeta, un gran artista, núcleo de nebulosa espléndida, a la cual se vuelven ansiosas todas las miradas.

Al lado de estas causas principales, existen otras, menos sensibles acaso, pero también activas. Una de ellas es la falta de bibliografía en México; otra, el alto precio de los libros, que no consienten su adquisición a las clases pobres. El día en que se abarataran las publicaciones, y en que el obrero, al igual del literato, pudieran sin sacrificio dedicar una parte de su jornal a la lectura, el progreso intelectual sería evidente. En la naturaleza misma del pueblo está el amor a las creaciones fantásticas, a las leyendas maravillosas. Que pueda cómodamente satisfacer y desarrollar esa afición, y su inteligencia se ilustrará y el gusto se depurará. Ya hemos visto que este es el gran agente de producción literaria.

Resumimos:
El estudio de las causas anteriores indica naturalmente los siguientes remedios:

I. Educación intelectual, literaria y artística.

II. Instrucción más profunda que extensa; detenida y sólida en el estudio de la literatura, especialmente en la española y la patria.

III. Certámenes, concursos, justas literarias; todos los medios de exhibición intelectual, todas las ocasiones de que el esfuerzo psíquico aparezca y aliente.

IV. Creación de corporaciones doctas, y selección de la aristocracia intelectual, para formar de ella un Senado del pensamiento y del arte.

V. Protección eficaz, decidida, del gobierno a todos los literatos y a todos los artistas,

VI. Creación de una Academia que vele por la pureza del lenguaje.

VII. Educación por la prensa. Prensa de ideas, de enseñanzas, de propaganda literaria.

VIII. Teatro Popular.

IX. Auxilio a las empresas de espectáculos teatrales, altos y bellos.

X. Trabajos bibliográficos. Difusión del libro y del periódico, poniéndolos al alcance de todos.

Tales son los recursos que el criterio reflexivo señala para fomentar nuestra actividad intelectual.

Cualquiera que sea la importancia de las causas antes expuestas, ninguna denuncia un eclipse del pensamiento nacional. Desesperar de nuestra aptitud, fuera desconocer la Historia y la Naturaleza. Jamás nuestra imaginación latina, encendida por un beso de la vida al ensueño, y hasta ahora rica, poderosa y fecunda, arrojará sus galas ni olvidará su antiguo encanto. Nacidos ayer, necesitamos cobrar fuerzas, nutrirnos, desarrollar con una existencia orgánica, los secretos resortes de nuestra energía. Per en medio de todo esto, el arte. Si ha pasado la era de los artistas trabajadores, que comience la de los trabajadores artistas! Y así, fuertes y grandes con la labor redentora, alumbrados por la belleza eterna, levantaremos la frente a todas las radiosas excelsitudes, ceñida con esas dos coronas que son la inmortalidad de los pueblos: una de oliva, que se llama Paz; otra, de luz, que se llama el Genio!...

Causas de nuestra escasa producción literaria y medios de combatirlas*

Agustín Aragón

La literatura griega, y en general las literaturas de edades pasadas, nos parecen tan grandes, porque las conocemos principalmente en fragmentos. Sólo las obras maestras han sobrevivido y no hemos visto las obras vulgares. Nuestra propia producción literaria parécenos tan pobre, no porque absolutamente lo sea, sino por compararlas con la de países de más abolengo que México.

Demostrada ya la ley del progreso social, y partiendo de ella como postulado, es fácil explicarse por qué escasea nuestra producción literaria.

Un artista, para producir, necesita disponer de todo su tiempo; y para lograrlo, le es necesario tener dinero para vivir. Por elevado que sea en su categoría el literato, no puede sustraerse su vida espiritual de la vida material.

Los productos del arte, manifestaciones las más elevadas de la vida social superior, están sometidas al imperio de las condiciones materiales del a existencia. En las sociedades pobres, es objeto de lujo lo que apenas ven como necesario las agrupaciones más ricas. La necesidad de una fortuna material para la gran producción literaria, la expresó el inmortal Condorcet desde el siglo XVIII en su vida de Voltaire, en este elocuente pasaje: «La ventaja de nacer con una fortuna independiente no es menos preciosa (lo dice Condorcet, después de haber descrito la educación de Voltaire). No conoció nunca M. de Voltaire la desdicha de verse obligado o a renunciar su libertad para asegurar la subsistencia, o a someter su genio a un trabajo exigido por la necesidad de vivir, ni a contemporizar con os prejuicios y pasiones de un protector. De suerte que su inteligencia no se vio encadenada por el hábito del temor, que no sólo impide producir sino que imprime a todas las producciones cierto carácter de incertidumbre y flojedad. Su juventud, al abrigo de las inquietudes de la pobreza, no lo expuso a contraer ni la timidez servil que engendra en las almas débiles la necesidad

* En *Revista Positiva*, 1 de junio de 1902, pp. 177-187

habitual de los otros hombres, ni la asperidad e irritabilidad inquieta y sospechosa que produce infaliblemente en las almas fuertes la oposición entre la dependencia a que la necesidad las sujeta y la libertad que exigen sus grandes pensamientos.»

Los artistas de la antigüedad vivieron a expensas de los esclavos; en la Edad Media y en el Renacimiento, subsistían de la protección de los papas y de los reyes. En los tiempos contemporáneos se ha visto la subsistencia de los literatos asegurada por un público desconocido de ellos. Sus necesidades materiales se llenan por lo demás en cambio de los elevados servicios que prestan. En la ciencia, en la política, en la literatura, en todas las artes de la civilización actual, para producir es menester que la actividad cerebral no se distraiga de la producción de la riqueza material. Si así no fuese n o habrían podido producir ni Darwin, ni Spencer, ni Tennyson, ni Ruskin.

Los más notables aspectos de la ciencia, de la literatura, del arte, de la política, de la elaboración espiritual, en suma, se deben a una clase que ha tenido vida material descansada o que la ha patrocinado un grupo de admiradores, ya directa o ya indirectamente. Sólo la ausencia de la obligación de producir para el *mercado*, da al genio toda su libertad y produce las mejores obras. Las grandes producciones de la inteligencia han sido siempre espontáneas. Cuando los literatos, por razón de su independencia económica, pueden cultivar su arte, ya por el contacto con todas las clases sociales, ya con la experiencia de una observación paciente, sus producciones son completas y numerosas. Pero perdida la inspiración por la necesidad de atender a otras cosas sin apoyo en la sociedad, ora material o moral, la literatura es escasa y raras veces de lo mejor.

El intelecto se emascula y el arte se vuelve artificioso cuando el escritor no toma directamente de su propia observación los materiales para sus libros y se inspira en las obras de los demás, sin tener clara comprensión de la vida que se agita en su derredor.

Esta condición es esencialísima en la producción estética y literaria. Lo que no se ha contemplado por el artista mismo, aunque él lo presente bien vestido, tendrá siempre los caracteres de las cosas muertas. No es fácil sustraerse a la propia religión, a las instituciones, a los hábitos y gustos para pintar lo que no tenemos costumbre de ver, lo que no podemos amar. Los artistas griegos triunfaron, porque nunca presentaron obras extrañas a su público; Los Eurípides y los Sófocles, guardáronse de transportar a la escena a Osiris y las fiestas misteriosas de los egipcios, de donde procedía, no obstante, su arte. Nuestra vida personal, nuestra sociedad diferenciada, debe estudiarse por nuestros literatos, que sin desdeñar el estudio de otras costum-

bres, hallarán en las naciones campo fértil y espacioso para la inspiración. Donde no se cultiva la espontaneidad mental, la ciencia degenera en pedantería esotérica, la filosofía en verbosidad refinada y el arte en *artificio*.

La gran literatura exige calma para su elaboración por las condiciones especiales del trabajo estético. La historia nos enseña que el arte no sigue un proceso continuo como la ciencia; el arte tiene periodos excepcionalmente brillantes que abarcan a lo más una o dos generaciones. Necesita de tranquilidad interna y externa para poder producir, mientras que la agitación favorece la producción científica.

En todo trabajo mental has dos periodos: la concepción y la ejecución. La primera es la más delicada y la que más reclama la tranquilidad, el reposo. Un gran filósofo del siglo pasado, llegó al descubrimiento de una ley importante, después de *largas horas* de continua meditación. ¿Habría acaso podido lograr esa elaboración sin la calma de que disponía? El literato se ve obligado a interrumpir su labor, porque no todos los momentos son propicios a la producción y debe reanudarla en el instante en que se sienta dispuesto a seguirla. Los artistas más grandes, los excepcionales, después de bosquejar y de haber traducido en líneas gruesas la idea concebida por la vivacidad de su genio, recogen su espíritu, pliegan las alas de su imaginación, para meditar y perfeccionar la idea primera. El tiempo que se necesita para ese recogimiento, el tiempo para comparar, para revisar, no son horas que puedan sustraerse al ocio, son días, meses y años para que la obra no aborte.

La tendencia que prevalece actualmente en nuestro país es la del mejoramiento de las actividades materiales. La fama del soldado, la riqueza del millonario, el poder del político, cautivan a nuestra sociedad. La prensa y el sacerdocio se disputan la supremacía no en el arte clásico, sino en el campo de los resultados materiales, La mira de cada uno es superar a los demás en poder y por poder, se entiende la riqueza. El mal es universal, pero en los países jóvenes presenta caracteres más agudos, como en México.

Cuatro siglos antes de Jesucristo, les ofreció Nicomedes a los ciudadanos de Cnido la liberación de su deuda a cambio de una estatua de Praxiteles que ellos conservaban. Rehusaron, naturalmente. ¿Qué conjunto de obras de arte en una ciudad europea, pagaría la deuda de una nación a juicio de los acreedores? Seguramente ninguno.

El hombre que inventa algo en el dominio de las artes industriales, es el que predomina en nuestros días. Un escritor joven, de México, fue ridiculizado hace cuatro años, por haber dado a la estampa estas palabras: «Se considera en estos tiempos como más importante la rapidez del transporte que la calidad de los cerebros

transportados, y como más urgente el perfeccionamiento del telégrafo eléctrico que el mejoramiento de los sentimientos e impresiones que transmite.» El excesivo trabajo muscular inhabilita para los esfuerzos del pensamiento y tiende a producir más que a consumir.

El carácter comercial no se compadece sino con la actividad científica *aplicada* a la industria, porque multiplica el esfuerzo productor, transforma y agiganta el trabajo muscular, pero excluye las manifestaciones del arte y de la filosofía. Ningún escritor ha caracterizado tan bien nuestra época como lo hace John Stuart Mill en las siguientes líneas: «El carácter comercial, entre todas sus felices consecuencias, entraña también, en todas partes donde prepondera, el mal de sacrificar todo a la acumulación de riquezas y al agrio y exclusivo egoísmo que la acompaña, pues aquello que ocupa necesariamente el tiempo y los pensamientos de un hombre en la mayor parte de su vida, ejerce en su espíritu un ascendiente desproporcionado a su importancia real; y allí donde la prosecución de la fortuna excede de lo que es necesario para las comodidades de la existencia, allí donde es prosecución exclusiva de los intereses de la familia y de los propios, se convierte para el individuo en el fin esencial de su vida, casi siempre es incapaz el hombre de llevar su simpatías y de extender su esfera de actividad, más allá del círculo de su familia y de sí mismo.

Preponderando como prepondera entre nosotros la actividad práctica, el comerciante ve al *arte* como una rama del *comercio* y lo sujeta a las fluctuaciones del mercado y a los caprichos de la moda, como cualquier otro producto de nuestra refinada civilización. Nuestra era es práctica, nuestro país es comercial. Nadie se aventura a publicar un libro, editor o autor, si no tiene *demanda*, por más que contenga verdades elaboradas. Los autores no son entre nosotros los grandes sacerdotes de la vida social, sino los infelices soñadores que ni siquiera la conquista de un *modesto pan* aseguran con sus producciones. No se exige la monomanía poética, la manía *deinée* de que habla Aristófanes al referirse a Esquilo, para producir obras literarias, sino un cálculo que revele la comprensión del estado del mercado. La *callida junctura* de Horacio sustituye al arte real. La teoría comercial nos domina y nos arrastra, puesto que ha trascendido hasta el arte y convertido al *Artista* en *Artesano*.

La producción literaria no puede realizarse como la industrial, *sur commande*, porque la actividad práctica es meramente externa y el arte tiene una vida interna que no está sujeta a la voluntad humana.

Somos un país pobre, tributario de otras naciones, pues la riqueza que se produce en México se va a Europa y Estados Unidos en su mayor parte, y nuestro propio capital lo aumenta con lentitud. Nuestras clases ricas tienen escasa cultura, son poco

numerosas y consumen poquísimos libros. Los profesionales, que son los consumidores, viven al día y no pueden fomentar la literatura más que en corta escala.

La actividad práctica absorbe a tal grado en México, que no se conoce aquí a la gente que no muera consagrando sus últimas horas de salud a los *negocios*. El profesional, el agricultor, el comerciante, en banquero, el político, el industrial, el empleado, el profesor, mueren al pie del cañón aunque tengan sobrados recursos para retirarse de la vida activa a los *sesenta años*! Organizado así el grupo social mexicano, ¿qué tiempo dedican a los goces elevados del arte los únicos capaces de comprenderlos? Ninguno; pues ni una vejez tranquila les seduce para abandonar la actividad comercial.

En nuestro país la riqueza no está ampliamente distribuida y por lo mismo se dificulta mucho el progreso social.

Los remedios para aumentar nuestra producción literaria no son de acción inmediata, pues los males profundos no tienen medios de curación pronta y eficaz. No renacerá a la vida del arte nuestra sociedad con un *Surge et ambula*, por vigoroso que sea nuestro conjuro. Para imprimir actividad mental estética a los organismos, se necesita del auxilio de muchos medios y de la aplicación continuada de ellos. Las leyes son ilusorias y nadie propondría valerse de ellas para lograr ese fin.

La difusión de la cultura literaria en las escuelas, es el medio subjetivo más eficaz para que nuestra literatura adquiera mayores proporciones. En este sentido es de gran alcance la reforma que se lleva a cabo actualmente. El aumento de cultura de nuestros ricos, favorecerá también la literatura. Las conferencias, sencillas, claras, variadas, constantes, por los amantes del arte, serán un medio asimismo de mejoramiento

Un medio práctico para hacer sentir en México la importancia social de la literatura, sería la organización de un grupo de hombres de letras sacrificados (dévoués) que recogiese, centralizase, elaborase y publicase, según un programa uniforme, los materiales para un estudio completo de nuestros grandes literatos. Se agregaría a esa labor la de dar a conocer, por medio de biografías elaboradas, a lo grandes «consumidores-conocedores» (Chevreul), a los protectores activos de las empresas estéticas: León X, rey de Baviera, por ejemplo, entre los más ilustres. Este grupo de literatos nos daría a conocer, con su labor, nuestro verdadero *capital estético,* o sea el conjunto de los esfuerzos que expresados por el medio filológico hayan servido de modo más o menos activo, directo e intenso, a la producción de otros trabajos. La *capitalización literaria* en México o yuxtaposición y condensación compacta y resumida de los resultados literarios de nuestra vida social, está por hacerse; y la formación del

núcleo que propongo responde por tanto a una verdadera necesidad social. Su formación nos daría a conocer las huellas de cada uno de los literatos mexicanos, el esfuerzo de esos elaboradores de la civilización y el *elemento de originalidad* que hayan agregado a la labor de sus precursores.

Después de esa condensación vendría la *crítica* o la sana apreciación de mérito de las obras que acabaría con todos los prestigios infundados, con todas las supersticiones que constituyen un estorbo poderosísimo para el triunfo de la verdad y para la salud social por tanto. La conservación de los *prestigios* nos hace vivir en estado de mentira permanente, teniendo que respetar, incensar y obedecer, a quien sabe y dice todo el mundo que no merece respeto y obediencia por ser una calabaza y una mala persona en toda la plenitud de la frase. Quizá se escandalicen algunos de los severo y explícito de mi lenguaje, lo sentiré; pues nada se logra con ocultar la verdad y mucho puede alcanzarse si se conoce el mal. De nada le sirve al avestruz esconder la cabeza bajo sus propias alas para que no le vean. El peligro, para poderlo conjurar, hay que afrontarlo, verlo y conocerlo. Sólo el que se da cuenta de su malestar o de su decadencia, está en capacidad de remediarlos. Es necesario levantar un poco la frente para decir cuál es nuestro verdadero estado social e impedir que la herrumbre nos mine la vida. Yo no puedo decir que por donde quiera que extiendo mi vista para estudiar los elementos de vida de mi país, no veo sino *luz*, no, porque veo también *sombras*, y éstas no son tan escasas que su potencia quede ahogada casi completamente por la primera. Hay mucha gente de buena fe que cree que estamos muy bien en todos sentidos, que nada nos falta: son unos ignorantes o los imprevisores, de esos que no ven nublado hasta que está encima y ya no tiene remedio lo hecho; más los hay también *cucos*, conocedores de que nuestro estado social no es un *modelo*, pero encariñados con él por la cuenta que les tiene, e interesados por lo mismo en conservar el *status quo* y en hacer creer lo inconveniente que sería dar crédito a las exageraciones de unos cuantos ilusos.

Nuestro problema literario y científico consiste en excogitar los medios para proporcionar el bienestar y la tranquilidad a los que lleven a sus conciudadanos las luces del saber y los goces inefables del arte; y es preciso trabajar para que el carácter comercial no nos domine absolutamente, pues no gozan los hombres de tal independencia que logren librarse por completo en obras y palabras del influjo de los tiempos en que les cupo en suerte nacer y vivir; por esto se dice que cada edad lleva, en mayor o menor suma, los tributos de sus hijos.

Al Gobierno debe pedírsele poco, muy poco, pues hace ya mucho en favor del progreso intelectual. Subvenciona, de un modo u otro, a todas las publicaciones de

arte y ciencia, e imparte a casi todas las agrupaciones científicas o de letras, generosa protección. A unas les da dinero o impresión de sus publicaciones, a otras local o dinero, y a varias todo a la vez. Mr. Spencer se horrorizaría si supiese de tan vastas protecciones.

Todo el que llama a las puertas del Gobierno mexicano para demandar subsidio en apoyo de algún trabajo científico o literarios de mérito, no llama en vano. Las acusaciones, pues, que se haga al Estado, serán de algunos declamadores, porque el fomento ha sido tan vasto, cuanto ha estado a su alcance, y no ha faltado la grandeza de miras a pesar de lo secundario de esa función gubernativa.[16]

Mas para el grandioso objeto de fomentar el culto a lo bello en México, se necesitan, como decíamos, remedios más trascendentes, modificar el medio social difundiendo el saber, educando el gusto, manteniendo los juegos florales para estimular con la recompensa y alentar con el honor a los que consagren sus energías a la noble lid. Así se alentará la esperanza, y el *tiempo*, factor de lejanas consecuencias, y la *paz*, cimentarán la obra que hayan de gozar las generaciones venideras. Las energías que antes perdimos en la lucha contra nuestros invasores y en nuestras luchas internas y que actualmente gastamos en puras necesidades de nutrición, se emplearán en el florecimiento del arte si aplicamos los medios señalados para fomentarlo.

El complexo fenómeno del *éxito social*, es correlativo de la impresión que la obra del artista produce en sus contemporáneos, y desempeña, como es sabido, un gran papel en las ventajas que concurrren a sostener la vida mental, pues obra sobre la producción en un sentido favorable a la actividad. No conozco a los artistas hijos de familias acomodadas mexicanas, pero sí a los de cuna pobre o de medios desfavorable al cultivo de sus inclinaciones. Estos, cuando perseveran a pesar de los obstáculos, acaban de enriquecer nuestra literatura con producciones originales y fecundas, pero después de haber perdido en lo mejor de la vida, gran fuerza nerviosa; ¿en qué? No en el progreso del arte, sino en procurarse escasas facilidades materiales.[17] La producción en estas circunstancias se lleva a cabo penosamente y en verdad que es más meritoria, pero no lo que hubiera sido en un medio menos adverso. Si la subsistencia del literato ha de asegurarse con la libre cooperación del público culto, el éxito social favorecerá la inspiración, y es modo de remediar nuestro estado literario todo lo que dé estímulo y contribuya al mejor conocimiento de los artistas, pues la falta de éxito obra como interruptor y mutilador de la espontaneidad estética. Claudio Bernard observa con razón que: «En la juventud reside la *fuerza viva, que debe utilizarse luego, en vez de dejarla extraviarse en direcciones sin salida o perderse en estériles combates*.» Lo que Barreda realizó en el orden científico puede servir de

modelo en el orden literario para encauzar las actividades de los jóvenes literatos.

Este estudio del tema de Don Ramón Corral, tema el de más trascendencia para la patria, debería abarcar la apreciación de la manera más explícita y rigorosa, de los fenómenos sociales complexos que acabo de indicar y la investigación de sus diferentes fases, con un resumen de los efectos variables que determinan en la producción literaria; sólo así legaríamos a las condiciones elementales más íntimas de nuestro fenómeno literario. Pero no es posible hacer una obra de aliento en pocos días, la *mediación* ha consumido casi todo el plazo y no ha sido completa. Como en el tema se persigue un fin práctico, he tratado de presentar puntos de apoyo que sirvan para modificar o eliminar los efectos deletéreos del fenómeno, por eso he examinado como fundamento las condiciones de producción y nuestro medio exterior, que lejos de ampliar la espontaneidad estética, le corta sus potentes alas.

Voy a terminar proponiendo que nuestros literatos se asocien, no sólo para producir y deleitar a los demás, como lo indicaré luego, sino para proporcionarse ellos mismos motivos de íntima satisfacción. Las veladas, las conferencias, las jiras campestres *íntimas,* darán solaz a nuestra juventud literaria. Nada más encantador entre los europeos y anglo-americanos consagrados a la ciencia o al arte, que sus paseos, sus excursiones, sus grupos en que uno dirige, explica, enseña, y los demás escuchan, siguen y atienden. No puedo resistir a la copia de un pasaje en el que Mr. Spencer describe los encantadores paseos del Club X, al referirse al difunto profesor Tyndall: «Nuestro programa era dejar la ciudad (Londres) temprano, en la tarde del sábado, para poder efectuar una correría o una excursión en bote antes de comer; tener un *pic nic* el domingo en algún sitio pintoresco adyacente a nuestro cuartel temporal; y en la tarde de este fía volver a la ciudad los más ocupados, y los que menos hasta la mañana del lunes. Dos de nuestros pic nics se efectuaron en las Playas de Burnham, uno o más en St. George's Hill, Weybridge, y otro en la selva de Windsor. Como nuestros espíritus en aquellos días, no habían sido vencidos por los años, y habíamos agregado el placer de la sociedad de las damas, esos paseos eran extremadamente agradables. Si Tyndall no hubiese agregado vida a nuestro grupo por sí, lo habría hecho por su hilaridad. Pero el motivo especial que tengo para mencionar las reuniones rurales del *X*, es la narración de un hecho que sorprenderá a no pocos y que quizás les sea intructivo. Llevábamos algunas veces a nuestro *pic nic* un tomo de versos que se utilizaban convenientemente después del refrigerio. Una ocasión, reclinados en los árboles de la Selva de Windsor, Huxley nos leyó «Oenone,» de Tennyson; y otras escuchamos la lectura por Tyndall del poema de Mrs Browning, «Lady Geraldine's Courtship.» La gran mayoría de la gente supone que hay antago-

nismo entre la poesía y la ciencia. Este es un hecho que motive en algunos la revisión de sus opiniones.»

Siendo estudiante un grupo de jóvenes entusiastas que cursaban derecho, efectuaban excursiones análogas a las del Club *X* de Londres. Estos mismos jóvenes, hoy hombres, si reviviesen su costumbre y ensanchasen su círculo, contribuirían a volver agradable la vida de nuestros literatos e influirían indirectamente en el fomento de la literatura patria.

Vemos ahora lo que puede hacerse para obrar sobre la sociedad por medio de la emoción.

Las conmemoraciones públicas bien organizadas, ejemplo la de Victor Hugo en París ha poco tiempo, contribuyen al culto de los grandes ideales. Nuestros literatos tienen deudas bajo este respecto. ¿Por qué no imitan a los filósofos que año a año tributan público homenaje a Barreda y a Comte? ¿Por qué no les siguen ahora que preparan en México una conmemoración digna de Stuart Mill en el primer centenario de su nacimiento? Yo propondría desde luego un homenaje a Ramírez, otro a Altamirano. El arte no es raquítico en sus concepciones; sigámosle, pues, y organicemos homenajes a Homero a Dante, a Shakespeare, y a otros soles que nos han inundado el alma a raudales con la divina luz de su poesía. Merecen nuestros honores todos los que sin tregua ni descanso han luchado con heroísmo; y a nuestros poetas y prosistas no les neguemos nada, merecen más que otros, porque han trabajado sin aliento, rodeados por la indiferencia, a veces por el desprecio, por conservar el fuego sagrado del arte que ha de renovarnos y fecundarnos marcándonos la ruta de una nueva vida.

Bajo la República, mejor que bajo cualquier Monarquía, enseña la Historia, los verdaderos artistas hallan siempre gloria y fortuna con independencia y dignidad. «El arte, dijo Platón, es un ave de los bosques: odia la jaula y no puede vivir sino en libertad.» Las monarquías son para el arte jaulas doradas; la sana libertad de los bosques sólo se halla en la República.

Tenemos instituciones que favorecen la producción literaria, un doble abolengo de amor al arte y las bases económicas para el crecimiento de nuestra literatura. Trabajemos para que la propiedad «sea considerada como instrumento indispensable de bienestar general, y no como un venero exclusivo de goces personales y de satisfacciones egoístas; hagamos ver a los ricos que, si bien están autorizados *moralmente* a tomar de su capital que el estado social les ha permitido conservar y aumentar, todo aquello que sea preciso para sus necesidades reales y taambién para mantener su categoría y dignidad, el excedente tienen que cultivarlo y utilizarlo, so pena de

responsabilidad moral, como una fuerza pública que la sociedad ha puesto en sus manos para el bien y el progreso común, y que, como toda fuerza, necesita para ser eficaz de homogeneidad y concentración.» *—(Dr. G. Barreda).*

Resumiendo: la vocación literaria espontánea es incompatible en nuestra época con la actividad material. Si esta vocación ha de cultivarse. El *voluntario es el progreso de la literatura*, para llenar bien su misión, ha menester de no preocuparse por la subsistencia, pues sólo así puede producir su cerebro y dar a conocer su patrimonio estético. La ausencia de estas condiciones en México explica la escasa producción de nuestra literatura. Como medida eficaz para aumentar la producción literaria en el país, además de los medios de acción mediata, propongo un llamamiento a nuestros ricos para que ayuden con la colaboración pecuniaria razonada, inteligente e hija del cumplimiento de un deber.

Con todos los medios aquí propuestos para aumentar nuestra producción literaria, creo que lograríamos trabajos de iniciativa y de perfeccionamiento, pues se favorecería la novedad y la espontaneidad, la exploración de dominios no explotados entre nosotros, o cuando menos la reconstrucción de asuntos ya tratados, desde otro punto de vista.

Papel de la poesía en el periodo industrial*

Agustín Aragón

La misión del poeta y del artista debe ser sobre todo precursora, debe guiar siempre por medio del sentimiento, y guiar forzosamente hacia adelante. Si ellos evocan los recuerdos del pasado, debe ser siempre para mejorar el porvenir y no para aconsejar el retroceso.
Dr. Gabino Barreda

En la naturaleza humana hay tres órdenes o categorías de funciones. A la primera corresponden las que se agrupan bajo el nombre genérico de *sentimientos*; son las propensiones personales y las simpáticas, los móviles del interés y la ambición, y los más elevados del apego, la veneración y la bondad.

La segunda categoría comprende las funciones de la *inteligencia*: contemplación, meditación, expresión. Finalmente, en la tercera se agrupan las funciones de la *actividad* o del *carácter*: el valor que emprende, la prudencia que modera y la perseverancia que sostiene.

Al sentimiento corresponde el impulso, señala el fin y ordena. La inteligencia está encargada de proporcionar los medios de satisfacerle y aconseja. El carácter o la actividad ejecuta.

El grado de desarrollo de cada uno de estos tres aspectos de nuestra naturaleza, influye sobre el desarrollo de las funciones sociales. Así, por ejemplo, cuanto más inteligentes sean los hombres, más irresistible será la fuerza inmensa que llamamos opinión pública. Cuanto más morales o cuanto más predomine en ellos el altruismo sobre su egoísmo, el concurso humano será mejor y más fácilmente se logrará el fin de la vida colectiva, y, por último, cuanto más activos, más se acelerará el triunfo del hombre sobre los obstáculos que le rodean.

* En *Revista Positiva*, 1 de junio de 1902, pp. 377- (Fragmento)

El progreso consiste en el desenvolvimiento de esos tres órdenes de funciones y cuando adquieran coordinación perfecta y lleguen a la plenitud de su desarrollo, la especie humana habrá alcanzado el estado de perfección que por ahora señala el conocimiento del mundo y del hombre.

¿Se han desenvuelto paralelamente esas tres categorías de funciones? No, pues el progreso nuca es simultáneo en lo moral, lo intelectual y lo material.

Cada uno de estos órdenes está sujeto en su desenvolvimiento, a una ley. Auguste Comte las ha formulado así, después de laboriosos trabajos, particularmente históricos: Ley de la evolución mental: *cada entendimiento presenta la sucesión de tres estados: ficticio, abstracto y positivo, en cualesquiera concepciones, con una velocidad proporcionada a la generalidad de los fenómenos correspondientes.*

Ley de la evolución práctica: *La actividad es primero conquistadora, luego defensiva, y finalmente industrial.*

Ley de la evolución sentimental: *La sociabilidad es primero doméstica, después cívica y al último planetaria o universal.*

Tenemos, pues, un estado teológico, otro metafísico y el científico o positivo; tres periodos: el conquistador, el defensivo y el industrial; tres gradaciones en las que se manifiesta el sentimiento: la Familia, la Patria, la Humanidad.

Estas leyes, que trazan los itinerarios seguidos por el hombre en su múltiple desarrollo cerebral, como relativas al entendimiento, no expresan propiedades de los objetos, sino tendencias del sujeto, son, de consiguiente, leyes *subjetivas* y *no objetivas.*

Hay íntimas relaciones entre estas tres leyes, no las mencionamos por ser del dominio de la filosofía y no ser necesarias en estos prolegómenos del tema que vamos a exponer. Nos basta notar que los estados finales se corresponden y que la etapa intelectual se refleja en la sentimental y práctica y recíprocamente.

***

El régimen mental antiguo tuvo por base esencial la creencia en varios Do en un Dios único de los que provenía todo y hacia los cuales todo era convergente. Era, pues, normal y legítimo que apareciese en todas partes esa idea suprema y directora. Las inteligencias más emancipadas se sometieron a ella hasta lo último.

Spinoza –el reverso ciertamente del ateo en el sentido obtuso y negativo pero adversario de todo concepto divino que entrañase personalidad y actividad– conocía tan bien que la idea de Dios era de tal suerte fundamental y que sería necesaria hasta el día en que se la reemplazase, que sujetóse siempre a conservar

la palabra Dios como sinónimo de superioridad plena y para expresar el grado más alto de excelencia.

En el dominio del arte se ve reflejada la idea teológica. Nos contentaremos con citar en el arte católico las manifestaciones poéticas y de la pintura, en el periodo del apogeo y esplendor del culto a la virgen María. Nada más suave ni más expresivo de esa época que el himno de Petrarca a la virgen, nada más conmovedor que las vírgenes de Rafael.

El régimen mental de nuestros días —séannos permitido llamar *antiguo* al otro, por oposición al *actual*, aunque no haya desaparecido del todo aquél y éste no sea general— el que intelectualmente procede de la ciencia, prácticamente se caracteriza por la industria y afectivamente va a la Humanidad, se funda en la preponderancia completa del sentimiento social que dicho régimen debe sistematizar para que adquiera la supremacía que le corresponde. Es, pues, también normal y legítimo que a un punto de vista intelectual tan distinto de los que le han precedido, correspondan *diversas manifestaciones estéticas y prácticas*.

Aprovechemos un poco en apoyo de nuestra tesis, las grandes enseñanzas de la historia, de esa ciencia que ha de fundar el gobierno de las sociedades. Cederemos la palabra a nuestro eminente colega Mr. Frederic Harrison:

> «Después de que las Teocracias hubieron organizado los elementos primeros de la civilización, la *Poesía* coordinó los gérmenes de la evolución progresista; su influjo social y moral en el antiguo mundo fue mayor que lo que ha sido más tarde y quizá no se supere ya nunca. Cuando en las costas del mediterráneo, en las islas de Asia Menor y en Grecia realizóse la primera emancipación de la Humanidad del orden inmutable de las Teocracias, apareció una serie de poetas que transfiguraron la religión, la moral, el patriotismo y el arte de las razas que luchaban por una nueva vida. Toda la enseñanza de esas razas, todos sus escritos, todo su sacerdocio organizado, todos sus guías intelectuales y artistas, se condensaron en los poetas, y, como en todas partes, la poesía precedió a la prosa. Surgió el poeta supremo, sistematizó la teología, señaló el ideal del heroísmo, glorificó la vida y llenó la imaginación con tipos de belleza, de valor y de sabiduría.»
>
> «Fue así como los grandes poemas épicos se convirtieron para los griegos que poblaban las islas y penínsulas del Mediterráneo oriental en sus libros sagrados, en su literatura, en su escuela, en su creencia, y en su poesía nacional en un momento crítico de la evolución humana. El progreso humano –la ciencia, el arte, el pensamiento, la política, la sociedad libre– no podía desarrollarse en las grandes

teocracias primitivas y no podía tampoco realizarse sin el concurso del saber y de las artes que habían acumulado esas teocracias durante siglos. Los mercaderes fenicios y otros llevaron a las playas del mar Egeo las artes de la vida, allí donde no estaba al alcance de los déspotas asiáticos. El principio de esta era de progreso está comprendido entre los años 1000 y 500 antes de Jesucristo. Hacia la mitad de ese periodo, un gran genio formó el modelo épico que conocemos con el nombre de poemas homéricos y señaló el *arquetipo* al occidente. Las conquistas de Alejandro llevároнlos a Asia, el imperio romano los incorporó a su civilización como tipo natural de poesía.»

«En los comienzos de la lucha de la teocracia persa, el otro gran genio de Grecia, el más grande conocido hasta hoy en la tragedia pura, inventó el drama, dándole como fin: ser una escuela de inspiración religiosa y nacional. Surgieron en seguida los poetas trágicos y cómicos, todos de Atenas, de parentesco estrecho con los poetas líricos. Los autores cómicos, los líricos y todos los artistas de la antigüedad no obstante sus excesos, sus licencias, sus vacíos, agregaron elementos imperecederos al fondo común de la civilización en sus más elevadas manifestaciones. En sus caprichos más nobles, la poesía y el arte antiguos formaron la expresión permanente del amor profundo a lo Bello en la naturaleza, en el hombre, en la vida y en las costumbres humanas, y en todos sus aspectos, ora graves y severos, ya dulces y risueños.»

«El antiguo mundo fue por muchos conceptos más favorable que el moderno a la producción de la gran poesía. La sociedad era más homogénea y más armoniosa, y también más estable y más regular en su movimiento, y detalle importantísimo, tenía *conciencia* de esas cualidades. La infinita diversidad de la actividad social en los últimos cinco siglos –nos referimos a Europa– y los conflictos y cambio incesantes de la vida, si bien es cierto que estimulan la originalidad de la producción mental, no menos lo es que *no son* elementos favorables a la producción del arte. Además, en el antiguo mundo todos reconocían a los poetas como intérpretes de las ideas teóricas y religiosas de su tiempo. No había entonces rebelión contra sus ideas y ninguna iglesia organizada interponíase entre los poetas y sus auditores, como sucede ¡ay! en los tiempos modernos. No existía ninguna ortodoxia a la que debían sujetarse los pensamientos de los hombres ni ningún sacerdocio que juzgase de las obras poéticas.»

«Por eso la poesía moderna, desde su nacimiento con Dante, y aun contra sus propios impulsos, ha tenido un elemento crítico y revolucionario que la rebaja en su inspiración más elevada, y que, a veces, has llegado hasta inspirarla! En cam-

bio, las nuevas condiciones sociales han creado la multiplicidad, la audacia, la intensa vitalidad y la universalidad del genio creador en los tiempos modernos. Con Dante leva a su tribunal a los papas, los emperadores y los Estados; con Rabelais, Cervantes y Swift, reproduce a la sociedad contemporánea valiéndose de la caricatura profunda; con Walter Scott, glorifica el pasado a expensas del presente, con Byron y Shelley, honra el porvenir con desdén del pasado y del presente; y todavía más: idealiza realmente la rebelión y la anarquía al considerarlas como las manifestaciones más elevadas de la libertad humana.»

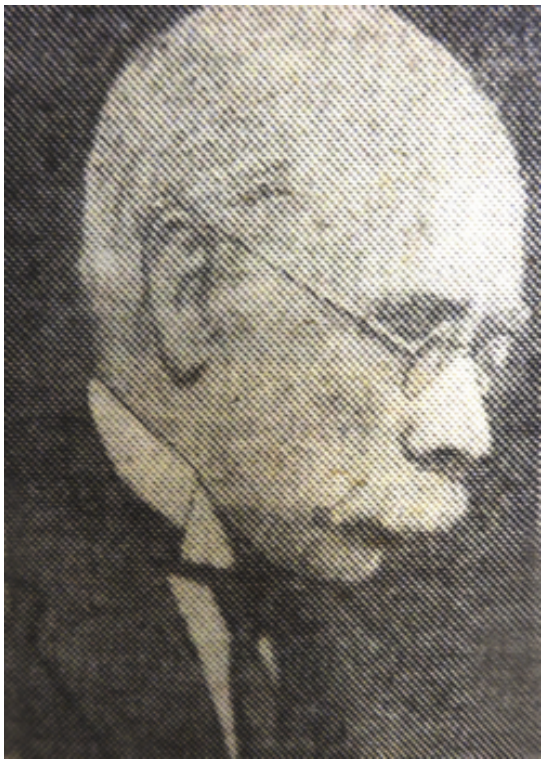
«Todo el conjunto de actuales condiciones es desfavorable al arte puro, aunque estimule a nuevos modos de creación y haya sido motivo de triunfos espléndidos para los genios independientes. Si alguna vez se dudase de la potencia creadora inherente a la naturaleza humana, bastaría para apagar la duda la consideración de haber producido la poesía, en condiciones tan difíciles —en el siglo XIX— un conjunto glorioso de trabajos variados que idealizan la vida moderna en todos sus aspectos. Habría que dudar del progreso para no afirmar que la poesía moderna, a pesar de sus inevitables fracasos, promete una época más gloriosa aún que la del mundo antiguo. ¿Bajo qué condiciones se realizará? *Bajo el régimen social que favorezca a la vez la libertad, la paz; a la par que la armonía, la belleza*. Las creaciones del Dante y de sus continuadores, surgieron en su mayor parte en el seno de sociedades que no satisfacían ninguna de esas condiciones.

En cualquiera de los periodos de la Historia, se presenta la poesía relacionada con la síntesis dominante.

En forma simbólica y después del panteísmo, anuncia Goethe en su *Fausto* la síntesis positiva. ¡Siempre el poeta como precursor del sabio y del filósofo! La poesía es uno de los modos de expresar la verdad y frecuentemente la expresa el poeta antes que los investigadores de la naturaleza. Goethe y Emerson lo comprueban en la doctrina de la evolución. Hay muchos que sostienen, y a nuestro parecer no carecen de buenas razones, que hay más sabiduría en el conocimiento de la naturaleza humana en las obras de los poetas que en las de los pensadores sistemáticos. En la exploración de las profundidades del alma…

Anexo 3

«Valor estético de las obras de la escuela Decadentista»
Atenedoro Monroy



La foto de Atenedoro Monroy de la página anterior fue tomada de: https://www.juristasunam.com/events/fallecimiento-145

Valor estético de las obras de la escuela Decadentista

Atenedoro Monroy

Art Is neither to be achieved by effort of thinking, nor explained by accuracy of speaking. It is the instinctive and necessary result of powers which can only be developed through the mind of succesive genenratioas, and which finally burst into life under social conditions

[Jkon Ruskin.—»Sesame and Lilies.»]

L,'oeuvre d'art étant le produit d'une mere commune, qui est la nature, et d'un pere distinct, qui est 1' artíste. L'originanté n' est pas autre chose qu'une declaration de patemité; c'est le passeport de 1' individu, regularisé par la communauté. La bizarrerie, au contraire, est un état anormal, maladif, c'est une forme mitigée de 1' alienation mentale et qui rentre dans la classe des cas pathologiques: c' est comme l' exprime fort bien son synonyme 1' excentricité, une déviation par la tangente.

[Ch. Gpumod.—»La Nature et l' Art.»]

La escuela poética apellidada comúnmente decadentista no es, en mi sentir, sino la reaparición extraña en nuestros tiempos de una de esas crisis patológicas de la literatura que con diversos nombres y caracteres constitutivos se han desarrollado en todas partes, especialmente cuando en los Siglos de Oro se ha pretendido por algunos ingenios extraviados, aunque de imaginación poderosa y rica, llevar fuera de los naturales límites la exuberancia, la pompa y magnificencia del estilo poético, así como la concentración de las ideas y la exquisita delicadeza de los sentimientos.

En otros términos: juzgo que el decadentismo es una forma nueva bajo la cual se reproduce en la edad contemporánea la escuela del mal gusto, si bien con atributos peculiares que en otros tiempos y con medio ambiente distinto no hubieran podido

darse á luz; por lo que sin duda el novísimo procedimiento de arte que entrañan se ostenta original y propio de nuestro siglo en apariencia.

Corresponde, pues, para motivar seriamente esta opinión, exponer ante todo qué es lo que entiendo por decadentismo, y claro está desde luego que, si mi concepto es equivocado, si por la exposición y análisis que voy á emprender de la referida escuela poética resulta que aludo á cosa diferente de lo que forma ahora el ídolo de nuestra juventud literaria, diré, parodiando á Valera, que no voy contra el decadentismo; empero si mi noción de éste no apareciere del todo infiel é inexacta, entonces resueltamente contra el decadentismo voy, formulando mi tesis sin vacilaciones ni rodeos de ningún linaje, en la siguiente proposición: lejos de que el decadentismo pueda resaltar entre las grandes y legítimas evoluciones literarias, es tan sólo estrago funesto de las letras, olvido del buen gusto y corrupción del arte.

I

La palabra *decadentismo* no es castiza; empero no debe negársele carta de naturaleza en el buen uso, ya que, como observa donosamente un escritor, si el vocablo no se encuentra en Garcilaso ni Cervantes, no consta tampoco que estos insignes maestros hubiesen dejado dicho en su testamento que no debía admitirse. Además claramente se percibe la historia de su formación neológica cuya legitimidad no parece cuestionable. Se deriva de *decadente,* participio activo del verbo *decaer,* que significa caer, descender, llegar á menos, ó, como dice el Diccionario de la Academia de la Lengua, «perder una persona ó cosa la mayor parte de las condiciones ó propiedades que constituyen su bondad, importancia ó valor», y la desinencia de origen griego *ismo,* que connota la idea de sistema, coordinación, conformidad en el modo de ser, pensar, hablar ú obrar, como *prosaísmo, eufuismo, gongorismo, barbarismo, &*, &. Por donde se viene en conocimiento de que *decadentismo,* aplicado á las disciplinas literarias, tanto quiere decir, como un defecto que consiste en la caída, debilitamiento, degeneración del arte y del buen gusto.

Verdad es que en esto, como en tantas otras materias, pudiera pensarse que el nombre no hace á la cosa, y más que no todos los corifeos del decadentismo están conformes con esta denominación, pues algunos, siguiendo á Floupette, prefieren la de *delicuescencía;* otros, la de *simbolismo;* no pocos, la de *modernismo,* etc., etc.; mas tan significativo mote ya es por sí solo indicación bastante de lo que substancialmente envuelve la novísima manera ó procedimiento poético de que trato.

Sin embargo, no habré de conformarme con esta definición etimológica; antes bien, analizando los caracteres culminantes que en Francia, donde, como veremos

después, rodó la cuna de! decadentismo y ha alcanzado todo su esplendor, le asignan sus más ilustres representantes, en el canon teórico lo mismo que en la ejecución práctica, procuraré determinar en fórmula concreta y precisa, en lo posible, el sentido íntegro, esencial de la flamante escuela.

Aunque la autoridad de Fernando Brunetiere pudiera considerarse como sospechosa en el asunto, ya que el gran crítico de la «Revue des Deux Mondes», en sus magistrales «Ensayos sobre la Literatura Contemporánea» y la «Evolución de la Poesía Lírica en Francia en el Siglo XIX» pone en su examen del simbolismo cierta cantidad de prejuicio clásico, debo, no obstante, recurrir á ella porque puntualmente por ser de un metafísico es de más peso, de más alta valía en el caso, supuesto que sé trata de una teoría de origen metafísico; porque en general Brunetiere ha sido y es el crítico más completo é indiscutible en los dominios de la Estética aplicada, y porque, siendo sus estudios verdaderamente serenos é impersonales, son los que más breve, más sintéticamente abrazan y definen los problemas literarios contemporáneos. Dice así: «Incorporar la música á la poesía, hacer servir la primera para expresar lo que hay de más íntimo y más general á la vez en los sentimientos de que es siempre una limitación la segunda; esforzarse así por obtener que ni una ni otra se desenvuelva para sí misma ni se satisfaga de su propia *virtuosidad,* tal ha sido el principal objeto de Wagner, á creer al menos á los más autorizados de sus comentadores, y no absolutamente efectuar una revolución en la música, como música, sino poner los medios de la música al servicio de una concepción nueva del arte..... Percibid al mismo tiempo la relación del wagnerismo con lo que se ha llamado entre nosotros *simbolismo.* Nuestros simbolistas también son idealistas, y de todos los reproches que han dirigido a los *Parnasianos,* sus predecesores, no creo que exista uno sobre el cual hayan insistido más que el de haberse formado de su arte una idea demasiado naturalista ó materialista; los mismos versos de Leconte de Lisle les han parecido demasiado *definitivos..... «*—[Discours de Combat.]

Tenemos, pues, dos elementos importantes para el análisis, el origen de la escuela arrancando de una teoría musical, la que Carlyle condensaba diciendo: «una especie de palabra inarticulada é insondable que nos lleva al borde del infinito y nos permite por un momento sumergir en él la mirada», y la filosofía más opuesta á la ciencia positiva de nuestra edad, la metafísica idealista.

Los decadentes son, en efecto, metafísicos idealistas, y vienen en línea recta de un tema musical formulado en el *arte del porvenir,* de donde se escaparon para penetrar como ovejas descarriadas en el campo de la literatura.

Del mismo modo explican los orígenes del decadentismo Max Nordau, Paulhan,

que le llama «el nuevo misticismo,» y Pompeyo Gener que concreta más la idea en su libro «Literaturas Malsanas» al afirmar que «el fin de esta literatura poética no es el de expresar ideas, sino ciertos estados generales, vagos é indefinibles de la sensibilidad. Las imágenes, si se emplean, así como las metáforas, debe de ser únicamente para sugerir estados indeterminados del espíritu humano, no para explicar ideas definidas, concretas ó generales.»

Ahora bien, este wagnerismo y esta vaguedad idealista de la emotividad se resumen en una sola palabra cuasi sacramental y litúrgica, el símbolo.

II

¿Qué es el símbolo?

A primera vista y, recordando la doctrina hegeliana acerca de las antiguas literaturas orientales, pasan por mi mente los Vedas, el Mahabarata, el Ramayana y las eternas maravillas poéticas de la Biblia, con sus profundidades religiosas, sus teogonías panteístas y su significación moral antes que estética, y me dispongo á creer que este género de simbolismo es el que, por un fenómeno de regresión, como sostiene Gener, renace en las obras de los delicuescentes. Luego me pregunto si será acaso la alegoría mística de Fray Luis de León ó San Juan de la Cruz; quizás el discreto é inocente emblema bajo cuyo casto velo envolvió Goethe en sus lieder á la musa sensual de Teócrito; tal vez el trascendentalismo fulgurante de Carlyle ó de Emerson. Empero no es así. El nuevo símbolo es un misterio, un arcano indescifrable; es lo esotérico llevado a sus últimos límites; es el arte de dar á adivinar al lector los más obscuros enigmas, y ello, tanto en el ocultismo mágico de los pensamientos, como en la quinta esencia de las palabras y los giros del lenguaje.

«Los decadentistas, dice Sutter Lauman, preconizan el empleo de palabras raras, preciosas, que van á extraer con gran trabajo de los vocabularios.»

Los mismos pontífices de esta iglesia, que carece de unidad, nos definen en idénticos términos sus dogmas. Desde un principio, tomando al pie de la letra unos versos de Baudelaire y el comentario ingenioso que sobre ellos bordó la soberana fantasía de Teófilo Gautier, anunciaron en sus periódicos, «El Decadente», «El Gato Negro» y el «Scapin», que, cismáticos francos de los *parnasianos,* traían la buena nueva, el verbo de un idioma incógnito, enteramente original, con el que buscaban la revelación misteriosa de sensaciones sutiles hasta entonces inefables. Stéphane Mallarmé, Adoré Floupette, Rene Ghil, Arthur Rimbaud y Paul Verlaine, á vueltas de no pocas disidencias que han hecho excluir de la escuela á alguno de los mencionados, coincidieron en la afirmación rotunda de que, en punto á estilo y lenguaje, todo

su sueño dorado se cifraría, como dijo Anatole France, en «pintar con las palabras», y en pintará la manera de los impresionistas.

¿Pintar y nada más? No; esculpir también, tallar, burilar, exhalar aromas, vibrar sonidos de ignoradas gamas, despertar impresiones gustativas, herir la sensibilidad táctil y muscular, en una palabra, sugerir todo género de estados de conciencia, lo mismo ideales que reales, tanto epiperiféricos como entoperiféricos; por manera que las palabras, abordando directamente al gran sensorio, puedan substituirse á las cosas y tener color, olor, movimiento, armonía, peso y aun las propiedades geométricas.

El admirable autor de las «Flores del Mal» había cincelado estos brillantes versos de *Correspondances:*

*«*La Nature est un temple ou des vivants piliers
Laissent parfois sortir des confuses paroles:
L'homme y passe á travers des forets de symboles.....
.....
Les parfums, les couleurs et les sons se répondent;
Ilest des parfums frais comme des chairs d'enfants,
Doux comme les hautbois, verts, comme les prairies,
Et d' autres, corrompus, riches et triomphants,
Ayant l' expansión des choses infinies,
Comme l' ambre. le musc, le benjoin et encens,
Qui chantent les transports de ' esprit et des sens.»

Y el prodigioso mago de los «Esmaltes y Camafeos,» comentando estas videncias, había dicho: «Sabe [Baudelaire] descubrir por intuición secreta relaciones invisibles entre las cosas y acercar así, por inesperadas analogías que sólo el vidente puede sorprender, los objetos más lejanos y más opuestos en apariencia.... Para el poeta tienen las palabras en sí mismas y fuera del sentido que expresan una belleza y un valor propios, como piedras preciosas que no se han tallado aún ni montado en brazaletes, collares ó sortijas; encantan al conocedor que las mira y las aisla con el dedo en la pequeña copa en que están reservadas, como haría un orfebre meditando una joya. Hay palabras diamante, zafiro, rubí, esmeralda, otras que lucen como el fósforo, cuando se las frota, y no es poco el trabajo que se necesita para escogitarlas.

Pues fué lo bastante para hacer estallar el cisma de unos cuantos parnasianos que, creando su cenáculo, su mundo aparte, y descendiendo de excentricidad en ex-

centricidad, llegaron á proclamar como principio fundamental de la heregía esta fórmula de *Vir: «*Queremos completar la obra, reduciéndola á una música evocadora, fantasma de un mundo semirreal y semiceleste, sugestivo de extraños sueños, guitarra que suene en las lejanías de las selvas azules. A las sonoridades de las palabras, se han añadido sus colores y olores especiales» y luego, estos embolismos cuasi sagrados de Mallarmé: «El verso que con varios vocablos rehace una palabra total, nueva, extraña á la lengua y como por hechizo, completa el aislamiento de la palabra, negando con un rasgo soberano, el acaso que quedó en los términos, á pesar del artificio de un temple alternado, en el sentido y la sonoridad, y os causa esa sorpresa de no haber oído nunca tal fragmento ordinario de elocución al mismo tiempo que la reminiscencia del objeto nombrado baña en una transparente atmósfera.»

En el último apéndice al Gran Diccionario de Larousse, artículo *Decadent,* se explican así las anteriores palabras «En otros términos, en esta escuela no se escribe un vocablo para darle su sentido ordinario, lo que significa en el lenguaje vulgar, sino para hacer pensar en otra cosa que recuerda, ya su sonoridad particular, ya las afinidades que podría tener con ella por vía de comparación; mas, no formulada esta comparación, es preciso que el lector la adivine. Así, por ejemplo, siendo la mujer rosa y aurora igualmente, puesto que Homero llama á esta última «la de los dedos de rosa,» estos tres términos *carne de mujer, rosa y aurora,* pueden permutarse entre sí y emplearse uno por otro, una vez que evocan la misma idea. El sol cuando se pone se rodea á veces de rayos que semejan láminas de espadas; pues *tarde de espadas* significará *sol poniente».*

Vino en seguida el famoso «Tratado del Verbo» de Ghil, y entonces ya no fueron sólo las palabras la «pintura misma,» como decía Floupette, sino también las sílabas y hasta las letras, «¡Que surjan ahora, exclamó el nuevo oráculo, los colores de las vocales, sonando el misterio primordial! y sin ir más lejos, saludaré con estricta magnificencia el soneto del poeta maldito, Arthur Rimbaud, formulando la teoría del maestro que con los matices se regocija: Paul Verlaine! Ahora bien, él no vio que no se podía más audazmente penetrar en el Arcano y las Vocales, que se hacían colores, levantarlas hasta el último progreso de instrumentos resonantes últimamente domados.... Coloreadas así, se prueban ante mis ojos, exentos de anterior ceguedad, las cinco: A, negro; E, blanco; I, azul; O, rojo; U, amarillo»....

Hay algo más en esta teoría del símbolo. No sólo las palabras substituyen á las cosas. Las sensaciones también se substituyen y representan unas á otras, independientemente del fenómeno de la asociación.

Porque un escritor espiritual y fino, hablando de sus recuerdos de viaje por las

montañas de Suiza, dijo que había bebido una taza de leche en cuyo sabor fresco y delicioso había como una sinfonía pastoril, y porque en varios pasajes de Flaubert y los Goncourt se describen impresiones de coloristas en que no hay sin embargo una sola imagen tomada directamente del sentido visual, se concluyó que, así como se armonizan y confunden en el artista las sensaciones y las ideas, pueden también formarse acordes y fusiones de las sensaciones superiores y las inferiores, en las cuales la vida siempre es más profunda y más intensa, y, exagerando este concepto paradójico, se llegó á pensar en una especie de correlación y equivalencia de las sensaciones, de unidad de las sensaciones en el sistema nervioso, como un caso especial de la gran teoría de la unidad de las fuerzas físicas en el universo, proclamada por los Lyell, los Spencer, los Secchi y tantos otros insignes hierofantes de la ciencia y la filosofía modernas.

III

No solamente en el léxico y la sintaxis penetró el escándalo de la revolución ó algarada á que me he referido. También hubo de resonar en la prosodia, en la versificación y la rima.

Pronto, desdeñando olímpicamente las combinaciones métricas de los viejos y empolvados libros de «Retórica y Poética» cuyo tiempo había pasado, salieron á luz los «nuevos metros,» iluminados, enfáticos é ilimitadamente largos los unos; sinfónicos [*suo more*], sombríamente onomatopéyicos, quebrados y de inesperada dureza los otros; de cadencias inusitadas, repeticiones simétricas, estructuras extrañas, retornelos exóticos y líneas amorfas los más; todos anárquicos del ritmo y de la medida, no obstante sus afinidades sistemáticas con el pentagrama y el subjetivismo wagneriano de la música de lo porvenir.

Extremando una célebre frase de Stendhal en que se tacha al verso de pueril y frívolo, declarándose preferible para nuestros tiempos de madurez y seriedad científica la prosa, los portaestandartes del decadentismo comenzaron á hacer versos-prosas, verdaderamente insufribles para los oídos. Mallarmé soltó resueltamente la paradoja de la inutilidad de toda distinción entre el verso y la prosa, y de aquí el llamado *librisme* en que cualquiera reunión fortuita é incondicional de vocablos tiene indiscutible derecho á los honores del metro, so pretexto de que á toda nueva concepción de arte que responde á un nuevo medio ambiente, debe ajustarse una técnica nueva.

Juan Moréas y Paul Verlaine son, sin duda alguna, los que con más audacia y mejor éxito han repudiado las reglas de la prosodia é introducido en sus versos ritmos ignotos, número inmoderado de pies, monorrimos, rimas leoninas, etc., etc., que

les dan una fisonomía enteramente peculiar é insólita.

Cuatro son los principales caracteres de estos sistemas *sui géneris* de metrificación francesa, á saber: primero, la exclusión completa de la famosa alternativa ó enlace regular de los versos masculinos y femeninos; segundo, el abandono de la cesura; tercero, el empleo frecuente de cantidades ilimitadas de sílabas; y cuarto, amplia extensión, mejor dicho, abusa singular de la licencia que consiste en rimar, no porciones silábicas idénticas, sino una palabra con la misma palabra, como *coeur* y *coeur, point* y *point,* ó un verso entero con el mismo verso que se repite como en el siguiente ejemplo de *Sagesse:*

Voici mes pieds, frivoles voyageurs,
Pour accourir au cri de votre grace,
Voici mes pieds, frivoles voyageurs.
Voici mes yeux» luminaires d' erreur,
Pour étre éteints aux pleurs de la priere,
Voici mes yeux, luminaires d' erreur.

Es también sistemático, unas veces, prescindir de la rima, lo que en la versificación francesa es novedad trascendental, y otras veces darle tal importancia que en toda una composición y hasta en los ocho versos de los cuartetos de un soneto suele emplearse una misma [*monorrimo*] y aun repetirse en los primeros hemistiquios [versos leoninos], lo que, á la verdad, solo en el autor de *Jadis et Naguere* ofrece gracia.

Completan, por ultimo, esta versificación ciertas combinaciones ó motivos métricos de versos, desiguales que giran monótonamente sobre dos ó tres rimas invariables en toda la composición, á semejanza de los *virelais,* y de que pueden citarse como ejemplos *Cauchemar* y *Soleils Couchants* en el autor de los «Poémes Saturniens.»

La imitación del *librisme,* de lo que bien pudiera llamarse versos *outlaws,* en los poetas de habla castellana, los ha precipitado en las más intrincadas sinuosidades de la métrica.

Desde luego el alejandrino se ha metamorfoseado de manera que le desconocerían ahora Berceo y el mismo Lorenzo de Segura, ¡Suena ya tan distinto y tiene encabalgamientos tan desusados y duros!....

Composiciones he visto, de autores serios y bien reputados, de versos de diez y seis y más sílabas en que, o se ha hecho una mera aglutinación de dos versos de ocho ó más sílabas en una sola línea métrica, ó se advierte unidad, pero en ella no hay una

cesura, ni es fácil dividir enhemistiquios regulares el conjunto compacto de los vocablos componentes, ni se descubre norma alguna que pudiera indicar la sujeción á una tabla rítmica, siquiera fuese.... cuaternaria, una vez desdeñadas la binaria y ternaria que nos legaron los maestros, ó la adaptación á la medida, la cantidad y el pie, si se ha de volver al sistema rítmico griego ó latino, y supuesto que se excluyen, á título de cosas despreciables de *cuistres,* los únicos factores posibles de la versificación moderna castellana, el número de sílabas y el acento.

Lejos de este extremo se da en otro no menos malo: las «sonoras bagatelas» de los sonetos, ó las insonoras, frivolidades del tercetino monorrímico; todo ello en verdad indigno de lo que llamó Edmundo Scherer, «empleo viril de la pluma.»

IV

De los dos últimos caracteres analizados, metrificación anárquica y arbitraria significación de las palabras, fluyen indefectiblemente estas consecuencias: lo inarmónico de los versos, desapacible y feo, y lo ininteligible de las cláusulas que apenas si tienen sentido en muchas ocasiones, más que por lo alambicado de los conceptos, más que por la rara estructura y la sintaxis, por lo esotérico de las correspondencias y la rebuscada novedad de las expresiones.

«Autores difíciles,» llamó Catulle Méndez á los nuevos poetas, pero en rigor deberían llamarse autores imposibles, porque verdaderamente raya en prodigio pasmoso llegar á entrever qué quieren decir la mayor parte de ellos, ni qué piensan, ni qué sienten, fuera de ciertos primores y gracias que no son de la escuela, que están por encima de la *recette,* y pertenecen al patrimonio común del genio y del arte.

Cuéntase del espiritual y profundo Julio Lemaitre, aunque con cierta delicada ironía, que es el único que ha logrado, por no sé qué milagro de escoliasta, interpretar, mejor dicho, traducir al lenguaje de los humildes mortales muchas de las lucubraciones de esta poesía recóndita y sibilina; empero el mismo penetrante autor de los *Contemporains* no ha podido menos de darse por vencido cuando, refiriéndose á Mallarmé, nos dice: «Su conversación se distingue por un aire imprevisto y encantador; emplea en ella las mismas palabras que todo el mundo y en el mismo sentido ó poco más ó menos. Pero desde que escribe... ya es otra cosa. Recordando el encanto que debí á sus primeros versos, es para mí un pesar no entender perfectamente los últimos.» Luego de Verlaine, del poeta de la *testa socrática,* se expresa así: «Es un bárbaro, un salvaje, un niño; nada más que este niño tiene una música en el alma y durante ciertos días escucha unas voces que nadie antes que él ha oído.»

Y que ninguno más que él entiende, me atrevería á añadir, si no fuera un desaca-

to, no sin implorar humildemente el perdón del admirable crítico y de su poeta dilecto.

Algunos fragmentos tomados de aquí y de allá servirán para comprobar lo antes expuesto:

DE RICHEPIN.

«Finissons! le temps vient que le nombre soit clos;
Elle git dans le trois et sept empaquetée:
Le cycle est encyelé, l' épacte est épactée.
¿Que te faut-il de plus, buveuse de sanglots?
Corbeaux, corbillats, ducs, aigles, aiglons, aigleaux,
A la niche! Actéon couchera chez Actée.
La voie est toujours claire, étant vive et lactée,
Mais les tétons? pour qui ees boutons mort-eclos?

(*Sonnets Hermétiques*)

DE RENE GHIL

Tue en l' étonnement de nos yeux mutuels,
Qui délivrèrent la Tor de latentes gloires,
Que Veuve dans le Temple aux signes rituels,
L' onde d' éternité reprenne nos mémoires.
Tel instant qui naissait des heurts eventuels,
Tout palmes de doigts longs au nuits ondulatoires,
Vrais en le dome espoir des vols perpetuéls,
Nous ouvrit les passés de nos pures histoires.

(*Pour l' Enfant Ancienne.*)

DE PAUL VERLAINE.

Londres fume et crie.
Oh! quelle ville de la Bible!
Le gaz flambe et nage, et les enseignes sont vermeilles,
Et les maisons, dans leur ratatinement terrible
Epouvantent comme un senat de petites vieilles.....
Du fanfaron la bêttisse au ronron
Afreux de chat pire que de goutttère,
Mais mou, un dur sonnet en étrivière,
Suffit pour châtier tel lourd barón.

Du snobisme actuel comme de l' autre
Et le voici pour l' autre et pour le nôtre
Et pour le nôtre, helas! surtout.
Car il n'est pire pédant pour déplaire.
Que celúi qui méprissable á tout bout
De champ, nous insultait en Baudelaire.

(L' *Etermel Sot.*)

DE MOREAS.

Mirage frusta et Kaleidoscope frivole
Je vous leurre avec l' heure qui n'a jamáis sonné
Alors Maya, Maya l' astucieuse et la belle
Pose ses doigts doux sur notre front qui se rebelle
Et, caline, susurre: Esperez toujours, c' est pour
Votre sacre que vont gronder les cymbales vierges,
Et vous aurez l' or et la pourpre de Bedjapour,
Esclaves dont le sang teint les cordes et les verges.

DE MALLARME.

Oui, c' est pour moi, pour moi, que je fleuris deserte!
Vous le savez, jardins d' améthyste enfouis
Sans fin dans de savants abimes éblouis,
Ors ignorés, gardant votre antique lumière
Sous le sombre sommeil d' une terre première,
Vous, pierres où mes yeux, comme de purs bijoux.
Empruntent leur clarté mélodieuse, et vous,
Métaux, qui donnez a ma jeune chevelure
Une splendeur fatale et sa massive allure!
….....
J'attends une chose inconnue
Ou peut etre ignorant le mystere et vos cris,
Jetez-vous les sanglots supremes et meurtris
D' une enfance sentant parmi les reveries
Se separer enfin ses froides pierreries.

(*Herodiade*)

Réfléchissons..... ou si les femmes dont tu gloses
Figurent un souhait de tes sens fabuleux!
Faune, l' illusion s' échappe des yeux bleus
Et froids, comme une source en pleurs, de la plus chaste:
Mais l' autre, tout soupirs, dis-tu qu' elle contraste
Comme brise du jour, chaude dans ta toison?
Que non! par l' immobile et lasse pâmoisson,
Suffoquant de chaleurs, le matin frais, sil lutte,
Ne murmure point d' eau que ne verse ma flûte
Au bosquet arrosé d' accords; et le seul vent
Hors des deux tuyaux prompt exhaler avant
Qu' il disperse le son dans une pluie aride.....

(L' *Aprés-midi d' un Faune*)

En la misma obscuridad y en el mismo misterio, así como en idénticas excentricidades rítmicas, nos engolfan los confesores de la nueva fe en el mundo de habla castellana. Para no ser prolijo, y supuestos los límites de estos apuntes, voy á reproducir algunos trozos solamente de los más conspicuos decadentistas latino-americanos.

De Rubén Darío:

El biforme ixionida comprende de la altura,
Por la materna gracia, la lumbre que fulgura,
La nube que se anima de luz y que decora
El pavimento en donde rige su carro Aurora
Y la banda de Iris que tiene siete rayos
Cual la lira en sus brazos siete cuerdas; los mayos
En la fragante tierra llenos de ramos bellos,
Y el Polo coronado de candidos cabellos.
El ixionida pasa veloz por la montaña.(
Rompiendo con el pecho de la maleza huraña.
Los erizados brazos, las cárceles hostiles;
escuchan sus orejas los ecos más sutiles:
Sus ojos atraviesan las intrincadas hojas
Mientras sus manos toman para sus bocas rojas
Las frescas bayas altas que el sátiro codicia.

(«*Coloquio de ios Centauros.»*)

Lirio real y lírico
Que naces con la albura de las hostias sublimes
De las cándidas perlas
Y del lino sin mácula de las sobrepellices,(
¿Has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella
La hermana de Ligeia, por quien mi canto á veces es tan triste?
(«*El Poeta pregunta por Stella»*)

De Leopoldo Lugones:

La cóncava oreja del asno sapiente culmina!
Su bronca laringe respinga con trágico son
Los hipos feroces mojados de baba dañina,
Su vientre interrumpe la noble función digestión.
Porque oye las trompas que esfuerzan sus voces de plata,
Los claros relinchos de acero de la cabalgata
Que trae la fama de un triunfo magnífico y cruel
Y siente en los cepos de hierro crujir sus rodillas
Y alzarse vibrando por sobre sus rotas costillas
Con mágico imperio la vara de un verde laurel»
(*«Sonetos.»*)

Sentía el violín flotar, prolija
Su anímula espectral, que se dibuja
Llena de edad como pequeña bruja
Sutilmente ahorcada en la clavija.
No quedaba de tí más que una gota
De sangre virginal, sobre la rota
Almohada. El espejo opalescente
Estaba ciego. Y en el fino vaso
Como un corsé de inviolable raso
Se abría una magnolia dulcemente.
(*«Los Crepúsculos del Jardín»*)

El astrólogo hará sobre tu pelvis,
Sagrario de marfil de mis angustias,

Un signo heroico y atará tu velo
Con la estola ritual de su casulla
Y verás mis estrofas relucientes,
Cual panoplias suntuosas que las yuntas.
De bravíos puñales ornamentan;
Y danzarán mis odaliscas nubias
Con las cejas doradas, y teñidas
En añiles cerúleos las uñas...
Y ante el cielo que anega
En azul de pupila la nocturna
Serenidad cruzada por los orbes,
Mientras canta la paz de nuestras nupcias,
Un soneto macabro que instrumenten
Catorce tibias huecas con su música,
Mientras silba el cordel patibulario
Y el aquilón la media noche anuncia,

[«*Las Montañas del Oro*» — «*Nebulosa Thulé*»]

De Leopoldo Díaz.

Como un anciano Fakir que en la penumbra medita,
Delante de un Buda inmenso está la noche infinita:
Las constelaciones surgen como islotes en un mar,
Como islotes fulgurantes de archipiélagos extraños
Que hace noventa mil años
En los abismos azules comenzaron á brillar.
Es Canope del Barquero, Sagitario y la Grande Osa
Que hacía el Norte muestra el signo de su zarpa luminosa,
Hacia el Norte en los dominios del hemisferio Boreal;
Como señalando siempre el impenetrable y solo
Frígido Alcázar del Polo,
Donde un gran Rey, ciego y mudo, reina en la bruma espectral.

(*«La Muerte de la Princesa Ippsipyla»*)

De Balbino Dávalos.

En la nevada cumbre de un monte fabuloso
Que anublan los crepúsculos y encienden las auroras,
Y escalan sin estrépito las voces triunfadoras.
Que con su augusta calma serenizó el Reposo;
Habita (solitaria de un mundo misterioso
Que tú, divino Ensueño, conformas y coloras)(
Girón de nebulosa mental que va por horas
Centripetando el germen de un genio silencioso.
Ya el Cosmos adivina la gestación del numen
Que del sublime anhelo dará el postrer resumen.
Ya se estremece el Ether al presentir el ritmo
Del eviterno número, supremo logaritmo.
Serán de esa magnífica y mater Iliada
La Muerte Aldo Manucio; su rapsoda la Nada!

[*«El Ultimo Poeta.»*]

De Amado Nervo.

¡Tin tin, tin tin! Yo caigo del cielo en insensato
Redoble al campo y todos los céspedes maltrato.
Tin tin! muy buenas tardes, mi hermana a pradera!
Poeta, buenas tardes ¡ábreme tu vidriera!
Soy diáfano y geométrico, tengo esmalte y blancura
Tan finos y suaves como una dentadura,
Y en un derroche de ópalos blancos me multiplico.(
La linfa canta, el copo cruje, yo.... yo repico!
(Tin tin, tin tin, mi torre es la nube ideal,
¡Oye mis campanitas de límpido cristal!
La nieve es triste, el agua turbulenta, yo sin
Ventura, soy un loco de atar, tin tin, tin tin!

[*«La Hermana Agua.»*]

Que los albos lises de tu vestidura
El erial perfumen de mi senda dura
Y por tí mi vida brillará tan pura
cual los lises albos de tu vestidura

[«*Moler Alma.»*]

¡Oh Señor, yo en tu Cristo busqué un esposo que me quisiera,
Le ofrendé mis quince años, mi sexo núbil, violó mi boca
Y por El ha quedado mi faz de nácar como la cera,
Mostrando palideces de viejo cirio bajo mi toca.

[*«Antífona.»*]

De J. Juan Tablada.

Llegué al jardín; en las rosas
Juntaban las mariposas
Sus alitas temblorosas.....
Vi sangrar al blanco lirio
Cuya palidez de cirio
Manchó un trágico martirio.....
Y veo junto á la laguna
A los rayos de la luna,
Sobre la tiniebla bruna,
Que un blanco pavo real
Abre su cola, triunfal
Abanico de cristal.

[*«Musa Japónica»*]

No alienta á la Musa ni el verde laurel!
La Musa está triste y ahogada en su hiél.....
Y el Tedio le hunde su acero cruel!....
Bajo la tristeza de umbrío dosel
Contempla la luna tras de un capitel
Alzar en el cielo su claro broquel;
Tendido á sus plantas junto al escabel,
Luciendo el brillante negro de su piel

Heráldica sombra reposa el lebrel
el paje dormita y el bufón con él
Sin una sonrisa, sin un cascabel

(*«En un Album»*)

¿Qué auroras iluminan el hondo tenebrario?
¿Qué antorchas inflamaron los subterráneos limbos?
¿Quién en tu frente ¡oh Musa! dejó tan claros nimbos?
Acaso las heridas de un Eros sagitario
Las nieves de tu seno llenaron de corimbos?
.....
Es Whitman el humano y el lírico poeta!
El que miró en sus claras videncias de Profeta
Un águila triunfando sobre una flor de lis.
Es él el demagogo que toca su retreta.
Honor á las legiones del buen poeta gris!

(*«En honor de los poetas norteamericanos.»*)

De Salvador Díaz Mirón.

Siempre aguijo el ingenio en la lírica, y él en vano al misterio
se asoma
A buscar á la flor del Deseo vaso digno de puro Ideal.
¡Quién hiciera una trova tan dulce, que al espíritu fuese un aroma.
Un ungüento de suaves caricias, con suspiros de luz musical!

(*«Lascas.» - «Gris de Perla.»*)

Es un monstruo que me turba. Ojo glauco y enemigo,
Como el vidrio de una rada, con hondura que, por poca,
Amenaza los bajeles con las uñas de la roca,
La nariz resulta grácil y aseméjase á un gran higo
La guedeja blonda y cruda y sujeta, como el trigo
En el haz. Fresca y brillante y rojísima la boca,
En su trazo enorme y burdo y en su risa eterna y loca,
Una barba con hoyuelo, como un vientre con ombligo.

(*«Lascas.»—»La Giganta.»*)

Sólo una tempestad brusca y altiva
Encumbra la pasión y la marea,
Y en empinados vórtices pasea
El abismo de abajo en el de arriba!

(*« Lascas.» -»¡Audacia!»*)

V

Quéjense, no sin razón, los modernistas de que en general se les juzga sólo por lo meramente material, por lo que de procedimiento y de retórica yuxtapuestos matiza sus obras, no por el fondo y la esencia, por la substancia íntima, por la intususcepción y la vida en que han germinado y florecido sus enervantes rosas, sus paradisíacos jazmines del mal y de la locura.

Trataré, pues, de ver en ese fondo, á fin de completar el análisis y apercibir la crítica á que se encaminan estos breves y humildísimos apuntes.

Desde Teófilo Gautier, en su notabilísimo estudio acerca de Baudelaire, hasta J. Juan Tablada, en sus diferentes escarceos poético-filosóficos en defensa propia, cuantos escritores han profundizado con más ó menos penetrante sicología en el decadentismo, han coincidido en señalarle como caracteres de fondo cierta amargura intensa, cierto desencanto y hastío de la vida, pero con modos de ser singularísimos que nada de común tiene con el profundo tedio del Eclesiastés, ni con el moderno pesimismo alemán, ni siquiera con ese malestar que define Ruskin «*a tendency in the minds of rnany men, when they are heavily disappointed in their main pourposes of their lfe, to feel and perhaps in warning, perhaps mockery, to declare, that life itself is a vanity.»* no; un sinsabor y un desencanto que rayan en nirvana paradójico en que se quiere morir y vivir al mismo tiempo, y que, anunciando, por un lado, el agotamiento de la voluntad, el cansancio y la pesadilla, y, por otro, el más sutil de los refinamientos de la sensibilidad, la hiperestesia y la neurosis, hacen de la literatura decadente un caso auténtico é irrefragable de Sicopatía.

El mismo Paul Bourget que trata, más que de interpretar y explicar, de justificar científicamente ante la Sicología y la Estética el decadentismo, nos lo describe en términos tales que hace resaltar por maravillosa manera la falta de ponderación mental que entrañan en sus obras los más conspicuos representantes ó portavoces de la escuela.

Decía Gautier: «El estilo de decadencia no es otra cosa que el arte llegado á ese punto de madurez extrema que determinan ante sus soles oblicuos las civilizaciones que envejecen: estilo ingenioso, complicado, sabio, lleno de matices y rebuscamientos,

que hace retroceder siempre los límites de la lengua, despojando todos los vocabularios, tomando colores á todas las paletas, notas á todos los teclados; esforzándose por traducir el pensamiento en lo que tiene de más inefable, y la forma en sus contornos más vagos y más fugitivos, escuchando, para traducirlas, las confidencias sutiles de la neurosis, las confesiones de la pasión que envejece, que se deprava, y las alucinaciones de la idea fija girando en torno de la locura.»

Bourget, menos brillante, pero más profundo y más explícito, nos presenta dos puntos de vista distintos hasta ser contradictorios que él, sin embargo, considera igualmente legítimos: uno, en que por exceso de civilización una sociedad acaba por abolir la facultad de crear y, produciendo sólo individuos incapaces para los trabajos de la vida común, se desorganiza, se descompone y muere, como aconteció al Imperio Romano de Occidente, no sin que esos mismos individuos, con el alma convertida en complicado mosaico de sensaciones, de excepticismos delicados, de extrañas videncias y placeres enervantes que denuncian otras tantas llagas sociales, exageren su personalidad é independencia con relación al conjunto total de cuyo organismo son meras células; y otro, en que la potente energía por la cual estas células dejan de estar subordinadas al funcionamiento del conjunto, las erige en vasos de selección, en individualidades más finas, más curiosas y distinguidas, en toda una aristocracia típica que representa un tesoro riquísimo de adquisiciones humanas.

«Si los ciudadanos de una decadencia –dice el autor de los «Ensayos de Sicología Contemporánea»– son inferiores como obreros de la grandeza del país, ¿no son muy superiores como artistas del interior de su alma? Si son ineptos para la acción privada ó pública, ¿no es á causa de su mayor habilidad para el pensamiento solitario? Si son malos reproductores de generaciones futuras, ¿no es que la abundancia de las sensaciones finas y la exquisitez de los sentimientos raros han hecho de ellos *virtuosos* $_{y}$ esterilizados, pero refinados, de las voluptuosidades y los dolores?»

Y J. Juan Tablada, ejecutando deliciosas variaciones so(bre este mismo tema, exclama:... «el decadentismo puramente literario consiste en el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes y erige Dios de sus altares á un ideal estético que la multitud no percibe; pero que él distingue con una videncia moral, con un poder para sentir lo suprasensible que no por ser raro deja de ser un hecho casi fisiológico en ciertas idiosincrasias nerviosas, en ciertos temperamentos hiperestesiados.»

En suma, el arte pierde su universalidad y simpatía, su cosmopolitismo, su sociabilidad, y, buscando un estilo especíal y arreos extrahumanos y extraterrestres, se encierra, no en la famosa torre de marfil de Alfred de Vigny, sino en la estrecha celda de un superegoísmo malsano, lleno de irritante inmodestia por la cual el artista se

cree de naturaleza superior á la de los demás, el superhombre por excelencia, y, poseedor único, por la comprensión sabia más que por el sentimiento, del ideal de la belleza, lo guarda para sí, como el avaro su oro, lejos, muy lejos de las miradas sacrílegas de los profanos.

Considerada así la poesía, se me figura verla personificada en la Nora de Ibsen que, cansada de haber vivido para los demás, se resuelve, según su gran frase, á vivir sólo de ella misma y para ella misma.

Deben añadirse otros elementos no menos importantes, á saber: el anhelo, rayano en manía, de la novedad, la fascinación del buen éxito, la fiebre de la moda y quizás, quizás también algo de lo que implacablemente flagela Nuñez de Arce en esta sentencia: «El inmoderado afán de lucro ha trastornado en Francia muchos cerebros y muchos corazones.» [Discurso sobre la Poesía].

Verse nous ton poison forte
Nous voulons, tant ce feu nous brule le cerveau,
Plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel, qu' importe?
Au fond de l' Inconnu pour trouver du *nouveau.*

(Baudelaire.)

Por último, de cuando en cuando dibújanse ¡ay! también en el fondo de este cuadro, con brillo pálido y fosforescente, los siniestros perfiles del ajenjismo y del morfinismo, cuyos principales pródromos se manifiestan casi siempre en la creación de artificiales vergeles odínicos donde priva sobre todo el afán inmoderado, enfermizo, la verdadera obsesión de traducir é imitar, ora los estupendos y lúgubres contrastes que trazó el genio soberano en Macbeth, Ricardo III y el acto quinto de Hamlet, ora los prodigiosos simbolismos fantásticos de Edgar Poe que, como es bien sabido, tuvo admiradores y traductores incomparables en Baudelaire y Mallarmé.

¿Queréis, en efecto, reconocer á un decadentista de pura y legítima cepa? Oídle hablar de Edgar Poe, del «caso literario absoluto.» Vedle desesperarse por imitar, ó cuando menos, interpretar como un oráculo ó un exégeta, las fantasías simbólicas que contienen los dientes de *Berenice,* el lecho de ébano y el catafalco granítico de *Ligeia* y los graznidos lúgubres del *Cuervo.* Fijaos en la manera peculiar con que subraya por medio del gesto y del acento, aquello de «*she came and departed as a shadow,» y* en lo sepulcralmente sombrío de su faz cuando declama: «Q*uoth the Raven, «Nevermore.»* Hacedle recitar los versos *Ulalume* ó la singular onomatopeya

«*The Bells*» ..... No necesitaréis otra cosa.

La decadencia de la literatura en Francia no es más que un reflejo de la decadencia social y abatimiento de las almas que vemos al través de las páginas de Villiers de L'Isle Adams, como en los *Blasfemos* y las *Neurosis y* las *Fiestas Galantes,* como en las rudas desnudeces de Marcel Prévost y en el realismo desolador de *Germinia Lacerteux* que con razón hacía exclamar á Zola: «Me gustan los libros de decadencia; soy de mi tiempo.»

Habría que ahondar en el complicado mecanismo de esta sociedad gastada y corrompida de Zola y de su tiempo [en América vivimos indudablemente en otra sociedad y en otro tiempo, pese á los imitadores y pesimistas renegados] para abarcar en toda su extensión los orígenes y naturaleza íntima del decadentismo.

VI

Falto de aliento para tamaña empresa, me concretaré á sintetizar los datos del rápido análisis que acabo de bosquejar.

Nacido de una concepción idealista y una teoría musical, ansioso de convertir el lenguaje en instrumento evocador de sensaciones é ideas vagas, privilegiadas, exquisitas, y ajenas á todo lugar común, el nuevo arte es altamente sabio y simbólico, melancólico y profundo, aunque exterior y de forma, antisocial y neurótico.

No creo, pues, alejarme de la verdad al concretar en los siguientes términos la fórmula, ya que no es posible una verdadera definición, del decadentismo: escuela poético-lírica de origen metafísico, en que se traduce un hondo y amargo malestar social de cansancio y decrepitud, por medio de símbolos obscuros é ininteligibles, expresiones rebuscadas ó alteradas caprichosamente en su significación, metros de calculadas disonancias ó virtualidades musicales de absoluta libertad y novedad, rimas regresivas, y fantaseos y alucinaciones personalísimos, propios sólo de la neurosis y el desequilibrio cerebral.

VII

Para aquilatar el valor estético de los productos de un arte, sea cual fuere, es de todo punto ineludible recurrir á los principios filosóficos en demanda de una expresión general que determine científicamente el concepto de la belleza, y juzgar en seguida á la luz de ese concepto si aquellos productos realizan ó no realizan la belleza.

Se me permitirá, pues, entrar aquí en cierto orden de especulaciones de filosofía positiva, ya que para fijar la idea de la belleza y la belleza artística, no nos bastan ahora los preceptos de Horacio, Boileau, Batteux ó Hermosilla, ni los apriorismos

más ó menos nebulosos de la metafísica absoluta, sea la de los arquetipos ideales de Platón, sea la del simple juego de nuestras facultades representativas de Kant, Schiller y Hegel.

Los principios fundamentales de la Estética Contemporánea, según han sido expuestos por los grandes teóricos de la ley de la evolución, arrancan por fuerza del concepto radical y rigurosamente científico de la vida entera, de la vida individual y colectiva, tal y como los últimos avances de la Biología, la Sicología y la Sociología nos la presentan y analizan.

Herbert Spencer, Taine, Max Nordau y Guyau son á este respecto los maestros á cuyas grandes é inexhaustas fuentes debemos acudir en solicitud de enseñanzas.

Todos ellos, salvo ciertos matices propios de su potente y enérgica individualidad genial, afirman poco más ó menos lo siguiente: «Lo bello es la forma superior del sentimiento de la vida; en otros términos, es el sentimiento ó presentimiento de una vida más rica en intensidad y fecundidad expansiva, no sólo concebida, no sólo querida, sino ya interiormente vivida.» [*Fouill'ee.*]

De aquí la noción del arte como una expansión suprema en que se vive la vida misma de todos los seres y en que se expresar esta vida por medio de elementos tomados á la realidad, y, como vivir en los demás no es otra cosa que amar, es indudable que no merecen el nombre de artistas supremos sino los que aman y comunican su amor á los demás.

Este principio que Ruskin y Guyau llaman el sentimiento de la solidaridad, y en el cual se descubre la raíz misma de toda emoción estética, es, en efecto, el mismo que en su forma primitiva orgánica describe Spencer en sus «Principios de Biología» bajo el aspecto de la relación sexual que ya había observado Darwin en el mundo de las flores, de los plumajes de las aves, de sus cantos, de los colores de los insectos, etc., etc., y que Max Nordau, elevándose á un grado superior de la evolución, concreta en la siguiente fórmula de sus «Paradojas Sicológicas :» «Se siente como belleza cada impresión que, de un modo cualquiera, ya directamente, ya por asociación de ideas, excita el centro sexual más elevado del cerebro. El arquetipo de toda belleza es para el hombre normal la mujer núbil y apta para la reproducción, es decir, joven y sana. De aquí la tendencia á encarnar en la forma de la mujer toda representación abstracta sentida como agradable ó bella. De aquí que se simbolicen bajo el aspecto de una mujer las ideas de patria, gloria, amistad, piedad, sabiduría, etc., etc.»[1]

[1] Es interesante la explicación que da Nordau del fenómeno sugestivo por el cual el hombre transmite su concepto de la belleza á la mujer y ésta lo adapta á las peculiares modalidades de su sexo.

Lo mismo piensa Macaulay: «The most beautiful object in the world, it will be allowed, is a beautiful woman.»

Taine por su lado parece derivar de esta misma concepción su ideal estético cuando enseña que las obras maestras del arte, son las que, manifestando en concentración de intensidad y de fuerza un carácter notable y dolor dominante, expresan las potencias soberanas de la naturaleza, [«Philosophie de L' Art.»] y cuando, refiriéndose á Alfred de Musset, exclama: «Desde lo alto de su duda y su desesperación ha visto lo infinito, como se ve el mar desde lo alto de un promontorio batido por las tempestades. Las religiones, su gloria y su ruina, el género humano, sus dolores y su destino, todo lo que hay de sublime en el mundo, se le ha aparecido en un relámpago. Ha sentido, al menos por una vez en su vida, la tempestad interior de sensaciones profundas, de ensueños gigantescos y voluptuosidades intensas cuyo deseo le hizo vivir y cuya falta le hizo morir. No ha sido un simple *dilletante;* no se contentó con gustar y gozar; imprimió su sello en el pensamiento humano, dijo al mundo lo que es el hombre, el amor, la verdad, la dicha.» [«Histoire de la Litterature Anglaise.»]

«El tipo de la emoción estética, –se lee en los «Problemas de la Estética Contemporánea–, «es la emoción del amor mezclada siempre con un deseo más ó menos vago ó refinado.... el amor está más ó menos presente en el fondo de las principales emociones estéticas. ¿La admiración misma no es un amor que comienza y no tiene en el amor su perfección, su plenitud? ¿Se dirá que amar á una mujer es dejar de encontrarla bella?.... Considerar el sentimiento estético independientemente del sentimiento sexual y de su evolución nos parece tan superficial, como considerar el sentimiento moral aparte de los instintos simpáticos en que la escuela inglesa ve el primer origen de la moralidad.»

«L'art c'est de la tendresse» —dijo el poeta filósofo— y en este noble y hondo grito del alma se condensa para mí más doctrina estética que la que pueda encerrarse en todo un volumen de filosofía abstracta y racional.

La contemplación ociosa de las formas, el elemento imitativo de lo que es útil á la vida, la simulación y la actitud contemplativa del artista, momentánea y provisional frente al dolor ajeno, entran como factores indispensables en la producción poética; pero no son suficientes. Es menester además que el poeta tome parte en ese dolor, lo sienta y lo penetre con esa simpatía profunda y activa que hace que el sufrimiento de los demás no sólo sea por nosotros percibido y pensado, sino sentido, vivido, hecho propio nuestro; de modo que el poeta verdadero es el que extrae, no de su inteligencia una pura ficción, un simulacro ó imagen, sino el que arranca de su

propio corazón la verdad misma del dolor, aunque expresada, cual na puede menos de ser, bajo la forma de una idea.

Horacio lo presintió cuando dijo: «*Si vis me flere....»* y Macaulay, hablando de Grecia, expresó que «allí donde la literatura calma el sufrimiento, dulcifica la pena y mitiga el dolor; allí donde enjuga las lágrimas en ojos cansados de llorar y que ansian cerrarse para siempre en el sueño eterno de la muerte; allí es donde más que en otra parte, se revela y se manifiesta y se ostenta en la plenitud de su belleza la influencia inmortal del espíritu ateniense.»

La teoría sicológica conforme á la cual la conciencia no es más que un plexo, una sociedad, una armonía de estados de conciencia elementales, de células síquicas tal vez, como las últimas unidades vitales en todo organismo, que forman un concierto en que necesitan vibrar simpática y solidariamente para engendrar la vida ó la conciencia total, es el sostén más inmediato de la concepción estética á que me refiero, y que Guyau ha desenvuelto magistralmente en los «Problemas de Estética Contemporánea» y en «El Arte desde el punto de vista sociológico.»

Los filósofos griegos habían definido lo bello por la armonía. Para la ciencia moderna esa armonía se reduce á una fusión íntima, no sólo de la existencia individual y la existencia colectiva, no sólo del individuo y la sociedad humana, sino del hombre y la naturaleza entera. Así como los fenómenos físicos y fisiológicos no se conciben ahora circunscriptos á un solo cuerpo ó á un solo sistema nervioso, sino que expansivos como el calor, la luz, el magnetismo y la electricidad, se derraman por la infinita extensión del cosmos, de la misma manera los fenómenos mentales y sociales se nos manifiestan como hechos de simpatía en que entra todo el universo. Recórrase la escala de los seres, desde los peldaños más inferiores hasta los más altos, del infusorio al hombre, y se verá que á medida que se asciende, los dominios de acción de cada individualidad se van haciendo menos estrechos y cerrados hasta llegar á una expansión indefinida, hasta confundirse con la esfera de acción de los demás seres. El egoísmo puro y absoluto es imposible.

De donde Guyau concluye que: «esa armonía es una conspiración de células vivientes hacia una especie de conciencia colectiva en el seno mismo del individuo; de modo que la emoción estética elemental que encierra el placer es un sentimiento de solidaridad orgánica.»

Y Fouilleé, comentando este pasaje, se pregunta: «¿cuál será la emoción estética más elevada? Será evidentemente, responde, la que resulte de una solidaridad más vasta, de la solidaridad social ó, mejor aún, universal.»

He aquí unos hermosísimos versos en que el mismo Guyau cristaliza toda esta sana y elevada filosofía estética:

La pensée est en nous large córame l' amour
Et désire en autrui se verser sans relache,
Ainsi que la vertu, l' art se sent généreux:
Lorsque je vois le beau, je voudrais etre deux.
Dans cet enivrement je ne sais quoi se cache
D' infini, de trop grand pour un coeur isolé,
Le partager s' impose á nous comme une tache:
De ce désir profond bat notre sein troublé.
Mais alors, mesurant tout á coup sa faiblesse,
L' homme devant le beau se prend a soupirer
Sur son coeur trop étroit descend une tristesse:
Les hauts plaisirs sont ceux qui íont presque pleurer.

(*«Le Mal du Poete*)

.....Dans la création
Qui sait si l' etre heureux n' est pas le papillon,
Amant de la beauté sans pouvoir la comprendre?
La surface du monde est si douce au regard!
Dans le grand drame auquel palpitant il assiste
Les pleurs ne sont-ils pas un élément de *l'* art?

«(*L' Art elle Monde.»*)

Ahora bien, este carácter sintético y universal, esta amplia solidaridad de sentimientos é ¡deas, esta expansión de la vida, esta sociabilidad del arte, es lo que real y verdaderamente debe servir de piedra de toque en cualquiera selección que haya de hacerse, en literatura, de las obras vivientes, espontáneas, naturales, de pleno y supremo valor estético, apartándolas para siempre de las creaciones de moda, de exclusivismo de escuela, de las que viven el espacio de una mañana porque nacen raquíticas y llevan en sus anémicas arterias gérmenes de muerte, como producto artificial que son de efímeras y egoístas idolatrías de formas especiales, rebuscadas, complexas y exóticas.

Este atributo eminentemente social de la emoción estética más acabada tiende por la misma naturaleza de las cosas á traducirse, no en juegos vanos de formas,

sonidos y colores, no en *enfantillages amorphes,* que decía Mallarmé, no en artificios de rimas opulentas, pintorescas y exquisitamente diferenciadas, sino en la verdad y franqueza de la elocución, en la sencillez, naturalidad y fidelidad de las expresiones, en la fresca y juvenil espontaneidad del estilo que muestre las ideas é imágenes por su misma claridad y transparencia, como un arroyuelo límpido sus guijas, por su propio y virtual esplendor, y que haga estremecer el corazón porque del corazón haya partido.

La sencillez y sinceridad soberanas de la naturaleza que en manera alguna obstruyen la exuberancia, la riqueza y complexidad del pensamiento condensado en el lenguaje: he aqui las prendas del más alto perfeccionamiento de la forma exterior en la obra poética.

Capmany lo enseñaba así: «Cuando las palabras varían sólo por los sonidos y no por la mayor ó menor energía, extensión, precisión ó simplicidad que las ideas tienen, en lugar de hacer rico al discurso, más le empobrecen fatigando la memoria; esto es confundir la abundancia con la superfluidad, y hacer, como quien dice, consistir la magnificencia de un banquete en el número de los platillos y no de los manjares.» [«Filosofía de la Elocuencia.»]

Y Herbert Spencer observa que «casi siempre un estilo especial es muestra de una lengua pobre.» [«Filosofía del Estilo.»]

Claro es que no todas las obras poéticas pueden acercarse en el mismo grado al ideal de belleza que acabo de exponer; que hay una escala de valores estéticos como hay otra de valores morales, y que ambas se corresponden perfectamente; empero en la jerarquía de esos valores es indudable que los últimos rangos pertenecen á lo que se ha llamado literatura de boga y que las obras incluidas en este linaje, sea cual fuere la cantidad de gracia y primor que contengan, son la más transitoria, particular, reducida y simple expresión del verdadero valor estético que aspira á ser eterno y universal.

Siendo la belleza en concreto un elemento cuantitativo, no cabe duda, podrá entrar en masó menos proporciones en semejantes obras y ser asáz perceptible para no permitir condenarlas enteramente, una vez que ya no caben dogmatismos absolutos; mas á los ojos de la sana crítica tales obras pasarán con las circunstancias momentáneas que las hicieron brotar, y sólo tendrán derecho á llamarse de verdadero arte, de verdadero valor estético, las que, como cimas eternas, queden inconmovibles é imperecederas, las que serena y noblemente organizadas hagan resonar en nuestros corazones la voz de todos los tiempos y de todas las almas, el sentimiento eterno de la humanidad y de la vida, llámense Iliada, Divina Comedia, Quijote, Otelo, Fausto,

Comedia Humana, Intermezzo, *Pauca Meae,* Leyenda de los Siglos ó Diablo Mundo; las obras que, en suma, según la síntesis de Max Nordau, «satisfagan al mismo tiempo el deseo del filósofo que exige que sean comprensivas, ampliamente verdaderas y generalmente humanas, y el del lector medio que las quiere diferentes de lo que su experiencia cotidiana puede presentarle.» («Paradojas Sicológicas.»)

VIII

Apliquemos ahora las doctrinas brevemente resumidas hasta aquí á las producciones del decadentismo.

Fácil es, ante todo, notar que los orígenes de la escuela radican en una deplorable confusión. Se pretende que la poesía, arte esencialmente expresivo y representativo de realidades concretas, arte de imágenes y signos, la palabra, por cuyo medio aventaja á todas las demás artes, se convierta en puramente formal, de modo que el placer se produzca sólo por virtud de libres y caprichosas combinaciones de sonidos que, á semejanza de la música, sugieran vagamente los estados emotivos más que las ideas y sólo por asociaciones y analogías indeterminadas lleguen á una expresión ó significación concreta, á un verdadero lenguaje.

Se tiene por verdad plenamente demostrada que la música no es ni puede ser en sí misma un arte expresivo ni imitativo directo, y que en vano se aspira por los partidarios del wagnerismo, de la música llamada filosófica ó científica, á dar á su arte un carácter descriptivo ajeno á su naturaleza esencial, eminentemente subjetiva, recurriendo á combinaciones sabias y artificiosas, á la supresión calculada del elemento melódico y al predominio de la armonía.

Puntualmente de la carencia de todo valor expresivo concreto del sonido musical, que no es imagen ni es signo, depende el placer singular, el encanto, la especialísima emoción estética, vaga y general, que despierta en nuestro espíritu la música, por virtud del acertado empleo del ritmo, la melodía y la armonía; mas la representación de sentimientos determinados, de objetos visibles é ideas bien definidas está absolutamente fuera de la índole propia de este arte, y sólo en casos excepcionales, unido á la poesía, ó reproduciendo sonidos naturales, puede adquirir cierta expresión puramente convencional; pero siempre vaga y por modo extraordinario subjetiva.

Oigamos al incomparable esteta, Don Manuel de la Revilla: «Una ilusión subjetiva nacida de una asociación de ideas é impresiones y reforzada por ciertas analogías de suyo muy vagas, es la causa verdadera de que veamos en la música una pintura y un lenguaje. Cuando decimos que una serie de notas describe una escena

natural ó expresa un afecto del ánimo, ó declaramos que existe una vaga relación entre la impresión que en nosotros causan esa escena y ese afecto y la que producen aquellos sonidos, ó hallamos una semejanza real y objetiva entre los sonidos de la música y otros de la naturaleza análogos á aquellos [como en las piezas en que se describe una tempestad, el ruido del agua, el canto de las aves, etc.,) ó simplemente somos víctimas de un engaño que proviene de saber por la letra que á la música acompaña lo que el canto significa, ó de cierta relación muy vaga y en alto grado subjetiva entre el tono general del canto y el afecto que en él se pretende expresar. Fuera de estos casos, y señaladamente en la música instrumental, es vano empeño sostener que la música expresa y representa algo concreto y real. Lo que entonces sucede es que, por razón de la misma variedad de la música y de su carácter en cierto modo material, cada cual interpreta los sonidos á su gusto y según el estado de su conciencia, y toma por lenguaje exterior el reflejo de su propio sentimiento, hallando admirablemente expresado por el músico lo que sólo existe dentro de su ser» (Obras.- El Naturalismo en el Arte.)

Pues bien, los decadentistas, adheridos á esa teoría trascendental ó docente que da á la música un carácter expresivo que no tiene, aspiran á hacer de la poesía, cuya naturaleza expresiva es riquísima y sin rival en todas las artes, una especie de música wagneriana que, reducida á sólo la armonía, y cierta armonía *sui generis* de las palabras, se limite á sugerir, á evocar estados de conciencia emotivos, vagos y generales, prescindiendo de la expresión directa y determinada de las ideas, así como de toda realidad concreta y particular.

Por donde acontece que se desvirtúa en grado superlativo la naturaleza de las dos artes: de la música, porque se la atribuye un poder de expresión de que carece en lo absoluto su material artístico; y de la poesía, porque se reduce por modo considerable su valor expresivo, convirtiéndose el lenguaje en mera combinación de sonidos y armonías subjetivamente evocadores, y se la confunde así con el arte musical, ya de suyo desnaturalizado en la metamorfosis extraña del idealismo wagneriano.

Evidentemente esto es un lamentable error, y basta enunciarle para comprender que es imposible que se acomode á ninguna teoría estética.

IX

Han sido completamente inútiles los esfuerzos hechos para aplicar á las sensaciones la teoría de la transformación de las fuerzas, pues, como advierte Letourneaub («La Biologie.»- Pag. 453) «no hay en los fenómenos de conciencia transformación de movimiento molecular, en el sentido habitual de la expresión. Cuando una ondula-

ción luminosa conmueve las nervios de la retina, la sensación central que de aquí resulta no es en manera alguna un cambio directo de la vibración etérea.»

Sin embargo, con cierta apariencia de rigor científico, se ha querido ver en una teoría reciente de sensación todo un mentís á la clásica doctrina de la división del trabajo fisiológico y de la especialización de las sensaciones, fundada en hechos tan evidentes como la diferencia dé los órganos que las producen, la diversidad de los objetos exteriores y sus propiedades y la esencial distinción de los estados de conciencia relativos á cada sentido.

Feré, en efecto, después de no pocas experiencias dinarnométricas, observó que las sensaciones parecen no ser más que el resultado de una vibración especial del cuerpo entero, y examinando detenidamente el fenómeno llamado en Sico-Fisiología, *la audición coloreada,* asentó que «la vibración parece ser la unidad de excitación, no sólo para la vista y para el oído, sino también para los demás sentidos y, en general, para la sensibilidad común á todo ser viviente.» [«Sensation et Mouvement.»]

Se ha concluido de aquí que todo radica en la vibración y que, por lo tanto, la identidad de naturaleza de las excitaciones conduce forzosamente á la identidad de naturaleza de las sensaciones. Por donde muy bien pueden trocarse unas en otras.

No sería propio de este lugar discutir los conceptos del sabio eminente, ni para ello tendría yo competencia alguna; mas en los extremos á que se pretende llevar esta teoría no puede menos de verse un error, una exageración como todas las que encontramos en el origen de la seudo-filosofía en que pretende apoyarse el decadentismo.

En el grado superior de la evolución orgánica las sensaciones se han diferenciado y especializado, de modo que, ante el análisis científico más sutil, aparecen siempre como fenómenos completamente irreductibles. Esto es inconcuso.

Alejandro Bain cuya autoridad es decisiva en estas materias dice: «Los objetos de la vista difieren de los objetos del olfato, ó más bien debemos decir que las propiedades y agentes que causan la visión son diferentes de las propiedades que causan el olfato, el gusto ó el oído. La diferencia que separa los sentimientos ó estados de conciencia relativos á cada sentido, está fuertemente señalada; es una diferencia característica, genérica, que supera á todas las que pueden presentar las sensaciones de un mismo sentido. No confundimos nunca una sensación de la vista con una sensación del oído, ó una del tacto con una del olfato. Esta distinción es segura, perfecta, aunque tratemos á veces de encontrar semejanzas entre estas sensaciones.» [«Los sentidos y la Inteligencia.»]

El mismo pensamiento expresa Taine en «L' Intelligence» (Tomo I pág. 147): «Cada uno de los sentidos forma un dominio aparte; ni el olor, ni el sabor, ni el color,

ni el sonido, ni la sensación del contacto pueden reducirse entre sí, y en cada sentido hay varios dominios no menos separados unos de otros; el sabor salado, el amargo y el azucarado, como el color azul, el rojo y el amarillo, como las sensaciones de calor, de presión, de cosquilleo, parecen igualmente irreductibles entre sí.»

De suerte que aun cuando se aceptase la decantada unidad y correlación de las sensaciones, éstas permanecerían siempre separadas y distintas, como en la misma unidad de las fuerzas físicas los fenómenos exteriores del cosmos son radicalmente diversos, por más que los unos se expliquen sólo como cambios ó transformaciones de movimiento molecular de los otros.

No hay, pues, cabida en la ciencia á la permutación ó substitución de unas sensaciones por otras, como no sea recurriendo á la alucinación ó al fenómeno patológico conocido con el nombre de *sensaciones asociadas*, y en el cual fácilmente el enfermo pasa de un simple acompañamiento de hechos simpáticos á la verdadera substitución de unos por otros.

Sólo así creo que podrá explicarse en los decadentistas el que vean sonidos, oigan vibraciones luminosas, escuchen risas de violeta, palpen perfumes, etc., etc.; pero preciso es convenir en que todo ello esta muy distante de lo normal y fisiológico.

X

En cuanto al fondo de la obra decadentista, ya se sabe: so pretexto de expresar fenómenos de una vida superior, del mundo superorgánico, el decadentismo busca la degeneración y la muerte. ¿Por qué? Porque como suprema condición para crear, esto es, para hacer vivir, anhela lo raro, lo que la multitud no puede percibir y, «siendo un hecho *casi fisiológico* se encuentra sólo en ciertos temperamentos *hiperestesiados,»* ó, lo que es lo mismo, el desequilibrio y la neuropatía, pues estos preciosos términos, *hecho casi fisiológico e hiperestesia,* en rigor científico, no significan más que la miseria nerviosa con toda una serie de estados que guían á la perturbación mental y á la locura.

El mismo Baudelaire, que tiene un lugar aparte en la historia de la poesía de su tiempo, pero en quien, como en Edgar Poe, los delicuescentes se empeñan en ver la progenitura de su escuela, expresó gráficamente esta especie de enfermedad y de muerte de los novísimos bardos:

Enfin nous avons pour noyer
Le vertige dans le délire
Nous, pretre orgueilleux de la Lyre

Dont la gloire est de déployer
L' ivresse des choses funebres
Bu sans soif et mangé sans faim!
Vite soufflons la lampe afin
De nous cacher dans les ténebres!

¡La embriaguez de las cosas fúnebres! ¡La ansiedad febril de ocultarse en las tinieblas! Las blasfemias, lujurias y rebeldías de los poetas malditos: he aquí el bagaje de inspiración, he aquí el ideal de la escuela decadentista. ¿Podrá todo ello ser ideal de vida, de vida sana, normal y fecunda? ¿Será aquí donde palpite la *alegría perenne* que debe hallarse en el fondo de todas las cosas bellas? No indudablemente; ni mucho menos es así como debe manifestarse lo que llama el autor del «Viaje al País de la Decadencia» «*la encinal musculatura dé los hombres nuevos.»*

Así, pues, por más que se nos hable de libertad genial, la inspiración del novísimo arte se vacía en moldes, y, como acaba de verse, antiacadémicos, de lo cual se hace gala ; pero siempre moldes, y tan estrechos, que son del todo incompatibles con la expansión, la simpatía y solidaridad universales que hacen de la belleza un amor hondo y penetrante, una educación y una virtud, y del arte la manifestación más desinteresada, más sincera de la vida individual y la vida colectiva.

Es rasgo peculiar de las obras modernistas el ser más bien pensadas que sentidas. Sus versos no son en general ingenuos: vienen casi siempre del cerebro, pocas veces del corazón. De aquí es que sólo nos muestran autores, no hombres; pensamientos ingeniosos y deslumbrantes, discreteos, *concetti,* obras de *orfebres,* como ellos dicen, no hermosura conmovedora, no verdadera pasión. Al menos hasta ahora entre esos autores no ha habido un Musset de quien pudiera decirse soberbiamente con Taine: «Ha sufrido y ha inventado; ha desfallecido y producido. Ha arrancado con desesperación de sus entrañas la idea que había concebido y la ha mostrado á los ojos de todos, sangrienta, pero viva.»

No; los delicuescentes ni arrancan nada de sus entrañas, ni lo que conciben lo muestran á los ojos de todos. Antes bien se complacen en ocultarlo bajo especial simbolismo, en hacerlo arcano, porque enorgullecidos de su neurosis, reniegan de la multitud, no quieren ser comprendidos de ella, ni moverse en ella, ni con ella vivir. Fingen creer en el progreso, afirman que el resultado infalible de toda evolución es una especie superior, y se dan, ya no por el primer capullo de esa especie, sino por sus más sazonados frutos, teniendo á mucha honra declararse raros, exquisitos y antisociables.

Para ellos no puede haber en rigor más sociedad que la sombríamente aniquiladora del «hada de los ojos verdes,» de la musa pérfida que extinguió el genio y la vida de Edgar Poe.

¡Qué distantes se hallan, por lo tanto, de las fuentes más íntimas de la vida en toda su verdadera y legítima expansión, de donde emanan versos inspirados y admirables como los siguientes:

Je crois sentir la rose éclore dans mon coeur,
Avec le papillon je crois baiser la fleur,
Il n' est peut-etre pas de peines solitaires,
D' égoistes plaisirs; tout se lie et se tient.
La peine et le plaisir courent d' un etre a l' autre,
Et le votre est le míen, et le mien est le votre,
Et je veux que le votre a vous tous soitle mien!
Que mon bonbeur soit fait avec celui du monde,
Et je porte enfin dans mon coeur dilaté,
En dut-il se briser, toute l' humanité!
.....
Faisant tomber enfin cetobstacle éternel,
Le moí-réfléchissons en nous toute lumiere
Qui monte de la terre ou qui descend du ciel:
Soyons l' oeil transparent de la nature entiere.

(*Vers d' un Philosophe.*)

XI

Si del fondo se pasa al examen de la forma, ¿qué valor estético propiamente dicho podrá encontrarse allí donde, como se deja expuesto, el estilo especial, los metros extraños, la dicción alambicada, el enigma, el misterio insondable, en una palabra, lo intraducibie é ininteligible se han erigido en sistema? Porque el decadentismo no es sólo arte decorativo. Si así fuera, no podría dudarse de su legitimidad, pues, como dice Revilla «hay combinaciones de líneas, de colores, de sonidos, que hacen gozar sin que digan nada;» mas las combinaciones estudiadas de sonidos, colores y líneas de los simbolistas, no hacen gozar generalmente más que á sus inventores. Ellos son únicamente los que pueden encontrarse á sus anchas en esos versos de calculada estructura, de los que jamás podrá afirmarse con el grande y vigoroso colorista del romanticismo:

Les dieux eux-memes meurent,
Mais les vers souverains
Demeurent
Plus fort que les airains,

Y aunque nos protesten que, á fuerza de buscar la rima rica, sutil, refinada y plástica, y, siguiendo á Teodoro de Banville. los modernistas han amontonado el Ossa y el Pélion para escalar el cielo y

Derober pour mes vers
Le rhytme qu' en dansant chantent en choeur les mondes
Qui forment l'univers.....

lo cierto es que se han alejado de la real espontaneidad del pensamiento y el sentimiento, y que, huyendo de lo sencillo y lo natural, han dado en lo extravagante y lo ridículo. Se han convertido en retóricos sutiles y de comparsa en el drama real de la vida.

Su famosa revolución en la técnica del verso es sólo la tempestad en un vaso de agua. Porque si en sus combinaciones métricas buscaran, en verdad, lo que, por ejemplo, soñaban encontrar Don Juan Manuel y el Arcipreste de Hita en sus «nuevas trovas polidas,» si intentaran algo semejante á lo que aconteció después con la lira, la sextina ó sexta rima y la décima, y últimamente, con la aclimatación, en la poética castellana, de la estancia solemne de nueve versos aconsonantados que usó Shelley en su magnífica elegía á la muerte de John Keats [*Adonats*] y de que se enseñoreó Lord Byron en el «Childe Harold,» nada habría que decir; pero inventar leyes caprichosas sobre el encabalgamiento, romper bruscamente la conexión gramatical de las cláusulas en estrofas como las de dodecasílabos de monorrimo ternario de que se abusa tanto, hacer arbitrarios el número de las sílabas y la colocación de los acentos, acortar ó alargar el verso indefinidamente, dándole inesperadas disonancias ó ritmos y cadencias tan ocultos como el sentido del símbolo y la significación de las palabras, es de todo punto inadmisible.

A la verdad, aunque parezca paradójico, los nuevos poetas, tan idólatras del culto de la forma, son los que en la forma, degenerando del procedimiento regiamente pictórico de Gautier, muestran los más pobres quilates á fuerza de refinamientos facticios, de especialización, de amaneramiento exótico y de obscuridad; con lo cual creen expresar, mejor dicho, revelar, como en vías de mensaje divino, cosas elevadas, grandes y profundas.

«Escribo —como decía el célebre autor del «Diálogo de las Lenguas»— solamente tengo cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque á mi parecer en ninguna lengua está bien la afectación.»

Doctrina sapientísima que después de algunos siglos renuevan Alejandro Manzoni, Campoamor y Guyau á quien pertenecen estas palabras: «Muy á menudo el sentido más profundo corresponde en poesía al vocablo más sencillo; lo sencillo es la fina gota de agua que cae de la nube y que ha necesitado para formarse de todas las profundidades del cielo y del mar.»

XII

Por lo hasta aquí expuesto ¿deberá colegirse que las obras de los decadentistas carecen de todo valor estético? Acaso pudiera decirse que en el orden de ideas á que me contraigo, más que en cualquiera otro, se cumple la sabia sentencia de que nada es absolutamente malo, como nada tampoco es absolutamente bueno; y desde luego, tendiendo la obra de los decadentistas, como se ha visto, al menos en Francia, á ser copia y cifra de un estado social determinado, de una realidad, sea ésta bella ó no lo sea, basta que encarne artísticamente en la obra, que ésta la exprese y la represente de hecho, de modo que produzca cierta emoción sintética, pura y desinteresada, para que pueda decirse que realiza la belleza, si por otro lado se ajusta á las demás condiciones que impone el arte.

Mas como propiamente la realidad de que es eco la obra del decadentismo no se representa, no se realiza, sino que, como se lleva dicho, recurriendo los autores á medios indirectos y analíticos, á sugestiones sabias y vaguedades obscuras, aspiran sólo á que, como en la música sinfónica, se adivine, y en esto está todo el ideal de expresión de la escuela, resulta de hecho que la manifestación artística se queda á medio camino. Y tanto por esto, como por la naturaleza misma de lo expresado ó sugerido, la emoción estética es débil, no va más allá de ciertos límites asáz estrechos que, forzoso es repetirlo, dejan la obra en el segundo y tercer término de lo que llama Taine la «Geología moral de los caracteres artísticos,» términos ocupados por las literaturas poco tenaces y de duración efímera, que los más superficiales cambios en las costumbres y los tiempos bastan para hacer desaparecer.

De manera que, aunque la obra refleje un estado de alma, y hasta un estado colectivo, de enfermedad y decadencia, no importa, lo refleja por modo artificial y pensado, por el solo juego de la representación imaginativa, á flor de espíritu, y no

por el sentimiento hondo, humano y duradero, no por la simpatía ó la solidaridad, *alma mater* de la belleza; por donde la poesía, la literatura de que sea hija dicha obra, tiene que ser literatura de boga y nada más.

Fuera de esto, lo que hay en las obras de los decadentistas legítimos que pueda subyugarnos, que nos embelesa, que real y verdaderamente produce en nosotros la emoción estética es lo que, elevándose por encima de todo canon estrecho, de toda mira exclusivista, pertenece á la personalidad, al genio del poeta, y es, por lo tanto, tan ajeno del decadentismo, como propio de todas las escuelas y de todos los tiempos; lo que, lleno de vida y de fuerza, se nos filtra en el alma, nos conmueve y nos deleita mostrándose capaz de ayudar á la evolución y no á la disolución del organismo social; aquello en fin ante cuya saludable influencia, conforme á las muy repetidas palabras del Apóstol, «no habrá nunca gentil ni judío, romano ni bárbaro, sino espíritus cariñosamente unidos en un solo culto y un solo amor.»

No todo en Mallarmé, por ejemplo, es como su soneto á la «Tumba de Edgar Poe.» Hay originalidad y dulzura penetrante en sus versos, entre los cuales no pocos son clásicos y sencillamente admirables, sin que por esto deba admitirse la aseveración de Ernest La Jeunesse sobre que «fué el poeta francés más puro, el más profundo, el que más ha avanzado en las almas, en la naturaleza y en el *más allá.*»

En cuanto á Paul Verlaine, algo más que la cincuentena de estrofas, que dijo Faguet, recogerá de él la posteridad en sus antologías, pues ingenuo, pulcro y sencillo á las veces, como su hermano del alma, Coppée, tiene acentos de sensibilidad vibrante, de dolor profundo y melancolía verdadera que con justo título permanecerán, y versos de armonía graciosa é insinuante, á pesar de todo, como los tercetos de la «Chanson pour Elle,» tan populares:

Je ne crois qu' aux heures bleues
Et roses que tu m' épanches
Dans la volupté des nuits blanches.
Et si profonde est ma foi
Envers tout ce que je crois
Que je ne vis plus que pour toi.

¿Quién negará, por otra parte, que Salvador Rueda y Rubén Darío y Leopoldo Lugones tienen bellezas de primer orden, músicas deliciosas y lirismos verdaderamente arrebatadores? Los «Cantos de la Vendimia,» «Sonetos,» el romance de «La Paleta,» etc., un tanto cuanto gongorinos del primero, son joyas del arte:

En medio de la paleta
Y en semicírculo puestos,
Alfabeto de colores,
Están los tonos diversos.
.....
¡Oh paleta! ¡Oh diccionario
Que entienden todos los pueblos!
Nadie hay que pueda enseñarte,
Ni transmitir tus secretos,
Que ~~es~~ tu ciencia poesía
Y tu color sentimiento.

¿Y los versos de «Azul» que elogiaba tanto Don Juan Valera? ¿Y la encantadora y suave melodía con que preludian las «Prosas Profanas»

Era un aire suave de pausados giros
El Hada Harmonía ritmaba sus vuelos:
E iban frases vagas y tenues suspiros
Entre los sollozos de los violoncelos.

«Sinfonía en Gris Mayor,» «Canto de la Sangre,» «Friso,» etc., etc., se leen con singular encanto y se graban graciosamente en la memoria. El soneto á Gonzalo de Berceo es de subido mérito literario. Contiene por otra parte una hábil apología del moderno alejandrino, de ese verso que, á fuerza de huir del *monótono martillazo* y del *tan tan* que en inocente fisga satirizó Amado Ñervo, se ha hecho bárbaro é insufrible, fuera de los poemas de Urbina y del *Beato Calazans*:

Así procuro que en la luz resalte
Tu antiguo verso cuyas alas doro
hago brillar con mi moderno esmalte;
Tiene la libertad con el decoro
Y vuelve, como al puño el gerifalte,
Trayendo del azul rimas de oro.

¿Cómo no compartir, por último, con José Juan Tablada la admiración devota con que le suspende en inefables deportes mucho de las «Montañas del Oro,» del

«Himno de las Torres» y, sobre todo, esta soberbia estrofa del decadentista argentino;

> Entrégate! la noche bajo su amplia
> Cabellera flotante nos cobija,
> Yo pulsaré tu cuerpo, y en la noche
> Tu cuerpo pecador será una lira.

Bellos por sí mismos deben de haber sido los ideales en que bebieron su inspiración poética las otras escuelas literarias, la clásica, la romántica y la naturalista, cuando al entrar como elementos constitutivos de la producción artística, dejaron tras de sí larga prole de obras que, según el testimonio universal, son bellas.

La unidad de acción y el coro, en la tragedia antigua, la idea de la fatalidad y el sensualismo en el amor, verbigracia, constituyen casi toda la belleza en el clasicismo greco-latino, aun sin pensar en las alturas en que culminaron con Esquilo, Sófocles y Eurípides; aun sin recordar los festines báquicos de Anacreonte, los deliquios voluptuosos de Safo, el brillante materialismo de Lucrecio y el «*accipe me lecto nocte silente tuo*» de Ovidio.

De la misma manera el principio de la libertad en el arte, el ideal caballeresco y legendario de la Edad Media, la representación artística del mal, el contraste entre lo hermoso y lo deforme, entre el llanto y la risa, entre la luz y la sombra, entre la vida y la muerte, y el descreimiento y la duda y la desesperación, fueron procedimientos y métodos fecundos en la labor estética del romanticismo, aun sin pasar por las almas de Iago y Macbeth, de Manfredo y de Caín, de Triboulet y Cuasimodo, de Mefistófeles y Don Juan; aun sin palpitar en el tremendo grito «*There is no God*» de Shelley, ni en la ironía amarguísima de Heine, ni en el pesimismo profundo y desgarrador de Leopardi.

El *documento* humano, la contemplación del modelo viviente, el estudio anatómico de la fría y descarnada realidad, son también por sí mismos elementos de valor estético en el naturalismo, como lo son de verdad para la ciencia, aun sin haberse puesto al servicio del genio en la creación de Goriot, Madame Bovary ó Claudio Lantier.

Exactamente como en las escuelas de pintura florentina y veneciana no pueden menos de considerarse engendradores de belleza, lo poderoso y lo grande, por un lado, aun sin estremecerse en los *Profetas* de la Capilla Sixtina, y el colorido, por otro, aun sin sonreír en los milagrosos cuadros del Ticiano.

No sucede lo mismo con los ideales en que se inspira la obra de arte de la escue-

la decadentista. Por lo menos hasta ahora, del símbolo, tal y como por definición se entiende y se realiza entre sus pontífices, de la alteración caprichosamente pueril y enigmática del significado de las palabras, y, sobre todo, de la neurosis y la embriaguez de las cosas fúnebres, no ha surgido todavía un «Lago,» una «Oración por todos» ni un «Souvenir,» ni la «Visión de Fray Martín,» ni «Los Buenos y los Sabios,» pues, repito, lo único que hay de grande y de bello en Verlaine y Mallarmé es tan sólo Mallarmé y Verlaine, fuera de su escuela, á pesar de su escuela, y quizás también por una razón parecida á la que da Legouvé, al explicar cómo defectos notables personalísimos de ciertos lectores y declamadores de talento, gustan á sus oyentes como verdaderas bellezas, y cuando otro lector ó declamador cuidadoso de la corrección nimia y del arte trata de evitar aquellos defectos en la misma composición, la hace insoportable.

Se dirá que incurro aquí en palmario razonamiento ilegítimo, supuesto que el atributo principal de las grandes poesías á que acabo de referirme es la fuerza creadora de sus autores; mas haciendo abstracción hasta donde es posible de este elemento, no cabe duda que dichas obras, en lo que de escuela y procedimiento artístico entrañan, son altas representaciones típicas de bella literatura, y nada parecido podremos encontrar ni en los mismos autores geniales de la delicuescencia.

El decadentismo, en efecto, no se ha recomendado hasta ahora por ninguna de esas obras maestras que señalan las eras verdaderamente nuevas en el arte.

Ni siquiera creo que deba abonarse entre sus méritos, como se ha dicho por alguien, el que haya contribuido á la invención de algunos ritmos que habrán de prosperar quizás y abrir nuevos horizontes á la música del verso, pues, como dejo apuntado, muchas de esas novedades y la desagradable regresión del monorrimo parecen contradecir esta aseveración.

XIII

Uno de los cargos que más seriamente se formularon por la Critica en contra del naturalismo en la época de su mayor exageración y demagogia fue que sus doctrinas extremas no podían ser aplicables á todas las artes, ni en la literatura á todos los géneros conocidos de obras literarias, supuesto que hay artes y géneros artísticos de suyo idealistas, ó de suyo realistas; que si la escultura, por ejemplo, la pintura, la poesía dramática y la novela pueden llamarse realistas por naturaleza, ya que sus asuntos se toman de la realidad, no sucede otro tanto con la arquitectura, la música y aun el baile que nada expresan ó ninguna realidad concreta aspiran á representar.

Pues bien, ¿no podría objetarse análogamente en contra del decadentismo, que sus cánones especialistas están muy lejos de elevarse á la categoría de una fórmula general de arte en que se incluyan todas las manifestaciones estéticas, ni siquiera las del género poético total?

Entiendo que sí, y la legitimidad de este reproche se patentiza inmediatamente con sólo pensar en lo absurdos, en lo imposibles que serían ciertos géneros literarios, la oratoria, verbigracia, en el decadentismo, y con sólo recordar cuan inútiles han sido los esfuerzos hechos hasta ahora para clasificar en el grupo decadentista algunas obras salientes de la producción poética contemporánea en el teatro y la novela.

Dígase lo que se quiera, el decadentismo es una escuela exclusivamente de poesía lírica, y ni los dramas de Ibsen, ni las novelas *de la granada, de la rosa, etc., etc.,* de Gabriel de'Annunzio, ni los libros de los Goncourt, ni los cuentos sicológicos de Bourget, ni los brillantes poemas narrativos de Máximo Gorki, ni aun las mismas creaciones excéntricas de Villiers de l' Isle Adams y de Barbey d' Aurevilly pueden encajar propiamente en los cuadros típicos del arte simbólico que me ocupa.

Y á la verdad que una poesía dramática ó novelesca netamente delicuescente, á semejanza de las obras líricas, sólo líricas, del «Chat Noir» sería por demás curiosa. Sería la completa negación del arte.

¡Figuraos por un momento asistiendo á una representación teatral decadentista en toda la amplitud de la palabra, á una *mise en scene* de algo así como las *Neurosis,* los *Poetas malditos,* las *Fiestas Galantes, etc., etc.!* La casa de locos que describe Poe en su bellísimo cuento «*The system of Doctor Tarr and Frofessor Fether,»* podría apenas dar una idea de semejante extravagancia.

El decadentismo ha logrado penetrar en la lírica merced á la vaguedad propia del elemento personal, puramente subjetivo, característico de este género de poesía; pero de fijo, y para esta sencilla previsión no es menester don profético alguno, no pasará de aquí el poco tiempo que en lo porvenir esté reservado á su existencia.

XIV

Considerada así la escuela, descartado el elemento personal, el genio, y lo que en sus obras asciende á las cumbres del arte y es universal y eterno, ¿qué es lo que queda al análisis de las obras?

Tan sólo la vana sonoridad, la retórica superficial, artificiosa y hueca en la forma; y en el fondo.... ¡ay! en el fondo, nada más que la insanidad, el neurosismo y la vesania.

Y como indudablemente esta vesania ha provenido de las exageraciones

desbordantes de lo que en genios como Hugo, Gautier y Baudelaire, fué plenitud y exceso de belleza, juzgo que en medio del riquísimo florecimiento de la poesía lírica en el siglo XIX, el decadentismo simboliza la escuela de la corrupción y del mal gusto que, como una ley de la historia, ha aparecido siempre á raíz de todas las épocas de esplendor ó Siglos de Oro de la literatura.

Así en la antigüedad clásica, después de Virgilio, Horacio y Tibulo, desfiló la legión de los poetas menores y de la decadencia. [Renato Doumic. - «Litteratures de Decadence.» - Revue des Deux Mondes. - 15 de Sep. de 1899.]

En Francia, cuando Malherbe había acabado de esculpir el modelo de un estilo puro, armonioso y noble, sopló de Italia y España una influencia malsana, y el *preciosismo* de los salones de la marquesa de Rambouillet lo inundó todo en un diluvio de frases rebuscadas, conceptos sutiles, alusiones mitológicas, antítesis amaneradas, metáforas raras y tecnicismos eruditos bajo los cuales desaparecieron el arte y el buen gusto.

Ya había acontecido otro tanto en Inglaterra con el *eufuismo,* y en Italia con el *marinismo.* De la misma suerte los discípulos de Lohenstein habían llovido idénticas plagas en Alemania.

En España la misma exuberancia, el mismo lujo y esplendidez del lenguaje poético de Herrera y la escuela sevillana dieron origen á que la fantasía de Góngora se hubiese extraviado en ese laberinto de ampulosidad é hinchazón, de figuras violentas, hipérboles monstruosas, alegorías veladísimas, retruécanos y discreteos insulsos que caracterizaron la escuela culterana y llegaron á descarriar á ingenios de primer orden, como Quevedo, Lope de Vega y Jáuregui

Y es que, como afirma un escritor español, «las innovaciones atrevidas y la exageración de los principios dan siempre por resultado en las esferas todas de la vida consecuencias iguales en el sentido de extraviar la opinión. En literatura, como en el arte todo, esas innovaciones y esa exageración traen en pos de sí la corrupción del buen gusto, pues con ellas se llega á obscurecer el concepto verdadero de la belleza y se tiene como elemento de ella, así en la forma como en el pensamiento, lo que no pasa de ser un elemento de degeneración preñado de conceptos falsos y de grandes extravagancias ante las cuales suele eclipsarse la verdad estética.»

Tal es, sin variación alguna, la historia del decadentismo. Tomó su fondo de tristezas vagas é indeterminadas, más que de los desengaños de la ciencia y de la filosofía contemporáneas, de allá, del romanticismo excéptico de principios del siglo XIX, de Rene, Oberman, Lara y Jacobo Ortiz un tanto cuanto remozados con la lectura de Hartman y de Shopenhauer, y, apostatando del *parnasianismo,* exageran-

do la fraseología soberbia de Hugo, la cinceladura espléndida de los «Esmaltes y Camafeos,» las extrañas percepciones, sutiles reconditeces y excentricidades geniales de las «Flores del Mal,» así como los simbolismos prodigiosos de Poe y Whitman, complicado todo ello con el detrimento de las fuerzas físicas y la depravación y el desfallecer de la función nerviosa, propios de una era de desorganización social, surgió flamante y lucio de las poesías satánicas de Richepin y Rollinat.

Luego vinieron Rimbaud y demás *poetas malditos*. En seguida vio la luz el «Tratado del Verbo;» por último, se convocaron los concilios, se fijaron los dogmas, y la belleza, el arte y el buen gusto naufragaron en un mar de hiperestesia y de enajenación mental.

No creo que el siguiente fragmento pudiera merecer el desdén, ni de los que pulen versos decadentistas, ni del más escrupuloso crítico de su escuela, si los hay:

Matizan fuegos tombales.
De marfilinos aromas
Los insomnes pebeteros
De las princesas corolas;
Esplenden nenias cerúleas
Los violines de la sombra,
Las aguas coruscantes
Del glauco reir en trovas
Tremen como del exilio
Palidecentes salmodias
Que parpadean y mugen
se retuercen y roncan,
Cuando surge el Participio
Del Verbo que nos perora
Entre alados y silfídeos
Bostezos de lamas y ovas,
Entre gráciles iconos,
Entre genésicas trombas
Que perfuman los edículos
De las grises ó las rojas
Holandas del áureo Buda
Nimbado de astrales gotas,
Crepitando empurpuradas,

Como testas de Gorgonas
Con sus dos gemas de lumbre.
O entre cuprecinas frondas
Que, cuando atardece, gimen
Y ensombrecidas melodian.....

¡Nimbado de astrales gotas! He aquí el *summum,* el supremo esfuerzo del arte exquisito, de la sensación sutil, profunda, delicada, ¡del sicologismo quintaesenciado del genio creador de la nueva secta!

¿Que no se entiende palabra; que es todo ello enigma hondo é inescrutable, geroglífico misterioso, recóndita intimidad del alma del poeta? Pues eso, eso es el *quid divinum* de la escuela novísima que puntualmente tiene por norte no darse á entender del vulgo, ni de nadie, pues ni siquiera puede decirse que su secreto es privilegio de unos cuantos, cual si se tratara de hacer del arte un nuevo templo de Eleusis, con sus arcanos de Demeter y sus filosofías impenetrables.

Y si se dijere que exagero, que mi paradigma anterior es sencillamente estúpido, y nada, por lo mismo, tiene que ver con el arte, rogaré á quien así juzgue que lea el siguiente soneto de Mundel, que Maeterlink llamó perfecto:

Veules de l' angoisse expectante,
Nous, des trémieres feu bronzés,
Et par l' armoire ankylosés,
Dévalons de l' encre latente.
Ceints de l' idéal qui nous tente,
Subodorons des alizés
Du glas engluant aux baisers,
Argyraspides sous la tente.
Saouls d' espace et d' aberratif
En proie, anges sonnant rétif,
Immobilise les pensées,
Nutrition finie. Enfants
Mus des inmmortels gynécées
Par des entonnoírs d' oliphants!

El cual soneto, en ocultismo deliciosamente enigmático, se queda muy á la zaga de estos *versos de color* de Noel Loumo:

Cyclamen querelleur nimbé d' un revé clair
Recueillement poudreux du pie et de l' éclair,
Ciel moerent aigretté d' une estompe de mauve,
Remembrances d' un coeur qui sait l' idéal fauve!
Orchis ineffeuillé, hyacinthe purulente,
Gamme jaune au *la* vert, d' orange diezé
Squelette de fakir par Djaggernauth baisé
Ophis perlant dans l' ombre une trille ululante.

Nadie, sin embargo, podrá negar que tales engendros colman positivamente el dorado ideal de la delicuescencia.

XV

Aunque los límites de mi trabajo no me permiten estudiar las manifestaciones del decadentismo más que en Francia, fuera de la cual la poesía novísima es de puro similor, no puedo sin embargo resistir á la tentación de consagrar algunas líneas, para concluir, á la pléyade de cantores que en nuestra patria se han lanzado con tanto ardor por los flamantes derroteros, malgastando lastimosamente sus envidiables dotes en lucubraciones poco dignas de su genio y de su espíritu.

Creo que en México donde las tradiciones de americanismo puro no han tenido tiempo de gastarse ni enturbiarse por ningún motivo, y donde, en literatura, como en tantas otras cosas, podemos decir, parodiando al historiador Spencer: «somos de ayer,» es donde menos viable puede ser el decadentismo, como no sea enteramente facticio y falso.

Por lo menos la civilización entre nosotros no se ha desplegado en medio de esas luchas incesantes que imponen enormes gastos de actividad, de agitación febril, de codicia y ambición, signo inequívoco de grandes desarreglos de las pasiones humanas, agotamiento de la energía nerviosa y trastorno social que son la atmósfera de la decadencia; y sólo por donosa habilidad, por verdadera humorada, puede pasarlo que el inteligentísimo escritor, Valenzuela, aventuró en «La Revista Moderna» sobre que el modernismo era una evolución que nos venía en línea recta del movimiento intelectual iniciado por el benemérito, Don Gabino Barreda.

Ya hemos visto que la escuela de que se trata emanó de una concepción metafísica idealista, y difícilmente podrá ésta consonar con la doctrina del Maestro.

La filosofía positiva, en efecto, ora la consideremos en el primitivo pensamiento de Comte y de Littré, ora bajo el aspecto evolucionista en que se ha ensanchado

ante los ojos de Spencer, parte de principios y métodos que proscriben de toda indagación científica el elemento subjetivo, teológico ó metafísico. «Todas las ciencias que se hacen positivas –dice Littré– prescinden de investigar la esencia de las cosas y de sus propiedades, las causas primeras y las causas finales, es decir, lo que se llama en metafísica lo absoluto. La filosofía positiva que es hija de esas ciencias renuncia también como ellas á tal género de investigación. Los filósofos pasados habrían visto como una quimera una filosofía que no se ocupase en *lo absoluto*; ahora se empieza á considerar, como es debido, una quimera toda filosofía que no se encierra en *lo relativo*» [«Auguste Comte et la Philosophie Positive.»]

No de otra suerte en los capítulos sobre lo Incognoscible de los «Primeros Principios» se exponen los caracteres de la expresada filosofía;[2] la cual, de los labios elocuentes del gran pensador poblano se derramó sobre la juventud de México, anclada en los espíritus la llueva idea de que surgió nuestra inmensa revolución mental á raíz de la Reforma.

¿Qué tiene que ver todo esto con el idealismo sutil de los simbolistas wagnerianos, que dentro de sus almas y fuera de ellas realizan en todo y por todo una regresión cuasi mística [lo dijo ya Paulhan] hacia lo absoluto? Nervo mismo ha llamado á su *musa bohemia, la neurosis*, un altar, y frente á él, arrodillado el poeta, come urí monje de la Trappe, eleva esta oración unciosa:

> Oremos por los místicos, por los neuróticos
> Nostálgicos de sombra, de templos góticos
> Y de Cristos llagados, que con supremos
> Desconsuelos recorren su ruta fiera,
> Levantando sus cruces como bandera.
> Oremos ¡

Lo que lógica é históricamente emanó del movimiento filosófico impulsado por Barreda fué la tendencia, ostensible en los poetas de las «Veladas Literarias» organizadas por el Maestro Altamirano, y del Liceo Hidalgo, á obedecer, ante todo y sobre todo, la gran ley del medio, á desprenderse de todo parasitismo y toda imitación

[2] Aunque con relación al cemtismo, Leslie y Th. Ribot hayan señalado muchos puntos divergentes en Spencer, y él mismo haya reclamado su independencia en la historia del pensamiento moderno, no por ello su método, fundado en las ciencias, deja de ser esencialmente positivo, á pesar de lo que pueda haber de metafísico en el Postulado Universal y la famosa reconciliación de la religión y la ciencia.

extranjera, y á seguir las puras tradiciones americanistas, tal y como resplandecían en las enseñanzas teóricas así como en los ejemplos prácticos del inmortal suriano que tanto se esforzó por la independencia del arte entre nosotros, por orientar nuestras letras hacia una originalidad esencialmente nacional.

Es indudable, Altamirano en tan noble empeño no fué sino un grande y activo colaborador de Barreda; fué un positivista de altísimos vuelos y quiso crear la patria literaria dentro de las condiciones de la causalidad natural cuyo concepto penetraba ya en todas las inteligencias que en la Escuela Nacional Preparatoria escuchaban absortas al otro Maestro, al apóstol de nuestra emancipación intelectual, y se esparcía en ondas luminosas y fecundas por todo el país.

Por otra parte, para la realización del alto ensueño de Altamirano había la conciencia de no carecer nuestro carácter nacional de elementos propicios de alta estima que, según los estudios de nuestros más eminentes sociólogos, pueden servir muy bien para hacer de los hijos de México, no simples reflectores, sino «*unidades vivientes de profunda cooperación orgánica.*» («*Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano*» por el Lic. Don Ezequiel A. Chávez. *–Revista Positiva–* 1° de Marzo de 1901.)

El decadentismo en México no viene más que del prurito de la novedad y de la imitación de los autores franceses, juntamente con la exageración con que se ha ansiado seguir el conceptualismo exuberante de Agustín F. Cuenca y las huellas luminosas de Gutiérrez Nájera que con gracia exquisita y refinamiento incomparable supo seleccionar y asimilarse mucho y muy excelente de esos autores, sin mengua de su propio genio original.

Mas antójaseme que esa exageración y ese prurito han ocasionado en la fisiología de los centros nerviosos de nuestra juventud literaria el mismo efecto que la lectura de ciertas novelas de imaginación exaltada en edad prematura: anticipación de funciones para las cuales el organismo aun no despierta naturalmente porque no es hora, y de aquí una serie de perturbaciones que no pueden menos de llevar á formar parte de la «familia neuropática.»

Como atinadamente advierte el Señor Chávez, en su estudio ya citado, «por no tener en cuenta la cardinal observación de que el carácter, ó lo que es lo mismo, la resultante de todas las condiciones síquicas de los individuos, varía con los pueblos, se incide á las veces en el absurdo de querer trasplantar á un país instituciones educativas, represivas ó políticas que han florecido en otro, sin reflexionar en que acaso no sean aclimatables....»

Lo mismo debe decirse de las literaturas. Sólo crecen, viven y se dilatan en

condiciones especialmente adecuadas, y cualesquiera importaciones de escuelas ó gustos de un medio á otro distinto son siempre desastrosas. Son *desviaciones por la tangente.*

No; en nuestro hermoso mundo americano no hemos llegado aún á la mayor edad. Nuestras civilizaciones no son decrépitas, y sean cuales fueren nuestros vicios de raza y de educación, no nos está prohibido aspirar á extirparlos, siquiera sea en la evolución de la especie, pudiendo muy bien desde ahora dirigir á nuestra vieja madre latina los nobilísimos versos de Whitman á su Old Ireland:

> What you wept for was translated, pass' d from the grave
> The winds favor' d and the sea sail d it,
> And now with rosy and new blood,
> Moves to-day in a new country.

Nuestro positivismo es de juventud, de lozanía, de fe y de vida, de amor, de orden y de progreso. Tenemos muchas selvas vírgenes que explotar en nuestro suelo, campos de fertilidad asombrosa, ríos inmensos, productos minerales riquísimos, floras y faunas incomparables, energías muchas para lo porvenir, voluntad para el bien, sed ardiente de ideal; y donde todo esto sobra, es imposible que el decadentismo pueda asomar á título de evolución.

Quizás por esto José M. de Heredia, el terso, el impecable poeta de los «Trofeos» no se ha hecho delicuescente. Antes bien, con el pensamiento fijo en el Nuevo Mundo, canta á los *Conquistadores del Oro,* suspira por su Cuba gentil y, aludiendo tal vez á la degeneración que reina por doquier en Francia, dice en su *Brise Marine* que el invierno lo ha marchitado todo, que todo ha muerto y sólo un aroma sutil, un tibio efluvio que le llega del mar en alas de la brisa, llena su corazón y le embriaga á tres mil leguas de distancia:

> ¡Ah! bien lo sé. Dimana de Occidente,
> De allá donde al ardor de un astro sano
> Duerme la Antilla azul.... y dulcemente
> Respiro en este *kímrico* océano
> El aire en que embalsama el patrio ambiente
> La flor del Paraíso Americano.

Ni en ciencias, ni en letras, ni en nada hemos vivido lo bastante para suponernos

ya gastados y desfallecidos. Así es que nuestra decadencia es sólo de imaginación y de libros. En poesía especialmente se estremece aún en los acentos de Andrade y de Llona, de Díaz Mirón, Peza, Othón,[3] Ya también, por desgracia, este insigne poeta parece inclinarse al abismo. Acaba de dar á luz sus «Poemas Rústicos» y al frente de ellos dice que el gran ideal estético contemporáneo consiste en «no ser popular, en hacerse inaccesible al vulgo,» Urbina y Peón Contreras, el espíritu juvenil, romántico, si se quiere, pero esencialmente americano de los Echeverrías, Mármoles, Bellos, Mendives, Prietos, Sierras y Altamiranos. ¿Qué necesidad tenemos de ir á otros mundos y otras vidas en demanda de inspiración y anticipándonos amarguras de vejez facticia que sólo han engendrado una literatura enfermiza, desequilibrada, antisocial en su causa y en sus efectos?

Don Manuel Sánchez Mármol, refiriéndose á nuestro movimiento lírico contemporáneo, en la obra «México - Su Evolución Social,» dice: «Hay por qué estar orgullosos de nuestros líricos de la generación viviente, sin ser parte á rebajar sus méritos el hecho de que no pocos de ellos, persiguiendo una originalidad que parece rebuscada, hayan soltado el vuelo en una orientación que rompe con nuestras tradiciones poéticas y tal vez con la genealidad de nuestra lengua madre. Queremos aludir al empeño de que aquí, en México, ha de haber parnasianos y decadentes, sin más razón de que hay en Francia quienes versifiquen y hagan poesía por procedimientos que allá quizás no sean peregrinos. No nos faltan, pues, simbolistas ni delicuescentes que nos hablen en algo así, como para nosotros los profanos, incomprensible sitacismo, no iniciados, cual no lo estamos, en los arcanos del nuevo arte, que á vueltas de todo no alienta otra aspiración que la de fabricar mundo aparte con su lengua mistagógica cuya inteligencia fuera en vano ir á buscar en los léxicos para descifrar la imagen qué los vocablos esconden. Y como si tanta complicación no bastara, hay que dar mayor énfasis al concepto, enunciándolo en versos de diez y seis sílabas, infantil artificio, *sesquipedalia verba*, que ya dijo el maestro, que consiste en poner en un solo renglón dos octosílabos.»

Y Don Victoriano Salado Álvarez, en denodada y memorable controversia con los guapos paladines de la «Revista Moderna,» y, aplicando al caso la elevada crítica, el método seguro de Taine basado en la ley del medio, refutó victoriosamente la pretendida filiación del decadentismo como eflorescencia de la filosofía positiva entre

[3] Ya también, por desgracia, este insigne poeta parece inclinarse al abismo. Acaba de dar á luz sus «Poemas Rústicos[0] y al frente de ellos dice que el gran ideal estético contemporáneo consiste en «no ser popular, en hacerse inaccesible al vulgo,»

nosotros. Nada haré, pues, aquí mejor que citar las perspicaces y donosísimas observaciones del eximio crítico jalisciense:

«Obran Uds. –dice– á manera de las niñas de las escuelas que reciben de París el cañamazo, el estambre con que han de bordarlo y el dibujo que han de reproducir, y cuya tarea se reduce á saber cuántos puntos de la cuadrícula han de llenar para obtener un pájaro estrambótico ó una flor apelmazada.» Y más adelante: «En Europa las comodidades domésticas y urbanas, la baratura y la abundancia de los goces, el choque y contradicción de las teorías, el número inaudito de libros, de ferrocarriles y de líneas telegráficas, el fastidio de todo lo que se ha probado y el afán de catar algo nuevo han traído el *surmenage,* la degeneración, el neurosismo, los innumerables matices de histeria y la multitud de formas de locura, entre las cuales merecen especial mención las literarias y musicales. Aquí donde nadie llega naturalmente á esos estados mórbidos, en que todo es primitivo, tradicional, inconsciente, no hay razón para figurarse que la civilización nos tenga hartos y *surmenés».*

Colígese de aquí que nuestra literatura decadentista no es ni puede ser seria. Forzosamente frívola por falta de propia é íntima substancialidad degenera en puro juego superficial de formas, en retórica pueril, sin sentimiento, sin dignidad, sin fuerza y sin porvenir. Obras así no pueden ser duraderas, ni propiamente artísticas.

Dos máculas principales, como se deja expuesto, afean esta literatura. Primera, la obscuridad impenetrable y afectación ridícula de las palabras; y segunda, el orgullo desmedido é insano con que los autores se creen de naturaleza superior especial: son los exquisitos, se aíslan de los demás y, convertidos sólo en contempladores de la vida, y alejados de la verdad y la sinceridad, cifran su arte solamente en la simulación.

Pensando Guyau en lo que sería un arte concebido así, como un simple juego exterior, como el *Saut du Tremplin* de las «Odas Funambulescas» concluye que tendría por fuerza que desaparecer ante el progreso de las ciencias y de la industria, porque el fin más elevado del arte consiste únicamente en hacer latir el corazón humano, el centro mismo de la vida. «*¿Qué* quedará - exclama - de nuestras diversas creencias religiosas? Poca cosa tal vez. Pero si se nos pregúnta lo que habrá de quedar de las artes, de la música, de la pintura y más particularmente de esa bella arte que resume en sí á todas las demás, la poesía, creemos que se puede responder audazmente: todo; al menos todo lo que hay de mejor, de profundo y, para decirlo de una vez, de serio en la existencia».

A la verdad el decadentismo en México, [perdónese mi ofuscación; pero yo no he logrado penetrar la diferencia substancial que separa el modernismo del

decadentismo] el decadentismo en México sólo ha venido á agostar nuestros más ricos y fragantes talentos en flor; ha estado á punto de perder á Luis Urbina y acaba de hundir, desde su cima de inmarcesible gloria, en un abismo de impopularidad y desprestigio, el genio poderoso de Salvador Díaz Mirón.

Léanse las más celebradas producciones de Balbino Dávalos, J. Juan Tablada, Amado Nervo, Olaguíbel y demás conspicuos representantes del nuevo cenáculo mexicano, de la «aristocracia del huerto,» que dijo galanamente uno de ellos, y se verá cómo lo que es hondo y vibrante, lo que nos llega al corazón y nos deleita en sus trovas es lo que menos de decadentismo tienen, lo que personal y viviente nació en ellos, no de lecturas, no de la *Charogne* ó de las *Letanías de Satán* ó de los *Poemas Satumianos,* del ajenjo ni de la morfina, sino de las raíces mismas las más profundas del ser, de lo sentido y vivido por ellos, de lo que ha arrancado de su propio corazón.

En el «Florilegio,» en «Místicas» y «Perlas negras,» en «Oro y Negro» y en «Lascas» hay poesía, no cabe duda, y poesía elevada y noble; pero esa poesía cuando verdaderamente arrebata y produce la emoción estética, no es poesía de escuela, no es decadentismo ni nada que se le parezca; es sentimiento humano y universal, es algo como «*Ónix,*» «*Del Amor y de la Muerte,*» «*Hostias Negras*,» «*Incoherencias*» «*Rimas de Oro,*» «*El Fantasma,*» «*Engarce,*» *etc., etc.,* algo en fin en que se descubre una alma y que tiene resonancia en el fondo de nuestra vida interior como estas inolvidables estrofas del Príncipe de la «aristocracia del huerto:»

Recordar ... Perdonar.... haber amado....
Ser dichoso un instante, haber creído.....
Y luego..... reclinarse fatigado
En el hombro de nieve del olvido.
¡Siempre escondido lo que más amamos;
Siempre en los labios el perdón risueño,
Hasta que al fin ¡oh tierra! á tí vayamos
Con la invencible laxitud del sueño!

¡Ah! Poetas inspirados de mi patria, sed grandes, sed excelsos; pero sed personales, sed siempre vosotros mismos. Extraed vuestra miel de vuestras propias flores; y ya que pensáis alto, sentid hondo y hablad claro para que nosotros los humildes mortales podamos entenderos; y, sintiendo vibrar en nuestros corazones vuestras

rimas de verdad y de amor, hallemos en sus armonías voz para nuestros dolores, aliento para nuestras esperanzas y fuego sagrado para nuestro ideal. Sobre todo, descended de vuestra egolatría de exquisitos, acercaos compasivos y simpáticos á la muchedumbre que despreciáis, de la cual debéis ser los educadores por excelencia; y derramad vuestro espíritu en la solidaridad humana y la vida universal.

A. Monroy

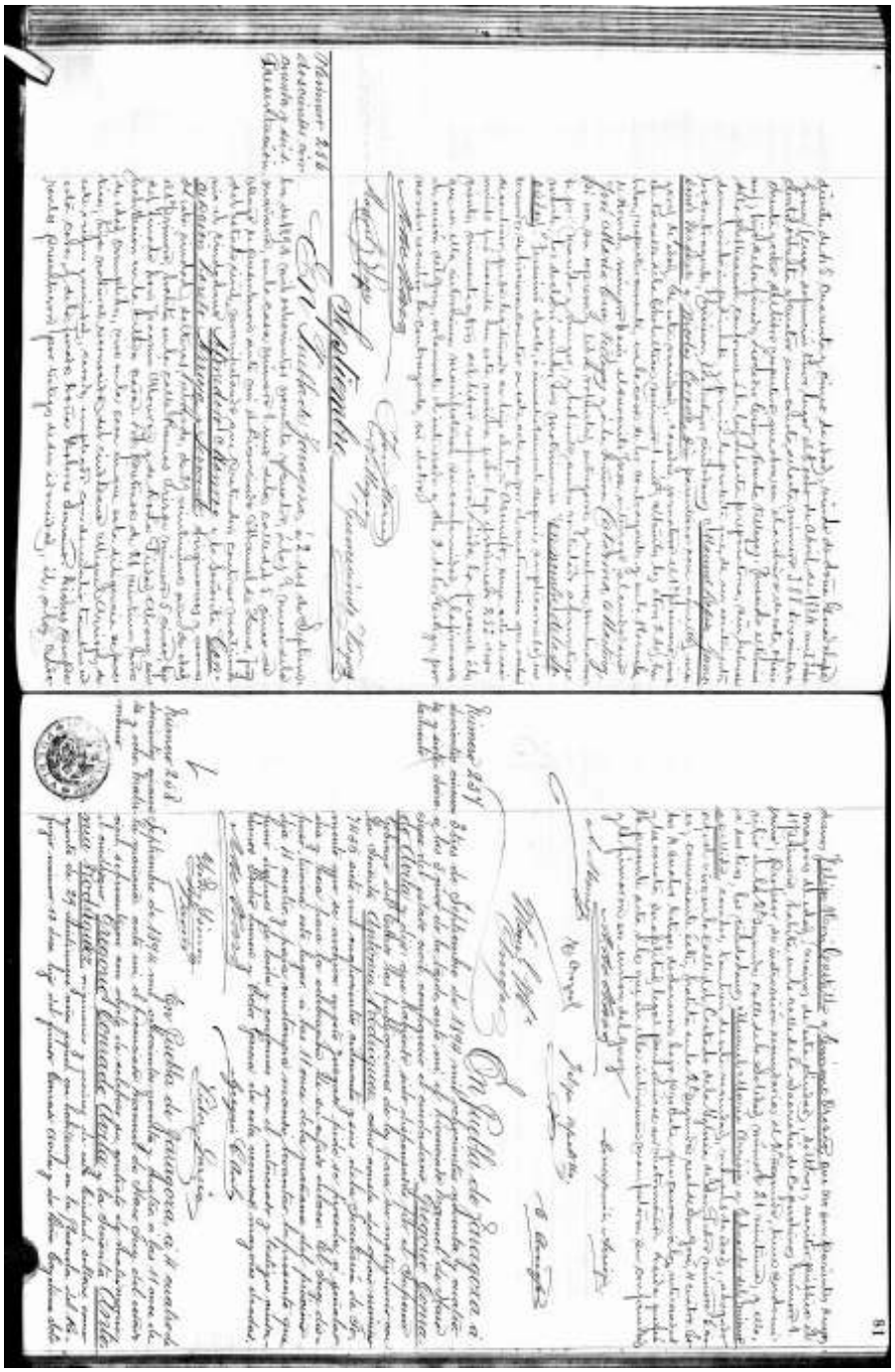
Nota—Algunas palabras francesas no tienen los acentos debidos, por carecer de ellos la casta de letra empleada en la edición. (La nota aparece en el original. Se respetaron las tildes en los monosílabas)

Lista de autores mencionados por Atenedoro Monroy en su ensayo

	Autores	Nacionalidad	N/M	Obras
1	Ruskin, Jhon	Escritor inglés	1819-1900	*Sesame and Lilies*
2	Gounnod, Charles	Compositor francés	1818-1893	*La Nature et l' Art*
3	Valera, Juan	Escritor español	1824-1905	*Pepita Jiménez*
4	Garcilazo de la Vega	Poeta español	1501-1536	
5	Cervantes, Miguel de	Escritor español	1547-1616	*El ingenioso hidalgo…*
6	Gabriel Vicaire	Escritor y poeta francés	1848-1900	*Les Déliquescenses d'Adoré Floupette*
7	Floupette, Adoré		1885-1919	*Les Déliquescenses d'Adoré Floupette*
8	Brunetiere, Fernando	Historiador, francés	1849-1906	*Ensayos sobre la literatura contemporánea*
9	Carlyle, Thomas	Filósofo escocés	1795-1881	*The French Revolution: A History*
10	Wagner, Richard	Músico alemán	1813-1883	*Arte del porvenir*
11	Nordau, Max	Crítico austrohúngaro	1849-1923	*Degeneración*
12	Paulhan, Jean	¿?	¿?	*El nuevo misticismo*
13	Gener, Pompeyo	Dramaturgo catalán	1846-1920	*Literaturas malsanas*
14	Luis de León	Poeta español	1527-1591	*De los nombres de Cristo*
15	Juan de la Cruz	Poeta español	1542-1591	*Llama de amor viva*
16	Gohete, Johann W.	Poeta alemán	1749-1832	*Fausto*
17	Emerson, Ralph Waldo	Poeta estadunidense	1803-1882	*Hombres representativos*
18	Lauman, Sutter	Jornalista francés	1852-1892	Historie d'un trente sous
19	Baudelaire, Charles	Poeta francés	1821-1867	*Las flores del mal*
20	Gautier, Teófilo	Poeta francés	1811-1872	*Esmaltes y camafeos*
21	Mallarmé, Sthépane	Poeta francés	1842-1898	*Álbum de versos y prosas*
22	Ghil, René	Poeta francés	1862-1925	
23	Rimbaud, Arthur	Poeta francés	1854-1891	*El barco ebrio*
24	Verlaine, Paul	Poeta francés	1844-1896	*Los poetas malditos*
25	France, Anatole	Escritor francés	1844-1924	*Los dioses tienen sed*
26	Flaubert, Gustave	Escritor francés	1821-1880	*Madame Bovary*
27	Goncourt, Edmond	Escritor francés	1822-1896	*Diario*
28	Goncoure, Jules de	Escritor francés	1830-1870	*Diario*
29	Lyell, Charles	Geólogo británico	1797-1875	Teoría de la uniformidad
30	Spencer, Hervert	Sociólogo inglés	1820-1903	The Philosophy of Style
31	Secchi, Angelo	Jesuita italiano	1818-1878	Trabajos en espectometría estelar
32	Sthendal	Escritor francés	1783-1842	*Rojo y negro*
33	Moreas, Juan	Poeta griego	1856-1910	Las cantilenas
34	Scherer, Edmundo	Suizo, parisience, teólogo	1815-1889	Études sur la littérature contemporaine
35	Mendes, Catulle	Escritor francés	1841-1909	*Le Parnasse contemporain*, 1866
36	Lemaitre, Julio	Crítico francés	1853-1914	*Les Contemporains,* 1866-1899
37	Richepin, Jean	Poeta francés	1849-1926	*La Chanson des Gueux*
38	Darío, Rubén	Poeta nicaragüense	1867-1916	*Azul*, 1888
39	Lugones, Leopoldo	Poeta argentino	1874-1938	*Las montañas del oro*, 1897
40	Díaz, Leopoldo	Poeta argentino	1862-1947	*Las sombras de Hellas*, 1902
41	Dávalos, Balbino	Poeta mexicano	1866-1951	*Ensayo de crítica literaria*, 1901
42	Nervo, Amado	Poeta mexicano	1867-1919	*Perlas negras*, 1898
43	Tablada, José Juan	Poeta mexicano	1871-1945	*El florilegio*, 1899
44	Díaz Mirón, Salvador	Poeta mexicano	1853-1928	*Lascas,* 1901
45	Bourget, Paul	Escritor francés	1852-1935	*Le Parnasse contemporain*, 1876

46	De Vigny, Alfred	Poeta, novelista francés	1797-1863	*Poémes*, 1812
47	Ibsen, Henrik	Poeta noruego	1828-1906	*Casa de muñecas*, 1879
48	Nuñez de Arce, Gaspar	Poeta español	1832-1903	Gritos de combate, poesía, 1875
49	Shakespeare, William	Poeta inglés	1564-1616	Hamlet, 1601
50	Poe, Edgar Allan	Escritor norteamericano	1809-1849	El hombre de la multitud, 1840
51	Villiers de L'Isle Adams	Escritor francés	1838-1889	Cuentos crueles
52	Zola, Emile	Escritor francés	1840-1902	*Trabajo*, 1902
53	Horacio	Poeta romano	65-8 a. C.	Sátiras, Odas, Epístolas
54	Boileau, Nicolás	Poeta y crítico francés	1636-1711	El arte poético, 1674
55	Batteux, Charles	Filósofo francés	1713-1780	Curso de bellas letras, 1761
56	Gómez Hermosilla, José	Escritor español	1771-1837	Arte de hablar en prosa y verso, 1826
57	Platón	Filósofo griego	427-347 a. C.	Diálogos
58	Kant, Immanuel	Filósofo alemám	1724-1804	Filosofía de la historia
59	Schiller, Friedrich	Filósofo y poeta alemán	1759-1805	Philosophie der Physiologie (1779)
60	Hegel, Friedrich	Filósofo idealista alemán	1770-1831	Fenomenología del espíritu, 1807
61	Taine, Hippolyte	Filósofo y crítico francés	1828-1893	Philosophie de l'art (1865 y 1882)
62	Guyau, Jean-Marie	Fiósofo y poeta francés	1854-1888	Essai sur la morale littéraire, París, 1873.
63	Macaulay, Thomas	Historiador	1800-1859	Ensayos, 1843
64	De Musset, Alfred	Escritor francés	1810-1857	Cuentos de España e Italia
65	Capmany, Antonio de	Filósofoespañol	1742-1813	Filosofía de la elocuencia, 1777
66	Alighieri, Dante	Poeta italiano	1265-1321	La divina comedia, 1304
67	Balzcac, Honoré de	Novelista francés	1799-1850	La comedia humana, 1842 (inicia)
68	Heine, Heinrich	Poeta y ensayista alemán	1797-1856	Intermezzo lírico,
69	Hugo, Víctor	Poeta y novelista francés	1802-1885	Pauca meae, 1856
70	Espronceda, José de	Escritor español	1808-1842	Diablo mundo, 1841
71	De la Revilla, Manuel	Crítico y poeta español	1846-1881	Dudas y tristezas, 1882
72	Letourneau, Charles	Antropólogo francés	1831-1902	La biologie, 1877
73	Feré, Charles	Médico francés	1852-1907	Sensation et mouvement, 1887
74	Bain, Alejandro	Filósofoescocés	1818-1903	El sentido y el intelecto, 1885
75	Arguello, Santiago	Escritor nicaragüense	1871-1940	Viaje al país de la decadencia
76	De Banville, Théodore	Poeta francés	1823-1891	Tratado de la poesía francesa, 1872
77	Don Juan Manuel	Escritor castellano	1282-1348	El conde Lucanor, 1335
78	Ruiz, Juan-Arcipestre	Escritor español	1283-1350	Libro de buen amor, 1345 ¿?
79	Shelley, Percy Bysshe	Poeta Inglés	1792-1822	Ozymandias
80	Keats, Jhon	Poeta británico	1795-1821	La caída de Hyperion: un sueño, 1819
81	Lord Byron	Poeta británico	1788-1824	El deformado transformado, 1821
82	De Valdés, Juan	Escritor español	1509-1541	Diálogode la lengua, 1535
83	Manzoni, Alejandro	Poeta y narrador italiano	1785-1873	Los novios, 1842
84	Campoamor, Ramón de	Poeta español	1817-1901	Poesías, 1840
85	Pablo, de Tarso	Apostol romano	10-67 d. C.	Epístolas paulinas
86	La Jeunesse, Ernest	Escritor y crítico francés	1874-1917	Sérénissime: roman contemporain
87	Faguet, Émile	Crítico francés	1847-1916	L'Art de lire, 1912
88	Coppée, François	Poeta francés	1842-1908	Les Paroles sincères, 1891
89	Rueda, Salvador	Poeta español	1857-1933	Piedras preciosas, 1900
90	Berceo, Gonzalo de	Poeta español	1198-1246	El martirio de San Lorenzo
91	Urbina, Luis	Poeta mexicano	1864-1934	La literatura mexicana, 1913
92	Calazans, José	Beato español	1872-1936	
93	Esquilo	Poeta griego	525-455 a. C.	Tragedias
94	Sófocles	Poeta griego	496-406 a. C.	Tragedias
95	Eurípides	Poeta griego	480-406 a. C.	Tragedias
96	Anacreonte	Poeta griego	574-485 a. C.	Papiros de Oxirrinco
97	Safo	Poeta griega	650-580 a. C.	Himno a Afrodita
98	Ovidio	Poeta romano	43 a.C.-17 d.C.	Las metamorfosis
99	De Molina, Tirso	Poeta español	1579-1648	El burlador de Sevilla, 1612-1620
100	Leopardi, Giaccomo	Poeta italiano	1798-1837	Opúsculos morales, 1827
101	Miguel Ángel	Pintor italiano	1508-1512	Capilla sixtina
102	Ticiano	Pintor italiano	1490-1576	Paríso (Divina comedia)
103	Legouvé, Gabriel	Poeta francés	1764-1812	Le Mérite des femmes, 1802
104	D' Annunzio, Gabriel	Poeta italiano	1863-1938	Poema paradisiaco, 1893
105	Gorki, Máximo	Escritor ruso	1868-1936	Los bajos fondos, 1902
106	D'Aurevilly, Barbey	Escritor francés	1808-1889	Las diabólicas, 1874
107	Virgilio	Poeta romano	70-19 a. C.	Eneida

108	Tibulo, Albio	Poeta latino	54-19 a. C.	
109	Doumic, Renato	Ensayista francés	1860-1937	*Revue des Deux Mondes*
110	Malherbe, François de	Poeta y crítico francés	1555-1628	Lágrimas de san Pedro, 1587
111	Rambouillet, Catalina	Mecenas	1588-1655	1er Salón literario parisino
112	Lohenstein, Daniel	Escritor alemán	1635-1683	Cleopatra, 1661
113	Herrera y Reissig, J.	Poetauruguayo	1875-1910	Las pascuas del tiempo, 1902
114	Góngora, Luis de	Poeta español	1561-1627	*Las soledades*, 1613
115	Quevedo, Francisco de	Poeta español	1580-1645	*Cuento de cuentos*, 1626
116	Lope de Vega Carpio	Poeta español	1562-1635	*Rimas*, 1604
117	Jáuregui y Aguilar, Juan	Poeta español	1583-1641	*Antídoto contra la pestilente poesía de las Soledades*, 1614
118	Senancour, Étienne Pivert de		Escritor francés	1770-1846 Oberman, 1804
119	Lara	¿?		
120	Fóscolo, Ugo	Escritor italiano	1778-1827	Últimas cartas de Jacobo Ortiz, 1802
121	Hartmann, Eduard von	Filósofo alemán	1842-1906	Moderne Probleme
122	Shopenhauer, Arthur	Filósofo alemán	1788-1860	El mundo como voluntad y representación, 1844
123	Whitman, Walt	Poeta estadunidense	1819-1892	Hojas de hierba, 1855
124	Rollinat, Maurice	Poeta francés	1846-1903	Les Névroses, 1833
125	Maeterlinck, Maurice	Dramaturgo belga	1862-1949	Los ciegos, 1890
126	Mundel,	¿?		
127	Luomo, Noël		1863-1956	*Vers de couleur*, 1886
128	Valenzuela, Jesús	Escritor mexicano	1856-1911	*Miserias humanas*, cuentos 1901
129	Barreda, Gabino	Médico, filósofo	1818-1881	«Oración cívica», 1867
130	Littré, Émile	Fiósofo francés	1801-1881	*Dictionnaire de la langue française* (1863-72)
131	Stephen, Leslie	Biógrafo inglés	1832-1904	*Oxford Dictionnary of National Biography*, 1884
132	Ribot, Théodule	Psicólogo francés	1839-1916	Essai sur l'imagination créatrice, 1900
133	Altamirano, Manuel	Escritor mexicano	1834-1893	La literatura nacional, 1849
134	Chávez, Ezequiel A.	Escritor mexicano	1868-1946	Colabora en *Revista Positiva*
135	Cuenca, Agustín F.	Poeta mexicano	1850-1884	*La lira de la juventud*, 1872
136	Gutiérrrez Nájera, M.	Poeta mexicano	1859-1895	*Revista Azul*, 1894
137	Heredia, José M. de	Poeta cubano	1803-1839	*La melancolía*
138	Andrade, Víctor	Poeta argentino	1839-1882	*Prometeo*, 1888
139	Llona y Echeverri, N.	Poeta ecuatoriano	1832-1907	*Cantos americanos*, 1865
140	Peza, Juan de Dios	Poeta mexicano	1852-1910	*Canto a la patria*, 1877
141	Othón, José Manuel	Poeta mexicano	1858-1906	*Poemas rústicos*, 1902
142	Peón Contreras, José	Poeta mexicano	1843-1907	*Un amor de Hernán Cortés*
143	Echeverría y Veytia, M.	Escritor mexicano	1718-1780	*Historia de Puebla de los Ángeles*.
144	Mármol, José	Escritor argentino	1817-1871	*Amalia*, 1855
145	Bello, Andrés	Poeta venezolano	1781-1865	*Gramatica de la lengua…*, 1847
146	Mendive, Rafael	Poeta cubano	1821-1886	*Pasionarias*, 1849
147	Prieto, Guillermo	Poeta mexicano	1818-1879	*El romancero nacional*, 1885
148	Sierra Méndez, Justo	Poeta mexicano	1848-1912	*Obras completas*
149	Salado Álvarez, V.	Escritor mexicano	1867-1931	*Episodios nacionales mexicanos*
150	De Olaguibel, Francisco	Poeta mexicano	1874-1924	*Oro y negro*, 1897



Acta de Matrimonio de Atenedoro Monroy obtenida en ancestry.mx